

Diseño interior y cubierta: FAG

KAREN OFFEN

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original
European Feminisms, 1700-1950. A Political History

Originally published in English by Stanford University Press

© 2000 by the Board of Trustees of the Leland Stanford Junior University

This translation is published by arrangement with Stanford University Press, www.sup.org

© Ediciones Akal, S. A., 2015
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3269-4
Depósito legal: M-13.292-2015

Impreso en España

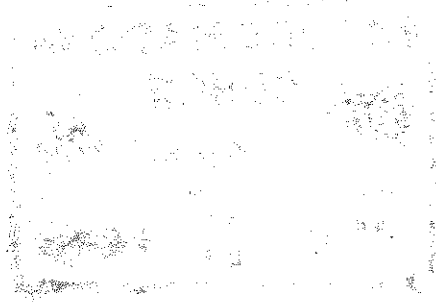
FEMINISMOS EUROPEOS, 1700-1950

Una historia política

Traducción:
Pedro Piedras Monroy



FANCE - BIBHUMA
F. C. Inv. 110295.....
S. G. Top 596(4)(091).OFF
Fecha de Alta 15-11-16...



AGRADECIMIENTOS

En lo más alto de la lista de agradecimientos ha de estar Susan Groag Bell, con quien llevé a cabo *Women, the Family, and Freedom: The Debate in Documents*, publicado en 1983. Gracias también a Renate Bridenthal, Claudia Koonz y Susan Mosher Stuard por haberme invitado a contribuir a la segunda edición de *Becoming Visible: Women in European History* (1987) con un ensayo sobre la historia comparativa de los feminismos del siglo XIX, y a Merry Wiesner, con la que trabajé en la versión severamente reducida que apareció en la tercera edición (1998). Me encuentro en deuda, en particular, con aquellos colegas académicos cuyos desacuerdos sobre lo que es el feminismo —o sobre lo que fue históricamente— dieron origen a mis reflexiones sobre «Definir el feminismo» (1988). Le estoy también agradecida a Michael S. Roth, sin cuya invitación inicial jamás habría emprendido este libro que desplazó a tantos otros proyectos aún sin terminar del enorme montón que tengo en mi despacho.

Un profundo agradecimiento les debo a mis colegas y amigos fieles Marilyn J. Boxer, Edith B. Gelles, Sondra Herman, Mary Lynn Stewart, Ann Taylor Allen y Whitney Walton, que me proporcionaron ricas y nutritivas dosis de moral y apoyo intelectual en momentos críticos en el curso de este largo proyecto. No dejo de lado, por ello, el continuo entusiasmo del grupo de especialistas y personal del Institute for Research on Women and Gender, sin cuyo aliento no habría podido completar nunca esta obra. Muchos otros colegas me mostraron su generosidad escribiendo cartas de apoyo para la obtención de subvenciones, leyendo capítulos sueltos o grupos de ellos, brindándome su experiencia de inmediato y ahorrándome embarazosos errores; todos ellos recibirán aquí un silencioso agradecimiento... para que nadie quede como revisor único del libro al completo. Aunque haya apreciado inmensamente su contribución, no siempre he seguido su consejo y quedo como responsable absoluta del

texto publicado. Por fin, deseo darle las gracias a Gerda Lerner por haberse dedicado a este periodo del feminismo europeo continental en *The Creation of Feminist Consciousness* (1993), dejándome el campo allanado. Doy las gracias, a su vez, a Joan Wallach Scott por ayudarme de forma involuntaria a clarificar mi enfoque; como respuesta a su tratamiento de los feminismos franceses, pude descubrir muy particularmente qué tipo de libro sobre los feminismos europeos había de escribirse en realidad.

Mis colegas en la Green Library of Stanford University me han resultado de gran ayuda, desde Mary Jane Parrine, directora de las secciones de francés e italiano, a Sonia H. Moss, gerente del Servicio de Préstamo Interbibliotecario, o a los bibliotecarios de referencias, personal auxiliar, equipo de microfilm y periódicos y miembros del equipo de la Biblioteca Auxiliar, en la que se alberga en la actualidad buena parte del material en bruto de Stanford con el que hacer «historia real». Les doy las gracias también a los miembros del personal especializado de la biblioteca de la Hoover Institution, en especial a Agnes F. Peterson (ahora emérita) y a Helen Solanum, directoras de la Western European Collection, y a los miembros del equipo Annette Bender, Mollie Molloy, María Quiñones y Linda Wheeler por su interés y ayuda en asuntos especiales. La investigación para este libro me ha llevado virtualmente a todas las librerías del campus de Stanford —Derecho, Medicina, Biología, Filosofía y hasta Empresariales—, además de a las colecciones generales y a la Hoover. He recurrido también en gran medida a los fondos bibliotecarios de la University of California, Berkeley, cuyos materiales europeos complementan de un modo tan extraordinario a los de Stanford.

Ahora bien, este estudio no hubiera podido haber estado jamás documentado como corresponde sin la ayuda de numerosas bibliotecas y colegas en Europa. Mi más profundo reconocimiento irá hacia los miembros del equipo de la Fawcett Library, de Londres; la Bibliothèque Marguerite Durand y la Bibliothèque Nationale, de París; el Internationaal Informatiecentrum en Archief voor de Vrouwenbeweging (IIAV), de Ámsterdam; la Kvindehistorisk Samling en la Statsbibliothek, en Aarhus; el Women's History Archive en la Universidad de Gotemburgo; y la Gosteli Stiftung, en Worflauba (cerca de Berna). Un agradecimiento especial les enviaré a los colegas europeos a los que he recurrido para consultas y ayuda en varios puntos de la investigación, algunos de los cuales han organizado también jornadas o congresos relacionados con la historia de los feminismos a los que fui invitada a participar: Tjitske Akkerman, Ida Blom, Gisela Bock, Ginevra Conti Odorisio, Anne Cova, Linda Edmondson, Ute Gerhard, Francisca de Haan, Karen Hagemann, Gabriella Hauch, Karin Hausen, Yvonne Hirdman, Yvonne Knibiehler, Jitka Maleckova, Mary Nash, Marie Neudorff, Sylvia Paletschek, Andrea Pető, Bianka Pietrow-Ennker, Jane Rendall, Michèle Riot-Sarcey, Florence Rochefort, Brigitte Studer, Siep Stuurman, Françoise Thébaud, Eleni Varikas y Ulla Wischermann.

Quiero reconocer el apoyo económico brindado por diversas fundaciones cuyos equipos pueden no haber reconocido que, cuando estaban subvencionando mi proyecto sobre la cuestión femenina en Francia, también estaban ayudando a la formulación de las cuestiones que aparecían en este libro: la National Endowment for the Humanities, la Rockefeller Foundation y la John Simon Guggenheim Memorial Foundation. Ayudas del Marilyn Yalom Fund en el Institute for Research on Women and Gender en Stanford financiaron algunas de las traducciones que se manejan aquí (a los traductores se les da las gracias de forma individual en las notas finales). Estoy particularmente agradecida con los participantes en mis cuatro NEH Summer Seminars for College Teachers sobre «La cuestión femenina» (que tuvieron lugar en Stanford entre 1984 y 1992) por aportar su experiencia, su curiosidad, sus inestimables percepciones y sus fuentes al proyecto que se convirtió en este libro; ellos reconocerán algunos de los puntos que discutimos juntos en estas páginas.

Me gustaría mostrar mi reconocimiento por su apoyo de larga duración y por su entusiasmo con mi trabajo al equipo de la Stanford University Press, en especial a Norris Pope, ahora director de la editorial, y a John Feneron, que transformó mis anticuados archivos en WordStar 6.0 al formato más reciente de composición tipográfica de alta tecnología.

Por fin, mi más profundo agradecimiento a mi familia —en especial a mi marido George, un feminista varón sincero y comprometido, y a nuestras hijas, Catherine y Stephanie— por apoyarme tanto en mi obsesión con los feminismos europeos, sobre todo cuando los materiales de la investigación se desbordaban por mi despacho doméstico (por los dos) y continuaban invadiendo el pasillo hasta llegar a los lugares de la familia. Les doy las gracias también por la oportunidad y el tiempo para fusionar mis intereses personales y profesionales, para indagar en estos esfuerzos largamente olvidados por abordar cuestiones que, de un modo u otro, aún encaran muchas mujeres. Ninguna de mis hijas se inclinó por los estudios de mujeres en sus universidades respectivas; puede que hayan estado sobreexpuestas en casa. Creo que ellas también son feministas, aunque pudieran querer negarlo.

Espero de veras, no obstante, que como lectoras adultas podrán soportar la historia incrustada en este libro y tal vez reconocer la importancia perdurable del combate histórico que llevaron a cabo las feministas europeas (y sus homólogas americanas) para hacer posibles las oportunidades que ahora tienen para ir en busca de sus propios destinos. Les dedico este libro a Cath y a Steph —y a nuestra reciente nieta, Emma Elly—, que aguantarán las dichas y las penas de la feminidad en el siglo XXI y que mantendrán a raya a los aspirantes a patriarca.

Karen Offen
Woodside, California
Octubre de 1998 y enero de 2000

En cuanto a la presente edición en castellano, quisiera en primer lugar agradecer a la profesora Rosa Capel Martínez el interés constante por mi obra, así como al editor Tomás Rodríguez Torrellas, del Grupo editorial Akal, al traductor de la obra, Pedro Piedras Monroy, y a mi colega en Stanford, María Cristina Urruela, toda la ayuda prestada en la corrección de las pruebas.

K. O.
abril de 2015

PREFACIO

Este libro explorará los desafíos a la hegemonía masculina desde 1700 hasta 1950, en las naciones más grandes de la Europa continental, y prestará una atención comparativa creciente a los desarrollos en las naciones más pequeñas, en los Estados-nación en ciernes y en las culturas nacionales a medida que se acerque el siglo xx. Sus objetivos son múltiples. Para los lectores en general y para aquellos que se interesan ante todo por la historia, tratará tanto de ofrecer un informe comparativo exhaustivo de los desarrollos del feminismo en las sociedades europeas, así como una relectura de la historia europea no solo desde una perspectiva femenina sino también desde una perspectiva feminista. Al situar el género o las relaciones entre mujeres y hombres en el centro de la política europea (donde seguramente tienen que estar pero de donde han sido durante mucho tiempo dejadas al margen), el libro tiene la intención de reconfigurar nuestra comprensión de la historia de Europa y hacer visible una larga pero oculta tradición de pensamiento y política feminista.

En otro nivel, el libro aborda temas que están siendo discutidos por teóricas feministas contemporáneas, tratando de desentrañar algunos conceptos erróneos y clarificar algunos debates confusos (sobre la Ilustración, sobre «razón» y «naturaleza», sobre lo público frente a lo privado, sobre el enigma «igualdad frente a diferencia», entre otros) ofreciendo unos antecedentes históricos amplios y precisos. El feminismo histórico nos brinda mucho más que paradojas y contradicciones; se trata de política, no de filosofía. Las victorias feministas no tienen que ver, hablando en propiedad, con quién tiene el argumento correcto. El género no es tan solo «una categoría útil de análisis»; se asienta en el corazón del pensamiento y la política humanos. Trabajar a lo largo de la historia me ha otorgado el convencimiento de que, parafraseando al John F. Kennedy de la última época, no debemos preguntarnos lo que la teoría femi-

nista puede hacer por la historia, sino lo que la historia puede hacer por la teoría feminista.

Al emplear los términos «Europa» y «europeo», no me estoy refiriendo tan solo a la Europa occidental, sino a una variedad de naciones, Estados y culturas del continente eurasiático situadas en la masa de territorios al oeste de los Urales, además de a algunas de las islas contiguas y a las culturas que se han desarrollado en su interior en la tradición judeocristiana, fundamentalmente en la parte católico-protestante. Exploro el debate sobre las relaciones entre los sexos en los Estados-nación territoriales a los que nos referiremos como Francia, Alemania, Italia, España, Portugal, Países Bajos, Bélgica, Suiza, Austria, Hungría, Polonia, el actual Estado checo (englobando Bohemia y Moravia), los países escandinavos de Noruega, Suecia, Dinamarca y Finlandia, y en Rusia y Grecia, donde la cristiandad ortodoxa prevaleció durante mucho tiempo. No he incluido en este estudio a la moderna Turquía ni a otras culturas predominantemente islámicas del sur de Europa, porque están enraizadas en un conjunto de presupuestos culturales muy diferentes. Tampoco he incluido a Estados muy pequeños como Andorra, Luxemburgo o San Marino, sobre los que parece haber poca bibliografía secundaria relacionada con los desarrollos históricos feministas. Desgraciadamente, nuestra ignorancia es aún grande en lo que respecta a los desarrollos feministas anteriores a 1945 en muchas partes de la Europa nórdica y meridional, tales como Letonia y Estonia o Eslovaquia y Croacia; los estudios acerca de las etapas tempranas de la actividad feminista en estos países están comenzando en estos momentos.

Al igual que a las islas que se hallan contiguas a la masa de tierra europea, por supuesto, no se puede dejar de lado a las islas británicas. El feminismo inglés (y el americano) son los más conocidos para los especialistas en el mundo anglohablante, pero solo raras veces han sido tratados en la perspectiva comparativa, como se hará aquí. La relación histórica de Gran Bretaña con Europa ha sido estrecha aunque conflictiva; cada una de las sociedades insulares del Reino Unido ha desarrollado rasgos culturales que resultan distintivos. Inglaterra, en particular, ha definido su acercamiento a las relaciones entre los sexos en un diálogo enfrentado de forma constante a las sociedades continentales, en especial a Francia, y el feminismo inglés refleja este patrón. El feminismo irlandés figura en este estudio en diálogo con el de Inglaterra o Francia. Los desarrollos localizados en el extenso Imperio británico o en otros imperios coloniales europeos no aparecen en este estudio.

Hasta hace poco, nuestro conocimiento de los feminismos (en plural) en el continente europeo siguió siendo muy limitado. La nueva investigación por parte de especialistas feministas en muchas lenguas, además del acceso más sencillo a materiales de las fuentes publicados pero dejados de lado durante mucho tiempo en la Europa occidental y central, nos per-

mite ahora explorar esta historia con mucho mayor detalle. Europa ha producido muchos feminismos, pero el análisis comparativo sugiere que todos ellos están emparentados y abordan un conjunto de temas y dilemas que se han enmarcado en desarrollos culturales compartidos, de forma más temprana en las sociedades litorales más occidentales y de forma relativamente más tardía en los Estados incipientes de los imperios orientales. Ellos ofrecen un común denominador que nos permite llegar a una definición del fenómeno, históricamente fundado, al que llamaremos, empleando el singular, feminismo. En el capítulo I, diré alguna cosa más sobre asuntos relacionados con la definición.

Las culturas y las sociedades europeas no han sido ni más ni menos «patriarcales» o proclives a subordinar a las mujeres que otras sociedades a lo largo y ancho del mundo. En su lugar, lo que parece históricamente importante es que las culturas europeas se volvieron más permeables, y en una fecha más temprana, a la reivindicación y la crítica feminista que las de otros lugares. En el siglo xx, algunas de estas sociedades —estoy pensando aquí en las sociedades pequeñas y relativamente homogéneas de Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia e Islandia— aceptaron en efecto el razonamiento y pusieron en su lugar modelos de relaciones igualitarias entre los sexos que, a pesar de sus defectos, serán ampliamente admiradas. Otras sociedades más autoritarias, más militaristas, como la Alemania Imperial después de la unificación en 1871, engendraron reacciones antifeministas severas y prolongadas; los impulsos feministas se expresaron a sí mismos mediante el «movimiento de las mujeres» o a través de la socialdemocracia. En todas las sociedades europeas, no obstante, las exigencias feministas obligaron a sus oponentes a declarar y defender lo que Gerda Lerner ha denominado su «conjunto de asunciones tácitas sobre el género», y los debates subsiguientes serán ricos e informativos.

A pesar de la variedad de culturas lingüísticas en Europa, las críticas de la subordinación de las mujeres tienen todas raíces comunes, raíces que se hunden en el suelo fértil en el que la cristiandad católica se había implantado a sí misma. Estas culturas compartían una tradición intelectual secular de humanismo, fundamentada en los debates en griego y latín recuperados desde los manuscritos del mundo mediterráneo antiguo. Unidos a esta mezcla estuvieron las controversias de la Reforma Protestante y, consiguientemente, el surgimiento de un vocabulario secular crítico de reforma política y cultural durante los siglos xvii y xviii, que llegaría a ser conocido como la Ilustración. A medida que las sociedades europeas se comprometieron con la separación de los intereses seculares respecto de aquellos de las sociedades dominadas por lo religioso, se hicieron porosas, cada vez más receptivas a los desafíos feministas a la hegemonía masculina y a la posibilidad de cuestionar la política de la familia, la configuración de las relaciones entre hombres y mujeres y la relación de ambos con el Estado.

Ahora bien, en última instancia, fue el desarrollo de la cultura impresa, el incremento de la alfabetización y el crecimiento de un público lector amplio en el periodo moderno temprano los que hicieron posible la subsiguiente acción política. Decir esto no es reivindicar que hubiera una trayectoria determinante única —nada más lejos—, sino que es reivindicar que feminismos y feministas encontraron posibilidades de expresión y avenidas para la acción en la cultura impresa europea que se manifestarían solo décadas o hasta siglos más tarde en otras partes del mundo. Los disidentes que son silenciados por la fuerza no pueden movilizar fácilmente su apoyo por detrás de sus quejas o sus llamamientos al cambio.

Lo cierto es que la trayectoria de la historia del desafío feminista en Europa (y de modo subsiguiente en todo el mundo) puede ser vista como una parte esencial del desarrollo de lo que los habermasianos denominan como «espacio público» (*Öffentlichkeit*) o «esfera pública»... lo que nosotros conocemos a través de la historia de la prensa, del libro y del texto impreso, de periodismo o de literatura imaginativa. Se trata también de una parte de la historia de la asociación y de las comunicaciones regionales, nacionales y globales y de la historia del transporte. Es también parte de la historia de la educación, de la religión organizada y de las ideologías seculares, de la vida económica y del trabajo remunerado y el movimiento de los trabajadores. Finalmente y de la forma más significativa, la historia del feminismo es parte integrante de la historia política interna de Europa, la historia de la construcción del Estado, de la conquista armada y de la derrota, y de los desafíos a la autoridad de reyes y elites militares. De ahí mi subtítulo: *Una historia política*.

Aunque *Feminismos europeos* aspire a ser exhaustivo, no lo es de ningún modo. Prestará una atención especial a Francia. ¿Por qué debería Francia desempeñar un papel aparentemente tan desproporcionado en este estudio? Subrayaré la respuesta en beneficio de aquellos lectores que puedan saber poco sobre la historia de Europa. A lo largo de la última parte del siglo XVII y de todo el siglo XVIII, Francia fue indiscutiblemente el poder dominante de la Europa continental y un rival constante de Inglaterra en cuanto a poder global marítimo y colonial. En torno a 1700, cuando comienza este libro, el reino francés era rico y poderoso, y contaba con un cuarto de la población total europea. Sus escritores y pensadores y sus modelos culturales y artísticos ejercían una enorme influencia más allá de las fronteras de Francia; particularmente en las monarquías ilustradas de Rusia, Austria y Prusia. El francés era no solo el idioma de la diplomacia, sino que había reemplazado al latín como moneda intelectual común entre la gente culta. Los estudiosos franceses fueron pioneros a la hora de desarrollar las ciencias biomédicas y humanas, en especial, la sociología y la antropología, y desempeñaron también un papel central en la elaboración de historiografía. Lo cierto es que la Ilustración europea tenía un componente francés muy fuerte que a

menudo hoy tiende a dejarse de lado; el debate sobre la «cuestión femenina» estaba en el centro de sus intereses.

El impacto paneuropeo de la Revolución francesa y sus secuelas, que duraron un siglo (incluida la imposición del Código Civil de Napoleón), estimuló en gran medida ulteriores iniciativas feministas mucho más allá de las fronteras francesas. Estas iniciativas se hallaban estrechamente asociadas al desarrollo de las culturas políticas nacionales y a los planes estratégicos de Estados-nación incipientes. De hecho, propuestas que reconfiguraron el papel de las mujeres como madres cultas de ciudadanos, cuasi públicas, promulgadoras de una lengua madre nacional, fueron consideradas por parte de progresistas decimonónicos de ambos sexos como el *sine qua non* de la construcción nacional y la llave a la construcción de sociedades que se autogobernaban con éxito. Al mismo tiempo, hubo iniciativas feministas que saltaron de una plétora de experimentos en reorganización social, aun cuando otras se interesaron enormemente por cuestiones de orden y control social. En otro libro, exploro en mayor profundidad las características específicas del debate francés sobre la denominada «cuestión femenina», pero aquí subrayaré sencillamente la idea de que, durante los siglos XVIII y XIX, los críticos sociopolíticos franceses realizaron contribuciones fundamentales para la elaboración del desafío feminista que tuvieron repercusiones paneuropeas, mucho más allá del territorio geopolítico del Reino de Francia, el Imperio y las sucesivas repúblicas francesas.

De este modo, hasta bien entrado el siglo XX, la mayoría del resto de las sociedades en Europa —Inglaterra y los Estados alemanes incluidos— se definieron a sí mismas con referencia a los desarrollos franceses o en oposición a ellos. La política de las relaciones y las cuestiones sexuales con respecto a la relación entre la familia y el Estado se convirtieron en piedras de toque para tales comparaciones. Incluso naciones surgidas recientemente desarrollaron identidades relacionadas con el género en referencia a la cultura y la sociedad francesas —a veces, en contra de ellas.

Las exigencias feministas son, ante todo, políticas, no filosóficas. Nunca surgen en un vacío sociopolítico —ni responden a tal cosa—. Se presentan en marcos concretos y plantean demandas políticas explícitas de cambio. De este modo, sostengo en este libro que la historia de los feminismos en Europa ha de ser entendida como parte intrínseca de una historia política que, en líneas generales, se ha concebido de nuevo en un sentido amplio y que, según mi criterio, abarca intereses que a menudo se han acordonado en historias intelectuales, sociales, económicas, demográficas y culturales. Los intereses del feminismo, no obstante, son intrínsecamente interdisciplinarios: exigen el desagravio y la reconfiguración del equilibrio sexual del poder en prácticamente todas las áreas de la vida humana. Mi planteamiento refleja mi propio interés y formación históricos en historia política e intelectual, enriquecidos por mi foco en la política sexual, mi interés en los asuntos demográficos y por una perspectiva holística sobre el pasado.

Este libro está organizado en tres partes cronológicas, cada una de las cuales comienza con una introducción contextualizadora. El prólogo además sitúa el libro, mientras que el capítulo I ofrece mi definición general de feminismo y suscita algunas cuestiones sobre el enfoque que podrán saltarse aquellos lectores que no estén interesados en temas metodológicos y quieran seguir adelante con la historia. Las introducciones a cada parte ofrecen unos antecedentes históricos generales junto con breves resúmenes de los contenidos de los capítulos. Solo pretenden orientar a los lectores.

He tratado de escribir este libro de tal modo que sugiera la enorme gama de posibilidades para el desafío feminista y que retenga un elemento de suspense. Trataré de no revelar el final ni «lo que viene después», por ejemplo, al hablar de un periodo «de entreguerras». Hablo mucho sobre «pos-», pero no sobre «pre-». Trataré de evitar reivindicaciones retrospectivas como, por ejemplo, que el feminismo fue en cierto modo insignificante a nivel histórico porque nunca fue un movimiento de «masas» o que careció de una independencia total como movimiento, sea lo que sea que esto signifique, o que acabar con la subordinación de las mujeres no era una meta independiente. En mi opinión, todos los movimientos por el cambio político se encuentran profundamente incrustados en las culturas que les rodean y son sensibles a estas; han de ser juzgados en sus propios términos, así como en nuestros términos retrospectivos. Lo que es evidente es que aun en la Europa occidental, donde las oportunidades para desafiar la dominación masculina eran las mejores, las feministas no ocuparon en ninguna parte una posición lo bastante poderosa como para llevar a cabo sus reivindicaciones sin referencia a otras reivindicaciones o movimientos sociopolíticos rivales. Aun así, esto no convierte al feminismo en un fracaso. Lo cierto es que, en algunas sociedades, los feminismos europeos han gozado de un éxito increíble, sobre todo cuando sus partidarios han forzado a los defensores de los órdenes patriarcales, sean religiosos o seculares, a defender sus puntos de vista, a explicitar sus argumentos y a lanzar repetidas contraofensivas (nunca del todo efectivas). Las reacciones contra los desafíos feministas no han tenido lugar solo a finales del siglo XX; se estarán dando una y otra vez a lo largo de todo el periodo que aquí se trata.

Este libro encarna una práctica rigurosa del oficio del historiador, con una cuidadosa atención a los desarrollos cronológicos y a los debates y esfuerzos en la movilización política, a medida que se desplegaron y fueron experimentados por sus contemporáneos. Mi enfoque evita deliberadamente la proyección de preocupaciones teóricas actuales sobre el pasado (que, a menudo, resultan distorsionadoras). Presta particular atención a los contextos históricos en los que la crítica feminista y las realidades políticas se entrecruzan y a la redacción y argumentación que se usaron en la época: es decir, a la intrincada relación entre texto y contexto. La obra

entera se basa en fuentes primarias publicadas. Si un trabajo escrito en los años ochenta del siglo XVIII, por ejemplo, no se publicó hasta medio siglo más tarde, no recurriré a él para probar nada de las discusiones públicas de esos años ochenta del siglo XVIII. Los manuscritos no cuentan en este estudio. Lo que se trata es el debate público.

El libro es, ineluctablemente, un estudio que tiene algo de vista de pájaro (o de satélite); como si se viera desde un punto elevado sobre Europa. Dado el espectro cronológico y geográfico del proyecto, el libro desgraciadamente resulta escaso en cuanto a detalles biográficos, aun cuando sean muchos los individuos mencionados por su nombre. Las contribuciones individuales se discuten en conexión con los patrones de debate y los movimientos políticos. A pesar de esto, sí que quiero insistir en que son los individuos quienes llevan a cabo contribuciones irremplazables a la historia de los feminismos y que ni el pensamiento ni la actividad individuales pueden ser desestimados como carentes de importancia en lo que concierne al juego de «fuerzas históricas» o «prácticas discursivas».

Aunque mi libro recurre a una tremenda gama de erudición desplegada por otros (y no toda pudo incorporarse en las notas bibliográficas finales y en las lecturas propuestas: mi bibliografía completa anda por las 100 páginas de texto a un espacio), todas mis fuentes son citadas a propósito en las notas finales a partir de las fuentes publicadas originales en varios idiomas. Durante las pasadas dos décadas, he hecho todos los esfuerzos que estuvieron en mi mano para consultar las fuentes originales publicadas; solo cuando las fotocopias de los textos primarios no pudieron localizarse o las citas previas no pudieron verificarse, recurro a citarlas a través de las atribuciones proporcionadas por la bibliografía secundaria. Esta última práctica me gusta bastante poco porque perpetúa demasiados errores. Un número significativo de las fuentes continentales son de reciente adquisición y proceden de países no incluidos (o menos tratados en) *Women, the Family, and Freedom: The Debate in Documents*, la historia documental interpretativa en dos volúmenes editada en 1983 por Susan Groag Bell y por mí misma. Estas incluyen fuentes de España, Italia, Grecia, el Imperio austrohúngaro, Dinamarca, Suiza, Países Bajos, Bélgica, etc. En muchos casos, he encargado traducciones expertas al inglés de documentos en idiomas que no leo o que no leo lo suficientemente bien como para sentirme segura. Allá donde ha sido posible, mis interpretaciones se fundan en trabajos especializados publicados y disponibles, pero en algunos casos he tenido que confiar en más de una fuente o que confiar en gran medida en trabajo aún sin publicar puesto a mi disposición por generosos colegas. Mi acceso al trabajo y a los recursos especializados en muchas sociedades europeas se me ha hecho mucho más fácil gracias a las nuevas redes desarrolladas en los últimos 10 años en conjunción con mis actividades organizadoras en la International Federation for Research in Women's History.

UN MARCO PARA EL ESTUDIO
DE LOS FEMINISMOS EUROPEOS

- 1622 *De l'Égalité des hommes et des femmes*, de Marie le Jars de Gournay.
- 1648 La Paz de Westfalia pone fin a la Guerra de los Treinta Años.
- 1673 *De l'Égalité des deux sexes*, de François Poullain de la Barre, plantea la idea de que «la mente no tiene sexo».
- 1686 Fundación de la Maison Royale de Saint Louis en Saint-Cyr, una escuela seglar para las hijas nobles, por madame de Maintenon, esposa morganática de Luis XIV.
- 1687 *De l'Éducation des filles*, de François de Salignac de la Mothe-Fénelon, plantea que las jóvenes deberían ser formadas para convertirse en mujeres y madres competentes, no *bels esprits* o *bluestockings*; las mujeres son la mitad de la especie humana.
- 1694 *Serious Proposal to the Ladies*, de Mary Astell, aboga por una universidad de mujeres y comunidades de mujeres para aquellas que prefieran no casarse.
- 1721 Montesquieu publica sus *Lettres persanes*.
- 1732 Laura Bassi recibe el grado de doctora en filosofía, en la Universidad de Bolonia.
- 1739 *Woman Not Inferior to Man*, de «Sophia, una persona de calidad». *Defensa de las mujeres*, de Benito Jerónimo Feijoo.
- 1742 Dorothea Christine Leporin Erxleben aboga por el derecho de las mujeres al estudio universitario.

- 1745 Madame de Pompadour es presentada en la corte como la amante oficial de Luis XV.
- 1748 *L'Esprit des lois*, de Montesquieu, discute la posición de las mujeres bajo tres formas de gobierno.
- 1756 En *L'Encyclopédie*, vol. 6, Jaucourt plantea la posibilidad de que la subordinación de las mujeres a los maridos en el matrimonio sea una construcción social.
- 1758-1759 Intercambio entre Jean le Rond d'Alembert y Jean-Jacques Rousseau sobre la emancipación de las mujeres. *Female Rights Vindicated*, de «Una dama».
- 1761-1762 Publicación de *Julie* y de *Émile*, de Rousseau. Fundación de *Le Journal des dames* de madame de Beaumer. Desde Suecia, Charlotta Nordenflycht replica a Rousseau. Inglaterra derrota a Francia en la Guerra de los Siete Años.
- 1772 *Essai sur le caractère, les mœurs, et l'esprit des femmes*, por Antoine-Léonard Thomas.
- 1770 Concursos de ensayo sobre la educación de las mujeres en las academias francesas; polémica sobre la cuestión femenina entre los *philosophes*; tratados de médicos sobre la fisiología específica de la mujer y cuestiones de salud.
- 1776 Declaración de Independencia Americana.
- 1777 *Les Gynographes*, de Restif de La Bretonne; un tratado antifeminista que propone que las mujeres no deberían ni siquiera ser enseñadas a leer o escribir.
- 1782 *Sarah Burgerhart*, novela de Betje Wolff y Aagje Deken.
- 1787 *Lettres d'un bourgeois de New Haven à un citoyen de Virginie*, de Condorcet, aboga por el voto femenino. *Mémoire pour le sexe féminin contre le sexe masculin*, de madame de Coicy.
- 1789 Comienzo de la Revolución francesa; publicación de los *cahiers* de mujeres; marcha de mujeres sobre Versalles (5-6 de octubre).
- 1790 Publicación de *Sur l'Admission des femmes au droit de cité*, de Condorcet; Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mugeres*.
- 1791 Promulgación de la primera Constitución francesa. Publicación de la *Déclaration des droits de la femme*, de Olympe de Gouges; informe de Talleyrand sobre la instrucción pública.

- Promulgación de la herencia igualitaria para las hijas; derechos civiles completos (de propiedad) para las mujeres francesas no casadas.
- 1792 Publicación de *Vindication of the Rights of Woman*, de Mary Wollstonecraft, y de *Über die bürgerliche Verbesserung der Weiber*, de Theodor Gottlieb von Hippel; en París, Pauline Léon reivindica el derecho de las mujeres a llevar armas.
- 1793 La Asamblea Nacional vota la ejecución del rey de Francia: Prudhomme se enfrenta a los presidentes de los clubs provinciales de mujeres; Pierre Guyomar defiende la igualdad política entre individuos, incluyendo de forma expresa a las mujeres; la Sociedad Parisina de Mujeres Republicanas Revolucionarias hace campaña por controles económicos estrictos; Charlotte Corday asesina a Marat; el Comité de Seguridad Pública clausura los clubs de mujeres; Olympe de Gouges, Manon Roland y la reina María Antonieta son guillotinadas.
- 1794-1798 El ejército francés bajo el mando de Napoleón «libera» los Estados italianos; peticiones por los derechos de las mujeres en las nuevas repúblicas italianas; folletos holandeses sobre los derechos de las mujeres; Fichte publica *La ciencia de los derechos*; especialistas alemanes debaten sobre la diferencia entre los sexos; políticos ingleses ridiculizan las reivindicaciones de derechos políticos de las mujeres.
- 1800-1804 Napoleón se convierte en primer cónsul, luego en emperador; promulgación del Código Civil francés; introducción de la prostitución regulada por el Estado.
- 1807 Germaine de Staël publica *Corinne*; Napoleón establece escuelas para hijas de la Legión de Honor.
- 1805-1815 Campañas militares francesas a lo largo y ancho de Europa; las mujeres en los Estados alemanes organizan sociedades patrióticas para resistir a los franceses.
- 1808 *Théorie des quatre mouvements*, de Charles Fourier.
- 1815 Congreso de Viena; abolición de la trata de esclavos; restauración de monarquías.
- 1820-1830 Severas restricciones de libertad de prensa y asociación por toda Europa; publicación de muchos tratados sobre la educación de las mujeres; Revolución griega.

- 1825 Publicación del *Appeal of One Half the Human Race Against the Pretensions of the Other Half-Men-to Retain Them in Political and Thence in Civil and Domestic Slavery*, de William Thompson y Anna Doyle Wheeler.
- 1830 Nueva revolución en París; independencia de Bélgica; Revolución polaca.
- 1831 Los sansimonianos lanzan su llamamiento abogando por la rehabilitación de la carne.
- 1832 *La Femme libre*, publicada por Suzanne Voilquin *et al.* Publicación de la novela *Indiana*, de George Sand. La Reform Act británica excluye de forma explícita a las mujeres del sufragio.
- 1833 Eugénie Niboyet funda el *Conseiller des femmes* (en Lyon).
- 1834 Publicación de *De l'éducation des mères de famille*, de Louis-Aimé Martin; controversia sobre el trabajo de las mujeres y la reforma laboral en *The Pioneer*; masacre de trabajadores en Lyon.
- 1836 *La Gazette des femmes*, publicada por Madeleine Poutret de Mauchamps. Publicación del *De la Prostitution à Paris*, de Parent-Duchâtelet.
- 1837-1850 Campaña para la reforma de la posición de las mujeres en el judaísmo.
- 1838 Publicación de la protesta de Caroline Norton sobre la custodia de los niños.
- 1839 Publicación de la novela de Carl Almqvist *Det Går An* (en inglés, *Sara Videbeck*).
- 1841 *Voyage en Icarie*, de Étienne Cabet (comunidad comunista como paraíso para las mujeres, donde todo el mundo se casará).
- 1843 Publicación de *A Plea for Women*, de Marion Reid (Edimburgo). Publicación de *L'Union ouvrière*, de Flora Tristan.
- 1846 Proudhon les ofrece a las mujeres dos posibilidades, «Ama de casa o puta».
- 1847 Publicación de *Jane Eyre: An Autobiography*, de Charlotte Brontë, bajo seudónimo masculino; *The Princess*, de Alfred Tennyson.

- 1848 Revoluciones en París, Berlín, Viena, etc. (marzo). El gobierno provisional francés establece el sufragio universal masculino, abole la esclavitud de los negros en las colonias y financia las lecciones de Legouvé sobre historia de las mujeres en el Collège de France. Mujeres parisinas exigen saber por qué las mujeres han sido políticamente olvidadas; fundación de clubs de mujeres, prensa de mujeres y *La Voix des femmes*; reivindicación de derechos, incluido el de voto y representación. Publicación del *Système de politique positive*, de Auguste Comte, donde afirma que «el hombre debería mantener a la mujer» y designa mujeres como sacerdotisas para la religión de la humanidad. Convención por los Derechos de las Mujeres en Seneca Falls (Estados Unidos, mediados de julio). Cierre de los clubs de mujeres de París (finales de julio). Debates sobre la cuestión femenina en la prensa germanohablante; clubs de mujeres en Viena, Berlín, etcétera.
- 1849 Jeanne Derooin funda *L'Opinion des femmes*, declara su candidatura para un cargo; polémica con Proudhon. Louise Otto funda la *Frauenzeitung* (en Meissen). Encíclica papal *Ubi Primum* que propone la elevación de la Virgen María para concitar el apoyo femenino para la Iglesia católica; respuesta de Johannes Ronge, de la secta católica progresista alemana.
- 1850 Represión en París y en Prusia; nuevas leyes contra la asociación y la publicación.
- 1851 Derooin y Roland dirigen su carta desde la prisión a las mujeres de América; artículo de Harriet Taylor Mill en la *Westminster Review*.
- 1852-1854 Jeanne Derooin publica su *Almanach des femmes* con artículos en francés e inglés.
- 1854 Promulgación papal del dogma de la Inmaculada Concepción de María. Barbara Leigh Smith protesta contra la posición legal de las mujeres casadas en Inglaterra.
- 1854-1855 Publicación de la novela de Camilla Collett *Amtmadens dōtre* en Christiania (Oslo). Publicación de la novela *Hertha*, de Fredrika Bremer, en Estocolmo.
- 1856 Petición de mujeres al Parlamento (Londres).
- 1856-1857 Jenny P. d'Héricourt se enfrenta a P.-J. Proudhon.

- 1858 Publicación de *De la Justice*, de Proudhon. Publicación de *Idées anti-proudhoniennes*, de Juliette Lamber. El Parlamento británico restringe la profesión médica a los poseedores de títulos británicos en respuesta al registro de Elizabeth Blackwell como médica con un título americano y unas prácticas en Francia.
- 1859 Mujeres rusas admitidas en clases universitarias.
- 1859-1860 Publicación de *L'Amour y La Femme*, de Jules Michelet. Publicación de *La Femme affranchie*, de Jenny P. d'Héricourt.
- 1860-1865 Guerra civil en los Estados Unidos; abolición de la esclavitud (1864-1865). Abolición de la servidumbre en Rusia.
- 1860-1863 Mijailov y Chiernichievskii abordan la cuestión femenina en *Sovremennik*.
- 1861 Publicación de *La ley antigua*, de Maine, y de *Das Mutterrecht*, de Bachofen. Unificación de Italia; comienza la codificación de leyes. Julie-Victoire Daubié se convierte en la primera mujer en conseguir el bachillerato francés. Jules Simon denuncia a la «mujer trabajadora» en *L'Ouvrière*.
- 1862 Se permite votar a las mujeres contribuyentes suecas en elecciones municipales.
- 1864 La Universidad de Zúrich abre su escuela médica a estudiantes femeninas como oyentes.
- 1865 Fundación de la Allgemeiner Deutscher Frauenverein (Asociación General de las Mujeres Alemanas) por Louise Otto. Fundación en Praga del Americký Klub Dam (Club de Mujeres Americanas) por V. Fingerhut-Náperstek.
- 1866 Petición de un sufragio masivo de las mujeres en Inglaterra. Publicación de *La Femme pauvre*, de Julie-Victoire Daubié.
- 1866-1867 Debates sobre el trabajo de las mujeres en la Asociación Internacional de Trabajadores (Ginebra, Lausana). Aprobación de las Leyes sobre Enfermedades Contagiosas (1866, 1867) en Inglaterra.
- 1867 La Cámara de los Comunes británica debate la enmienda prosufragio femenino de John Stuart Mill a la Segunda Ley de Reforma. La universidad de Zúrich subvenciona el primer título médico a una mujer. Constitución de la «monarquía dual» austrohúngara.
- 1867-1869 Batalla entre secularistas y católicos sobre cursos de conferencias para muchachas en París.

- 1868 Emily Davies sostiene que las jóvenes inglesas han de aprobar los mismos exámenes de acceso a la universidad que los jóvenes. Paule Mink y otros defienden el derecho de las mujeres a trabajar en París. Marie Goegg funda la Association Internationale des Femmes. La emperatriz Eugenia de Montijo abre a las mujeres la Facultad de Medicina de París.
- 1869 Publicación de *The Subjection of Women*, de John Stuart Mill. En Inglaterra, se permite que las mujeres solteras voten en las elecciones municipales.
- 1869-1875 Debates sobre la aptitud física y mental de las mujeres para la educación superior. Fundación del Girton College y del Newnham College en Cambridge; Sophia Jex-Blake y sus amigas obtienen permiso para estudiar medicina en la Universidad de Edimburgo.
- 1870-1871 Guerra Franco-Prusiana; Comuna de París; Unificación de Alemania; gobierno provisional francés que conducirá (1875) a la Tercera República; restablecimiento de la Association Internationale des Femmes.
- 1871 Fundación de la Dansk Kvindesamfund (Asociación de Mujeres Danesas). La Constitución alemana de 1871 establece el sufragio universal masculino para la elección de los delegados del Reichstag; se criminaliza el aborto en el Código Penal alemán.
- 1872 Rusia establece cursos médicos exclusivamente para mujeres en San Petersburgo (cerrados de nuevo en 1887).
- 1872 Fundación de *Solidarité* en Suiza.
- 1874 Josephine Butler y asociados lanzan una cruzada contra la prostitución regulada en el continente, en especial contra el sistema francés.
- 1876 El Parlamento británico enmienda la Ley Médica, suprimiendo las restricciones basadas en la diferencia sexual.
- 1877 Fundación de la British and Continental Federation for the Abolition of Prostitution, en Ginebra.
- 1878 Primer Congreso Internacional sobre los Derechos de las Mujeres, en París. Hubertine Auclert recusa la omisión del sufragio femenino del orden del día del Congreso Internacional. Rusia abre la primera universidad de mujeres; la Université de Neufchatel se abrió a las mujeres.

- 1879 Publicación de *Die Frau in der Vergangenheit, Gegenwart und Zukunft*, de August Bebel. Hubertine Auclert conmina al congreso de trabajadores franceses a apoyar los derechos de las mujeres.
- 1880 Primera producción en Copenhague de la obra de teatro *Et Dukkehjem* (*Casa de muñecas*, publicada en 1879), de Henrik Ibsen. Francia establece una educación primaria gratuita y obligatoria para ambos sexos y escuelas secundarias estatales para muchachas.
- 1881 Fundación en Milán de la Lega Promotrice degli Interessi Femminili por Anna Maria Mozzoni.
- 1883 Revocación de la Leyes británicas sobre Enfermedades Contagiosas. Publicación de *The Story of an African Farm*, de Olive Schreiner.
- 1884 Publicación de *The Woman Question in Europe*, de Theodore Stanton. Publicación de *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*, de Friedrich Engels. Fundación del Finsk Kvinnoförening, Norsk Kvindesagsforening, Fredrike-Bremer Førbundet (Suecia). Traspaso de la regulación de la prostitución de manos de los oficiales municipales de París al Ministerio francés de Interior.
- 1887 Publicación en París del *Journal* de Marie Bashkirtseff.
- 1888 Fundación del International Council of Women (ICW) por la NWSA, en Washington, DC.
- 1889 Centenario de la Revolución francesa; exposiciones internacionales en París; dos congresos internacionales de mujeres en París. Fundación de la Asociación de Trabajadores de la Segunda Internacional. Bertha von Suttner publica *Die Waffen nieder* (*¡Abajo las armas!*).
- 1890 Congreso internacional sobre la limitación del empleo femenino convocado por el gobierno alemán. Las mujeres vienesas pierden su derecho a votar en las elecciones municipales.
- 1891 Fundación de la Fédération Abolitionniste Internationale.
- 1891 Encíclica papal *Rerum Novarum*.
- 1892 Primer autoproclamado Congreso de Mujeres «feministas» en París (mayo).
- 1893 Fundación de la Allgemeiner Österreichischer Frauenverein (Asociación General de las Mujeres Austriacas).

- 1894 Fundación del Bund Deutscher Frauenvereine (BDF: Federación de Asociaciones de Mujeres Alemanas).
- 1895 Mujeres socialdemócratas alemanas denuncian el «feminismo burgués».
- 1896 Ellen Key afirma la importancia de la maternidad más que el trabajo remunerado y exige subsidios para las madres; segundo congreso feminista en París; Marie Maugeret funda el feminismo cristiano, en París; Congreso Internacional en Berlín; las feministas protestan contra el nuevo Código Civil alemán.
- 1897 Primer congreso de mujeres «checoslovacas» en Praga. Fundación de la Ústřední Spolek Českých žen (Asociación Central de Mujeres Checas); congreso internacional feminista en Bélgica; fundación de *La Fronde*, en París; fundación de la National Union of Women's Suffrage Societies (NUWSS; Unión Nacional de las Sociedades para el Sufragio Femenino), en Inglaterra; se admite que las mujeres estudien en la Universidad de Viena.
- 1899 Petición de mujeres (un millón de firmas) dirigida a la Conferencia de Paz de La Haya.
- 1899-1900 Multitudinario Congreso del ICW en Londres; dos congresos internacionales feministas en París.
- 1900 Marie Maugeret funda la Fédération Jeanne d'Arc (feministas católicas).
- 1901 Las mujeres contribuyentes noruegas obtienen el derecho al voto en elecciones municipales y el de ser elegidas; primera propuesta de sufragio introducida por la Cámara Francesa de Diputados.
- 1902 El partido de los trabajadores belgas traiciona su apoyo al sufragio femenino. La International Woman Suffrage Alliance (IWSA; Alianza Internacional para el Sufragio Femenino) da sus primeros pasos en Washington DC.
- 1903 Fundación en Mánchester de la Women's Social and Political Union (WSPU; Unión Política y Social de Mujeres).
- 1904 Se celebra en Berlín el congreso fundacional de la IWSA. Acuerdo internacional sobre la supresión de la trata de blancas. Bertha Pappenheim funda el Jüdischer Frauenbund. Ellen Key publica el primer volumen de su *Lifslinjer* (*Líneas vitales*). Protestas feministas en París y Viena contra los códigos civiles de Francia y Austria.

- 1905 Fundación en Moscú de la Soyus Ravnopravnosti Siensin (Unión para la Igualdad de Derechos para las Mujeres). Rosa Mayreder publica *Zur Kritik der Weiblichkeit* (Para una crítica de la feminidad).
- 1906 Mujeres (y hombres) acuerdan el voto nacional en Finlandia. La Duma rusa debate el sufragio femenino. Sibilla Alemanno publica *Una donna*.
- 1907 La sección femenina de la Asociación de Trabajadores de la Segunda Internacional aprueba el sufragio femenino sin restricciones como una de las metas socialistas.
- 1908 Congreso de Mujeres de Todas las Rusias, en San Petersburgo. Desaparecen las prohibiciones sobre la participación de las mujeres alemanas en la vida pública.
- 1909 Kollontai publica *Sotsialniye osnovy sienskogo voprosa* (La base social de la cuestión femenina). Fundación de la Union Française pour le Suffrage des Femmes.
- 1910 Mujeres socialistas apoyan el Día Internacional de las Mujeres. Convención Internacional para la Supresión de la Trata de Blancas. Fundación de la Liga Republicana das Mulheres Portuguesas.
- 1911 Los noruegos eligen a una mujer para el Storting (Parlamento).
- 1912 Derrota parlamentaria del tercer Proyecto de Ley de Conciliación (reforma electoral), en Gran Bretaña. Los checos eligen a una mujer para la Dieta Bohemia.
- 1913 Mujeres noruegas obtienen el sufragio parlamentario completo para las mujeres. La IWSA se reúne en Budapest; reuniones abolicionistas en París y en Londres; «Ley del gato y el ratón»; una sufragista inglesa se arroja bajo el caballo del rey Jorge V (4 de junio).
- 1914 Publicación de *Prostitution in Europe*, de Abraham Flexner. La campaña por el sufragio alcanza su punto máximo en Francia (primavera y principios del verano). La ICW se reúne en Roma; La IWSA patrocina una concentración por el sufragio masivo en Roma (mayo). Un conspirador serbio asesina al heredero del trono austrohúngaro en Sarajevo.
- 1914-1918 Primera Guerra Mundial (agosto de 1914-noviembre de 1918).
- 1914 Manifiesto de la IWSA llamando al arbitraje.

- 1915 Congreso Internacional de Mujeres en La Haya; se funda la International Women's League for Peace (en 1919, se convertirá en WILPF); se concede el derecho al voto a las mujeres danesas.
- 1916 Alzamiento de Pascua en Dublín.
- 1917 Estallido de la Revolución rusa (febrero). Los bolcheviques toman el poder y confirman la igualdad de las mujeres (octubre).
- 1918 Se permite votar a las mujeres británicas por encima de los treinta años, a la vez que a los hombres que quedaban sin ese derecho. Congreso de Mujeres de Todas las Rusias (noviembre). Ley sobre la maternidad y el bienestar infantil, en Gran Bretaña. Fundación de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME).
- 1917-1919 Se permite el voto a las mujeres (en formas diversas) en Países Bajos, Rusia, Reino Unido, Alemania, Austria, Checoslovaquia y Polonia, pero no en Francia, Italia, España, Grecia, Rumanía ni Bulgaria.
- 1919 Mujeres prosufragio del bando aliado se encuentran en París para influenciar en el Tratado de Versalles. Fundación de la Sociedad de Naciones y de la Organización Internacional del Trabajo (ILO, en inglés; OIT, en español). Fundación de la Liga Internacional para la Paz y la Libertad (WILPF), en Zúrich. Conferencia de la OIT sobre el trabajo femenino, en Washington DC. Primer Congreso Internacional de las Mujeres Trabajadoras.
- 1920 El gobierno revolucionario ruso legaliza el aborto (noviembre). Los pronatalistas franceses proclaman los derechos de la familia.
- 1922 Mussolini y los fascistas llegan al poder en Italia.
- 1924 Publicación de *The Disinherited Family*, de Eleanor Rathbone. Conferencia de la ICW sobre la Prevención de las Causas de la Guerra.
- 1925-1926 Sigmund Freud aborda la cuestión femenina: Karen Horney responde.
- 1926 Código soviético sobre el matrimonio y el divorcio. Congreso de la IWSA en París: cisma en torno a la legislación protectora de las mujeres; la IWSA se convierte en International Alliance of Women (IAW).

- 1927 La Sociedad de Naciones publica *Report of the Special Body of Experts on Traffic in Women and Children*. La Universidad de Oxford restringe el número de mujeres estudiantes admitidas.
- 1928 Pacto Briand-Kellogg para proscribir la guerra. Radclyffe Hall publica *The Well of Loneliness*.
- 1929 Quiebra de la Bolsa; comienzo de la Gran Depresión; comienzan los asaltos al empleo de las mujeres y los partidarios feministas se movilizan en su defensa. États-Généraux du Féminisme, en París.
- 1930 Encíclica papal *Casti Connubi*.
- 1931 Segunda República española; las mujeres consiguen el voto en España. La OIT respalda a la Convención sobre Igual Pago por el Mismo Trabajo. Se establece el comité de enlace de las organizaciones internacionales de mujeres.
- 1932 Masiva petición de paz de las mujeres, presentada a la conferencia de desarme de la Sociedad de Naciones en Ginebra.
- 1933 Hitler llega al poder en Alemania y los nazis ordenan la disolución de las organizaciones; el Bund Deutscher Frauenvereine se autodisuelve como protesta.
- 1934 Manifiesto del Congreso Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo. Winifred Holtby publica *Women and a Changing Civilization*.
- 1935 Mussolini invade Abisinia (Etiopía, octubre).
- 1936 El gobierno del Frente Popular francés nombra tres mujeres ministras. Estalla la Guerra Civil Española; fundación de Mujeres Libres.
- 1936-1938 Reformas propoblación en Suecia; Gunnar y Alva Myrdal redefinen el papel de las mujeres en cuanto trabajadoras con derecho a la maternidad.
- 1937 Congreso del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, en París. La Sociedad de Naciones autoriza la formación del comité sobre el estatus de las mujeres. La Constitución de la República de Irlanda matiza los derechos de las mujeres.
- 1938 Publicación de *Three Guineas*, de Virginia Woolf.
- 1938 La Alemania nazi invade y se anexiona Austria y Checoslovaquia.

- 1939 Pacto germano-soviético; la Alemania nazi invade Polonia; estallido de la Segunda Guerra Mundial; la Alemania nazi derrota a Francia. La IAW se reúne en Copenhague. Publicación de *The Law and Women's Work* por parte de la Sociedad de Naciones.
- 1940 Alva Myrdal publica *Nación y Familia* en Suecia.
- 1941 Elin Wägner publica *Väckarklocka (Reloj con alarma)*.
- 1942 El Informe Beveridge (Inglaterra) presenta un sistema de asistencia social en el que las esposas exclusivamente obtienen beneficios a través del empleo de sus maridos.
- 1944 Se promulga la nueva Ley de la Familia Soviética. En mayo, se lanza la ofensiva aliada contra los poderes del Eje.
- 1945 Acaba la guerra. Alocución papal sobre «La dignidad de la mujer». Las mujeres francesas e italianas votan por primera vez. Fundación de las Naciones Unidas. Fundación en París de la Federación Democrática Internacional de Mujeres Comunistas (WIDF).
- 1946 Fundación de la Comisión de la ONU sobre el estatus de las mujeres. Viola Klein publica *The Feminine Character: History of an Ideology*.
- 1947 Se consolida la «Guerra Fría»; Plan Marshall y Plan Molotov.
- 1948 Declaración Universal de los Derechos Humanos, de la ONU.
- 1949 Publicación de *Male and Female*, de Margaret Mead. Publicación *Le Deuxième Sexe (El segundo sexo)*, de Simone de Beauvoir. Convención de la ONU para la supresión del tráfico con personas y de la explotación de la prostitución de otros.
- 1952 Convención de la OIT sobre la remuneración igualitaria de trabajadores y trabajadoras.
- 1953 La WIDF alza la bandera de los derechos de la mujer en Copenhague en su Congreso Mundial de Mujeres.
- 1955 La UNESCO publica el estudio de Maurice Duverger *The Political Role of Women / La Participation des femmes à la vie politique*.

HISTORIA, MEMORIA Y EMPODERAMIENTO

La campaña para acabar con la subordinación de las mujeres a los hombres, a la que llamamos feminismo, es un proyecto político en marcha duradero, que reaparece una y otra vez, con profundas raíces en el pasado europeo. Los feminismos, en plural, pueden documentarse en muchas sociedades europeas pasadas y presentes; en algunas de ellas, se convertirán en un rasgo central y recurrente de las culturas políticas, del pensamiento y la política europeos. El pensamiento y la acción feminista no se encontrarán fuera —ni en la periferia— de la denominada tradición occidental; son parte integrante de la misma¹.

El hecho de que estas reivindicaciones deberían haber sido expresadas de forma convincente o el que durante mucho tiempo no hayan sido reconocidas, refleja la obliteración de una lucha extraordinaria, que sigue siendo de gran importancia hoy para mujeres y hombres, tanto si viven en Europa como si lo hacen mucho más allá de las fronteras europeas. Cuando la historia de los feminismos se incorpora a la historia del pensamiento y la política europea, nuestra comprensión del pasado europeo —así como de su pertinencia para nuestro propio presente y futuro— se ve alterada de forma radical. ¿Por qué entonces sabemos tan poco sobre ella? ¿De qué modo se perdió este conocimiento? ¿No será tal vez que nos han negado el conocimiento de la tradición feminista?

Una respuesta se encuentra en el informe que nos han pasado de la política y el «pensamiento occidental» y en qué y cómo nos han enseñado a pensar qué *es* el pensamiento (y la política) occidental. Cuando se vuelve a considerar el pasado de forma crítica, desde la perspectiva de los intereses feministas, y con un nuevo archivo completo de conoci-

¹ Para una discusión sobre la definición de feminismo y la delineación del tema de estudio en los feminismos históricos, véase el capítulo I.

miento recuperado, este parece diferente. Ya no seguiremos viendo una secuencia larga y lineal de dinastías, guerras, conquistas, revoluciones o tendencias imponentes, globales, tales como el ascenso de la burguesía, del capitalismo o del Estado-nación. Ya no encontraremos una historia sin costuras de grandes ideas generadas por los venerables ancianos de la filosofía occidental. Lo que nos encontraremos será mucho más intrigante: una larga serie, irregular pero elocuente, de controversias, de debates, de facciones en liza, de avances, de reveses, de derrotas y de victorias ocasionales y no solo del tipo de las que se aceptan convencionalmente. Las relaciones entre mujeres y hombres, es decir, entre los sexos, no son tan solo una lente a través de la que volvemos a leer el pasado, sino que son algo que se encuentra en el centro de la tormenta de la controversia.

Este libro, por tanto, se interesará por una serie de desafíos y respuestas políticas a la dominación o la hegemonía masculina en Europa, ante todo en el continente europeo, que abarca el periodo que va de 1700 a 1950. Esta secuencia de desafíos comprende el pensamiento crítico y la acción política lanzada tanto por las mujeres como por sus aliados masculinos comprensivos. Tiene que ver además con cuestiones de autoridad y con la creación de leyes: sobre el matrimonio, la educación, el reparto de la propiedad, los recursos y el trabajo, la participación política, las estructuras familiares y, de hecho, incluso sobre la organización del conocimiento mismo. Los esfuerzos feministas para emancipar a las mujeres así como la resistencia organizada a estos esfuerzos son, tal como sostiene el título y el contenido de mi libro, puntos clave de nuestra comprensión histórica de la política en las sociedades europeas. Tienen que ver también con nuestra comprensión histórica de las sociedades que se encuentran lejos de Europa, pero que han sido profundamente influenciadas por esta y que continúan portando (o resistiendo) la impresión de las culturas europeas. No hablaré aquí de estas sociedades, pero es obligado señalar la conexión.

La historia de los feminismos en Europa abarca prácticamente todos los «campos» de la investigación histórica: el político, el intelectual, el social, el económico, el cultural, el religioso, etc. No obstante, a pesar de su alcance y su campo de acción, la memoria histórica de este desafío tan multifacético ha continuado siendo mínima, hasta el punto de que su propia existencia parecía cuestionable. Es más, la evidencia presenta, a modo de tesoro enterrado, bajo la superficie de los acontecimientos históricos convencionales, un aspecto «no autorizado» del pasado.

¡Qué desacertada es esta «falta de autorización»! Escuchen estas voces de los primeros años del siglo xx. «La marcha adelante del feminismo», escribía la activista francesa madame Avril de Sainte-Croix en 1907, «es un hecho que nadie puede negar, un movimiento que en ade-

lante ya ninguna fuerza podrá detener. La mujer [...] se ha convertido en un factor con el que hay que contar»². «El movimiento de las mujeres», comentaba la sufragista británica Millicent Garrett Fawcett en 1913, «es una de las cosas más grandes que han ocurrido nunca en la historia del mundo»:

Otros movimientos hacia la libertad han apuntado a la elevación del estatus de un grupo o clase comparativamente pequeño. Ahora bien, el movimiento de las mujeres apunta a nada menos que a la elevación del estatus de un sexo entero —la mitad de la especie humana— para alzarla hasta la libertad y el valor de la femineidad. Afecta por tanto a más gente que cualquier reforma de otra época, pues se extiende por el mundo entero. Está más profundamente arraigada porque se introduce en casa y modifica el carácter personal³.

De otro modo, consideren esta afirmación realizada en 1904 por la escritora sueca y defensora de la madre, Ellen Key: «La lucha que ahora está manteniendo la mujer tiene un alcance muchísimo mayor que cualquier otra; y si no se da ningún desvío, acabará por superar en fanatismo a ninguna otra guerra por la raza o la religión»⁴. Los lectores de la época de esta dramática afirmación deben de haberse puesto firmes y de haber obedecido. Lo mismo deberíamos hacer nosotros.

A pesar de testimonios como estos, a pesar del vigor y del ímpetu de los sucesivos intentos feministas para rebatir y dismantelar la hegemonía masculina desde el siglo xviii hasta los principios del siglo xx, ni la historia del feminismo, ni siquiera en realidad la historia de las mujeres —que es más amplia, aunque en su proyecto afín la historia del feminismo sea una parte—, parecieron desarrollar ningún poder duradero. «Las mujeres», afirmaba Simone de Beauvoir en su introducción a *El segundo sexo* (1949), «carecen de medios concretos para organizarse en una unidad que pueda plantar cara a la unidad correlativa. No tienen pasado propio ni historia propia ni religión propia; y no tienen una solidaridad de trabajo e interés como la del proletariado»⁵. Aun en 1949, se trataba de una afirmación seriamente engañosa.

² Madame Avril de Sainte-Croix, *Le Féminisme*, París, V. Giard y E. Briere, 1907, p. 6. El nombre de esta escritora se ha dado de formas diversas como Ghénia y como Adrienne.

³ Millicent Garrett Fawcett, «Introduction», en H. M. Swanwick, *The Future of the Women's Movement*, Londres, G. Bell, 1913, p. xii.

⁴ Ellen Key, *Love and Marriage*, trad. Arthur G. Chater, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1911, p. 214. Publicado originalmente en sueco como *Lifslinjer af Ellen Key*, 1904.

⁵ Simone de Beauvoir, «Introduction», en *The Second Sex*, trad. y ed. H. M. Parshley, Nueva York, The Modern Library, 1968; publicado originalmente en 2 vols. en francés, 1949, p. xix.

A principios de los años setenta del siglo XX, una nueva generación de feministas en Europa pensaba con buena conciencia que estaban empezando desde el «Año Cero». Hay que preguntarse de qué modo la memoria de un movimiento tan importante, de tales esfuerzos, de tales desafíos en el pensamiento y la acción, pudo ser obliterada y olvidada. ¿Cómo podían hombres y mujeres no saber? ¿Cómo podía la historia del feminismo haber fracasado a la hora de haber sido tratada en serio por historiadores profesionales o de haber sido enseñada a las mujeres y los hombres jóvenes que hormigueaban en los centros de estudios superiores y universidades por toda Europa y América durante los años cincuenta y sesenta? ¿Por qué es tan raro que se enseñe en la actualidad? El conocimiento —lo sabe cualquiera— puede a menudo contribuir al empoderamiento; el conocimiento parcial o la carencia del mismo pueden restar poder. Lo cierto es que, durante décadas, al conocimiento de la historia del feminismo se le ha atendido muy pobremente por parte de las comunidades de historiadores nacionales e internacionales, por no hablar de los maestros de escuela, y todavía hoy sigue siendo un intruso que no es bien recibido.

No solo los desarrollos alejados en el tiempo, sino incluso los más recientes en la historia del feminismo fueron en efecto enterrados, borrados o, de hecho, suprimidos, como apuntó de forma elocuente Dale Spender en los años ochenta con respecto a las actividades feministas continuas en la Inglaterra de los años veinte. «¿Acaso supone alguna diferencia en nuestras vidas», preguntaba ella, «saber que [...] había un movimiento de mujeres vigoroso y variado que abordaba cuestiones similares y dirigía campañas comparables a aquellas en las que hemos tomado parte durante la última década?». La respuesta de Spender era un «sí» enfático: «Crear que estamos solas y que hemos comenzado una protesta para la que no hay precedentes es estar atormentadas por las dudas, ser vulnerables, encontrarse sin modelos, experiencias o guías [...] La gran fuerza y la gran alegría pueden derivarse del conocimiento de que [...] muchas mujeres sintieron respecto del poder masculino, en buena medida, lo mismo que muchas mujeres están sintiendo hoy»⁶.

El auge de la historia de las mujeres en contextos nacionales y la emergencia de la erudición feminista desde los años setenta, han hecho mucho para remediar el malestar de Dale Spender, e incluso en el momento en el que esta obra se envía a prensa, especialistas y editores en muchos países están colaborando para enriquecer nuestro conocimiento de la historia de las mujeres y la historia de los feminismos a nivel nacional en formas que Beauvoir y sus contemporáneos apenas podrían haber imaginado. El tra-

⁶ Dale Spender, «Introduction», en *Time and Tide Wait for No Man*, Londres, Pandora Press, 1987, p. 2.

bajo comparativo, transnacional, sobre Europa ha quedado, por otro lado, relativamente infradesarrollado, con la excepción de dos importantes obras tempranas de Richard J. Evans y Jane Rendall⁷.

Dentro del campo de los estudios interdisciplinarios de mujeres, al menos en los centros de estudios superiores y universidades en Norteamérica, los estudiantes pueden a veces estudiar las historias de los feminismos en los Estados Unidos, Gran Bretaña o Canadá. En el nivel secundario, llegar a estudiar cosas así sigue siendo excepcional. Ahora bien, incluso los programas de estudios sobre las mujeres en el nivel universitario han tendido a tratar de forma inadecuada la enseñanza de la historia de los feminismos en otras partes del mundo. Especialistas y profesores cuyos conocimientos se ubican en otras disciplinas, rara vez sienten la obligación de basarse ellos mismos en el conocimiento de la historia de las mujeres, mucho menos en la historia del feminismo, aun cuando esperen que sus colegas en historia hablen traspasando las fronteras de las disciplinas e incluso las culturas y los continentes. Para muchos, hoy el conocimiento feminista parece dar a entender solamente «teoría feminista» o práctica feminista desde los años setenta del siglo XX; aunque lo que «cuenta» como «conocimiento» o como «teoría» se ponga continuamente en cuestión, el lugar de la historia en estos asuntos sigue estando ampliamente subestimado⁸.

En Europa, la situación ha sido mucho más difícil; no solo ha sido difícil introducir un currículum en estudios de las mujeres, y mucho menos institucionalizarlo, sino que hasta la historia de las mujeres —por no hablar de la historia de los feminismos— ha encontrado una resistencia seria y sostenida desde las autoridades educativas en muchos de los sistemas controlados por los principales Estados, que defienden con suficiencia el conocimiento «general» frente a la intrusión de lo que ellos ven como conocimiento «separatista» o compartimentalizado⁹. Resulta difícil convencer a tales autoridades

⁷ Los dos libros en cuestión son Richard J. Evans, *The Feminists: Women's Emancipation Movements in Europe, America and Australasia, 1840-1920*, Londres, Croom Helm; Nueva York, Barnes & Noble, 1977, y Jane Rendall, *The Origins of Modern Feminism: Women in Britain, France, and the United States, 1780-1860*, Londres, Macmillan, 1983; Nueva York, Schocken, 1984. Véase mi discusión de estas obras anteriores y de otras en «Challenging Male Hegemony: Feminist Criticism and the Context for Women's Movements in the Age of European Revolutions and Counter-Revolution, 1789-1860», ponencia presentada en el congreso sobre movimientos de mujeres en la Europa del siglo XIX, Stuttgart/Birkach, 31 de mayo-4 de junio de 1995, posteriormente publicada en S. Paletschek y B. Pietrow-Ennker (eds.), *Women's Emancipation Movements in the Nineteenth Century: A European Perspective*, Stanford, Stanford University Press, 2004, pp. 11-30.

⁸ Véase la reveladora discusión de estos temas que aparece en Marilyn J. Boxer, *When Women Ask the Questions: Creating Women's Studies in America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1998, cap. 6.

⁹ Para Francia, véase Françoise Thébaud, *Écrire l'histoire des femmes*, Fontenay Saint-Cloud, ENS Éditions, 1998; para muchos otros países europeos, véanse los ensayos de Karen Offen, Ruth Roach Pierson y Jane Rendall (eds.), *Writing Women's History: International Perspectives*, Londres, Macmillan, 1991; Bloomington, Indiana University Press, 1991.

de que la historia de las mujeres no es la de una insignificante minoría, de que de hecho las mujeres constituyen en torno a la mitad de la población —y las mujeres jóvenes, en algunas culturas, comprenden ahora a una mayoría de los estudiantes de universidad— y de que el feminismo es una política que se interesa en la relación más esencial en las sociedades humanas: la que hay entre las mujeres y los hombres. ¡Que a las estudiantes no se les deba al menos explicar la historia de esta política cuyos éxitos y fracasos han afectado tanto a sus propias vidas parece escandaloso!

Cuando a principios de los años setenta empecé por vez primera a investigar la historia de los feminismos en Europa, los escasos documentales disponibles en habla inglesa tenían que ver ante todo con el debate sobre la cuestión femenina en los Estados Unidos, salpicados con unos cuantos textos adicionales de Virginia Woolf, Friedrich Engels y August Bebel; otras colecciones presentaban un número mucho mayor de antifeministas sensacionalistas masculinos, desde Aristóteles a Nietzsche¹⁰. Un día en 1972, mientras buscaba materiales para un curso que iba a dar a medias con otro profesor sobre «Mujeres en la Historia Occidental», anduve merodeando en los recovecos más profundos de las estanterías de la biblioteca de Stanford, examinando viejos libros en las baldas que se encuentran bajo la categoría 396 del sistema de clasificación decimal de Dewey: «Mujeres». Allí descubrí dos tesoros. El primero fue el compendio de Theodore Stanton *The Woman Question in Europe* (1884), del que hablaré en el capítulo VI. El segundo fue *La Femme et le féminisme*, editado por H. J. Mehler, el catálogo de la Colección Gerritsen sobre Historia de las Mujeres, publicado en 1900. ¡Qué revelación! Este último contenía vastos listados de trabajos sobre la historia de las mujeres europeas, periódicos feministas, un tesoro de referencias en una gran variedad de idiomas europeos, todas anteriores a 1900. Luego supe que, aún en los primeros años del siglo xx, esta espléndida colección de materiales impresos, organizada por la médica y activista sufragista holandesa Aletta Jacobs, había sido adquirida por la Biblioteca John Crerar, en Chicago. La Crerar, más tarde, vendió la colección a la Universidad de Kansas, donde sigue. Su extensa colección de libros y periódicos en muchas lenguas europeas ha sido microfilmada y, en la actualidad, está a disposición de los investigadores de todo el mundo.

¹⁰ Véase Miriam Schneir, *Feminism: The Essential Historical Writings*, Nueva York, Random House, 1972, y Alice Rossi (ed.), *The Feminist Papers*, Nueva York, Columbia University Press, 1972; Bantam Books, 1973. Véase también Julia O'Faolain y Lauro Martines (eds.), *Not in God's Image*, Nueva York, Harper & Row, 1973, y *Women: From the Greeks to the French Revolution*, de Susan Groag Bell, Belmont, Wadsworth, 1973; 2.ª ed., Stanford, Stanford University Press, 1980. Se reconoce la escasez de documentación disponible para la enseñanza de la historia de las mujeres europeas a los estudiantes americanos que no leen en las lenguas continentales europeas, lo que nos llevó a Susan Groag Bell (SGB) y a mí misma (Karen Offen, KO) a publicar nuestra interpretación documental en dos volúmenes: *Women, the Family, and Freedom: The Debate Documents, 1750-1950*, Stanford, Stanford University Press, 1983; en adelante, WFF.

Por mi parte, originalmente estaba interesada en los materiales franceses pero, como comparatista en potencia, comencé a tomar notas también sobre libros, artículos y periódicos en otras lenguas. Pronto sospeché que debía de haber mucho más material sin excavar, pero cuando comencé a reunir y a fotocopiar tales textos, no tenía ni idea de lo extenso que sería el rendimiento ni de la facilidad o dificultad con que se le podría localizar y consultar... ni de lo apasionante que sería leerlo. Mi búsqueda me llevó mucho más allá de la Colección Gerritsen a bibliotecas y archivos de todas clases y descripciones por toda Europa y Estados Unidos¹¹. Y así emergieron primero cientos y luego miles de textos publicados.

Lo que descubrí en las bibliotecas y los archivos americanos fue que —en buena medida, lo mismo que ocurre con la historia de las mujeres— a la historia de los feminismos nunca se le ha concedido un lugar en las taxonomías del conocimiento existentes. En las bibliotecas, por ejemplo, sea bajo el sistema decimal más antiguo de Dewey como bajo el sistema de clasificación de la Biblioteca del Congreso, ahora hegemónico, sigue sin haber una clasificación independiente para feminismo, semejante a la que ha habido durante largo tiempo para los movimientos sociopolíticos dominados por los hombres: socialismo, anarquismo, comunismo, etc.¹². El socialismo, por ejemplo, se clasifica bajo la categoría «J», para ciencias políticas, mientras que las «mujeres» se amontonan como «HQ», bajo «H», para ciencias sociales. Se pueden localizar libros sobre feminismo y otros movimientos paralelos de mujeres, revueltos junto con un amplio espectro de otros estudios, bajo la categoría «Mujeres» de «ciencia social», pero también puede encontrárselos, un tanto aleatoriamente, bajo muchos y variados epígrafes entre las humanidades (incluidas la literatura, la música y las artes) y las ciencias sociales (sociología, antropología, psicología), así como en bibliotecas especializadas de derecho, medicina, biología, negocios, economía, educación o en guerra y paz. En resumen, los materiales que tienen que ver con los movimientos y temas sociopolíticos de los hombres han sido clasificados de forma más pensada y cuidadosa. El mismo problema caracteriza la situación en las librerías, donde las obras sobre

¹¹ Véanse las referencias enumeradas en la introducción de los editores a *Writing Women's History: International Perspectives*, pp. xxvi y xxxix n. 7. La información relativa a los desarrollos en los años noventa puede extraerse de las publicaciones del grupo Women's International Studies Europe (WISE), incluidos su boletín informativo *WISE Women's News* y la publicación trimestral *European Journal of Women's Studies*. Véase también la publicación trimestral *Feminist Collections*, publicada por Women's Studies Librarian, University of Wisconsin System, Madison, y nuevos artículos en las tres revistas de historia de las mujeres e historia de género *Journal of Women's History*, *Women's History Review* y *Gender & History*, así como en las bibliografías que yo misma he publicado en los boletines informativos de la International Federation for Research in Women's History (IFRWH).

¹² Contrástese esta situación con el lamento de Richard David Sonn sobre la ubicación del anarquismo en las series «HX», solo después del marxismo, el socialismo y las utopías. Véase Sonn, «Introduction», en *Anarchism*, Nueva York, Twayne Publishers, 1992.

feminismo son agrupadas en las secciones de estudios de las mujeres, donde tal cosa existe, o bajo sociología, en mayor medida que bajo movimientos sociales o política. En algunos aspectos, esta práctica les hace más sencillo localizar esos libros a los compradores de hoy interesados en el tema, pero les resultará tanto más difícil integrar sus contenidos e intereses en compartimentos de conocimiento que prevalezcan sobre los demás. Aunque artificiales, estos compartimentos siguen dándole forma a nuestro modo de entender las ciencias humanas, aun cuando los estudios de mujeres suscitan cuestiones complejas e importantes sobre lo que podría significar en realidad conocimiento «interdisciplinar».

RECUPERAR EL PASADO

Las generaciones más tempranas de las feministas europeas entendieron bien que «el recuerdo de las cosas pasadas» es importante para trazar el futuro. «Estudien, estudien ustedes Historia, damas y caballeros españoles, antes de acusar de extranjerismo a un feminista», aconsejaba María Lejárraga Martínez Sierra en 1917, bajo la protección del nombre de su marido, célebre dramaturgo¹³. Lo cierto es que, en el siglo xx, el acto de registrar y recordar la historia del feminismo y difundirla en nombre del futuro se ha convertido en un asunto cada vez más fascinante para feministas de toda Europa. Hay algo de verdad en la observación sardónica, aunque extravagante, que hacía recientemente un historiador checo en respuesta al minúsculo destello de interés en la historia de las mujeres checas: «El futuro no es bastante para las feministas; ellas quieren tomar también el pasado y reinterpretarlo desde un punto de vista femenino»¹⁴. Cuando las mujeres plantean las preguntas, el pasado asume formas nuevas. Y no solo desde el punto de vista femenino, sino desde un punto de vista feminista que abarca más que los esfuerzos para escribir y enseñar la historia de los feminismos y para hacer que las mujeres sean incluidas en los «informes convencionales». Las especialistas feministas están formulando también una crítica de cómo y por qué la historia ha sido escrita y enseñada por parte de profesionales académicos, tanto en Europa como en Norteamérica¹⁵.

¹³ Gregorio Martínez Sierra (María Lejárraga Martínez Sierra), *Feminismo, feminidad, españolismo*, Madrid, Renacimiento, 1917, p. 132.

¹⁴ F. Šmahel, reseña del *Ein neues Bild der Frau im Mittelalter?*, en *Ceský Casopis Historický* (Revista Histórica Checa), de Katherine Walsh, 91,1 (1993), p. 147; así como la traducción de Jitka Malečková, «Gender, Nation and Scholarship: Reflections on Gender/Women's Studies in the Czech Republic», en Mary Maynard y June Purvis (eds.), *New Frontiers in Women's Studies*, Londres, Taylor & Francis, 1996, p. 96.

¹⁵ Véase el provocativo análisis de Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, pero también el estudio largo tiempo esperado de Bonnie Smith, *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice in the West, 1800-1940*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1998.

Para las feministas, la historia cuenta con importantes implicaciones, y dejar las cosas claras es tan solo una parte de la tarea. A principios de los años treinta del siglo xx, la historiadora polaca Lucie Charewiczowa hablaba en favor de la escritura de la historia de las mujeres ante el Congreso Internacional de Ciencias Históricas, apuntando que «el movimiento feminista [...] crece de día en día» y que el conocimiento de la historia de las mujeres y de la historia feminista podría servir para dar un vuelco a «todo prejuicio y superstición antifeminista que se halle aún enraizado en la opinión pública»¹⁶.

Ya a comienzos del siglo xx, las feministas en Europa reconocían la necesidad de «una historia propia», y empezaban a organizar iniciativas para establecer archivos para el movimiento de las mujeres. Una de las primeras iniciativas fue la de Eliska Vincent, en París, que ya en los años noventa del siglo xix había acumulado un vasto archivo (estimado para incluir unos 600.000 documentos). Desgraciadamente, le fue denegada su intención de legar estos materiales al Musée Social en 1919, a pesar de los grandes esfuerzos de sus albaceas testamentarias, Marguerite Durand y Maria Vérone, y los materiales se perdieron¹⁷. Este desastre no pasó desapercibido para Durand y Marie Louise Bouglé, que reunieron sus colecciones con posterioridad, que han encontrado asilos institucionales más seguros en París, en la Bibliothèque Marguerite Durand y en la Colección Bouglé en la Bibliothèque Historique de la Ville de Paris. A mediados de los años ochenta del siglo xx, la Biblioteca Durand, establecida 50 años antes como una parte auxiliar de la Biblioteca Municipal de París en el distrito V —frente al Panteón (donde están enterrados franceses ilustres)—, había crecido hasta el punto de que hubo que trasladarla a un centro situado en el distrito XIII. Últimamente, se ha hablado de fusionar las colecciones Durand y Bouglé.

En Inglaterra, los materiales que proporcionaron el núcleo de lo que más tarde se convertiría en la Biblioteca Fawcett se depositaron en 1926 en la biblioteca de la London Society for Women's Service. Tras una serie de complicadas escaramuzas para reubicarla y mantenerla, la biblioteca encontró asilo en un sótano en la Guildhall University de Londres (antes la City of London Polytechnic). En 1998, se anunciaron planes para una nueva National Library for Women, financiada mediante una ayuda de la Lotería Nacional Británica de 4,2 millones de libras, para albergar y asegurar la colección, que contiene la colección de la Josephine Butler Society así como muchos papeles y publicaciones de las diversas sociedades por el sufragio de las mujeres, del Six Point Group y de la St. Joan's International Alliance, entre otros.

¹⁶ Dra. Lucie Charewiczowa, «Est-il fondé d'écrire une histoire spéciale de la femme?», en *La Pologne au VIIe Congrès International des Sciences Historiques, Varsovie 1933*, Varsovia, Société polonaise d'histoire, 1933, pp. 309, 311.

¹⁷ *Vie sociale* (publicado por CEDIAS, Musée Social, París) 8-9 (1988), p. 367.

En Alemania, tras la disolución de la Bund Deutscher Frauenvereine ante las amenazas nazis de tomar el mando de la misma en 1933, los papeles del movimiento de las mujeres alemanas y de un número de sus organizaciones afiliadas se depositaron con posterioridad (en 1935) en la Fundación Helene Lange, en Berlín-Wilmersdorf. En 1934, la última presidenta de la BDF, Agnes von Zahn-Harnack, publicó junto con Hans Sveistrup una bibliografía anotada de 800 páginas, compilada entre 1927 y 1932, sobre «La cuestión femenina en Alemania», como una sorda salva de despedida contra el régimen nazi que había decretado la disolución de todas las sociedades y organizaciones que no estuvieran afiliadas al partido nazi¹⁸. Este trabajo se convirtió en una fuente de referencias fundamental para posteriores especialistas del movimiento feminista alemán. Desde aquella época, se han establecido archivos del movimiento de las mujeres y de la historia de las mujeres en localidades diversas, incluida Kassel, sede del Archiv der deutschen Frauenbewegung (Archivo del Movimiento Alemán de las Mujeres)¹⁹.

En los Países Bajos, el ambicioso Internationaal Archief voor de Vrouwenbeweging (Archivo Internacional para el Movimiento de las Mujeres o IAV) fue fundado en 1935 por un pequeño grupo de feministas holandesas, incluidas Rosa Manus y Willemijn Hendrika Posthumus-van der Goot. Apenas había echado a andar cuando los nazis ocuparon los Países Bajos, el archivo completo fue incautado y llevado a otra parte por los invasores nazis. En 1948, cuando el trono holandés pasó de la reina Wilhelmina a su hija Juliana y pese al desastre del archivo, Posthumus-van der Goot y sus asociadas investigaron y publicaron *Van Moeder op Dochter (De madre a hija: historia de las mujeres de Holanda desde 1798 hasta 1948)* para conmemorar su historia. En el ínterin, las organizadoras del archivo trataron de reconstruir las colecciones del IAV, operando hasta finales de los años ochenta, a la sombra del International Archive for Social History en Ámsterdam. Una parte de los archivos IAV originales, que hacía mucho se creían destruidos, ha salido recientemente a la superficie, intacta por alguna suerte de milagro, en Moscú, presumiblemente llevada allá por el Ejército Rojo que a su vez había capturado los materiales de los nazis. El gobierno de Rusia posterior a 1989 ha demostrado su poca disposición a soltar los materiales al reconstituido IAV, aunque ha permitido que se microfílmase parte de los papeles²⁰.

¹⁸ Hans Sveistrup y Agnes von Zahn-Harnack (eds.), *Die Frauenfragen in Deutschland: Strömungen und Gegenströmungen, 1790-1930, sachlich geordnete und erläuterte Quellenkunde*, Burg-bei-Main, A. Hopfer, 1934.

¹⁹ El Archivo del Movimiento de las Mujeres Alemanas en Kassel publica un periódico informativo, *Ariadne*.

²⁰ Véase, en inglés, Ineke Jungschleger, *Bluestockings in Mothballs: 50 Years International Archives for the Women's Movement*, Ámsterdam, IAV, 1987. Para un catálogo publicado de los fondos durante los últimos años setenta del siglo XX, incluidas obras en diversos idiomas, véase

Otras coleccionistas más tempranas tuvieron menos éxito en sus intentos para establecer un archivo independiente. El ambicioso proyecto para establecer un Centro Mundial para los Archivos de Mujeres, iniciado en los Estados Unidos a finales de 1935 por la sufragista húngara Rozsika Schwimmer y promovido por la historiadora y feminista americana Mary Beard, tuvo que ser abortado en 1940, a la sombra de la guerra, cuando no se pudo obtener una financiación adecuada. Los cuantiosos papeles de Schwimmer se encuentran ahora en varias colecciones; una, en la Biblioteca Pública de Nueva York y otra en el Swarthmore College. Una selección extensiva de materiales europeos puede encontrarse en la Sophia Smith College Collection, en el Smith College, en Massachusetts. Mientras tanto, los archivos del International Council of Women (ICW) fueron requisados por los nazis cuando ocuparon Bruselas en 1940 y solo en los años sesenta, al hilo de la publicación de su propia historia, *Women in a Changing World*, el ICW hizo los esfuerzos por reconstituir copias de los materiales que faltaban en diversos lugares. En 1955, la International Alliance of Women (IAW), cuyos archivos habían sobrevivido, publicó su propia historia, *Journey Toward Freedom*. Sus publicaciones, junto con los papeles con base en Colorado y las publicaciones de la Women's International League for Peace and Freedom (WILPF), son ahora accesibles en microfilm²¹.

Tras la Segunda Guerra Mundial, se fundaron más archivos. Especialistas suecos fundaron un archivo de historia de las mujeres en la Universidad de Gotemburgo en los cincuenta. Otros archivos vieron la luz posteriormente, tales como la Women's History Collection en Aarhus, cuyos fondos incluyen papeles preciosos que proceden del temprano movimiento danés por los derechos de las mujeres. Registros del movimiento de las mujeres suizas se conservan, a su vez, en el archivo de la Fundación Gosteli, cerca de Berna, gracias a los esfuerzos y al compromiso en la financiación de la activista por los derechos de la mujer Marthe Gosteli²².

Para que no se fetichice el desarrollo de archivos para materiales no publicados, no obstante, quiero insistir aquí en la riqueza de los documentos publicados, buena parte de la cual se preserva también en estos archivos así como en las colecciones de las principales bibliotecas. Los historiadores de los feminismos europeos pueden acceder a un material

el *Catalog of the International Archives for the Women's Movement*, Boston, G. K. Hall, 1980. Sobre los materiales holandeses recuperados, véase Mineke Bosch, «History and Historiography of First-Wave Feminism in Netherlands, 1860-1922» (ponencia originalmente presentada en el congreso celebrado en 1995 en Stuttgart/Birkach), en Paletschek y Pietrow-Ennker (eds.), *Women's Emancipation Movements in the 19th Century*, pp. 53-76.

²¹ Para más información sobre los archivos de historia de las mujeres europeas, véase Leila J. Rupp, «Introduction» a su *Worlds of Women: The Making of an International Women's Movement*, Princeton, Princeton University Press, 1997.

²² Véase Claudia Wirz, «Ein historisches Gedächtnis für die Frauen», *Neue Zürcher Zeitung*, 20-21 de marzo de 1998; en su traducción inglesa «A Historical Memory for Women» en el *Journal of Women's History* 12, 1 (primavera, 2000).

extraordinario, tal como he hecho yo para este libro, a partir de la gran abundancia de publicaciones de sociedades, actas de congresos, boletines informativos, panfletos y otras fuentes impresas producidas por feministas y organizaciones feministas —y por sus oponentes— durante los últimos dos siglos. Muchas publicaciones de este tipo han sido adquiridas y preservadas, a menudo de forma bastante azarosa, por bibliotecas americanas, y muchas han sido posteriormente microfilmadas, no solo en la Colección Gerritsen, sino también en la complementaria colección para la investigación microfilmada durante los años setenta por Research Publications, Inc., con sede en Connecticut (ahora conocida como Primary Source Media). Otras pueden ser rastreadas a través del espléndido catálogo de impresiones de la National Union anteriores a 1956 y adquiridas a través del préstamo interbibliotecario.

«Cuando una mujer aprendió a leer», escribió la célebre escritora austriaca Marie von Ebner-Eschenbach en 1880, «la cuestión femenina apareció en el mundo»²³. Y lo cierto es que el feminismo ha desarrollado un registro histórico tanto mediante un registro político publicado como por uno privado. Los desarrollos que los lectores encontrarán en este libro se derivan ante todo de esta masa de material impreso recuperado.

Esta historia de los feminismos en Europa no es una empresa nueva, extraña a las historiadoras cualificadas académicamente. Como atestiguan los comentarios de Lejárraga y Charewiczowa que hemos citado antes, muchas publicaciones de activistas feministas subrayaban con claridad su interés continuado en combatir la galopante desinformación entre el público en general; otras se preocupaban por la posibilidad de la pérdida de la memoria entre sus sucesores potenciales, particularmente después de que las feministas hubieran logrado algunos de sus principales objetivos, como el voto en los gobiernos representativos o parlamentarios. Este punto estaba sin duda en la cabeza de Eleanor Rathbone en 1934: «¿Acaso las mujeres jóvenes de hoy que pueden decir eso de “pero nosotras hemos nacido libres” recuerdan a menudo, o siquiera conocen, su deuda con estas pioneras?»²⁴. Los esfuerzos conmemorativos comenzaron ya en 1928, el año en el que se hizo realidad la ciudadanía política para todas las mujeres inglesas. Un ejemplo importante es el tributo de Millicent Garrett Fawcett, *Josephine Butler: Her Work and Principles, and Their Meaning for the Twentieth Century* (1927), rindiendo honores al centenario del nacimiento de la gran organizadora de la campaña pa-

neuropea contra la prostitución regulada por el Estado. Tal como señaló un crítico, el trabajo y los principios de Butler «labraron un cambio en la ética social, no solo en su propio país, sino en el mundo entero, mayor quizá que el logrado por ninguna otra persona sola en época reciente»²⁵. El libro de Fawcett iría acompañado del de Ray Strachey *The Cause: A Short History of Women's Movement in Great Britain* (1928). De Nuevo, una crítica apuntaba a su importancia:

Aquellas de nosotras que leemos con el suficiente conocimiento del viejo orden como para darnos cuenta de con qué oposición se encontraron las mujeres y que, quizá desde esa comprensión profunda, estamos a veces tentadas a quejarnos en espíritu por la oposición que saben que sigue dispuesta en contra del «estatus igualitario», no podemos sino cobrar ánimos ante este historial del rastro de un cometa extraordinario. ¡Qué! ¿Tanto y tan rápido se ha movido esta cosa brillante?»²⁶.

En 1953, *Lady into Woman: A History of Women from Victoria to Elizabeth II*, de Vera Brittain, celebraba —y subrayaba en beneficio de la posteridad— los cambios monumentales que habían tenido lugar en el estatus de la mujer inglesa en los 50 años que se sucedieron desde la muerte de la reina Victoria en 1901.

OBSTÁCULOS

¿Qué le ocurrió a esta historia del continente europeo? Una cosa parece cierta: encontró una fuerte oposición en prácticamente toda cultura política y no solo, como podría esperarse, en la derecha, sino también en la izquierda. La oposición de la derecha política, integrada aún ante todo por grupos preponderantemente masculinos, autoritarios y con filiación religiosa, no sorprende. La oposición en la izquierda política parece más problemática. Ya hacia 1900, los socialistas marxistas de la Asociación de Trabajadores de la Segunda Internacional vieron el feminismo como una iniciativa rival y trataron de contrarrestar su atractivo mediante calumnias y contrademandas, alegando que el feminismo era irremediablemente «burgués», que el problema más grande era el capitalismo, que el conflicto de clase era el motor de la historia y que solo el socialismo podría resolver la «cuestión femenina»..., pero solo después de la victoria del proletariado. La negativa intransigente y perdurable de las mujeres socia-

²³ Marie von Ebner-Eschenbach, *Aphorismen aus einem zeitlosen Tagebuch altweibersomer Parabeln und Märchen* (1880), en su *Gesammelte Werke*, vol. 9, Múnich, Nymphenburger Verlagshandlung, 1961, así como la traducción de G. H. Needler en Marian Arkin y Barbara Shollar (eds.), *Longman Anthology of World Literature by Women 1875-1975*, Nueva York y Londres, Longman, 1989, p. 5.

²⁴ Eleanor Rathbone, «Foreword», a Erna Reiss, *Rights and Duties of Englishwomen: A Study in Law and Public Opinion*, Manchester, Sherratt Hughes, 1934, p. viii.

²⁵ Reseña de *Josephine Butler* por K. B. en *Jus Suffragii/The International Woman's Suffrage News* 22, 5 (febrero de 1928), p. 71.

²⁶ Reseña de *The Cause* por K. B. en *Jus Suffragii/The International Woman Suffrage News* 23,2 (noviembre de 1928), p. 19.

listas a cooperar con las feministas ha estado ampliamente documentada desde los años setenta del siglo xx.

Tras la Revolución rusa y el advenimiento de Estados comunistas de partido único, primero en la Unión Soviética y luego en la Europa del Este, continuó el antagonismo socialista y comunista respecto al feminismo. Las afirmaciones comunistas de haber encontrado la solución única a la «cuestión femenina» se repitieron de forma convincente y continuada hasta bien entrados los años cincuenta, cuando la dirección de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (WIDF), de sesgo comunista, y sus organizaciones miembro nacionales cooptaron de manera eficaz el programa feminista, al tiempo que repudiaban su nombre y borraban su memoria. Desde una perspectiva feminista, el socialismo organizado en Europa —y, en un sentido más amplio, la izquierda socialdemócrata— tiene muchas cuestiones a las que responder, no solo en términos de estigmatización y trivialización del feminismo, o de retrato de las feministas como «grupo de interés especial», sino también en términos de supresión activa de activistas e impulsos feministas y, cuando se da la oportunidad, también de apropiación de aspectos seleccionados de la historia feminista²⁷. Lo cierto es que resulta tentador sugerir que lo que Heidi Hartmann llamó en su momento el «matrimonio infeliz de marxismo y feminismo», nunca fue un matrimonio y, desde luego, nunca fue una relación fabricada en el cielo, ni siquiera al principio; «atracción fatal» podría resultar un término más apropiado²⁸. Y la fatalidad aparente de la línea del partido fue el feminismo.

A pesar de esta relación letal, en Francia e Italia en particular, han surgido importantes iniciativas académicas y contribuciones históricas relacionadas con el feminismo histórico a partir de las conmemoraciones

²⁷ Entre los primeros estudios históricos aparecidos sobre la liberación de las mujeres en un escenario británico y en línea con el socialismo de la New Left y el comunismo, ambos dominados por hombres, estuvieron el *Women, Resistance and Revolution: A History of Women and Revolution in the Modern World*, Londres, Penguin, 1972; y el *Hidden from History: Rediscovering Women in History from the Seventeenth Century to the Present*, Londres, Pluto Press, 1973, los dos de Sheila Rowbotham. La tensión socialismo-feminismo en Francia subyace de un modo semejante a los diferentes enfoques de *Les Femmes et le socialisme: Un Siècle d'histoire*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1978, de Charles Sowerwine (originalmente una tesis doctoral de la Universidad de Wisconsin, Madison); y la tesis doctoral inédita de Marilyn J. Boxer, «Socialism Faces Feminism in France, 1879-1913», University of California, Riverside, 1975, algunas de cuyas partes se han publicado como artículos. Estas tensiones conformaron asimismo los importantes análisis de los conflictos anteriores del siglo xix, en Inglaterra, entre los socialistas owenianos y, en Francia, entre los sansimonianos, realizados respectivamente por Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Londres, Virago, 1983; Nueva York, Pantheon, 1983; y por Claire Goldberg Moses, *French Feminism: in the Nineteenth Century*, Albany, SUNY Press, 1984. Estas dos obras se basaron también en tesis doctorales.

²⁸ La frase procede del artículo archicitado de Heidi Hartmann, aparecido en la recopilación *Women and Revolution: A Discussion of the Unhappy Marriage of Marxism and Feminism*, Lydia Sargent (ed.), Boston, South End Press, 1981. «Atracción Fatal» es, por supuesto, el título de una película.

del Partido Comunista que, pese a estar motivadas políticamente al comienzo, proporcionaron inadvertidamente un foro de incipiente especialización feminista. El centenario de las revoluciones de 1848 (y con posterioridad del activismo de las mujeres en la Comuna de París, en 1871) brindó un trampolín en la posguerra para un trabajo de esas características, particularmente en los estudios realizados por la historiadora Edith Thomas, *Les Femmes de 1848* (1948), *Pauline Roland: Socialisme et féminisme au xix^e siècle* (1956) y, más tarde, en sus *Les Pétoleuses* (1963; en inglés como *The Women Incendiaries* [1966]) y *Louise Michel, ou La Velléda de l'anarchie* (1971)²⁹. Ahora bien, en la mayoría de estas historias, el socialismo se encontraba en una relación tensa con el feminismo, en consonancia con las prioridades políticas del periodo de posguerra. Si Beauvoir proclamaba que las mujeres «no tenían pasado ni historia», y «tampoco solidaridad», *Les Femmes dans l'histoire* (1952) de Olga Wormser suscitaba la cuestión de si las mujeres constituían una «clase femenina» y si la acción histórica de las mujeres podría tener un carácter especial. Otros activistas académicos no comunistas en cuanto a la afiliación, tales como Evelyne Sullerot, quedaron particularmente fascinados por la larga historia de la prensa de mujeres francesa, incluida la extraordinaria serie de periódicos feministas tempranos de corta duración³⁰.

Las investigaciones italianas empezaron no mucho después y, como era de esperar, historias del feminismo en Italia empezaron a salir a la superficie en conjunción con la conmemoración del centenario de la Unificación Italiana en 1861. En 1962, la Sociedad Humanitaria (Società Umanitaria) publicó su colección de referencia *L'Emancipazione femminile in Italia: un Secolo di Discussioni, 1861-1961*, a la que siguió a continuación un congreso financiado por unas cuantas organizaciones feministas reactivadas. Los estudios subsiguientes realizados por Franca Pieroni Bortolotti, comenzando por *Alle origini del movimento femminile in Italia, 1848-1892* (1963), ayudaron a sacar a la luz un pasado feminista italiano enterrado³¹. Dos revistas dedicadas a los estudios feministas, *Memoria* y *DonnaWomanFemme*, publicaron artículos pioneros sobre la historia del feminismo italiano.

Desde entonces, los eventos conmemorativos han desatado un torrente de publicaciones sobre la historia de los feminismos a lo largo y ancho de Europa. El bicentenario de la Revolución francesa en 1989 ofreció una prueba ejemplar del camino en el que los historiadores feministas y los historiadores del feminismo podrían aprovechar la ocasión y hacerla

²⁹ Véase Dorothy Kaufmann, «Uncovering a Woman's Life: Edith Thomas (novelist, historian, résistante)», *The French Review* 67, 1 (octubre de 1993) pp. 61-72.

³⁰ Véase Evelyne Sullerot, *Histoire de la presse féminine en France, des origines à 1848*, París, A. Colin, 1966, y la más general *La Presse féminine*, París, A. Colin, 1966.

³¹ Sobre las contribuciones de Pieroni Bortolotti, véase Paola di Cori, «Franca Pieroni Bortolotti: Una Storia solitaria», *Memoria* 16 (1986), pp. 135-139.

suya³². Las conmemoraciones de las revoluciones de 1848 confirman este punto³³. Los estudios de mujeres en la resistencia antifascista en los puntos de inflexión de los treinta y los cincuenta años han vuelto la atención de un modo similar hacia el análisis del activismo y feminismo resurgente de las mujeres europeas, planteando las cuestiones en marcos socioculturales específicos.

De forma manifiesta, existe un material para muchas historias de los feminismos europeos o —más concretamente— de muchas variedades de feminismos que se han manifestado en sociedades particulares en momentos particulares a lo largo de los siglos. Este libro se halla interesado en la reconstrucción e interpretación de los feminismos que se desarrollaron en Europa durante los 250 años que van entre 1700 y 1950. Se encuentra lejos de ser exhaustivo, aunque he tratado de abarcar tanto como me han permitido los materiales existentes y mis propias energías y habilidades lingüísticas; intentará presentar una cronología y una secuencia y reconstruir debates y controversias largo tiempo olvidados que han conformado de forma profunda la historia de las mujeres y los hombres en los Estados y las naciones europeos. Trata de someter cuestiones importantes a la consideración de los lectores, en particular con respecto al carácter esencial de las demandas feministas para la historia europea, al carácter de las oposiciones antifeministas al socialismo y a un amplio surtido de esfuerzos por la construcción nacional y los nacionalismos.

Este libro contará una historia de los feminismos, no como una «operación crítica recurrente» en teoría, sino como una historia de lucha política, de reveses y de algunos éxitos. Por mi parte, me encuentro menos interesada que muchos historiadores anteriores en proporcionar una «cuenta del ganador», pues si las feministas en Europa «ganaron» algo entre 1700 y 1950, lo hicieron de formas bastante poco convencionales, convenciendo a otros, sobre todo a hombres en posiciones de autoridad, de que su causa era justa y de que los cambios dramáticos tendrían que hacerse en las leyes, las instituciones y las prácticas que gobernaban las relaciones entre los sexos. Con tan solo unas pocas excepciones significativas —la violencia contra la propiedad durante las campañas sufragistas británicas para el voto—, las feministas renunciaron a los medios físicamente violentos de consecución de sus fines; a

lo largo de este periodo que examinamos, sus herramientas principales fueron la razón y la elocuencia persuasiva, no el músculo ni las armas. El hecho es que en Europa, lo mismo que en otras partes del mundo occidental, las feministas se las arreglaron para conseguir muchos de sus objetivos anteriores a 1950, a pesar de la severa oposición antifeminista en algunos sectores y a pesar de los intentos continuados por cooptar, subordinar y absorber sus programas dentro de otros. Las dificultades a las que se enfrentaron las feministas a la hora de conseguir sus objetivos en las sociedades europeas no pueden ser sobreestimadas. Y con todo, pese al miedo masculino a que las mujeres acabasen «teniendo cargos», pese a las repetidas olas de violenta reacción antifeminista, en ocasiones, las feministas cosecharon brillantes éxitos. Gracias a las feministas, fue mucho lo que cambió a mejor en la situación de las mujeres en las sociedades europeas entre 1700 y 1950. Mucho más es lo que ha cambiado desde entonces. No obstante, siguen quedando aún desafíos significativos y, hoy de nuevo, les sigue quedando a las feministas mucho por cumplir y por controlar en la emergente nueva Europa.

A diferencia de otros movimientos pacíficos, el feminismo nunca aspiró a la autoridad por derecho propio. Sus partidarias buscaban una reparación de agravios, pero no tomar el poder; en su lugar, deseaban compartir el poder y cambiar sus sociedades a mejor ejerciendo lo que la teórica política Kathleen Jones ha denominado desde entonces como «autoridad compasiva»³⁴. Quizá sea por esto por lo que el feminismo nunca ha encontrado su clasificación legítima entre los movimientos políticos.

CELEBRAR EL PASADO FEMINISTA

Pero hay más. Aquellos que busquen más información sobre mi itinerario personal hasta la historia y el feminismo, podrán encontrarla en otra parte³⁵. Ahora bien, puede que este sea el lugar para confesar mi entusias-

³² Véase *Les Femmes et la Révolution française*, Marie-France Brive (ed.), 3 vols., Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1989-1991, y el pequeño catálogo *Les Femmes et la Révolution Française: Bibliographie établie par Simone Blanc*, París, Bibliothèque Marguerite Durand, 1989.

³³ Véanse, entre otras contribuciones: Gabriella Hauch, *Frau Biedermeier auf den Barrikaden: Frauleben in der Wiener Revolution 1848*, Viena, Verlag für Gesellschaftskritik, 1990; y «Die Wiener Achtundvierzigerinnen», en 1848 — «das tolle Jahr»: *Chronologie einer Revolution*, catálogo de la exposición, Historisches Museum der Stadt Wien, 1998, pp. 44-51; Ulla Wischermann, *Frauenpublizistik und Journalismus: Vom Vormärz bis zur Revolution von 1848*, Weinheim, Deutscher Studien Verlag, 1998; y ensayos de Michèle Riot-Sarcey, Bonnie S. Anderson y yo misma en los trabajos posteriores (Jean-Luc Mayaud [ed.]) al coloquio de febrero de 1998 sobre las revoluciones de 1848, que tuvo lugar en la Assemblée Nationale en París.

³⁴ El sesudo estudio de Kathleen Jones, *Compassionate Authority: Democracy and the Representation of Women*, Nueva York y Londres, Routledge, 1993, basado en discusiones de autoridad protagonizadas ante todo por teóricos políticos europeos, debería complementarse con un informe histórico paralelo de las críticas de las feministas europeas a la autoridad masculina y a sus vínculos directos con el poder militar y la violencia organizada. Véase también la discusión de Marlene LeGates sobre autoridad y poder en su excelente libro *Making Waves: A History of Feminism in Western Society*, Toronto, Copp Clark/Addison Wesley, 1996, pp. 12-13. Yo he abordado también estos temas en un artículo inédito, «Women and the Problem of Political Authority in France».

³⁵ Véanse mis ensayos «Going Against the Grain: The Making of an Independent Scholar», en Eileen Boris y Nupur Chaudhuri (eds.), *Voices of Women Historians*, Bloomington, Indiana University Press, 1999; «A Comparative European Perspective: Comment on [Judith Bennett's] "Confronting Continuity"», *Journal of Women's History* 9, 3 (otoño, 1997), pp. 105-118; «Reflections on National Specificities in Continental European Feminisms», *University College Galway Women's Studies Centre Review* 3 (1995), 53-61; y «Feminism and Sexual Difference in Historical Perspective», en *Theoretical Perspectives on Sexual Difference*, Deborah L. Rhode (ed.), New Haven, Yale University Press, 1990, pp. 13-20, con notas, pp. 265-266.

mo personal por mi objeto de estudio. Estoy muy cansada de los relatos históricos que tratan a las personas como «terrenos de análisis» que ensartan en pinchos las vidas de los individuos y los esfuerzos de los grupos, de forma que se los pueda tener sujetos al análisis «científico» —a base de retorcer, remover y resistir— mediante lentes teóricas distorsionadoras de diversos grosores y opacidades y desde varias distancias críticas. Creo que esta práctica es deshumanizadora y no ha de ser tolerada. Las vidas de la gente y sus esfuerzos para cambiar las condiciones bajo las que viven, dentro de contextos políticos y culturales particulares, tienen una integridad que debería ser respetada, en especial por parte de las especialistas feministas.

Personalmente, me considero feminista y mi forma de activismo, además de criar a dos hijas, hacer las tareas domésticas, apoyar a organizaciones que defienden los derechos de las mujeres (fui una de las miembros fundadoras de NOW y una de las suscriptoras que fundaron *MS Magazine* así como *Signs*) y exigir la historia de las mujeres y el espacio de las mujeres en la profesión histórica, tanto en los Estados Unidos como en todo el mundo, es escribir sobre la historia de las mujeres y sobre la historia comparativa del feminismo. Ahora bien, con todo el debido respeto a los sueños de los utópicos o de otros ingenuos idealistas que anhelan ardientemente un mundo «libre de género», no veo que eso vaya a ocurrir, o siquiera que sea necesariamente deseable. Con los franceses, diré aquello de «Vive la différence!». En tanto en cuanto haya dos sexos con cuerpos diferentes, con distintos papeles en la reproducción y distintos grados de fuerza física, me parece que va a seguir habiendo políticas sexuales, aunque las formas que tomen puedan variar. Mientras las mujeres sean quienes menstrúen, quienes conciban, quienes tengan hijos y quienes los atiendan (bien potencialmente, bien de hecho), sus vidas se estructurarán de forma diferente a las de los hombres, que ocupan un espacio psicológico, físico y sociopolítico diferente. Esta situación tan conocida no es, pienso, reductiva; los cargos de «esencialismo» tienen que ver con argumentos filosóficos sobre una «naturaleza» común de la «mujer», no con las realidades fisiológicas de las que estoy hablando aquí. La «biología» no puede ser el destino, y lo cierto es que también puede construirse socialmente; ahora bien, las cuestiones físicas sí que plantean restricciones a la vez que oportunidades. La diferencia no implica por fuerza dominación... o subordinación.

El género no tiene que ver solo con lo performativo, tal como lo habría planteado Judith Butler, aunque lo performativo no sea en modo alguno un factor carente de importancia. En razón de las diferencias de las mujeres respecto de los hombres, construidas tanto fisiológica como sociológicamente, la consecución de la justicia para las mujeres en las sociedades en las que los hombres buscan dominación es un asunto complejo y difícil y ni la libertad ni la igualdad podrán nunca construirse de forma satisfac-

toria sin el debido reconocimiento a estas diferencias. Aquí es donde las homólogas europeas han sido más inteligentes que nosotras las americanas, que a veces hemos confundido «igualdad» con «mismidad» y hemos sido partidarias de una libertad más allá del género «para ser tú y yo». La visión diferenciadora que comparten la mayoría de las europeas es, sin duda, más compleja, más «relacional» y más legalista; desde mi perspectiva, también es más realista.

En resumen, no creo que los intereses feministas en las estructuras de la dominación masculina vayan a evaporarse. La política sexual se halla incrustada en la condición humana y las luchas que engendra tendrán probablemente que repetirse en cada generación. El patriarcado, tal como Judith Bennett y otros nos recuerdan, es algo extraordinariamente resistente. Aprendamos, por tanto, de la historia, en todo caso, para ser realistas en nuestras expectativas, incluso cuando continuamos la lucha. Como el Sísifo de Albert Camus, necesitaremos seguir empujando esa piedra montaña arriba y encontrando placer en el acto de empujar. Compartir el conocimiento de la lucha, puede que haga esa onerosa tarea más tolerable y quizás hasta algo más fácil, aumentando incluso nuestra felicidad.

Este libro es un trabajo erudito. Se trata, al mismo tiempo —descaradamente—, de un acto de afirmación; un trabajo nacido del compromiso y de la pasión y ejecutado con la intención de transmitir un legado otrora perdido. Susan Stanford Friedman expresa mi idea de forma exacta cuando dice: «La pérdida de las memorias colectivas, de miradas de historias sobre el pasado, ha contribuido enormemente a la vigente subordinación de las mujeres. La eterna construcción acumulativa de historias de mujeres ampliamente definidas, incluidas las historias del feminismo, es un componente crítico de resistencia y de cambio»³⁶.

Dado que he trabajado los últimos 25 años en la labor de reunir la documentación para lo que ha acabado convirtiéndose en este estudio de los feminismos europeos, me he sentido muy conmovida por la inmensidad de la tarea de redescubrimiento y recuerdo, pero también por el irresistible poder del proyecto y por las mujeres y hombres con los que me he encontrado, aunque haya sido de forma indirecta, a través del trabajo histórico. He reído con su ingenio y he fruncido el ceño con las cosas tan indignas que les han hecho pasar; he sacado fuerza de su fuerza y valor de su valor y he tratado de aprender de su debilidad. Puedo ser crítica con ellos cuando la ocasión lo requiere y, desde la perspectiva de los finales del siglo XX, puedo reconocer que no siempre fueron perfectos en cada tema al que alguno podría pensar que tendrían que haber atendido. No he creído ni por un instante ni que, como dice Joan Scott, esas mujeres estu-

³⁶ Susan Stanford Friedman, «Making History: Reflections on Feminism, Narrative, and Desire», en Diane Elam y Robyn Wiegman (eds.), *Feminism Beside Itself*, Nueva York y Londres, Routledge, 1995, p. 29.

vieran enredadas en paradojas ni que, *como dicen* otros, el feminismo sea —o debiera ser— «un movimiento que desafiase todas las injusticias»³⁷. Al contrario, se trata de una teoría y de una práctica que desafía una injusticia; se trata ante todo de desafiar la hegemonía masculina, de obtener justicia para las mujeres, sean cuales sean los otros rasgos por los que se las describe o los otros intereses: nacionalidad, religión, clase, etnicidad, etc. No tiene que ver con hacer que las mujeres sean lo mismo que los hombres, sino más bien con empoderar a las mujeres para que realicen su potencial completo como mujeres sin impedimentos. El feminismo aúna sus esfuerzos con otras causas, puesto que a las mujeres también les perjudican por otras causas, pero creo que no puede mezclarse ni confundirse ni fundirse con otras causas ni subordinarse a ellas, sea cual sea su mérito. El feminismo aborda un tema central que tiene implicaciones para todos los demás; un punto que elaboraré más cuando ofrezca una definición de feminismo, de base histórica, en el capítulo I.

He de confesar que encuentro la causa feminista —tal como ahora la entiendo, históricamente— no solo fascinante, sino inspiradora, completamente digna del trabajo de una vida. Los feminismos históricos de Europa han sido una revelación y los portavoces individuales —tanto mujeres como hombres— son tan expresivos, tan valientes, tan espléndidos... Las feministas prudentes, por lo general, tienen buenas razones para hablar con prudencia, y las valientes... ¡son sencillamente magníficas! Ellas suelen exponer el caso de la emancipación de las mujeres de un modo tan elocuente que resulta difícil no citarlas extensamente (una tentación que no siempre he resistido, aunque mi editor sigue recordándome que *este* libro, a diferencia de sus predecesores, no tiene un carácter documental). No me molesta encontrar que algunas de estas feministas no fueran en ocasiones demasiado «políticamente correctas» en todas las cuestiones que ahora resultan caras a las liberacionistas de finales del siglo XX. Eso sería pedir demasiado.

Me siento orgullosa de haber encontrado a estas feministas tempranas; también a los feministas masculinos. Sus luchas me han conmovido profundamente. Como Margaret Camester y Jo Vellacott, todavía lloro al encontrarme con que «tantas cosas tan hermosas se dijeran hace tanto...; resulta chocante que desaparecieran durante tantos años»³⁸. Se expresaron tantas ideas excelentes y se llevaron a cabo actos tan valientes por parte de estas feministas europeas, en el periodo entre 1700 y 1950, cuando trataban de derribar de mil formas las estructuras de la dominación masculina en las sociedades europeas... En muchos sentidos, sí que tuvieron éxito, para beneficio de todos. Merecen no solo que se las reconoz-

ca y recuerde, sino que se las aplauda y se las celebre. Sus ideas e iniciativas deberían ser reivindicadas por las feministas de hoy y por las de mañana, a la vez como una herencia preciosa y como un taller bien provisto de herramientas. Aunque Audre Lorde ha afirmado, en un fragmento muy citado, que «las herramientas del maestro nunca desmantelarán su propia casa», parece importante matizar su aseveración en algunos aspectos. No se trata solo de que el lenguaje —las palabras y las ideas— sea flexible y se halle disponible para todos los que lo usan, sino que las herramientas y métodos de la investigación histórica fiable, el análisis, y la síntesis pueden también servir para diversos fines. Estos días, ni el lenguaje ni las herramientas ni los métodos de investigación pueden restringirse al uso del maestro³⁹.

Las feministas, desde el año 1700 a 1950 —aun en Francia—, no necesitaron una nueva forma de escribir o pensar (*écriture féminine*, en la expresión de Hélène Cixous) para plantear lo necesario del cambio político en las relaciones sexuales. Ellas hablaban muy claramente sobre lo que querían, fuera cual fuera el idioma europeo que utilizaran. No percibieron el falocentrismo lingüístico como un problema ni sus argumentos requirieron una deconstrucción elaborada. Lo cierto es que, ayudadas por la alfabetización y la educación crecientes, las feministas de toda Europa reunieron un impresionante arsenal de armamento ideológico (por elegir una metáfora militar adecuada) de su propiedad, cuya prueba es este estudio contextual de un registro, hace mucho enterrado, de pensamiento y acción feminista. La amnesia, y no la falta de historia, es hoy el peor enemigo del feminismo. Refresquemos entonces nuestra memoria.

³⁷ La cita es de LeGates, *Making Waves*, p. 3.

³⁸ Margaret Camester y Jo Vellacott, «Introduction», en *Militarism versus Feminism: Writings on Women and War*, Londres, Virago, 1987, p. 2.

³⁹ Audre Lorde, «The Master's Tools Will Never Dismantle the Master's House», en *Sister Outsider: Essays and Speeches*, Freedom (California), The Crossing Press, 1984.

PENSAR EL FEMINISMO EN LA HISTORIA EUROPEA

Las palabras «feminismo» y «feminista» se usan hoy a lo largo y ancho del mundo occidental para hablar de las ideas que defienden la emancipación de las mujeres, los movimientos que han tratado de hacerla realidad y los individuos que apoyan esta meta. Poca gente en el mundo anglohablante se da cuenta, en todo caso, de que el origen de estos términos puede remontarse hasta el discurso político francés de finales del siglo XIX. *Féminisme* se usaba entonces de forma común como sinónimo de la emancipación de las mujeres. Los diccionarios franceses, y muchos historiadores antes, han atribuido erróneamente la invención de la palabra *féminisme* a Charles Fourier en los años treinta del siglo XIX, pero de hecho sus orígenes siguen siendo inciertos. Aún no se han identificado huellas de la palabra anteriores a los años setenta del siglo XIX¹.

La primera autoproclamada *féministe* fue la defensora del sufragio de las mujeres francesas Hubertine Auclert, que, comenzando en 1882, usó el término en su periódico *La Citoyenne* (*La Ciudadana*) para describirse a sí misma y a sus asociadas. Las palabras cobraron popularidad tras la discusión en la prensa francesa del primer congreso «feminista» en París, auspiciado en mayo de 1892 por Eugénie Potonié-Pierre y sus colegas del grupo de mujeres Solidarité, que poco después juxtapuso *féminisme* a

¹ Para una discusión más extensa, véase Karen Offen, «On the French Origin of the words *Feminism* and *Feminist*», *Feminist Issues* 8, 2 (otoño, 1988), pp. 45-51. Un uso ligeramente anterior y diferente de *féminisme* puede encontrarse en la bibliografía médica francesa, refiriéndose a un «debilitamiento» o feminización del cuerpo masculino durante la enfermedad; véase Ferdinand-Valère Faneau de la Cour, *Du Féminisme et de l'infantilisme chez les tuberculeux*, París, ed. desconocida, 1871 (debo esta referencia a Geneviève Fraisse). Dado que la breve tesis médica de Faneau de la Cour se completó y se publicó en plena época de la derrota de Francia en 1870 (a manos de Prusia) y de la guerra civil subsiguiente en 1871, parece poco probable que su título o contenido tuvieran mucho impacto entre el público.

masculinisme (término por el que entendían algo análogo a lo que ahora denominamos chauvinismo masculino).

Hacia 1894-1895, los términos «feminismo» y «feminista» habían cruzado el Canal hacia Gran Bretaña y, antes de 1900, ya estaban apareciendo en publicaciones belgas, francesas, españolas, italianas, alemanas, griegas y rusas. A finales de los años noventa del siglo XIX, las palabras habían saltado el Atlántico hasta Argentina, Cuba y los Estados Unidos, aunque no se usaron de forma común en los Estados Unidos mucho antes de 1910. Durante el siglo XX, las palabras entraron también en idiomas no occidentales, incluidos el árabe y el japonés.

¿QUÉ ES EL FEMINISMO?

Feminismo es un término al que a menudo tratamos como autoexplicativo; sin embargo, puede haber diferentes significados y connotaciones culturales de una sociedad a otra. Como otros «-ismos», feminismo se ha convertido en un término que evoca emociones fuertes y, con frecuencia, engendra miedo al cambio, encarnando asimismo la promesa de cambio; a menudo, ha sido usado de forma peyorativa, dando lugar a la respuesta, «No soy feminista, pero...». En los escenarios europeos, ha adquirido características históricas distintivas, presentando en particular una reevaluación positiva de lo «femenino» en relación a lo «masculino»². Desde mediados del siglo XIX, su historia se entrelaza de formas complejas con la del liberalismo, nacionalismo y socialismo, así como con otras corrientes sociopolíticas innovadoras como el utopismo o el anarquismo. Se la asocia también estrechamente con el surgimiento de los Estados-nación, de los partidos políticos, de las causas filantrópicas y de las asociaciones de trabajadores. Con todo, las reivindicaciones feministas siempre han trazado senderos distintivos —y a menudo discrepantes— dentro de cada uno de esos escenarios.

Para abordar la historia del feminismo, es necesario, en primer lugar, establecer el campo de investigación. Se plantea la cuestión: ¿Se puede escribir una historia del feminismo que preceda a la invención de estas palabras? ¿Podemos apropiarnos de este término de forma anacrónica para hablar sobre la emancipación de las mujeres más ampliamente, es decir, mucho antes de los años noventa del siglo XIX? La respuesta a esta cuestión debe ser —creo yo— «sí», pero una definición cuidadosa de los

² Estos temas se exploran con mayor detalle en Karen Offen, «Defining Feminism: A Comparative Historical Perspective», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 14, 1 (otoño, 1988), pp. 119-157. Véase también Karen Offen, «Feminism» en Peter N. Stearns (ed.), *Encyclopedia of Social History*, Nueva York, Garland, 1993, pp. 271-273. Para una discusión del feminismo como individualista en el contexto estadounidense, véase Nancy F. Cott, *The Grounding of Modern Feminism*, New Haven, Yale University Press, 1987.

términos, fundada en la evidencia histórica, es una precondition que se requiere para una respuesta así³. ¿Qué quiero decir entonces con «feminismo» para los objetivos de un estudio como este?

Mi propia definición, destilada a partir de pruebas históricas que comprenden muchos siglos de historia europea, y en las que este libro se basa, es, en resumen, esta: feminismo es el nombre que se le da a una respuesta crítica integral a la subordinación deliberada y sistemática de las mujeres como grupo por parte de los hombres como grupo dentro de un escenario cultural dado. Nótese que uso de forma deliberada la palabra «subordinación», no la palabra «opresión»; la subordinación puede identificarse históricamente a través del examen de leyes, instituciones, costumbres y prácticas, mientras que la opresión connota una respuesta psicológica altamente subjetiva⁴. Puede apuntarse a muchos ejemplos de mujeres que no se sienten oprimidas pero que se encuentran incuestionablemente subordinadas en las leyes, instituciones y costumbres de sus culturas.

Dicho de otro modo, puede decirse que el concepto de feminismo (considerado de forma histórica y comparativa) abarca tanto un sistema de ideas como un movimiento para el cambio sociopolítico basado en una denegación del privilegio masculino y de la subordinación de las mujeres dentro de una sociedad dada⁵. Aborda los desequilibrios de poder entre los sexos que perjudican a las mujeres y los intentos de renegociarlos. El feminismo postula la noción de género o de la construcción sociocultural diferencial de la relación y los comportamientos de los sexos, basada en diferencias fisiológicas observadas, como su interés analítico central. De este modo, el feminismo suscita cuestiones que tienen que ver con la autonomía personal o con la libertad individual, pero siempre en relación con las cuestiones básicas de la organización social. En las sociedades occidentales, desde 1700, estas cuestiones se han centrado en el anti-

³ Estos puntos, y los argumentos derivados de ellos, se desarrollaron originalmente en Offen, «Defining Feminism». En Francia, Geneviève Fraisse ha abierto el camino para considerar, desde una perspectiva filosófica formal, un marco teórico para una historia del feminismo basada en el interés en el «sujeto universal», hombre; no es este, sin embargo, el marco que he elegido adoptar, pues no se presta al tipo de perspectiva comparativa transnacional de base sociopolítica que estoy desarrollando aquí. Véase en particular el ensayo de Fraisse «Feminist Singularity: A Critical Historiography of the History of Feminism in France», en Michelle Perrot (ed.), *Writing Women's History*, Oxford, Blackwell, 1992; orig. francés 1984, pp. 146-159.

⁴ La palabra «opresión» puede encontrarse repetidamente en la retórica feminista americana, desde la «Declaración de Sentimientos» de 1848 en Seneca Falls hasta el Manifiesto de las Redstockings en 1969. También aparece en análisis feministas-marxistas como, por ejemplo, Michele Barrett, *Women's Oppression Today: Problems in Marxist Feminist Analysis*, Londres, Verso, 1980; o Lise Vogel, *Marxism and the Oppression of Women: Towards a Unitary Theory*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1983. «Opresión» es también el término empleado por Gerda Lerner, *The Creation of Feminist Consciousness*, Nueva York, Oxford University Press, 1993; y por Marlene LeGates en su meditado estudio *Making Waves: A History of Feminism in Western Society*, Toronto, Copp Clark/Addison Wesley, 1996.

⁵ Véase Offen, «Defining Feminism».

guo debate sobre la familia y su relación con el Estado, y por debajo de este debate, en la distribución históricamente desigual del poder político, social y económico entre los sexos. Las feministas oponen la subordinación de la mujer al hombre en la familia y la sociedad, junto con las exigencias de los hombres de definir lo que es mejor para las mujeres sin consultarlas; ellas desafían directamente el pensamiento patriarcal, la organización sociopolítica y los mecanismos de control. Ellas buscan destruir la jerarquía masculinista, pero no el dualismo sexual como tal.

De ello se desprende que el feminismo es necesariamente profemenino. No obstante, no se deduce que el feminismo sea antimasculino. Ni todas las mujeres son feministas ni todos los feministas son mujeres. De forma sorprendente, como veremos, hasta bien entrado el siglo xx, algunos de los más importantes defensores de la emancipación de las mujeres fueron hombres (aunque estos hayan constituido una pequeña minoría)⁶. El feminismo reivindica un reequilibrio entre mujeres y hombres del poder social, económico y político, dentro de una sociedad dada, en favor de ambos sexos, en el nombre de su humanidad común pero con respeto por sus diferencias. El desafío es fundamentalmente humanista y plantea cuestiones que tienen que ver con la libertad y la responsabilidad individuales así como con la responsabilidad colectiva de los individuos hacia los otros en la sociedad y con los modos de tratar a los otros. Aun así, el feminismo ha sido y sigue siendo hoy un desafío político a la autoridad y la jerarquía masculina en un sentido profundamente transformador. Como movimiento histórico en el mundo occidental, las suertes del feminismo han variado ampliamente de una sociedad a otra, dependiendo de las posibilidades disponibles, dentro de una sociedad dada, para la expresión del desacuerdo mediante la palabra o el acto. Una vez que se dan estas posibilidades, no obstante, los mensajes se transmiten con claridad; las técnicas deconstructivas tan queridas de los teóricos de la literatura posmodernos no se necesitan hoy para captar el significado.

En la historia del pensamiento feminista en las sociedades europeas, pueden identificarse dos líneas de argumentación amplias aunque distintas, a las que he denominado *relacional* e *individualista*. Los argumentos en el modo feminista relacional han propuesto una visión de la organización socio-sexual basada en el género pero igualitaria. Ellos presentan la

⁶ Por consiguiente, no estoy de acuerdo con la idea de que solo las mujeres puedan ser feministas. El pasado europeo ofrece demasiados ejemplos extraordinarios de hombres que defendieron incondicionalmente la emancipación de las mujeres, a menudo de la forma más radical, desde François Poullain de la Barre en la Francia del siglo xvii al chevalier de Jaucourt, el marqués de Condorcet y Theodore Gottlieb von Hippel en Francia y Prusia a finales del siglo xviii, y a Charles Fourier, Ernest Legouvé, John Stuart Mill y August Bebel en Francia, Inglaterra y Alemania, en el siglo xix. Para una afirmación explícita de la sentencia «mujeres solo», véase Naomi Black, *Social Feminism*, Ithaca, Cornell University Press, 1989; y para una afirmación implícita, véase Lerner, *Feminist Consciousness*.

primacía de una pareja entre iguales, no jerárquica y masculino-femenina como unidad base de la sociedad, mientras que los argumentos individualistas postulan al individuo, sin tener en cuenta el sexo o el género, como la unidad básica.

Las feministas relacionales enfatizan los derechos de las mujeres *como mujeres* (definidas principalmente por su capacidad para criar niños y/o educarlos) en relación a los hombres. Ellas insisten en las contribuciones distintivas *de las mujeres* en estos roles a la sociedad más amplia y reclaman el bien común económico sobre la base de estas contribuciones. Insisten y valoran, en otras palabras, «lo femenino» o «la feminidad», aunque estos términos puedan estar configurados culturalmente⁷. Ellas apelan a la autonomía de las mujeres como individuos, pero siempre a la autonomía como individuos femeninos encarnados.

Por contraste, la tradición de argumentación feminista individualista enfatiza conceptos más abstractos de derechos humanos individuales y celebra la búsqueda de la independencia personal (o la autonomía) en todos los aspectos de la vida, mientras quita importancia, desprecia o rechaza como insignificantes todos los papeles definidos socialmente y minimiza la discusión de las cualidades o las contribuciones vinculadas al sexo, incluida la crianza de los niños y sus responsabilidades de asistencia. El énfasis en esta tradición recae sobre un individuo que, en cierto sentido, trasciende la identificación sexual que es efectivamente incorporado, más allá del género.

Estos dos modos de razonamiento, no obstante, no son siempre analíticamente tan distintos como sugiere esta descripción. Los caminos en los que ellos se entrelazan e interactúan en situaciones históricas específicas son complejos y requieren un análisis ulterior. Basta con decir que, en los siglos anteriores, las pruebas de estos dos modos pueden a menudo localizarse en las palabras de un solo individuo, como Mary Wollstonecraft, o entre miembros de un grupo particular. Cualquier discusión exhaustiva del feminismo deberá, por tanto, abarcar a estas dos tradiciones argumentativas, dar cuenta de las formas en que ellas apuntan a resultados sociales muy diferentes, y examinar las tensiones entre ellas en contextos particulares.

El feminismo puede verse históricamente, por derecho propio, como un sistema de pensamiento crítico en rápido desarrollo. Como tal, el feminismo incorpora un amplio espectro de ideas y posee un alcance internacional, un alcance cuyas fases de desarrollo han dependido históricamente del discurso político e intelectual centrado en el hombre y en tensión con él, pero cuyas más recientes manifestaciones trascienden a

⁷ No estoy planteando aquí cualquier idea «esencial» de feminidad, aunque sí que insistiré —como hicieron las feministas en el periodo que estamos considerando— en las mujeres como personas distintas de los hombres tanto física como emocionalmente.

este último. El feminismo ha de ser visto no intrínsecamente como un subconjunto de ninguna otra ideología religiosa o secular occidental, sea cristiana católica o protestante, judía, liberal, socialista, humanista o marxista (aunque históricamente, dentro de cada una de estas tradiciones, ha emergido una crítica feminista planteando inicialmente la cuestión: «¿Y qué pasa con las mujeres?»). Para comprender completamente el alcance histórico y las posibilidades del feminismo, no obstante, habrá que situar los orígenes y el crecimiento de su crítica dentro de una diversidad de tradiciones culturales e ideológicas. No sería apropiado postular un modelo hegemónico para su desarrollo sobre la experiencia de una sola tradición nacional, cultural o sociolingüística, a menos que puedan mostrarse pruebas que demuestren la influencia de ese modelo más allá de los límites de la cultura que lo inició. Históricamente hablando, puede haber —y ha habido— una multitud de feminismos, algunos de los cuales han tenido más capacidad de aguante e influencia a más largo plazo que otros.

FEMINISMOS EN ESCENARIOS EUROPEOS

En la historia de Europa, la principal reivindicación realizada por las feministas se ha expresado como una exigencia amplia y exhaustiva de *igualdad* entre los sexos. Ahora bien, por igualdad, la mayoría de los europeos no entienden «uniformidad», sino igual tratamiento de la diferencia de las mujeres, primero en términos morales e intelectuales y luego en términos de igualdad de oportunidades⁸. Las exigencias específicas que han realizado las feministas abarcan argumentos para el fin de la difamación de las mujeres en los medios impresos, para las oportunidades educativas, para el acceso y la participación en la formación del conocimiento formal, para los cambios en las leyes que rigen el matrimonio hechas por hombres y que perjudican a las mujeres, para el control de la propiedad y de la propia persona y para la valoración del trabajo no remunerado de las mujeres junto con las oportunidades para la independencia económica y la autoexpresión creativa. En épocas más recientes, incluirán reivindicaciones para la admisión en las profesiones liberales, para la participación en industrias lucrativas, para el reajuste de las cos-

⁸ La formulación «igualdad» *versus* «diferencia» que ha caracterizado tanto el debate interno dentro de los feminismos europeos en el siglo XX no es solo desafortunada, sino completamente inútil a la hora de entender las cuestiones de forma histórica. Yo he abordado con mayor profundidad el desarrollo de esta formulación, nacida durante el conflicto surgido en torno a la legislación laboral protectora para las mujeres trabajadoras, entre la década de los noventa del siglo XIX y la de los treinta del siglo XX, en «Reflections on National Specificities in Continental European Feminisms», *University College Galway Women's Studies Centre Review* 3 (1995), pp. 53-61, y en los últimos capítulos de este libro.

tumbres sexuales no equitativas y la abolición de la prostitución y otras formas de explotación sexual, para el control de la salud de las mujeres y de las prácticas reproductivas y relativas al parto y a la crianza de los niños, para la ayuda financiera estatal a las madres, para la reevaluación del trabajo doméstico y para la representación y participación sin restricciones en organizaciones políticas y religiosas (simbolizadas en las sociedades occidentales en vías de democratización no solo por el voto, sino también por el acceso a posiciones de autoridad, especialmente a cargos públicos o electivos).

Tales reivindicaciones pueden verse como subconjuntos culturalmente específicos de un desafío más amplio a las pretensiones masculinas de monopolizar la autoridad social, es decir, al patriarcado o gobierno masculino, que en la historia europea estaba muy arraigado institucionalmente y muy defendido, aunque necesitase ser reforzado de continuo⁹. Al mismo tiempo, cada una de estas reivindicaciones aborda una cuestión estructural, una práctica problemática con dimensiones políticas, que trasciende los límites del mundo occidental y es aplicable a la experiencia de las mujeres en otras sociedades. Declaraciones de objetivos que son particulares a escenarios culturales específicos, tales como una insistencia en «derechos iguales a los que se concedían a los hombres» y la consecución del voto para las mujeres o puntos de corto alcance sobre estrategia y táctica, como el combate a la prostitución sancionada por el Estado o la consecución del acceso de todas las mujeres a la condición de mano de obra (o, en las culturas no occidentales, la oposición a las prácticas del *sati*, el vendado de los pies o la ablación de clítoris), no deberían verse como coincidentes con el fenómeno del feminismo entendido como un todo histórico, ya sea en Europa o en otra parte.

El fenómeno histórico que he optado aquí por llamar feminismo es mayor que cualquier asunto aislado o que cualquier elección de estrategia o táctica de naturaleza cultural. Se trata de un programa amplio de crítica y rehabilitación sociopolítica, con cuestiones de género en su núcleo mismo. Estas cuestiones pueden entrecruzarse con otros asuntos más localizados —clase, raza, edad, religión, etc.— de un modo complejo, produciendo expresiones de feminismo específicas y ubicadas de modo distinto. Ahora bien, esto no disminuye en modo alguno la centralidad del género, de las relaciones entre los sexos (mujeres y hombres) como el punto de interés fundamental. Ser feminista no es solo una cuestión de estar centrado en la mujer o de cultivar la propia subjetividad o empoderamiento

⁹ Judith Bennett ha introducido el concepto de «equilibrio patriarcal» para transmitir la complejidad y la fluidez del patriarcado como sistema. Véase su ensayo «Confronting Continuity», *Journal of Women's History* 9, 3 (otoño, 1997), pp. 73-94, y el foro subsiguiente. Los capítulos en este libro resaltarán tanto los desafíos a la hegemonía masculina como la resistencia a estos desafíos en un conjunto de sistemas dominados por los hombres que sorprendentemente se habían vuelto vulnerables.

personal; no se trata ni de adoptar un estilo personal emancipado (alguno pudiera decir «transgresor») ni de dedicarse incondicionalmente a una causa religiosa o revolucionaria. Ser feminista es necesaria, específica y principalmente desafiar a la dominación masculina en la cultura y la sociedad, en cualquier lugar de la geografía o situación en el tiempo histórico o en cualquier combinación con otras cuestiones.

En vista de esta amplia interpretación transcultural del feminismo, como feminista puede ser identificada cualquier persona, femenina o masculina, cuyas ideas y acciones (en la medida en que estas puedan documentarse) muestran que cumplen tres criterios: (1) reconocen la validez de las propias interpretaciones de las mujeres respecto a su experiencia vivida y a sus necesidades, y reconocen los valores que las mujeres reivindican públicamente como propios (como diferentes de un ideal estético de feminidad inventado por los hombres) a la hora de evaluar su estatus en la sociedad con respecto al de los hombres; (2) manifiestan conciencia (también malestar y hasta ira) de la injusticia (o la iniquidad) institucionalizada hacia las mujeres como grupo por parte de los hombres como grupo en una sociedad dada; y (3) defienden la eliminación de esa injusticia desafiando al poder, fuerza o autoridad coercitivos que sostienen las prerrogativas masculinas en esa cultura particular, mediante esfuerzos para alterar las ideas imperantes y/o las instituciones y prácticas sociopolíticas.

MOVIMIENTOS Y METÁFORAS

«La exploración de la historia feminista se verá severamente limitada», ha afirmado Rosalind Delmar, «si se asume que la aparición del movimiento social sea la apoteosis del feminismo y su forma privilegiada»¹⁰. La formación de un movimiento feminista organizado es una respuesta política muy significativa a la crítica de la dominación masculina de las mujeres, pero no se trata del conjunto del feminismo tal como se lo ve históricamente, sea en Europa o en otros lugares. Tal como sugerirá este libro, un cuerpo en expansión de crítica feminista impresa precede en siglos al desarrollo de los grupos de mujeres que sí que empiezan a formarse, desde 1789 en adelante, a menudo en conjunción con varios esfuerzos reformistas encabezados por hombres, sean liberales, democráticos o socialistas en cuanto a su ideología. Sin el desarrollo de la alfabetización, de la escritura y del acceso a la cultura impresa por parte de las mujeres, no obstante, no podría haber emergido ningún movimiento por la emancipación de las mujeres en los siglos XIX y XX. No puede decirse que el femi-

nismo empiece solo en los años noventa del siglo XIX ni en los treinta ni en 1789, como otros han afirmado¹¹. Este libro demostrará por qué.

Los feminismos han estado a menudo descritos mediante la metáfora de las «olas», con la primera ola que comienza con los movimientos sociopolíticos organizados del siglo XIX y la segunda ola caracterizada por las campañas activistas de nuestra época (años setenta y noventa del siglo XX; Gloria Steinem está actualmente pronosticando una «Tercera Ola»). Este enfoque de las dos olas no solo resulta inexacto en la perspectiva histórica, sino que es sencillamente inadecuado para describir el fenómeno global que, como he sugerido, precede en varios siglos a los movimientos organizados. Algunos colegas de los Países Bajos han postulado un modelo de seis olas para el feminismo, que comienza a finales de la Edad Media, pero incluso esta expansión del marco anterior de las dos olas parece minimizar las dimensiones del fenómeno¹².

En este estudio, sugiero otra imagen para pensar históricamente el feminismo, a saber, la introducción de una metáfora geológica derivada del estudio de los fenómenos volcánicos y acentuada por la noción de terreno poco firme. Como alguien que creció en el sur de Idaho, a tiro de piedra de las coladas de lava, las aguas termales y los antiguos conos volcánicos y que ahora vive en California, al borde de la inestable falla de San Andrés, me siento muy próxima a la noción de tierra inestable. Hablaré por tanto de feminismo en términos de erupciones, coladas, fisuras, lava fundida (magma), mirando al feminismo como una forma de descontento amenazadora y bastante fluida, que repetidamente presiona (y, cuando la presión es lo bastante intensa, estalla con violencia) contra los puntos más débiles en las capas sedimentadas de la corteza patriarcal, el barniz institucional de las sociedades organizadas. Así, en parte, la tarea del historiador a la hora de escribir sobre el pasado del feminismo es, como la de un buen geólogo, tomar las medidas y trazar el mapa del terreno, localizar las fisuras, analizar el contexto en el que se abren, medir la presión y la magnitud de las coladas de lava y de las erupciones de vapor, roca licuada y minerales que brotan, y evaluar los patrones cambiantes de actividad a lo largo del tiempo. También es la de examinar los intentos del antifeminismo por restañar la colada, represar las fisuras en la parte de aquellos que, por una u otra razón, mantienen a las mujeres subordinadas a la autoridad y el control masculinos.

¹¹ Para puntos de partida alternativos, véase Richard J. Evans, *The Feminists: Women's Emancipation Movements in Europe, America and Australasia, 1840-1920*, Londres, Croom Helm, 1977; Jane Rendall, *The Origins of Modern Feminism: Women in Britain, France and the United States, 1780-1860*, Nueva York, Schocken, 1984; Claire Goldberg Mases, *French Feminism in the Nineteenth Century*, Albany, SUNY Press, 1984; Geneviève Fraisse, *La Raison des femmes*, París, Plon, 1992, esp. parte 2; y Joan Wallach Scott, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996.

¹² Véanse las contribuciones en Tjitske Akkerman y Siep Stuurman (eds.), *Perspectives on Feminist Political Thought in European History: From the Middle Ages to the Present*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.

¹⁰ Rosalind Delmar, «What Is Feminism», en *What Is Feminism? A Re-Examination*, Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), Oxford, Basil Blackwell, 1986, p. 17.

Creo que esta metáfora geológica no habría sorprendido a los europeos que vivieron en el periodo 1700-1950. Las espectaculares erupciones y coladas de lava del monte Vesubio, cercano a Nápoles, fueron bien conocidas tanto por la historia de Roma (Pompeya y Herculano) como por las repetidas erupciones en el siglo XVIII. Los terremotos arrasaron Lisboa a principios de ese siglo XVIII. En mi opinión, parece incluso más descriptivo cuando se considera que en los estadios tempranos del desafío feminista no hay «textos fundadores» del tamaño de un libro. En su lugar, las reivindicaciones del feminismo han de medirse en términos de abundancia acumulativa, un mar de fondo y una efusión de múltiples contribuciones publicadas que toman forma mediante diálogos o debates y que implican a muchos participantes (normalmente con base en los pueblos o las ciudades) en muchas culturas europeas diferentes en el curso de estos 250 años. Al principio, puede parecer que estos textos —al menos con los estándares de finales del siglo XX— no suponen más que un chorreo; a mediados del siglo XVIII, no obstante, prácticamente borbotearon hasta la superficie, derramándose en cantidades cada vez mayores y en múltiples lugares y épocas, amenazando con tragarse y fundir la corteza engañosamente sólida de las sociedades dominadas por los hombres, desafiando cada vez más las demandas de defensa de la necesidad de la autoridad y el control patriarcal o su deseabilidad.

PARTE I

EL SIGLO XVIII

La crítica feminista del estatus subordinado de las mujeres en Europa no comenzó, como muchos intérpretes recientes han reclamado, con la Revolución francesa o la Revolución industrial. Sus huellas pueden localizarse en los siglos anteriores, no solo en la disputa literaria francesa conocida como la *querelle des femmes*, sino bastante antes. A finales del siglo XVII, recibió un gran empujón cuando François Poullain de la Barre hizo girar la maquinaria de la razón cartesiana hacia la «cuestión femenina», y convirtió la sociabilidad mixta en lo sexual en un rasgo distintivo de la cultura cortesana francesa, que fue rápidamente imitado y más elaborado por parte de las elites urbanas. Desde ese momento en adelante, las «quejas» de las mujeres (emergiendo en el caldo ya hirviendo de un discurso caracterizado por las quejas sobre las mujeres) estallaron en una crítica a gran escala de la dominación masculina y, por extensión, de las instituciones dominadas por los hombres. A partir de un pequeño hilo, esta crítica comenzó a manar en Francia e Inglaterra, luego en Holanda, los principados alemanes y las ciudades-Estado italianas, extendiéndose finalmente a los reinos más grandes y más pequeños de Centroeuropa¹.

¹ Véanse, más recientemente, los ensayos en *Femmes et pouvoirs sous l'Ancien Régime*, Danielle Haase-Dubosc y Éliane Viennot (eds.), París y Marsella, Rivages, 1991; Gisela Bock y Margarete Zimmermann (eds.), *Die europäische Querelle des Femmes: Geschlechterdebatten seit dem 15. Jahrhundert*, vol. 2 de *Querelles: Jahrbuch für Frauenforschung*, Stuttgart, J. B. Metzler, 1997; Tjitske Akkerman y Siep Stuurman (eds.), *Perspectives on Feminist Political Thought in European History: From the Middle Ages to the Present*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998; y Hilda L. Smith (ed.), *Women Writers and the Early Modern British Political Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. Sobre la importancia de Poullain de la Barre, véase en particular Siep Stuurman, «Social Cartesianism: François Poullain de la Barre and the Origins of the Enlightenment», *Journal of the History of Ideas* 58, 4 (octubre de 1997), pp. 617-640. y Stuurman, «L'Égalité des sexes qui ne se conteste plus en France: Feminism in the Seventeenth Century», en *Perspectives on Feminist Political Thought*, pp. 67-84.

Los capítulos de esta parte I se concentran e intentan revisar varias décadas de escritura histórica sobre los feminismos europeos durante el siglo XVIII. En el capítulo II, me salgo del enfoque convencional de la Ilustración, que en el contexto francés se ha centrado de un modo tan fuerte en los *philosophes* masculinos, el proyecto de la *Encyclopédie* y en los teóricos políticos y económicos; y, en el contexto alemán, en el filósofo Immanuel Kant y su influyente ensayo de 1785 «¿Qué es Ilustración?»². En su lugar, me centraré en una serie de materiales publicados que criticaron abiertamente el estatus subordinado de las mujeres³. Descentrando de este modo a los principales *philosophes* masculinos, insisto en su lugar en la

² Los enfoques con los que no estoy de acuerdo incluyen, especialmente, el magistral *La Femme dans la pensée des lumières*, París, Éditions Ophrys, 1977, de Paul Hoffmann, que sin embargo sigue siendo imprescindible por su extraordinaria bibliografía. Los pesimistas cuyos argumentos también abordaré incluirán a Joan Kelly-Gadol, «Early Feminist Theory and the *Querelle des femmes*, 1400-1789», *Signs* 8, 1 (otoño, 1982), pp. 4-28; y los ensayos de Abby Kleinbaum, «Women in the Age of Light», y de Elizabeth Fox-Genovese, «Women and the Enlightenment», en la primera y segunda edición de Renate Bridenthal et al. (eds.), *Becoming Visible. Women in European History*, Boston, Houghton Mifflin, 1977 y 1987 respectivamente; y Michèle Crampe-Casabaret, «A Sampling of Eighteenth-Century Philosophy», en Natalie Zemon Davis y Arlette Farge (eds.), *Renaissance and Enlightenment Paradoxes*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993, pp. 315-347. Característicos de muchos de los enfoques de los años setenta y ochenta del siglo XX, realizados por la «primera ola» de especialistas feministas, serán una impaciencia compartida con la idea de que cualquier argumento en pro de la igualdad basada en la diferencia sexual —o en la complementariedad sexual— podría considerarse «feminista» y un escepticismo socialista-marxista *a priori* de que de la «cultura burguesa» pudiera haber emergido nada positivo para las mujeres.

Aquí respondo y profundizo en una corriente más temprana y más positiva de interpretaciones que tienen que ver con el feminismo y la Ilustración francesa e inglesa avanzadas en los años setenta y en los primeros años ochenta del siglo XX por especialistas en literatura; entre ellos Katherine B. Clinton y David Williams y, en especial, por Jane Rendall, en *The Origins of Modern Feminism: Women in Britain, France, and the United States, 1780-1860*, Londres, Macmillan, 1983; Nueva York, Schocke 1984. Para una importante reconsideración de la cultura francesa de la Ilustración y la contribución de las mujeres a la misma, véase Dena Goodman, *The Republic of Letters: A Cultural History of the French Enlightenment*, Ithaca, Cornell University Press, 1994; y Goodman, «Women and the Enlightenment», en la tercera edición de Bridenthal et al. (eds.), *Becoming Visible*, Boston, Houghton-Mifflin, 1998, pp. 233-262.

Para una poderosa condena del pensamiento y posicionamiento patriarcal de la «mujer» como un no-sujeto en el pensamiento ilustrado alemán, véase Barbara Becker-Cantarino, «Patriarchy and German Enlightenment Discourse: From Goethe's Wilhelm Meister to Horkheimer and Adorno's Dialectic of Enlightenment», en W. Daniel Wilson & Robert C. Holub (eds.), *Impure Reason: Dialectic of Enlightenment in Germany*, Detroit, Wayne State University Press, 1993, pp. 48-64. Los textos pertinentes de Kant, Fichte, Hegel y otros filósofos masculinos pre y posrevolucionarios se reproducen traducidos en Linda A. Bell (ed.), *Visions of Women*, Clifton, Humana Press, 1983.

³ En la época, emergerán de continuo nuevos textos. Para estudios que son responsables de la recuperación de algunos de ellos, véase Christine Fauré, *La Démocratie sans les femmes*, París, Presses Universitaires de France, 1985, traducido como *Democracy Without Women: Feminism and the Rise of Liberal Individualism in France*, Bloomington, Indiana University Press, 1991; los ensayos en Elizabeth C. Goldsmith y Dena Goodman (eds.), *Going Public: Women and Publishing in Early Modern France*, Ithaca, Cornell University Press, 1995; y las dos obras citadas más adelante, en el capítulo II.

multiplicidad de las voces publicadas en las que las mujeres y hombres europeos expresaban lo que ahora denominamos intereses feministas y en el contexto más amplio en el que se desarrolló el pensamiento sobre la cuestión femenina de la Ilustración y al que respondieron sus pensadores.

Los escritores del siglo XVIII se enfrentaron a temas diversos, centrándose en la autoridad masculina en las familias y en las relaciones legales y morales de individuos y familias con el Estado. En particular, afrontaron la construcción diferencial (y poco ventajosa para las mujeres) de los roles de género; y algunos hasta llegaron a usar los términos *genre* (género), *genre masculin* y *genre féminin* para referirse explícitamente a estos roles. A su vez, suscitaron cuestiones sobre la transmisión, de una generación a la siguiente, de las propiedades de tierras o de otro tipo; sobre el amor, la lujuria y la libertad sexual así como sobre la relación entre la esclavitud y la libertad política. Insistieron en la importancia de la educación, tanto en la instrucción doméstica como en la formal, en la formación de ciudadanos para el Estado. Se enfrentaron también a la política del conocimiento que ellos llamaron «ciencia», y fueron testigos del nacimiento de lo que denominaré aquí las «guerras del conocimiento» sobre cuestiones de género y de organización sociopolítica⁴. A lo largo de mi lectura, he estado constantemente impresionada por la forma en la que estos textos manifiestan mucho más un nivel concreto de crítica sociopolítica que de racionalismo abstracto; y mucho menos, un interés en la elaboración de la «naturaleza de las mujeres» o el sexo de la «virtud»... temas todos que han preocupado a las estudiosas feministas de la Ilustración en estos últimos años⁵.

⁴ Obras que pertenecen a las «guerras del conocimiento» incluyen el inmenso estudio de Linda Timmermans, *L'Accès des femmes à la culture (1598-1715)*, París, Honoré Champion, 1993; Londa Schiebinger, *The Mind Has No Sex? Women in the Origins of Modern Science*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989; y Thomas Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1990. Véase también Elizabeth A. Williams, *The Physical and the Moral: Anthropology, Physiology, and Philosophical Medicine in France, 1750-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, caps. 1-3.

⁵ Por ejemplo, Lieselotte Steinbrügge, *The Moral Sex: Woman's Nature in the French Enlightenment*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; publicado originalmente en alemán como *Das moralische Geschlecht: Theorien und literarische Entwürfe über die Natur der Frau in der französischen Aufklärung* (1992). Otras obras influyentes que abordan el pensamiento masculino sobre las mujeres, en primer lugar en teoría política, incluyen a Joan B. Landes, *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca, Cornell University Press, 1988, que examina el período explorando los vacíos de género en las teorías posteriores de Jürgen Habermas sobre los orígenes de la «esfera pública» (*Öffentlichkeit*); y Carole Pateman, *The Sexual Contract*, Cambridge, Polity Press; Stanford, Stanford University Press, 1988. Véanse los importantes correctivos al informe de Lande por parte de Keith Baker, «Defining the Public Sphere in Eighteenth-Century France: Variations on a Theme by Habermas», en Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 1992, pp. 182-211; y Dena Goodman, «Public Sphere and Private Life: Toward a Synthesis of Current Historiographical Approaches to the Old Regime», *History & Theory* 31, 1 (1992), pp. 1-20. Un importante trabajo más temprano, *Democracy Without Women*, de Fauré, ofrece también un correctivo, lo mismo que el estudio de Tjitske Akkerman *Women's Vices, Public Benefits: Women and Commerce in the French Enlightenment*, Amsterdam, Het Spinhuis, 1992. Pueden encontrarse otros correctivos en Sarah Maza, *Private*

Los textos a los que he recurrido son beligerantes, muy relacionales, afrontando y confrontando las realidades concretas de la existencia subordinada de las mujeres y contrarrestando las amenazas a la existencia independiente de las mujeres. Lo cierto es que sus autores se interesaron mucho menos por discusiones sobre la «virtud», «la naturaleza de las mujeres», o «el contrato social» que por la denuncia de la esclavitud de las mujeres en el matrimonio, recurriendo a menudo a una analogía entre el estatus de las esposas en sus países respectivos y el de las negras esclavizadas en las colonias de ultramar de Inglaterra y Francia.

En particular, trataré de acortar la larga sombra de Jean-Jacques Rousseau, que tanto ha acechado sobre tantas interpretaciones de la Ilustración. En su lugar, lo trataré como a alguien que hizo su contribución, entre otros —aunque, por supuesto, con gran influencia—, al desarrollo de la resistencia antifeminista. No hay duda de que la abstracción de Rousseau de un individuo (masculino) autónomo, junto con su insistencia en la eliminación de las mujeres de la vida «pública» confinándolas a los roles «privado» o «doméstico», fue importante, en particular si se considera el desarrollo de la teoría política subsiguiente. Lo que plantearé, no obstante, es que la trascendencia de sus ideas ha de ser evaluada en contexto, tratada a lo largo del tiempo y haciendo referencia a debates específicos más que asumida (como ha sido la costumbre casi siempre) como un resultado inevitable⁶.

Centrada en Francia, la crítica ilustrada —puede que precisamente a causa de su carácter secular— facilitaba el cuestionamiento de muchas de las instituciones y costumbres que estructuraban las sociedades existentes; en especial, aunque no de forma exclusiva, aquellas encarnadas por autoridades religiosas organizadas tales como la Iglesia católica o controladas por ellas. Pero esto no era todo. Las cuestiones sobre las relaciones hombre-mujer, inscritas en el matrimonio, la ley, las oportunidades educativas y la participación económica restrictivas, y las cuestiones de quién debería ejercer la autoridad se elevaron a la vanguardia del debate públi-

Lives, Public Affairs: The Causes Célèbres of Prerevolutionary France, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993; y en Sarah Hanley, «Social Sites of Political Practice in France: Lawsuits, Civil Rights, and the Separation of Powers in Domestic and State Government, 1500-1800», *American Historical Review* 102, 1 (febrero de 1997), pp. 27-52.

⁶ Véase Joel Schwartz, *The Sexual Politics of Jean-Jacques Rousseau*, Chicago, University of Chicago Press, 1984. Más recientemente, véase Penny Weiss, «Rousseau, Antifeminism, and Woman's Nature», *Political Theory* 15, 1 (febrero de 1987), pp. 81-89, que afirma que Rousseau planteó de forma deliberada la domesticidad para las mujeres como una construcción cultural, en interés de la utilidad social y política; otro argumento en la misma línea es Paul Thomas, «Jean-Jacques Rousseau, Sexist?» *Feminist Studies* 17, 2 (verano, 1991), pp. 195-217, que insiste de forma correcta en que «la capacidad de la mujer para redimir o corromper a los hombres se encuentra en el centro de las preocupaciones de Rousseau». Lo que parece claro es que Rousseau consideraba a la «mujer» como un «otro» poderoso y potencialmente peligroso. Un nuevo trabajo que trata de los interlocutores femeninos de Rousseau es Mary Seidman Trouille, *Sexual Politics in the Enlightenment: Women Writers Read Rousseau*, Albany, SUNY Press, 1997.

co, precisamente porque se habían convertido en temas puestos en tela de juicio en la vida cotidiana. En consecuencia, con las notables pruebas que han salido a la luz en el curso de la revisión del debate público del siglo XVIII y en discusión con aquellos que condenaron el «universalismo» ilustrado imaginado por Rousseau y por Kant, al que Rousseau influyó tanto, y al parecer encarnado en la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, propongo que podemos —y debemos— reivindicar la Ilustración para el feminismo.

Con el advenimiento de la Revolución francesa, proliferaron las erupciones de desafíos feministas, que se desarrollaron con una asombrosa frecuencia e ímpetu durante varios años. Las reivindicaciones de una ciudadanía de pleno derecho para las mujeres se alzaron casi de inmediato cuando cobró protagonismo la cuestión de la representación en los Estados Generales. En contraste con las afirmaciones de otros historiadores que han insistido en las formas en las que la revolución dominada por los hombres excluyó rápidamente a las mujeres o que (como Lynn Hunt) han tratado de extraer un guion de corte psicoanalítico enraizado en el discurso masculino, mi argumento en el capítulo III es que entre 1789 y 1793 —un periodo de unos cuatro o cinco años— las feministas tuvieron éxito a la hora de plantear desafíos frontales a las instituciones y el control patriarcales, exponiendo incluso a los revolucionarios más radicales (algunos de los cuales eran ciertamente seguidores de Rousseau) la necesidad de explicar con claridad las consecuencias de género de sus ideas y acciones y, por tanto, forzando la articulación sistemática de la resistencia⁷. En contraste con otros especialistas, plantearé que la noción revolucionaria de las madres-educadoras proporcionó un rol innovador, casi público a las mujeres, que no solo podía servir y servía como trampolín para la promoción de la

⁷ Sobre esta cuestión, mi lectura apoya la posición más optimista avanzada en 1975 por Jane Abrey, «Feminism in the French Revolution», *American Historical Review* 80, 1 (febrero de 1975), pp. 43-62, y en *Women in Revolutionary Paris, 1789-1795*, Darline Gay Levy, Harriet Branson Applewhite y Mary Durham Johnson (eds.), Urbana, University of Illinois Press, 1979; y Elisabeth G. Sledziewski, «The French Revolution as the Turning Point», en *Emerging Feminism from Revolution to World War*, Geneviève Fraisse y Michelle Perrot (eds.), Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993, pp. 33-47; frente a las evaluaciones más pesimistas de Landes, *Women and the Public Sphere*; Madelyn Gutwirth, *The Twilight of the Goddesses: Women and Representation in the French Revolutionary Era*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992; Candice E. Proctor, *Women, Equality and the French Revolution*, Westport, Greenwood Press, 1990; y otros especialistas que ven las reivindicaciones de las mujeres de igualdad y ciudadanía como condenadas desde el principio o por la hegemonía del «sujeto universal». El libro *The Family Romance of the French Revolution*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992, de Lynn Hunt, todo un estímulo para el pensamiento, se ocupa de temas de género, pero se centra ante todo en los discursos patriarcales masculinos. Una importante recopilación en alemán es Viktoria Schmidt-Linsenhoff (ed.), *Sklavin oder Bürgerin? Französische Revolution und neue Weiblichkeit, 1760-1830*, Frankfurt, Jonas Verlag/Historisches Museum Frankfurt, 1989. Para un estudio de las publicaciones recientes en forma de libro en inglés y francés, véase Karen Offen, «The New Sexual Politics of French Revolutionary Historiography», *French Historical Studies* 16, 4 (otoño, 1990), pp. 909-922.

educación formal de las mujeres, sino que las feministas lo usaron para allanar el camino hacia un ensanchamiento del acceso de las mujeres a los papeles públicos⁸. Generando contrastes entre esclavitud y libertad, insistiendo en la importancia de la maternidad patriótica, en las revisiones de las instituciones del matrimonio para enfatizar la relación de pareja más que la autoridad masculina, y aplicando nociones de utilidad pública para justificar las intervenciones de las mujeres en la vida pública, las pensadoras feministas desafiaron frontalmente la dominación masculina y exigieron la paridad para las mujeres en la nueva sociedad. Esto no fue poca cosa.

Estos desafíos se suscitaron no solo en París, sino en toda Francia y por todo el continente, tal como pone de manifiesto la recuperación en curso de textos publicados y largo tiempo olvidados. Lo cierto es que las pruebas que van apareciendo (y se están descubriendo más de continuo) sugieren que la crítica de la subordinación de las mujeres tuvo muchos más paladines —aun cuando agitó a muchos más oponentes— de lo que muchos historiadores han estado dispuestos a reconocer. Ello sugiere también que la violenta reacción posterior contra las reivindicaciones de emancipación de las mujeres puede que sea una característica central, aunque hasta la fecha no del todo apreciada, de la oposición mejor conocida a la Revolución francesa, una corriente contrarrevolucionaria que marcó profundamente la política y el desarrollo cultural de Europa en el siglo XIX. En particular, las pruebas subrayan que los intentos de los hombres revolucionarios por hacer valer sus exigencias en nombre del individuo abstracto y por invocar los Derechos del Hombre aun intentando descalificar a las mujeres —por motivos de utilidad pública— para su completa aplicación, pueden entenderse como *respuestas deliberadas* a las ardientes exigencias que estaban haciendo las feministas para conseguir la completa igualdad de las mujeres, tanto por razones de derecho absoluto como insistiendo en su diferencia sexual y complementariedad⁹.

Es en este contexto en el que podemos reevaluar lo que Elizabeth A. Williams ha denominado la desagregación de la «ciencia del hombre» médica francesa en los campos particulares de antropología, fisiología y medicina filosófica, así como los intentos realizados por médicos de ela-

borar argumentos «científicos» con el objetivo de insistir no solo en la incommensurabilidad física de los sexos, como ha sugerido Thomas Laqueur, sino, de forma más importante, en la nueva justificación de la «inferioridad» física, intelectual y moral de las mujeres respecto de los hombres¹⁰. En otros países, hombres cultos, en particular los filósofos alemanes Kant y Hegel, perfectamente podrían haber suprimido a las mujeres del reino de la razón y la responsabilidad pública, pero por fortuna, aparte de los acólitos de Rousseau, los críticos sociopolíticos en Francia (y en muchas otras partes de Europa afectadas por la ocupación francesa y la hegemonía cultural) se hallaban lejos de apoyar esta posición unilateralmente. Las controversias entre feministas y antifeministas durante la Revolución francesa no acabarían rápida ni silenciosamente; al contrario, se exportarían a toda Europa, donde entrarían en ebullición, borbotearían y generarían erupciones cada vez con mayor frecuencia y velocidad a lo largo de todo el siglo XIX.

⁸ He estado planteando este argumento desde los años ochenta, inicialmente en *WFF* y posteriormente en artículos sobre la «Theory and Practice of Feminism in Nineteenth-Century Europe», en las segunda y tercera ediciones (1987, 1998) de *Becoming Visible*.

⁹ Para afirmaciones elocuentes del argumento en pro de la hegemonía del «sujeto universal» y que viene a ser un informe preliminar sobre la lógica inevitabilidad de la exclusión de las mujeres, véase Pierre Rosanvallon, *Le Sacre du citoyen: Histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1992; y su eco en Joan W. Scott, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996. El cuidadoso trabajo histórico contextual en los debates feministas de la revolución no apoya un argumento así, como espero que aclaren los capítulos que vienen a continuación. Ni las afirmaciones filosóficas, en y sobre sí mismas, ni la «lógica» pueden ser eficaces si faltan defensores que tengan la autoridad de persuadir a otros de su mérito... ¡y/o de su utilidad política!

¹⁰ Williams, *The Physical and the Moral*.

REIVINDICAR LA ILUSTRACIÓN PARA EL FEMINISMO

La Ilustración europea, un tiempo de «floreCIMIENTO social e intelectual», según la oportuna frase de Francis Steegmuller¹, fue una época privilegiada para el debate sobre la «cuestión femenina», en tanto en cuanto se conoció la controversia en torno a las relaciones entre los sexos. La investigación ilustrada fue «feminocéntrica» en el sentido de que los escritores masculinos centraron la atención de forma intensiva en la «mujer» y en la «naturaleza femenina», y la interpretación posterior se ha dedicado a discutir por lo general las opiniones expresadas por sus figuras masculinas más destacadas: Montesquieu, Voltaire, Diderot, Rousseau, Condorcet y Kant. Si se examina el espectro más amplio del debate de la Ilustración descentrando a estos *philosophes* masculinos principales, se hace evidente que esta época de florecimiento ofreció a las mujeres y a sus aliados masculinos una palestra para desarrollar de forma impresa un arsenal de conceptos, vocabulario y argumentos capaces de desafiar lo que algunos críticos feministas denunciarían en 1789 como una «aristocracia del sexo»².

LA CRÍTICA QUE NO TENÍA NOMBRE

El debate de la Ilustración puede verse como un caldo de cultivo, no simplemente para posicionar a la «mujer», tal como algunos han objetado, sino para afirmar la igualdad de las mujeres respecto a los hombres,

¹ Francis Steegmuller, *A Woman, a Man, and Two Kingdoms*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991, p. xiii.

² Este término aparece en *Requête des dames à l'Assemblée Nationale* (1789), reimp. en *Les Femmes dans la Révolution Française, 1789-1794*, presentado por Albert Soboul, vol. I, París, EDHIS, 1982, sin paginación.

para criticar el privilegio y la dominación masculina, para analizar históricamente las causas y las construcciones de la subordinación de las mujeres, y para concebir argumentos elocuentes para la emancipación de las mujeres del control masculino. Estos eran todos los rasgos esenciales de esa tradición crítica a la que ahora denominamos feminismo pero que, en aquella época, siguió siendo una crítica que no tenía nombre alguno.

A lo largo del siglo XVIII, las mujeres y los hombres escribieron tratados que hablaban de forma explícita en pro de la emancipación e igualdad de las mujeres; lo que resulta particularmente interesante, no obstante, es hasta qué grado estas cuestiones permeaban los trabajos cuyos temas principales afectaban de forma ostensible a otros asuntos. Debatiendo la cuestión femenina, la ficción imaginativa, las obras de teatro y la poesía complementaban a los panfletos polémicos, ensayos sobre economía política y estética y tratados del tamaño de libros sobre leyes, filosofía, fisiología y taxonomía animal³.

Los asuntos elegidos para este debate no se restringían a temas de filosofía formal, sino que abordaban aspectos fundamentales de la organización social. En los esfuerzos de los sabios (*savants*) y los filósofos (*philosophes*) por entender lo que sabemos y cómo lo conocemos, ellos planteaban muchas preguntas importantes sobre el mundo en el que vivían. Sus intentos para distinguir mediante comparaciones lo que era «humano» de lo que era «animal», lo que era «social» o «cultural» de lo que era «natural», para probar la diferencia entre «leyes» y «moral», pronto los puso frente a las distinciones que sus propias sociedades prescribían entre hombres y mujeres y frente a los fundamentos que se ofrecían para sostener estas distinciones. Las críticas del estatus subordinado de las mujeres provocaron una conciencia de que las relaciones entre los sexos ni venían dadas por Dios ni estaban determinadas exclusivamente por la «naturaleza», sino que eran construidas socialmente; en otras palabras, entendían el concepto que hoy denominamos «género». Respondiendo a un intercambio muy comentado entre dos *philosophes*, Antoine-Léonard Thomas y Denis Diderot, madame d'Épinay en 1776 usó los términos *genre masculin* y *genre féminin*, insistiendo en que estaba hablando no solo sobre gramática, sino sobre socialización⁴. Esta crítica llevó rápida-

mente a desacuerdos sobre la forma en que debieran estructurarse las relaciones entre los sexos y estimuló visiones de acuerdos alternativos. Las firmes exigencias de jerarquías sexuales y dominación masculina, invocadas en nombre de la «tradición», fueron contestadas por reclamaciones igual de vehementes por la igualdad sexual y la emancipación de las mujeres del control masculino.

Las feministas del siglo XVIII reivindicaban una igualdad «natural» de los sexos previa a toda organización social y política y demandaban, de acuerdo con esto, la igualdad completa de los sexos en la sociedad organizada. Ellas destacaban la desventajosa situación legal y económica de las mujeres en el matrimonio institucionalizado y exigían un reconocimiento de los derechos de las mujeres *como mujeres*. Criticaban la inadecuada educación de las mujeres y la carencia de alternativas económicas al matrimonio, y —a pesar de estas desventajas— señalaban la importancia de su influencia y rol social. Tales argumentos llevaron en diversas direcciones. En primer lugar, apuntaron a la necesidad del desarrollo completo espiritual/moral e intelectual de las mujeres como individuos, una meta incrustada en un discurso de «derechos». En segundo lugar, llevaron directamente a una reafirmación de los denominados valores de las mujeres, las reivindicaciones del corazón y de las emociones —del sentimiento, en definitiva, como el complemento a la racionalidad «masculina»— aun cuando las mujeres reclamaban la razón para sí mismas. En tercer lugar, precipitaron una reconsideración, en nombre de la «utilidad pública», de la importancia socioestratégica de las mujeres como madres y afirmaron su centralidad como criadoras de niños y compañeras de los hombres en el proyecto de la «civilización». Enfatizar tan solo una de estas facetas sin insistir también en las otras es perderse la complejidad del feminismo de la Ilustración.

Este debate no comenzó con la Ilustración; lo cierto es que sus raíces se hallan mucho más atrás en la historia europea. Las especialistas feministas han reunido abundantes pruebas para documentar el ruidoso debate en Italia, Francia e Inglaterra desde el siglo XV en adelante⁵. Con todo, a mediados del siglo XVIII, el número de participantes se había expandido y la audiencia había crecido de forma espectacular. Para esta época, los europeos cultos estaban experimentando, al mismo tiempo que una gran pros-

³ Véase Londa S. Schiebinger, *The Mind Has No Sex! Women in the Origins of Modern Science*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989; véase también Schiebinger, «Why Mammals Are Called Mammals: Gender Politics in Eighteenth-Century Natural History», *American Historical Review* 98, 2 (abril de 1993), pp. 382-411; y Lisbet Koerner, «Goethe's Botany: Lessons of a Feminine Science», *Isis* 84, 3 (septiembre de 1993), pp. 470-495.

⁴ «Cuando digo hombre [*l'homme*], quiero decir todas las criaturas humanas; cuando digo un hombre [*un homme*], estoy designando solo a una criatura del género masculino [*du genre masculin*], y cuando digo una mujer [*une femme*], estoy designando a una criatura humana del género femenino [*du genre féminin*]: Louise-Florence-Pétronille de Tardieu d'Esclavelles, marquesa de La Live d'Épinay. *Les Conversations d'Émilie*, París, 1776; orig. publ. Leipzig, 1774, p. 11. El trabajo de la marquesa respondía a Antoine-Léonard Thomas, *Essai sur le caractè-*

re, les mœurs et L'esprit des femmes dans les différents siècles, París, 1772, y Denis Diderot, «Sur les femmes», en Grimm, *Correspondance littéraire, année 1772*. Estas dos obras circularon ampliamente y se tradujeron profusamente.

⁵ Véase especialmente Constance Jordan, *Renaissance Feminism: Literary Texts and Political Models*, Ithaca, Cornell University Press, 1990; Christine Fauré, *Democracy Without Women: Feminism and the Rise of Liberal Individualism in France*, Bloomington, Indiana University Press, 1991; publ. orig. en francés 1985. Para Inglaterra, véase Hilda L. Smith, *Reason's Disciples: Seventeenth-Century English Feminists*, Urbana, University of Illinois Press, 1982; y los ensayos en *Women Writers and the Early Modern British Political Tradition*, Hilda L. Smith (ed.), Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

peridad, una verdadera explosión de crítica impresa del orden de género existente. Libros, periódicos y panfletos salían a raudales de las prensas. La alfabetización creciente entre las mujeres, así como en los hombres, de las clases privilegiadas en escenarios urbanos garantizaba una considerable audiencia para estas obras. Solo en Francia, de acuerdo con Roger Chartier, la tasa tanto para mujeres como para hombres casi se había doblado (para las mujeres, del 14 por 100 al 27 por 100) en el curso del siglo XVIII, y había mucha más gente que poseía libros; lo cierto es que cientos de mujeres francesas estaban publicando sus obras, como ha descubierto Carla Hesse⁶. El desarrollo de la novela en sí misma, con su «texto de heroína», estuvo estrechamente entrelazado con lo que se convirtió en un animado debate sobre política sexual; la historiadora de la literatura Nancy K. Miller nos recuerda que «en el siglo XVIII, las escritoras no eran las figuras marginales en las que se habían convertido en los anales de la historia literaria. Eran participantes activas en la producción y diseminación de la novela; [...] escribían best sellers»⁷. Y no solo en Francia. En los Países Bajos, Betje Wolff y Aagje Deken fueron las pioneras de la novela holandesa, publicando *Sarah Burgerhart* en 1782. Esta novela, que cuenta en forma epistolar la historia de la vida de una muchacha holandesa joven y valiente, adoptaba los valores ilustrados de razón, conocimiento y tolerancia y defendía el acceso de las mujeres a la vida como personas libres e independientes⁸. Las estudiantes holandesas la leen aún.

La controversia sobre la relación asimétrica de los sexos ocupó un lugar prominente en esta explosión impresa. Los defensores del *statu quo* buscaron nuevas justificaciones para sus firmes opiniones y los reformadores articularon de forma elocuente sus discrepantes perspectivas. Unos y otros se inspiraron no solo en su conocimiento a veces desigual de los clásicos griegos y romanos (intereses heredados de la cultura del Renacimiento), sino también en una gama cada vez más amplia de conocimiento «nuevo» sobre los cuerpos humanos y las sociedades humanas, publicado en los principales idiomas europeos. Ellos recogieron este conocimiento de formas diversas a partir de los recientes hallazgos de los denominados científicos «naturales» (ante todo, anatomistas y médicos), así como a partir de los informes de los misioneros, etnólogos y viajeros a otras partes del mundo. Ambas partes invocaron cada vez más la ley «natural» y los

⁶ Roger Chartier, *The Cultural Origins of the French Revolution*, trad. Lydia G. Cochrane, Durham, Duke University Press, 1991, p. 69. Véanse también los ensayos en Elizabeth C. Goldsmith y Dena Goodman (eds.), *Going Public: Women and Publishing in Early Modern France*, Ithaca, Cornell University Press, 1995; y Carla Hesse, «French Women in Print 1750-1800: An Essay in Historical Bibliography», *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, vol. 359, Oxford, The Voltaire Foundation, 1998, pp. 65-82.

⁷ Nancy K. Miller, *The Heroine's Text: Readings in the French and English Novel, 1722-1782*, Nueva York, Columbia University Press, 1980, p. 155.

⁸ Véase Jeanne Hageman, «Elizabeth Wolff & Agatha Deken», en *Women Writing in Dutch*, Kristiaan P. Aercke (ed.), Nueva York y Londres, Garland, 1994.

derechos «naturales», distinguiendo lo «natural» de lo «social» y «cultural», y desarrollaron argumentos históricos, sociológicos o científicos, más que teológicos o filosóficos, para apoyar sus propuestas de cambio.

¿INFERIORIDAD O IGUALDAD? EL IMPORTANTE ARGUMENTO DE LA RAZÓN

Las reivindicaciones por la igualdad de los sexos, fundadas en la doctrina cristiana de la igualdad de las almas y en llamamientos a la razón, eran un rasgo antiguo del debate intelectual europeo desde principios del siglo XV, cuando, invocando a la Dama Razón, Christine de Pizan desafió por vez primera a los escritores masculinos franceses que humillaban a las mujeres desde el papel⁹. En el siglo XVII, esta discusión por la igualdad sexual había sido expresada de forma explícita por escritores tales como Marie le Jars de Gournay, en su tratado *De l'égalité des hommes et des femmes (Sobre la igualdad de hombres y mujeres, 1622)*¹⁰. Gournay insistía en el cambio de términos de la discusión para enfatizar la igualdad natural de los sexos, basada en su común posesión de la Razón (con R mayúscula). Ella criticaba la jerarquía sexual que se había desarrollado, insistiendo en que la falta de formación y conocimiento de las mujeres era la culpable de las desigualdades que podían observarse en su condición. Este argumento «cultural» estaba destinado a tener un futuro brillante. La igualdad de condición no implicaba, no obstante, uniformidad o imitación. Marie de Gournay objetó fuertemente la noción de que la mejor opción para las mujeres fuera esforzarse en parecerse a los hombres. Para ella, no se trataba de eso. Ni se ha tratado de eso, desde entonces, para la mayoría de las feministas.

A lo largo del siglo XVI, se hicieron llamamientos feministas a la igualdad y a la razón, tal como ha documentado maravillosamente Constance Jordan¹¹. Ahora bien, Londa Schiebinger plantea que las reivindicaciones feministas solo pudieron situarse sobre una base filosófica más sólida con el desarrollo de la filosofía cartesiana en el siglo XVII, que subrayaba la preeminencia de la razón y el cerebro humano que la hacía posible¹². El clérigo cartesiano François Poullain de la Barre proclamó posteriormente (en 1673) que «la mente no tenía sexo» (*l'esprit n'a pas de sexe*). Él planteaba que, salvo por las diferencias genitales, no había ninguna diferencia sustancial entre los sexos; este planteamiento, que complementaba la crítica cultural de Marie de Gournay, abría la puerta a las explicaciones cul-

⁹ Christine de Pizan, *The Book of the City of Ladies* (ca. 1405), trad. Earl Jeffrey Richards, Nueva York, Persea Books, 1982.

¹⁰ Véase la reimpresión reciente Marie de Gournay, *Égalité des Hommes et des Femmes, 1622*, prefacio de Milagros Palma, París, côté-femmes, 1989.

¹¹ Jordan, *Renaissance Feminism*.

¹² Schiebinger, *Mind Has No Sex?*, esp. pp. 169-170, 176.

turales de la ostensible «inferioridad» de las mujeres, desencadenando un torrente de publicaciones sobre este tema¹³. Los argumentos consagrados por Poullain de la Barre volverán a aparecer en un buen número de tratados publicados con posterioridad en francés y en inglés, entre ellos, las *Cartas persas* de Montesquieu (1721), en las que el autor cede la última palabra a Roxane, que invoca la ley de la naturaleza frente a la ley del hombre; *Woman Not Inferior to Man; or, A Short and Modest Vindication of the Natural Right of the Fair Sex to a Perfect Equality of Power, Dignity, and Esteem, with the Men*, firmado por «Sophia, una Persona de Calidad» (1739); y *Female Rights Vindicated*, por «Una Dama» (1758). De este modo, el debate sobre la cuestión femenina se convirtió en un rasgo central de la exploración ilustrada de la sociedad humana, y los desafíos feministas a la hegemonía masculina comenzaron a borbotear a través de un número cada vez mayor de fisuras.

LA CRÍTICA DEL MATRIMONIO INSTITUCIONALIZADO

Entremos en el debate de la Ilustración examinando la crítica del matrimonio institucionalizado. En la mayoría de los Estados europeos en esta época, en el periodo posterior a la Reforma Protestante en el siglo xvi, la formalización y disolución del matrimonio siguió siendo la prerrogativa de las instituciones religiosas cristianas. Cada confesión respaldaba alguna forma estructural de control masculino sobre las mujeres. La Iglesia católica había declarado que el matrimonio era un sacramento indisoluble, una posición que algunas confesiones protestantes no adoptaron nunca (y que, en consecuencia, les permitía tolerar el divorcio, más que tramitar elaborados procedimientos de anulación en tribunales eclesiásticos). Más aún, las Iglesias —actuando como agencias del Estado— guardaban las huellas de nacimientos, muertes y matrimonios y ejercían autoridad moral sobre las relaciones de familia. A lo largo del siglo xvii, las autoridades legales francesas habían mostrado interés en reclamar el control directo de estas funciones así como en secularizar la institución del matrimonio, para ejercer, sobre las familias que tenían como cabeza a un hombre, un control aún más directo que el que habían ejercido los oficiales estatales durante el siglo anterior. De este modo, en la Francia del

siglo xviii y en aquellos países que se modelaban mirando a Francia, la Iglesia y el Estado parecieron entrar en vías de colisión en torno al control del matrimonio; mientras tanto, el cuestionamiento de los arreglos del matrimonio convencional por parte de mujeres descontentas y sus quejas por el abuso y las fechorías de los maridos alimentaron una corriente de pleitos que resultaron muy conocidos¹⁴. El divorcio civil fue uno de los puntos sobre los que el acuerdo pareció imposible.

La dominación masculina se hallaba también inscrita en la mayoría de los planteamientos protestantes sobre el matrimonio. Con la excepción de los cuáqueros en Inglaterra, que reconocían un grado importante de igualdad para las mujeres, la mayoría de las sectas protestantes habían vuelto a los viejos precedentes del Viejo Testamento para cimentar nuevas afirmaciones de la autoridad masculina sobre las mujeres casadas. Los líderes de las Iglesias protestantes no valoraron ni la crítica realizada por Mary Astell a la sumisión que se requería por parte de las mujeres inglesas en el matrimonio (y su celebración de la soltería) en sus *Reflections upon Marriage* (tercera ed. 1706) ni la más mordaz caracterización del matrimonio sin amor, por parte de Daniel Defoe en 1727, como «lascivia conyugal», una condición que Mary Wollstonecraft etiquetaría más tarde como «legalmente prostituida»¹⁵. Esta crítica de los matrimonios concertados y sin amor, que en ocasiones se yuxtaponen a una celebración del amor mismo, reverberaría a través de los argumentos de muchos escritores feministas posteriores en varios países, particularmente en Francia¹⁶. Las *Lettres d'une Péruvienne* (*Cartas de una peruana*, 1747), best

¹⁴ Véase Sarah Hanley, «The Monarchic State in Early Modern France: Marital Regime Government and Male Right», en Adrianna E. Bakos (ed.), *Politics, Ideology, and the Law in Early Modern Europe*, Rochester, University of Rochester Press, 1994, pp. 107-126; Hanley, «Social Sites of Political Practice in France: Lawsuits, Civil Rights, and the Separation of Powers in Domestic and State Government, 1500-1800», *American Historical Review* 102, 1 (febrero de 1997), pp. 27-52; y Sarah Maza, *Private Lives, Public Affairs: The Causes Célèbres of Prerevolutionary France*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1993.

¹⁵ Mary Astell, *Some Reflections Upon Marriage* (1700). La tercera edición, *Reflections Upon Marriage* (1706), se reeditó en Bridget Hill (ed. con introd.), *The First English Feminist: Reflections on Marriage and Other Writings by Mary Astell*, Nueva York, St. Martin's Press, 1986; Daniel Defoe, *Conjugal Lewdness; or, Matrimonial Whoredom: A Treatise concerning the Use and Abuse of the Marriage Bed* (1727), M. E. Novak (reimpr. y ed. con introd.), Gainesville, Scholar's Facsimiles & Reprints, 1967; Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman*, Nueva York, Norton, 1967 (publicada originalmente en 1792), p. 104 [ed. cast.: *Vindicación de los derechos de la mujer*, presentación de Sheila Rowbotham, Madrid, Akal, 2014]. Sobre el tema de la subordinación de las mujeres casadas en Inglaterra en torno a 1735, véase Barbara J. Todd, «To Be Some Body»: Married Women and The Hardships of the English Laws», en Smith (ed.), *Women Writers*, pp. 343-361.

¹⁶ Véase Joan DeJean, «Notorious Women: Marriage and the Novel in Crisis in France, 1690-1715», *Yale Journal of Criticism* 4, 2 (1991), pp. 67-85. Ampliaciones importantes en el campo de la literatura serán: Joan DeJean, *Tender Geographies: Women and the Origins of the Novel in France*, Nueva York, Columbia University Press, 1991; y Joan Hinde Stewart, *Gynographs: French Novels by Women of the Late Eighteenth Century*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1993.

¹³ François Poullain de la Barre, *The Woman as Good as the Man; or The Equality of Both Sexes* (1673), trad. A. L., Gerald M. MacLean (ed. con introd.), Detroit, Wayne State University Press, 1988. Véase también Siep Stuurman, «Social Cartesianism: François Poullain de la Barre and the Origins of the Enlightenment», *Journal of the History of Ideas* 58, 4 (octubre de 1997), pp. 617-640. Sobre las mujeres cartesianas en Francia, véase Erica Harth, *Cartesian Women: Versions and Subversions of Rational Discourse in the Old Regime*, Ithaca, Cornell University Press, 1992. Véase también Carolyn C. Lougee, *Le Paradis des Femmes: Women, Salons, and Social Stratification in Seventeenth-Century France*, Princeton, Princeton University Press, 1976.

seller de madame de Graffigny que contó con muchas reimpresiones, no solo criticó la forma francesa de matrimonio, sino que se inventó a una heroína, Zilia, una princesa inca de pensamiento independiente y que finalmente renunciaba al matrimonio con su pretendiente francés en favor de la amistad¹⁷.

En la época en la que Montesquieu publicaba su *Espíritu de las Leyes* (1748), uno de los puntos principales en su discusión de la estructura de los gobiernos y las instituciones sociales era la subordinación de las mujeres en las familias que tenían como cabeza a un hombre y su relación con los tres tipos de gobierno: republicano, monárquico y despótico. En las monarquías, postulaba, las mujeres estaban «sujetas a muy pocas restricciones», mientras que bajo gobiernos despóticos, las mujeres eran un «objeto de lujo», estaban «en régimen de servidumbre». En las repúblicas, «las mujeres son libres por las leyes y cautivas por las costumbres»¹⁸. Dado que los críticos de los arreglos sociales existentes se identificaban cada vez más con las ideas republicanas, este conjunto de observaciones provocó una nueva ronda de reflexión sobre la cuestión femenina en términos de «política» de matrimonio. Pensadores ilustrados y escritores de ficción aparecieron en ambas partes de la cuestión. Prominentes teóricos del derecho, en particular, Samuel von Cocceji, compilador prusiano de un código legal para Federico el Grande, rey de Prusia; Robert Pothier, autor de varios textos legales franceses muy influyentes sobre el matrimonio, y William Blackstone, comentarista del derecho consuetudinario británico, optaron por circunscribir el lugar de las mujeres con el fin de llevar a cabo el plan de la naturaleza¹⁹.

En la parte discrepante, podían encontrarse atrevidos escritores como Louis de Jaucourt, que en el volumen 6 de la enormemente influyente *Encyclopédie* francesa (1756) afirmaba que «las razones que pueden alegarse por parte del poder marital podrían rebatirse, humanamente hablando». Jaucourt insistía en que la autoridad de los maridos era arbitraria: era «contraria a la igualdad natural humana». Los hombres no eran en forma alguna superiores a las mujeres y las reglas existentes eran las contribuciones de la ley «positiva», obra de los hombres, como distinta de la ley «natural». El matrimonio, proponía Jaucourt, no era nada más que un contrato, y como tal podía concebirse que se organizara en formas diver-

sas por las partes individuales interesadas²⁰. Una nueva ola de ficción publicada por mujeres novelistas en Francia se extendió y profundizó esta crítica, tal como hábilmente ha demostrado Joan Hinde Stewart para el periodo posterior a 1750. En particular, la actriz convertida en novelista Marie-Jeanne Riccoboni exploró de forma astuta la política del amor, matrimonio y matrimonio en segundas nupcias, y no dudó en abordar temas de adulterio, viudedad independiente e incluso ilegitimidad²¹. Otra feminista francesa, Jeanne-Marie Leprince de Beaumont, apoyó astutamente el argumento de rechazar la «economía uterina» de amor y matrimonio, privilegiando las relaciones madre-hija por encima de las relaciones hombre-mujer y buscando la «liberación final [...] en la vida individual y a través de ella»²².

LA CRÍTICA DE LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

La crítica de la educación de las mujeres se convirtió en un lugar común de la crítica de la Ilustración. Líderes protestantes anteriores y reformadores católicos de la Contrarreforma habían propuesto educar a las muchachas de todas las clases sociales, ante todo en el interés de alentar su piedad acostumbrándolas a leer la Biblia, de forma que ellas pudieran inculcar los valores cristianos a sus hijos. Por otro lado, no se estimulaba a escribir. La instrucción avanzada para las mujeres de las clases altas era un caso distinto y la crítica hecha a las «mujeres eruditas» de la Inglaterra isabelina y, en especial, a las *femmes savantes* de la alta sociedad parisina de mediados del siglo XVII, fue despiadada y sin precedentes, tal como se refleja en las archiconocidas comedias de Molière *Les Précieuses ridicules* (1659) y *Les Femmes savantes* (1672). «¡Ha estado usted escribiendo! [...] ¡Tiene usted manchas de tinta en sus dedos! ¡Ah! ¡Astuta Signora!» Le hace exclamar Beaumarchais al Doctor Bartolo en su comedia *El Barbero de Sevilla* (1775), cuando sospecha que su pupila Rosina le escribe a un pretendiente. «Las mujeres piensan que pueden hacer algo sin problema si están solas»²³.

La entrada de las mujeres al aún nuevo conocimiento científico del siglo XVII fue ardorosamente rechazada en algunos círculos. Motivó negaciones a que las mujeres fueran capaces de razonar, pero también afirma-

¹⁷ Françoise de Graffigny, *Lettres d'une Péruvienne* (1747); véase la nueva edición inglesa, *Letters from a Peruvian Woman*, trad. David Kornacker (de la edición de 1752), e introducida por Joan DeJean y Nancy K. Miller, Nueva York, Modern Language Association, 1993.

¹⁸ *The Spirit of the Laws*, by Baron de Montesquieu, trad. Thomas Nugent, Nueva York, Hafner, 1959; publ. orig. 1749. Véase esp. libro 7, sec. 9, pp. 102-103.

¹⁹ *The Frederician Code* (Edimburgo, 1761), parte 1, libro 1, título 8, pp. 37-39 (publ. orig. alemana 1750); sir William Blackstone, *Commentaries on the Laws of England*, 11.^a ed. (Londres, 1791), libro 1, cap. 15, pp. 433, 442-445 (conferencias presentadas en Oxford, 1756; publ. orig. Oxford, 1765-1769). Algunas partes se han vuelto a publicar en *WFF*, vol. 1, como docs. 4 y 5.

²⁰ Louis, chevalier de Jaucourt, «Femme (Droit Nat.)», en *L'Encyclopédie* 6 (París, 1756), pp. 471-472; trad. KO, en *WFF*, vol. 1, doc. 6.

²¹ Véase Joan Hinde Stewart, *The Novels of Mme Riccoboni*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1974.

²² Sobre Leprince de Beaumont, véase Stewart, *Gynographs*, p. 47.

²³ Pierre-Augustin Caron de Beaumarchais, *The Barber of Seville* (1775), en Beaumarchais, *The Barber of Seville/The Marriage of Figaro*, trad. con introd. John Wood, Londres, Penguin, 1964, p. 64. Mis agradecimientos a Nina Gelbart por llamarme la atención sobre este pasaje.

ciones de que las mujeres no solo podían razonar, sino que podían poseer poderes racionales superiores a los de los hombres. Los defensores de las capacidades intelectuales innatas, siguiendo la afirmación de Poullain de la Barre (1673) de que «la mente no tiene sexo», reiteraron y elaboraron esta afirmación en varias formas a lo largo del siglo siguiente. Nicolas Malebranche, en su tratado sobre la búsqueda de la verdad (publicado por primera vez en 1674), reconocía que los cerebros de las mujeres se caracterizaban por fibras «delicadas» que explicaban su gran inteligencia y su gusto, pero que también los hacían menos buenos para las abstracciones; no obstante, él reconocía que no había nada que pudiera denominarse como absoluta masculinidad o absoluta feminidad. Bernard le Bovier de Fontenelle enmarcó su exitoso *Entretiens sur la pluralité des mondes* (*Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*, 1686), un trabajo que explicaba la nueva física newtoniana con un lenguaje sencillo, como un diálogo entre un filósofo y una dama aristócrata, la Marquesa²⁴.

Algunas defensas comparables de la capacidad razonadora de las mujeres habían sido expresadas ya por Mary Astell, en Inglaterra, que en su *Serious Proposal to the Ladies* (1694) defendía la fundación de una universidad de mujeres y de una comunidad para mujeres que no quisieran casarse, sino que prefiriesen perseguir una enseñanza permanente en la compañía de otras mujeres de semejante disposición. El «padre» de la Ilustración española, el benedictino Benito Jerónimo Feijoo, autor de la *Defensa de las mujeres* (1739; en inglés, *Defense, or Vindication of the Women*, 1778), insistía de forma semejante en la igualdad de capacidades de mujeres y hombres²⁵. En el contexto de este debate, las mujeres estudiosas de toda Europa encontraron un gran estímulo en la concesión en 1732 de un título de doctor en filosofía por la Universidad de Bolonia a la brillante Laura Bassi²⁶.

²⁴ Bernard le Bovier de Fontenelle, *Conversations on the Plurality of Worlds*, trad. H. A. Hargreaves, introd. Nina Rattner Gelbart, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1990.

²⁵ Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, *Three Essays or Discourses on the Following Subjects: A Defense or Vindication of the Women, Church Music, A Comparison between Antient and Modern Music*. Tr. from the Spanish of Feijoo by a Gentleman [John Brett], Londres, 1778 [ed. cast. original: «Defensa de las mujeres» y «Música de los Templos», discursos XVI y XIV del t. I del *Teatro crítico universal* (1726); y «Maravillas de la Música, y cotejo de la antigua con la moderna», carta XLIV del t. I de las *Cartas eruditas y curiosas* (1742)]. Sobre los debates españoles en torno a la educación de las mujeres y temas relacionados, véase Margarita Ortega López, «La defensa de las mujeres» en la sociedad del Antiguo Régimen: Las aportaciones del pensamiento ilustrado», en Pilar Folguera (ed.), *El feminismo en España: Dos siglos de historia*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1988, pp. 3-28; y Sally-Ann Kitts, *The Debate on the Nature, Role and Influence of Woman in Eighteenth-Century Spain*, Lewiston, Edwin Mellen Press, 1995.

²⁶ Sobre la carrera de Laura Bassi, véase Paula Findlen, «Science as a Career in Enlightenment Italy: The Strategies of Laura Bassi», *Isis* 84, 3 (septiembre de 1993), pp. 441-469; y Gabriella Berti Logan, «The Desire to Contribute: An Eighteenth-Century Italian Woman of Science», *American Historical Review* 99, 3 (junio de 1994), pp. 785-812.

La discusión sobre la formación de las mujeres ya había dado un giro claramente antifeminista y utilitario en Francia con la publicación del influyente tratado *De l'éducation des filles* (*Sobre la educación de las hijas*, 1687), del arzobispo Fénelon²⁷. Como parte de un plan exhaustivo para la reforma de la aristocracia francesa, Fénelon designó un programa destinado a las hijas de la nobleza empobrecida, para encaminarlas lejos de la frivolidad de la sociedad de la corte y los salones, hacia un asunto más serio, el de prepararse para convertirse en esposas, madres y administradoras de sus haciendas, que serían útiles a sus maridos y familias y, de ese modo, al Estado francés. Este tratado de Fénelon —y el establecimiento casi simultáneo por parte de madame de Maintenon, esposa morganática de Luis XIV, de la escuela para muchachas, la Maison Royale de Saint Louis, en St. Cyr— influyó en el desarrollo de la educación de las muchachas seglares entre las familias de elite por toda la Europa del siglo XVIII²⁸.

Siguiendo un célebre intercambio con el enciclopedista Jean le Rond d'Alembert sobre el tema de la educación y el lugar de las mujeres, en 1758-1759, Jean-Jacques Rousseau publicó sus dos obras didácticas más famosas, *Julie o la nueva Eloísa* (1761) y *Émile o la educación* (1762), para subrayar de un modo más popular su afirmación directa de que la formación de las mujeres ha de prepararlas para servir a los hombres... aun cuando él subraye la enorme influencia que las mujeres podían ejercer y de hecho ejercían dentro de la familia.

La búsqueda de verdades abstractas y especulativas, de principios, de axiomas en las ciencias y de todo lo que tienda a generalizar las ideas, no se encuentra dentro del alcance de las mujeres: todos sus estudios han de tratar con lo práctico. Su trabajo será aplicar los principios que el hombre descubra y hacer las observaciones que lleven a los hombres a establecer principios²⁹.

Los argumentos antifeministas de Rousseau constituyeron una respuesta a las numerosas mujeres escritoras que publicaban críticas de la superficialidad de la formación de las mujeres durante el siglo XVIII y que defendían el derecho femenino a la razón y a adquirir conocimientos en la mejor tradición de la Ilustración. Muchas, como el seudónimo «Sophia», habían afirmado que, en el estado de naturaleza, mujeres y hombres eran criaturas

²⁷ François de Salignac de la Mothe, arzobispo Fénelon, *Treatise on the Education of Daughters*, en H. C. Barnard (ed.), *Fénelon on Education*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966; publ. orig. francesa. 1687.

²⁸ Véase Lougee, *Paradis des Femmes*, caps. 11-13.

²⁹ Jean-Jacques Rousseau, *Émile; ou de l'éducation*, 1762; reedición París, Gallimard, 1969, libro. 5, p. 572; según trad. en Michèle Crampe-Casnabet, «A Sampling of Eighteenth-Century Philosophy», en Natalie Zemon Davis y Arlette Farge (eds.), *A History of Women: Renaissance and Enlightenment Paradoxes*, Cambridge, Harvard University Press, 1993, p. 329.

iguales en cuanto a su capacidad para razonar. «En una palabra, si los *Hombres* fueran *Filósofos* en el sentido estricto del término, serían capaces de ver que la naturaleza demuestra de forma invencible una *igualdad* en nuestro sexo con el suyo»³⁰. Afirmaciones semejantes se repetían en tratados radicales como *Female Rights Vindicated* de «Una Dama», publicado en Londres en 1758, que enmarcaba su insistencia en la igualdad natural de los sexos y su defensa de las capacidades de las mujeres en el intento de llevar a cabo un informe histórico de cómo los hombres habían subordinado a las mujeres³¹. En el *Journal des Dames* (*Revista de Mujeres*), radicado en París, la combativa editora madame de Beaumer insistía en 1761 en que «nosotras las mujeres pensamos bajo nuestros peinados igual de bien que ustedes lo hacen bajo sus pelucas. Somos capaces de razonar igual que lo hacen ustedes». «De hecho», añade ella, con lo que debe de haber sido una amplia sonrisa, «ustedes pierden la razón por nosotras, a diario»³². Bajo la sucesora de Beaumer, madame de Maisonneuve, el *Journal* continuó cultivando y celebrando la capacidad intelectual de las mujeres.

Estas mujeres sabían que la cultura dominada por los hombres contrastaba con lo que ellas veían como el estado de cosas natural (o pre-social). Algunas críticas feministas del siglo XVIII sintieron entonces, tal como otras han redescubierto repetidas veces desde entonces, que la relación entre los sexos es una construcción sociopolítica o «cultural»; ellas entendieron de forma intuitiva la distinción que estaban haciendo los filósofos franceses, en particular, entre «ley natural» (ley de Dios) y «ley positiva» (ley hecha por el hombre). Madame de Beaumer, dirigiéndose a críticos masculinos de el *Journal des Dames* que no nombra, formuló esta acusación:

Amo este sexo, estoy ansiosa por defender su honor y sus derechos. Si no se nos ha educado en las ciencias como a ustedes, es por culpa de ustedes; ¿acaso no han abusado ustedes siempre, si se me permite decirlo así, de la fuerza corporal que la naturaleza les ha dado? ¿Acaso no la han usado para aniquilar nuestras capacidades y para encubrir las particulares prerrogativas con que esta misma naturaleza les ha dotado generosamente a las mujeres, para compensarlas por la fuerza material que ustedes tienen —ventajas que por supuesto no les disputaríamos— para apreciar de veras la vivacidad de la imaginación, los sentimientos delicados y esa

³⁰ Sophia, A Person of Quality (seud.), *Woman Not Inferior to Man; or, A Short and Modest Vindication of the Natural Right of the Fair Sex to a Perfect Equality of Power, Dignity, and Esteem, with the Men* (1739); reeditado en parte en WFF, vol. 1, doc. 1; cita, p. 27.

³¹ *Female Rights Vindicated*, por «Una Dama», Londres, G. Burnet, 1758. Mi agradecimiento a Gary Kates por atraer mi atención hacia este texto.

³² Madame de Beaumer, en el *Journal des Dames* (noviembre de 1761), según trad. en Nina Ratner Gelbart, *Feminine and Opposition Journalism in Old Regime France*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1987, p. 107.

amable cortesía, que bien valen por la fuerza de la que ustedes se pavonean tanto?³³.

Madame de Beaumer y sus lectores eran muy conscientes de la importancia de las normas educativas socialmente impuestas para la construcción social de género, aun cuando reconocían ciertas diferencias entre los sexos como inherentes y complementarias. Su conciencia fue subrayada por el célebre caso del diplomático-soldado travesti chevalier d'Éon, considerado la mujer más famosa de Europa, a la que Luis XV ordenó que abandonara el vestido masculino cuando «ella» volvió a Francia³⁴.

Dependiendo del país y del contexto cultural, pudieron hacerse y se hicieron varias críticas a la formación femenina. Las feministas británicas se opusieron repetidas veces a la frivolidad de una formación ornamental e «inútil» para las muchachas aristócratas y ricas. Las obras de los años ochenta del siglo XVIII de Catharine Macaulay y Mary Wollstonecraft, entre otras, expresan de forma elocuente esta letanía de quejas³⁵. La reformista y escritora de cuestiones pedagógicas española Josefa Amar y Borbón afirmaba, en 1790, que una formación mejor y de más peso para las mujeres, un cultivo de la mente y de los talentos, más que de la apariencia personal y la coquetería, mejorarían grandemente la calidad de una relación de pareja en el matrimonio, así como la satisfacción personal de una mujer en la vida³⁶.

Mucho antes de estas mujeres críticas, la poeta y ensayista sueca Charlotta Nordenflycht se había enfrentado a los argumentos de Rousseau sobre la supremacía masculina en una serie de versos publicados en Estocolmo a principios de la década de 1760:

Evitan que la mujer entienda verdad alguna,
la gente se divierte y se ríe de su estupidez.
Pero cuando las semillas de la estupidez acaban convirtiéndose en
[pecados
se vierte mucho veneno y se la llena de culpa.

³³ Madame de Beaumer, «Avant-Propos», *Journal des Dames* (marzo de 1762), en WFF, vol. 1, doc. 2; cita, p. 28. El texto se analiza al completo en Gelbart, *Feminine and Opposition Journalism*, cap. 3.

³⁴ Véase Gary Kates, *Monsieur d'Éon Is a Woman: A Tale of Political Intrigue and Sexual Masquerade*, Nueva York, Basic Books, 1995.

³⁵ Véanse los textos de Catharine Macaulay-Graham, *Letters on Education* (1787), y Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman* (1792), en WFF, vol. 1, docs. 11 y 12. Wollstonecraft publicó también sobre la educación de las mujeres en la década de los ochenta del siglo XVIII.

³⁶ Josefa Amar y Borbón, «Prólogo», en *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, Madrid, B. Cano, 1790; reed. Madrid, Ediciones Cátedra, 1994. Gracias a Constance A. Sullivan por apuntarme que la versión de este texto de 1784, a menudo citada y reproducida, es ficticia. Véase Sullivan, «The Quiet Feminism of Josefa Amar y Borbón's 1790 Book on the Education of Women», *Indiana Journal of Hispanic Literature* 2, 1 (otoño, 1993), pp. 49-73.

Entonces no hay más apelaciones a la supresión de su intelecto, entonces ella no es más que una mujer, la encarnación de la debilidad. Se culpa, entonces, a la naturaleza y se menosprecia a la sangre y al

[corazón

por aquello cuyas raíces se hallan solo en la manera de educar.

La fuente de un pozo que manaba se obstruye

y entonces surge la pregunta: ¿Por qué no fluye el agua?

Ponen una trampa para la pata del águila y le rompen sus alas,

y entonces le acusan de no llegar hasta el sol.

De igual modo, la energía de las mujeres se suprime con la educación

[y la costumbre,

dejan que estas luchen entre sí en el estrecho ruedo de la estupidez,

y como un adorno arrastran el pesado yugo de la ignorancia,

porque ser sabia y culta se ve como una afrenta a las mujeres.

¡Oh, cruel tiranía! ¿Mejorará nuestro mundo,

el que la mitad de la humanidad sea encadenada por la estrecha locura cuando la falta de cerebro es evidente en cada tarea?³⁷

El abbé de Mably, pensador republicano, pondría el acento posteriormente en la importancia política estratégica de formar a las mujeres, piedra angular para su proyecto de reforma de la sociedad. «La República», advertía él en 1776, «no está compuesta solo por hombres, y os advierto de que no habréis hecho nada si descuidáis la educación de las mujeres. Habéis de elegir: o hacer hombres de ellas como en Esparta o condenarlas al aislamiento»³⁸. En Francia, la formación de las mujeres había sido reformulada —por Mably y otros— como un asunto de Estado; no bastaba ya con afirmar que era necesaria meramente para la felicidad personal de la mujer o de su marido. Esta noción de formar a las mujeres para la maternidad cívica, sancionando un papel cuasipúblico de las mujeres, resultaría ser un desarrollo trascendental para la historia del feminismo en Europa y más allá.

EL POTENCIAL FEMENINO: ¿QUÉ DEBERÍAN SER LAS MUJERES?,
¿QUÉ PODRÍAN HACER LAS MUJERES?

Las críticas al matrimonio y la educación de las mujeres llevó rápidamente a la discusión del argumento central de qué deberían ser las mujeres, de para qué habría de preparárselas en una sociedad bien organizada.

³⁷ Hedvig Charlotta Nordenflycht, *Fruentimrets Försvar, emot J. J. Rousseau medborgare i Geneve* (1761); traducción del sueco encargada por Stina Katchadourian (1991), con ayuda del Marilyn Yalom Fund, IRWG.

³⁸ Gabriel Bonnot de Mably, *De la Législation, ou principes des lois*, Ámsterdam, sin ed., 1776, parte 2, libro 4, cap. 1, pp. 154-155.

En el curso de estos debates, reapareció la cuestión de las capacidades de las mujeres y de la utilidad y la necesidad pública.

El desarrollo de la economía de mercado de la Europa moderna temprana abrió posibilidades de nuevos roles para las mujeres de las elites dentro de la familia, así como oportunidades para la independencia económica y la libertad de movimiento para todas las mujeres más allá del control de los padres, maridos y hermanos. Los temas sobre las opciones de las mujeres se enmarcaban cada vez más en términos de «libertad» y «emancipación», en este caso del control familiar. El hombre de negocios y panfletista político Daniel Defoe, sin conocer aparentemente las propuestas realizadas con anterioridad por Fénelon, afirmaba en su *Essay on Projects* (1697) que las mujeres deberían ser formadas para convertirse en buenas compañeras para sus maridos y no «solo amas de llaves de nuestras casas, cocineras y esclavas»³⁹. Ahora bien, unas cuantas mujeres, la mayoría de las clases medias emergentes, al ver las libertades y oportunidades de las que disfrutaban sus hermanos, expresaron de forma elocuente una sensación de coacción, envidia e injusticia. En 1779, por ejemplo, una joven poetisa y ama de casa alemana de Gotinga, Philippine Gatterer Engelhard, publicó su «Lamento de la joven»:

¡Cuántas veces condeno

y con lágrimas de frustración

maldigo a mi género!

Su proscripción siempre nos condena

a las muchachas a nuestras habitaciones;

¡qué libres se mueven los hombres!

Incluso los jóvenes y los siervos⁴⁰.

En su novela *Madame de Montbrillant* (unas memorias noveladas que no se publicaron hasta comienzos del siglo XIX), madame d'Épinay lamentaba de forma similar el «sofocamiento» y las restricciones impuestas a su heroína durante la infancia⁴¹.

La mujeres de las clases más bajas siempre habían trabajado y, en las modernas ciudades europeas, muchas trabajaban por dinero. Ahora bien, la división sexual del trabajo que estipulaba no solo empleos diferentes, más sedentarios, sino también salarios más bajos para las mujeres

³⁹ Daniel Defoe, *Essay on Projects*, 1697; facsímil de la 1.ª ed., Menston, Scolar Press, 1969, p. 302.

⁴⁰ «Girl's Lament» (1779), en *Gedichte von Philippine Engelhard geb. Gatterer* (1782); trad. Walter Arndt, en *Bitter Healing: German Women Writers from 1700 to 1830*; Jeannine Blackwell y Susanne Zantop (eds.), *An Anthology*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1990, p. 195.

⁴¹ Louise-Florence-Pétronille de Tardieu d'Esclavelles, marquise de La Live d'Épinay, *Histoire de Madame de Montbrillant*, Georges Roth (ed.), 3 vols., París, Gallimard, 1951; publ. orig. 1818.

que para los hombres, tenía raíces profundas en las sociedades europeas⁴². Sin embargo, podían encontrarse mujeres ocupadas en un amplio espectro de actividades comerciales artesanales, incluida la manufactura de alfombras, la fabricación de relojes, la taxidermia y el biselado de lentes... incluso en el periodismo, como informaba con orgullo el *Journal des Dames* en la década de 1760.

La monarquía francesa ya había intentado abordar el «problema» del trabajo de las mujeres en el siglo xvii, estipulando que ciertos oficios les estarían reservados a las gildas (o corporaciones) de mujeres aun cuando se habían reforzado las restricciones a que las mujeres entrasen en los oficios masculinos. Cuando se anularon estas regulaciones durante el breve experimento de liberalización comercial de principios de la década de 1770, los hombres comenzaron a infiltrarse en un buen número de oficios lucrativos de mujeres. Louis-Sébastien Mercier, escritor y comentarista social que pensaba que las mujeres casadas mal pagadas deberían ser eliminadas de la fuerza de trabajo y devueltas a sus asuntos domésticos, afirmaba sin embargo que las mujeres solteras que necesitaban empleo deberían tenerlo. Sin ser un entusiasta de la emancipación de las mujeres de forma incondicional, Mercier no obstante era partidario de la igualdad en una economía moral basada en las ocupaciones sexualmente separadas. Resultaba absurdo, planteaba él, que los hombres se convirtiesen en los peluqueros de las mujeres, se pusieran a trabajar en la costura, vendieran lencería y artículos de moda, mientras las mujeres jóvenes que no podían encontrar trabajo en estos oficios tan apropiados se veían forzadas a hacer trabajos duros o a recurrir a la prostitución. Él insistía, lo mismo que las mujeres panfletistas de mediados del siglo xix, en que el monopolio de estos oficios debería ser devuelto a las mujeres como su justo derecho⁴³. El dramaturgo reformista Beaumarchais insertó una protesta semejante, esta vez formulada contra la victimización que hacen los hombres de las mujeres, a través de la voz de Marceline, en su comedia subversiva *Las Bodas de Fígaro* (1784).

⁴² Sobre la historia del trabajo de las mujeres en la Europa del siglo xviii, véanse en particular las recientes contribuciones de Olwen Hufton, «Women Work and Family», en Davis y Farge (eds.), *A History of Women*, vol. 3, pp. 15-45; y Elizabeth Fox-Genovese, «Women and Work», en Samia I. Spencer (ed.), *French Women and the Enlightenment*, Bloomington, Indiana University Press, 1984, pp. 111-127. Véase también Merry Wiesner, *Women and Gender in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; Bridget Hill, *Women, Work and Sexual Politics in Eighteenth-Century England*, Londres y Nueva York, Basil Blackwell, 1989; los ensayos en Daryl M. Hafer (ed.), *European Women and Preindustrial Craft*, Bloomington, Indiana University Press, 1995; y Olwen Hufton, *The Prospect Before Her: A History of Women in Western Europe, 1500-1800*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1996. Sobre el «feminismo resistente de las peticiones de las gildas de mujeres» en el París de mediados de siglo xviii, véase Judith G. Coffin, «Gender and the Guild Order: The Garment Trades in Eighteenth-Century Paris», *Journal of Economic History* 54, 4 (diciembre de 1994), pp. 768-793 (cita, p. 786); y Cynthia Maria Truant, «Parisian Guildwomen and the (Sexual) Politics of Privilege: Defending Their Patrimonies in Print», en Goldsmith y Goodman (eds.), *Going Public*, pp. 46-61.

⁴³ Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, vol. 9, Ámsterdam, 1788, pp. 177-178.

Las aspiraciones de las mujeres a participar en las profesiones cultas eran altamente problemáticas para los hombres y rara vez tenían éxito. En Francia, Poullain de la Barre había propuesto directamente la posibilidad de acceso para las mujeres a la formación universitaria, incluyendo teología, medicina y derecho. Ahora bien, su papel era cuestionado incluso en Italia, donde unas pocas mujeres excepcionales habían ocupado cátedras en las universidades desde la época medieval tardía. En Padua, la academia de Ricovrati (cuyos miembros habían elegido a un buen número de escritoras francesas como miembros *in absentia*) patrocinó un debate en 1723 entre dos profesores sobre la cuestión «de si las mujeres deberían ser admitidas en el estudio de la ciencia y las artes nobles»⁴⁴. En Alemania, Dorothea Leporin Erxleben supo del doctorado de Laura Bassi en Bolonia y decidió intentar lo mismo en Halle. En 1742, publicó un tratado en el que argumentaba que debería permitirse que las mujeres emprendieran estudios universitarios. Consiguió aliados en la Universidad de Halle y, en 1745, presentó su tesis doctoral en medicina, escrita (como era costumbre) en latín⁴⁵. Dorothea Erxleben fue una excepción extraordinaria, como Laura Bassi, pero las noticias de la consecución de ambas siguió inspirando a otras mujeres ambiciosas y con talento.

En todo caso, las universidades, con sus estudios clásicos solo a disposición de los hombres, no monopolizaban en modo alguno el desarrollo de las artes y las ciencias en este momento. En otros escenarios, unas cuantas mujeres de altas cualidades intelectuales realizaron célebres contribuciones al avance del conocimiento. Madame du Châtelet fue ampliamente felicitada por sus experimentos en Física pero, en especial, por su magistral traducción al francés de los *Principia* de Newton. En Inglaterra, Elizabeth Carter recibió muestras de respecto y elogios por sus traducciones de lenguas antiguas. En el denominado círculo *Bluestocking*, un grupo de reconocidas intelectuales inglesas se reunía de forma regular para discutir sobre ideas⁴⁶. Los compiladores de enciclopedias biográficas de mujeres comenzaron a insistir en las contribuciones de las mujeres cultas, tal como han demostrado los descubrimientos de Brita Rang⁴⁷.

⁴⁴ Sobre el debate de 1723, véase Paolo Mantegazza, «Il Problema dell'educazione della donna nel 1723», *Nuova Antologia* 124, 16 (16 de agosto de 1892), pp. 689-701.

⁴⁵ Dorothea Christiane Leporin, frau Erxleben, *Gründliche Untersuchung der Ursachen, die das weibliche Geschlecht vom Studiren abhalten, darin deren Unerheblichkeit gezeigt und wie möglich, nöthig und nützlich es sey, dass dieses Geschlecht der Gelahrtheit sich befeisse*, Berlín, Rüdiger, 1742; reed. (con epílogo de Gerda Rechenberg). Hildesheim y Nueva York, Georg Olms Verlag, 1975. Que yo sepa, este tratado nunca se ha traducido al inglés. Mi agradecimiento a Kay Plavell y Peter Petschauer por introducirme a Dorothea Leporin Erxleben.

⁴⁶ Véase Sylvia Harcstark Myers, *The Bluestocking Circle: Women, Friendship, and the Life of the Mind in Eighteenth-Century England*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

⁴⁷ Véase Brita Rang, «A "Learned Wave": Women of Letters and Science from the Renaissance to the Enlightenment», en Tjitske Akkerman y Siep Stuurman (eds.), *Perspectives on Feminist Political Thought in European History*, Londres, Routledge, 1998, pp. 50-66.

Además de esto, hubo unas cuantas mujeres que desempeñaron unos extraordinarios papeles en el desarrollo de lo que se conocía en la época como la «república de las letras». Las *salonnières* parisinas madame du Deffand, madame Geoffrin, Julie de Lespinasse, madame Necker (y, más tarde, sus homólogas en Berlín) se ubicaron estratégicamente en el corazón mismo del proyecto de la Ilustración; lo cierto es que Dena Goodman ha señalado que las ambiciones de los *philosophes* convergían con las de un grupo pequeño y selecto de «mujeres inteligentes, autodidactas y, a la vez, preocupadas por proporcionar educación que [...] dieron una forma nueva a las formas sociales de su época en razón de sus propias necesidades sociales, intelectuales y educativas». Goodman afirma que en estos nuevos espacios sociales, «la relación primaria [...] era entre los principales mentores y estudiantes femeninos más que entre una mujer sola y un grupo de hombres»⁴⁸. Esta misma autora concede gran importancia a la centralidad de la gobernanza de las mujeres a través de la organización de la sociabilidad de salón, en la emergente república de las letras francesa⁴⁹. Mujeres inteligentes y emprendedoras, incluidas actrices y artistas, fueron capaces de concebir extraordinarias oportunidades para sí mismas mediante la formación de estas nuevas instituciones culturales, a pesar de su exclusión de las academias y universidades. En especial en Francia, las mujeres desempeñaron papeles centrales en la vida intelectual y cultural de su época. Esto irritaba a críticos como Rousseau, que planteaban que, en una república convenientemente organizada, a las mujeres no debería vérselas en el teatro y mucho menos actuando o escribiendo obras.

GÉNERO Y AUTORIDAD:

CONTROVERSIA SOBRE LAS MUJERES EN LOS ASUNTOS PÚBLICOS

La mayoría de los hombres del siglo XVIII trazaban la línea divisoria en la «amenaza» de la participación de las mujeres en el gobierno y en los asuntos militares. El tratado *La mujer tan buena como el hombre* de 1673 de Poullain de la Barre había puesto en circulación un argumento fuerte y atrevido referente a la capacidad de las mujeres para ocupar puestos de autoridad política y militar así como todo el resto de cargos públicos⁵⁰. Esta era una reivindicación conflictiva que los escritores de la Ilustración abordarían con frecuencia, en especial durante los reinados muy destaca-

⁴⁸ Véase Dena Goodman, «Enlightenment Salons: The Convergence of Female and Philosophic Ambitions», *Eighteenth-Century Studies* 22, 3 (primavera, 1989), pp. 329-350; citas, pp. 332-333. Véase también la discusión posterior en Goodman, *The Republic of Letters: A Cultural History of the French Enlightenment*, Ithaca, Cornell University Press, 1994.

⁴⁹ Véase Dena Goodman, «Governing the Republic of Letters: The Politics of Culture in the French Enlightenment», *History of European Ideas* 13, 3 (1991), pp. 183-199.

⁵⁰ Poullain, *Woman as Good*, pp. 123-124.

dos de María Teresa en Austria (1740-1780) y de Catalina II en Rusia (1762-1796). Los historiadores profemeninos sacaron a la luz leyendas de Amazonas y, por supuesto, el ejemplo que sentaba precedente de Juana de Arco para apoyar los argumentos en favor de la inclusión de las mujeres incluso en asuntos militares, mientras que el dramaturgo francés Marivaux insistiría, en su comedia *La colonia* (1750), en su pacifismo esencial⁵¹. En los años ochenta del siglo XVIII, se publicaron una serie de novelas utópicas de escritoras francesas que abordan el tema del gobierno de las mujeres; ahora bien, solo en los últimos tiempos han sido identificadas y analizadas por parte de especialistas en literatura⁵².

Algunos partidarios del principio del gobierno masculino en Francia montaron muy particularmente en cólera a causa de estas reivindicaciones en nombre de las mujeres; ¡ay de Francia—sola entre los grandes poderes de Europa—si no hubiese excluido a las mujeres de la sucesión al trono! «Le desafío a usted a nombrarme un Estado en el que las mujeres hayan tomado el poder sin destruir la moral, las leyes y el gobierno», afirmó el propio abbé de Mably (que, no obstante, había subrayado la necesidad de la educación de las mujeres) en 1776. Sin embargo, los sabios británicos eran poco mejores: «La naturaleza ha dado a las mujeres tanto poder que la ley, sabiamente, les ha dado poco», insistía el temible Samuel Johnson⁵³. Hasta Montesquieu apuntaba que «excepto en casos especiales, las mujeres casi nunca han aspirado a la igualdad: puesto que ellas tienen ya tantas ventajas naturales que la igualdad de posibilidades significará siempre para ellas un imperio»⁵⁴. «Los hombres hacen las leyes, pero las mujeres hacen la moral» se convirtió en una expresión familiar y archirrepetida de esta idea⁵⁵.

Esta es una perspectiva del poder distinta a la que nos encontramos hoy. Algunos escritores masculinos del siglo XVIII consideraron tan poderosas a las mujeres, tan influyentes, tan efectivas en virtud de su atractivo sexual, que solo su absoluta supresión o secuestro podría mantenerlas bajo control. Razón de más por la cual los hombres deberían decidirse a

⁵¹ Pierre Carlet de Marivaux, *La Colonie*, en *Le Mercure* (junio de 1750), trad. Peter V. Conroy, *Signs* 9, 2 (invierno, 1983), pp. 339-360. Sobre las Amazonas, véase Abby Wettan Kleinbaum, *The War Against the Amazons*, Nueva York, New Press [McGraw-Hill], 1983.

⁵² Véase Josephine Grieder, «Kingdoms of Women in French Fictions of the 1780s», *Eighteenth-Century Studies* 23, 2 (invierno, 1989-1990), pp. 140-156.

⁵³ Mably, *De la Législation*, p. 155; Samuel Johnson al reverendo Dr. Taylor, 18 de agosto de 1763, según reed. en George Birkbeck Hill (ed.), *The Letters of Samuel Johnson, LL. D.*, vol. I, Oxford, Clarendon Press, 1892, p. 104. Le estoy agradecida a Lisa Jadwin por esta última referencia.

⁵⁴ Montesquieu, *Mes Pensées*, en *Oeuvres complètes*, vol. I, París, Gallimard, 1949, p. 1076.

⁵⁵ Véase, por ejemplo, el intercambio entre Adelaide («Les hommes font les lois») y Bayard («Les femmes font les mœurs») en la obra *Le Connetable de Bourbon* (1769), de Jacques-Antoine-Hippolyte Guibert: *Oeuvres dramatiques de Guibert... Publiées par sa veuve*, París, Persan, 1822, vol. 10, p. 22.

retener un deliberado control sobre la *autoridad*. Puede que esto no haya sido un mero movimiento simbólico, sino más bien una expresión de miedo absoluto. La expresión más retrógrada de este punto de vista fue tal vez la del tratado *Les Gynographes* (1777) de Restif de la Bretonne, en el que afirmaba que «escribir y hasta leer debería estarles prohibido a todas las mujeres; esto ofrecería un medio de refrenar sus ideas y limitarlas a tareas útiles del servicio doméstico»⁵⁶. De hecho, el puro volumen de la literatura prescriptiva dirigida a las muchachas en el siglo XVIII, exhortándolas a ser dóciles, respetuosas, virtuosas, obedientes y cosas por el estilo, puede entenderse como un indicador del alcance al que algunas mujeres altamente significadas y que se expresaban extraordinariamente se percibían ya, por parte de algunos hombres dominados por la ansiedad, como poderosas fuerzas próximas a escapar del control masculino⁵⁷.

No todos los hombres sentían lo mismo. Voltaire, amigo de madame de Châtelet, había celebrado mucho la mezcla de los sexos que tanto contribuía a la vivacidad de la sociedad francesa: «La sociedad depende de las mujeres. Todos los pueblos que tienen la desgracia de mantenerlas bajo llave, son insociables»⁵⁸. Voltaire ridiculizaba la exclusión de las mujeres del trono francés. El marqués de Condorcet posteriormente volvió a exponer las reivindicaciones de Poullain con referencia al gobierno representativo en una república, exigiendo que las mujeres que contaban con propiedades deberían tener derecho a votar y a ostentar cargos. «Los hechos prueban», afirmaba en 1787, «que los hombres tienen o creen que tienen intereses muy diferentes de los de las mujeres porque por todas partes han hecho leyes opresivas contra ellas o, al menos, han establecido una gran desigualdad entre los dos sexos». Las mujeres, en especial, las mujeres adultas solteras y las viudas, pensaba él, deberían contar con la plena capacidad de ejercer los derechos de ciudadanía; con respecto a las mujeres casadas, las leyes civiles que las subordinan en el matrimonio deberían ser cambiadas. «Considérese que estamos hablando de los derechos de la mitad de la especie humana», insistía Condorcet⁵⁹. De este

modo, Condorcet sí que ponía directamente sobre la mesa el tema de la ciudadanía femenina, justo dos años antes de la convocatoria de los Estados Generales y del comienzo de la Revolución francesa.

LA MISIÓN CIVILIZADORA DE LAS MUJERES: EL PROYECTO DE FORMACIÓN DE LAS FUTURAS MADRES

La ciudadanía para las mujeres resultaba aún una idea radical que, por lo general, ni siquiera los europeos más ilustrados estaban dispuestos a consentir. Ahora bien, a algunos les quedó claro que las mujeres tenían que desempeñar un papel importante en el progreso de la civilización tal como esta se entendía entonces. Lo cierto es que más de un historiador del siglo XVIII atribuyó a las mujeres un papel central en la formación de la cultura y en el progreso de la civilización, tal como nos han recordado Sylvia Tomaselli, Jane Rendall y otras⁶⁰. La fórmula, con demasiada frecuencia atribuida a Charles Fourier, que identificaba los avances en la condición de las mujeres como el índice del progreso social, tuvo muchos portavoces en los años setenta y ochenta, en especial entre los historiadores de la Ilustración escoceses.

De forma paralela a estos argumentos, otro corpus de literatura prescriptiva dirigida a las mujeres se extendió en el curso de la Ilustración europea. Esta literatura fue también un resultado del interés en el poder y la influencia de las mujeres, pero se diseñó para aprovechar ese poder y esa influencia en nombre del progreso social. Se trataba de la literatura de la madre-como-educadora o de la maternidad-patriótica. El énfasis funcionalista en la educación de los niños para roles sociales específicos puede rastrearse hasta el humanismo cívico del Renacimiento y hasta reformulaciones que aparecieron en la Reforma Protestante y en la Contrarreforma católica⁶¹. Ahora bien —lo mismo que la literatura prescriptiva tenía como objetivo refrenar la vitalidad de las muchachas—, en la literatura de la Ilustración del siglo XVIII, esta corriente de pensamiento desarrolló una magnitud y un impacto crecientes y se agarró ella misma, a modo de sanguijuela, a la reformulación secular de la ciudadanía en el momento en el que emergían Estados-nación a partir de los Estados y reinos principescos del Viejo Mundo.

«Resulta tan importante para los asuntos domésticos tener una madre [*mère de famille*] virtuosa e inteligente que yo he adoptado con gusto el proverbio “las mujeres hacen las casas o las deshacen” (*ce sont les fem-*

⁵⁶ Nicholas-Edmé Restif de la Bretonne, *Les Gynographes; ou Idées de deux honnêtes femmes sur un projet de règlement proposé à toute l'Europe pour mettre les femmes à leur place, & opérer le bonheur des deux sexes*, La Haya, chez Gosse & Pinet, 1777, vol. I, p. 183. Sobre Restif, véase Ginevra Odorisio Conti, «Les Gynographes de Restif de la Bretonne: L'Utopia antifeminista di uno scrittore ginofilo», *OZ: Rivista Internazionale di utopia* 3 (1995), pp. 83-99.

⁵⁷ Tal vez el ejemplo más notorio sea *A Father's Legacy to His Daughters*, por el médico escocés John Gregory, Londres, W. Strahan, T. Cadell; Edimburgo, J. Balfour, W. Creech, 1774, que se reeditó considerablemente en Inglaterra y Norteamérica y que posteriormente fue criticado por Mary Wollstonecraft. Para muchos otros, véase Vivien Jones (ed.), *Women in the Eighteenth Century: Constructions of Femininity*, Londres, Routledge, 1990.

⁵⁸ Voltaire, «À M. le Chevalier Falkener (Seconde épître dédicatoire)», *Zaïre: Tragédie en cinq actes* (1736), en *Oeuvres complètes de Voltaire*, vol. I, Théâtre, París, 1877, p. 551.

⁵⁹ Condorcet, *Lettres d'un bourgeois de New Haven à un citoyen de Virginie* (1787), en A. Condorcet O'Connor y F. Arago (eds.), *Oeuvres de Condorcet*, vol. 9, París, 1847, p. 15; trad. KO.

⁶⁰ Véase Jane Rendall, «The Enlightenment and the Nature of Women», en Jane Rendall, *The Origins of Modern Feminism*, Nueva York, Schocken, 1984; Sylvia Tomaselli, «The Enlightenment Debate on Women», *History Workshop* 20 (1985), pp. 101-124.

⁶¹ Véase Hilda Smith, *Reason's Disciples*, cap. 2.

mes qui font et qui défont les maisons)»⁶². Eso es lo que escribía el abbé de Saint-Pierre en 1730, afirmando más adelante que a la formación de las mujeres se le debería prestar la misma atención que a la educación de los hombres, y que los Estados ordenados deberían asegurar su organización efectiva. Algunos años más tarde, propuso un plan para una red de *collèges* de muchachas o escuelas secundarias, basadas en el modelo de St. Cyr. Pierre-Joseph Boudier de Villemert, autor del architraducido *L'Ami des femmes* (*El amigo de las mujeres*), insistía en el papel de las mujeres como fuerza civilizadora, retratándolas como los complementos —y las domadoras— de los hombres, y sostenía que había que cultivar su inteligencia con ese propósito⁶³. Escribiendo en 1762, Nicolas Baudeau reforzó el argumento cuando propuso un plan de educación nacional que incluía plenamente a las ciudadanas femeninas: «Hemos de plantear como una máxima fundamental que todas y cada una de las hijas de la nación están destinadas a convertirse, dentro de su clase, en *Citoyennes*, esposas y madres»⁶⁴. Será en este contexto en el que hayamos de interpretar la visión, más subordinada y privatizada de Rousseau, de la maternidad en interés público con sus retratos de Julie —su visión de la nueva Eloísa— y, por supuesto, de Sophie⁶⁵.

La perspectiva de la madre-educadora produjo una enorme impresión dentro del amplio círculo de influencia francesa, que incluía a los déspotas «ilustrados» de Prusia y Rusia. «He de admitir que estoy sorprendido», escribía Federico el Grande en 1770, «de que personas de la más alta categoría críen a sus niñas como si fueran coristas»:

¡Qué! ¿No era su destino convertirse en madres? ¿No se debería dirigir toda su instrucción hacia esa meta, no se las debería inspirar desde temprana edad contra todo lo que pudiera mancillar su honor o hacer que entendieran las ventajas de la sabiduría, que son útiles y duraderas, en lugar de las de la belleza, que pasarán y desaparecerán? ¿No habría que hacerlas capaces de inculcar una buena moral en sus hijos? [...] Le juro que a menudo me indigno cuando pienso en hasta qué punto se desdeña en Europa a esta mitad de la especie humana, hasta llegar a rechazar todo lo que podría perfeccionar su razón⁶⁶.

⁶² Charles-Irénée Castel, abbé de Saint-Pierre, «Projet pour perfectionner l'éducation des filles» (1730), en *Oeuvres diverses de Monsieur l'abbé de Saint-Pierre*, París, Briasson, 1730, p. 96.

⁶³ Pierre-Joseph Boudier de Villemert, *L'Ami des femmes* (1758); en la trad. inglesa como *The Ladies Friend from the French of Monsieur de Gravines*, Londres, W. Nicoll, 1766 (hubo también ediciones americanas); en italiano, *L'Amico delle donne*, Lucca, 1763; Venecia, 1764.

⁶⁴ Nicolas Baudeau, «De l'Éducation nationale», *Ephémérides du Citoyen, ou Chronique de l'esprit national* 4, 4 (12 de mayo de 1766), trad. KO, en *WFF*, vol. 1, doc. 17.

⁶⁵ Jean-Jacques Rousseau, *Julie* (1761) y *Émile* (1762), libro 5.

⁶⁶ Federico el Grande, «Lettre sur l'éducation» (1770), en *Oeuvres de Frédéric le Grand*, vol. 9, Berlín, Chrétien-Frédéric Voss, ca. 1850, pp. 143, 145; trad. KO.

Las observaciones del rey tuvieron su eco en 1782 en el príncipe reformista polaco Adam Czartoryski, quien igualmente insistía en la importancia de las madres y en la necesidad de que estuvieran bien educadas y familiarizadas con los asuntos públicos, que fueran promotoras de «la ciudadanía, el valor, la capacidad para el servicio público» y, en particular, que enseñaran a sus hijos el polaco y promovieran la cultura polaca (y no la francesa). Las madres eran, para Czartoryski, la verdadera piedra de toque para el futuro éxito de cualquier Estado polaco⁶⁷.

La maternidad, entonces, no era un asunto puramente doméstico; claramente era vista como una función sociopolítica o pública, deseable e importante, por parte de estos hombres progresistas y sensibilizados con lo social. La maternidad cívica o patriótica podía ser la forma de ciudadanía de las mujeres; y lo cierto es que ¡la formación de madres podía construirse como una obligación nacional! A los lectores modernos puede sorprenderles que muchas mujeres de las elites pensarán que este nuevo papel era estupendo. En todo caso, lo que estaban criticando los hombres y mujeres de la Ilustración era un conjunto de prácticas habituales que supuestamente habían negado a las mujeres de rango y riqueza la oportunidad de ser madres. Considérese, por ejemplo, la crítica de Madeleine d'Arsant de Puisieux, quien, en 1749, les había lanzado a aquellas madres que derivaban la formación de sus hijas a institutrices incultas o a conventos⁶⁸. Más aún, los argumentos dirigidos a las mujeres en los años sesenta del siglo XVIII para animarlas a cuidar a sus propios bebés en vez de emplear nodrizas, tocaron la fibra sensible de muchas mujeres de las elites. Rousseau no estuvo solo a la hora de pregonar las virtudes del amamantamiento para Julie, su modelo ficticio a imitar. Madame d'Épinay expresó en sus memorias noveladas su gran pena por que le impidieran cuidar y criar a sus dos hijos propios⁶⁹. A mediados de la década de 1770, madame de Montanclos elevó el tema de la maternidad ilustrada hasta nuevas alturas en el *Journal des Dames*, aun cuando insistía en que las mujeres podían al mismo tiempo ser madres y dedicarse a las carreras que eligieran⁷⁰.

En los años ochenta del siglo XVIII, en un tratado en francés titulado (en traducción) *Cómo habría que ver a las mujeres; o perspectivas sobre lo que las mujeres han sido, sobre lo que son y sobre lo que podrían llegar a ser*, madame de Coicy rearticulaba la queja de madame d'Épinay, señalando que a las mujeres francesas de los más altos rangos no se les permitía

⁶⁷ Príncipe Adam Kazimierz Czartoryski, «Drugi list Imé Pana Dóswiadczyńskiego do przyjaciela swego względem edukacji córek», en su *4 Listy Imé Pana Dóswiadczyńskiego* (4 Cartas del Sr. Experiencia), Varsovia, 1782; reed. en Stevan Woloszyn (ed.), *Źródła do dziejów wychowania i myśli pedagogicznej*, Varsovia, Państwowe Wydawnictwo Naukowe, 1965, pp. 695-698. Esta referencia fue facilitada y traducida por Bogna Lorence-Kot.

⁶⁸ Madame de P***, *Conseils a une amie*, sin ed., 1749.

⁶⁹ D'Épinay, *Histoire de Madame de Montbrillant*.

⁷⁰ Madame de Montanclos, en Gelbart, *Feminine and Opposition Journalism*, pp. 187-188.

tía siquiera ser madres; se les quitaban los hijos, y se los entregaban primero a niñeras, luego a institutrices y luego a tutores. En esta crítica de la vida de la clase alta, habla de la maternidad como «la más bella e importante ocupación», pero que se les negaba a las mujeres de rango⁷¹. En el contexto del siglo XVIII, el amamantamiento de un niño propio se había convertido, para estas mujeres, en un aspecto de lo que Joan-Hinde Stewart ha denominado desde entonces «la lucha de estas heroínas por la soberanía individual»⁷². La cualidad subversiva de la lactancia como amenaza al control de los hombres tampoco se perdió en los legisladores prusianos; bajo el Código Civil consolidado de 1794, a las esposas sanas se les «requería» dar de mamar a sus bebés; ahora bien, ¡a sus maridos se les concedería el derecho legal de decirles cuándo dejarlo!⁷³.

MOVIMIENTOS, MOMENTOS Y OTRAS POSIBILIDADES

En su novela *Voyage de Milord Céton dans les sept planètes* (1765-1766), Marie-Anne de Roumier (dame Robert) escribía:

Siempre me produce asombro que las mujeres no se hayan agrupado aún, que no hayan formado una liga aparte, con el fin de vengarse de la injusticia masculina. Tal vez viva lo suficiente como para verlas hacer un uso así de provechoso de sus mentes. Ahora bien, hasta ahora han sido demasiado coquetas y disipadas como para preocuparse en serio por los intereses de su sexo⁷⁴.

En 1784, el autor anónimo de una comedia en un acto titulada *Le Club des dames* (*El club de las damas*, atribuida a madame de Genlis) hacía volver a Descartes desde la tumba para presidir un club de mujeres comprometido con la reforma del estatus de las mujeres⁷⁵.

Ciertamente, resultaría engañoso realizar afirmaciones exageradas tanto en cuanto a la talla de los partidarios feministas durante la Ilustración europea como en cuanto a su nivel de organización; lo cierto es que, como

⁷¹ Madame de Coicy, *Les Femmes comme il convient de les voir ou aperçus de ce qui les femmes ont été, de ce qu'elles sont, et de ce qu'elles pourraient être*, 2 vols., Londres y París, Bacot, 1785, p. 60.

⁷² Stewart, *Gynographs*, pp. 201-203.

⁷³ *Allgemeines Landrecht für die Preussischen Staaten*, C. F. Koch (ed.), Berlín, 1862; publ. orig. 1792-1794, parte 2, tit. 2, arts. 67 y 68, según trad. en WFF, vol. 1, doc. 7.

⁷⁴ Marie-Anne de Roumier, dame Robert, *Voyage de Milord Céton dans les sept planètes; ou Le Nouveau Mentor...*, La Haya y París, chez tous les libraires, 1765-1766; cita según trad. en Nina Gelbart, *Feminine and Opposition Journalism*, p. 146.

⁷⁵ Anon. (atribuido a Stephanie-Félicité du Crest, comtesse de Genlis), *Le Club des dames; ou le retour de Descartes: Comédie en un acte en prose*, París, Au Bureau de la Bibliothèque des Romans, 1784.

pone en claro la novela utópica de Roumier Robert, a pesar de muchos y repetidos momentos de clarividencia, no hubo ningún movimiento feminista formalmente organizado como tal durante estos años. Es verdad que, en la Europa del siglo XVIII, hubo pocos movimientos de reforma organizados del tipo que fueran. Tales organizaciones existieron, en esta época, sólo en la esfera de la ficción, aunque para los hombres (y para unas pocas mujeres) la masonería sí que les ofreció un posible canal⁷⁶.

En todo caso, sí que existió claramente una verdadera conciencia feminista entre algunas mujeres y hombres privilegiados, y aparecieron ya portavoces que se enfrentaban a una creciente reacción en contra. Los principales críticos ilustrados participaron de forma entusiasta en estos debates, junto con muchos otros analistas menos conocidos, de ambos sexos.

Mi objetivo en este capítulo ha sido el de hacer hincapié en la variedad y el alcance de las reivindicaciones que se llevaron a cabo en nombre de la emancipación de las mujeres en la Europa de la Ilustración, la forma en la que se comunicaron estas reivindicaciones, ante todo a través del medio impreso, y sugerir algunos de los efectos de su transmisión. Al menos en unos pocos países europeos (en los que la Inquisición había perdido su poder desde hacía mucho e incluso los esfuerzos de la censura seglar eran cada vez menos efectivos), había emergido una importante discusión pública entre mujeres cultas y hombres (aristócratas y de clase media, sin duda) de la que podría generarse y encontrar apoyo la acción para el cambio en la condición de las mujeres. Tales quejas y discusiones por mejoras radicales en el estatus de las mujeres, en paralelo con muchas otras ideas reformistas que flotaban como espuma sobre las corrientes del pensamiento ilustrado, estaban listas y disponibles para ser aprovechadas y puestas en funcionamiento cuando llegara el momento, si llegaba. Ese momento llegó en 1789, cuando Luis XVI, el rey de Francia, convocó los Estados Generales e inauguró una serie de dramáticos acontecimientos políticos que se conocerían en la historia como la Revolución francesa.

⁷⁶ Véase Margaret Jacob, «Freemasonry, Women, and the Paradox of the Enlightenment», en Margaret Hunt et al., *Women and the Enlightenment*, Nueva York, Haworth Press, 1984, pp. 69-93; reed. como cap. 5 en Margaret Jacob, *Living the Enlightenment: Freemasonry and Politics in Eighteenth-Century Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 120-142; Janet Burke, «Freemasonry, Friendship, and Noblewomen: The Role of the Secret Society in Bringing Enlightenment Thought to Pre-Revolutionary Women Elites», *History of European Ideas* 10,3 (1989), pp. 283-294; y Janet Burke y Margaret Jacob, «French Freemasonry, Women, and Feminist Scholarship», *Journal of Modern History* 68, 3 (septiembre de 1996), pp. 513-549.

DESAFIAR A LA ARISTOCRACIA MASCULINA: EL FEMINISMO Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La Revolución francesa (1789-1795) provocó un cataclismo tanto político como cultural en la historia de Europa. Lo cierto es que, como la historiadora Margaret Darrow ha apuntado muy acertadamente, «una revolución que transformó el tiempo con un nuevo calendario, el espacio con nuevas medidas, la identidad social con una nueva forma de tratamiento (*citoyen*) e incluso de la identidad personal con una multitud de nuevos nombres como Graco (Gracchus) e Igualdad (Égalité), difícilmente podía dejar sin cambios a la familia»¹. Todas las instituciones y prácticas existentes fueron puestas en cuestión, incluidas las relaciones entre los sexos y la organización familiar. El feminismo no «nació» en 1789, pero el principio de la revolución desencadenó una espectacular erupción de exigencias feministas bien formuladas; a algunos les pareció como si el propio monte Vesubio hubiera explotado de nuevo. La salida a chorro de los intereses feministas articulados en Francia a gran temperatura se extenderían por toda Europa inexorable e irresistiblemente.

En razón de esta efusión, los primeros cinco años de la Revolución francesa ofrecieron un laboratorio histórico sin paralelo para el estudio de la política de género en Europa. Desde la convocatoria de los Estados Generales a principios de 1789 (para abordar los serios problemas financieros y económicos del reino) hasta la formación de los Estados como Asamblea Nacional a finales de aquel verano y a través de los esfuerzos sucesivos para elaborar Constituciones en 1790-1791 y 1792-1795, las reivindicaciones feministas fueron formuladas y rebatidas repetidas veces. Preparadas por exigencias anteriores, incluidas las de Condorcet, las mujeres hablaron claramente en su propio nombre, exigiendo la emancipación personal y la

¹ Margaret Darrow, *Revolution in the House: Family, Class, and Inheritance in Southern France, 1775-1825*, Princeton, Princeton University Press, 1989, p. 11.

ciudadanía plena —como mujeres y como mitad de la humanidad— en el nuevo régimen que estaba en construcción. Los hombres revolucionarios tomaron decisiones políticas que o bien posicionarían a estas mujeres dentro de la vida pública o bien, por el contrario, podrían hasta excluirlas de ella. Tanto las mujeres como los hombres revolucionarios trataron de manipular y controlar una compleja efusión de palabras, símbolos e imágenes que se arremolinaban en torno a «lo femenino».

ARTICULAR LAS EXIGENCIAS FEMINISTAS

A los pocos días de la convocatoria de los Estados Generales, las mujeres en Francia comenzaron a decir de forma impresa lo que pensaban sobre asuntos particulares de su sexo. Puede que el primer llamamiento directo publicado fuera la *Pétition des femmes du Tiers-État au Roi* (*Petición de las mujeres del Tercer Estado al rey*), fechada el 1 de enero de 1789². Las autoras anónimas de esta petición, datada antes del edicto real que estableció las reglas fundamentales para las elecciones, pedían en primer lugar que se escucharan las voces de las mujeres y que el rey apoyara su causa. Ellas no se crearon muchas expectativas respecto de los Estados Generales; ciertamente, parecían escépticas en cuanto a la elección misma del proceso. Reflejando quejas anteriores de la Ilustración, la petición detallaba los problemas de las mujeres: una educación errónea, una posición económica desventajosa (sus autoras objetaban en particular que los hombres usurparan los oficios de las mujeres, en especial, las manufacturas de tejidos) y las graves desventajas para las mujeres en el mercado matrimonial. «Pedimos ser instruidas, tener trabajo, no para usurpar la autoridad de los hombres, sino para ser más estimadas por ellos [...] Pedimos salir del estado de ignorancia, ser capaces de ofrecer a nuestros hijos una educación sólida y razonable para hacer de ellos sujetos dignos de servirle a usted»³.

Esta petición anunciaba un mar de fondo de nuevas peticiones, panfletos y quejas redactados o presuntamente redactados por mujeres. Tales documentos, enterrados durante largo tiempo en librerías y archivos, siguen siendo redescubiertos y republicados; las reivindicaciones que plantean son extraordinarias. En un contexto como este, un grupo de mujeres conocido como las vendedoras de flores (*marchandes bouquetières*), antes parte de una corporación femenina parisina que había sido disuelta durante las medidas de liberalización económica de 1776-1777, detallaba

los problemas que les había creado esa disolución. Su oficio, decían ellas, había sido invadido por mujeres menos dotadas, a menudo de dudosa reputación; estas vendedoras de flores afirmaban que con una competencia así no podían ganar bastante para vivir. Pedían el restablecimiento de su corporación regulada, desafiando la noción de libertad individual para dedicarse al comercio; insistían en que tal «libertad indeterminada» destruía el necesario equilibrio entre el comercio bien regulado y su propia capacidad para asistir a su hijos⁴. Estas mujeres tenían un sentido firmemente desarrollado de sus identidades como mujeres comerciantes, exhibiendo lo que la historiadora Temma Kaplan ha descrito como «conciencia femenina»⁵, y entendían que sus problemas solamente podían resolverse mediante la acción gubernamental.

Dos quejas feministas más explícitas fueron difundidas en algún momento de aquella primavera. La primera, «protestas, denuncias y quejas de damas francesas, con ocasión de la reunión de los Estados Generales», datada el 5 de marzo de 1789, puede que haya sido una falsificación. El mensaje, sin embargo, era políticamente radical: «Ellas deseaban persuadirnos de que esta respetable asamblea [...] tal como se nos presenta, puede representar verdaderamente a la nación entera, mientras que más de la mitad de la nación no se sienta aquí, está excluida de ella. Esto, señores, es un problema; un problema dañino para nuestro sexo»⁶.

Otro panfleto, firmado por una tal Madame B*** B***, aún sin identificar, del País de Caux (Normandía), elaboró este punto. Así dirigió sus palabras «en este momento de revolución general» al «tribunal de la nación», insistiendo en que a las mujeres propietarias del Tercer Estado (así como a las mujeres poseedoras de feudos y a las mujeres religiosas del Primer y Segundo Estado, que podían votar por poderes a representantes de los Estados Generales) se les daba también la oportunidad de registrar sus quejas. Yendo más lejos que las autoras de la «Petición», Madame B*** B*** hablaba de «los prejuicios que nos hacen esclavos», y de «la injusticia con que se nos arranca en el nacimiento (al menos en algunas provincias) de los bienes que la naturaleza y la equidad debería asegurarnos». Ella exigía la *representación de las mujeres por parte de las mujeres* en los Estados Generales («las mujeres deberían estar representadas solo por mujeres») y entonó una áspera protesta contra el doble rasero de la moralidad sexual inscrita como «honor».

⁴ *Doléances particulières des marchandes bouquetières fleuristes chapelières en fleurs de la Ville et faubourgs de Paris* (1789), según trad. en *Women in Revolutionary Paris*, pp. 22-26.

⁵ Véase Temma Kaplan, «Female Consciousness and Collective Action: The Case of Barcelona, 1910-1918», *Signs* 7, 3 (primavera, 1982), pp. 545-566.

⁶ *Remonstrances, plaintes et doléances des Dames Françaises, à l'occasion de L'assemblée des États-généraux*, por M.L.P.P.D. St. L. (datado en París, el 5 de marzo de 1789). Reed. en *Les Femmes dans la Révolution Française, 1789-1794*, presentados por Albert Soboul, París, EDHIS, 1982, vol. I, n.º 5; cita, p. 2.

² *Pétition des femmes du Tiers-État au Roi, 1er janvier 1789*, según trad. en Darline Gay Levy, Harriet Branson Applewhite y Mary Durham Johnson (eds.), *Women in Revolutionary Paris, 1789-1795*, Urbana, University of Illinois Press, 1979, pp. 18-21.

³ *Pétition...*, p. 20.

«¿Por qué», preguntará ella, «hay un sexo que lo tiene todo y otro que no tiene nada?»⁷.

¿Estaba tal vez vez Madame B*** B*** respondiendo a la distinción hecha en julio de 1789 por el clérigo-diputado acbbé Sièyes entre derechos activos y pasivos, ciudadanía activa y pasiva, en cuya última categoría estaban incluidas las mujeres, los niños, los extranjeros y aquellos que «en nada contribuyen al mantenimiento del sistema público»⁸. En la formulación de Sièyes se encuentra el comienzo de una separación de género que, en el fondo, distinguiría el enfoque francés de la ciudadanía del de otras naciones: entre los derechos *civiles* (de propiedad), que la revolución concedería a mujeres solteras adultas en 1791, y los derechos *civiles* (políticos).

GÉNERO Y CIUDADANÍA

Cuando la Asamblea Nacional promulgó la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano en la noche del 26 al 27 de agosto de 1789, las mujeres no fueron mencionadas. ¿Era «ciudadano» una categoría universal o eran los *citoyens* masculinos, y diferentes de las *citoyennes*? ¿Era la *citoyenne* una categoría paradójica, como querría hacernos creer un analista reciente⁹. Una respuesta implícita apareció de inmediato, cuando al día siguiente (27 de agosto) la Asamblea Nacional reafirmaba la denominada ley sálica, que había sido reinventada deliberadamente a finales del siglo XVI para excluir a las mujeres de la sucesión al trono de Francia. Dado que el descendiente de mayor edad de Luis XVI y María Antonieta, la princesa, era de sexo femenino, la ley de la Asamblea fue una deliberada afirmación política sobre el género de la política en el nuevo orden. A finales de año (22 de diciembre de 1789), la Asamblea Nacional siguió el ejemplo de Sièyes, distinguiendo entre ciudadanos activos y pasivos, suprimiendo de ese modo a propósito a las mujeres del nuevo electorado que encarnaba la nación soberana¹⁰.

⁷ *Cahier des doléances et réclamations des femmes*, par Madame B *** B***, Pays de Caux, 1789, reed. en *Cahiers de doléances des femmes en 1789 et autres textes*, prefacio de Paule-Marie Duhet, París, des femmes, 1981, pp. 47-51; trad. KO.

⁸ Emmanuel-Joseph Sièyes, *Préliminaire de la constitution: Reconnaissance et exposition raisonnée des Droits de l'Homme et du Citoyen* (Versalles, julio de 1789), según reed. en Sièyes, *Écrits politiques*, Roberto Zapperi (ed.), París, Editions des archives contemporaines, 1985, p. 1991; trad. William Sewell.

⁹ Véase Joan Wallach Scott, *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996.

¹⁰ Véase el análisis de este punto y de otros relacionados en Christine Fauré, *Democracy Without Women: Feminism and the Rise of Liberal individualism in France*, Bloomington, Indiana University Press, 1991, cap. 5; y en Sarah Hanley, «La Loi salique», en Christine Fauré (ed.), *Encyclopédie politique et historique des femmes*, París, Presses Universitaires de France, 1997, pp. 11-30.

Algunas mujeres francesas se encontraban a disgusto con la expresión de los Derechos del Hombre, insistiendo en «Mociones Dirigidas a la Asamblea Nacional en favor del Sexo», que «el primero y más sagrado de los derechos del hombre era hacer feliz a su compañera»¹¹. Otras insistían en que las mujeres como sexo tenían un papel que desempeñar como *citoyennes*. En septiembre, mujeres de la burguesía y de las clases artesanas se presentaron en la Asamblea Nacional con regalos procedentes de sus joyas más preciosas para evitar la bancarrota del reino. Tales «regalos patrióticos» se acompañaron de invocaciones a precedentes históricos protagonizados por las matronas romanas y de declaraciones de principios sobre «el sacrificio heroico»¹². Las esposas británicas no podrían haber hecho esto; «su» propiedad pertenecía a sus maridos.

Entonces, el 5 de octubre de 1789, a causa de la escasez de pan y de los altos precios en París, y encabezadas por las mujeres del mercado, unas 6.000 mujeres marcharon a Versalles, en medio del aguacero, acompañadas por miembros de la Guardia Nacional, para pedir ayuda del rey y de la Asamblea Nacional. Esta marcha fue el acontecimiento político de mujeres que capturó la imaginación de los contemporáneos así como la de los analistas posteriores. No puede ser considerado un acontecimiento «feminista», y ciertamente se convirtió en el ejemplo preferido por los antifeministas para poner en duda las reivindicaciones feministas y perpetuar la exclusión de las mujeres de la vida política. La lívida caracterización de Edmund Burke de la procesión de la multitud de vuelta a París, en sus *Reflections on the Revolution in France* (*Reflexiones sobre la revolución en Francia*), evocaba incluso imágenes de un aquelarre de brujas: «Los cautivos reales que iban a continuación en la comitiva eran hechos avanzar lentamente, entre los horribles chillidos, los estridentes gritos, las danzas frenéticas, las infames injurias y todas las abominaciones indecibles de las furias del infierno, en la forma insultante de las más viles de las mujeres»¹³.

Aunque vívida, la denuncia de Burke era bastante injusta. Había una larga tradición en Francia de participación de las mujeres en disturbios por hambre o eso a lo que se refieren ahora los especialistas con el nombre de «crisis de subsistencia». Las mujeres, consideradas ante todo como responsables de la alimentación de sus familias, se empoderaban para protes-

¹¹ *Motions adressées à l'Assemblée Nationale en faveur du sexe*, París, Imprimerie de la Veuve Delaquette (1789); reed. en *Femmes dans la Révolution Française*, vol. I.

¹² *Discours prononcé par Mme Rigal, dans une assemblée de femmes artistes et orfèvres, tenue le 20 septembre, pour délibérer sur une Contribution volontaire* (sin ed. ni fecha [1789]); trad. en *Women in Revolutionary Paris*, pp. 31-33.

¹³ Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France* (1790); cita de la edición Dolphin, Nueva York, Vintage, 1961, p. 85. Para una reinterpretación reciente de la marcha de las mujeres sobre Versalles, véase Kerstin Michalik, *Der Marsch der Pariser Frauen nach Versailles am 5. und 6. Oktober 1789: Eine Studie zu weiblicher Partizipationsformen in der Frühphase der Französischen Revolution*, Pfaffenweiler, Centaurus, 1990.

tar cuando había carencia de pan. La meta anunciada de las mujeres del mercado de París era «traer de vuelta al panadero, a su mujer y al pequeño aprendiz (*mitron*)», en la teoría de que si la familia real viviera en París, los parisinos serían alimentados. Tuvieron éxito, en medio de una gran estupefacción, incertidumbre y considerable derramamiento de sangre fomentado por los miembros de la multitud. En lo sucesivo, la familia real residiría en París, donde en efecto seguiría siendo rehén de la gente común. El célebre historiador francés Jules Michelet exclamaba más tarde sobre este acontecimiento: «¡Los hombres tomaron la Bastilla y las mujeres tomaron al rey!» («Les hommes ont pris la Bastille, et les femmes ont pris le roi!»)¹⁴.

No mucho después de la marcha de las mujeres sobre Versalles, apareció un panfleto muy radical con el título de *Requête des Dames à l'Assemblée Nationale* (La Petición de las Damas a la Asamblea Nacional)¹⁵. Vale la pena citarlo *in extenso*.

Resulta completamente asombroso que, después de haber llegado tan lejos en el camino de las reformas y de haber talado (tal como escribiera una vez el ilustrado D'Alembert) una gran parte del bosque de los prejuicios, ustedes dejasen en pie el más antiguo y más general de todos los abusos, aquel que excluye a la mitad más bella y más adorable de los habitantes de este vasto reino de posiciones, dignidades, honores y, en especial, del derecho a sentarse entre ustedes [...]

Ustedes han roto el cetro del despotismo; ustedes han pronunciado el bello axioma [...] LOS FRANCESES SOMOS UN PUEBLO LIBRE. ¡Sin embargo, ustedes siguen permitiendo que trece millones de esclavas sigan llevando vergonzosamente los grilletes de trece millones de déspotas! ¡Ustedes han divinizado la verdadera igualdad de derechos... y ustedes aún se los niegan injustamente a la mitad más dulce y más interesante que hay entre ustedes! [...]

Por fin, ustedes han decretado que el camino a las dignidades y los honores debería estar abierto sin prejuicio a todos los talentos; ¡con todo, ustedes continúan levantando barreras insuperables a los que poseemos nosotras! ¿Creen pues que la naturaleza, esta madre que es tan generosa con todos sus hijos, ha sido tan tacaña con nosotras, y que ella concede sus gracias y favores solo a nuestros tiranos sin piedad? Abran el gran libro del pasado y vean lo que mujeres ilustres han hecho en toda época, el honor de sus provincias, la gloria de nuestro sexo y juzguen lo que seríamos capaces de hacer si su ciega presunción, su aristocracia masculina, no encadenase sin cesar nuestro valor, nuestra sabiduría y nuestros talentos.

¹⁴ Jules Michelet, *Les Femmes de la Révolution*, París, Delahays, 1853; reed. París, Editions Carrère, 1988 (introd. Françoise Giroud), cita, p. 92 (1988); trad. KO.

¹⁵ *Requête des Dames à l'Assemblée Nationale* (1789), reed. en *Femmes dans la Révolution Française*, vol. I, n.º 19; trad. KO.

Esta singular acusación de «aristocracia masculina» fue seguida por seis páginas sobre las contribuciones de las mujeres a la historia, extraídas de la multitud de trabajos que circulaban entonces sobre el asunto. Pero eso no era todo. Las autoras anónimas de este texto continuaban invocando los talentos de las mujeres y subrayando el poder del atractivo sexual de las mujeres para influenciar a los hombres, un factor que podría y debería ser contrarrestado por el acto justo de incorporar a las mujeres a los asuntos públicos: «Denmos la posibilidad de trabajar como ustedes y con ustedes para la gloria y felicidad del pueblo francés».

La «Petición de las Damas» proponía entonces un decreto, que incluía un preámbulo seguido de una serie de llamativas proposiciones:

Propuesta para un decreto

La Asamblea Nacional, en el deseo de reformar el más grande y universal de los abusos y reparar los males de una injusticia de seis mil años de duración, ha decretado y decreta lo siguiente:

- 1) Todos los privilegios del sexo masculino se abolen entera e irrevocablemente en toda Francia;
- 2) el sexo femenino disfrutará siempre de la misma libertad, ventajas, derechos y honores que el sexo masculino;
- 3) el género masculino (*genre masculin*) no será contemplado, ni siquiera a nivel gramatical, como el género más noble, puesto que todos los géneros, todos los sexos y todos los seres deberían ser y son igualmente nobles;
- 4) que nadie, en adelante, insertará en actos, contratos, obligaciones, etc., la disposición siguiente, tan común y tan insultante para las mujeres: que la esposa es autorizada por el esposo ante aquellos que estén presentes, porque en el ámbito doméstico las dos partes deberían disfrutar del mismo poder y de la misma autoridad;
- 5) que llevar pantalones (*la culotte*) no será en adelante una prerrogativa exclusiva del sexo masculino, sino que cada sexo tendrá, a su vez, derecho a llevarlos;
- 6) cuando un soldado, por cobardía, ha comprometido el honor de Francia, no volverá a ser degradado tal como ocurre en la costumbre actual, haciéndole ponerse ropas de mujer; ahora bien, como los dos sexos son y deben ser igual de honorables a los ojos de la humanidad, en adelante, será castigado declarando que en cuanto al género es un ser asexuado;
- 7) todas las personas de sexo femenino han de ser admitidas sin excepción en las asambleas de distrito y de departamento y han de ser elevadas a responsabilidades municipales e incluso como diputadas a la Asamblea Nacional cuando cumplan con los requerimientos expuestos en las leyes electorales. Ellas tendrán tanto voces consultivas como deliberativas [...];

- 8) ellas podrán también ser nombradas como magistradas: no hay mejor forma de reconciliar al público con las cortes de justicia que hacer que allí se sienta la belleza y ver allí a las gracias presidiendo;
- 9) lo mismo se aplicará a todas las posiciones, compensaciones y dignidades militares [...].

Nada se sabe de las autoras de este documento ni del contexto inmediato que lo produjo. La redacción del texto, no obstante, lo clasifica entre las declaraciones feministas más radicales de la revolución. La denuncia de la aristocracia masculina en la «Petición de las Damas» tendrá su eco en las publicaciones posteriores de textos por mujeres, mientras que la invocación del «género» en referencia a las construcciones sociopolíticas de los sexos rearticula las más tempranas contribuciones feministas de la Ilustración. Su exigencia explícita de un final para todos los privilegios del sexo masculino es quizá la formulación más radical de las reivindicaciones feministas realizadas durante todo el siglo XVIII. Acabar con el privilegio masculino es una formulación diferente y mucho más beligerante que la exigencia de los derechos igualitarios.

El tema de la ciudadanía de las mujeres puede verse, de este modo, como un punto central en torno al que puede reinterpretarse toda la era revolucionaria. Los manifiestos feministas franceses de 1789 promulgaron un desafío directo a la abstracción del hombre «universal». La ciudadanía de las mujeres parecía paradójica solo a través de los ojos de sus oponentes. Lo que estos textos sugieren es que los legisladores revolucionarios se enfrentarían a la provocativa cuestión de la ciudadanía de las mujeres así como a otros asuntos interrelacionados suscitados antes y concernientes al matrimonio y al divorcio, la educación de las muchachas, el empleo de las mujeres y los espinosos problemas de pobreza y prostitución en una atmósfera deliberativa muy cargada. La completa emancipación de las mujeres resultaba sumamente «concebible»... y sumamente amenazadora.

¿Cómo se pensó la ciudadanía para las mujeres en 1789? En épocas más tempranas del siglo XVIII, bajo la monarquía francesa, un *ciudadano* era identificado por regla general como un *súbdito* del rey; como alguien que practicaba la misma religión. De este modo, para ser considerado un ciudadano francés, un hombre necesitaba tan solo exhibir signos de conformidad con el catolicismo; esto, en efecto, excluyó tanto a los protestantes como a los judíos hasta la época de la revolución¹⁶. La ciudadanía

¹⁶ Véase Jeffrey Merrick, «Conscience and Citizenship in Eighteenth-Century France», *Eighteenth-Century Studies* 21, 1 (otoño, 1987), pp. 48-70; William H. Sewall, Jr., «Le Citoyen/la citoyenne: Activity, Passivity, and the Revolutionary Concept of Citizenship», en Colin Lucas (ed.), *The Political Culture of the French Revolution*, vol. 2, Oxford, Pergamon, 1988, pp. 105-123; y para ideas más tempranas, Charlotte Wells, *Law and Citizenship in Early Modern France*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

entonces no portaba ninguna de las connotaciones de independencia de patrimonio inmobiliario libre ya identificada con el modelo británico de ciudadanía (que se vinculaba de un modo aún más fuerte al género masculino, puesto que las mujeres casadas inglesas no podían tener propiedades). La *Encyclopédie* (vol. 3, 1753) subrayó una identificación masculina, junto con la condición de cabeza de familia: «Este término puede ser concedido a mujeres, niños pequeños y sirvientes solo como miembros de la familia de un *ciudadano*, pero en realidad no son ciudadanos»¹⁷. Tal como ha recalcado la historiadora Dominique Godineau, «las mujeres no podían ser individuos políticos», pero en el contexto prerrevolucionario los «individuos políticos» representaban a familias, no solamente a ellos mismos¹⁸.

Una vez que la Declaración de los Derechos del Hombre hubo sido formulada en 1789, los ciudadanos serían identificados de forma diferente: las connotaciones de propiedad (que, en el contexto francés, habían sido articuladas por los fisiócratas y respaldadas por Condorcet) se asociaron con la ciudadanía y pronto se confirmaron en los planes electorales que distinguían entre ciudadanos «activos» y «pasivos», ambas categorías de lo que terminó siendo masculino. A esto se añadía el privilegio de servir en la milicia —el derecho a llevar armas— como una función esencial de la ciudadanía. Este desarrollo debía mucho a los precedentes republicanos clásicos, como así los reclamaba la tradición revolucionaria americana (y británica temprana), que tan familiar les resultaba a las personas cultas en Francia.

La controversia sobre las reivindicaciones de la ciudadanía por parte de las mujeres —como mujeres— comenzó a calentarse de nuevo en 1790, cuando la Asamblea Constituyente trató de elaborar una nueva Constitución para Francia, una tarea que tan solo dio frutos en septiembre de 1791. Durante este debate sobre la primera Constitución, se publicaron dos de las afirmaciones más elocuentes y conocidas en nombre de los derechos y la ciudadanía de las mujeres: *Sur l'Admission des femmes au droit de cité* (Sobre la admisión de las mujeres en el derecho de ciudadanía, julio de 1790) y la *Déclaration des Droits de la femme et de la citoyenne* (Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana, de septiembre de 1791 aproximadamente). Estos textos conectaban directamente la cuestión femenina con los debates simultáneos sobre el tema de la esclavitud de los negros en las colonias francesas, de la emancipación de los judíos y, de forma más general, de los llamamientos a los derechos naturales y a la razón.

El marqués de Condorcet fue uno de los grandes pensadores humanistas de la Ilustración francesa y un distinguido matemático y filósofo. Fue además uno de los pocos *philosophes* que tomó parte en las asambleas

¹⁷ «Citoyen», en *L'Encyclopédie*, vol. 3, París, 1753, p. 488.

¹⁸ Véase Dominique Godineau, *Citoyennes tricoteuses*, París, Alinea, 1989, pp. 14-15.

revolucionarias. Como Poullain de la Barre un siglo antes, Condorcet, en «Sobre la admisión», afirmaba que todos los seres humanos, de ambos sexos, poseían derechos naturales basados en su base común en la razón:

Ahora, los derechos de los hombres resultan solo de que los hombres son seres con sensibilidad, capaces de adquirir ideas morales y de razonar sobre estas ideas. De este modo, las mujeres, teniendo las mismas cualidades, tienen necesariamente iguales derechos. O bien ningún individuo de la especie humana tiene derechos genuinos o bien todos tienen los mismos; y aquel que vota contra el derecho de otro, sea de la religión, color o sexo que sea el de ese otro, ha abjurado, en lo sucesivo, del suyo propio¹⁹.

Condorcet no afirmaba que los hombres y las mujeres fueran exactamente iguales; lo cierto es que buena parte de su argumento se refiere a la peculiaridad de los sexos; su argumento, que se hacía eco de la discusión ilustrada previa, giraba en torno a la construcción social del género: «No es la naturaleza, es la educación, es el modo de vida social lo que constituye la causa de esta diferencia». Él afrontaba y refutaba directamente objeciones basadas en la «utilidad pública», incluyendo los temas de la influencia de las mujeres y el asunto del activismo político que las desvía de las tareas que tienen asignadas. Concluía con una llamada a extender el voto a todas las mujeres propietarias.

La dramaturga y ensayista Olympe de Gouges enmarcó su crítica en términos más agresivos: «Hombres, ¿sois capaces de ser justos? Es una mujer la que os plantea esta pregunta [...] ¡Decidme! ¿Quién os ha dado la autoridad soberana para oprimir a mi sexo?»²⁰. A continuación, ella pedía una *asamblea nacional de mujeres* —madres, hijas y hermanas— y la adopción de una Declaración de los Derechos de la Mujer y de las Ciudadanas.

Criticando la Declaración de los Derechos del Hombre, que había definido a la «nación» como la fuente de la soberanía, Olympe de Gouges se reapropió del término nación y lo redefinió como *la unión de mujer y hombre*. En 17 artículos separados, ella pedía una participación igual y un tratamiento igual bajo la ley para ambos sexos, basado en las leyes de la naturaleza y la razón. Ahora bien, ella era particularmente elocuente en lo que respectaba a los temas de la educación nacional y los contratos conyugales. Improvisando a partir de la idea rousseauniana de «contrato social», la «Declaración de Gouges» acaba con un «modelo para un contrato social entre un hombre y una mujer» asombrosamente moderno.

¹⁹ Marie-Jean-Antoine-Nicolas Caritat, marqués de Condorcet, «Sur l'Admission des femmes au droit de cité», *Journal de la Société de 1789*, 3 de julio de 1790; trad. inglesa, John Morley (1870), reed. en *WFF*, vol. 1, doc. 24.

²⁰ La «Declaración» es parte de Olympe de Gouges, *Les Droits de la femme*, París, 1791; trad. Nupur Chaudhuri, con SGB y KO, en *WFF*, vol. 1, doc. 26. Sobre Gouges, véase Olivier Blanc, *Une Femme de liberté: Olympe de Gouges*, ed. revisada y aumentada, París, Syros, 1989.

Tales reivindicaciones no quedaron sin comentarios. El periodista republicano radical Louis-Marie Prudhomme, discípulo de Rousseau, se enfrentó a los argumentos de Condorcet, así como a las exigencias planteadas en las recientes peticiones de las mujeres. Este invocó los malos efectos de las intrigas de las mujeres durante las monarquías de Luis XV y Luis XVI como un argumento contra la inclusión de las mujeres en la nación: «El reino de cortesanas precipitó la ruina de la nación; el imperio de reinas lo consumió»²¹. Las mujeres, en la opinión de Prudhomme, nunca jamás deberán salir de su entorno doméstico. En contraste, el *Journal of the Rights of Man* (10 de agosto de 1791) estaba de acuerdo en que las mujeres sí tenían toda la razón en pedir sus derechos. Sus editores planteaban, no obstante —lo mismo que muchas feministas francesas—, que estas reivindicaciones debían estar fundadas en la «diferencia» de las mujeres respecto de los hombres, no en sus cosas en común, que se basaban en nociones abstractas como la de razón²².

INTERPRETAR LA «UTILIDAD PÚBLICA» COMO DOMESTICIDAD PARA LAS MUJERES

La Declaración de los Derechos del Hombre había estipulado que las distinciones civiles podían basarse tan solo en el principio de «utilidad pública». La Constitución de 1791, que fue promulgada finalmente por la Asamblea Constituyente a finales de septiembre (siguiendo un intento frustrado del rey y la reina por huir de Francia), invocaba el principio de la utilidad pública para negar las reivindicaciones de las mujeres de derechos y de ciudadanía basada en los rasgos comunes y en la razón, aun cuando reformulaba el matrimonio como un contrato civil. Sobre la base de la exclusión constitucional de las mujeres de los derechos políticos, por tanto, Talleyrand (clérigo apartado del sacerdocio y legislador) abogó entonces (contra Condorcet y sus aliados) por un papel «interior» y una educación puramente domésticos para las mujeres²³. Talleyrand invocó el

²¹ Louis-Marie Prudhomme, «De L'influence de la révolution sur les femmes», *Les Révolutions de Paris* 9, 83 (5-12 de febrero de 1791), p. 227. De forma significativa, fue el antifeminista Prudhomme quien publicó (y quizá encargó) *Les Crimes des reines de la France*, de Louise de Kéralio Robert (1791); sobre esta obra, véase Carla Hesse, «Revolutionary Histories: The Literary Politics of Louise de Kéralio (1758-1822)», en Barbara Diefendorf y Carla Hesse (eds.), *Culture and Identity in Early Modern Europe*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1993, pp. 237-259.

²² *Journal des Droits de l'homme* 14 (10 de agosto de 1791), según reed. en F.-J. Deschiens (ed.), *Collections des matériaux pour l'histoire de la Révolution de France: Bibliographie des journaux*, París, 1829, pp. 242-243; trad. KO.

²³ Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, *Rapport sur l'instruction publique, fait au nom du Comité de constitution, à l'Assemblée nationale, les 10, 11, et 19 septembre 1791 (Projet de décrets sur l'instruction publique)*, París, 1791; citas intercaladas en pp. 115-120; trad. KO.

principio de utilidad pública para mantener a las mujeres fuera de la vida política. Rechazó bruscamente todas las apelaciones a principios abstractos e invocó certeramente el miedo de los hombres a la rivalidad de las mujeres para apoyar su argumento.

Resulta imposible separar las cuestiones relativas a la educación de las mujeres de un examen de sus derechos políticos. Cuando se cría [a las hijas], hay que entender a conciencia su destino. Si reconocemos que [las mujeres] tienen los mismos derechos que los hombres, habrá que darles los mismos medios para que hagan uso de ellos. Si pensamos que su parte debería ser tan solo la felicidad doméstica y los deberes del entorno doméstico (*la vie intérieure*), entonces deberían ser formadas pronto para satisfacer este destino.

Talleyrand elaboró este punto extensamente:

Nos parece incontestable que la felicidad común, especialmente la de las mujeres, requiere que no aspiren a ejercer derechos y funciones políticas. Uno ha de buscar su mejor interés en el deseo de la naturaleza [...] Cuanto menos participen en la formación de la ley, mayor será la protección y la fuerza que recibirán de ella; [...] en particular, cuando renuncien a todos los derechos políticos, adquirirán la certeza de ver sus derechos civiles sustanciados e incluso ampliados.

Y lo cierto es que aun cuando la Constitución de 1791 reformuló el matrimonio como contrato civil, en 1792, la Asamblea Legislativa concedió los plenos derechos civiles (de propiedad) solo a mujeres adultas solteras, pese a que les negaba los derechos (políticos) civiles.

Al otro lado del canal de la Mancha, los argumentos de Talleyrand fueron desafiados como evidencia de la tiranía masculina por Mary Wollstonecraft en su *Vindication of the Rights of Woman* (1792), una continuación a su anterior respuesta a Burke, *A Vindication of the Rights of Man*. Los derechos políticos eran, desde su punto de vista, derechos naturales basados en la posesión común de la razón, y la subyugación de las mujeres era a la vez «inconsistente e injusta»:

¿Quién hizo que el hombre fuera el único juez, si la mujer participa con él del regalo de la razón?

Este es el estilo en que argumentan los tiranos de toda clase y condición, desde el rey débil al débil padre de familia; todos ellos están ansiosos por aplastar la razón; aunque siempre afirman que usurpan el trono que a ella le corresponde solo para ser útiles. ¿No hacen ustedes algo semejante cuando fuerzan a todas las mujeres, negándoles los derechos civiles y políticos, a permanecer encerradas en sus familias andando a tien-

tas en la oscuridad? [...] Ahora bien, si las mujeres van a ser excluidas, sin tener voz, de una participación de los derechos naturales de la humanidad, comprueben en primer lugar, para protegerse del cargo de injusticia e incoherencia, que ellas quieren la razón... de lo contrario este fallo en su NUEVA CONSTITUCIÓN mostrará siempre que el hombre debe, de alguna forma, actuar como un tirano; y la tiranía, en cualquier parte de la sociedad en la que levanta la desfachatez de su desvergonzado rostro, socavará siempre la moralidad²⁴.

El posicionamiento de Talleyrand sobre la educación y los papeles sociales de las mujeres como contingentes en su estatus ostensiblemente apolítico triunfó frente a Condorcet, Gouges y Wollstonecraft. Ahora bien, los desafíos de estos no habían caído en saco roto. Otras ya habían recogido el argumento para la participación de las mujeres en la vida política, tales como la feminista holandesa Etta Palm d'Aelders, que hacía campaña en nombre de los derechos de las mujeres en el *Cercle social* parisino, y la joven madre de cuatro hijos, Elizabeth-Bonaventure Lafaurie, en la Gascuña occidental, que en 1791 rebatió a través de un documento impreso ocho objeciones contra la participación política de las mujeres²⁵. Fuera de Francia, se unieron otros que habían estado siguiendo los debates revolucionarios. En un panfleto radical en extremo publicado de forma anónima, *Sobre la mejora del estatus de las mujeres* (1792), el destacado administrador de Königsberg (Prusia oriental), Theodor Gottlieb von Hippel, indagó las bases para la eliminación de las mujeres de la ciudadanía y de la participación completa en los asuntos gubernamentales. A él, se unió el escritor sueco Thomas Thorild, que afirmaba que las mujeres eran ante todo seres humanos y acreedoras de los mismos derechos que los hombres y también que las mujeres, de hecho, eran superiores a los hombres²⁶.

²⁴ Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman, with Strictures on Political and Moral Subjects* (1792). Las referencias a páginas se refieren a la edición de la Norton Library de 1967, con una introducción de Charles W. Hagelman, Jr.; cita, «Dedication», pp. 3-4. Véase Virginia Sapiro, *A Vindication of Political Virtue: The Political Theory of Mary Wollstonecraft*, Chicago, University of Chicago Press, 1992; y Janet M. Todd y Marilyn Butler (eds.), *The Works of Mary Wollstonecraft*, 7 vols., Londres, Pickering & Chatto, 1989.

²⁵ *Discours sur L'état de nullité dans lequel on tient les femmes, relativement à la Politique, dédié à M. Carra, par Elizabeth-Bonaventure Lafaurie, Patriote et Démocrate, Mère de quatre enfants, dont elle en allaite un actuellement...* (16 mai 1791), Dax, Chez René Leclercq, 1791. Gracias a Suzanne Desan por remitirme una copia del texto de Lafaurie.

²⁶ Theodor Gottlieb von Hippel, *On Improving the Status of Women*, trad. y ed. con introd. Timothy F. Sellner, Detroit, Wayne State University Press, 1979; ed. orig. publ. en alemán como *Über die bürgerliche Verbesserung der Weiber* (1792). Thomas Thorild, *Om qvinnekönets naturliga höghet* (*Sobre la dignidad natural del sexo femenino*, Copenhagen, 1793), reed., Estocolmo, Bokförlaget Rediviva, 1978. Gracias a Helena Wedborn, Colección de Historia de las Mujeres, Biblioteca de la Universidad de Gotemburgo (Suecia), por remitirme una copia de este texto, y a Stina Katchadourian por su traducción bajo los auspicios del Marilyn Yalom Fund.

Durante bastante tiempo, la «utilidad pública» seguiría siendo un territorio en disputa en las guerras de género revolucionarias. Hacia 1793 —ante el caos doméstico, la guerra civil y la amenaza de invasión extranjera—, los argumentos acerca de las diferencias de las mujeres respecto de los hombres, reforzados por los repetidos llamamientos a la autoridad de Jean-Jacques Rousseau y a las distinciones ente público y privado basadas en la «naturaleza», se mostrarían decisivos a la hora de desalojar a las mujeres de la vida cívica y de reafirmar la necesidad política de su subordinación en el matrimonio.

Ahora bien, las mujeres que aspiraban a ejercer un papel público no lo harían sin lucha. Lo cierto es que el eslogan de «utilidad pública» pudo también ser manejado de forma eficaz por las mujeres feministas, en particular en sus esfuerzos por organizar clubs de mujeres durante los primeros años de la década de 1790. En estos clubs, organizados no solo en París por mujeres como Etta Palm sino también en ciudades y pueblos de provincias, las mujeres reivindicaban reconocimiento y apoyo de las autoridades públicas como organizadoras de lo que podríamos ahora denominar como trabajo social y educativo en una gran variedad de áreas —auxilio a los pobres y a los desempleados, a las madres, hijas y niños necesitados, a los enfermos—, asumiendo a menudo aquellos ámbitos en los que los esfuerzos caritativos católicos habían fracasado tras la secularización revolucionaria de la Iglesia.

Si la condición de esposa podía utilizarse para excluir a las mujeres de la ciudadanía, la condición de madre ofrecía una base incontrovertible para exigir el derecho a intervenir en asuntos públicos. Las mujeres de los clubs justificaban estos y su intervención cívica invocando sus papeles como madres, como cuidadoras y como educadoras²⁷. Una mujer planteó incluso en una carta a la Asamblea Nacional que la maternidad debería cualificar a las mujeres para ser ciudadanas del Estado²⁸. Estos intercambios promovieron la elaboración de argumentos relacionales basados en la utilidad pública de la «maternidad cívica», de las «madres educadoras» y de la «economía doméstica social»; tales argumentos ofrecerían unas plataformas enormemente importantes para el activismo feminista en contextos de construcción nacional a lo largo del siglo XIX y principios del XX.

²⁷ Véase el *Prospectus pour le Cercle patriotique des Amies de la Vérité*, París, Imprimerie du Cercle social, 1791, p. 1. Traducido por Stephanie Whitlock, con ayuda del Marilyn Yalom Fund. «En el nuevo orden de cosas que debemos a la libertad, cada individuo puede y debe servir a su país [...] Los cuidados y las preocupaciones maternas son inseparables del amor a la humanidad.» Véase Gary Kates, «“The Power of Husband and Wife Must Be Equal and Separate”: The Cercle Social and the Rights of Women, 1790-1791», en Harrier B. Applewhite y Darline G. Levy (eds.), *Women & Politics in the Age of the Democratic Revolution*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1990, pp. 163-180.

²⁸ Mencionado por Hippel, *On Improving the Status of Women*, p. 121. El texto, de la sesión del 29 de marzo de 1790, puede consultarse en *Archives parlementaires*, 1.^a serie, t. 12, París, 1881, p. 402.

No solo las exigencias individuales de una razón común, sino los argumentos relacionales —basados en los papeles y las características distintivas de las mujeres y sus contribuciones al bienestar público mediante el cumplimiento de sus responsabilidades familiares ampliadas—, podían ofrecer ciertos argumentos contra la subordinación de las mujeres en la Europa de fines de siglo XVIII. De hecho, si hemos de creer a Elke y Hans-Christian Harten, los argumentos en nombre de la maternidad civilizada —ciertamente, la mitologización de la maternidad y la celebración de la feminidad redentora— asumieron una cualidad incondicionalmente escatológica cuando la revolución procedió al parricidio simbólico, en particular, después del voto de la Convención para ejecutar al rey, a comienzos de 1793. En esta visión de la feminidad cívica, «la división de papeles entre los sexos no se justifica por las relaciones de subordinación, sino por la igualdad por principio que toma en consideración las diferencias y los afectos naturales que conciernen a los hombres tanto como a las mujeres»²⁹.

CERRAR LOS CLUBS DE MUJERES:

«¡DEJAD QUE LOS HOMBRES HAGAN LA REVOLUCIÓN!»

Con la llamada de la Convención, en agosto de 1792, a establecer un nuevo gobierno y con la proclamación de una república en septiembre, el debate francés sobre mujeres y ciudadanía entró en una nueva fase. Las reivindicaciones de una igualdad completa de las mujeres con los hombres fueron replanteadas de forma enérgica y vigorosa cuando la Convención asumió el trabajo en una segunda constitución. Al principio, la nueva república parecía ofrecer un terreno fructífero para la realización de las exigencias de igualdad de las mujeres, así como para participar en el servicio público.

Ahora bien, las nuevas organizaciones establecidas por las mujeres, en particular aquellas que no estaban supervisadas por hombres, levantaron sospechas entre ciertos revolucionarios bien situados que seguían insistiendo en que el lugar de las mujeres estaba en casa y que los hombres se bastaban para representar sus intereses de forma adecuada.

En los primeros meses de 1793, después del proceso y ejecución de Luis XVI (para entonces llamado vulgarmente como Luis Capeto), el periodista Prudhomme se enteró de que se habían establecido dos clubs de mujeres en ciudades de provincias. Él criticó sus prácticas de elección de presidentes, levantando actas de sus reuniones, invitando a autoridades locales a asistir a sus deliberaciones, estudiando el contrato social y can-

²⁹ Elke Harten y Hans-Christian Harten, *Femmes, Culture et Révolution*, trad. del alemán por Bella Chabot, Jeanne Etoré y Olivier Mannoni, París, des femmes, 1989, p. 9.

tando himnos a la libertad. Repartió golpes a diestro y siniestro contra estas actividades en las columnas de su publicación *Les Révolutions de Paris*, ampliamente leída:

En el nombre de la *patrie*, cuyo amor estas mujeres llevan en sus corazones, en el nombre de la naturaleza, de la que uno no ha de apartarse nunca, en el nombre de la buena moral doméstica de la que los clubs de mujeres son una plaga a causa de la disipación que sigue a su creación, conjuramos a las buenas *citoyennes* de Lyon a permanecer en casa, a velar por sus hogares sin preocuparse por reformar el catecismo del obispo Lamourette y sin tener la pretensión de leer el contrato social. Las conjuramos a pensar en los males que causarían, sin ninguna duda, a la república, si cada ciudad, cada pequeño *pueblo* en Francia, fuera a imitarlas. Habría clubs por todas partes y pronto no quedaría un solo hogar en buen estado³⁰.

Para la forma de pensar de Prudhomme, como para la de muchos otros jacobinos, cualquier participación del tipo que sea en la vida cívica por parte de las mujeres las distraería de los deberes domésticos para los que estaban predestinadas. Ahora bien, a los privilegios de la masculinidad —y la condición masculina de la ciudadanía— nunca les hizo falta ser reafirmados.

Los presidentes de los dos clubs de mujeres en cuestión pronto responderían a las acusaciones de Prudhomme. Blandine Demoulin, presidenta de la Société des Amies de la République de Dijon, ensalzó de forma particularmente elocuente la necesidad de la actividad cívica de las mujeres:

Verdaderamente, estamos estupefactas por un lenguaje así viniendo de usted; ¿es posible que las mujeres que hoy se han elevado hasta llegar mucho más cerca de la cúspide de la revolución que incluso un [cierto] republicano, hayan de darle a este lecciones de filosofía y libertad? [...]

De entre todas las formas de gobierno, el gobierno republicano es el que más se acerca a la naturaleza; y en este gobierno cada individuo es una parte integrante del total y debería cooperar en todo lo que concierne al bienestar de la república; de ello, se desprende necesariamente que las mujeres, que son parte de la sociedad, deberían contribuir, tanto como fueran capaces, al bien común.

[...] Nuestra revolución —única en la historia mundial— exige de todos los ciudadanos de la república un tributo de trabajo, riqueza o conoci-

miento; [de este modo,] resulta bastante natural que las *citoyennes* que se sienten orgullosas de formar parte de ella, deban de hacerse útiles a la cosa pública [*la chose publique*] y ofrecer consejo respecto a la forma de hacerlo. Con el fin de realizar esto de un modo ventajoso y más seguro, ellas han de reunirse. Pues ¿qué es lo que pueden lograr los individuos de forma aislada? Es a partir de la reunión fraternal de *républicains* como se han producido estos efectos asombrosos de la ilustración filosófica, que liberando a las mujeres de los antiguos prejuicios que las vilipendiaban, han renovado en las mujeres la semilla de las virtudes que están destinadas a transmitir a todos los franceses desde su más tierna infancia [...].

Renuncie pues a su sistema, ciudadano Prudhomme, que es tan despótico con las mujeres como lo era la aristocracia con el pueblo. Es hora de una revolución en la moral de las mujeres; es hora de restablecerlas en su dignidad natural. ¡Qué virtud puede uno esperar de un esclavo! [...]. Allí donde las mujeres son esclavas, los hombres se hallan sujetos al despotismo³¹.

Prudhomme siguió sin inmutarse por la elocuencia de madame Demoulin (que se hacía eco de muchos temas desarrollados antes por Condorcet y Wollstonecraft), y en una réplica final buscó refugio en la autoridad de Rousseau: «Dedíquense a cuidar el gobierno de su hogar y déjenos a nosotros cuidar de la república; dejen a los hombres hacer la revolución»³².

En abril de 1793, el gobierno dio un primer paso, excluyendo formalmente a las mujeres de servir en los ejércitos franceses, aun cuando durante los debates constitucionales se presentó en la Convención un aumento de reivindicaciones por la igualdad cívica de las mujeres. Nuevos panfletos, incluido el discurso del diputado Pierre Guyomar «Partidario de la igualdad política entre individuos», refunden los argumentos de Condorcet y de otros para abogar por la ciudadanía como un derecho individual absoluto, al margen del sexo o la raza. Guyomar afirmaba que la libertad y la igualdad pertenecían por igual al hombre y a la mujer; de lo contrario, insistía él, «la inmortal declaración de derechos contiene una exclusión mortal»³³. La Convención rechazó los argumentos de Guyomar a la hora de considerar la versión final de la Constitución de 1793, que se promulgó finalmente a mediados de junio. Esta vez, «hombre» sí que significó realmente «masculino».

³⁰ Louis-Marie Prudhomme, «Club de femmes a Lyon», *Les Révolutions de Paris* 19, 185 (19-26 de enero de 1793), pp. 234-235; trad. KO. De acuerdo con Suzanne Desan, pueden rastrearse clubs de mujeres revolucionarias hasta en 56 ciudades y pueblos franceses; véase su artículo «“Constitutional Amazons”: Jacobin Women's Clubs in the French Revolution», en Bryant T. Ragan y E. A. Williams (eds.), *Recreating Authority in Revolutionary France*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1992, pp. 11-35 y 177-186.

³¹ Réplica de la ciudadana Blandin Demoulin, *Les Révolutions de Paris* 19, 189 (16-23 de febrero de 1793), pp. 367-371; trad. KO.

³² Respuesta de Prudhomme, *ibid.*, pp. 371-372; trad. KO.

³³ Pierre Guyomar, *Le Partisan de l'égalité politique entre les individus, ou problème très important de l'égalité en droits et de l'inégalité en fait* (París, 1793), publicado en un anexo a la sesión del 29 de abril, Convention Nationale, en *Archives parlementaires de 1787 à 1860* 63 (París, 1903), pp. 591-599.

Las mujeres militantes parisinas consideraron que los hombres revolucionarios seguían necesitando su ayuda, incluidas sus fuerzas armadas. En mayo de 1793, se estableció la Sociedad de *Citoyennes* Republicanas Revolucionarias y esta desarrolló rápidamente vínculos con los ciudadanos votantes de las *sections* parisinas. Este grupo no era, hablando en propiedad, lo que podríamos llamar feminista; sus miembros no privilegiaban la emancipación de las mujeres como tales, sino que, en su lugar, reivindicaban para las mujeres un papel protagonista como defensoras de la nación contra la subversión interna y externa, un papel que incluso arrojaba connotaciones terroristas. Miembros femeninos de este grupo desempeñaron un importante papel en la expulsión de los girondinos de la Convención, e hicieron campaña con atrevimiento contra los especuladores y otros elementos de los denominados enemigos de la nación.

No es de extrañar, no obstante, que la deliberada exclusión de las mujeres de las posiciones de liderazgo en la nueva república les doliese claramente a algunas de las mujeres miembros de la Sociedad de *Citoyennes* Republicanas Revolucionarias. En el único documento existente de una reunión de la sociedad, una portavoz empezó con un informe encendido de los actos heroicos de las mujeres en la historia para abogar por la adecuación de las mujeres al combate militar y a la autoridad gubernamental y para pedir que se reconsiderase la exclusión de las mujeres de tales posiciones³⁴. En otra reunión, cuando se presentó una normativa militar a la sociedad por parte de las *citoyennes* de la Section des Droits de l'Homme, este tema encontró su eco: «¿Por qué las mujeres, que cuentan con la facultad de sentir y explicar sus pensamientos, deberían verse a sí mismas excluidas de los asuntos públicos? La Declaración de Derechos es común a los dos sexos y la diferencia consiste en los deberes; los hay públicos y los hay privados». Los deberes privados de las mujeres como esposas y madres podrían reconciliarse, sin dificultad, con actividades de supervisión e instrucción, en la línea de las mujeres de la sección³⁵.

El destino de los clubs de mujeres y del acceso de las mujeres a roles políticos giraría en último término en torno a la resolución del desafío trascendental y deliberado al liderazgo masculino planteado por grupos como la Sociedad de *Citoyennes* Republicanas Revolucionarias. El asesinato de Jean-Paul Marat en julio, a manos de Charlotte Corday (que ni era parisina ni miembro de dicha sociedad), había elevado considerablemente

³⁴ Discurso de Soeur Monic, como se cita en el informe de Pierre-Joseph-Alexis Roussel, *Le Château des Tuileries* (1802), vol. 2; traducida y reeditada en *Women in Revolutionary Paris*, pp. 166-171. La veracidad del informe ha sido cuestionada desde entonces por John R. Cole, «Debunking Roussel's "Report on the Society of Revolutionary Republican Women"», *French Historical Studies* 21, 1 (invierno, 1998), pp. 181-191. El uso de la historia para probar un punto sobre las cualificaciones de las mujeres habría sido, no obstante, bastante típico de la época.

³⁵ «A Laudatory Address to the Revolutionary Republican Women», en *Women in Revolutionary Paris*, p. 176.

el nivel de ansiedad de los jacobinos respecto a las contribuciones al «desorden» que se debían a las mujeres en general. Este acontecimiento fue seguido por una serie de enfrentamientos durante los meses de otoño de 1793, en los que los miembros de la sociedad se embarcaron en una campaña de intimidación física directa para obligar a las discrepantes mujeres del mercado a llevar no solo la escarapela tricolor que se había aprobado para las mujeres, sino también el gorro frigio rojo. Las mujeres del mercado se opusieron. Insistieron en que el gorro frigio en particular era un emblema de la vestimenta masculina y ellos tomaron represalias contra las *citoyennes* exigiendo la disolución de todos los clubs de mujeres.

Con esta excusa tan hábil, los jacobinos pidieron de inmediato medidas energéticas para estas mujeres políticamente militantes en nombre del orden público. En un informe al Comité de Seguridad Central de la Convención, tan solo un día después (9 brumario, año II, o 3 de octubre de 1793), André Amar planteó dos cuestiones básicas sobre la ciudadanía de las mujeres³⁶: «(1) ¿Pueden las mujeres ejercer derechos políticos y tomar parte activa en asuntos de gobierno? (2) ¿Pueden ellas deliberar juntas en asociaciones políticas o en sociedades populares?». Respondiendo a ellas, expresó sus dudas sobre la fuerza moral y física de las mujeres en relación a las de los hombres, y apeló a la asignación de la naturaleza de diferentes deberes a las mujeres y a los hombres; en última instancia, afirmó él, la cuestión importante tenía que ver con la moralidad. La conclusión era que la Convención votó por la prohibición de los «clubs y sociedades populares de mujeres, sea cual sea el nombre por el cual se los conozca», y decretó que «todas las sesiones de las sociedades populares han de ser públicas».

Dos importantes historiadoras del papel de la mujer en la Revolución francesa, Darline Gay Levy y Harriet Applewhite, perciben la represión jacobina del 9 brumario como «una respuesta política extrema a la ciudadanía militante que las mujeres habían estado practicando desde 1789»³⁷. Estas especialistas consideran que la situación hasta este punto había sido relativamente fluida (mi propia investigación corrobora esta visión); pero eso ya no seguiría ocurriendo. Con esta ley de 1793, no solo las mujeres miembros de la Sociedad de las *Citoyennes* Revolucionarias Republicanas, sino todas las mujeres francesas, fueron apartadas con firmeza de la vida política bajo la nueva república.

A mediados de noviembre, el Consejo Municipal de París fue más lejos que la Convención, rechazando incluso recibir a una delegación de

³⁶ Las citas siguientes del informe de Amar sobre la Convención proceden de la traducción dada en *Women in Revolutionary Paris*, pp. 214-216.

³⁷ Véase Darline Gay Levy y Harriet B. Applewhite, «Women and Militant Citizenship in Revolutionary Paris», en Sara E. Melzer y Leslie W. Rabine (eds.), *Rebel Daughters: Women and the French Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1992, p. 96.

mujeres que llevaban el gorro frigio y castigando su comportamiento. El *procureur-syndic* de la Comuna, Pierre-Gaspard Chaumette, enfadado, colmó de desprecio a la delegación:

¿Desde cuándo se permite abandonar el sexo propio? ¿Desde cuándo es decente ver a las mujeres abandonando los piadosos cuidados de sus hogares, las cunas de sus niños, para venir a los lugares públicos, a las arengas en las galerías, a la cantina del Senado? ¿Es a los hombres a quienes confió la naturaleza los cuidados domésticos? ¿Nos ha dotado ella de pechos para amamantar a nuestros hijos?

Insolentes mujeres que queréis convertiros en hombres, ¿tenéis vuestras necesidades lo bastante bien cubiertas? ¿Qué más necesitáis? [...] En el nombre de esta misma naturaleza [como déspotas del amor], seguid siendo lo que sois y, lejos de envidiarnos por los riesgos de una vida tormentosa, estad contentas de hacernos olvidarlos en el corazón de nuestras familias, descansando nuestros ojos en el encantador espectáculo de nuestros hijos, felices gracias a vuestros cuidados³⁸.

Este mensaje jacobino, profundamente antifeminista, fue remachado por la publicación dos días después (29 brumario), en la *Feuille de Salut Public*, de una virulenta condena de las «mujeres políticas», acompañada por un recordatorio a las mujeres de su lugar subordinado en el nuevo orden republicano. Invocando las tres recientes ejecuciones de la reina María Antonieta, de Olympe de Gouges y de Manon Roland, y condenando sus supuestas traiciones e ilusiones, los editores publicaron este autoritario consejo subrayando el nuevo orden moral republicano:

Mujeres, ¿deseáis ser *républicaines*? Pues amad, seguid y enseñad las leyes que recuerdan a vuestros esposos e hijos cómo ejercer sus derechos. [...] Sed sencillas en vuestros vestidos; trabajad duro en vuestros hogares; no asistáis nunca a las asambleas populares con la idea de intervenir, sino más bien con la idea de que vuestra presencia allí llenará de valor a vuestros hijos³⁹.

A finales de noviembre, la Comuna de París culminó estos consejos con un decreto que abolía los clubs de mujeres y con una nueva ilegaliza-

³⁸ Una traducción inglesa de los comentarios de Chaumette, procedentes de las actas oficiales del Conseil-général, Comuna de París, 27 brumario, *Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel* 59, nonidi, 29 brumario, año II (reed. en la *Réimpression de l'Ancien Moniteur*, vol. 18, p. 450), puede consultarse en *Women in Revolutionary Paris*, pp. 219-220. He alterado levemente esta traducción.

³⁹ Editorial. *La Feuille de Salut public*, según reed. en *Gazette Nationale, ou Le Moniteur Universel*, 29 brumario, año II (martes, 19 de noviembre de 1793, del anterior calendario). *Réimpression de l'Ancien Moniteur*, vol. 18, p. 450; trad. K.O.

ción del travestismo, con vistas a mantener a las mujeres no solo dentro del hogar, sino también en faldas⁴⁰. En mayo de 1795, la Convención dejó a las mujeres fuera de sus tribunas y fuera de la asistencia a las reuniones políticas, y les prohibió desfilar por las calles en grupos de más de cinco.

El régimen republicano francés, confirmando su definición de ciudadanía y espacio político, estuvo en adelante marcado por el género masculino. Ahora bien, un siglo de reivindicaciones feministas forzó a los hombres de la República Francesa a hacer explícitos sus argumentos; en adelante, los defensores de excluir a las mujeres ya no predicarían sus prescripciones concernientes a los papeles y responsabilidades de las mujeres basándose en argumentos de utilidad pública, como había hecho Talleyrand, sino en las diferencias físicas basadas en la Naturaleza. Doc- tos argumentos basados en «diferencias naturales» entre los sexos serían elaborados a conciencia en el futuro, de forma paralela a los esfuerzos para hacer valer estas diferencias construyendo barreras categóricas entre las esferas públicas y privadas.

ELUDIR LA REACCIÓN CONTRARREVOLUCIONARIA

La explosiva erupción de las reivindicaciones feministas que caracterizó los primeros años de la revolución, se hundió ante los esfuerzos antifeministas por tatar las fisuras que proliferaban con contraargumentos que podrían efectivamente volver a restañar la corteza del patriarcado. Solo así pudo reafirmarse el derecho masculino a contener y confinar política, legal, intelectual y emocionalmente a las mujeres. Frente a estas medidas y envueltas por el calor emocional creado por la arbitraria exclusión de las mujeres de la vida civil, solo unas cuantas almas inquebrantables siguieron insistiendo abiertamente en que sería deseable la total igualdad de los sexos. A la vez que se ocultaba del terror, el siempre esperanzado Condorcet compuso su *Esbozo para un cuadro histórico del progreso de la mente humana* (publicado de forma póstuma en 1795):

Entre los avances en el progreso de la mente humana que más contribuyen a la felicidad general, hemos de tener en cuenta la profunda destrucción de los prejuicios que han establecido una desigualdad de derechos entre los dos sexos, una desigualdad mortal incluso para el partido que busca favorecer. La justificación de este principio no puede encontrarse en ninguna de las diferencias en sus respectivas organizaciones físicas, fuerzas intelectuales o sensibilidades morales. Esta desigualdad se origina

⁴⁰ El decreto leído por Chaumette en la Comuna de París, sesión del 7 frimario (27 de noviembre de 1793), apareció en *La Gazette Nationale*, 30 de noviembre de 1793, p. 281.

tan solo en abusos de fuerza, y todos los intentos sofisticos subsiguientes realizados para excusarlo son fútiles⁴¹.

Ahora bien, incluso el amigo y colega de Condorcet, el médico Pierre-Jean-Georges Cabanis, estuvo en desacuerdo con él. Reconociendo que los sexos eran semejantes en muchos sentidos pero insistiendo aún más en la importancia de la fisiología humana y los modos de reproducción como el apuntalamiento de toda la moralidad y organización social, Cabanis afirmaba (invocando a la «naturaleza» a la manera de Rousseau y Pierre Roussel, cuyas opiniones publicadas anteriores sobre estos asuntos admiraba de forma explícita) que los diferentes papeles, rasgos y estilos de vida de los hombres y las mujeres estaban determinados en lo fundamental por su diferente fisiología sexual, que afectaba a su sistema óseo, muscular, celular y nervioso. Él insistía en que se requería una observación minuciosa de la economía animal, y no una mera especulación filosófica, para juzgar tales asuntos. El doctor Cabanis no pudo resistirse a afirmar que las mujeres no tenían sitio en la vida política o civil y que estas, incluidas las mujeres cultas (*femmes savantes*), que de ese modo daban un paso más allá de los límites de su destino sexual, no tenían la posibilidad de atraer a un hombre⁴². Este influyente estudio sería reimpreso con frecuencia; fue citado de continuo por parte de aquellos que se opusieron a la educación superior de las mujeres durante el siglo XIX.

La filósofa e historiadora francesa Geneviève Fraisse ha documentado con mucha habilidad la reacción contra la emancipación de las mujeres en Francia durante el periodo posrevolucionario de 1800-1820, centrándose de forma particular en los debates sobre la igualdad intelectual (así como política y económica) de las mujeres y los hombres, y en el rechazo de tal equidad⁴³. Ella realza los comentarios del filósofo y médico J.-J. Virey, que articuló una posición rousseauniana aún más extrema que la de Cabanis:

Jamás una mujer, a través del cultivo de su inteligencia, ha ascendido hasta estas elevadas concepciones de genio en las ciencias y en la literatura que parecen ser las más sublimes conquistas de la mente humana [...]

⁴¹ Marie-Jean-Antoine-Nicolas Caritat, marqués de Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1795), Monique y François Hincker (eds.), París, 1966, pp. 274-275; trad. KO.

⁴² Pierre-Jean-Georges Cabanis, «Cinquième mémoire: De l'influence des sexes sur le caractère des idées et des affections morales», *Rapports du physique et du moral de l'homme*, 2.^a ed., 2 vols., París, Crapart, Caille et Ravier, año XIII (1805), vol. 2, pp. 357-358; trad. KO.

⁴³ Véase Geneviève Fraisse, *Muse de la raison: La Démocratie exclusive et la différence des sexes*, Aix-en-Provence y París, Alinea, 1989; ed. en inglés, *Reason's Muse: Sexual Difference and the Birth of Democracy*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1994.

El amor es el medio que tienen las mujeres para gobernar [...] Su dulzura es su poder; sus encantos son su gloria, joyas preciosas con las que la naturaleza las adorna en toda su magnificencia⁴⁴.

Tales comentarios no pueden ser calificados de misoginia, pero en el contexto de la contrarrevolución en marcha pueden leerse ciertamente como antifeministas.

Una escritora atenta vio con claridad hacia dónde llevaban esos argumentos. Respondiendo a los ataques a la autoría femenina, la poeta Constance de Théis Pipelet de Leury (más tarde, princesse de Salm) lo atestiguó en su larga «Carta a las mujeres»⁴⁵ versificada (1797):

Pero escuchad ahora lo que dice el hombre sabio:
«Mujeres, ¿os atrevéis a hablar de esclavitud?
¡Vosotras, cuya sola mirada puede subyugarlos a todos!
¡Vosotras que nos encadenáis, temblando, a vuestras rodillas!
Vuestras bellezas, lágrimas fingidas, pérfidas caricias,
¿no bastan para haceros amas?
Y entonces, ¿qué necesidad tenéis de más medios?
¡Nos tiranizáis! ¿Qué más queréis?».
¡Qué más queremos! Poder legítimo.
El engaño es el recurso de los que están oprimidos.
Dejad de obligarnos a estas tretas indignas.
Dadnos más derechos, vosotros perderéis menos.

Ella veía claramente también a través de los argumentos desde la «naturaleza»:

Dejad que el anatomista, cegado por su ciencia,
calcule arteramente el poder de un músculo.
Infiera inapelablemente, entre lo más y lo menos,
que su esposa le debe respeto eterno.

La escritora Fanny Raoul, cuyo trabajo fue publicado por Constance de Salm, articuló su interés por lo que les estaba ocurriendo a las mujeres francesas a raíz de la revolución con estas palabras irrefutables:

⁴⁴ J.-J. Virey, «Femelle, femme, féminin», en *Nouveau Dictionnaire d'histoire naturelle*, París, Deterville, 1816-1819, vol. II (1817), p. 337; trad. KO.

⁴⁵ Constance-Marie de Théis Pipelet de Leury (luego, princesse de Salm-Dyck), «Épître aux femmes» («Carta a las mujeres», 1797), trad. Dorothy Backer en Domna Stanton (ed.), *The Defiant Muse: French Feminist Poems from the Middle Ages to the Present: A Bilingual Reader*, Nueva York, The Feminist Press, 1986; citas, pp. 113, 115. Véase Elizabeth Colwill, «Laws of Nature/Rights of Genius: The Drama of Constance de Salm», en *Going Public: Women and Publishing in Early Modern France*, Ithaca, Cornell University Press, 1995, pp. 224-242.

¿A quiénes se les ha dado el ejercicio de las responsabilidades civiles? A los hombres. ¿A quiénes se les han asegurado los derechos de propiedad? A los hombres [...] ¿A quiénes se les han dado el derecho y los privilegios de la paternidad? A los hombres. ¿Para quiénes se han establecido la libertad y la igualdad? De nuevo, para los hombres. En suma, todo es por ellos o para ellos; es por tanto para ellos también, y para ellos solos, que se ha hecho la sociedad política; las mujeres no tienen parte en ella⁴⁶.

Se trataba de una deprimente conclusión a la odisea hacia la ciudadanía igualitaria en la que algunas mujeres y hombres se habían embarcado con tan altas expectativas en 1789.

MÁS ALLÁ DE FRANCIA:

LAS INICIATIVAS EMANCIPATORIAS Y LA REACCIÓN EUROPEA

La controversia en torno a los derechos de las mujeres en la Revolución francesa tuvo repercusiones en puntos muy alejados de Francia. Escenarios y debates semejantes entraron en erupción en muchos lugares diferentes a lo largo de Europa, aunque estos nunca produjeron el mismo nivel de turbulencia. Las historiadoras feministas contemporáneas están desenterrando nuevas evidencias sobre las reivindicaciones realizadas por la emancipación de las mujeres en Bélgica, la República de Holanda y los diversos Estados y principados de Italia y Alemania, tras los acontecimientos descritos antes para Francia. Considérese, por ejemplo, el folleto de 1794 sobre los derechos de las mujeres publicado en Asís (Italia) por una tal Rosa Califronia, que se quejaba de que la prensa hablaba de forma incesante sobre los derechos del hombre:

Hoy no se ve nunca un trabajo razonado sobre los derechos de las mujeres. ¿Será quizá correcto decir que el sexo femenino está también contenido en la especie masculina? [...] Echemos un vistazo al aburridísimo teatro de Francia, donde los DERECHOS DEL HOMBRE son ensalzados con tanto ruido. ¡Cuántos beneficios para el sexo masculino! ¿Qué sistema se ha establecido para las mujeres y para sus derechos?⁴⁷.

Este panfleto, que era más una defensa de las mujeres que de sus derechos, se complementó algunos años más tarde con otros, estimulados por

⁴⁶ F. R. * * * (Fanny Raoul), *Opinion d'une femme sur les femmes*, París, Giguët, 1801, pp. 68-69; trad. KO.

⁴⁷ Rosa Califronia, contessa romana (seud.), *Breve difesa dei diritti delle donne, scritta da Rosa Califronia, contessa romana*, Asís, sin ed., 1794, p. 3; trad. encargada por Mary S. Gibson con ayuda de la Marilyn Yalom Fund.

la llegada de los ejércitos franceses y la ocupación republicana de varias ciudades-Estado italianas, incluidas Milán, Roma y Nápoles. Un texto de esos, un manifiesto enviado en octubre de 1797 a un periódico de Génova, se quejaba amargamente del resultado del nuevo proyecto constitucional, objetando en particular las disposiciones que afectaban a los derechos de las mujeres en el matrimonio. Su autora afirmaba que este manifiesto llevaba las firmas de 2.550 mujeres⁴⁸. En otra publicación surgida en Venecia y presentada como «un discurso de la mujer ciudadana a los italianos», el portavoz anónimo se quejaba:

Hemos gastado ya un año, encerradas dentro de nuestras casas, considerando tus nuevos planes y tus nuevas constituciones. La legislación les ha sido encomendada a los hombres; el gobierno y la magistratura han sido asignados a los hombres, lo mismo que las embajadas, los tratados, los tribunales y los ejércitos. En pocas palabras, las voces de los hombres resuenan por todas partes, mientras que las mujeres escuchan cómo las llaman tan solo con propósitos matrimoniales o propósitos cuasim matrimoniales en relación a los hombres. De ahí que, caballeros que habéis aceptado el nuevo sistema, solo penséis en vuestras propias ventajas y en la felicidad del sexo masculino; o bien no consideráis que las mujeres sean individuos de la especie humana o bien solo estáis pensando en hacer feliz a la mitad de la misma.

La autora se explayaba entonces en dos proposiciones: primero, que «las mujeres son por naturaleza iguales o incluso superiores a los hombres», y segundo, que «las mujeres tienen el derecho a tomar parte en todos los intereses públicos relacionados con la presente reforma de Italia»⁴⁹.

En 1795, un escritor, o escritora, holandés aún sin identificar (que firmaba solo como P. B. v. W.) publicó sus reflexiones sobre la Declaración Francesa de los Derechos Humanos, tituladas *En defensa de la participación de las mujeres en el gobierno del país* (1795), condenando la exclusión de las mujeres como «arbitrariedad» y «despotismo». Invocando las reflexiones de Pufendorff sobre el derecho natural y yendo más allá de ellas, este escritor afirmaba: «No sé de qué derecho hemos asumido la dominación sobre las mujeres, puesto que muchas mujeres han sido capa-

⁴⁸ «[Sull'egoismo mascolino] Agli estensori del giornale», *Il Difensore della Liberta* (Génova), 21 de octubre de 1797, reed. en Renzo de Felice (ed.), *I Giornali giacobini italiani*, Milán, Feltrinelli, 1962, pp. 470-471; traducción encargada por Rhoda Hanafi (M. Y. Fund).

⁴⁹ *La Causa delle donne: Discorso agl'italiani della cittadina* (Venecia, G. Zorsi, 1797), reed. en *Giacobini italiani*, Delio Cantimori y Renzo de Felice (eds.), vol. 2, Bari, Laterza e Figli, 1964, pp. 455-464; trad. encargada por Rhoda Hanafi (M. Y. Fund). Textos feministas de Milán y Turín han aparecido y han sido reeditados por Elisa Strumia en su tesis, «Il Dibattito sulla donna nell'Italia del periodo giacobino (1796-1799): Il Piemonte e la Repubblica cisalpina», Turín, Facultad de Letras, Universidad de Turín, 1983-1984.

ces de gobernar a su marido. ¿Y quién podría dudar de que las mujeres podrían hacer absolutamente todo, en tanto en cuanto se me alcanza, tan bien como los hombres?»⁵⁰.

El debate sobre los derechos y los papeles de las mujeres afloró incluso en el mundo musical europeo, como por ejemplo en el libreto de Schikaneder para la ópera de Mozart *La flauta mágica* (1791). Cuando en el acto I, Pamina trata de escapar de su padre, Sarastro, para volver con su madre, la Reina de la Noche, Sarastro señala: «¿Qué sería de la Verdad y el Derecho si te hubiera dejado con tu madre?». Esta reveladora afirmación se ve seguida por el juicio sobre su anterior consorte: «¡Es tan orgullosa! ¡Tu rumbo ha de ser decidido por el hombre, pues por sí misma una mujer va más allá de su esfera y se desencamina». En el oratorio, *La creación* (presentado por primera vez en Viena, en 1799), Adán y Eva reciben del libretista un dueto en el que Eva canta sobre Adán como su protector, su refugio, «mi todo». «Tu deseo es mi ley; así fue decidido por el creador y obedecerte me traerá alegría, felicidad y gloria»⁵¹. Parece poco probable que estos libretistas austriacos no estuvieran participando —a su manera— en el debate revolucionario sobre las mujeres. ¿Puede que este debate haya influido incluso sobre la elección de su tema?

Algunas de estas intervenciones fueron de una importancia pasajera, y otras han quedado olvidadas desde entonces en los archivos y las bibliotecas de Europa; las intervenciones musicales se han cantado una y otra vez, pero solo muy raras veces de forma contextualizada. En las ciudades-Estado y los principados alemanes, no obstante, los filósofos fundamentales, que tenían un impacto profundo en su tiempo y cuyas obras se siguen leyendo en la actualidad, intervinieron del lado de los que constreñían la libertad de las mujeres y la participación cívica, con serias consecuencias para el desarrollo subsiguiente de la filosofía política occidental y la introducción de la dimensión de género en el arte de gobernar. Los escritos de Kant, Fichte y Hegel forman parte de cualquier historia sobre las respuestas antifeministas a los impulsos feministas durante la Revolución francesa y poco después de ella. Para entender su resistencia, no obstante, hemos de examinar primero las importantes contribuciones de Theodor Gottlieb von Hippel, Goethe y Schlegel.

⁵⁰ P. B. v. W., *Ten betooge dat de vrouwen behooren deel te hebben aan de regeering van het land* (Harlingen, V. van der Plaats, 1795), panfleto de 16 páginas, reed. por Judith Vega en «Het Beeld der vryheid: Is het niet use zuster?» en *Socialisties-Feministische Teksten* 11, Selma Sevenhuijsen et al. (eds.), Baarn, Amboboeken, 1989, pp. 104-111. Una traducción al inglés que se le encargó a Sarah Lewis (M. Y. Fund), «In Defense of the Participation Women in the Government of the Country», introducida por Judith Vega, apareció en el *Journal of Women's History* 8, 2 (verano, 1996), pp. 144-151.

⁵¹ Véanse respectivamente los libretos de *La flauta mágica*, de Wolfgang Amadeus Mozart, y de *La creación*, de Franz Joseph Haydn.

Escribiendo de forma anónima en Königsberg, Prusia oriental (donde era alcalde), Hippel había publicado algunas contribuciones al debate sobre la cuestión femenina. En 1792, publicó su tratado más radical, *Sobre la mejora del estatus de las mujeres*, que escribió después de conocer que a las mujeres no se les habían concedido los derechos de ciudadanía en Francia. Influenciado por la historia de las mujeres tal como fue expuesta por la escritora contemporánea francesa Louise de Kéralio, por el talento demostrado por Catalina II de Rusia, por el pensamiento filosófico del escocés David Hume y por el principio del imperativo categórico desarrollado por su amigo, el celebrado filósofo Immanuel Kant, Hippel argumentó que *no era ético* suprimir la libertad de las mujeres. Contradiciendo las prescripciones de la domesticidad para las mujeres, Hippel planteó que no solo se les debería permitir la libertad completa como individuos, sino que se les debería permitir también ejercer las profesiones liberales; igual que su homólogo holandés P. B. v. W., afirmó que muchas mujeres eran claramente competentes para convertirse en administradoras del Estado. Tomando una posición aún más extrema, Hippel preguntaba: «¿Voy acaso demasiado lejos al afirmar que la opresión de las mujeres es la causa de todo el resto de la opresión en el mundo?»⁵².

Los pros y los contras de la emancipación de las mujeres se debatieron en muchos ámbitos del mundo germano. El jurista Ernst Ferdinand Klein, coautor del Código Legal prusiano, se planteaba en 1798 si las mujeres deberían tener los mismos derechos que los hombres, afirmando que los hombres deberían usar su poder para proteger al sexo más débil⁵³. El célebre escritor Johann Wolfgang von Goethe abordó estos temas en novelas como *Wilhelm Meister* (1795-1796) y *Hermann und Dorothea* (1797), aunque sus héroes ficticios generalmente expresaban la opinión de que las mujeres, ejerciendo su poder sobre sus hogares, han tenido mejor mano que los hombres. Los significados de la masculinidad y la feminidad y su relación con la creatividad y el genio fueron explorados por Wilhelm von Humboldt y por Friedrich Schlegel a mediados de los años noventa del siglo XVIII. A la reafirmación aristotélica de la masculinidad como activa y de la feminidad como pasiva de Humboldt, Schlegel contrapuso la noción ética de una androginia superior: «La condición femenina, como la masculinidad, debería elevarse a un nivel de humanidad superior. [...] Solo la feminidad independiente y solo la moderada masculinidad son

⁵² Hippel, *On Improving the Status of Women*, en la traducción de Sellner, p. 188. Las dos traducciones de las obras de Hippel se hallan disponibles en inglés gracias a Timothy F. Sellner.

⁵³ Ernst Ferdinand Klein, «Muss das weibliche Geschlecht mit dem männlichen durchgehend gleiche Rechte haben?», *Annalen der Gesetzgebung und Rechtsgelehrsamkeit in den Preussischen Staaten* 17 (1798), pp. 202-213. Gracias a Ute Gerhard por hacerme llegar una copia de este texto.

buenas y bellas»⁵⁴. Estos escritores siguieron tratando el tema del «amor libre» en obras de ficción como la *Lucinde* (1799) de Schlegel y como *Las afinidades electivas* (1809) de Goethe.

Las ideas de Immanuel Kant sobre la cuestión femenina, no obstante, hacían eco de las de su mentor Rousseau, y en el tratado que es considerado la culminación de su sistema filosófico, *Antropología en sentido pragmático* (1798), elaboró su visión sobre «El carácter de los sexos». La elevación de los ideales de Kant y su análisis de las posibilidades trascendentes del hombre desaparecieron ante su aceptación de las visiones convencionales sobre la inferioridad, sumisión y posición moral relativa de las mujeres, aun cuando reconocía el poder y la influencia de las mujeres. En la *Antropología*, la mujer no ha de preocuparse del valor para saber ni para pensar por sí misma; su papel primario, como el de la Sophie de Rousseau, será el de potenciar la moralidad del hombre, manipulándolo. En el matrimonio, uno de los compañeros ha de someterse al otro, pero los rasgos que se marcan como «femeninos», insistía Kant, se desarrollan a medida que la civilización avanza, precisamente por «la intervención de los hombres»⁵⁵.

Desde la universidad de Jena, el joven filósofo, casado recientemente, Johann Gottlieb Fichte, respondió directamente a los argumentos de los defensores de los derechos de las mujeres. En *Fundamento del derecho natural según los principios de la doctrina de la ciencia* (1796), reconocía que ambos sexos tenían derechos y que los argumentos usuales contra el ejercicio de derechos por parte de las mujeres, tales como la carencia de educación, podían ser rebatidos de forma convincente en su totalidad. En ese punto, cambiaba los fundamentos del debate para preguntar «si el sexo femenino puede desear ejercer todos sus derechos y hasta qué punto»⁵⁶. Las mujeres casadas, afirmaba, se habían subordinado voluntariamente consintiendo el matrimonio en primer lugar; sus derechos son ejercidos por sus maridos, después de consultar. Esto deja abierta solamente la cuestión de las mujeres solteras, que podrían casarse en cualquier momento. Lo que estaban pidiendo los que abogaban por los derechos de las mujeres, proclamaba Fichte, era el ejercicio público de derechos, la manifestación externa de ciudadanía; esto, insistía él, era incompatible con la feminidad misma... a la que definía en términos de

discreción, modestia y autorrenuncia. Para Fichte, la cuestión de excluir a las mujeres del ejercicio de los derechos políticos no era estrictamente un tema de utilidad pública, pero se hallaba fundado en el carácter de la relación matrimonial y en el puro concepto de feminidad, al que él veía como estrictamente incompatible con el reconocimiento público. En el pensamiento rigidamente aristotélico de Fichte, las dicotomías público/privado y masculino/femenino se superponían completamente. ¡Para una mujer, actuar en público por cuenta propia era despojarse a sí misma de su sexo!

Con G. W. F. Hegel, estas categorías se volvieron centrales para una teoría general del Estado, una teoría explícitamente elaborada en el contexto antifeminista posrevolucionario. Hacía mucho que Hegel había reflexionado sobre la relación de los sexos, en especial con respecto a los temas del amor y el matrimonio. En su *Fenomenología del espíritu* (1807), defendía el carácter ético de la familia. Exponía a su vez la tensión entre los requisitos de la comunidad y el interés particular individual dentro de la familia, deteniéndose para apuntar el carácter vinculado al género de esta tensión: «El sexo femenino —la eterna ironía en la vida de la comunidad— convierte mediante intrigas el propósito universal de gobierno en un fin privado, transforma su actividad universal en un trabajo de este o aquel individuo específico y pervierte la propiedad universal del Estado en una posesión y ornamento para la familia»⁵⁷. Hacia 1821, Hegel ha postulado todo un sistema sociopolítico basado en las diferentes características físicas de los sexos, que recordaban a las distinciones dicotómicas más antiguas activo/pasivo y animal/planta. En una nota a su *Filosofía del derecho* (1821), Hegel insistía en que «cuando las mujeres toman el timón del gobierno, el Estado está de inmediato en peligro, porque las mujeres no regulan sus acciones mediante las demandas de universalidad, sino mediante inclinaciones y opiniones arbitrarias»⁵⁸. Según esta visión, que Hegel ejemplifica a través de la historia de Antígona, las mujeres, a causa de sus intereses en lo personal y lo particular, no podían resultar fiables para operar de acuerdo con los dictados de la *Razón Ideal Universal*. Por tanto, han de ser excluidas de las operaciones del Estado.

Los filósofos políticos alemanes Fichte y Hegel tuvieron éxito en suprimir a las mujeres del Estado, pero lo hicieron en términos elevados y desapasionados, y aparentemente sin demasiada oposición. En Inglaterra, por contraste, la reacción contra la emancipación de las mujeres fue acalorada desde su mismo inicio. Allí, tan cerca de Francia, el debate sobre los derechos de las mujeres se enmarañó de forma inextricable con el debate sobre la revolución misma, en buena medida a causa del

⁵⁴ Friedrich Schlegel, «Über die Diotima» (1795), en *Friedrich Schlegel, seine prosaischen Jugendschriften*, 2.ª ed., J. Minor (ed.), 2 vols., Viena, 1906; vol. I, p. 59; public. orig. en *Berlinische Monatsschrift*, vol. 26 (julio-diciembre de 1795); según trad. SGB, en *WFF*, vol. 1, doc. 16, pp. 71.

⁵⁵ Immanuel Kant, «The Character of the Sexes», en *Anthropology from a Pragmatic Point of View*, trad. Victor Lyle Dowell, rev. ed. Hans H. Rudnick, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1978, pp. 216-220; reed. en *WFF*, vol. 1, doc. 27, p. 113.

⁵⁶ Johann Gottlieb Fichte, *The Science of Rights* (1796), trad. A. E. Kraeger, Londres, 1889; reed. Londres, Routledge y Kegan Paul, 1970, p. 440.

⁵⁷ G. W. F. Hegel, *The Phenomenology of Mind* (1807), trad. J. B. Baillie, 2.ª ed. rev., Nueva York, Macmillan, 1931, p. 496.

⁵⁸ Hegel's *Philosophy of Right* (1821), trad. T. M. Knox, Oxford, The Clarendon Press, 1942; reed., 1967, nota al § 166, p. 263.

modo en el que Edmund Burke había condenado la revolución y el papel de las mujeres en ella, en sus *Reflections on the Revolution in France* (1790). Para Burke, la revolución parecía amenazar no solo la noción de autoridad monárquica, sino el principio mismo de autoridad masculina en la familia. Los argumentos de Burke fueron la referencia para lo que vino después.

Mary Wollstonecraft desafió a las *Reflections* en su *Vindication of the Rights of Man* (1790), el trabajo que empezó dándole la fama. Su *Vindication of the Rights of Woman* (1792) llegó a continuación. Aunque puede que Wollstonecraft no merezca su reputación de «primera» feminista inglesa, se convirtió en la defensora de las mujeres más recordada —y, de forma retrospectiva, más difamada— de su tiempo. Su lenguaje y sus argumentos, tan elocuentes como parecen en su primera andanada contra la tiranía masculina, son extraordinariamente suaves en comparación con los de sus homólogas francesas. El cuerpo de su trabajo, no obstante, abordó la reforma del comportamiento de las mujeres, la amistad entre los sexos, nociones de gusto, domesticidad dignificada, maternidad responsable y autocontrol sexual. «No deseo [que las mujeres] tengan poder sobre los hombres, sino sobre ellas mismas», exclamaba en respuesta a la insistencia de Rousseau en que el poder de las mujeres sobre los hombres disminuiría a medida que ellas se parecieran más a los hombres⁵⁹. La educación de las mujeres, vista como la clave para el empoderamiento y la independencia femeninos, siguió siendo un tema dominante en todos sus escritos.

Mary Wollstonecraft estuvo entre las muy escasas escritoras inglesas de su sexo que expondrán los argumentos de los derechos de las mujeres de un modo tan abierto. De un modo menos explícito, los planteamientos de Wollstonecraft fueron expuestos en novelas domésticas tales como *Desmond* (1792), de Charlotte Smith, *Ann St. Ives* (1792), de Thomas Holcroft, y *Memoirs of Emma Courtney* (1796), de Mary Hay, así como en sus propias novelas. Eleanor Ty ha apuntado que las discusiones políticas estaban incrustadas en estas novelas y en otras de Helen Maria Williams y de Elizabeth Inchbald⁶⁰. Estas críticas políticas podían encontrarse también en los debates en torno a la educación de las muchachas, tanto en forma ficticia como en tratados educativos, como indican las visiones opuestas de escritoras tales como Maria Edgeworth, en su novela *Belinda* (1801), y Hannah More, tanto en *Strictures on the*

⁵⁹ Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman*, p. 107. Véase también en p. 111 *supra*, n. 24. Para una comparación ulterior de las ideas de Wollstonecraft con las de sus contemporáneas francesas, véase Karen Offen, «Was Mary Wollstonecraft a Feminist?: A Contextual Rereading...», en Uma Parameswaran (ed.), *Quilting a New Canon: Stitching Women's Words*, Toronto, Sister Vision, 1996, pp. 3-24.

⁶⁰ Véase Eleanor Ty, *Unsex'd Revolutionaries: Five Women Novelists of the 1790s*, Toronto, University of Toronto Press, 1993.

Modern System of Female Education (1799) como en su novela *Coelebs in Search of a Wife* (1809).

El tema de los derechos políticos de las mujeres llegó por un momento al Parlamento británico en 1797, tan solo para ser dejado de lado sin más. Hablando en nombre de la extensión del sufragio, el orador liberal Charles James Fox intentó asegurar a la Cámara de los Comunes que, a través de la moción que él proponía, no recibirían el derecho al voto personas inadecuadas. Invocó de forma deliberada el ejemplo negativo de las mujeres para elucidar la cualificación necesaria para el derecho al voto —independencia legal y financiera—. La razón común, la de un Condorcet, fue para él un criterio insignificante. Tras alabar a las mujeres de Inglaterra, Fox planteó lo siguiente, en tono perentorio:

Ha de ser el sentimiento genuino de todos los caballeros que me oyen que todas las clases superiores de sexo masculino de Inglaterra hayan de ser más capaces que los individuos ignorantes de la clase de hombres más baja, a la que lo extenderían los defensores del sufragio universal. Y con todo, ¿por qué nunca se ha imaginado que el derecho de elección debiera extenderse a las mujeres? ¿Por qué? Pues porque por la ley de las naciones, y tal vez también por la ley de la naturaleza, ese sexo es dependiente de nosotros; y porque, de ese modo, sus voces estarían gobernadas por la relación en que ellas se encuentran en la sociedad⁶¹.

Nunca se ha imaginado... ¡De veras! Los derechos políticos para las mujeres ciertamente sí se habían imaginado, no solo al otro lado del Canal, sino por toda Europa. Pero la opinión de Fox tuvo su eco, sobre todo en el filósofo radical James Mill, que exigía (volviendo a un modelo familiar de la política) en 1814 que «todos los individuos cuyos intereses se incluyen sin discusión en los de otros individuos han de ser expulsados de los derechos políticos sin inconveniente». Ahí se incluía a los niños y «también a las mujeres, [...] cuyo interés se halla envuelto en casi en todos los casos o en el de sus padres o en el de sus maridos»⁶². Tanto Fox como Mill veían a las mujeres irremediablemente como «criaturas relativas»⁶³.

La contraofensiva inglesa contra las propuestas para la emancipación de las mujeres estuvo ligada de forma más estrecha con la cristiandad evangélica conservadora de Hannah More, así como con el nacimiento del nacionalismo inglés, que se define a sí mismo en oposición a la cultura

⁶¹ Charles James Fox, discurso en el debate sobre la moción de Mr. Grey para una reforma del Parlamento (1797), en *The Parliamentary History of England*, vol. 33, Londres, 1818, pp. 726-727; según reed. en *WFF*, vol. 1, doc. 30.

⁶² James Mill, en *Encyclopedia Britannica*, 5.^a ed., suplemento (Londres, 1814); véase la voz «Government»; según reed. en *WFF*, vol. 1, doc. 31.

⁶³ El término es usado por Françoise Basch, *Relative Creatures: Victorian Women in Society and the Novel*, trad. del francés por Anthony Rudolf, Nueva York, Schocken, 1974.

laica, revolucionaria e incluso libertina de Francia⁶⁴. La publicación de William Godwin de *Memoirs of the Author of a Vindication of the Rights of Woman* (1798) de Mary Wollstonecraft, después de su muerte prematura tras dar a luz, al mencionar su temprana aventura amorosa con Gilbert Imlay y el nacimiento de su primera hija fuera del matrimonio, proporcionó una evidencia irrefutable a los enemigos de los derechos de las mujeres de que para emanciparse había que ser sexualmente desenfadada; el serio intento de Godwin por justificar a su última esposa en lo que para aquel tiempo se había convertido en un clima político represivo, irónicamente sirvió tan solo para desacreditar en adelante las reivindicaciones feministas. El debate continuará de forma larvada, marcado tanto por lo que había de leerse entre líneas como por lo que se decía, tal como atestiguaban ampliamente las novelas ostensiblemente apolíticas de Jane Austen⁶⁵.

La defensa de los derechos de las mujeres en Inglaterra se hundió finalmente bajo una marea de burlescas publicaciones prescriptivas, tales como la *Enquiry of the Female Sex* (1797), del evangélico Thomas Gisborne, y la malvada condenación de las feministas y de sus ideas galas del reverendo Richard Polwhele como «una banda femenina que desprecia la ley de la NATURALEZA» en su poema exhaustivamente cargado de notas titulado «The Unsex'd Females» («Las mujeres asexuadas»), de 1798⁶⁶. Hacia 1799, la mansa, y ciertamente casi lloriqueante, defensa de Mary Anne Radcliffe en nombre de las oportunidades económicas para las «pobres féminas indefensas» y las «desgraciadas mujeres», en una obra rotundamente titulada *The Female Advocate; or An Attempt to Recover the Rights of Women from Male Usurpation* (*El defensor femenino; o un intento de recobrar los derechos de las mujeres de la usurpación masculina*), ilustra sin querer el grado en el que las feministas se vieron obligadas a estar a la defensiva⁶⁷.

La reacción que se desarrolló en Europa contra la emancipación de las mujeres a raíz de la represión revolucionaria fue severa, y sus consecuencias durarían décadas. Se manifestó tanto en la *Jüdisch Deutsche Monatsschrift*, publicada en Praga, como en las obras de los teóricos

⁶⁴ Sobre aspectos de las conexiones entre la política de género y el chauvinismo rampante inglés, véase Gerald Newman, *The Rise of English Nationalism: A Cultural History, 1740-1830*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987; Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; y Linda Colley, *Britons*, New Haven, Yale University Press, 1992.

⁶⁵ Véase Marilyn Butler, *Jane Austen and the War of Ideas*, Oxford, The Clarendon Press, 1975; y Claudia Johnson, *Jane Austen: Women, Politics and the Novel*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.

⁶⁶ Richard Polwhele, *The Unsex'd Females: A Poem Addressed to the Author of Pursuits of Literature*, Londres, Cadell and Davies, 1798; reed. Nueva York, Garland, 1974, p. 6.

⁶⁷ Mary Anne Radcliffe, *The Female Advocate; or An Attempt to Recover the Rights of Women from Male Usurpation*, Londres, Vemor & Hood, 1799; reed. Nueva York, Garland, 1974 (Edimburgo, 1810).

políticos franceses contrarrevolucionarios Louis de Bonald y Joseph de Maistre. Ahora bien, quizá lo más importante es que fue avivada desde las más altas instancias políticas. En Francia, Napoleón, que se había coronado a sí mismo emperador en 1802, tomó un interés personal en la elaboración de un Código Civil que deliberadamente subordinaba a las mujeres en el matrimonio y prescribía su obediencia a sus maridos a cambio de protección masculina. Sus campañas militares subsiguientes llevaron el ejemplo de ese código a lo largo y ancho de Europa, donde sirvió de modelo a legisladores de muchos otros países desde Italia a Polonia. Aunque asimismo Napoleón se tomó un interés personal en la educación de las muchachas, estableciendo escuelas para las hijas de sus partidarios meritorios pero faltos de dinero, los miembros de la Legión de Honor, no defendió sus metas emancipatorias: «¡Haced que sean partidarias nuestras, no que razonen!», escribió Napoleón desde el campo de batalla al gran canciller de la Legión de Honor en 1807. «No estoy criando vendedoras de estilo ni criadas ni amas de llaves, sino esposas para hogares modestos y pobres»⁶⁸. Para estas chicas, se prescribió una educación práctica con una considerable orientación hacia el trabajo manual, ni erudición ni producciones teatrales ni, sobre todo, distinciones basadas en la clase o en el éxito. Para los muchachos, Napoleón fundó los liceos y el sistema universitario francés. En Italia, no obstante, los liceos de muchachas se establecieron a raíz de las conquistas napoleónicas.

Aun en el clima hostil del régimen imperial francés, las voces feministas no fueron silenciadas por completo, ni mucho menos. Las ideas feministas seguían hirviendo, buscando nuevas fisuras a través de las cuales desafiar de nuevo al sistema patriarcal. Madame Campan, designada para organizar las escuelas femeninas para las hijas de los legionarios de Napoleón, soñaba aún con una universidad para mujeres. Algunas voces masculinas sí que hablaron en alto en nombre de las mujeres, incluso en el clima represivo de los primeros años del siglo XIX. Una de estas fue la del poeta parisino Gabriel Legouvé, quien en 1801 publicó un influyente poema de 92 páginas, «Le Mérite des femmes» («El mérito de las mujeres»). Otra fue la del *citoyen* Toselli en Milán, que afirmaba que las mujeres podían y debían participar en todas las obligaciones sociales, además de en la ciencia y la literatura. Una tercera fue la del vizconde de Ségur, cuyo argumento de 1803 en pro del estudio de la historia de las mujeres, *Mujeres: su condición e influencia en la sociedad*, fue traducido de inmediato del francés al inglés. Una cuarta fue la de un oscuro visionario del Franco-Condado, Charles Fourier, que en su *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales* (1808) denunciaba

⁶⁸ Napoleón I, «Notes sur l'établissement d'Écouen», dirigidas al conde de Lacépède, gran canciller de la Legión de Honor, 15 de mayo de 1807, según reed. en Gabrielle Reval, *Madame Campan, assistante de Napoléon*, París, 1931; trad. KO, en WFF, vol. 1, doc. 23.

«la ausencia de toda justicia con respecto a las mujeres» y reformulaba el tema que había aparecido regularmente en las obras de los filósofos e historiadores de la Ilustración temprana:

Como tesis general: *el progreso social y los cambios históricos se dan en virtud del progreso de las mujeres hacia la libertad, y la decadencia del orden social se da como resultado de una bajada en la libertad de las mujeres*. Otros acontecimientos ejercen su influencia sobre estos cambios políticos, pero no hay causa que produzca progreso social o declive de un modo tan rápido como el cambio en la condición de mujeres [...] En definitiva, *la extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todo el progreso social*⁶⁹.

El replanteamiento de Fourier de este tema clave en el pensamiento de la Ilustración tendría importantes repercusiones a lo largo del siglo XIX, en particular para el desarrollo de las ideas socialistas.

Fue la intrépida madame de Staël, campeona de la libertad, enemiga declarada de Napoleón y, sin duda, la mujer más conocida en Europa durante los primeros años del siglo XIX, quien mantuvo la bandera feminista enarbolada de forma más llamativa durante los años en los que Napoleón y sus ejércitos se habían embarcado en la conquista de Europa. «Creo que llegará un día», escribe en 1800, «en el que los legisladores filosóficos prestarán mucha atención a la educación de las mujeres, a las leyes que las protegen, a los deberes que deberían serles impuestos, a la felicidad que puede garantizárseles. [...] Si la situación de las mujeres en la sociedad civil es tan imperfecta, para lo que tendremos que trabajar es para mejorar su suerte, no la degradación de sus mentes»⁷⁰. El debate sobre la cuestión femenina y en particular sobre los problemas a los que ha de enfrentarse una mujer de genio en una sociedad represiva, la dificultad de combinar el amor con la realización del talento, se sitúan en el corazón de su vida y de sus obras publicadas, incluidas sus novelas archileídas *Delphine* (1802) y *Corinne* (1807). Tanto su vida como sus obras inspirarían a una nueva generación de activistas feministas cuando una paz armada —y una monarquía francesa a cuya cabeza estaba un hombre— fuera restaurada de nuevo en Europa en 1815.

⁶⁹ Charles Fourier, *Théorie des quatre mouvements et des destinées générales* (1808), 3.ª ed. (1846) reed. en *Oeuvres complètes*, vol. I, París, Éditions Anthropos, 1966; cita, pp. 132-133, trad. KO, en WFF, vol. 1, doc. 9. Sobre las ideas de Fourier, véase Jonathan Beecher, *Charles Fourier: The Visionary and His World*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1986.

⁷⁰ Madame de Staël, *De la littérature*, 2.ª ed., París, 1800; según trad. en *An Extraordinary Woman: Selected Writings of Germaine de Staël*, trad. e introd. Vivian Folkenflik, Nueva York, Columbia University Press, 1988; citas, pp. 201, 205. Sobre Staël, véanse los artículos en Madelyn Gutwirth et al. (eds.), *Germaine de Staël: Crossing the Borders*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991.

PARTE II

EL SIGLO XIX, 1815-1914

Los cinco capítulos de la parte II exploran el desarrollo de la teoría y la práctica feminista en el siglo XIX, en paralelo con una creciente reacción antifeminista. Ellos ofrecen una versión expandida, actualizada y matizada de una interpretación que he estado desarrollando desde principios de los años ochenta del siglo XX. Mi exposición presta una gran atención a las intersecciones de las erupciones feministas con acontecimientos que aparecen en las cronologías convencionales en historia política, intelectual, cultural, económica y social—incluido el desarrollo de los gobiernos representativos, las aspiraciones a la democratización y las incipientes guerras—. Cuando las exigencias y críticas feministas se sitúan en el centro del debate, estos acontecimientos asumen un significado muy diferente¹.

¹ Para una bibliografía interpretativa y especializada anterior publicada antes de 1986, véanse los capítulos que dan una visión general y la bibliografía en *WFF* y mi artículo de 1987, «Liberty, Equality, and Justice for Women: The Theory and Practice Feminism in Nineteenth-Century Europe», en *Becoming Visible: Women in European History*, Boston, Houghton-Mifflin, 2.^a ed., 1987, que incluye un largo ensayo bibliográfico. En las notas al final de estos capítulos, me referiré ante todo a las fuentes originales o a los trabajos especializados de particular interés, publicados desde 1986. Especialistas más recientes sobre el feminismo europeo del siglo XIX aparecerán registrados también en la bibliografía, incluida una serie de inestimables colecciones documentales publicadas. Estos capítulos se han beneficiado también enormemente de una serie de artículos, a la sazón inéditos, preparados para el congreso de 1995 sobre el feminismo europeo del siglo XIX organizado por Bianka Pietrow-Ennker y Sylvia Paletschek, en Stuttgart/Birkach, textos posteriormente compilados en *Women's Emancipation Movements in the Nineteenth Century. A European Perspective*, Stanford, Stanford University Press, 2004, en adelante *WEM*.

Véanse también los ensayos y la bibliografía en Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *A History of Women in the West*, vol. 4, Geneviève Fraisse y Michelle Perrot (eds.), *Emerging Feminism from Revolution to World War*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993. Este volumen, al que han contribuido muchas de las principales historiadoras europeas sobre las mujeres, contiene un meditado ensayo de Anne-Marie Käppeli sobre los feminismos del siglo XIX, «Feminist Scenes», pp. 482-514. Allí donde hayan aparecido ensayos suplementarios en las ediciones holandesa, alemana, española e italiana de la colección Duby-Perrot, se citarán *infra*.

Considerado de forma retrospectiva, parece claro que este siglo turbulento experimentó una corriente continua de erupciones feministas, temporalmente sometidas durante los periodos de represión política pero violentamente explosivas en las épocas de agitación política revolucionaria, de forma muy notable en la década de 1830, en 1848, en 1871 y de nuevo en la década de 1890. Desde los años sesenta del siglo XIX en adelante, los desafíos feministas se desarrollaron a un paso constante, fluyendo de forma expansiva a lo largo del periodo de acelerado cambio socioeconómico que se extendió entre 1890 y 1914.

A principios del siglo XIX, no obstante, las fuerzas de la represión parecían poco menos que incontenibles. Las sombras arrojadas por la Revolución francesa y la contrarrevolución que vino a continuación sofocarían repetidas veces, aunque solo temporalmente, el desarrollo de los feminismos europeos, pese a que en algunas áreas, tales como los Países Bajos, Suiza y los territorios controlados por la Monarquía Dual (austrohúngara), la actividad feminista explícita tardará varias décadas en volver a emerger. Las restricciones draconianas aplicadas a la actividad política de las mujeres por parte de los jacobinos franceses en 1793 se vieron suplementadas a comienzos del siglo XIX por los autores del Código Napoleónico, que impuso severas restricciones legales a las mujeres casadas. Los filósofos del Estado, como hemos visto, trataron de racionalizar la exclusión de los asuntos de gobierno. Los educadores franceses del siglo XIX establecerían un sistema educativo nacional con universidades designadas para preparar a los hombres para el servicio público. Las mujeres, por otra parte, iban a ser silenciadas y preparadas para la economía doméstica. Todas estas medidas trataban de hacer frente —de forma explícita o implícita— a las aspiraciones feministas a una cooperación social de las mujeres, límites que los líderes políticos masculinos de otras partes de Europa, a menudo, adaptaron a sus propios propósitos.

El periodo posrevolucionario en el continente europeo fue represivo en muchos aspectos. A lo largo de los años veinte del siglo XIX, en el Imperio austrohúngaro, en los Estados de la Confederación Alemana o en la Rusia Imperial, cuando quiera que las tensiones aumentasen, las autoridades públicas suprimían al instante todas las publicaciones reformistas y radicales y vigilaban con sospecha cualquier signo de activismo político hostil, en especial, la insurgencia femenina. Los vencedores continentales buscaron deliberadamente consolidar el orden social mediante el fortalecimiento de una autoridad política centralizada, jerárquica y dominada por los hombres, tanto en la familia como en la forma de gobierno; contando a menudo con la autoridad coercitiva de las religiones establecidas (que se habían convertido en Iglesias sustentadas por el Estado) para reforzar sus esfuerzos por controlar los comportamientos «antisociales» y para insistir en la domesticidad para las mujeres. En zonas fuertemente católicas, especialmente de Europa, los desafíos a la autoridad del sexo

masculino y sus privilegios se recibió de un modo negativo en extremo y las publicaciones con temas feministas fueron arrojadas al *Index* de los libros prohibidos.

La reacción revolucionaria no solo generó una gran abundancia de leyes prescriptivas, sino también numerosas publicaciones «científicas», obra de autores neotradicionalistas y secularizadores que buscaban construir fronteras infranqueables entre las denominadas esferas pública y privada para articular nuevas y más poderosas razones para la subordinación de las mujeres en la familia, junto con intentos para demostrar la incapacidad de las mujeres para otras alternativas². Las «guerras del conocimiento» del siglo XIX desplegarían una rabia sin precedentes en el periodo posrevolucionario, exhibiendo una fuerza renovada tras los levantamientos de 1848. La «razón», que los defensores del cambio invocaban en

² Sobre la producción de conocimiento antifeminista, véase, para Alemania, Silvia Boven-schen, *Die imaginierte Weiblichkeit: Exemplarische Untersuchungen zu kulturgeschichtlichen und literarischen Präsentationsformen des Weiblichen*, Fráncfort, Suhrkamp, 1979; Karin Hausen, «Family and Role-Division: The Polarisation of Sexual Stereotypes in the Nineteenth Century [...]», en Richard J. Evans y W. R. Lee (eds.), *The German Family*, Totowa, Barnes & Noble, 1981; los ensayos de Ute Frevert (ed.), *Bürgerinnen und Bürger: Geschlechterverhältnisse im 19. Jahrhundert*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1988; y Claudia Honegger, *Die Ordnung der Geschlechter: Die Wissenschaft vom Menschen und das Weib, 1750-1850*, Fráncfort, Campus, 1991. Véase también Sigrid Lange (ed.), *Ob die Weiber Menschen sind: Geschlechterdebatten um 1800*, Leipzig, Reclam, 1992. Una recopilación de documentos, de una riqueza extraordinaria, sobre temas legales concernientes al matrimonio, etc., puede consultarse en Ute Gerhard, *Verhältnisse und Verhinderungen: Frauenarbeit, Familie und Rechte der Frauen im 19. Jahrhundert*, Fráncfort, Suhrkamp, 1978.

Para los debates filosóficos y médicos en Francia durante la era napoleónica, véase Geneviève Fraisse, *Reason's Muse: Sexual Difference and the Birth of Democracy*, trad. Jane Marie Todd, Chicago, University of Chicago Press, 1994; y para las reconstrucciones literarias y artísticas de la mujer en la reacción posrevolucionaria, véanse los ensayos en Sara E. Melzer y Leslie W. Rabine (eds.), *Rebel Daughters: Women and the French Revolution*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1992.

Para los esfuerzos masculinos en el siglo XIX por resituar a las mujeres, véase Stéphane Michaud, *Muse et madone: Visages de la femme de la Révolution Française aux apparitions de Lourdes*, París, Seuil, 1985; para los ataques a las mujeres escritoras, véase Christine Planté, *La Petite Soeur de Balzac: Essai sur la femme auteur*, París, Seuil, 1989; and Janis Bergman-Carton, *The Woman of Ideas in French Art, 1830-1848*, New Haven, Yale University Press, 1995.

Para los esfuerzos «científicos» por racionalizar la inferioridad de las mujeres en Inglaterra, véase Cynthia Russett, *Sexual Science: The Victorian Construction of Womanhood*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1989; y Ornella Moscucci, *The Science of Woman: Gynaecology and Gender in England, 1800-1929*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. De forma adicional, para una visión a más largo plazo de los esfuerzos médicos de los hombres por resituar y subordinar a las mujeres, véase Thomas Laqueur, *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1990.

Para el pensamiento económico británico del siglo XIX, véase la primera parte de Michele A. Pujol, *Feminism and Anti-Feminism in Early Economic Thought*, Aldershot (Inglaterra), Edward Elgar, 1992. Véase también Anna Clark, *The Struggle for the Breeches: Gender and the Making of the British Working Class*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1995; y ensayos sobre el pensamiento económico de Harriet Taylor Mill et al., en Mary Ann Dimand, Robert W. Dimand y Evelyn L. Forget (eds.), *Women of Value: Feminist Essays on the History of Women in Economics*, Aldershot (Inglaterra), Edward Elgar, 1995.

oposición a la fuerza y la violencia, ofreciendo así una poderosa herramienta para la emancipación de las mujeres, pudo también ser reapropiada y vuelta contra ella por los antifeministas, en lugar de la violencia. El conocimiento mismo pudo convertirse —y, de hecho, lo hizo— en un campo de batalla, en lo que algunos pensaban que se había vuelto una guerra entre los sexos. Era mucho lo que había en juego.

Estas campañas represivas tuvieron el efecto indeseado de centrar la atención sobre la situación subordinada de las mujeres, inspirando de este modo manifestaciones ulteriores de resistencia. La emancipación de las mujeres no solo se había convertido en algo concebible, sino que había comenzado a atraer a cada vez más defensores. De este modo, la rearticulación radical de las reivindicaciones feministas en la crítica social de Charles Fourier o en las muy leídas novelas de Germaine de Staël o sus sucesoras George Sand (seudónimo de Amantine-Lucile-Aurore Dupin, baronesa Dudevant), Charlotte Brontë y muchas otras, han de entenderse no como actos aislados de resistencia literaria, sino como afluentes que se dirigen a una corriente de lava fundida de resistencia al privilegio masculino. Las circulaciones de estas obras aseguraba que las centelleantes brasas de los anteriores debates volvieran finalmente a encenderse, y que lo que James Billington llamó en cierta ocasión «fuego en las mentes de los hombres» se extendería por igual a través de las generaciones posteriores de mujeres y hombres de Europa³.

Para entender ahora cómo se las arreglaron las feministas para abrir nuevas fisuras a través de las cuales lanzar una efusión de protesta, a pesar de las reacciones políticas contrarrevolucionarias que marcaron el siglo XIX, quiero señalar cinco desarrollos contextuales que se contrarrestan y se cruzan. Estos desarrollos, que se encuentran en el centro de la historia de las mujeres así como en la historia específica del feminismo que se aborda en este libro, aseguraron el fracaso definitivo de los antifeministas para contener o suprimir las demandas feministas. Cada uno de estos desarrollos generó una vasta bibliografía especializada a la que no puedo hacer justicia aquí, aunque indicaré algunos títulos de particular importancia en las notas a los capítulos.

El primero de estos es la creciente alfabetización y la rampante educación de las mujeres, que había comenzado en el siglo XVIII pero que creció espectacularmente durante el siglo XIX, pese al hecho de que todavía siguió por detrás de la de los hombres. Extender y mejorar la educación de las mujeres, que se había convertido ya en un destacado tema feminista en la Europa del siglo XVIII —y, ciertamente, de una particular importancia política en el contexto revolucionario—, es algo que siguió estando en la

vanguardia de los intereses feministas. No se trata solo de que las feministas continuaran criticando las formas existentes de la educación de las muchachas, sino que también se hicieron educadoras, fundaron escuelas, lucharon por entrar en las universidades y por adquirir títulos en medicina, derecho, teología y otros campos que les permitirían acceder a profesiones liberales y al servicio público y, cada vez más, para algunas, rebatir las construcciones antifeministas del conocimiento⁴. A mediados de los años sesenta del siglo XIX, unas cuantas jóvenes de Rusia habían comenzado a estudiar para obtener títulos de medicina en la universidad en

⁴ La escolarización de las muchachas suscita un número importante de cuestiones políticas para la historia feminista, entre las cuales se encuentra la clientela, los profesores, el currículum y quién está organizando y financiando—qué escuelas, a qué nivel y con qué fines. Sobre la alfabetización y la formación de las muchachas en el siglo XIX, véase Kate Flint, *The Woman Reader, 1837-1914*, ed. rev., Oxford, Clarendon Press, 1994. Para Francia, véase Françoise Mayeur, *L'Éducation des filles en France au XIXe siècle*, París, Hachette, 1979; y Linda L. Clark, *Schooling the Daughters of Marianne*, Albany, SUNY Press, 1984; véase también el ensayo de Mayeur, «The Secular Model of Girls' Education», en *Emerging Feminism*, pp. 228-245; y sobre la formación de maestras, Jo Burr Margadant, *Madame le Professeur: Women Educators in the Third Republic*, Princeton, Princeton University Press, 1990. Para Alemania y los países germanohablantes, véase James C. Albisetti, *Schooling German Girls and Women*, Princeton, Princeton University Press, 1988; Marie-Claire Hoock-Demarle, «Reading and Writing in Germany», en *Emerging Feminism*, pp. 145-165; Juliana Jacobi, «Zwischen Erwerbsfleiss und Bildungsreligion: Mädchenbildung in Deutschland», en la edición alemana de *History of Women*; James C. Albisetti, «Female Education in German-Speaking Austria, Germany, and Switzerland, 1866-1914», en David Good et al. (eds.), *Austrian Women in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Providence, Berghahn, 1996; Ursi Blosser y Franziska Gerster, *Töchter der Guten Gesellschaft: Frauenrolle und Mädchenerziehung im schweizerischen Grossbürgertum um 1900*, Zürich, Chronos, 1985; e Ilse Brehmer y Gertrude Simon (eds.), *Geschichte der Frauenbildung und Mädchenerziehung in Österreich*, Graz, Leykam, 1997.

Sobre Italia, véase Simonetta Soldani (ed.), *L'educazione delle donne: Scuole modelli di vita femminile nell'Italia dell'Ottocento*, 2ª ed., Milán, Fran Angeli, 1991. Véase también, sobre la actitud de la Iglesia católica, Adriana Valerio, «Pazienza, vigilanza, ritiratezza: La questione femminile nei documenti ufficiali della chiesa (1848-1914)», *Nuova DWF* 16 (primavera, 1981); y Michela de Giorgio, «The Catholic Model», en *Emerging Feminism*, pp. 167-197. Sobre España, véase Pilar Ballarín, «La construcción de un modelo educativo de "utilidad doméstica"», en la edición española de *A History of Women*, vol. 4, y Gloria Espigado Tocino, *Aprender a leer y a escribir en el Cádiz del ochocientos*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1996. Sobre Grecia, véase Eleni Varikas, «Subjectivity et identité de genre: L'Univers de l'éducation féminine dans la Grèce du XIXe siècle», *Genèses* 6 (diciembre de 1991).

Para los Países Bajos, véase Cornelia Wilhelmina (Mineke) Bosch, *Het Geslacht van de Wetenschap: Vrouwen en hoger onderwijs in Nederland, 1878-1948* [El género de la ciencia: mujeres y educación superior en los Países Bajos], Ámsterdam, SUA, 1994. Véase también Mineke Van Essen y Mieke Lunenburg (eds.), *Vrouwelijke pedagogen in Nederland*, Nijkerk, Intro, 1991. Para Rusia, véase Christine Johanson, *Women's Struggle for Higher Education in Russia, 1855-1900*, Kingston, McGill-Queen's University Presses, 1987; y para Polonia, los artículos en Anna Zamowska y Andrzej Szwarc (eds.), «Kobieta i edukacja», 2 vols., *Kobieta* 2 (1992).

Para Irlanda, véase Mary Cullen (ed.), *Girls Don't Do Honours: Irish Women in Education in the 19th and 20th Centuries*, Dublín, *Women's Education Bureau*, 1987; y sobre la red de escuelas privadas de muchachas en Suecia, véase Gunhild Kyle, *Svensk flickskola under 1800-talet*, Gotemburgo, Kvinnohistoriskt Arkiv, 9, 1972; y Christina Florin, «Schoolboys, Schoolgirls and the Swedish State», ponencia inédita, Bielefeld, 1993. Para Bélgica, véase Luc Courtois, *L'Éducation des étudiantes a L'Université de Louvain*, Lovaina la Nueva, L'Université, 1987.

³ Véase James Billington, *Fire in the Minds of Men: Origins of the Revolutionary Faith*, Nueva York, Basic Books, 1980, que solo aborda «el papel de las mujeres» como un elemento secundario.

Zúrich; a ellas se unieron mujeres francesas e inglesas en París y, más tarde, en Edimburgo. En los años setenta del mismo siglo, las mujeres consiguieron ser admitidas formalmente en las universidades en Inglaterra (Universidad de Londres), en Irlanda y en Dinamarca. En los años ochenta, la matemática rusa Sofia Kovalievsky obtuvo un título superior en Heidelberg, y unas cuantas mujeres comenzaron a estudiar en universidades de España.

La expansión de la educación primaria y secundaria estaba, no obstante, vinculada en lo fundamental a un segundo desarrollo, el crecimiento y avance del nacionalismo y la formación del Estado-nación. Las expresiones de nacionalismo cultural eran ya importantes en Estados sólidamente establecidos como Francia, Inglaterra y España, mientras que en los territorios políticamente fragmentados de Italia y Alemania, los movimientos de unificación nacional se desarrollaron en torno al nacionalismo cultural: el lenguaje, la música, el arte, la historia y otras formas de expresión cultural comenzaron a definir lo que era ser «alemán», «italiano», «noruego», «suizo» o «checo». Aun cuando a las mujeres se las tuvo alejadas de la participación política en las naciones que estaban desarrollando formas representativas de gobierno, los líderes nacionales adoptaron alegorías femeninas para simbolizar sus tradiciones; los franceses personificaban su nación como diosas de libertad o igualdad; Britannia, Helvetia, Hibernia y Germania se unieron pronto a esta asamblea europea de alegorías nacionales⁵. ¿Pero cuál era en realidad el género de estas naciones? ¿Cómo se configuró?

El siglo XIX y los comienzos del XX fueron testigos de movimientos de independencia y de la fundación de Estados-nación en Grecia, Noruega y Finlandia, así como de frustradas aspiraciones a fundar muchos más, incluidas Polonia y Ucrania, algunas partes de las cuales estaban dominadas por los imperios ruso y austrohúngaro. Los líderes de los es-

⁵ La historiografía sobre el nacionalismo, la construcción nacional y las cuestiones de población es inmensa. Aquí apuntaré tan solo algunas obras de particular interés a la hora de explorar el género de naciones y Estados desde un punto de vista feminista. Otras pueden localizarse en las notas finales a los capítulos.

Para estudios sobre cómo funcionan las imágenes de las mujeres como símbolos nacionales en las sociedades dominadas por los hombres, véase, para Francia, Maurice Agulhon, *Marianne into Battle: Republican Imagery and Symbolism in France, 1789-1880*, trad. Janet Lloyd, Londres, Cambridge University Press, 1981; y *Marianne au pouvoir: L'Imagerie et la symbolique républicaines de 1880 a 1914*, París, Flammarion, 1989. Véanse también los siguientes catálogos de exposiciones: Ian Jeffrey, Isabelle Julia y Alain Sayag (eds.), *La France: Images of Woman and Ideas of Nation, 1789-1989*, Londres, South Bank Center, 1989; Georg Kreis, *Helvetia - im Wandel der Zeiten: Die Geschichte einer nationalen Repräsentationsfigur*, Zürich, Verlag Neue Zürcher Zeitung, 1991; *Les Révolutions de 1848: L'Europe des images*, 2 vols., París, Assemblée Nationale, 1998; y Monika Flacke (ed.), *Mythen der Nationen: Ein europäisches Panorama*, Berlín, Deutsches Historisches Museum, 1998. Sobre las mujeres como símbolos culturales en Rusia, véase Joanna Hubbs, *Mother Russia: The Feminine Myth in Russian Culture*, Bloomington, Indiana University Press, 1988.

fuerzos nacionalistas insistieron en nuevas y variadas formas en la formación de las mujeres, no solo por propósitos de promoción de una ciudadanía escolarizada en su «lengua madre», sino también en términos de interés por el crecimiento de la población nacional, con sus implicaciones para la reposición de la fuerza de trabajo y de la potencia militar. En este último caso, los esfuerzos del Estado se centrarían cada vez más en la aptitud física y psicológica de las mujeres para la maternidad en interés de la nación e intentaría promover la natalidad en un tiempo de transición demográfica⁶. En Francia en especial, pero de forma creciente después de 1900 en Alemania y Gran Bretaña, los doctores y los políticos comenzaron a preocuparse de nuevo por las posibles consecuencias adversas para sus países de la caída de las tasas de natalidad y de la alta mortalidad infantil. Se obsesionaron por el desarrollo físico, mental y moral de la fuerza de trabajo nacional así como de la fuerza de combate, y algunos insistieron en que la producción de futuras generaciones debía convertirse en una prioridad gubernamental. Se hizo manifiesto que las mujeres tenían gran importancia para las aspiraciones políticas nacionales de los hombres; el crecimiento de la población era una cosa que ellos no podían llevar a cabo solos.

El tercer desarrollo importante —estrechamente relacionado con los temas de las aspiraciones nacionales— tiene que ver con la marcha masiva de mujeres, muchas jóvenes y solteras, a convertirse en una fuerza de

⁶ Para tener una perspectiva del funcionamiento de las aspiraciones feministas dentro de los marcos nacionalistas y de los esfuerzos de unificación nacional, así como de la dimensión de género de los Estados-nación, véase Bogna Lorence-Kot, «Klementyna Tanska Hoffmanowa, Cultural Nationalism and a New Formula for Polish Womanhood», en *History of European Ideas* (número especial sobre «Women, Society, and Culture», Karen Offen [ed.]) 8, 4/5 (1987); Lorence-Kot, «A New Vision for Polish Women: Handmaidens to the Nation?», en Frances Richardson Keller (ed.), *Views of Women's Lives in Western Tradition*, Lewiston, The Edwin Mellen Press, 1990; Martha Bohachevsky-Chomiak, *Feminists Despite Themselves: Women in Ukrainian Community Life, 1884-1939*, Edmondton, Canadian Institute of Ukrainian Studies, University of Alberta, 1988; Linda Edmondson, *Feminism in Russia, 1900-1917*, Stanford, Stanford University Press, 1984; y Ann Taylor Allen, *Feminism and Motherhood in Germany, 1800-1914*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991. Véase también Christiane Veauvy y Laura Pisano, *Paroles oubliées: Les Femmes et la construction de l'État-nation en France et en Italie, 1789-1860*, París, Armand Colin, 1997; también publicado en italiano, 1994; Eleni Varikas, «La Révolte des dames: genèse d'une conscience féministe dans la Grèce du XIXe siècle (1833-1907)», tesis de tercer ciclo, Universidad de París VII, 1986; publicada en griego en 1987; y el libro de Marie Neudorff sobre el feminismo checo del siglo XIX (véase bibliografía, p. 551).

Sobre la convergencia de nacionalismo, imperialismo, feminismo y temas de población, véase Anna Davin, «Imperialism and Motherhood», *History Workshop* 5 (primavera, 1978), pp. 9-65; Karen Offen, «Depopulation, Nationalism, and Feminism in Fin-de-siècle France», *American Historical Review* 89, 3 (junio de 1984), pp. 648-676. Véase también Michael S. Teitelbaum y Jay M. Winter, *The Fear of Population Decline*, Orlando, Academic Press, 1985; John R. Gillis, Louise A. Tilly y David Levine (eds.), *The European Experience of Declining Fertility, 1870-1970: The Quiet Revolution*, Oxford, Blackwell, 1992; y el foro especial «Population and the State in the Third Republic», Rachel G. Fuchs (ed.), en *French Historical Studies* 19, 3 (primavera, 1996).

trabajo cada vez más urbanizada, recién situado su trabajo fuera del hogar y, por tanto, altamente visible. En la década de 1830, Francia, Bélgica y otras partes de Alemania y Suiza, como Inglaterra unas pocas décadas antes, habían entrado en un periodo de mayor desarrollo económico, basado en la manufactura mecanizada, cada vez más centralizada esta en las industrias textiles y metalúrgicas. El desarrollo de la producción y la expansión industrial de una economía monetaria introdujo severas presiones en la economía doméstica de subsistencia, y confirmó el cambio de pensamiento sobre la división sexual del trabajo, que había ido ganando fuerza ideológica durante el siglo XVIII⁷.

⁷ Para una serie de estudios de casos en las intersecciones de temas de género y de clase durante la industrialización, véase Laura L. Frader y Sonya O. Rose, *Gender and Class in Modern Europe*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1996. Anteriores debates pueden rastrearse en los ensayos publicados en Daryl M. Hafer (ed.), *European Women and Preindustrial Craft*, Bloomington, Indiana University Press, 1995.

Véanse también los recientes análisis interpretativos de mujeres trabajadoras, la economía industrial capitalista y la división sexual del trabajo por Laura Levine Frader, en *Becoming Visible*, 2.ª ed., Boston, Houghton-Mifflin, 1987, pp. 309-333; una versión revisada con bibliografía adicional es «Doing Capitalism's Work: Women in the Western Industrial Economy», en *Becoming Visible*, 3.ª ed., 1998, pp. 295-325. Véase también Joan W. Scott, «The Woman Worker», en *A History of Women*, vol. 4, Fraisse y Perrot (eds.), pp. 399-426; y en el mismo volumen, Michelle Perrot, «Stepping Out», pp. 449-481.

Sobre aspectos en torno al trabajo remunerado y no remunerado de las mujeres en el siglo XIX en varias sociedades de Europa, véase, para España, Mary Nash, «Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX», en el vol. 4 de la edición española de Duby y Perrot (eds.), *Historia de las mujeres*. Para Inglaterra, véase Sonya O. Rose, *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992; Deborah Valenze, *The First Industrial Woman*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; y el libro de Anna Clark mencionado *supra*. Para Francia, véase Michelle Perrot (ed.), «Métiers de femmes», número especial de *Le Mouvement social* 140 (julio-septiembre de 1987); y sobre los sindicatos de mujeres, véanse los ensayos en *Clio: Histoire, Femmes et Sociétés* 3: *Métiers, corporations, syndicalismes* (1996). Sobre Rusia, véase Rose Glickman, *Russian Factory Women: Workplace and Society, 1880-1914*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1984. Sobre los esfuerzos para la sindicación, véanse los ensayos en Norbert C. Seldon (ed.), *The World of Women's Trade Unionism: Comparative Historical Essays*, Westport, Greenwood Press, 1985.

Sobre los temas de pobreza de las mujeres, moralidad y esfuerzos de intervención con respecto a las madres pobres en el continente, véase, para la primera parte del siglo, Frances Gouda, *Poverty and Political Culture: The Rhetoric of Social Welfare in the Netherlands and France, 1815-1854*, Lanham, Rowman & Littlefield, 1995. Para la última parte, véanse los ensayos en Elinor Accampo, Rachel G. Fuchs y Mary Lynn Stewart (eds.), *Gender and the Politics of Social Reform in France, 1870-1914*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1995; y Leora Auslander y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Différence des sexes et protection sociale (xix-xxe siècles)*, St. Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1995. Véanse también, para Francia, los relevantes estudios de Rachel G. Fuchs, *Abandoned Children: Foundlings and Child Welfare in Nineteenth-Century France*, Albany, SUNY Press, 1984; y *Poor and Pregnant in Paris: Strategies for Survival in the Nineteenth Century*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1992. Sobre las reivindicaciones de los derechos de las mujeres y sobre temas de maternidad, véase Anne Cova, *Maternité et droits des femmes en France*, París, Anthropos, 1997.

Sobre los inicios de la legislación protectora para las mujeres trabajadoras, véase el exhaustivo conjunto de ensayos en Ulla Wikander, Alice Kessler-Harris y Jane Lewis (eds.), *Protecting*

Las mujeres siempre habían trabajado de forma remunerada pero, en algunos países (encabezados por Inglaterra), los políticos y los economistas expresaron su preocupación sobre la extensión de la participación de mujeres —sobre todo de mujeres casadas— y de niños en la nueva fuerza de trabajo industrial. Por la prensa, circulaban historias escabrosas sobre la explotación de los trabajadores de ambos sexos por parte de los manufactureros, y las acusaciones de promiscuidad y de acoso sexual resultado de la mezcla de los sexos en minas, fábricas y talleres despertaron una severa crítica pública. Los opositores al empleo de las mujeres reiteraban que los sexos habían de ocupar espacios físicos separados, y el lugar de las mujeres no estaba en la fuerza de trabajo pagada, del mismo modo que no lo estaba en la vida política, sino en el hogar, bajo la protección y el control masculino.

Las prescripciones contra la participación política de las mujeres pronto se extendieron a su participación económica. Los teóricos económicos contrarrevolucionarios, los sindicalistas y los reformistas católicos se unieron al coro de teóricos políticos que trataban de institucionalizar el «cercamiento» y la subordinación en la familia de las mujeres. En su versión de las «esferas separadas», afirmaban que al cabeza de familia del hogar, que estaba empleado (y del que se consideraba que era quien había de ganar el pan), habría de pagársele un «salario familiar», es decir, una suma suficiente como para mantener a su mujer y a sus hijos. Estos teóricos recomendaban a las hijas solteras que completaran sus aprendizajes domésticos con sus madres en lugar de buscar un empleo fuera.

Los temas que tenían que ver con el empleo de las mujeres se volvieron más visibles y más controvertidos a medida que se desarrolló una economía monetaria y avanzó la industrialización. Solo la riqueza territorial parecía ofrecer seguridad tanto a mujeres como a hombres en aquellos tiempos de expansión y contracción, pero en la mayoría de los países europeos, esta riqueza seguía aún controlada, en primera instancia, por unas pocas familias y luego por los cabezas de familia masculinos de los hogares. A medida que las fortunas familiares de reciente adquisición fueron sufriendo altibajos con los ciclos impredecibles del mercado, las mujeres solteras de clase media (un fenómeno histórico nuevo) se enfrentaron al panorama de tener que mantenerse a sí mismas y, durante la segunda mitad del siglo XIX, las mujeres instruidas de clase media se convirtieron masivamente en fuerza de trabajo, levantando una considerable controversia al hacerlo. Sus hermanas casadas, al menos las más prósperas entre ellas, podrían retirarse a la elaboración y refinamiento de complejas eco-

Women: Labor Legislation in Europe, the United States, and Australia, 1880-1920. Urbana, University of Illinois Press, 1995. Sobre las políticas dirigidas a las madres, véase Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity & Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States, 1880s-1950s*, Londres, Routledge, 1991.

nomías domésticas; solo unas pocas, no obstante, podrían aspirar a convertirse en damas ociosas⁸.

En las ciudades y en las localidades grandes de la Europa de principios de siglo XIX, poca gente trabajadora podía vivir de acuerdo con este nuevo ideal, aunque cada vez fueran más los trabajadores especializados que aspiraban a alcanzarlo. Estas prescripciones de esferas «separadas» eran, para la mayoría de la gente, tan solo atractivos ideales, imposibles de realizar bajo las condiciones imperantes. Las contribuciones económicas de las mujeres, tanto si se las pagaba como si no, eran demasiado importantes para el bienestar de la familia. Irónicamente, sin embargo, las tareas domésticas de las mujeres serían efectivamente redefinidas como no-económicas. Como resultado de esto, las tareas que llevaban a cabo la mayoría de las mujeres de las ciudades, desde acarrear agua a cocinar alimentos y hacer la colada, se volvieron económicamente invisibles y culturalmente devaluadas. Cada vez más, las únicas contribuciones que «contaban» eran aquellas que aportaban dinero. A las mujeres, estuvieran casadas o no, se les tenía que permitir ganar un salario digno. Los estadísticos revelaron que la prostitución y la maternidad fuera del matrimonio estaban en alza; que el aborto, los infanticidios y los suicidios, aumentaban. La moralidad sexual —es decir, la moralidad sexual de las mujeres— se convirtió en una cuestión de enorme importancia. Todos estos asuntos apuntaban al problema de la desproporcionada pobreza de las mujeres en la competitiva economía de mercado en desarrollo.

A estos desarrollos, las feministas del siglo XIX respondieron exigiendo el reconocimiento y la reevaluación del trabajo doméstico de las mujeres, aun cuando lucharon por el derecho de las mujeres a trabajar fuera del hogar, a recibir la misma paga por el mismo trabajo, reducción de horas, mejores condiciones en el lugar de trabajo, sindicalización de las mujeres trabajadoras y, en último término, apoyo estatal a las madres y despenalización del aborto y el infanticidio⁹. Las feministas socialistas irían más

⁸ Sobre temas particulares para mujeres de clase media, la construcción de esferas separadas y los esfuerzos por demolerlas, véase Bonnie G. Smith, *Ladies of the Leisure Class: The Bourgeoisies of Northern France in the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1981; Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Chicago, University of Chicago Press, 1987; y Marion A. Kaplan, *The Making of the Jewish Middle Class: Women, Family, and Identity in Imperial Germany*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1991. Sobre las controversias que rodean la entrada de las mujeres de clase media en la mano de obra holandesa, véase Francisca DeHaan, *Gender and the Politics of Office Work: The Netherlands 1860-1940*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 1998.

⁹ Sobre la prostitución, la labor de rescate y los esfuerzos feministas por abolir la prostitución regulada en el continente, véase Edward Bristow, *Prostitution and Prejudice: The Jewish Campaign against White Slavery, 1870-1939*, Oxford, Clarendon Press, 1982; y Laurie Bernstein, *Sonia's Daughters: Prostitutes and Their Regulation in Imperial Russia*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1996; y Anne-Marie Käppeli, *Sublime croisade: Éthique et politique du féminisme protestant, 1875-1928*, Carouge-Ginebra, Éditions Zoé, 1990. Sobre Italia, véase Mary Gibson, *Prostitution and the State in Italy, 1860-1915*, New Brunswick,

allá, desarrollando con el tiempo una crítica con múltiples aspectos y proponiendo una reestructuración colectiva de la producción, del trabajo doméstico y del cuidado de los niños que permitiría a las mujeres convertirse en cooperadoras económicas en pie de igualdad con los hombres. Solo unas pocas defenderían la completa emancipación sexual. Era más probable que las feministas europeas a finales del siglo XIX defendieran la educación sexual para las mujeres y los hombres y un estándar único de moralidad sexual que restringiera severamente la promiscuidad masculina.

Antes de 1848, parecía como si socialistas y feministas pudieran estar marchando por vías paralelas pero, a finales del siglo XIX, divergieron políticamente. El cuarto movimiento importante, entonces, tendrá que ver con la intensa rivalidad que se desarrolló entre las feministas y los socialistas. Esta rivalidad se volvió mucho más aguda después de 1889, cuando los socialistas marxistas fundaron la Asociación de la Segunda Internacional de los Trabajadores, políticamente muy poderosa. Con la aspiración de enganchar a una clientela potencialmente masiva de mujeres proletarias a la causa de la revolución socialista internacional, en la década de 1890, las mujeres con conciencia de clase, socialistas-marxistas, crearon la categoría de «feminismo burgués» y la condenaron, insistiendo en que solo la participación de la fuerza de trabajo, y no los derechos legales (sean civiles o cívicos) o la educación o la reforma social, ofrecían la llave a la emancipación de las mujeres. Ellas insistían también en que había que dar prioridad a la causa de la clase trabajadora por encima de la

Rutgers University Press, 1986; y Annarita Buttafuoco, «Motherhood as a Political Strategy: The Role of the Italian Women's Movement in the Creation of the Casa Nazionale di Maternità», en el volumen de Bock y Thane.

Sobre los esfuerzos de las feministas inglesas e irlandesas por abordar la prostitución como irresponsable, véase Lucy Bland, *Banishing the Beast: English Feminism and Sexual Morality, 1885-1914*, Nueva York, The New Press, 1995; y Sheila Jeffreys, *The Spinster and Her Enemies: Feminism and Sexuality, 1880-1930*, Londres, Pandora Press, 1985. Véanse también los ensayos de Philippa Levine, «Consistent Contradictions: Prostitution and Protective Labour Legislation in Nineteenth-Century England», *Social History* 19, 1 (enero de 1994), pp. 17-35; y sobre Irlanda, Maria Luddy, «Prostitution and Rescue Work in Nineteenth-Century Ireland», en Maria Luddy y Cliona Murphy (eds.), *Women Surviving*, Dublín, Poolbeg, 1990.

Sobre los otros aspectos de la organización femenina, desde la filantropía y la caridad a la política feminista, véase Catherine M. Prelinger, *Charity, Challenge, and Change: Religious Dimensions of the Mid-Nineteenth Century Women's Movement in Germany*, Westport, Greenwood Press, 1987; los ensayos en Kathleen D. McCarthy (ed.), *Lady Bountiful Revisited: Women, Philanthropy and Power*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1990; en especial, sobre Rusia, Brenda Meehan-Waters, «From Contemplative Practice to Charitable Activity: Russian Women's Religious Communities and the Development of Charitable Work, 1861-1917». Para Irlanda, véase Maria Luddy, *Women and Philanthropy in Nineteenth-Century Ireland*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Para Francia, véase Evelyne Lejeune-Resnick, *Femmes et associations (1830-1880)*, París, Publisud, 1991; Sylvie Fayet-Scribe, *Associations féminines et catholicisme: De la charité à l'action sociale, XIXe-XX siècle*, París, Les Éditions ouvrières, 1990. Para Suecia, véase Brita Åkerman (ed.), *Vi Kan, Vi Behövs: Kvinnorna Går Samman i egna föreningar [Nosotras podemos, a nosotras se nos necesita: las mujeres ingresan en sus propias asociaciones]*, Estocolmo, Akademiklitteratur, 1983.

causa de las mujeres, hasta que se hubiera alcanzado la revolución socialista¹⁰. Molestas por el rechazo de las socialistas a cooperar, las feministas siguieron insistiendo en que la emancipación de la mujer era una causa de todas las mujeres y que todas las mujeres era «hermanas» en su subordinación, al margen de su clase socioeconómica. Muchas creían que la plena ciudadanía política proporcionaría mujeres con la autoridad requerida para romper, de una vez por todas, el espinazo de la hegemonía masculina inscrita en las leyes, instituciones y prácticas imperantes.

El quinto desarrollo, que interseca con todo el resto, concierne al crecimiento tanto de los movimientos feministas organizados nacionales como de las iniciativas que promueven un movimiento feminista internacional bien organizado y duradero que abordaría todos estos asuntos¹¹. A continuación, se dieron iniciativas que entraron en conflicto, encabezadas por feministas francesas e inglesas, con las neoeuropeas de Norteamérica cada vez más implicadas, así como las feministas de muchos países, hasta que, en 1900 más o menos, surgieron una serie de organizaciones internacionales paralelas.

Los programas de los congresos feministas nacionales e internacionales, así como las obras de teatro, las novelas y la prensa del periodo, dan fe del alcance, amplitud e importancia de la crítica feminista. Este prolífico flujo de debate y reivindicaciones de cambio se amortiguó solamente con el estallido de la Primera Guerra Mundial, en razón de la urgencia del conflicto armado. La guerra supuso una forma de silenciar todas las discusiones... al menos, temporalmente.

El capítulo IV aborda las rearticulaciones de las reivindicaciones feministas durante el agitado periodo que va desde, más o menos, 1820

¹⁰ Para análisis del feminismo socialista a comienzos del siglo XIX en Inglaterra y Francia, véase Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Nueva York, Pantheon, 1983, ed. rev. Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993; y Claire Goldberg Moses, *French Feminism in the Nineteenth Century*, Albany, SUNY Press, 1984; véase también Susan K. Grogan, *French Socialism and Sexual Difference: Women and the New Society, 1803-1844*, Londres, Macmillan, 1992; y los ensayos y textos en Moses y Leslie Rabine, *Feminism, Socialism and French Romanticism*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.

Para la última parte del siglo XIX, véanse mis comentarios en la introducción y la discusión y amplias notas en los capítulos VI y VII. Véase también el estudio de Lise Vogel, *Marxism and the Oppression of Women: Toward a Unitary Theory*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1983, en especial, los caps. 4-8; si hubiera descubierto el trabajo de Vogel en una fase previa de mi investigación, me habría ahorrado una buena dosis de esfuerzo.

¹¹ Dos estudios complementarios sobre la temprana interconexión feminista internacional son: Bonnie S. Anderson, *Joyous Greetings! The First International Women's Movement*, Nueva York, Oxford University Press, 2000; y Margaret H. McFadden, *Golden Cables of Sympathy: The Transatlantic Sources of Nineteenth-Century Feminism*, Lexington, University of Kentucky Press, 1999. Para el final del siglo XIX y el principio del siglo XX, véase el soberbio estudio de Leila J. Rupp, *Worlds of Women: The Making of an International Women's Movement*, Princeton, Princeton University Press, 1997.

hasta los albores de las revoluciones de 1848. Este señala la reemergencia de la crítica feminista en nuevos ámbitos así como nuevas formulaciones de argumentos más antiguos. Pondrá a su vez la atención en varias facetas destacadas del pensamiento feminista, centradas en torno a la crítica de las instituciones matrimoniales y en torno al empoderamiento estratégico de las mujeres como madres-ciudadanas o madres educadoras en las culturas nacionales emergentes.

El capítulo V estudia el periodo de 1848 a 1870. Trata una serie de erupciones mayores de la protesta feminista en el continente europeo, de nuevo comenzando con los acontecimientos revolucionarios en París y extendiéndose rápidamente por las principales ciudades de Europa. Explorará también la emergencia, a partir del fracaso de las revoluciones de 1848, de otra reacción antifeminista masiva, en particular en Alemania, así como la articulación de las expresiones feministas en la ficción y en la prensa en los lejanos países escandinavos, y en Inglaterra, los comienzos de un movimiento feminista pequeño pero bien organizado, centrado en el trabajo de las mujeres durante los años finales de la década de 1850. Examinará también la aparición de las campañas para la admisión de las mujeres en la formación universitaria y la intensificación de las «guerras del conocimiento», cuando las mujeres feministas replicaron al monopolio de los hombres sobre el conocimiento formal, en especial en los campos de la medicina y el derecho, que fueron utilizados repetidas veces por parte de los antifeministas para reinscribir la subordinación de las mujeres. El capítulo concluye reconsiderando la contribución extraordinariamente importante de John Stuart Mill, *The Subjection of Women* (1869), y destaca su recepción a lo largo y ancho de Europa. Esta obra, unida a la defensa que hizo Mill del sufragio femenino en el Parlamento británico en 1867, desplazó, en efecto, el foco lejos de Francia. Este desplazamiento fue reforzado por la derrota del Segundo Imperio francés por parte de una coalición de Estados alemanes encabezada por Prusia, en 1870 y, en 1871, por el posterior aplastamiento de los insurgentes de la Comuna de París, que incluía a muchas feministas radicales, por parte de las fuerzas del «orden moral»; todo ello propició un clima político desfavorable para las feministas francesas durante los primeros años críticos de la Tercera República.

El capítulo VI explora una serie de nuevos desarrollos en la historia de los feminismos europeos entre los primeros años de la década de 1870 y 1889, marcando esta última fecha el centenario de la Revolución francesa y la definitiva fundación de un movimiento feminista internacional, así como de un movimiento socialista internacional rival. Explorará también el desarrollo de un sostenido interés feminista en el trabajo y el bienestar de las mujeres como mano de obra industrial y la intensificación de la rivalidad entre feministas y socialistas en un esfuerzo por resolver la «cuestión femenina».

En los capítulos VII y VIII, rastrearé la proliferación de los «feminismos» durante el periodo 1890-1914, una era de cambio político y social acelerado. Este fue un periodo en el que se dio nombre al «feminismo» y en el que se levantó un gran clamor sobre la «nueva mujer», culta, a menudo cualificada profesionalmente, cada vez más independiente en lo económico y recelosa del matrimonio, puesto que este se había estructurado sistemáticamente para favorecer la autoridad masculina. También en este periodo, los intereses feministas comenzaron a desarrollarse dentro del catolicismo romano organizado, así como dentro de la forma específicamente marxista de la socialdemocracia encarnada en la Segunda Internacional.

El capítulo VIII aborda en mayor profundidad las cuestiones de los feminismos en las culturas políticas nacionales en desarrollo y en los contextos nacionalistas durante las postrimerías del siglo XIX y el comienzo del siglo XX, con particular énfasis en la búsqueda del sufragio y otros derechos de ciudadanía. Se presentan brevemente estudios de casos de naciones y culturas más pequeñas (Finlandia y Ucrania, Grecia y Bélgica), lo mismo que de otras más grandes (Gran Bretaña, con referencia a Irlanda, y Francia). Algunas feministas no estaban de acuerdo con los temas que traspasaban los límites de las naciones durante este periodo, en particular, la legislación laboral protectora para mujeres trabajadoras; ahora bien, otros sumaban sus fuerzas a través de estos límites para desarrollar una crítica radical, exhaustiva de las prácticas sexuales masculinas, que van de la prostitución sancionada por el Estado al militarismo.

Los temas planteados por las feministas europeas en el curso del siglo XIX llegaban hasta las bases de sus sociedades respectivas; de este modo, estos temas recurrían y se rearticulaban con fuerza creciente por parte de cada generación. Con el militarismo y el imperialismo rampantes que caracterizaron las postrimerías del siglo XIX, el rumor de la protesta feminista se convirtió en un estruendo ensordecedor que ya no podía ser silenciado. Poniendo a los antifeministas cada vez más a la defensiva, las feministas obligaron a sus oponentes a articular explicaciones de su resistencia. Lo cierto es que, a pesar —o precisamente a causa de— la intensidad de esta resistencia, es posible afirmar sin exageración que el grado de apoyo a la emancipación de las mujeres en Europa creció espectacularmente a lo largo del siglo XIX. Es en este contexto en el que hemos de entender las afirmaciones realizadas para la importancia del feminismo a principios del siglo XX por Ellen Key, madame Avril de Sainte-Croix, Millicent Garrett Fawcett y tantas otras. Repetiré aquí la afirmación de Key: «La lucha que está manteniendo la mujer es mucho más trascendental que ninguna otra; y si no hay desviación, finalmente superará en fanatismo a ninguna guerra de religión o raza»¹².

¹² Ellen Key, *Love and Marriage*, trad. Arthur G. Chater, Nueva York, Putnam, 1911, p. 214; ed. orig. en sueco, 1903; en alemán, 1904; y en francés, 1906.

REARTICULAR LAS REIVINDICACIONES FEMINISTAS, 1820-1848

En el periodo que va desde 1820 hasta el nuevo estallido revolucionario en 1848, las partidarias de la perspectiva crítica de lo que ahora denominamos feminismo prepararon una campaña para reducir, e incluso para abolir, los privilegios del sexo masculino, para exponer los prejuicios que sustentaban el privilegio masculino, para transformar las instituciones existentes y para empoderar a las mujeres y, de ese modo, liberarlas del control masculino. Particularmente en los Estados-nación posrevolucionarios de Francia e Inglaterra, un amplio espectro de escritores y críticos sociales refundirán formulaciones ilustradas anteriores para prever una reestructuración radical de la relación entre los sexos dentro de la familia y la sociedad. Mencionando toda la gama de temas legales, educativos, económicos y políticos, añadían demandas a gran escala de libertad económica y derechos políticos, reforma moral, libertad sexual e incluso (en Inglaterra) control de natalidad. Los temas que suscitaban se debatían no solo en panfletos y libros, sino también en las páginas del *Times* de Londres y en la *Westminster Review* y la *Revue de Deux Mondes* y en el *Charivari*.

Esta nueva generación de desafiadoras y desafiadores feministas incluía colaboradores tan diversos como Harriet Martineau, John Stuart Mill, George Sand, Flora Tristan y Louise Otto, que se enfrentarían a los Napoleón, a los Virey, a las Hannah More y a los Hegel que habían tratado de limitar, constreñir y encauzar las posibilidades de las mujeres, ya sea en nombre de la familia encabezada por un hombre, del «orden público» de la jerarquía sexual y social, o del sujeto universal «hombre».

Estas desafiadoras desplegarían una gama prolífica de argumentos para exponer sus puntos de vista sobre libertad, igualdad y justicia para las mujeres: invocaban analogías con la esclavitud, desarrollaban argumentos de complementariedad sexual, afirmaban la importancia de la maternidad, la autoridad moral de las mujeres y sus papeles únicos como

civilizadoras de los hombres. En 1817, por ejemplo, poco después del final de las guerras napoleónicas, el poeta británico Percy Bysshe Shelley meditaba sobre la siguiente cuestión: «¿Puede el hombre ser libre si la mujer es una esclava?»¹. En 1830, la angloirlandesa Anna Doyle Wheeler afirmaba: «Cuando defendiendo los Derechos de la Mujer, entonces, lo hago bajo la más perfecta convicción de que al mismo tiempo estoy defendiendo la causa de los hombres, mostrando la poderosa influencia que las mujeres ejercen sobre la felicidad o la tristeza de los hombres mismos»². En París, Prosper Enfantin proclamó a los sansimonianos en 1831 que «el hombre y la mujer, este es el individuo social», y exigió el restablecimiento de la armonía entre el hombre y la mujer o, tal como él lo expresó, entre el intelecto y la sensualidad³. Rahel Varnhagen, escritora judía alemana afincada en Berlín, se quejaba en sus cartas (1834), publicadas de forma póstuma, de que «hombres y mujeres son dos naciones diferentes en Europa», mientras que el teólogo Ludwig Feuerbach se hacía eco de los argumentos de Saint-Simon, insistiendo en que «el hombre y la mujer son el uno complemento del otro, y unidos de este modo presentan antes de nada a la especie, al ser humano perfecto (*the perfect [hu]man*)»⁴. En 1847, en su célebre poema *The Princess*, Alfred Tennyson yuxtapone las distintas perspectivas en un poderoso diálogo entre el Viejo Rey, que reafirmaba la visión autoritaria de la jerarquía sexual y las esferas separadas, y la princesa Ida, que defendía la total inclusión de las mujeres en los asuntos de la vida:

El viejo rey:

El hombre para el campo y la mujer para el hogar;
el hombre para la espada y para la aguja ella;

¹ Percy Bysshe Shelley, *The Revolt of Islam* (1817), canto 2, verso 43. Sobre Shelley, véase Barbara Charlesworth Gelpi, *Shelley's Goddess: Maternity, Language, Subjectivity*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.

² Anna Doyle Wheeler, «Rights of Women: A Lecture delivered by Mrs. Wheeler last year, in a Chapel near Finsbury Square», *The British Co-Operator* 1, 1 (abril de 1830), 13. Mi agradecimiento a George Offen por traer de Londres una copia de este texto. Sobre Wheeler, véase Margaret McFadden, «Anna Doyle Wheeler (1785-1848): Philosopher, Socialist, Feminist», *Hyapatia* 4, 1 (primavera, 1989), pp. 91-101; y Dolores Dooley, «Anna Doyle Wheeler (1785-ca. 1850)», en Mary Cullen y Maria Luddy (eds.), *Women, Power and Consciousness in 19th Century Ireland*, Dublín, Attic, 1995, pp. 19-53.

³ Prosper Enfantin, «Extrait de la parole du Père dans la réunion générale de la famille, le 19 Novembre 1831», *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin*, vol. 47, París, 1878; según trad. KO, en WFF, vol. 1, doc. 34.

⁴ Karl Auguste Varnhagen von Ense (ed.), *Rahel: Ein Buch des Andenkens für ihre Freunde*, Berlín, Duncker und Humblot, 1834, vol. I, p. 312; según trad. en Doris Starr Guilloton, «Toward a New Freedom: Rahel Varnhagen and the German Women Writers before 1848», en Avriel H. Goldberger (ed.), *Woman as Mediatrix*, Nueva York, Greenwood Press, 1987, p. 136; Ludwig Feuerbach, *The Essence of Christianity* (1841), trad. George Eliot (1854), Nueva York, Harper & Row, 1957, apéndice 15.

el hombre con la cabeza y la mujer con el corazón;
el hombre para mandar y la mujer para obedecer;
todo lo demás es confusión.

La princesa Ida:

En todas partes
dos cabezas reunidas, dos junto al hogar,
dos en el enmarañado tráfago del mundo,
dos en los oficios liberales de la vida,
dos plumadas que caen a la vez para sonar el abismo
de la ciencia y los secretos de la mente;
músico, pintor, escultor, crítico y más⁵.

Tal como sugieren estas citas, la «cuestión femenina» se encontraba muy arraigada en las mentes de los europeos atentos. A principios de los años treinta del siglo XIX, aun los conservadores, incluso algunos que ejercían gran autoridad sobre la opinión pública europea, tales como el envejecido escritor católico francés François-René de Chateaubriand, reconocían el potencial revolucionario de las reivindicaciones que se estaban haciendo en nombre de la corrección de los males de las mujeres. En 1834, este calificó la emancipación de las mujeres como uno de los mayores desafíos al orden posrevolucionario europeo. Al lado de las injusticias económicas del trabajo asalariado y la redistribución de las fortunas, él veía la cuestión femenina como un tema clave en el surgimiento de una sociedad nueva, que ya no estaba organizada «en torno a grupos y por familias». «¿Qué aspecto ofrecerá [la nueva sociedad]», se pregunta él, «cuando es individual la forma en la que parece estar convirtiéndose, la forma en la que se la puede ver ya en formación en los Estados Unidos?»⁶.

CARACTERIZAR EL FEMINISMO EN UN CONTEXTO CONTRARREVOLUCIONARIO

A pesar de la continua oposición, la causa de la emancipación de las mujeres ganó fuerza en las sociedades europeas, intersecando con los esfuerzos por liberar a otros grupos subordinados europeos, desde los esclavos negros en las colonias hasta los «esclavos blancos» de las clases

⁵ Alfred Tennyson, *The Princess* (1847), parte V, versos 427-431 y parte II, versos 155-161. El estudio contextual de John Killham, *Tennyson and the Princess: Reflections of an Age*, Londres, Athlone Press, 1958, resulta aún enormemente útil. Este poema inspiró posteriormente la opereta *Princess Ida*, de Gilbert y Sullivan.

⁶ François-René de Chateaubriand, «L'Avenir du monde», *Revue des Deux Mondes*, 15 de abril de 1834, pp. 236-237. Puede que a Chateaubriand le influenciase fuertemente en esta opinión su amante de 1829 a 1831, Hortense Allart, mucho más joven que él, que publicó más tarde *La Femme et la démocratie de notre temps*, París, Delaunay, 1836.

trabajadoras europeas, o hasta los judíos, que aún estaban sujetos a la discriminación institucional en la mayoría de los países aparte de Francia, e incluso a los católicos y los irlandeses en la Inglaterra militantemente protestante. Algo más tarde, los siervos de Rusia y de partes del Imperio austrohúngaro figurarían en esta panoplia de los oprimidos. Ahora bien, por todas partes, la causa de las mujeres fue reconocida, no como de una minoría, sino como la de más o menos la mitad de la población.

En los Estados de Europa central y oriental, los defensores de la emancipación de las mujeres siguieron encontrando una dura resistencia, mientras los oponentes colocaban nuevos obstáculos políticos en sus caminos. Aquí la memoria desempeñaba un papel importante. Los supervivientes masculinos más viejos que concertaron los acuerdos de paz de 1815, después de la derrota final de Napoleón en Waterloo, recordaban aún las tumultuosas consecuencias de la Declaración de los Derechos del Hombre y las inquietantes reivindicaciones de los derechos de las mujeres que la acompañaron; también recordaban aquellos el extraordinario fenómeno de la actividad política de las mujeres en la revolución y consideraban justificable su despiadada represión durante el Terror de 1793. Tomaron nota también del intento del gobierno revolucionario francés de reconstruir y reappropriarse de la familia como baluarte del Estado secular a través de la institucionalización del matrimonio civil y el divorcio y de las leyes homogeneizadoras sobre la herencia para las hijas e hijos; acabando de este modo con el favor mostrado hacia los primogénitos masculinos. Ahora bien, no pudieron ignorar pasivamente el desafío simultáneo al matrimonio institucionalizado y a las estructuras religiosas pronunciado por escritores masculinos europeos que exploraban los límites de la libertad en el amor apasionado. Recordaron de forma aún más vívida las guerras napoleónicas de conquista que vinieron a continuación y las espantosas pérdidas de vidas masculinas en los campos de batalla, todas en nombre de la «libertad». Estos acontecimientos habían sacudido el sistema político y social de la Europa continental hasta sus cimientos.

Los tratados que dieron fin a las guerras en 1815 restablecieron una precaria paz europea. Aun así, los monarcas victoriosos de la Europa continental (Prusia, Rusia y Austria) no se darán por satisfechos tan solo con los tratados de paz. Encabezados por el príncipe Metternich, el canciller austriaco, iniciarán al mismo tiempo una campaña para suprimir las energías y las ideas revolucionarias que habían emanado desde Francia hasta Europa central y oriental. Esta campaña contrarrevolucionaria, epitomizada por los Decretos de Carlsbad de 1820, trataba de ejercer un control estricto a través de la censura de las manifestaciones públicas (poniendo freno tanto a la prensa como a las reuniones políticas) y de la restricción de la asociación pública y de las libertades individuales. En la Rusia de 1797, el zar Pablo I ya había alterado la línea de sucesión al trono para restablecer el gobierno masculino, con el fin de evitar que en el futuro

hubiera mujeres que llegasen a monarcas, como ocurrió con su madre, Catalina II. Bajo el mandato de Nicolás I y su emperatriz, Aleksandra Fiodorovna (antes princesa Charlotte de Prusia), el papel de la emperatriz rusa se reformó para enfatizar la crianza de los niños, la domesticidad y los modelos de virtud⁷. El gobierno imperial de Rusia de 1820 se convirtió en el verdadero epítome de la represión absolutista, una fortaleza contra las ideas emancipatorias de todas clases.

Aun en esta nueva geografía de la represión, seguía siendo posible en los años veinte del siglo XIX debatir algunas ideas sobre la emancipación de las mujeres, como puede verse en el intercambio epistolar ficticio sobre la educación de las hijas en *Zerstreute Blätter aus meinem Schreibtische* (*Hojas dispersas desde mi escritorio*, 1823), de Karoline Pichler, reeditado en Viena en 1843⁸. Las iniciativas feministas ganaron a su vez impulso teórico a partir de los esfuerzos esporádicos de filósofos y poetas para atisbar la liberación (no solo moral sino también material) de los sujetos como individuos independientes, autodeterminados. Entre los filósofos alemanes, en particular, donde las ideas clásicas de lo público y lo privado habían sido revitalizadas por Hegel, surgía una línea de pensamiento idealista, más abstracta, que abogaba enérgicamente por la autorrealización ética del individuo ante las restricciones de la identidad sexual o las «esferas sexuales». A medida que se expandió por el pensamiento europeo este acercamiento filosófico trascendentalista a la «verdad», y a medida que fue apropiado por la causa de las mujeres así como por las de los hombres, las tensiones entre estas líneas argumentales, muy diferentes, comenzarían a nutrir la argumentación feminista en los países de la Europa occidental.

El individualismo abstracto de la argumentación feminista en este período no debería, no obstante, exagerarse. La mayoría de las pensadoras feministas europeas del siglo XIX —y de sus oponentes— antes de 1848 pueden caracterizarse como pensadoras y reformadoras relacionales. La mayoría sostenía una visión holística de las sociedades y estaba de acuerdo con sus oponentes más conservadores en que la relación sociopolítica de los sexos era el auténtico pegamento que mantenía unida la estructura de la sociedad; veían a mujeres y a hombres como seres encarnados, el matrimonio y los roles sexuales/de género como inherentemente políticos y como esenciales para la cohesión social, pero sí que querían alterar el equilibrio sexual de fuerzas en las estructuras familiares, acabando con la subordinación de las mujeres. Algunos enfatizaron cuidadosamente los papeles *instrumentales* sociales de las mujeres e insistieron en la natura-

⁷ Véase Richard Wortman, «The Russian Empress as Mother», en David L. Ransel (ed.), *The Family in Imperial Russia*, Urbana, University of Illinois Press, 1978, pp. 60-74.

⁸ Caroline Pichler, «Über weibliche Erziehung» (1823), en *Zerstreute Blätter aus meinem Schreibtische, neue Folge*, Viena, A. Pichlers sel. Witwe, 1843. Traducción del alemán encargada por Barbara Hyams (M. Y. Fund).

leza especial de las mujeres como una fuerza social positiva, aun cuando apelaban a los principios de libertad e igualdad. Ahora bien, la idea dominante de igualdad siguió siendo moral e intelectual.

De hecho, la complementariedad de los sexos resultó central para las perspectivas feministas durante este periodo. La mayoría de las feministas aceptaron algún tipo de división sexual del trabajo en la sociedad. Lo que rechazaban era la asertiva división de género de las esferas público/privada como masculina/femenina (postulada por teóricos políticos desde Aristóteles a Rousseau, Fichte y Hegel); las feministas consideraron esto inapropiado y afirmaron, tal como lo había hecho Tennyson en *The Princess*, que la influencia de las mujeres como mujeres había de sentirse por toda la sociedad, tanto en las esferas cívicas, civil y socioeconómica, como en las domésticas.

La mayoría de las feministas continentales en esta era reconocían la importancia social de las diferencias fisiológicas entre los sexos, y daban por sentado como «natural» lo que Adrienne Rich hubo etiquetado desde entonces como «heterosexualidad obligatoria». De hecho, algunos políticos progresistas que apoyaron la emancipación de las mujeres (si bien, no todos) abogaron también por el matrimonio universal y por el final de la prostitución, aunque se opusieron enérgicamente a los patrones desequilibrados de dominación y subordinación que caracterizaban las formas corrientes del matrimonio religioso y civil. Una minoría, identificada a menudo con el anarquismo, proponía argumentos para el «amor libre» y la emancipación sexual de los individuos y las parejas, fuera de las ataduras de la Iglesia o de la regulación del Estado, y sin implicaciones para la transmisión de la propiedad. Otros, en especial en Inglaterra, buscaron reformas concretas específicas para la emancipación legal y económica de las mujeres adultas solteras (que la revolución ya había puesto en marcha en Francia). Las reivindicaciones de divorcio civil fueron particularmente ruidosas en Francia, donde las innovadoras leyes revolucionarias sobre el divorcio de la década de 1790 habían sido posteriormente revocadas. En 1837, Flora Tristan publicó un ataque devastador al «despotismo» y la «servidumbre» encarnados por el derecho matrimonial francés y la prohibición del divorcio, exigiendo una «relación entre iguales»⁹.

La mayoría de las feministas en este periodo veían la maternidad como un papel y una responsabilidad particular de las mujeres y como un terreno común estratégico para exigir la solidaridad de las mujeres a través de

⁹ Flora Tristan, *Pétition pour le rétablissement du divorce à Messieurs les députés, le 20 décembre 1837*, París, Impr. de Mme Huzzard, 1838; según trad. en Felicia Gordon y Máire Cross (eds.), *Early French Feminisms 1830-1940: A Passion for Liberty*, Cheltenham, Edward Elgar, 1996, pp. 44-46. Son numerosos los estudios en torno a Tristan. Un buen número de obras de Flora Tristan al completo, incluida *The Worker's Union*, se hallan disponibles ahora en traducción inglesa; véase también la recopilación *Flora Tristan: Utopian Feminist*, Doris Beik y Paul Beik (trads. y eds.), Bloomington, Indiana University Press, 1993.

las clases y las divisiones sociales. Defendían que las muchachas fueran escolarizadas de forma adecuada con el fin de cumplir este importante papel adulto. Tal como señaló la educadora inglesa Mary Maurice, «ninguna mujer es realmente capaz de desempeñar los deberes que recaen en ella, sea su rango el que sea, a menos que haya tenido una formación adecuada»¹⁰. Lo cierto es que, para muchos, la maternidad (no solamente física sino también espiritual y educacional) podía a su vez reimaginarse —en contraste con la condición de esposa— como el vehículo de la liberación de las mujeres; de esta forma lo apunta la historiadora Ann Taylor Allen, «la maternidad espiritual» se convirtió en un potente motor para el avance de los intereses de las mujeres y una apertura de su posición en la sociedad. Las feministas alemanas invocaban el «eterno femenino» de Goethe contra los esfuerzos de ponerlas en pedestales o de enjaularlas como canarios¹¹. Estas exigencias de maternidad podrían incluso ofrecer un medio deliberado de desviar o restar importancia a ideas antiguas de una sexualidad femenina rampante e incontrolable, aunque tales ideas seguirían preocupando a generaciones de hombres europeos.

En contraste con los anarquistas, muchas feministas europeas del siglo XIX insistieron también (mucho más de lo que hoy encontramos cómodo) en la relación simbiótica entre la familia y el Estado; ciertamente, en una era de desarrollo espectacular de los Estados-nación, deseaban con todo optimismo aprovechar el poder estatal en nombre de la emancipación de las mujeres, así como insistir en los beneficios que el poder y la influencia de las mujeres podían ejercer sobre el Estado. Este optimismo siguió intacto incluso cuando las emancipadoras imaginaban una reorganización concienzuda de las relaciones heterosexuales existentes, de las economías domésticas y de las instituciones familiares, incluidas las prácticas de crianza de los niños, las labores domésticas y la división sexual del trabajo —lo que era una visión diametralmente opuesta a los nuevos patriarcados preferidos por aquellos que gobernaron los Estados mayoritariamente monárquicos y militaristas de la Europa de principios de siglo XIX.

TEMAS POLÍTICOS, CULTURALES Y ECONÓMICOS EN LA ARGUMENTACIÓN FEMINISTA

La memoria política y la represión, junto con la construcción del Estado maternal no fueron, no obstante, los únicos factores que influenciaron en la reafirmación de las reivindicaciones feministas. El desarrollo histórico de los feminismos en Europa acompañó al surgimiento de la alfabe-

¹⁰ Mary Maurice, *Mothers and Governesses* (1847), como se cita en WFF, vol. 1, doc. 47, p. 175.

¹¹ Véase Ann Taylor Allen, «Spiritual Motherhood: German Feminists and the Kindergarten Movement, 1848-1911», *History of Education Quarterly* 22, 3 (otoño, 1982), pp. 319-339.

tización y de la educación de masas y luchará para organizar sociedades nacionales puramente seculares (a menudo definidas en oposición a la francesa en aquellos países afectados hacía poco de forma más inmediata por la insurgencia y por la ocupación militar francesa). Las demandas feministas se articularían también con referencia a los asuntos derivados del crecimiento expansivo de una economía de mercado urbana, comercial y cada vez más industrializada que ensanchaba el abismo que separaba a los ricos de los pobres, que parecían cada vez más ricos y más pobres que nunca antes. El vocabulario mismo del feminismo —libertad, igualdad, hermandad, emancipación, liberación, derechos—, que se había desarrollado durante la Ilustración europea y la Revolución francesa, asumiría nuevas capas de significado después de 1830, en especial con referencia a las nuevas categorías de pensamiento y comportamiento político nacidas tras la revolución: «conservador», «liberal», «radical», y «socialista». Conceptos como democracia, individualismo y socialismo (este último acuñado en los años treinta del siglo XIX por el reformista francés Pierre Leroux) podían verse, o bien como ideales utópicos, o como horribles espectros, aun cuando quedasen restringidos a los hombres, a comienzos de ese siglo. En el momento en el que se incorporaron las mujeres, algunos encontraron esos conceptos aún más amenazadores.

En la Francia de la Restauración, los años veinte del siglo XIX marcaron una pausa. Una de las voces distinguidas a ser escuchada en nombre de las mujeres en aquellos años fue la del abbé Grégoire, el clérigo francés que durante la revolución había apoyado la emancipación conjunta de judíos, esclavos y mujeres. En 1820, publicó un nuevo tratado, *De l'influence du Christianisme sur la condition des femmes* (La influencia del cristianismo en la condición de las mujeres), en el que insistió en la importancia de la doctrina cristiana para mejorar el estatus de las mujeres; yendo más allá, comparó favorablemente la suerte de las mujeres bajo la religión cristiana con la de aquellas de sus homólogas que vivían en «naciones idólatras, musulmanas y salvajes»¹². A continuación del asesinato del duque de Berry (el heredero al trono), aquel mismo año, un tal Thomassy afirmaba que Francia, ahora una monarquía constitucional, debería restituir la sucesión femenina al trono, una propuesta que sin duda se encontró con reacciones muy diversas, dada la tradición francesa de siglos de excluir a las mujeres del mismo¹³. En 1830, la reciente monarquía constitucional fundada en la nuevamente independiente Bélgica, adoptó la tradición, muy francesa, de excluir a las mujeres del trono.

¹² Abbé Henri Grégoire, *De l'influence du Christianisme sur la condition des femmes* (1821), reed. en *Oeuvres de l'abbé Grégoire*, vol. 13, Nendeln, Krauss-Thomson, 1977; cita, cap. 1, p. 5; trad. KO.

¹³ Thomassy, *De la Nécessité d'appeler au trône les filles de France*, París, A. Egron, 1820. Los hermanos más jóvenes del rey ejecutado (Luis XVI) reestablecieron la monarquía borbónica «legítima»; el único hijo superviviente del rey, una niña, quedó bajo la custodia de sus tíos.

Los intereses en el reinado femenino y el significado de la condición de reina provocaron fuertes respuestas incluso en Inglaterra, que era aún la nación políticamente más liberal de todas las que habían vencido. El esfuerzo de Jorge IV, también en 1820, por divorciarse de su consorte, que vivía separada de él, mediante una ley del Parlamento, llevó a un enorme apoyo público hacia la reina, vista no solo como símbolo de la necesidad de reforma parlamentaria, sino también como abanderada de los males de las mujeres. Las mujeres, apoyando públicamente a la reina Carolina contra Jorge IV, estaban, en palabras de Thomas Laqueur, «golpeando en el corazón mismo de la desigualdad sexual y del doble rasero»¹⁴. El significado simbólico del largo reinado posterior de la reina Victoria (1837-1901) fue prefigurado de un modo extraordinario por el debate que rodeó a la reina Carolina. Aunque Victoria se mostraría personalmente desinteresada por la emancipación política de las mujeres, enfatizando la domesticidad y la maternidad tras el matrimonio con el príncipe consorte, Alberto, sí que hizo esfuerzos de apoyo para promover la educación de las mujeres. Para algunos, no obstante, su mera presencia en el trono desde 1837 en adelante parecía justificar sus demandas de inclusión de las mujeres en la vida política. El tema del gobierno femenino se formuló de forma diferente en España, donde la sucesión de la joven princesa borbónica española Isabel II, en 1833, quedaría asegurada frente a las reivindicaciones de su tío don Carlos tan solo por la suma habilidad de la madre (la cuarta esposa de Fernando VII), a pesar de la posición reconocida de Isabel como heredera al trono.

En Inglaterra, tras las protestas en torno al incidente de la reina Carolina, William Thompson y Anna Doyle Wheeler publicaron un importante panfleto con un título tan explícito como *Appeal of One Half the Human Race Against the Pretensions of the Other Half—Men—to Retain Them in Political and Thence in Civil and Domestic Slavery* (Demanda de una mitad de la especie humana contra las pretensiones de la otra mitad—los hombres—de mantenerlas en la esclavitud política y, por tanto, en la esclavitud civil y doméstica). Miembros de sectas protestantes radicales como los disidentes, unitarios o cuáqueros, tales como Frances Wright y Eliza Sharples Carlyle, así como los discípulos del rey del textil, reformador social y organizador de los sindicatos, Robert Owen, comenzaron a abordar la cuestión femenina en sus discursos y publicaciones¹⁵.

¹⁴ Véase Thomas W. Laqueur, «The Queen Caroline Affair: Politics as Art in the Reign of George IV», *Journal of Modern History* 54, 3 (septiembre de 1982), pp. 417-466; y Anna Clark, «Queen Caroline and the Sexual Politics of Popular Culture in London, 1820», *Representations* 31 (verano, 1990), pp. 47-68.

¹⁵ Sobre todos estos grupos, véase Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Londres, Virago, 1983. Sobre el trabajo de Thompson y de Wheeler, véase en especial Dolores Dooley, *Equality in Community: Sexual Equality in the Writings of William Thompson and Anna Doyle Wheeler*, Cork, Cork University Press, 1996.

La cuestión de los derechos políticos para las mujeres solteras acaudaladas salió pronto a la superficie. Ahora bien, en junio de 1832, cuando el Parlamento aprobó la histórica Ley de Reforma, cada uno de los párrafos que trataba del sufragio parlamentario llevaba el prefacio: «Toda persona mayor de edad y no sujeta a ninguna incapacidad legal»¹⁶. Tanto las mujeres adultas solteras en posesión de su propiedad como las mujeres casadas que han «cedido» la suya a sus maridos, estaban explícitamente excluidas de los derechos políticos. En agosto, una tal Mary Smith de Stanmore, en el condado de York, le solicitó el voto al Parlamento británico, planteando que, puesto que pagaba impuestos y estaba sujeta a las leyes, había de tener una voz a la hora de hacerlas; su solicitud fue presentada por Mr. Hunt y fue rápidamente rechazada en medio de discusiones sobre lo inconveniente que sería tener a hombres y mujeres en jurados que habían de enclaustrarse la noche entera¹⁷.

Ni los cartistas, que hicieron campaña por un sufragio masculino aún más amplio en los años cuarenta del siglo XIX, ni otros hombres trabajadores apoyaron de forma particular el que las mujeres votaran, tal como establece el trabajo de Anna Clark, entre otras¹⁸. De hecho, pese a la continua agitación, las reivindicaciones feministas de cambios legales o políticos se encontraron con respuestas fuertemente desfavorables en Inglaterra. La exclusión de las delegadas americanas de la Convención Mundial Contra la Esclavitud en Londres en 1840, que se convirtió en uno de los más conocidos acontecimientos «sensibilizadores» para las feministas europeas del periodo, ha de entenderse en este contexto de objeciones masculinas a la participación política femenina. En Inglaterra, solo una importante reforma legal, que establecía derechos limitados para que las madres custodiasen a sus propios hijos, se realizó antes de la década de 1850, gracias a las excelentes conexiones políticas y a la agitación personal de Caroline Norton¹⁹.

Entretanto, las mujeres lectoras, por lo general privilegiadas, formadas y con el suficiente tiempo libre como para leer, fueron el objetivo de una literatura prescriptiva cada vez más abundante y, a veces, insidiosa. Estas

¹⁶ «An Act (2 William IV, c. 45) to Amend the Representation of the People in England and Wales, 7 June 1832», en David C. Douglas (ed.), *English Historical Documents*, vol. II, 1783-1832, ed. A. Aspinall y E. Anthony Smith, Oxford, Oxford University Press, 1959, doc. 303, arts. 19 y 20.

¹⁷ La solicitud de Mary Smith fue presentada y discutida en la sesión de la Cámara de los Comunes del 3 de agosto de 1832; véase *Hansard's Parliamentary Debates*, 3.ª ser., vol. 14 (3 de julio-16 de agosto de 1832), p. 1086.

¹⁸ Véase en especial Anna Clark, *The Struggle for the Breeches: Gender and the Making of the British Working Class*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1995.

¹⁹ Los esfuerzos de Caroline Norton, que contraatacó cuando su marido la acusó de adulterio y se fugó con sus hijos, tuvieron como resultado el cambio de la ley sobre la custodia de los niños, véase su breve tratado *The Separation of Mother and Child by the Law of «Custody of Infants»*, *Considered*, Londres, Roake and Varty, 1838. extractos en *WFF*, vol. 1, doc. 41.

publicaciones iban desde panfletos sobre la economía doméstica y tratados médicos que analizaban las funciones reproductivas de las mujeres hasta debates que tenían que ver con su educación adecuada. Incluían obras de ficción didáctica, poesía y obras de teatro que se adherían a ideas sobre la cuestión femenina que iban desde lo neotradicionalista a lo radical.

Puede que nunca antes en la historia haya habido un diluvio semejante de publicaciones dirigidas a las mujeres, muchas de ellas escritas por mujeres y para mujeres. Algunas de estas publicaciones promovían la emancipación pero, según parecía, insistían aún más en la necesaria subordinación de las mujeres, junto con la de sus niños, en una unidad familiar encabezada por el elemento masculino. Las obras didácticas pregonaban las maravillas de la domesticidad y articulaban la poderosa visión de esferas separadas para mujeres y hombres como la tendencia del futuro civilizado. Los educadores estudiaron también detenidamente lo que las muchachas y las mujeres deberían leer... para entonces, se daba por sentado que lo hacían.

Ya a finales de los años treinta del siglo XIX, la temible archiconservadora Sarah Stickney Ellis había comenzado a predicar su doctrina de la subordinación consciente de las mujeres con respecto a los hombres, que eran quienes habían de ganar el pan, en sus numerosos libros sobre las hijas, esposas y madres de Inglaterra: «Como mujeres, la primera cosa importante es estar satisfechas de ser inferiores a los hombres, inferiores en poder mental, en la misma proporción en la que sois inferiores en cuanto a fuerza corporal»²⁰. Las elocuentes protestas feministas realizadas por escritoras, como el panfleto *A Plea for Women* (1843) de Marion Kirkland Reid o las novelas *Jane Eyre* (1847) y *Shirley* (1849) de Charlotte Brontë, daban testimonio todas ellas del hecho de que otras mujeres estaban entusiasmadas por combatir los argumentos contrarrevolucionarios de las Mrs. Ellis.

El feminismo en los años treinta y cuarenta del siglo XIX abordó también una importante dimensión material de la subordinación de las mujeres. Primero, en Inglaterra, luego en Francia, Bélgica, Suiza y algunos Estados alemanes, los críticos sociales (la mayoría de clase media) expresaron su preocupación por la extensión de la participación de mujeres y niños en la nueva y muy visible fuerza de trabajo industrial, así como por los números cada vez mayores de pobres urbanos. El denominado trabajo de las mujeres estaba particularmente mal pagado y las condiciones laborales eran muy difíciles. «La causa más directa de la desgracia de las mujeres», escribió Zoé Gatti de Gamond, una feminista belga discípula de Fourier, en 1838, «es la pobreza; exigir su libertad significa

²⁰ Sarah Stickney Ellis, *The Daughters of England: Their Position in Society, Character and Responsibilities*, Londres, Fisher; Nueva York, Appleton, 1842. Extractos de las protestas de Reid y Brontë pueden consultarse en *WFF*, vol. 1, docs. 44, 54, 68, 81 y 83.

sobre todo exigir una reforma en la economía de la sociedad que erradicará la pobreza y le dará a todo el mundo una educación, un mínimo estándar de vida y el derecho a trabajar»²¹. La sujeción de todas las mujeres, creía ella, era en el fondo una cuestión de falta de recursos debida a la defectuosa organización social. «Los derechos» para las mujeres carecerían de contenido si no se resolvía primero el tema de su pobreza.

El avance respecto de la precedente Ley de Pobres británica de 1834 fue, no obstante, no pagar más a las mujeres, sino poner a los hombres a trabajar, en ayuda de sus mujeres e hijos dependientes²². Cuando creció la resistencia a que las mujeres fuesen mano de obra, Inglaterra se convirtió también en la primera nación en el mundo en restringir el empleo remunerado de las mujeres y los niños en las minas y en regularlo en las manufacturas²³. Las mujeres inglesas interesadas en desafiar la dominación masculina tuvieron más éxito a la hora de fundar escuelas profesionales para formar a jóvenes mujeres de clase media como profesoras e institutrices; tales posiciones eran consideradas como extensiones del papel materno y, por ello, menos amenazadoras para los intereses profesionales de los hombres²⁴.

Mirando más allá de Inglaterra, hacia los Estados Unidos, el crítico social francés Alexis de Tocqueville recomendaba a sus compatriotas lo que él consideraba la idea americana de la igualdad sexual, en la que cada sexo le parecía tener su esfera diferenciada de actividad y respetaba al otro. «Los americanos», escribía él con entusiasmo, «han aplicado a los dos sexos el gran principio de economía política que en nuestros días domina la industria. Han dividido las funciones del hombre y de la mujer cuidadosamente a fin de que el gran trabajo social fuese mejor realizado»²⁵. Ahora bien, estas nociones de esferas separadas no implicaban que el trabajo de las mujeres en la «esfera de las mujeres» armonizase con su valor económico; en su lugar, los economistas políticos, los empleadores y los líderes sindicales promovieron un desarrollo más siniestro... la valoración del trabajo remunerado de los hombres iría acompañada por la

devaluación del trabajo en el hogar no remunerado de las mujeres. La feminista francesa Jeanne Derooin era bastante consciente de este desarrollo. Repasando de un modo conmovedor las innumerables tareas diarias desplegadas por una esposa en un hogar de la clase trabajadora, ella señalaba la discrepancia a sus lectores: «Y dicen, hablando de ella, que solo trabaja su marido; ella no hace nada. Ella solo tiene que preocuparse de su hogar y sus niños»²⁶. Las palabras «trabajo» y «productividad» querían decir, cada vez más, solo trabajo remunerado... trabajo remunerado con un componente de género masculino. De este modo, las afirmaciones del derecho de las mujeres al trabajo, a ser bien pagadas por su labor productiva y a redefinir lo que se consideraba como «productivo», exigirán un lugar prominente en la agenda feminista.

Las incursiones de las mujeres de clase media y de las aristócratas en el trabajo caritativo y filantrópico —no remunerado y, sin embargo, muy apreciado y elogiado— parecían reforzar a veces la noción de que las mujeres y el dinero ganado (como las mujeres y la política) deberían ser incompatibles²⁷. Este trabajo caritativo, no obstante, pronto las expuso a las miserias de los pobres... trabajadoras desempleadas, madres solteras, prisioneras, prostitutas. Los encuentros entre estas mujeres de muy diferentes ambientes, a menudo, suscitaban la conciencia entre las privilegiadas de la subordinación estructural y la dependencia de todas las mujeres, y animaba sus esfuerzos para reformar las estructuras legales, económicas y políticas que mantenían estas injusticias. Tales encuentros llevaron también a reivindicar la intervención privada y estatal y —en particular, en las sociedades protestantes— los comienzos de la preparación y empleo profesional en el campo que se conocería como trabajo social.

VISIONES UTÓPICAS CONTINENTALES

Desde los años treinta y a lo largo de los años cuarenta del siglo XIX, reaparecieron nuevas y más fuertes reivindicaciones seculares para la emancipación de las mujeres en Francia y en otros ámbitos continentales. En particular, a partir de la Revolución de 1830 en Francia, los pros y los

²¹ Zoé Gatti de Gamond, *Fourier et son système*, París, Capelle, 1841-1842; según trad. en Bonnie G. Smith, *Changing Lives*, Lexington, D. C. Heath, 1989, pp. 174-175. El trabajo de Gatti de Gamond se publicó originalmente en 1838.

²² Véase Pat Thane, «Women and the Poor Law in Victorian and Edwardian England», *History Workshop* 6 (otoño, 1978), pp. 29-51.

²³ Véase Angela V. John, *By the Sweat of Their Brow: Women Workers at Victorian Coal Mines*, Londres, Croom Helm, 1980; y Sonya O. Rose, *Limited Livelihoods: Gender and Class in Nineteenth-Century England*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992.

²⁴ Sobre la escolarización de las muchachas y el auge de la profesión de maestra en Inglaterra, véanse los ensayos en Felicity Hunt (ed.), *Lessons for Life: The Schooling of Girls and Women, 1850-1950*, Oxford, Basil Blackwell, 1987; y Geoffrey Walford (ed.), *The Private Schooling of Girls, Past and Present*, Londres, Woburn Press, 1993.

²⁵ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, vol. 2, Nueva York, Vintage, 1959, pp. 222-225 [ed. cast. cit.: *La democracia en América*, trad. Raimundo Viejo, Madrid, Akal, 2007, p. 768].

²⁶ Jeanne Derooin, «Le Travail des femmes», *Almanach des Femmes* (1852); trad. en Erna Olafson Hellerstein, Leslie Parker Hume y Karen M. Offen (eds.), *Victorian Women: A Documentary Account of Women's Lives in Nineteenth-Century England, France, and the United States* (Estelle B. Freedman, Barbara Charlesworth Gelpi y Marilyn Yalom [eds. asoc.]), Stanford, Stanford University Press, 1981 (en adelante, VW), p. 305. Sobre Derooin, véase Moses, *French Feminism*; y referencias adicionales en las notas al capítulo V de este trabajo. Un estudio nuevo e indispensable en francés es Michèle Riot-Sarcey, *La Démocratie à l'épreuve des femmes*, París, Albin Michel, 1994.

²⁷ Las perspectivas sobre la filantropía son diversas: una discusión útil de los temas en Francia puede encontrarse en Evelyne Lejeune-Resnick, *Femmes et associations (1830-1880)*, París, Publisud, 1991.

contras de la emancipación de las mujeres preocupaban a un número considerable de pensadores europeos mayores y menores, y de nuevo generaron una considerable ansiedad entre los defensores del viejo orden.

En el continente europeo, la teoría y la acción feminista encontró una vez más su estímulo más grande en París, donde, tras una revolución bastante breve, una nueva monarquía constitucional encabezada por Luis Felipe de Orleans reemplazó a la monarquía legitimista borbónica, y vino acompañada de una carta de derechos, un Parlamento con dos cámaras y, en pocas palabras, de una restablecida libertad de prensa y asociación. Los debates sobre la ciudadanía de la mujer entraron en erupción cuando se introdujeron planes para establecer una red de escuelas primarias a escala nacional; el hecho de que no se designaran escuelas para muchachas significaba, como ha señalado Michèle Riot-Sarcey, una reafirmación de la exclusión de las mujeres de la palestra cívica²⁸.

En este clima político turbulento, los críticos sociales y los románticos literarios suscitaron de nuevo cuestiones sobre el estatus de las mujeres que serían difundidas y discutidas por mujeres y hombres en círculos intelectuales de todo el resto de Europa. Incluso los feministas británicos Anna Doyle Wheeler y John Stuart Mill encontraron inspiración en Francia, introduciendo nuevas percepciones desde Fourier y los sansimonianos sobre la cuestión femenina hasta sus contemporáneos en Inglaterra²⁹. A pesar de la censura, estas ideas se expandieron desde Francia a los principados alemanes, los países escandinavos, los Estados italianos, los Países Bajos y Rusia. De nuevo, las feministas europeas desafiaron el principio del control legal masculino sobre las mujeres en el matrimonio, comparándolo con la prostitución legalizada; de nuevo, reiteraban las reivindicaciones de una educación femenina (incluida la admisión de las mujeres al estudio de medicina), la reorganización de la economía doméstica, la defensa de los oficios de las mujeres contra la intrusión masculina y la afirmación del derecho de las mujeres a la independencia económica mediante el trabajo remunerado. En París, «Jeanne-Victoire» afirmaba que «hasta ahora la mujer ha sido explotada y tiranizada [...]; la mitad de la especie humana no puede, sin injusticia, hallarse en servidumbre con la otra mitad». Ella hizo un llamamiento a todas las mujeres —las privilegiadas y las pobres— a unirse traspasando fronteras de clase en nombre de sus intereses comunes. El mensaje de Clarisse Vigoureux era agresivamente polémico, y exigía «una explicación desde el sexo fuerte» de «la incompetente administración» de los

²⁸ Véase Riot-Sarcey, *Démocratie à l'épreuve*, pp. 94-99.

²⁹ Sobre las influencias francesas, véase en particular Iris Wessel Mueller, *John Stuart Mill and French Thought*, Urbana, University of Illinois Press, 1956; y Patricia Thomson, *George Sand and the Victorians*, Londres, Macmillan, 1977. En una serie de artículos a principios de los años treinta del siglo XIX, Wheeler introdujo las ideas sansimonianas a los owenistas en las páginas de *The Crisis*.

asuntos mundanos. A esta potente mezcla, defensores como Eugénie Niboyet y Flora Tristan, en Francia, y Carl Almqvist, en Suecia, añadirían llamamientos a la asociación y la cooperación³⁰.

Novelistas francesas de la escuela romántica, en especial George Sand, autora de las novelas controvertidas y ampliamente leídas *Indiana* (1832) y *Lélia* (1836), criticaban la situación legal y emocional de las mujeres en el matrimonio. Reestudiando las contribuciones de las escritoras Sand, Daniel Stern (seudónimo de Marie-Catharine-Sophie de Flavigny, comtesse d'Agoult) y Hortense Allart, la historiadora Whitney Walton ha afirmado de forma persuasiva que sus críticas feministas del matrimonio, su reconfiguración de los arreglos familiares y de hogares que tuvieran su centro en la mujer, vienen a ser una teoría política alternativa de la sociedad, centrada en la mujer³¹. Las declaraciones de Sand de la independencia femenina asombraron e inspiraron a algunos lectores. «Sé que yo soy la esclava y tú el amo», proclama madame Delmare, la heroína de Sand, en *Indiana*:

Las leyes de este país te hacen mi amo. Tú puedes atar mi cuerpo, atar mis manos, dominar mis actos. Tienes el derecho del más fuerte y la sociedad te confirma en ello: pero no puedes mandar en mi voluntad, monsieur; solo Dios puede doblegarla y someterla. ¡Trata de encontrar una ley, una mazmorra, un instrumento de tortura que te lo permita! Tendrías también que tratar de gobernar el aire y sujetar el espacio³².

¡Aun en forma de ficción, se trataba de algo verdaderamente estimulante!

Un rasgo distintivo del feminismo en este periodo es su erupción en nuevos lugares, que incluía imaginativas nuevas religiones o marcos cuasi religiosos vinculados a proyectos visionarios de transformación social. Se encuentran, por ejemplo, fuertes impulsos feministas en los años treinta del siglo XIX entre los sansimonianos y los fourieristas en París, y entre los owenistas y las sectas no-conformistas y discrepantes de Inglaterra y, en los años cuarenta, entre los católicos alemanes y los socialistas cristianos franceses, así como dentro de los grupos socialistas y comunistas franceses más altamente laicos, tales como los icarianos de Étienne Cabet.

³⁰ «Jeanne Victoire», «Appel aux femmes», *La Femme libre* 1 (1832), p. 1, según trad. en *WFF*, vol. 1, doc. 36, pp. 146-147; Clarisse Vigoureux, *Parole de Providence*, 1834; reed. Seysel, Champ Vallon, 1993, p. 94. Véase también Carl Jonas Love Almqvist, *Sara Videbeck*, trad. Adolph Burnett Benson, Nueva York, 1919; ed. orig. como *Det Går An*, Estocolmo, 1839; Eugénie Niboyet, «Prospectus» para *Le Conseiller des femmes* (fechado el 1 de octubre de 1833); Flora Tristan, *Union ouvrière*, París, Prévot, 1843.

³¹ Véase Whitney Walton, «Sailing a Fragile Bark: Rewriting the Family and the Individual in Nineteenth-Century France», *Journal of Family History* 22, 2 (abril de 1997), pp. 150-175.

³² George Sand, *Indiana* (1832); de la traducción de George Burnham Ives de 1900, en *WFF*, vol. 1, doc. 37; cita, p. 149.

Estos grupos «socialistas utópicos» estarían entre los más importantes en términos de su impacto de larga duración en la formulación de temas y en subsiguientes proyectos emancipatorios³³.

Los sansimonianos y los fourieristas suscitaron una vez más el tema explosivo del «amor libre», que proponía que los hombres y las mujeres deberían formar parejas solo de acuerdo con su inclinación sexual o emocional más que sometiendo a los dictados de las necesidades económicas o socioeconómicas de la familia basada en la clase; sus exigencias tenían su base en la pareja y no en el clan. Los entusiastas del amor libre insistían en que esta práctica sentaría los fundamentos para matrimonios mejores, pero sus oponentes lo denunciaban como un código para la promiscuidad sexual así como para la destrucción de la familia encabezada por un hombre.

A la vez que pedía que las mujeres hablaran sin tapujos sobre las condiciones de su propia emancipación en 1831, Prosper Enfantin, el líder reconocido de los hombres sansimonianos, cultos en su mayoría, defendía un nuevo orden religioso y social en el que se colocaría en primer plano la doctrina católica sobre la superioridad del espíritu sobre la carne. Su exigencia de una «rehabilitación de la carne» escandalizó a muchos miembros, incluso entre el liderazgo masculino de la secta, y condujo a la persecución gubernamental de ultrajes a la moralidad pública. Tras un proceso altamente publicitado en París, la palabra «emancipación» tomó connotaciones provocativas e incluso peligrosas que serían difíciles de disipar.

En 1832, como respuesta al llamamiento de Enfantin de voces de mujeres, un pequeño grupo de sansimonianas fundaron un periódico de mujeres que fue llamado sucesivamente *La Femme nouvelle* (La Nueva Mujer), *L'Apostolat des femmes* (El Apostolado de las Mujeres), *La Tribune des femmes* (La Tribuna de las Mujeres), y la *Femme Libre* (La Mujer Libre). Este grupo incluía a Suzanne Voilquin, Désirée Veret (luego conocida como Désirée Gay) y Jeanne Deroin, todas jóvenes trabajadoras que firmaban sus artículos solo con sus nombres de pila —«Jeanne-Victoire», «Jeanne-Désirée»— omitiendo los patriarcales apellidos. Ellas le quitaban importancia a las doctrinas del amor libre de Enfantin (por las que los sansimonianos habían sido llevados a juicio), insistiendo en su lugar en la importancia mayor de la independencia económica respecto de los hom-

³³ Véase Barbara Taylor, *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Nueva York, Pantheon, 1983; ed. rev. Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993; Moses, *French Feminism*; Sylvia Paletschek, *Frauen und Dissens: Frauen im Deutschkatholizismus und in den freien Gemeinden 1841-1852*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1990; y Susan K. Grogan, *French Socialism and Sexual Difference: Women and the New Society, 1803-1844*, Londres, Macmillan, 1992. Sobre los icarianos, véase Diana M. Gamo, «Gender Dilemmas: "Equality" and "Rights" for Icarian Women», *Utopian Studies* 6, 2 (1995), pp. 52-74.

bres. Aun cuando abogaban específicamente por el «derecho» de las mujeres al trabajo y a la autosuficiencia, también se centraban (como lo habían hecho sus predecesores del siglo XVIII) en defender de los intrusos masculinos los sectores tradicionales del empleo femenino, tales como la venta de cintas³⁴.

Aunque se hallaban en desacuerdo en cuestiones de emancipación sexual, las mujeres y hombres sansimonianos propusieron una noción radical de la complementariedad de los sexos. Ambos veían a la pareja masculina-femenina como el individuo social pero las mujeres sansimonianas veían la maternidad como el denominador común de la solidaridad femenina. Las mujeres no eran tan solo una parte de un todo más grande; a través de la maternidad, poseían una cualidad única que podía convertirse en una explicación buena en argumentos para la emancipación de las mujeres. Era *LA MÈRE* —la madre— cuya revelación esperaron los sansimonianos mientras su cátedra presidencial estuvo vacía y a la que finalmente irían a buscar a oriente en 1834. «Jeanne-Désirée» realizó esta exigencia en un número temprano del *Apostolat des femmes*: «La bandera de las mujeres es universal porque [...] ¿no están todas ellas unidas por el mismo vínculo, LA MATERNIDAD?»³⁵. Suzanne Voilquin secundó la moción: «Mujer, confía en tu título de madre para reclamar tu igualdad con respecto al hombre [...] La maternidad es nuestra cualidad más bella, [...] es la mujer completamente realizada»³⁶. Una cierta Madame E. A. C. afirmó incluso en 1834 que un niño debería llevar tan solo el apellido de su madre y que las madres deberían recibir ayuda financiera estatal³⁷. Esta resolución reclamación de maternidad (fuera y más allá de la dependencia de la viudedad) como el rasgo central de la diferencia de las mujeres, incorporando la capacidad fisiológica única de la mujeres para criar a los niños con insistencia en su papel vital como madres-educadoras, fue uno de los rasgos más radicales y atrevidos del pensamiento feminista francés en los años treinta del siglo XIX.

El énfasis en la maternidad y en la importancia sociopolítica de la madre-educadora no se restringía en modo alguno a feministas utópicas

³⁴ Véase Moses, *French Feminism*, cap. 3. Una selección de textos de mujeres sansimonianas en traducción inglesa, acompañados de ensayos interpretativos, pueden consultarse en Claire Goldberg Moses y Leslie Wahl Rabine, *Feminism, Socialism, and French Romanticism*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.

³⁵ «Jeanne-Désirée», «Amélioration du sort des femmes et du peuple par une nouvelle organisation du ménage», en *L'Apostolat des femmes* 5 (3 de octubre de 1832), p. 38.

³⁶ Suzanne Voilquin, «Preface» a Claire Démar, *Ma Loi d'avenir* (1834); según reed. en Claire Démar, *L'Affranchissement des femmes*, París, Payot, 1976, p. 164. Démar, de hecho, puso reparos al énfasis sansimoniano en lo maternal, afirmando en su lugar una línea feminista individualista y libertaria radical, véase Eleni Varikas, «"A Supremely Rebellious Word": Claire Démar, a Saint-Simonian Heretic», en Inge Stephan y Sigrid Weigel (eds.), *Die Marseillaise der Weiber*, Hamburgo, Argument-Verlag, 1989, pp. 89-103.

³⁷ Madame E. A. C., *La Femme est la famille*, París, chez Gautier, 1834, pp. 8-9.

como estas. Lo cierto es que muchas mujeres consideraron atractivo este nuevo papel y las educadoras francesas se mostraron particularmente influyentes a la hora de elaborar esta idea. A continuación de las importantes contribuciones, publicadas en los años veinte del siglo XIX por Marie Jeanne de Campan, que estuvo a la cabeza de las escuelas femeninas de elite establecidas por Napoleón, un trío de distinguidas escritoras protestantes francesas y suizas, la comtesse de Rémusat, Pauline Meulan (más tarde, madame Guizot) y Albertine Necker de Saussure (prima de madame de Staël), avanzaron fuertes reivindicaciones para la mejora de la formación de las mujeres, insistiendo cada una de ellas en la importancia cívica y social de los papeles ostensiblemente domésticos de las mujeres como madres-educadoras³⁸. Los defensores masculinos realizaron incluso reivindicaciones más exageradas en su apoyo, como en el influyente panfleto de Louis Aimé-Martin *La educación de las madres; o la civilización de la humanidad por parte de las mujeres* (1834), que circuló ampliamente en traducción inglesa así como en traducción francesa, y que fue reconfigurado en la voz femenina por escritoras británicas tales como Sarah Lewis en su panfleto *Woman's Mission* (1839)³⁹.

Aun las expresiones más convencionales de la idea de la madre-educadora eran estratégicamente importantes y atractivas. Dotaban a las mujeres, a las que aún se mantenía a una distancia prudencial de la vida política formal, con un papel construido como cívico o político... un papel que trascendía las responsabilidades puramente familiares («privadas»/«domésticas»). Para las mujeres urbanas de las clases medias y medias-bajas, el nuevo modelo de la nueva madre-educadora ofrecía una base para su importancia como agentes civilizadores que podrían contrarrestar la devaluación de las muchas otras tareas del hogar, vitales pero menos inspiradas, que recaían sobre ellas. Ofrecía también un importante vehículo para exigir oportunidades educativas formales e instituciones especiales para su sexo y, en especial, para la adquisición de formación como profesoras. Con este vehículo, en último término eran capaces de formular exigencias perdurables sobre el Estado, no solo para la educación adecuada, sino también siguiendo las líneas propuestas por Madame E. A. C.

En las ciudades alemanas, el movimiento de los jardines de infancia (*Kindergarten*) brindó un importante foro para la actividad feminista a la hora de promover el papel de las madres-educadoras, como ha demostra-

³⁸ Véase Margaret H. Darrow, «French Noblewomen and the New Domesticity, 1750-1850», *Feminist Studies* 5, 1 (primavera, 1979), pp. 41-65, y Barbara Corrado Pope, «Revolution and Retreat: Upper-Class French Women after 1789», en Carol R. Berkin y Clara M. Lovett (eds.), *Women, War, and Revolution*, Nueva York, Holmes & Meier, 1980, pp. 215-236.

³⁹ Véase Elizabeth Helsinger, «Sarah Lewis and "Woman's Mission"», en Elizabeth K. Helsinger, Robin Lauterback Sheets y William Veeder (eds.), *The Woman Question: Society and Literature in Britain and America, 1837-1883*, Chicago, University of Chicago Press, 1983, vol. I, *Defining Voices*, pp. 3-20.

do el trabajo de la historiadora Ann Taylor Allen⁴⁰. En varios movimientos nacionalistas, sean polacos, italianos, ucranianos o, más tarde, finlandeses, las escritoras apuntalarían repetidamente las reivindicaciones de las mujeres para conseguir la ciudadanía plena en su utilidad sociopolítica a la nación como madres. Las madres educadoras exigían el papel vital de mantener vivo el lenguaje nacional o de ayudar a reanimarlo frente a las presiones para suprimirlo por parte de los regímenes políticos. En este contexto, no obstante, ese papel podía servir también a fines antifeministas. Entre los nacionalistas polacos de comienzos de siglo XIX, la escritora Klementyna Tanska Hoffmanova animaba a las madres a enseñar polaco (y no francés) a sus hijos, y publicó mucho sobre el papel y los derechos de las mujeres polacas:

En mi juventud, vi el daño hecho a nuestro sentido de nacionalidad por nuestra infatuación con todo lo francés. Ahora bien, teniendo la madre más auténtica y mejor en el mundo, en mi juventud, descubrí la belleza de una vocación de mujer si ella cumple con el sendero de su verdadero destino. De este modo, desde el principio de mi experiencia literaria, he dirigido todos mis esfuerzos a suministrar tantos libros como puedo, en polaco, para los niños polacos. El intento es el de familiarizarlos con todo lo polaco e inculcar en las muchachas en desarrollo la conclusión de que aunque Dios las creó féminas, podían ser útiles. Mis opiniones sobre esto se encuentran lejos de cualquier defensa de emancipación a la que me opongo totalmente. No conozco ninguna otra necesidad de una filosofía para las mujeres excepto la de Cristo, ni de otro lugar en la sociedad que el que Dios determinó en los primeros días de la creación: ser esposa del hombre⁴¹.

Este énfasis en la importancia de las mujeres como madres, aun dentro de contextos nacionalistas neotradicionales, tuvo importantes implicaciones reformistas. No hay más que ver los cuidadosos esfuerzos por reformular las relaciones entre los sexos en los comienzos de la reforma judía alemana en Hamburgo. El papel de las mujeres a la hora de preservar y transmitir la cultura judía fue ampliamente reconocido como central, pero su exclusión de la educación religiosa formal y del gobierno de la congregación había sido firmemente afianzado en la costumbre. Todo esto cambiaría gracias a los esfuerzos de rabíes como Abraham Geiger, que en 1837 afirmaba:

⁴⁰ Véase Ann Taylor Allen, *Feminism and Motherhood in Germany, 1800-1914*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991.

⁴¹ Véase Bogna Lorence-Kot, «Klementyna Tańska Hoffmanowa, Cultural Nationalism and a New Formula for Polish Womanhood», *History of European Ideas* 8, 4-5 (1987), pp. 435-450; cita, p. 445.

Hagamos que desde ahora no haya distinción entre los deberes de los hombres y los de las mujeres, a menos que surjan de las leyes naturales que gobiernan los sexos; ni asunción de la minoría espiritual de la mujer, como si fuera incapaz de captar las cosas profundas de la religión; ni institución de servicio público, sea en forma o en contenido, que cierre la puerta del templo en la cara de las mujeres, ni degradación de la mujer en la forma del servicio matrimonial ni aplicación de trabas que puedan destruir la felicidad de la mujer. Por tanto, la muchacha judía y la mujer judía, conscientes del significado de nuestra fe, se vincularán fervientemente a ella, y toda nuestra vida religiosa se aprovechará de la benéfica influencia que le conferirán los corazones femeninos⁴².

Estas reivindicaciones de la importancia de la influencia cultural y de la influencia civilizadora de las mujeres confería dignidad a la feminidad, tanto entre los racionalistas seculares y nacionalistas culturales como dentro de los sectores más progresistas de los grupos de inspiración religiosa, incluidos los católicos alemanes independientes. Nuestra propia perspectiva crítica contemporánea (junto con un interés no totalmente irracional sobre la «inferiorización» de las mujeres mediante la «diferencia») ha cegado durante demasiado tiempo a los especialistas a la importancia histórica más amplia de este énfasis del siglo XIX en la complementariedad sexual, de «igualdad en la diferencia». Lo cierto es que la celebración de la importancia cultural de la maternidad como la manifestación clave de la diferencia sexual seguiría siendo central para la reconfiguración feminista de la «feminidad» y de la «condición femenina» hasta bien entrado el siglo XX.

Es importante, también, distinguir estas formulaciones de las iniciativas mejor conocidas de los pensadores masculinos franceses, tales como Auguste Comte y Jules Michelet, inventores de las religiones seculares que ponían a las mujeres sobre unos pedestales de los que tenían prohibido descender. Por ejemplo, en los años cuarenta del siglo XIX, el sociólogo-filósofo (y sansimoniano renegado) Comte reconfiguró su «filosofía positiva», en la que había invocado nuevos hallazgos científicos para argumentar contra la igualdad de los sexos, para resituarse a la «mujer» como el principio central de su nueva «religión de humanidad», y para subordinar la política a la «moralidad». Más aún, denominó al principio de que «el hombre debería mantener a la mujer» «una ley natural de la especie humana»⁴³. Este era un tipo de argumento completamente dife-

rente. Aunque la fórmula de Comte confería de igual modo una cierta dignidad a la mujer, en apariencia para consagrarla como musa del hombre, de hecho era solo otra fórmula para situar a las mujeres como subordinadas de los hombres.

EXPANDIR LA «ESFERA» DE LAS MUJERES: EL PROBLEMA RECURRENTe DE LA AMBICIÓN MUNDANA

La «igualdad», escribía George Sand en sus *Cartas a Marcie* (1837), «no es similaridad. Igual mérito no quiere decir que uno esté hecho para las mismas tareas»⁴⁴. Abogar por la importancia sociopolítica de las mujeres como madres-educadoras era hacer un argumento utilitario para un papel público distintivo pero, al mismo tiempo, pronunciar una afirmación potente en pro de la igualdad moral e intelectual de los sexos; una igualdad fundada en la diferencia y complementariedad sexual. Entretanto, estaba emergiendo una corriente diferente de argumentación. Contra la recomendación de 1846 del impresor activista Pierre-Joseph Proudhon de que una mujer podía elegir solo entre ser prostituta o ser esposa y ama de casa, algunas feministas en Europa, como la princesa Ida de Tennyson, exigirían como su derecho de nacimiento acceder a todos los aspectos de la vida social⁴⁵.

La maternidad cívica y la igualdad moral exigían, efectivamente, que las mujeres renunciaran a un cierto grado de ambición mundana. Esto no resultaba aceptable para algunas feministas en este periodo. De forma temprana, en 1837, Marie-Madeleine Poutret de Mauchamps, editora junto con su marido, Frédéric Herbinot de Mauchamps, de la *Gazette des femmes*, radicada en París, publicó una petición de cinco páginas dirigida al Instituto de Francia. La petición solicitaba que las mujeres fueran admitidas en las cinco clases del instituto y que fueran elegibles para competir por todos los grandes premios en pintura, escultura, grabado, arquitectura y composición musical. Al año siguiente, envió otra petición al rey y a los miembros de la Cámara de los Diputados. En ella, reivindicaba que la mujer fuera admitida en todos los cursos públicos y que, tras pasar los exámenes correspondientes, fueran recibidas como doctoras de medicina,

favorable de ulteriores argumentos de Comte, véase Mary Pickering, «Angels and Demons in the Moral Vision of Auguste Comte», *Journal of Women's History* 8, 2 (verano, 1996), pp. 10-40.

⁴⁴ *Lettres à Marcie* (1837), reed. en George Sand, *Les Sept Cordes de la lyre - Lettres à Marcie - Carl, etc.*, nueva ed., París, Michel Lévy freres, 1869 (1.^a ed., 1843), pp. 228-229. Véase Naomi S. Schor, «Feminism and George Sand: *Lettres à Marcie*», en Judith Butler y Joan W. Scott (eds.), *Feminists Theorize the Political*, Londres, Routledge, 1993, pp. 41-53.

⁴⁵ En relación con el antifeminismo de Proudhon, véase Pierre-Joseph Proudhon, *Système des contradictions économiques, ou Philosophie de la misère* (1846), en *Oeuvres complètes de P.-J. Proudhon*, nueva ed., C. Bouglé y H. Moysset (eds.), vol. 2, París, M. Riviere, 1923; extractos según trad. en WFF, vol. 1, doc. 52.

⁴² Rabi Abraham Geiger, «Die Stellung des weiblichen Geschlechtes in dem Judenthume unserer Zeit», *Wissenschaftliche Zeitschrift für jüdische Theologie* (1837), según trad. en W. Gunther Plaut, *The Rise of Reform Judaism: A Sourcebook of Its European Origins*, Nueva York, World Union for Progressive Judaism, 1969, p. 253.

⁴³ Véanse los extractos de Auguste Comte, *Cours de philosophie positive* (1839) y *Système de politique positive* (1848), reed. en WFF, vol. 1, docs. 62 y 63. Para una interpretación más

de derecho, de letras y de ciencias. Si las mujeres pagaban impuestos para sostener tal instrucción, reclamaba Poutret de Mauchamps, debería permitírseles disfrutar de sus beneficios igual que los hombres. Y añadía: «Si, por razones egoístas, usted reserva el ejercicio de estas profesiones solamente a los hombres, las mujeres reconocerán entonces que EN ADELANTE LA CARTA MAGNA (de 1830) MIENTE y que ellas deberían hacer todo el esfuerzo posible, como hicieron ustedes en 1830, por cambiar una Constitución que las excluye por completo de toda participación en las profesiones liberales y científicas, que les priva de toda instrucción digna y útil y que evita que aprendan de las leyes del país»⁴⁶.

Una vez más, las feministas habían arrojado el guante. Afirmaban que el acceso de las mujeres al conocimiento —a la cultura impresa, a las artes y las profesiones, a una voz y una presencia pública— era una cuestión de política. Las feministas contestaban aquí la proposición de que las mujeres podían servir solo como musas del genio masculino. «¿Por qué» —se preguntaba la escritora afincada en París Daniel Stern— «tienen tanto miedo los hombres de nuestra época a una mujer filósofa, y por qué están dispuestos a aguantar a una mujer coqueta?»⁴⁷.

A lo largo y ancho de la Europa occidental de los primeros años del siglo XIX, las oportunidades educativas formales para muchachas se fueron incrementando espectacularmente, aunque buena parte de la escolarización seguía haciéndose de forma privada o, de modo más informal, en casa. Con todo, el aprendizaje de las mujeres —más allá de unas nociones básicas— siguió siendo rebatido como inadecuado. Para ellas, publicar bajo sus propios nombres era castigado como un «alarde público», como consecuencia del cual, los seudónimos masculinos disfrazaron la obra de muchas escritoras, aun en Inglaterra y Francia. Atraer deliberadamente la atención hacia la propia erudición o hacia la propia opinión era calificado, desde Rousseau, como vulgar, censurable y hasta promiscuo. Lo cierto es que las mujeres cultas —o incluso las mujeres con pretensiones de expresarse de forma impresa— parecían ser incluso más sospechosas después de la revolución que antes; Laura Bassi ya no podía ser identificada enseñando en universidades italianas, aunque las academias italianas seguían eligiendo una literata ocasionalmente distinguida como Sophie Gay o Delphine Gay de Girardin. La matemática de talento Sophie Germain había guardado un perfil público bajo en los años veinte del siglo XIX, aunque finalmente fue admitida en ciertas reuniones científicas masculinas. George Sand hablaba directamente de este tema: «Las mujeres reciben una educación deplorable y este es el mayor crimen de los hombres contra ellas»: Ahora

⁴⁶ *La Gazette des Femmes, Journal des droits politiques et civils des françaises*, 1 de enero de 1837 y 1 de enero de 1838; cita, números de 1 de enero de 1838, p. 4.

⁴⁷ Daniel Stern, «Esquisses morales: Pensées sur les femmes», *La Revue indépendante* (25 de septiembre/10 de octubre de 1847), p. 193.

bien, añadía, puede que por suerte, «el prejuicio que excluye a las mujeres de ocupaciones serias de la mente es relativamente reciente»⁴⁸.

Incluso los conservadores animaban a las mujeres a convertirse en madres cívicas y en buenas compañeras, a ejercer su profunda influencia en la sociedad por medios silenciosos. Pero ¿cómo podrían las mujeres conseguirlo por derecho propio? ¿Podrían ser aclamadas como genios? ¿O era el genio estrictamente un atributo masculino, como tantos hombres consideraron oportuno proclamar? ¿Podrían —o deberían— ellas comprometerse visiblemente con las cosas de la mente? En los años treinta del siglo XIX, una nueva generación de estudiosas y escritoras en Francia estaba empezando a «tener presencia pública» a un ritmo cada vez mayor, con la temible madame de Staël, ya muerta, como inspiración, y con George Sand como su portaestandarte. Lo cierto es que, pese al seudónimo, el ejemplo y la influencia de Sand se extendieron más allá de las fronteras francesas para inspirar y animar a las escritoras de toda Europa⁴⁹. Otras mujeres intelectuales, desde Flora Tristan a Elizabeth Gaskell y Bettina Brentano von Arnim, combinaban crítica social con ficción para convencer de la necesidad de expandir los horizontes de las mujeres, tanto en lo profesional como en lo personal. En París, en la década de 1840, se habló incluso de nominar a escritoras para la Académie Française. Ahora bien, tal como observó irónicamente Delphine Gay de Girardin (que escribía como «Vicomte de Launay» en el periódico de su marido, *La Presse*), llevando el debate al punto de partida: «¿Por qué deberían [las mujeres] tener una cátedra [en la Académie] en un país en el que no pueden tener un trono? ¿Por qué les concederías una pluma cuando les has denegado un cetro? ¿Por qué, si no son nada por su nacimiento, deberían ser algo por su genio? ¿Por qué reconocerles un privilegio cuando se les niegan todos los derechos?»⁵⁰.

Dedicarse al conocimiento o a las artes de forma privada era una cosa. Pero los adversarios contraatacaban diciendo que cuando una mujer reivindicaba una voz pública o desplegaba su erudición, se despojaba directamente a sí misma de su sexualidad. Que había sido levantada una construcción negativa, y ciertamente hostil, sobre las reivindicaciones de las mujeres para escribir y publicar, para aprender y para oír, resultaba claro a partir de la sarcástica caracterización de las escritoras «Bluestocking» como «mujeres hombres de letras», o del verso adjunto a una caricatura de 1842 de George Sand en traje de hombre:

⁴⁸ Sand, *Lettres à Marcie*, pp. 230-231.

⁴⁹ La influencia de Sand en lugares tan lejanos como Rusia ha sido documentada por Martin Malia, *Alexander Herzen and the Birth of Russian Socialism 1812-1855*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1961, cap. 11. Véase también Thomson, *George Sand and the Victorians*, por su influencia en Inglaterra, y Penny Brown, «The Reception of George Sand in Spain», *Comparative Literature Studies* 25, 3 (1988), pp. 203-244.

⁵⁰ Delphine Gay, *Lettres parisiennes*, vol. 3, París, M. Lévy, 1857, carta de 23 de marzo de 1844, p. 303; trad. KO.

Si el retrato de George Sand
deja la mente algo perpleja
es porque el genio es abstracto
y como se sabe no tiene sexo⁵¹.

Christine Planté ha documentado que el alcance y la amplitud de las hostilidades en Francia creció por parte de los críticos literarios masculinos contra la «mujer autor» (*femme écrivain*) durante la Monarquía de Julio, mientras que Janis Bergman-Carton ha demostrado la severidad de la crítica de la «mujer de ideas» tal como se registra en la caricatura y en la pintura de aquellos años⁵². La impactante táctica de intimidación desplegada en esta lucha tan pública fue replicada mucho más allá de las fronteras de Francia. Un crítico británico anónimo de un libro que acababa de publicarse de consejos para madres-educadoras italianas por Anna Pepoli, señalaba en 1841 que «el obstáculo más insuperable contra la autoría femenina se encuentra en la muy enraizada antipatía, o si hemos de llamarlo así, en el prejuicio de la gente de ese país contra cualquier intento de parte de una mujer de atraer sobre sí la mirada de la multitud o de pretender la notoriedad [...] La autoría femenina en Italia es considerada como una especie de hermafroditismo moral»⁵³. El tono del artículo revelaba el deseo implícito del crítico de recomendar esta actitud a sus compatriotas también en Inglaterra. Y lo cierto es que, en la Inglaterra victoriana, el sendero para las escritoras estaba igualmente cubierto de minas terrestres, como señala Deirdre David⁵⁴. El libro de consejos para las madres italianas de Ana Pepoli, bastante conservador, fue arrojado al *Index* de libros prohibidos por el Vaticano y tuvo que publicarse en Suiza.

Las escritoras fueron peor vistas aún en España que en Francia, Inglaterra o Italia, según el estudio de Susan Kirkpatrick sobre mujeres escritoras en la década de 1840. Allí los hombres que fueron los pioneros del Romanticismo español —o sea, la vanguardia literaria— parecían centrados de un modo obsesivo en encasillar a las mujeres como ángeles domésticos, «el ángel del hogar». Las escritoras, menos valientes quizá que sus hermanas francesas al otro lado de la frontera, sintieron la necesidad de

⁵¹ Jules Janin, «Le Bas-bleu», en *Les Français peints par eux-mêmes*, París, L. Curmer, 1842, pp. 201-231; cita, p. 202. Los versos citados aquí proceden de la leyenda de una caricatura de Alcide Lorenz, *Miroir drolatique* (1842), reproducida y traducida en Janis Bergman-Carton, *The Woman of Ideas in French Art, 1830-1848*, New Haven, Yale University Press, 1995, pl. 19, p. 48.

⁵² Véase Christine Planté, *La Petite Soeur de Balzac*, París, Seuil, 1989; Bergman-Carton, *Woman of Ideas*, esp. pp. 216-218.

⁵³ Reseña anónima de *La Donna saggia ed amabile* por Anna Pepoli, viuda del marqués de Sampieri (1838), en la *Foreign Quarterly Review* 27, 55 (octubre de 1841), p. 94.

⁵⁴ Véase Deirdre David, *Intellectual Women and Victorian Patriarchy*, Basingstoke, Macmillan, 1987.

recurrir a formas muy alambicadas de autorrepresentación para justificar sus incursiones en el espacio público⁵⁵. En tales circunstancias, resultaba muy difícil articular las reivindicaciones feministas.

Ahora bien, en España, Italia y en los demás países en los que circulaban publicaciones en francés, inglés y alemán, los lectores aprendían sobre el alcance y la amplitud de las ambiciones y las aspiraciones de las mujeres. El privilegio masculino había sido llamado a rendir cuentas en repetidas ocasiones. Y, en todas partes, los defensores del privilegio masculino tomaban represalias tratando de desacreditar las reivindicaciones feministas y a quienes las llevaban a cabo, definiéndolas como poco femininas. ¡Había que ser muy valiente de veras para ser feminista!

Mucho antes de las revoluciones de 1848 y a pesar de un clima político hostil en la mayoría de los países de Europa, grupos de mujeres y de algunos hombres, que entendían la voluntad de emancipación de la mujer, habían rearticulado de forma elocuente las exigencias del fin de la subordinación femenina. Replantando de nuevo las reivindicaciones que se habían desbordado durante la Ilustración del siglo XVIII, elaboraron la gama completa de críticas que caracterizaría el movimiento de emancipación de las mujeres durante el resto del siglo. Proponían visiones de cómo tendría que ser una sociedad nueva en la que las mujeres fueran iguales a los hombres. Criticaban las instituciones del matrimonio establecidas por los hombres y deploraban la dependencia legal, económica y sexual de las esposas; exigían el divorcio para acabar con los malos matrimonios. Atacaban las definiciones masculinas de feminidad y proponían sus propias definiciones, rehabilitando la idea de condición femenina insistiendo en la potencial importancia de las mujeres como madres-educadoras, como médicas, como agentes morales, como pensadoras y autoras, como artistas y escritoras, como votantes, y enfatizando sistemáticamente el carácter particular de las contribuciones potenciales de las mujeres a todos los aspectos de la sociedad. Rebatían las definiciones masculinas de la vida económica, abogando por el derecho de las mujeres a la independencia económica, a reestructurar el mundo recién emergido del empleo extradoméstico, de forma que no perjudicase a las mujeres, especialmente en materia de crianza de los hijos. Ponían objeciones al doble estándar sexual que preservaba la «virtud» de las mujeres privilegiadas a expensas de las mujeres pobres y, por fin, criticaba el control masculino de la vida política y exigía representación política

⁵⁵ Véase Susan Kirkpatrick, *Las Románticas: Women Writers and Subjectivity in Spain 1835-1850*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1989. Sobre la situación aún más desalentadora de las mujeres escritoras antes de 1848 en los Estados alemanes, véanse los ensayos en *Out of Line / Ausgefallen: The Paradox of Marginality in the Writings of Nineteenth-Century German Women*, de Ruth-Ellen Boetcher Joeres y Marianne Burkhard (eds.), *Amsterdamer Beiträge zur neuen Germanistik*, vol. 28, Amsterdam, Rodopi, 1989.

para las mujeres, basada justamente en sus diferencias con respecto a los hombres y en la contribución potencial que ellas podían hacer al bien público. Los elementos de una minuciosa crítica feminista de la sociedad europea se pusieron en evidencia con claridad en 1848, pero el desarrollo de un movimiento político organizado para la emancipación de las mujeres había de esperar unos años aún.

V

NACIMIENTO DE LA «CUESTIÓN FEMENINA», 1848-1870

La corteza de orden político patriarcal se sacudió y tembló en 1848, en la denominada primavera de los pueblos. Comenzando con el derrocamiento de Luis Felipe en París, las protestas y los disturbios entraron en erupción en Berlín, Viena y Fráncfort, en Mainz, Meissen, Milán, Módena, Barcelona, Colonia, Praga, Venecia y Estocolmo. El otrora temible canciller de Austria, el príncipe Metternich, huyó de Viena al exilio, y el sistema europeo de control sobre la libertad de expresión, de prensa y de asociación, que en tiempos resultó temible, se evaporó; siquiera temporalmente. La «democracia» estaba en marcha, pero... ¿incluiría a las mujeres?

En algunas de estas ciudades, la actividad feminista salió a borbotones a través de las fisuras abiertas por las reivindicaciones de gobierno representativo y de libertad de prensa y asociación planteadas por los hombres. Exigiendo de nuevo su parte de libertad, las mujeres fundaron periódicos y formaron sus propias asociaciones para demandar derechos y reconocer sus deberes como miembros integrales del «pueblo». Algunas demandaron el derecho a votar leyes y la libertad de matrimonio, incluido el derecho a divorciarse, y exigieron soluciones educativas y económicas para combatir la creciente pobreza de las mujeres. Otras lucharon al lado de los hombres en las barricadas revolucionarias; algunas incluso adoptaron la vestimenta masculina para luchar contra el orden establecido. En París, un grupo de mujeres que se autodenominaron «las Vesuvianas», tomando el nombre del famoso volcán del sur de Italia, organizaron un desfile por las calles con pantalones bombachos y fajas tricolores, despertando entusiasmo por el nuevo orden. Su «constitución política» exigía que los hombres compartieran el trabajo doméstico, y demandaba el divorcio civil¹.

¹ Véase el folleto *Les Vésuviennes, ou La Constitution politique des femmes, par une société des françaises*, París, Imprimerie d'Edouard Baurtruche, 1848, Bibliothèque Nationale Lb53.1298.

Claramente creían, junto con los activistas sajones Robert Blum y Louise Otto, que «la participación de las mujeres en el Estado no es solo un derecho, sino un deber»².

El cuadro de honor feminista para las revoluciones de 1848 es aún más grande. En el mundo germanohablante, los nombres de Louise Otto en Sajonia, de Matilda Franziska Anneke en Colonia, de Kathinka Zitz-Halein en Mainz y de Karoline Perin en Viena se han sumado a la lista de activistas conocidas en París, incluidas Jeanne Deroin, Eugénie Niboyet, Desirée Gay y Jenny P. d'Héricourt. En la mayoría de los informes históricos de la Revolución de 1848, el extraordinario activismo político de estas mujeres y de otras como ellas apenas se menciona; puede que resulte demasiado perturbador para historiadores preocupados por una agenda política centrada en lo masculino. Incluso en las historias emergentes del feminismo europeo, este periodo y su secuela contrarrevolucionaria, extendiéndose desde las revoluciones generalizadas de 1848 al nacimiento literal de los movimientos organizados de mujeres a mediados de los años sesenta del siglo XIX, sigue entendiéndose de un modo incompleto. En el continente, la actividad feminista en la Segunda República Francesa (1848-1851) está hoy en día bien documentada³. Las historiadoras feministas insisten en la importancia de las reivindicaciones de derechos políticos por parte de las mujeres, que siguió de inmediato a la proclamación del nuevo gobierno, a principios de marzo, del «sufragio» universal y la abolición de la esclavitud (ambos desarrollos precedidos por campañas anteriores en Inglaterra en pro del fin de la esclavitud y de la ampliación parcial del sufragio). Ahora bien, solo en los últimos tiempos es cuando las historiadoras han arrojado luz sobre los desarrollos al este del Rin⁴.

Esta publicación despliega una lista de derechos y deberes de las mujeres. Sobre este grupo y sobre cómo se las representa, véase Laura S. Struminger, «The Vésuviennes: Images of Women Warriors in 1848», *History of European Ideas* 8, 4-5 (1987), pp. 451-488.

² La afirmación de Louise Otto en noviembre de 1843 sobre el derecho y el deber de las mujeres a participar en asuntos de Estado respondía a la propuesta inicial de Robert Blum en su *Sächsische Vaterlandsblätter* (22 de agosto de 1843). Las circunstancias de la respuesta de Otto son discutidas por Bonnie S. Anderson en *Joyous Greetings: The First International Women's Movement, 1830-1860*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

³ Sobre los feminismos de 1848 en Francia, véase Claire Goldberg Moses, *French Feminism in the Nineteenth Century*, Albany, SUNY Press, 1984, cap. 6; S. Joan Moon, «Woman as Agent of Social Change: Woman's Rights during the Second French Republic», en Frances Richardson Keller (ed.), *Views of Women's Lives in Western Tradition*, Lewiston, Edwin Mellen Press, 1990, pp. 323-359; y Michele Riot-Sarcey, *La Démocratie à l'épreuve des femmes*, París, Albin Michel, 1994, pp. 183-261. Joan Wallach Scott anda a la pesca de paradojas y contradicciones en «The Duties of the Citizen: Jeanne Deroin in the Revolution of 1848», en su libro *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996, pp. 57-89.

⁴ Los especialistas en movimientos de mujeres germanohablantes tratan a menudo a las feministas en el contexto de un activismo cívico de mujeres más amplio; ahora bien, no deberían confundirse los dos términos. El informe más completo hasta la fecha del activismo en Viena

Lo que sí que parece claro es que hacia 1850 las fuerzas contrarrevolucionarias habían suprimido de forma brutal el activismo feminista en la mayoría de las sociedades. Ahora bien, los temas resurgieron con relativa rapidez a finales de la década de 1850 y principios de la de 1860, cuando cada vez más mujeres y hombres sin pelos en la lengua hablaban sin miedo de la «cuestión femenina» (en francés, *question des femmes*; en alemán, *Frauenfrage*; en ruso, *sienskii vopros*; y en sueco, *kvinnofrågan*), en un renovado estallido de materiales impresos. Ellos defendían sus posiciones en ficción, en poesía y en ensayos y artículos en publicaciones periódicas y en la prensa diaria. Estos esfuerzos no podrían calificarse aún como un «movimiento organizado», pero su propia frecuencia y amplia distribución geográfica sugieren que los impulsos a la acción serían cada vez más difíciles de contener y mucho menos de erradicar.

En los años sesenta del siglo XIX, las fisuras en la corteza del patriarcado se ampliaron y la lava derretida de la protesta feminista contra la subordinación de las mujeres comenzaría a fluir de un modo aún más sostenido. Nuevas iniciativas organizativas y reformistas florecieron cuando las feministas europeas reanudaron los derechos de las mujeres en términos de iguales derechos humanos individuales (a menudo aparejados a deberes basados en el sexo). Ellas continuaron desarrollando analogías entre la emancipación de las mujeres y las campañas paralelas para acabar con la esclavitud de los negros en los Estados Unidos y de la servidumbre en el Imperio ruso, y abordando los problemas de los trabajadores y de los pobres de las ciudades, estos últimos, mujeres en un número desproporcionado. Ahora bien, puede que lo más importante a largo plazo fuera que la cuestión femenina empezó a ocupar el lugar que le correspondía en el centro de las guerras del conocimiento, proporcionando el núcleo mismo en torno del cual se construirían las nuevas ciencias humanas: sociología, antropología, biología, psicología, pedagogía y economía.

(pero que da cuenta de desarrollos en otras áreas germanohablantes) es de Gabriella Hauch, *Frau Biedermeier auf den Barrikaden: Frauenleben in der Wiener Revolution 1848*, Viena, Verlag für Gesellschaftskritik, 1990. Véanse también Carola Lipp (ed.), *Schimpfende Weiber und patriotische Jungfrauen: Frauen im Vormärz und in der Revolution 1848*, Moos y Baden-Baden, Elster Verlag, 1986; Catherine M. Prelinger, *Charity, Challenge, and Change: Religious Dimensions of the Mid-Nineteenth-Century Women's Movement in Germany*, Westport, Greenwood Press, 1987; Sylvia Paetschek, *Frauen und Dissens: Frauen im Deutschkatholizismus und in den freien Gemeinden 1841-1852*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1990; Ann Taylor Allen, *Feminism and Motherhood in Germany, 1800-1914*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991; Stanley Zucker, *Kathinka Zitz-Halein and Female Civic Activism in Mid-Nineteenth-Century Germany*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1991; y Dagmar Herzog, *Intimacy and Exclusion: Religious Politics in Pre-Revolutionary Baden*, Princeton, Princeton University Press, 1996.

El tema de los derechos civiles (o políticos) para las mujeres en 1848, en particular su exigencia del voto, merece una mirada más exhaustiva. La mayoría de los Estados europeos a mediados del siglo XIX no tienen instituciones representativas, y en aquellos pocos que las tienen, ninguna mujer podría votar para obtener representantes parlamentarios. Para ese fin, tampoco podrían votar muchos hombres; pese a las demandas retóricas de democracia, de representación parlamentaria, incluso para los ricos era un fenómeno relativamente nuevo y raro. En la más antigua monarquía parlamentaria, Inglaterra, tal como hemos visto, las mujeres había sido suprimidas de forma deliberada de la Reform Act de 1832, y hasta los demócratas más radicales, los cartistas, exigían el sufragio universal solo para los hombres. Ciertamente, eran raros argumentos como el expresado de modo tan elocuente por la sufragista escocesa Marion Kirkland Reid, en su *Plea for Women* (1843): «El argumento sobre el que se exige la igualdad para todos los hombres tiene la misma fuerza que el que la pide para todas las mujeres; porque las mujeres comparten la naturaleza común de la humanidad y están en posesión de todas las nobles facultades que hacen del hombre un ser responsable y le dan derecho a ser él quien se gobierne a sí mismo». Retomando un tema desarrollado por las feministas durante la Revolución francesa, Reid afirmaba que los hombres legislaban en su propio interés; los intereses de las mujeres exigían representación, en particular cuando las mujeres (solteras) pudientes, igual que los hombres, pagaban impuestos⁵.

La Segunda República Francesa fue el primer Estado-nación en Europa en conceder el derecho al voto a todos los hombres sin propiedades ni restricciones de impuestos; a esto se llamaba sufragio «universal» y «democrático». El gobierno provisional alardeaba de eso:

La ley electoral provisional que hemos redactado es la más amplia que jamás, entre todos los pueblos de la tierra, haya apelado a la gente a ejercer el supremo derecho del hombre, su propia soberanía. La elección pertenece a todos sin excepción. A partir de esta ley, ya no hay más proletarios en Francia. Cada francés [*Français*] mayor de edad [*en âge viril*] tiene la ciudadanía política. Cada ciudadano es un elector. Cada elector es soberano. La ley es igual y absoluta para todos⁶.

⁵ Marion Kirkland Reid, *A Plea for Women* (1843), según reed. en *WFF*, vol. 1, doc. 68; cita, p. 233.

⁶ «Le Gouvernement provisoire, au peuple français», proclamación del 16 de marzo, reproducida en *La Commune de Paris* 10 (18 de marzo de 1848); trad. KO.

Ahora bien, el uso del masculino para este «todos» dejó enormemente pasmadas a algunas mujeres francesas. Un pequeño grupo de parisinas exigió de inmediato saber por qué habían sido «olvidadas» las mujeres y prepararon una demanda al gobierno provisional, insistiendo en la complementariedad de los sexos y recalcando que si la «revolución ha sido hecha para todos», las mujeres eran indudablemente «la mitad de todos», que «no podría haber dos libertades, dos igualdades, dos fraternidades», que «la gente» se «compone de dos sexos»⁷. Un poco más tarde, un grupo que se constituyó como el Comité de Derechos de las Mujeres (Comité des Droits de la Femme) envió una delegación al nuevo gobierno, exigiendo una explicación. «Ustedes dicen “Ya no hay más proletarios”, pero si las mujeres no están incluidas en sus decretos, Francia puede aún seguir contando con más de diecisiete millones de ellos»⁸. El alcalde de París, que era también un miembro del gobierno provisional, difirió hábilmente la acción respecto a esta reclamación a la Asamblea Nacional, que aún no había sido creada. Ahora bien, la exclusión deliberada de las mujeres ponía al descubierto una seria omisión en el corazón del movimiento en pro de una república democrática, demostrando a todos que el concepto «ciudadano» en Francia había sido investido con el género masculino.

Las mujeres parisinas, encabezadas por Jeanne Derooin y Eugénie Ni-boyet, se resistían a dejar de lado este tema. Trataron de hacer un llamamiento en favor del sufragio femenino en la prensa y en los clubs; también propusieron la designación de candidatos. En *La Voix des Femmes*, Derooin apelaba a la Asamblea Nacional, abogando por una «igualdad completa y verdadera», invocando incluso el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta y, como en su homóloga inglesa Marion Reid, el principio de la no tributación sin representación: «Cuando ellos abolan todos los privilegios, no pensarán en conservar el peor de todos y en dejar a la mitad de la nación bajo la dominación de la otra mitad. Nos darán al menos un papel en la representación nacional»⁹.

Los delegados del pueblo en la Asamblea Nacional lo rechazaron. Cuando Victor Considerant, diputado y fourierista comprometido, propuso posteriormente extender el voto municipal a las mujeres solteras adultas

⁷ «Les Femmes au Gouvernement provisoire et au peuple français», datado el 16 de marzo de 1848 y firmado por Antonine André de Saint-Gieles y un buen número de otros autores, publicado en *La Voix des femmes* 3 (23 de marzo de 1848); también reeditado en Maïté Albistur y Daniel Armogathe, *Grief des femmes*, París, Éditions Hier & Demain, 1978, vol. I, pp. 277-279.

⁸ Panfleto *Les Femmes électeurs et éligibles*, París, J. Dupont, 1848, Bibliothèque Nationale Lb54.423; también reproducido en parte en Albistur & Armogathe, *Grief*, vol. I, pp. 280-281. Para los textos completos, en traducción francesa e inglesa, de los documentos citados aquí e inmediatamente antes, véase Karen Offen, «Women and the Question of “Universal” Suffrage in 1848: A Transatlantic Comparison of Suffragist Rhetoric», *NWSA Journal* 11, 1 (primavera, 1999), pp. 150-177.

⁹ Jeanne Derooin, «Aux Citoyens français», *La Voix des femmes* 7 (27 de marzo de 1848); trad. en *WFF*, vol. 1, doc. 70.

solamente, se rieron de él. El menosprecio de la Asamblea francesa por el sufragio femenino no pasó desapercibido fuera. En Londres, el venerable *Times* tomó nota de cuando Disraeli (que sería en el futuro el primer ministro de la reina Victoria) planteó el tema del sufragio parlamentario para las mujeres, de nuevo en la británica Cámara de los Comunes, durante un debate sobre la representación de la gente, a mediados de junio:

Creo que en otro país ha habido un caballero que ha generado una situación ridícula al defender los derechos del otro sexo. (*Risas*.) Pero, señor, hasta donde puede llegar el mero razonamiento abstracto, me gustaría oír a cualquier caballero de esos que apoyasen al honorable miembro a levantarse y a oponerse a esa reivindicación. En un país gobernado por una mujer (*escuchan*), en el que se permite a las mujeres formar parte del otro estado del reino, pues las mujeres son nobles por derecho propio; donde las mujeres poseen señoríos y se procuran tribunales de justicia; y donde las mujeres se eligen por ley como sacristanas (*risas*), no veo yo por qué, cuando tienen tanto que hacer las mujeres en este país en el Estado y en la Iglesia, no deberían tener, bien mirado, también el derecho a votar¹⁰.

Fue en este contexto internacional en el que la derrota de los derechos civiles para las mujeres francesas y la posterior candidatura de Jeanne Deroin a la Asamblea Legislativa en 1849 adquiriría una importancia añadida. Aun a mediados del siglo XIX, estas noticias se difundieron con rapidez. En Viena, un grupo de mujeres, hasta entonces sin identificar, exigió también derechos políticos: «Cuidado con creer que no tenemos el más vivo interés en la emancipación de la humanidad. [...] Nosotras exigimos la igualdad de derechos políticos. ¿Por qué no deberían las mujeres ser elegidas para el Reichstag? [...] Sería falso hablar de sufragio universal si al menos la mitad de los súbditos están excluidos»¹¹.

Hacia mediados de junio de 1848 (después de semanas de alteración civil), la Asamblea Nacional, que estaba lejos del cuerpo revolucionario anticipado en marzo, cerró de forma abrupta todos los clubs políticos, poniendo un empeño explícito en cerrar los organizados por mujeres. En el curso de estos debates sobre el sufragio y el cierre de los clubs, las feministas expusieron en efecto la importancia política del lenguaje para la política de ciudadanía. En Francia, ¿englobaba la expresión *tous les*

français a las mujeres? En Inglaterra, ¿englobaba a las mujeres el término «hombre» o «pueblo»? Está claro que la respuesta —al menos, en las leyes electorales— era no. En Inglaterra, la importancia de la política de género en el lenguaje legal fue lo suficientemente reconocida como para que en 1850 el Parlamento aprobase una ley (gracias a los reformistas legales promuejer lord Brougham y lord Romilly) abordando el tema: «En todas las leyes, las palabras que denoten el género masculino serán sometidas a consideración y habrán de incluir los femeninos a menos que lo contrario, [...] se estipule expresamente», como había sido el caso en la Reform Act de 1832¹². Esta clarificación abriría las puertas al cambio.

EL LENGUAJE DE LAS REIVINDICACIONES FEMINISTAS EN LAS REVOLUCIONES DE 1848

Las feministas, en la época de 1848, desplegaron el lenguaje de los derechos y la igualdad para defender su causa. Muy a menudo sostuvieron la igualdad de las mujeres en términos de similitudes. El concepto de igualdad en aquella época se entendía aún ante todo como una cuestión de igualdad formal ante la ley (el derecho a tener propiedades, el derecho a votar, por ejemplo). Aunque las feministas hicieron una prioridad de las reivindicaciones para la inclusión de las mujeres en todos los ámbitos de la ambición mundana, no entendían entonces igualdad de derechos como sinónimo de «uniformidad» o como una demanda de tratamiento idéntico para todos los individuos en todas las circunstancias de la vida social. Las mujeres estaban reivindicando sus derechos *como mujeres*, como seres humanos que, casualmente, eran femeninos, aunque también reivindicaran su feminidad con orgullo. En el proceso, algunas tomaron su distancia de las acusaciones de sensualidad aun cuando reclamaban la palabra «emancipación», que había provocado la controversia desde los años treinta del siglo XIX, cuando los experimentos sansimonianos lo habían marcado en la opinión pública como un sinónimo de la promiscuidad sexual. El manifiesto de la Sociedad para la Emancipación de las Mujeres, radicada en París, a mediados de marzo de 1848, lo afirmaba en estos términos:

La palabra emancipación, en su sentido absoluto y legítimo, significa, por encima de todo, liberación intelectual y moral [*affranchissement*]. Esta condición primera y más importante, al ser para ambos sexos la base

¹⁰ Benjamin Disraeli, discurso durante el debate del 20 de junio de 1848 en la Cámara de los Comunes sobre la reforma de la representación: *Hansard's Parliamentary Debates*, 11 y 12 Vic., 1847-1848, vol. 99 (29 de mayo-30 de junio de 1848), p. 950. Del mismo se dará cuenta también en *The Times* (Londres), 21 de junio de 1848.

¹¹ «Briefe an einen Clubb», en Hauch, *Frau Biedermeier*, pp. 139-140; trad. Gabriella Hauch en una ponencia de la AHA inédita, «Gender Battles and Bourgeois Revolutions: European Women in 1848/49», enero de 1998.

¹² «An Act for Shortening the Language Used in Acts of Parliament» (1850), *Hansard's Parliamentary Debates*, 13 & 14 Vic., 1850, vol. 113, c. 21; como aparece citado en Erna Reiss, *Rights and Duties of Englishwomen: A Study in Law and Public Opinion*, Manchester, Sherratt & Hughes, 1934, p. 195.

normal de todo progreso social, lleva consigo todo el resto de consecuencias. Se abusa tanto de la palabra emancipación, que parecía necesaria esta nota explicativa¹³.

Dos mujeres ejemplificarán las posibilidades y limitaciones del pensamiento y la acción feminista europea en 1848. La francesa Jeanne Derooin y su —de algún modo— homóloga más joven alemana Louise Otto, de Sajonia, ilustran las formas en las que la causa de la emancipación de las mujeres se hallaba unida a la historia política e intelectual de los tiempos. Sus respectivos enfoques dan también una idea de las diferencias nacionales que emergieron en el curso del siglo XIX. Ambas mujeres tomaron papeles activos en los acontecimientos revolucionarios de la Europa de mediados de siglo, publicando periódicos de mujeres durante los años revolucionarios; Derooin, en París, y Otto, primero en Meissen (Sajonia) y luego en Gera. Ambas planteaban reivindicaciones radicales: Derooin abogaba por el sufragio de las mujeres, mientras que Otto defendía una reconfiguración de la situación educacional y económica de estas. Ambas afirmaban las reivindicaciones de las mujeres de libertad e igualdad tan firmemente como defendían la «diferencia» femenina, sin percibir estas reivindicaciones en modo alguno como paradójicas o contradictorias. Ambas eran feministas «relacionales» a gusto con la noción de «igualdad-en-diferencia», un término popularizado por el feminista francés Ernest Legouvé¹⁴.

Jeanne Derooin era una parisina de la clase trabajadora, a principios de sus cuarenta, costurera y profesora, que, pese a estar casada y ser madre, usaba su apellido original más que el de su marido, Desroches. Como se indicó antes, había participado en el movimiento sansimoniano durante los años treinta del siglo XIX, contribuyendo con muchos artículos al periódico sansimoniano de mujeres, y posteriormente había absorbido muchas de las enseñanzas de Charles Fourier relacionadas con la reorganización del hogar y del trabajo. Se consideraba a sí misma como una socialista democrática, pero daba prioridad a la causa de las mujeres¹⁵.

Escribiendo en el periódico de mujeres *La Voix des Femmes* (*La Voz de las Mujeres*), fundado por Eugénie Niboyet poco después del estallido de la revolución parisina, Derooin exigía en primer lugar la participación formal de las mujeres en los asuntos públicos. Incluso después de que la Asamblea Nacional cerrara los clubs, acabando de hecho con todo el activismo político femenino organizado en Francia, Derooin persistió.

¹³ «Manifeste, Société pour l'Émancipation des Femmes», datado el 16 de marzo de 1848 (París), copia en Archives Nationales, BB30.307, n.º 6802.

¹⁴ Sobre el desarrollo de este concepto, véase Karen Offen, «Ernest Legouvé and the Doctrine of "Equality in Difference" for Women: A Case Study of Male Feminism in Nineteenth-Century French Thought», *Journal of Modern History* 58, 4 (junio de 1986), pp. 452-484.

¹⁵ Sobre Derooin, véanse las obras que aparecen *supra* en la n. 3 (p. 176).

Incluso después de que los votantes masculinos eligieran presidente de la República a Luis Napoleón (heredero de la dinastía de Napoleón), ella siguió presionando por la inclusión de las mujeres en la vida política. Fundó su propio periódico, *L'Opinion des femmes* (*La Opinión de las Mujeres*), y en la primavera de 1849, en un ensayo por entregas sobre la «misión de la mujer», presentó su visión de esa participación de las mujeres en la esfera pública que había de conseguirse¹⁶.

A pesar de las decepciones del año anterior, Derooin afirmó que el derrocamiento revolucionario de la monarquía en 1848 y el establecimiento de una forma democrática de gobierno había cambiado de forma radical las condiciones de la vida política en Francia. La violencia y la represión deberán producir en adelante un gobierno participativo. La primera prioridad del gobierno democrático habrá de ser la de terminar con la lucha entre las mujeres y los hombres. El nuevo gobierno solo podía conseguir la realización de una sociedad verdaderamente nueva mediante la abolición del privilegio masculino (en este caso, el privilegio político masculino). Derooin veía los privilegios del sexo como aún más insidiosos que los de clase. «La abolición de los privilegios de raza, nacimiento, casta y fortuna no puede ser completa y radical a menos que el privilegio de sexo se abole del todo», escribió ella. Derooin afirmaba que las mujeres solo podrían participar en la reconstrucción de la sociedad francesa mediante la consecución de la ciudadanía plena.

Según Derooin, las contribuciones de las mujeres y los hombres a la sociedad eran totalmente distintas. Derooin insistía en la complementariedad de los sexos y basaba sus argumentos para la participación de las mujeres en los asuntos políticos en la complementariedad sexual y en la diferencia de las mujeres (tanto biológica como social) respecto de los hombres... en particular, en la «función sagrada (de la mujer) como madre» y su «sublime maternidad humanitaria». En la estimación de Derooin, la mujer no solo tenía un derecho sino un deber, dado su papel maternal, a interceder tanto en la vida civil como en la política para realizar el deber de velar por el futuro de sus niños.

Las mujeres, afirmaba Derooin, deben ser llamadas a «enseñar a todos de qué modo habría de practicarse la fraternidad», a mostrar a los hombres el modo de trascender las disputas seculares entre los individuos, entre las familias y entre las naciones. Las mujeres tenían nada menos que una misión apostólica para «realizar el reino de Dios en la tierra, el reino de la fraternidad y la armonía universal». Derooin nunca elaboró con claridad sus razones para insistir en la capacidad femenina de conseguir estos objetivos; en el clima existente de violencia revolucionaria masculina,

¹⁶ «Mission de la femme dans le présent et dans l'avenir», de Derooin, apareció en los números de 28 de enero, 10 de marzo y 10 de abril de 1849; trad. WFF, vol. I, doc. 77. Las citas en los párrafos siguientes son todas de este texto.

tanto física como verbal, ella parece haber considerado la superioridad moral de las mujeres como evidente.

No obstante, Derooin hizo algo más que lanzar reivindicaciones por la participación de las mujeres en la vida pública; actuó según sus ideales. A principios de 1849, le solicitó al Partido Socialista Democrático que se convirtiera en candidato a la Asamblea Legislativa. Su oponente más vociferante, el más destacado polemista del partido, el impresor Pierre-Joseph Proudhon, era bien conocido por su afirmación antifeminista de que las mujeres solo podían ser «esposas o putas»¹⁷. Los socialistas democráticos rechazaron la candidatura de Derooin, pero ella merecerá un lugar destacado en la historia del feminismo europeo por su síntesis de ideales y activismo. No solo fue la primera europea en declarar su candidatura a un cargo público en un régimen democrático, sino que fue también una de las primeras mujeres en ser arrestada y encarcelada por sus esfuerzos para organizar asociaciones conjuntas de trabajadores y trabajadoras (otra forma de actividad política estaba aún prohibida a mediados del siglo XIX en Francia). En 1852, Derooin huyó a Inglaterra junto con otros hombres y mujeres que se habían opuesto activamente al endurecimiento del control por parte de Luis Napoleón. Aunque se mantuvo en contacto con los progresistas franceses, pasó el resto de su vida en Londres como exiliada política¹⁸.

Las activistas feministas en los Estados alemanes adoptaron un conjunto alternativo de argumentos, aunque, como en Francia, hicieron hincapié en la diferencia de las mujeres como un principio fundamental. Allí la feminidad alemana, en combinación con la maternidad social, proporcionaba el tema central. En el discurso feminista alemán, los argumentos a menudo portaban connotaciones nacionalistas, recalcando la peculiar contribución que las mujeres, como mujeres, pudieron y debieron hacer para la construcción de la nación alemana, aún inexistente; una meta conspicua de reformistas políticos anterior a la forzada unificación de muchos de los principados alemanes por parte del rey de Prusia en 1871. Los argumentos planteados por Louise Otto, una mujer soltera y culta de clase media-alta que, como Derooin, se había convertido en una radical en lo político, ejemplifican este particular enfoque.

Establecida en Sajonia, una de las regiones más industrializadas de Alemania, Otto fundó y editó en 1849 la *Frauenzeitung* (Periódico de Mujeres), la más longeva de varias publicaciones revolucionarias alemanas

¹⁷ Véase Pierre-Joseph Proudhon, *Système des contradictions économiques, ou, Philosophie de la misère* (1846); trad. WFF, vol. 1, doc. 52. En los años cincuenta del siglo XIX, Proudhon desarrollaría un extenso —y completamente cínico— razonamiento para demostrar la inferioridad de las mujeres. Véanse las traducciones al inglés en WFF, vol. 1, docs 52, 84-85 y 95.

¹⁸ Véase Riot-Sarcey, *Démocratie à l'épreuve*, sobre la vida posterior de Derooin; y, en especial, Vaughan B. Baker, «Jeanne Derooin: The Years in Exile», en Barry Rothaus (ed.), *Proceedings of the Western Society for French History: Selected Papers of the Annual Meeting, 1997*, vol. 25, Greeley, University Press of Colorado, 1998, pp. 142-155.

de mujeres¹⁹. Desde mediados de la década de 1840, había hecho campaña por una reforma sistemática de la educación de las mujeres de clase media y por las mejoras en las condiciones de las mujeres trabajadoras en las ciudades industriales de Sajonia. El matrimonio, en la visión de Otto, era una institución degradada, tan solo «una institución de apoyo al sexo femenino». Ella se burlaba de la «falta de carácter» de las mujeres, en una cultura en la que la construcción del carácter (*Bildung*) era considerada tan extremadamente importante para los hombres cultos. Reflexionando sobre el espíritu de la filosofía alemana desde Kant (aunque Kant difícilmente habría aplicado tales ideas a las mujeres), Otto ponía el énfasis en la «independencia», no solo de una naturaleza moral o ética («el ejercicio del juicio»), sino también de una naturaleza material o económica («el ejercicio de la acción») ²⁰.

De particular importancia para Louise Otto fue su interés, a menudo repetido, en la «verdadera feminidad», una cualidad bastante diferente de la carencia de carácter a la que ella se oponía en tantas mujeres alemanas de su época y mucho más potente que aquella. Sus argumentos por la «verdadera feminidad» portaban un tono defensivo, sin embargo; ella planteaba constantemente cláusulas contra aquellos que desacreditaban la emancipación de la mujer «devaluando a la mujer hasta convertirla en la caricatura de un hombre». Otto estaba sin duda pensando en la locuaz escritora Louise Aston, que había sido expulsada de Berlín en 1846, después de la publicación de sus «Rosas Salvajes»²¹.

Los temas del estilo de vida se habían convertido en una cuestión espinosa entre las feministas alemanas, siguiendo una ola reciente de *Georgensandismo*, un término usado para referirse a las autoproclamadas «mujeres emancipadas» que se apropiaron de los hábitos poco ortodoxos y muy caricaturizados de la novelista francesa George Sand. Estos hábitos conflictivos incluían vestir ropa masculina (aún ilegal —incluso en Francia— sin un permiso de la policía), fumar y entablar *liaisons* con hombres

¹⁹ Sobre Otto, véase Ruth-Ellen Boetcher Joeres, «Louise Otto and Her Journals: A Chapter in Nineteenth-Century German Feminism», *Internationales Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur* 4 (1979), pp. 100-129; y Catherine M. Prelinger, «The Frauen-Zeitung (1849-52): Harmony and Dissonance in Mid-Century German Feminism», *History of European Ideas* II (1980), pp. 245-251. Para las colecciones de textos de Otto, véase Ute Gerhard, Elisabeth Hannover-Drück y Romina Schmitter (eds.), «Dem Reich der Freiheit werb' ich Bürgerinnen»: *Die Frauen-Zeitung von Louise Otto*, Fráncfort, Syndikat, 1980; Ruth-Ellen Boetcher Joeres (ed.), *Die Anfänge der deutschen Frauenbewegung: Louise Otto-Peters*, Fráncfort, Fischer Verlag, 1983; e Ilse Nagelschmidt y Johanna Ludwig (eds.), *Louise Otto-Peters: Politische Denkerin und Wegbereiterin der deutschen Frauenbewegung*, Dresde, Sächsische Landesszentrale für Politische Bildung, 1996.

²⁰ Traducciones inglesas de los textos de Otto referidos aquí, pueden consultarse en WFF, vol. 1, docs. 48, 78 y 89.

²¹ Véase Hans Adler, «On a Feminist Controversy: Louise Otto vs. Louise Aston», Ruth-Ellen Boetcher Joeres y Mary Jo Maynes (eds.), *German Women in the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Bloomington, Indiana University Press, 1985, pp. 193-214.

con los que no se estaba casada. Lo cierto es que en Europa central, Sand se había convertido en un símbolo de todo lo que era peligroso de la cultura francesa y, con frecuencia, aparecían condenas a su estilo de vida libertino, no solo entre los antifeministas y los nacionalistas alemanes, sino también en los argumentos profemeninos de las reformistas feministas alemanas de este periodo. En consecuencia, las feministas alemanas de mediados de siglo demostraron a menudo un tono peculiarmente santurrón y puritano. La concepción de Otto de la «verdadera feminidad» era, por encima de todo lo demás, virtuosa, valiente, moralista, patriótica y pacífica. Además de refutar el georgesandismo, representaba todas las cosas que los hombres alemanes presuntamente no eran²².

Los argumentos de un feminista masculino parisino confirman que el énfasis se situaba en la «igualdad en la diferencia». El ensayista y dramaturgo francés Ernest Legouvé resumió los argumentos para el cambio radical en el estatus legal, educativo y económico de las mujeres en la *Historia moral de las mujeres* (1849), que él primero presentó en la primavera de 1848 como una serie de conferencias públicas en el Collège de France, patrocinadas por el nuevo Ministerio de Instrucción Pública de la República²³. Legouvé llamaba a los hombres a reflexionar sobre las implicaciones políticas de incluir a las mujeres en el nuevo régimen; él planteaba que la Revolución de 1789 había fracasado porque había sido injusta con las mujeres. Era partidario de que los principios republicanos «viriles» de libertad e igualdad, para poder ser llevados a cabo, debían ser complementados con lo que él denominaba «la virtud femenina de la fraternidad», que «surgía del amor de las mujeres». Ninguna república, insinuaba, tendría éxito a no ser a este precio. Las conferencias de Legouvé y el libro subsiguiente ofrecían un argumento prolongado para la «igualdad en la diferencia», un caso para la emancipación de las mujeres bajo la república, fundado en las diferencias fisiológicas, mentales y emocionales distintivas de las mujeres respecto de los hombres, y especialmente en sus roles sociales como madres. Él ponía el énfasis en la importancia del pasado de las mujeres y en las futuras contribuciones como sexo a la cultura humana, tanto en la vida pública como en la privada. Insistía también en la necesidad de trayectorias separadas pero iguales —o paralelas— para mujeres y hombres, unidas por la institución del matrimonio monógamo. Su objetivo explícito era la subordinación legal de las mujeres, encarnada en el Código Napoleónico, y la inadecuada educación de las mismas. Sin embargo, no abogaba por unos derechos políticos plenos para las mujeres. En el contexto de la política preelecto-

²² Sobre el *Georgesandismus*, véase capítulo IV.

²³ Ernest Legouvé, *Histoire morale des femmes*, París, Gustave Sandré, 1849. Este influyente trabajo registró 10 ediciones francesas y fue traducido al español (1860), al inglés (1860), al ruso (1862), al sueco (1867) y, parcialmente, al italiano.

ral de 1848, propuso que «las mujeres deberían tener un lugar en el Estado, pero un lugar diferente al que tienen los hombres»²⁴.

Recientes análisis del feminismo alemán sugieren que muchas facciones reformistas religiosamente identificadas eran igual de entusiastas que las que había en Francia a la hora de invocar la «diferencia» de las mujeres como una base para la igualdad, y de invocar la influencia femenina como una potente herramienta política. La investigación de Ann Taylor Allen sobre la «maternidad espiritual» y la de Catherine Prelinger y Sylvia Paetschek sobre el grupo radical católico alemán liderado por Johannes Ronge, que fundó el Instituto de Señoritas de Hamburgo, demuestran lo imbuida que podía estar esta idea en el potencial de radicalización, pero los descubrimientos de Dagmar Herzog en Baden sugieren también sus límites²⁵.

A mediados de siglo, no obstante, los defensores de la subordinación femenina también invocaban argumentos que hablaban de la importancia de la influencia femenina. El filósofo secolar Auguste Comte (que sería bautizado como el «padre» de la sociología y el fundador de la filosofía «positivista») insistía, en una nueva obra, *Sistema de filosofía positiva* (1848), en que la igualdad de los sexos estaba contraindicada por la naturaleza así como por la evolución humana: «La historia entera nos asegura que, con el crecimiento de la sociedad, los rasgos peculiares de cada sexo no se han vuelto menos distintos, sino más»²⁶. Discutiendo sobre la subordinación de la política a la moralidad, Comte señalaba a las mujeres como «sacerdotisas espontáneas de la humanidad», relegándolas al reino de la familia, en el que el hombre podía mantener a la mujer pero debería también adorarla.

El papa Pío IX, huyendo de la revolución en Roma en 1849, invocó de forma parecida el poder positivo de la feminidad educada e influyente cuando hizo un llamamiento a la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción de María. Cuando los hombres desertaban de la Iglesia, el papa parecía especialmente preocupado por quedarse con la lealtad de las mujeres en una época de levantamiento revolucionario; entendía y esperaba utilizar el poder de las madres cristianas para formar almas para la Iglesia²⁷. Aunque políticamente fueran polos opuestos, tanto el papa como Comte daban testimonio de su creencia compartida en la importan-

²⁴ Ernest Legouvé, «Au citoyen Directeur-Gérant de La Commune», *La Commune de Paris, Moniteur des Clubs* 30 (viernes, 7 de abril de 1848), I.

²⁵ Véanse las obras citadas *supra*, en n. 4.

²⁶ Auguste Comte, «The Influence of Positivism upon Women», en su *General View of Positivism*, trad. por J. H. Bridges, Londres, 1875; reed. Stanford, sin fecha; publicado originalmente en el volumen 1 de Comte, *Système de politique positive*, París, 1848; reed. en *WFF*, vol. I, doc. 63 (cita p. 223).

²⁷ Pío IX, «Ubi Primum», 2 de febrero de 1849, en *Pontificis maximi acta*, vol. I (sin ed. y sin fecha); texto inglés en William J. Doherty y Joseph P. Kelly (comps.), *Papal Documents on Mary*, Milwaukee, 1954, pp. 1-5; reed. en *WFF*, vol. I, doc. 79.

cia de la influencia femenina para la regeneración de la vida política y cultural europea, así como de la necesidad de controlarla y canalizarla. A diferencia de las feministas, ninguno de ellos defendía la emancipación de las mujeres, ni siquiera en términos relativos, basados en tales creencias. En la atmósfera altamente politizada de la Europa de mediados del siglo XIX, las ideas fortalecidas y altamente elásticas de esferas separadas, influencia femenina, maternidad cívica y madres educadoras, podían servir y servirían en lo sucesivo tanto para fines revolucionarios como contrarrevolucionarios.

Tanto los revolucionarios como los contrarrevolucionarios podían estar de acuerdo en una cosa: el activismo cívico de las mujeres, aun cuando no estuviera acompañado por exigencias abiertamente feministas, planteaba una clara amenaza a la hegemonía masculina. Con el fin de apagar las llamas de la revolución en el continente, por tanto, los gobiernos cerraron las asociaciones y clubs de mujeres y aprobaron leyes que excluían a las mujeres de la toma de un papel activo en la prensa política. Durante la Revolución de Praga, los editores de *Bohemia* trataron de impedir la agitación por los derechos de las mujeres. Cuando una delegación de mujeres de Praga fue a ver a la emperatriz Habsburgo en Viena, su objetivo era el de fundar una escuela de señoritas en Praga. Sólo una mujer, Božena Nemcová, habló abiertamente en favor de la educación de las muchachas sin renegar de las exigencias de derechos. Como medida precautoria, las autoridades imperiales promulgaron una ley sobre la asociación, en marzo de 1849, que prohibía toda actividad política por parte de las mujeres²⁸. En 1850, el rey de Prusia aprobó un decreto «protegiendo la libertad y el orden legal del abuso de los derechos de asamblea y asociación», que prohibía a las mujeres —así como a los estudiantes masculinos— hacerse miembros de organizaciones políticas e incluso de asistir a sus encuentros²⁹. Esta ley seguiría en vigor hasta 1908. Medidas de este tipo se promulgaron también en Baviera, Sajonia y Brunswick, y en 1854 se incorporaron a los protocolos de la Confederación Alemana. Solo unos pocos principados y ciudades libres escaparon a su rigor.

Las mujeres feministas no estuvieron calladas respecto a las revoluciones fallidas de 1848, con respecto a los derechos de las mujeres. En su poema «Para todos» (1848), Louise Otto lamentaba el aspecto excluyente de la situación en Alemania:

[...] solo a los hombres les dieron derechos
en los levantamientos y en la revolución.

²⁸ Sobre los intentos para impedir los estallidos feministas en Praga, véase Stanley Z. Pech, *The Czech Revolution of 1848*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1969, cap. 9.

²⁹ El Decreto Prusiano sobre las Asociaciones, de 11 de marzo de 1850, está traducido en *WFF*, vol. 1, doc. 86.

Pues aunque parecía que había habido cambios
y como la monarquía estaba al borde de la disolución:
aquellas nuevas luchas eran por los derechos del hombre:
los derechos de la mujer no eran parte de su plan [...].
Los hombres libres hablaban de confraternización:
ellos eran ciudadanos, no señores y esclavos;
ellos cantaban sobre su nueva afiliación
y se consideraban a sí mismos una raza renacida.
Pero miraron a sus hermanas con desprecio
—no hubo derechos para la mitad del pueblo,
pues el grito «¡Para todos!» excluía a las mujeres—,
a ellas se les negaban los derechos de los ciudadanos³⁰.

Un estribillo similar llegó de la pluma de la poeta española Carolina Coronado en su meditación sobre la «Libertad» (1852):

Los mozos están ufanos,
gozosos están los viejos,
igualdad hay en la patria,
libertad hay en el reino.

Pero, os digo, compañeras,
que la ley es sola de ellos,
que las hembras no se cuentan
ni hay Nación para este sexo.

Por eso aunque los escucho
ni me aplaudo ni lo siento;
si pierden ¡Dios se lo pague!
y si ganan ¡buen provecho!³¹.

De este modo, no sorprende, a la vista del clima político de nuevo extremadamente represivo de la Europa continental, que los movimientos organizados de mujeres apenas pudieran levantar el vuelo. Los esfuerzos organizativos iniciales de más éxito tuvieron lugar fuera de Europa, en los Estados Unidos, comenzando por la Convención de Seneca Falls en julio de 1848. Esta convención, convocada poco después del cierre forzo-

³⁰ Louise Otto, «Für Alle» (1848), trad. S. L. Cocalis y G. M. Geiger, en Susan L. Cocalis, *The Defiant Muse: German Feminist Poems from the Middle Ages to the Present*, Nueva York, The Feminist Press, 1986, p. 57.

³¹ Carolina Coronado, «Libertad», *Poesías* (ed. 1852), reed. en Susan Kirkpatrick, *Las Románticas: Women Writers and Subjectivity in Spain, 1835-1850*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1989, pp. 319-320; trad. encargada por María Cristina Urruela (M. Y. Fund).

so de los clubs parisinos de mujeres, reescribió la Declaración Americana de Independencia en nombre de las mujeres. A mediados de 1851, la crítica inglesa Harriet Taylor Mill (que se había casado hacía poco con el que había sido su compañero durante mucho tiempo, John Stuart Mill) expresó su admiración en la *Westminster Review* por el activismo desplegado por las mujeres americanas que en 1850 se habían reunido en Worcester, Massachusetts, en busca de sus «derechos». «Lo que se quiere para las mujeres», escribía ella, «son derechos iguales, igual reconocimiento de todos los privilegios sociales; no una posición aparte, una especie de sacerdocio sentimental»³². Jeanne Derooin y Pauline Roland, desde las profundidades de sus celdas, apelaban a las mujeres de América en 1851: «La oscuridad de la reacción ha nublado el sol de 1848, que parecía salir tan radiante». «Ninguna mención se hizo del derecho de la mujer en una constitución enmarcada en el nombre de Libertad, Igualdad y Fraternidad»³³.

El gran dramaturgo francés Victor Hugo, en el exilio tras el golpe de Estado de Luis Napoleón, lamentaba la muerte en 1853 de una de las mujeres activistas exiliadas de Francia cuando la revolución fue aplastada y el sufragio universal masculino, de nuevo abolido. En el funeral, declaró él proféticamente: «El siglo XVIII proclamó el derecho del hombre; el XIX proclamará el derecho de la mujer»³⁴. En el continente, la profecía de Hugo esperaba mucho tiempo su confirmación. Hasta finales de los años cincuenta del siglo XIX y principios de los sesenta, no comenzarían a tener un punto de apoyo los esfuerzos organizados para la emancipación de las mujeres.

NUEVAS INICIATIVAS, MÚLTIPLES FRENTES, 1850-1865

Las posibilidades para los derechos políticos de las mujeres en el continente habían sido aplastadas para un futuro previsible, pero otras iniciativas emergían en múltiples frentes dispersos por toda Europa. En unos pocos años, las exigencias de reforma de las leyes matrimoniales, de edu-

cación y de empleo para las mujeres, centraron el interés en Inglaterra y los países escandinavos, tal vez estimuladas por la agitación debida a las leyes sobre la propiedad de las mujeres casadas, entonces en marcha en los Estados Unidos.

Las feministas inglesas adoptaron medidas rápidamente. En 1854, Barbara Leigh Smith (luego Bodichon) y Caroline Norton publicaron dos críticas punzantes sobre la aniquilación legal de las esposas inglesas, que estaban mucho más subordinadas en la ley matrimonial que en ningún otro país europeo³⁵. La costumbre de la protección en el derecho consuetudinario las convirtió, efectivamente, en no-personas en lo legal; incluso sus pertenencias personales eran propiedad de sus maridos. Más aún, un divorcio civil de pleno derecho solo era posible a través de una Ley del Parlamento especial y solo después de que el tribunal descubriera que la mujer había cometido adulterio. Gracias a la intervención de lord Brougham, fundador de la Sociedad para la Enmienda de la Ley (Law Amendment Society, 1844), con la ayuda de otros miembros reformadores del Parlamento, la acción comenzaba en 1856; 1.300 inglesas, incluidas algunas de las escritoras más conocidas, enviaron una petición al Parlamento en marzo³⁶. La petición planteaba que todas las mujeres, no solo las más privilegiadas, y no solo las esposas, se hallaban afectadas adversamente por la protección, en una época en la que los ingresos eran cada vez más necesarios para las mujeres de todas las clases. Hasta la periodista Eliza Lynn (Linton), relativamente antifeminista, apoyaba esta iniciativa sobre la propiedad de las mujeres casadas³⁷.

El Parlamento aprobó una Ley del Divorcio en 1857, pero a costa de no dar solución al problema de la propiedad de las mujeres casadas, que conservó su lugar central en la agenda feminista durante 20 años más. En el resumen de Mary Lyndon Shanley: «El Parlamento sí que *ampliará* los derechos de las mujeres de forma significativa en el curso del siglo XIX, pero rechazará una y otra vez la invitación ofrecida por las feministas para *igualar* los derechos y las obligaciones de maridos y mujeres»³⁸.

³² Harriet Taylor Mill, ensayo-reseña en *The New York Tribune for Europe* (29 de octubre de 1850), *Westminster Review* 109 (julio de 1851); reed., con introducción de John Stuart Mill, como «Enfranchisement of Women», en su *Dissertations and Discussions* (1859), y de nuevo bajo ese último título en John Stuart Mill y Harriet Taylor Mill, *Essays on Sex Equality*, ed. Alice S. Rossi, Chicago, University of Chicago Press, 1970; también en WFF, vol. 1, doc. 88. Una nueva valoración reciente en Gail Tulloch, *Mill and Sexual Equality*, Hemel Hempstead, Harvester Wheatsheaf, Boulder, Lynne Rienner, 1989.

³³ Jeanne Derooin y Pauline Roland, «Letter to the Convention of the Women of America», 15 de junio de 1851, ed. en inglés en Elizabeth Cady Stanton, Susan B. Anthony y Matilda Joselyn Gage (eds.), *History of Woman Suffrage*, vol. I, Nueva York, Fowler y Wells, 1881, pp. 234-237; reed. en su totalidad en WFF, vol. 1, doc. 87.

³⁴ Victor Hugo, «Sur la Tombe de Louise Jullien» (1853), *Oeuvres complètes de Victor Hugo*, París, Éditions Hetzel-Quantin, 1880-1889, vol. 44, p. 92.

³⁵ Barbara Leigh Smith (Bodichon), *A Brief Summary in Plain Language of the Most Important Laws of England Concerning Women, Together with a Few Observations Thereon*, Londres, J. Chapman, 1854, extractos en WFF, vol. 1, doc. 90; y Caroline Norton, *English Laws for Women in the Nineteenth Century* (impreso para tirada privada, 1854). Véase Sheila R. Herstein, *A Mid-Victorian Feminist: Barbara Leigh Smith Bodichon*, New Haven, Yale University Press, 1985.

³⁶ La petición volvió a ser publicada por Caroline Cornwallis en su artículo «The Property of Married Women», *Westminster Review* 66 (octubre de 1856), pp. 336-338; se halla también reeditada en Lee Holcombe, *Wives and Property: Reform of the Married Women's Property Law in Nineteenth-Century England*, Toronto, University of Toronto Press, 1982, pp. 237-238.

³⁷ Eliza Lynn Linton, «One of Our Legal Fictions», *Household Words* 9 (abril de 1854); citado en Mary Lyndon Shanley, *Feminism, Marriage, and the Law in Victorian England, 1850-1895*, Princeton, Princeton University Press, 1989, p. 29.

³⁸ Shanley, *Feminism, Marriage, and the Law...*; cita, p. 17.

El tema del sometimiento legal de las mujeres se resolvió con más rapidez en Noruega y Suecia, gracias en parte a dos novelas pioneras en temas feministas, *La hija del gobernador del distrito* (1854-1855), de Camilla Collett, y *Hertha*, de Fredrika Bremer (1855)³⁹. La novela de Bremer se demostró particularmente influyente a la hora de conseguir apoyo para acabar (en 1858) con los Estatutos Paternales de Suecia de 1734, que daban a los padres una enorme autoridad legal sobre las hijas, incluso de adultas. Hacia 1872, las hijas aún sin casar en Suecia conseguirían la completa emancipación legal. Dinamarca aprobó una Ley de la Mayoría semejante dando a las mujeres adultas solteras un estatus civil (legal) pleno en 1857.

En Italia, la consecución de la unificación nacional en 1861 suscitó diversas cuestiones sobre la inclusión de las mujeres en la ciudadanía, así como sobre su educación. En 1861, un folleto firmado por un grupo de ciudadanas italianas (*cittadine italiane*) de Lombardía afirmaba que «los principales fundamentos [de la libertad de la nación] han de ser la afirmación más amplia posible de la emancipación de las mujeres»⁴⁰. La unificación suscitó también la cuestión de las leyes que conciernen a las mujeres casadas. Para consolidar la nación, las leyes de cinco importantes regiones políticas preexistentes, cada una de las cuales trataba la posición legal de las mujeres de forma diferente, tenía que ser armonizada en un código unificado. Durante los debates sobre el código propuesto, la feminista milanesa Anna Maria Mozzoni defendía, contra el profesor de derecho Carlo Francesco Gabba, la plena emancipación civil y política de las mujeres. Ni el matrimonio ni la maternidad ni la ocupación ni el físico deberían descalificar a las mujeres, cuyos derechos naturales eran, en opinión de Mozzoni, absolutos⁴¹. El código italiano, promulgado en 1865, seguía el patrón marcado por el Código (Albertino) Piamontés de 1837, que en sí mismo se inspiraba mucho en el Código Napoleónico, con la importante diferencia de que sus provisiones para la separación de la propiedad en el matrimonio imponía menos desventaja a las mujeres casadas.

³⁹ Camilla Collett, *Amtmadens dötter*, Christiania, 1854-1855; Fredrika Bremer, *Hertha eller, En själs historia*, Estocolmo, 1854. Durante mucho tiempo, *Hertha* ha estado disponible en inglés gracias a la traducción de Mary Howitt, Nueva York y Londres, 1856. La novela de Collett también está disponible ahora en inglés: *The District Governor's Daughter*, trad. Kirsten Seaver, Norwich, Norvik Press, 1991.

⁴⁰ *Alla camera dei deputati* (Milán, Tipografía Ciminago, 1861), en los archivos del Museo del Risorgimento, Milán, como aparece citado por Annarita Buttafuoco, «Motherhood as a Political Strategy: The Role of the Italian Women's Movement in the Creation of the *Cassa Nazionale di Maternità*», en Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity & Gender Politics*, Londres, Routledge, 1991, p. 193.

⁴¹ Para el debate Gabba-Mozzoni, véase Judith Jeffrey Howard, «Visions of Reform, Visions of Revolution: Women's Activism in the New Italian Nation», en *Views of Women's Lives*, ed. Keller, pp. 432-450, así como los documentos traducidos en WFF, vol. 1, docs. 122, 123. Sobre Mozzoni, véase Franca Pieroni Bortolotti, *Alle origini del movimento femminile in Italia, 1848-1892*, Turín, Giulio Einaudi, 1963, cap. 2; y la compilación de sus textos, Franca Pieroni Bortolotti (ed.), *Anna Maria Mozzoni: La Liberazione della donna*, Milán, Gabriele Mazzotta, 1975.

Los esfuerzos por reformar la situación legal de las mujeres casadas en Francia tuvieron, entretanto, que esperar a la liberalización del Segundo Imperio, a finales de los años sesenta del siglo XIX. Léon Richer y Maria Deraismes combinaron sus fuerzas para desafiar las provisiones del Código Napoleónico respecto de la autoridad marital y el estatus subordinado de las esposas con respecto a la ley de propiedad comunitaria. Las mujeres solteras adultas habían estado durante mucho tiempo completamente emancipadas en la ley civil, pero todavía estaban sujetas a los líos administrativos relacionados con su estatus marital. El periódico de Richer, *Le Droit des femmes* (fundado en 1868), promovería de forma insistente el cambio radical en la ley matrimonial francesa durante los 20 años siguientes, frente a una gran resistencia⁴².

En la sociedad rusa de mediados del siglo XIX, las mujeres casadas disfrutaban de derechos de propiedad. Ahora bien, las mujeres adultas sin casar se encontraban aún formalmente sujetas a la autoridad legal de los padres; de este modo, la autonomía personal tenía una importancia mucho más concreta de la que tenía en Francia o Inglaterra, donde tales mujeres estaban legalmente —si no moral y económicamente— libres de tales coacciones. Las jóvenes mujeres rusas de los años sesenta del siglo XIX recurrían a menudo a matrimonios ficticios (llamados «matrimonios blancos») con hombres jóvenes simpáticos y poco convencionales, con el fin de adquirir la necesaria autoridad masculina para escapar de sus familias, continuar con sus estudios y perseguir sus sueños. La historiadora Linda Edmonson ha sugerido de forma persuasiva que el ajustado nexo entre el Estado y la autoridad familiar patriarcal en Rusia puede explicar por qué la agitación feminista en pro de la libertad personal en ese escenario se desarrolló rápidamente en una dirección antifamiliar y antiestatal⁴³.

Pronto surgieron otros esfuerzos, más organizados, para mejorar otros aspectos de la situación de las mujeres, especialmente en Inglaterra, que había estado mucho menos traumatizada por las revoluciones de 1848 que sus vecinos del continente. Allí, las mujeres miembros de la Asociación Nacional para la Promoción de la Ciencia Social (National Association for the Promotion of Social Science, NAPSS), fundada en 1857,

⁴² Sobre Richer y Deraismes, véase Patrick Kay Bidelman, *Pariahs Stand Up! The Founding of the Liberal Feminist Movement in France, 1858-1889*, Westport, Greenwood Press, 1982; y Moses, *French Feminism*, caps. 8 y 9. Véase también Laurence Klejman y Florence Rochefort, *L'Egalité en marche: Le féminisme sous la Troisième République*, París, des femmes and Presses de la Fondation National des Sciences Politiques, 1989.

⁴³ Véase Linda Edmondson, «The Women's Movement and the State in Russia Before 1917», ponencia presentada en la Universidad de Bielefeld, en abril de 1993. Para una interpretación importante más temprana, véase Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia: Nihilism, Feminism, and Bolshevism, 1860-1930*, Princeton, Princeton University Press, 1978; y de forma más reciente, Bianka Pietrow-Ennker, *Russlands «Neue Menschen»: Die Frauenemancipationsbewegung von den Anfängen um 19. Jahrhundert bis zur Oktoberrevolution*, Habilitationsschrift, Universidad de Tübinga, 1994.

generaron una multitud de organizaciones y proyectos que aspiraban a mejorar la condición de las mujeres: entre estas, se encontraban la Asociación Nacional de Damas para la Difusión del Conocimiento Sanitario, la Sociedad para la Promoción del Empleo Industrial de las Mujeres y la Sociedad para la Visita de Asilos de Pobres (ambas en 1859), seguidas por la Sociedad para la Emigración de Clase Media Femenina, la Victoria Press (una aventura editorial enteramente de mujeres que produjo las *Transactions* de la NAPSS) y la Unión Nacional para la Mejora de la Educación de las Mujeres de Todas las Clases (1871). Esfuerzos tan variados como el Comité por la Propiedad de las Mujeres Casadas (1867), la Sociedad Nacional Londinense para el Sufragio Femenino (1867) y la Asociación Nacional de Damas para la Abrogación de las Leyes sobre Enfermedades Contagiosas (1870); todas tenían sus raíces en los intereses de las mujeres miembros de la NAPSS. Como ha señalado la historiadora Kathleen McCrone, «La lista de los miembros femeninos [de la NAPSS] se lee como un quién es quién de la feminidad victoriana, incluyendo a muchos de los principales nombres del feminismo victoriano, tales como Lydia Becker, Helen Blackburn, Jessie Boucheret, Frances Power Cobbe, Emily Davies, Bessie Rayner Parkes, Barbara Leigh Smith y Elizabeth Wolstenholme»⁴⁴.

La educación y las oportunidades de empleo de las mujeres eran de especial interés para las feministas de toda Europa durante este periodo. En Londres, Barbara Leigh Smith (más tarde Bodichon), Bessie Rayner Parkes y sus asociadas en el Círculo de Langham Place fundaron no solo la Sociedad para la Promoción del Empleo de Mujeres (para abordar las necesidades de las mujeres solteras de clase media), sino también el *Englishwoman's Journal*. En París, durante los primeros años sesenta del siglo XIX, cuando el gobierno imperial autorizó la admisión de mujeres en el empleo en concesiones operadas por el Estado, incluidos el servicio de telégrafo y las concesiones de tabaco, Elisa Lemmonier fue la precursora en escuelas para la instrucción vocacional de las muchachas. André Léo (Léodile Béra Champceix) fundó la sociedad Revendication des Droits de la Femme (Reivindicación de los Derechos de la Mujer) para animar a la educación de las mujeres y promover reformas legales. En Berlín, la Lette-Verein (1865) se estableció para promover el trabajo de las mujeres, bajo el patrocinio de la princesa heredera de Prusia, y Louise Otto logró fundar la «apolítica» Allgemeiner Deutscher Frauenverein (Asociación General de las Mujeres Alemanas). En San Petersburgo, un grupo de mujeres locales hizo planes para una Sociedad para el Trabajo de las Mujeres. En 1865, la holandesa Anna-Maria (Minette) Storm van der Chijs estableció la primera escuela de comercio industrial para seño-

ritas en Ámsterdam, y en 1869 activistas holandesas fundaron una escuela secundaria privada para señoritas en Harleem. En 1870, Karolina Světa organizaría la Sociedad Comercial e Industrial de Mujeres Bohemias en Praga.

Las escuelas de formación para profesoras se encontraban entre los múltiples proyectos importantes. Las activistas en Gran Bretaña ya habían establecido escuelas para preparar a mujeres solteras de clase media y sin medios para posiciones como institutrices en casas privadas y como maestras de escuela. Tras la breve «Revolución de 1868» en España, los reformadores madrileños fundaron un instituto de maestras con la intención de montar una campaña para la instrucción de muchachas y mujeres, la mayoría de las cuales eran aún analfabetas. Enseñar a los niños era la única posición juzgada entonces como un empleo adecuado para las mujeres, sin duda porque podía construirse como una extensión del papel maternal de las mujeres, y una preparación para la maternidad cívica en sí misma, a la que llevaría el matrimonio. Ahora bien, incluso aquí, los defensores de la educación de las muchachas insistían cada vez más en la importancia de educar a las mujeres porque había que hacerlo, como uno de los derechos humanos, y no solo en razón de sus hijos⁴⁵. En países más pequeños como Dinamarca, donde los tradicionalistas se oponían activamente a la educación formal para muchachas, tales escuelas se fundaron relativamente tarde y solo a partir de los presupuestos más conservadores.

Las reivindicaciones en pro del derecho de las mujeres a trabajar alcanzaron un nuevo nivel de radicalismo en Inglaterra, con la publicación por parte de Barbara Leigh Smith del panfleto *Women and Work* en 1857. Combatiendo la creciente marea de argumentación que proponía al hombre como sostén de la familia, los argumentos de Leigh Smith subrayaron deliberadamente la política sexual implicada en la cuestión de la independencia económica de las mujeres:

Los padres no tienen derecho a arrojar la carga del mantenimiento de sus hijas sobre otros hombres. Ello hace disminuir la dignidad de las mujeres y lleva a la prostitución, sea legal sea callejera. Las mujeres serán degradadas en tanto en cuanto los padres consideren el sexo de un niño como una razón por la que no debería enseñársele a ganar su propio pan. Las mujeres adultas no han de ser mantenidas por los hombres si es que ha de considerárselas como seres racionales y dignos ante Dios. [...] Las mujeres han de tener trabajo si han de formar uniones entre iguales⁴⁶.

⁴⁴ Sobre esta red NAPSS de esfuerzos de reforma organizados, véase Kathleen E. McCrone, «The National Association for the Promotion of Social Science and the Advancement of Victorian Women», *Atlantis* 8, 1 (otoño, 1982), pp. 44-66; cita, p. 47.

⁴⁵ Véase Giuliana di Febo, «Orígenes del debate feminista en España: La Escuela krausista y la Institución Libre de Enseñanza (1870-1890)», *Sistema* 12 (enero de 1976), pp. 49-82.

⁴⁶ Barbara Leigh-Smith (Bodichon), *Women and Work*, Londres, sin ed., 1857, editado originalmente en el *Waverley Journal*, reed. en Candida Lacey (ed.), *Barbara Leigh Smith Bodichon and the Langham Place Group*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1987; cita, p. 41.

Aún más controvertido que la formación de las mujeres para que pudieran ganar su propia manutención fue el proyecto de obtener la entrada de las mujeres en los estudios y en las titulaciones universitarias. Por toda Europa, allá donde la educación superior ofrecía el acceso a las carreras profesionales para el servicio en la Iglesia y el Estado, así como un medio de obtención del conocimiento avanzado, los esfuerzos de las mujeres por entrar en estos santuarios masculinos provocaron con frecuencia una dura resistencia por parte de los profesores y los estudiantes masculinos, como veremos más adelante en el caso de medicina.

A medida que surgieron los nuevos temas, se dieron iniciativas feministas aún más audaces. Las críticas a la prostitución con licencia gubernamental añadió otro tema de gran tensión a la agenda feminista, en el contexto de unos problemas sociales urbanos cada vez mayores, en especial, la pobreza femenina. Desde su inauguración en París, en 1802, con una agencia de «policía de la moral» incluida, el sistema de regulación estatal se había estado extendiendo por toda Europa, promovido con entusiasmo por una combinación de médicos masculinos, expertos en higiene pública y autoridades militares. Tras la unificación italiana en 1860, por ejemplo, regular la prostitución se convirtió pronto en una prioridad gubernamental.

En Inglaterra, el Parlamento promulgó una serie de Leyes sobre Enfermedades Contagiosas en 1864, 1866 y 1869, estableciendo un sistema modificado de regulación estatal diseñado para proteger al personal militar masculino de las enfermedades venéreas mediante el control y la inspección de las prostitutas femeninas. Este programa llevó rápidamente al acoso policial indiscriminado de las mujeres en las calles de las ciudades con guarnición, que incluyó a muchas que no eran prostitutas. A Josephine Butler, estas acciones le resultaron una provocación, y así lanzó rápidamente una campaña para la abrogación de estas leyes. La llamada Protesta de las Mujeres, firmada por 124 mujeres y publicada en el *Daily News* (Londres) en el número del día de Año Nuevo de 1870, apuntaba no solo a la violación de los derechos civiles de las mujeres inherente a estas leyes, sino también a la doble moral que implícitamente sancionaban estas leyes: «Es injusto castigar al sexo que es la víctima de un vicio y dejar sin castigo al sexo que es la causa principal, tanto del vicio como de sus espantosas consecuencias; y consideramos que la propensión a arrestar, al trato médico forzoso y (allá donde hay resistencia) al encarcelamiento con trabajos forzados, a los que estas leyes someten a las mujeres, son castigos de la más degradante de las categorías»⁴⁷. Este manifiesto se en-

⁴⁷ «The Women's Protest», publicado originalmente en *The Daily News* (Londres). 1 de enero de 1870. Reeditado en Josephine E. Butler, *Personal Reminiscences of a Great Crusade*, Westport (Conn.), Hyperion Press, 1976; a partir de la «nueva edición» de 1910-1911, pp. 9-10; y en Gayle Graham Yates (ed.), *Harriet Martineau on Women*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1985, pp. 265-267, conjuntamente con las cartas adjuntas de Martineau al *Daily News*.

frentaba con valentía a un problema del que las «damas» bien alimentadas, en particular las damas solteras y las esposas de clérigos, se suponía que ni siquiera tenían noticia, demandando que se abordaran «las causas del mal». Los esfuerzos de Butler, en particular, hicieron que las feministas se ganaran el epíteto de «la hermandad chillona» («the shrieking sisterhood») de parte del *Saturday Review*, además de una incómoda «conspiración de silencio» de la prensa británica. Impertérrita, Butler fundó su propio periódico, *The Shield* (*El Escudo*), para hacer difusión de la campaña antirregulacionista.

La campaña de Butler se convirtió de inmediato en un acontecimiento internacional. Escritoras feministas tales como Harriet Martineau en Londres, Julie-Victoire Daubié en París y Anna Maria Mozzoni en Milán abordaron todas ellas el tema de la prostitución regulada, exigiendo el desmantelamiento de un sistema que tan abiertamente discriminaba a las mujeres. En el curso de los años setenta del siglo XIX, la cruzada de Butler llevó a la formación de una alianza internacional que tenía como fin último no solo la abolición de la prostitución regulada por el Estado, a partir del modelo francés, por toda Europa, sino también la denominada trata de blancas misma⁴⁸. Las Leyes sobre Enfermedades Contagiosas en Inglaterra fueron finalmente abolidas en 1866, pero las campañas abolicionistas en el continente europeo continuarían hasta entrado el siglo XX.

Las iniciativas feministas británicas contra la prostitución regulada, la ley de la propiedad de las mujeres casadas y las continuas dificultades para acabar con los malos matrimonios centraron la atención sobre el problema de la violencia sexual masculina contra las mujeres y los niños dentro de la familia. Frances Power Cobbe dirigió la acusación en este tema, primero desafiando «el derecho divino de los maridos», luego exponiendo cómo era la vida en realidad para algunas mujeres dentro del santuario de la familia en un intento por liberalizar las leyes del matrimonio en nombre de las esposas agraviadas⁴⁹. Estos asuntos suscitaron también cuestiones sobre el uso y el abuso masculino del alcohol.

La campaña de las mujeres contra la guerra, vista cada vez más como otra forma de violencia masculina sancionada por el Estado, coronó las nuevas iniciativas feministas lanzadas en los años cincuenta y sesenta del siglo XIX. A finales de agosto de 1854, poco después del estallido de la Guerra de Crimea, la novelista sueca Fredrika Bremer publicó una carta en el *Times* de Londres. Bremer era ya bien conocida en Inglaterra, gra-

⁴⁸ Véase Judith R. Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; y Anne-Marie Käppeli, *Sublime Croisade: Éthique et politique du féminisme protestant, 1875-1928*, Carouge-Ginebra, Éditions Zoé, 1990.

⁴⁹ Sobre Cobbe, véanse los ensayos en Frances Power Cobbe (ed.), *Woman's Work and Woman's Culture*, Londres, Macmillan, 1869; y Deirdre Raftery, «Frances Power Cobbe (1822-1904)», en Mary Cullen y Maria Luddy (eds.), *Women, Power and Consciousness in Nineteenth-Century Ireland*, Dublin, Attic Press, 1995, pp. 89-123.

cias a los esfuerzos de su traductora Mary Howitt. Su «invitación a una Alianza de Paz» exigía una alianza pacífica internacional de mujeres «que se opusiera a los funestos efectos de la guerra [...] y que contribuyera [...] al desarrollo de un estado de paz, amor y bienestar que vendrá una vez hayan acabado los terrores de la guerra y haya pasado el tiempo de la devastación». Bremer proponía unificar a las mujeres filantrópicas cristianas a través de los límites y las fronteras, invitándolas a «a unir sus manos como hermanas», y a aprender las unas de las otras con el fin de «aliviar las miserias de la tierra»⁵⁰.

La iniciativa de paz de Bremer no era sino una de una serie de iniciativas feministas transnacionales que buscaban unir a las mujeres para abordar problemas sociales generales, no solo para remediar sus efectos, sino, lo que era más importante, para abordar sus causas. Estos «problemas» incluían el propio fenómeno de la guerra. A finales de la década de 1860, cuando se había iniciado la campaña militar prusiana de anexión y expansión para provocar la unificación nacional, la pacifista-feminista suiza Marie Goegg estableció una Asociación Internacional de Mujeres con fines emancipatorios múltiples, entre los cuales destacaba la prevención de la propia guerra abordando las causas subyacentes de los valores militares. Uno de los objetivos de Goegg era, en palabras de la historiadora Sandi Cooper, «la reeducación de las madres para evitar otra generación de muchachos adiestrada para mostrar sus respetos a los falsos ídolos de la gloria nacional a través de la conquista militar»⁵¹. Los artículos y discursos de Goegg se publicaron en el efímero periódico de la Liga Internacional para la Paz y la Libertad, *Les États-Unis d'Europe*. La victoria prusiana sobre Francia en 1870 y la Comuna de París en 1871 pondrían un final brusco al profético proyecto pacifista-feminista de Goegg, pero reemergería en los años setenta del siglo XIX con nuevo vigor⁵².

DESENCADENAR LAS GUERRAS DEL CONOCIMIENTO

En 1850, una danesa prácticamente desconocida, Mathilde Fibiger, publicó su *Klara Raphael: Tolv Breve (Klara Raphael: Doce cartas)* bajo el patrocinio de un conocido intelectual de Copenhague, Johan Ludvig Heiberg. En la obra, cuenta la historia de una joven que quería dedicarse

⁵⁰ Fredrika Bremer, «Invitation to a Peace Alliance», *The Times*, Londres, 28 de agosto de 1854.

⁵¹ Sandi E. Cooper, «The Work of Women in Nineteenth Century Continental European Peace Movements», *Peace and Change* 9, 4 (invierno, 1984), pp. 11-38; cita, p. 16.

⁵² Sobre los esfuerzos de Marie Goegg, véase Franca Pieroni Bortolotti, *La Donna, la pace, l'Europa: L'Associazione internazionale delle donne dalle origini alla prima guerra mondiale*, Milán, Franco Angeli, 1985; y Susanna Woodtli, *Du Féminisme a l'égalité politique: Un Siècle de luttres en Suisse, 1868-1971*, Lausana, Payot, 1977.

a la búsqueda de las ideas. La Klara Raphael de Fibiger rechazó el matrimonio con un hombre respetable para conseguir su meta:

Por primera vez en mi vida, me da lástima no ser un hombre. ¡Qué pobre y vacía es nuestra vida comparada con la suya! ¿Se trata solo de que la mitad de la gente debería ser excluida de cualquier búsqueda intelectual? ¿O nos creó realmente nuestro Señor de un material más pobre que el de los hombres (como le he oído declarar con toda seriedad a un caballero fascinante de la vecindad), de forma que tenemos que estar contentas de realizar automáticamente el trabajo trivial que se nos asigna en esta vida? ¿No posee entonces nuestra mente ningún poder ni nuestro corazón ningún entusiasmo? Lo cierto es que sí, pero la vida real dentro de nosotros no ha llegado a la consciencia, nuestro espíritu está cautivo y el prejuicio hace guardia fuera de la prisión⁵³.

El volumen de Fibiger suscitó una turbulenta controversia, una virtual guerra literaria sobre la cuestión femenina, tanto en Copenhague como por todo el mundo literario escandinavo. Fue un presagio de lo que había de venir, cuando mujeres individuales con intelecto y ambición comenzaron a articular sus deseos, no en términos de complementariedad sexual, sino en términos de autorrealización fuera de las muy desventajosas coacciones del matrimonio y la familia, y más allá de ellas. Antes de la *Cassandra* de Florence Nightingale (escrita en 1852 y publicada de forma privada en 1860), que clamaba contra la asfixia de las mujeres privilegiadas en la vida familiar, *Klara Raphael* había reivindicado la vida de la mente para las mujeres.

El tema de la relación de las mujeres con el conocimiento dio un paso adelante espectacular en los años que van de 1850 a 1870. Las escritoras feministas trataron de apuntar a lo más alto, reivindicando el conocimiento por derecho propio y, de este modo, yendo más allá del viejo debate sobre la creatividad de las mujeres, demostrándolo. De ese modo, esperaban acallar cuestiones como la de si las mujeres podrían crear obras de «genio» o si deberían conformarse con ser las madres de «hombres de genio», como sugeriría Henry Buckle en 1859.

En Francia, las novelas de la prolífica George Sand continuaron saliendo a raudales de las imprentas, inspirando a las escritoras de toda Europa. En 1865, un aluvión de literatura panfletaria propondría su candidatura a la venerable Académie Française. En Inglaterra, Charlotte Brontë había

⁵³ Klara Raphael (seudónimo de Mathilde Fibiger), *Klara Raphael: Tolv Breve* (1850), según trad. en Inga Dahlsgård, *Women in Denmark Yesterday and Today*, Copenhague, Det Danske Selskab, 1980, p. 80. Para los comienzos del feminismo danés, véase Erwin Kurt Welsch, «Feminism in Denmark, 1850-1875», tesis doctoral, Indiana University, 1974 (Univ. Microfilm 74-13548).

elevado la novela a las nuevas alturas con *Jane Eyre* (1847) y *Shirley* (1849), hábilmente secundada por *Mary Barton* (1848), *Ruth* (1853), *Cranford* (1853), y *North and South* (1855), de Elizabeth Gaskell; y Elizabeth Barrett Browning publicó su poema épico de referencia. Cada una de estas escritoras situaba los análisis de la cuestión femenina en el centro de la escena. Posteriormente, las novelas de George Eliot (Marian Evans) ofrecieron nuevas pruebas del genio literario de las mujeres. El genio artístico se vio reflejado también en los enormes lienzos de la pintora Rosa Bonheur. Cuando la emperatriz de Francia, Eugenia de Montijo, concedió la Cruz de la Legión de Honor a Bonheur en junio de 1865, ella insistió: «Fue mi deseo que el último acto de mi regencia se consagrara a mostrar que, a mi modo de ver, el genio no tiene sexo»⁵⁴.

La feminista protestante francesa Jenny P. (Poinsard) d'Héricourt había empleado los años que siguieron al fracaso de la Revolución de 1848 en sacarse un título en medicina homeopática y convertirse en comadrona en activo, certificada por la Facultad de Medicina de París. En un artículo de 1855, «Sobre el futuro de la mujer», publicado en Turín en el Reino de Piamonte, recordaba a sus lectores el llamamiento anterior de los sansimonianos a que las mujeres hablaran sin miedo: «Hoy», escribía ella, «algunas mujeres se han zafado ellas mismas de la secular absorción de su sexo y han desarrollado su propia individualidad. Estas mujeres, y yo soy una de ellas, pueden ahora responder a la llamada [...] y eso es lo que voy a hacer»⁵⁵.

Desafiando a la sabiduría establecida, Jenny d'Héricourt se reveló como una combatiente hecha y derecha, que habló de tú a tú a los hombres en las guerras del conocimiento. Invocando la ley del progreso, trazó una teoría de la formación del género. Las modificaciones orgánicas, añadía ella, tienen su lugar en el cerebro, que es, «por esencia, modificable». Ahora hay mujeres que tienen una educación masculina, que están en posesión de facultades racionales, del mismo modo que hay hombres que sobre todo despliegan sentimientos. «Es radicalmente falso», señalaba ella, «que la naturaleza hiciera a los hombres racionales y a las mujeres emocionales; son la educación y la moral las que los hicieron así: los sentimientos y la racionalidad se distribuyen por igual [...] El cerebro es el instrumento del progreso». La mente puede no tener sexo, pero el cerebro sin género requiere ejercicio para desarrollarse. No más naturaleza de

⁵⁴ Citado en el relato de Bonheur en Anna Elizabeth Klumpke, *Rosa Bonheur, sa vie, son oeuvre*, París, Flammarion, 1909, p. 264.

⁵⁵ Jenny P. d'Héricourt, «De l'avenir de la femme», *La Ragione* (Turín) 54 (27 de octubre de 1855), pp. 26-31, y 56 (10 de noviembre de 1855), pp. 59-64. Citas, pp. 31, 59-61, 64. Sobre D'Héricourt, véase Karen Offen, «A Nineteenth-Century French Feminist Rediscovered: Jenny P. d'Héricourt, 1809-1875», *Signs* 13, 1 (otoño, 1987), pp. 144-158; y Alessandra Anteghini, *Socialismo e femminismo nella Francia del XIX secolo: Jenny d'Héricourt*, Quaderni dell'Istituto di Scienza Politica, Università di Genova, Pensiero politico 10, Génova, ECIG, 1988.

las mujeres, destino de las mujeres, funciones de las mujeres, no más esfera de las mujeres. Las mujeres, igual que los hombres, están en el camino hacia la «independencia individual». Finalmente, las mujeres han de dejar de pedir sus derechos y empezar a tomarlos. Han de seguir siendo mujeres, sin emular los hábitos o los aires masculinos, y deben aliarse en solidaridad con otras mujeres. «La victoria», insistía D'Héricourt, «pertenece a aquellas que estén unidas por el afecto y por un fin común, que sepan cómo atreverse y cómo actuar».

Intelectualmente desatada, como solo puede estar una mujer que se acerca a los cincuenta, Jenny d'Héricourt desafió también la autoridad bíblica, insistiendo en que las exigencias de igualdad de los sexos basadas en la creencia cristiana (muy discutida en los últimos años), de hecho, no eran verdaderas. Citando muchos ejemplos tanto del Viejo como del Nuevo Testamento, demostraba que «ambos proclaman la inferioridad de la mujer imponiendo sobre ella la sumisión más absoluta a su padre y a su marido, negándole cualquier derecho, como hija, esposa o madre y alienándola del sacerdocio, de la ciencia, de la instrucción, negándole su inteligencia, ultrajando su modestia, torturando sus sentimientos, permitiendo la venta y la explotación de su belleza, evitando que herede o que posea propiedades»⁵⁶. El catolicismo, según su criterio, era un particular obstáculo: caerse de la fe ciega sería una cosa muy buena para las mujeres.

Fue en la cúspide de estos ataques cuando Jenny P. d'Héricourt se enfrentó al antifeminismo de su compatriota del Franco Condado Pierre-Joseph Proudhon, uno de los principales portavoces del movimiento mutualista de los trabajadores y el adversario de la anterior campaña electoral de Jeanne Deroin. En el acalorado intercambio, Jenny desafió las ideas de Proudhon sobre la mujer publicadas desde 1841. Ella publicó a su vez la respuesta de Proudhon, que decía que la causa de las mujeres no podía separarse de la de los hombres, que la justicia no podría hacer nunca que la mujer fuera igual al hombre y que la «inferioridad del sexo femenino no constituía ni servidumbre ni humillación ni una disminución en la dignidad», sino más bien lo contrario. Él consideraba la agitación de las mujeres en nombre de las mujeres como «una locura debida precisamente a la debilidad del sexo y a su incapacidad para conocerse a sí mismo y gobernarse por sí solo»⁵⁷.

Jenny d'Héricourt contraatacó con rapidez, planteando que Proudhon estaba, en efecto, aplicando un doble rasero de justicia en lo que concernía a las mujeres. En respuesta, Proudhon esbozó el perfil de lo que se

⁵⁶ Véase su serie de cuatro artículos, «La Bible et la question des femmes», en *La Ragione* (septiembre-octubre, 1857); cita, número de 24 de octubre de 1857, pp. 38-39. Una versión levemente diferente había aparecido el agosto anterior como artículo suelto en la *Revue philosophique et religieuse* (París).

⁵⁷ La carta de Proudhon, citada en «M. Proudhon et la question des femmes», *Revue philosophique et religieuse* 6, 21 (diciembre de 1856), p. 7.

convertiría en su «cálculo» infame de la inferioridad de las mujeres respecto de los hombres. La discusión terminó abruptamente en marzo de 1857, cuando Jenny declaró que el fallo de Proudhon a la hora de responder a su refutación era el reconocimiento de su derrota.

La respuesta de Proudhon estaba a punto de llegar con la publicación, en 1858, de su obra cumbre, *De la Justice dans la Révolution et dans l'église* (Sobre la justicia en la revolución y en la Iglesia), en particular en la sección «Amor y matrimonio». Resaltando a los aspirantes a emancipadores de la mujer, Proudhon proclamaba: «La indiscreción femenina se ha incendiado; media docena de insurgentes con los dedos manchados de tinta tratan con obstinación de convertir a la mujer en algo que no queremos, reclaman sus derechos con insultos y nos desafían a sacar la cuestión a la luz»⁵⁸. La emancipación, insistía Proudhon, manteniendo su fórmula anterior «ama de casa o puta», equivalía a prostitución. Él presentaba entonces a los hombres los detalles de sus cálculos de «la inferioridad física, intelectual y moral» de las mujeres, basados en las premisas aristotélicas de lo que G. J. Barker Benfield denominó acertadamente como «la economía espermática», y lo que nosotros podríamos ahora llamar la huella de la testosterona. «El ser humano completo», proclamaba Proudhon, «es el masculino». Con respecto al intelecto, proclamó: «El genio es [...] virilidad de espíritu y sus poderes asociados de abstracción, generalización, invención y conceptualización, de los que carecen en igual medida los niños, los eunucos y las mujeres. [...] Para la generación de las ideas, como para la generación [de hijos], la mujer no aporta nada propio; es un ser pasivo, enervante, cuya conversación te agota tanto como sus abrazos»⁵⁹. En su libro, *La Femme affranchie* (La mujer liberta, 1860), Jenny P. d'Héricourt volvía a la carga: «Exigimos nuestro derecho porque estamos persuadidos de que la mujer ha de dejar su huella en la ciencia, la filosofía, la justicia y la política»⁶⁰.

En Lausana, Suiza, una mujer francesa ya había comenzado a poner su sello en la ciencia y la filosofía. A finales de los años cincuenta del siglo XIX, Clémence Royer inauguró un curso para damas sobre «filosofía de la mujer», defendiendo la posición de que las mujeres tenían un tipo de genio especial. «Lo que tengo que encontrar», explicó ella en su conferencia introductoria, «es una forma, una expresión femenina de ciencia. Se trata [...] de un nuevo arte que yo he creado», un arte que podría vivificar el

carácter frío y viril de la ciencia, un arte que podría comprometer a las mujeres completamente en los esfuerzos científicos. «En tanto en cuanto la ciencia sigue estando de forma exclusiva en las manos de los hombres», explicaba Royer, «nunca descenderán a las profundidades de la familia y la sociedad. [...] ¿Por qué [...] deberían [las mujeres] ser excluidas de la búsqueda de la verdad?»⁶¹. Royer continuó publicando (en 1862) su traducción francesa de *El origen de la especie* de Charles Darwin, a la que acompañó de un prefacio con un largo comentario iconoclasta. En los años setenta del siglo XIX, tras su vuelta a Francia desde Suiza, Royer se convertiría en una controvertida participante en la Sociedad Antropológica de París.

VOLVER A JUSTIFICAR EL PATRIARCADO

No carecían de audacia estas proclamaciones del ser y las capacidades integrales de las mujeres, y fueron rebatidas con vehemencia desde 1850 en adelante. Lo cierto es que uno de los rasgos peor conocidos de las guerras del conocimiento en este periodo es la marea paneuropea de publicaciones especializadas y otras que no llegaban a tanto, justificando la necesidad del patriarcado. Entre las celebraciones de la feminidad, los elogios de la maternidad y la entronización de lo femenino en un pedestal, se fue desarrollando una corriente intelectual más hostil. Además de las reacciones de Proudhon y de Jules Michelet en Francia, que circularon mucho, han de señalarse las contribuciones de sus contemporáneos alemanes Arthur Schopenhauer y Wilhelm Riehl y las de sir Henry Sumner Maine en Inglaterra y J.-J. Bachofen en Suiza. Algunos de los más distinguidos intelectos del siglo XIX abordaron de frente la cuestión femenina, reuniendo sus conocimientos fisiológicos, antropológicos, filológicos e históricos en defensa —o en justificación— del gobierno masculino. Todas las ciencias humanas que acababan de aparecer —sociología, psicología o antropología— entraron en estos debates.

Escribiendo «Sobre las mujeres» en 1851, un envejecido Arthur Schopenhauer (cuya madre había sido *salonnière* y confidente del poeta y filósofo Goethe) invocaba de nuevo el plan de la naturaleza para las mujeres,

⁵⁸ P.-J. Proudhon, *De la Justice dans la Révolution et dans l'église* (1858), en *Oeuvres complètes de P.-J. Proudhon*, nueva ed., C. Bouglé y H. Moyssset, vol. 12, París, 1935; trad. KO, WFF, vol. 1, doc. 95; todas las citas son de esta última fuente.

⁵⁹ WFF, vol. 1, *ibid.*

⁶⁰ Jenny P. d'Héricourt, *La Femme affranchie* (1860), en traducción inglesa como *A Woman's Philosophy of Woman, or Woman Affranchised; An Answer to Michelet, Proudhon, Girardin, Legouvé, Comte, and Other Modern Innovators*, Nueva York, Carleton, 1864; reed. Westport, Hyperion Press, 1981, y extractos en WFF, vol. 1, doc. 98; cita, WFF, vol. 1, p. 346.

⁶¹ Clémence Royer, *Introduction a la philosophie des femmes, cours donné à Lausanne par Mlle A.C.R.: Leçon d'ouverture* (1859), trad. Sara Miles, en un apéndice a su tesis doctoral, «Evolution and Natural Law in the Synthetic Science of Clémence Royer», University of Chicago, 1988; citada con permiso de Miles, pp. 397, 405, 407. Sobre Royer, véase Geneviève Fraisse, *Clémence Royer, philosophe et femme de sciences*, París, Éditions la Découverte, 1985; Joy Harvey, «“Strangers to Each Other”: Male and Female Relationships in the Life and Work of Clémence Royer», en Pnina G. Abir-Am y Dorinda Outram (eds.), *Uneasy Careers and Intimate Lives: Women in Science, 1789-1979*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1987; y Joy Harvey, «Almost a Man of Genius», *Clémence Royer, Feminism, and Nineteenth-Century Science*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1997.

que resumía como sufrimiento y sumisión. Schopenhauer, anticipando a Nietzsche y a otros, construía la «diferencia» de las mujeres casi por completo en lo negativo. Con respecto a los asuntos del intelecto, declaraba que las mujeres carecen de razón; por eso, no tienen sentido de la justicia. Carecen de apreciación para el gran arte y también de genio. Lo cierto es que Schopenhauer proclamaba que «los más distinguidos intelectos entre todo este sexo jamás han conseguido producir un solo logro en las bellas artes que sea realmente grande, genuino y original; ni han dado al mundo ninguna obra de valor permanente en esfera alguna»:

[Las mujeres] constituyen el *sexus sequior*, el segundo sexo, inferior en todos los ámbitos al primero; sus debilidades deberían ser tratadas con consideración, pero mostrar gran reverencia hacia ellas es sumamente ridículo y nos empuja a sus ojos. Cuando la naturaleza generó dos divisiones de la raza humana, no trazó la línea exactamente por el medio. Es cierto que estas divisiones están polarizadas y opuestas entre sí; pero la diferencia entre ellas no es meramente cualitativa, sino también cuantitativa. [...] Sería algo muy deseable que este Número Dos de la especie humana estuviera en Europa también relegado a su lugar natural, y se pusiera fin a este fastidio que dan las damas, que no solo hace reír a toda Asia sino que habría sido ridiculizado también por Grecia y Roma⁶².

Schopenhauer afirmaba que hasta la monogamia exalta en exceso a la mujer como un ser igual al hombre; los pueblos asiáticos lo sabían mejor. Es más, las mujeres no deberían heredar ninguna propiedad ni manejar la riqueza: «Los que ganan dinero son los hombres, no las mujeres, y de esto se deduce que las mujeres ni están justificadas para tener una posesión incondicional del mismo ni son personas adecuadas para que se les confíe su administración».

En Alemania, el joven periodista y científico social Wilhelm Heinrich Riehl secundó el contraataque de Schopenhauer. Como reacción a los levantamientos de 1848, Riehl asumió un proyecto sociológico para descubrir a la Alemania «real», la Alemania tradicional, la Alemania patriarcal del campo. Mientras trabajaba en su trilogía «La historia natural del pueblo alemán», Riehl publicó un ensayo «Sobre las mujeres: un estudio sociopolítico», en la *Deutsche Vierteljahrsschrift*, en el que él castigaba a «las mujeres emancipadas» de 1848, que habían olvidado la vocación natural de su sexo⁶³. Esta denuncia proporcionaba el trampolín para su

⁶² Arthur Schopenhauer, «On Women», en *Studies in Pessimism: A Series of Essays*, selec. y trad. T. Bailey Saunders, M. A., Londres, Swan Sonnenschein, 1893, pp. 105-123, citas, pp. 105-106; publicado originalmente como «Über die Weiber», cap. 27 del *Parerga und Paralipomena: Kleine philosophischen Schriften* (1851) de Schopenhauer.

⁶³ R. (Wilhelm Heinrich Riehl), «Die Frauen: Eine social-politische Studie», *Deutsche Vierteljahrsschrift*, 1852, n.º 3, pp. 236-296.

debate adicional de las relaciones hombre-mujer, basado en la autoridad bíblica, en un volumen titulado «La familia» (1855). El desarrollo cultural, proclamaba él (como Comte antes de él), llevaba a aumentar la diferenciación y la peculiaridad de los sexos, no hacia una igualdad indiferenciada. Las mujeres podrían emanciparse, afirmaba, tan solo convirtiéndose a las cabezas (masculinas) de los hogares, no a los individuos, en los representantes de la familia ante el Estado. Los solteros, como las solteras, eran, en el estado de cosas de Riehl, desafortunados e inaguantables.

En Francia, el sociólogo Frederic LePlay se embarcó en una investigación de hogares trabajadores y campesinos comparable a la de Riehl, con el fin de descubrir la clave para la reforma social que mantendría a las mujeres en su lugar como auxiliares de los hombres. En la opinión de LePlay, tal como se expresa en su tratado *Réforme Social (Reforma social, 1864)*, cuyo modelo tomaba de unas leyes inglesas sobre el matrimonio aún sin reformar, el lugar de las mujeres ha de ser definitivamente el hogar; ellas no deberían tener nada que ver con las manufacturas, el comercio o la propiedad. Este reformista abogó por la separación de las esferas y por que los hombres fueran de veras los sustentadores de la familia. Las investigaciones de LePlay sobre la vida social y económica se complementarían con los hallazgos de Paul Bernard, ganador de una competición sobre la historia de la autoridad paterna, patrocinada en 1860 por la Academia Imperial Francesa de Ciencias Morales y Políticas⁶⁴.

Las populares investigaciones sociofilosóficas de Jules Michelet, *Amor* (1859) y *Mujer* (1860), se apoyaban en gran medida en las recientes investigaciones médicas sobre la fisiología reproductiva femenina para promover la doctrina de las mujeres como inválidas perpetuas y para dar, de ese modo, un nuevo significado al término «reduccionismo fisiológico». Michelet afirmaba que la «Mujer» debe necesariamente permanecer bajo la autoridad del hombre, dentro de su economía doméstica, y la mente de ella, lo mismo que su cuerpo, deben ser fertilizados por los superiores atributos de él. Además, él defendía desconectar a la mujer de su familia de nacimiento, haciéndola así completamente dependiente de su marido. Las floridas y pseudopoéticas doctrinas patriarcales de Michelet, disfrazadas en forma de manuales de matrimonio dirigidos a los hombres y muy traducidos, arrojarían una sombra inusualmente larga por toda Europa y América durante lo que quedaba de siglo⁶⁵.

⁶⁴ Véase el estudio de Paul Bernard, *Histoire de L'autorité paternelle en France*, Montdidier, Radenez, 1863.

⁶⁵ Jules Michelet, *Love*, trad. J. W. Palmer, Nueva York, Carleton, 1860; ed. orig. París, 1859; y Jules Michelet, *Woman (La Femme)*, trad. J. W. Palmer, Nueva York, Carleton, 1873; ed. orig. París, 1860; ambas extractadas en WFF, vol. 1, docs. 97, 98. Un importante análisis feminista es Thérèse Moreau, *Le Sang de l'histoire: Michelet, l'histoire et l'idée de la femme au XIXe siècle*, París, Flammarion, 1982.

Es a la luz de estas reacciones represivas a las erupciones feministas en 1848 bajo la que hay que reevaluar estas campañas que buscaban reformular las bases intelectuales del patriarcado... y, desde luego, reafirmar la masculinidad y sus prerrogativas. Es bajo esta luz, también, como hay que reconsiderar la campaña más conocida, literaria y filosófica, emprendida por poetas y escritores para idealizar a la «Mujer» como «el ángel del hogar» (*angel of the house*, en la versión inglesa; *angelo del focolare*, en la italiana)⁶⁶. Julie, de Rousseau, la nueva Eloísa de mediados del siglo XVIII, proporcionó un modelo perdurable para el «ángel», pero las versiones subsiguientes tomaron formas culturalmente específicas. Los poemas y ensayos de Coventry Patmore (*The Angel in the House*, 1854-1863) y John Ruskin (*Of Queen's Gardens*, 1865), en Inglaterra, contribuyeron a este proyecto, como lo hicieron los tratados muy traducidos del pastor protestante francés Adolphe Monod, con su *Mujer: su misión y su vida* (en francés, en 1848; en inglés, en 1858; también en danés) y el prelado italiano católico Gioacchino Ventura di Raulica, autor de la obra en varios volúmenes y muy traducida *La Donna cattolica* (1855). Al igual que para las feministas, muchos estuvieron sin duda de acuerdo con la defensora de los derechos de las mujeres y popular oradora francesa Maria Deraismes, que en los años sesenta del siglo XIX rechazó «el honor de ser un ángel» y reprobó a aquellos que insistían tanto en el papel auto-sacrificial y puramente doméstico de las mujeres como los peores enemigos de las mujeres⁶⁷.

Los nuevos datos históricos de especialistas dedicadas a este periodo centran su máxima atención en los orígenes y el desarrollo de las sociedades humanas, en particular en los antecedentes europeos. Escribiendo antes de la era de las grandes excavaciones arqueológicas y de las expediciones antropológicas *in situ*, estas especialistas tuvieron que fiarse de las pruebas que se sacaban de los registros escritos tempranos preservados en leyes y literatura. Ellos se preciaban de observar un enfoque científico especializado respecto del pasado, aunque escribían con una mirada impenitente a sus propios tiempos. Dos obras mayores publicadas en 1861 revelan la importancia de la cuestión femenina para las teorías sobre la historia del desarrollo social.

En *La ley antigua*, el especialista legal inglés sir Henry Sumner Maine recurrió a los frutos de la jurisprudencia comparativa para afirmar que,

⁶⁶ Véase Carol Christ, «Victorian Masculinity and the Angel in the House», en Martha Vicinus (ed.), *The Widening Sphere*, Bloomington, Indiana University Press, 1977; y Susan Kirkpatrick, *Las Románticas: Women Writers and Subjectivity in Spain, 1835-1850*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1989.

⁶⁷ Maria Deraismes, «La Femme et le droit», discurso público dado a finales de los años sesenta del siglo XIX, publicado en *Eve dans l'humanité*, París, 1891; cita en pp. 16-17, como extractado y traducido en VW, doc. 25ii, p. 140. *Eve dans l'humanité* ha sido reeditado desde entonces con un prefacio de Laurence Klejman, París, côté-femmes, 1990.

desde tiempos inmemoriales, las sociedades indoeuropeas han estado organizadas en torno a familias patriarcales, aunque la autoridad absoluta del padre hubiera estado sujeta a una creciente erosión en épocas más recientes, cuando la libertad personal y de propiedades de los individuos, especialmente de los individuos femeninos, aumentó. «La ley antigua», escribió, «subordina a la mujer a sus relaciones de sangre, mientras que un fenómeno fundamental de la jurisprudencia moderna ha sido su subordinación al marido. La historia del cambio es notable»⁶⁸. Cuando la organización familiar había cedido ante la emergencia del individuo, también el contrato había reemplazado el estatus en las sociedades progresistas. Las mujeres adultas sin casar, igual que los hombres, podían realizar contratos como individuos.

En Basilea, donde era profesor de Derecho Romano, Johann Jakob Bachofen analizaba con sumo cuidado el origen y la caída del matriarcado en el mundo mediterráneo antiguo. Él estaba profundamente impresionado por la relevancia de la religión e importancia del mito como herramienta interpretativa. En *Das Mutterrecht* (*El derecho materno*, también traducido como *El matriarcado*), Bachofen pensaba que había documentado el derrocamiento del derecho femenino por el gobierno masculino y consideraba claramente que el patriarcado era un estado superior en la organización social, representando a su juicio el triunfo de «mente» sobre «materia». Su duradera contribución iba a demostrar con autoridad la existencia de patrones de parentesco matrilineal en la cultura mediterránea temprana, cuando no la de una verdadera forma de gobierno femenina⁶⁹. Los descubrimientos de Maine y Bachofen, complementados por los del escocés John Ferguson McLennan sobre el matrimonio primitivo, ofrecieron nuevas rondas de argumentos con los que atacar el problema del reordenamiento apropiado de los sexos en las sociedades europeas contemporáneas. Su influencia se dejó sentir en las obras posteriores de escritores tan diversos como Engels y Nietzsche.

Dos de los aspectos más importantes de las guerras del conocimiento con respecto al desarrollo del feminismo en los años sesenta del siglo XIX fueron, en primer lugar, la campaña por la educación médica de las mujeres y, en segundo lugar, el desarrollo de una crítica bien documentada de las serias desventajas con respecto al empleo remunerado.

⁶⁸ Sir Henry Sumner Maine, *Ancient Law: Its Connection with the Early History of Society, and Its Relation to Modern Ideas*, 6.ª ed., 1876; ed. orig. 1861; en WFF, vol. 1, doc. 101 (cita, p. 374).

⁶⁹ Johann Jakob Bachofen, *Myth, Religion, and Mother Right*, trad. Ralph Manheim, Princeton, Princeton University Press, 1967, publicada originalmente como *Das Mutterrecht: Eine Untersuchung über die Gynokratie der alten Welt nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur*, Stuttgart, 1861 [ed. cast.: *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*, trad. María del Mar Llinares, Madrid, Akal, 1987]; extractos en WFF, vol. 1, doc. 102.

En la campaña por la educación médica estaba en juego nada menos que el conocimiento y el control sobre los cuerpos de las mujeres y sobre la reproducción. Los médicos masculinos estaban afirmando cada vez más su autoridad en temas de ginecología y obstetricia, y desarrollaban prácticas en estas áreas, prerrogativa tradicional de las comadronas. En Francia, donde el aborto había sido declarado un crimen contra el Estado durante la Revolución francesa y, de nuevo, criminalizado en la época del Código Penal Napoléonico (1810), y donde las comadronas estaban sujetas al control gubernamental, el debate se complicó por la preocupación por el débil crecimiento de la población.

Las expectativas se elevaron a finales de los años cincuenta y durante los años sesenta del siglo XIX, cuando importantes médicos masculinos, en particular el entusiasta de la salud pública Ambroise Tardieu (que sacó a relucir el tema del aborto en la Academia de Medicina, a principios de 1852 y, por consiguiente, se convirtió en la autoridad médica principal de Francia en el tema), primero, pelearon para cambiar los estándares legales para asegurar la convicción de los abortistas y, segundo, afirmaron que las comadronas estaban funcionando con demasiada frecuencia como abortistas —decir, como especuladoras antisociales— más que como promotoras de una nueva vida⁷⁰.

En Inglaterra, el Parlamento aprobó la Ley Médica de 1858, que restringía la entrada en el campo de la medicina a poseedores de títulos universitarios británicos. Esto era una respuesta directa al registro reciente de la angloamericana Elizabeth Blackwell, que había obtenido su título médico en los Estados Unidos y había hecho prácticas en Francia. Indignadas por esta evolución e inspiradas por el ejemplo de su predecesora y mentora, unas cuantas mujeres inglesas se prepararon para asaltar los bastiones de la profesión médica británica. Esta criminalización del aborto por parte del gobierno británico, en 1861, puede haber sido también un factor en su determinación.

Entretanto, en 1864, la Universidad de Zúrich había abierto sus puertas a mujeres que acudían como oyentes. Mujeres jóvenes del este de Europa, incluidas Polonia, Rumanía y, en especial, Rusia, acudían en tropel a matricularse en Zúrich. Allí, la ciencia y la política progresista se habían cogido del brazo a finales de los años cincuenta y durante los años sesenta del siglo XIX, conjuntamente con la liberación de los siervos. Ahora bien, una crítica feminista había empezado a desarrollarse solo con las publicaciones de M. L. Mijailov (no poco inspirada por las publicaciones de Jenny P. d'Héricourt, a quien él se había encontrado en París) y con la novela de N. G. Chiernichievskii *Tsto dielats?* (*¿Qué hacer?*, 1863). Algunas mujeres privilegiadas

fueron arrastradas al estudio de las ciencias naturales y la medicina en la misma ola que sus homólogos masculinos, acudiendo a cursos en la Universidad de San Petersburgo. Ahora bien, después de que estas universidades y escuelas médicas se cerraran para ellas en 1863-1864, muchas dejaron Rusia para seguir sus estudios fuera, y Zúrich les dio una bienvenida, en un primer momento, calurosa. Esto sentó un precedente que no podía ser ignorado por otras escuelas médicas en Europa occidental⁷¹.

La admisión de las mujeres al estudio de medicina se desplegó de forma bastante diferente en Francia. Una alemana, Mathilde Theyessen, se llevó el honor de ser la primera médica certificada de la Europa del siglo XIX, aprobando sus exámenes como «officier de santé et de pharmacie» en París en 1865. La decisión de 1868 de admitir a mujeres (incluida Elizabeth Garrett, la americana Mary Putnam Jacobi, una rusa, mademoiselle Goncharov, y la primera francesa, Madeleine Brès) en los exámenes de la Facultad de Medicina de París, se debió a la emperatriz Eugenia de Montijo (durante mucho tiempo, promotora de la educación de las muchachas) y al Consejo de Ministros, durante otra corta regencia. Cuando cayó el Segundo Imperio, ella y el ministro de Educación se apresuraron a fundar una escuela médica de mujeres antes de que los rusos establecieran una en San Petersburgo. Los obstáculos para las mujeres con respecto a la práctica de la medicina en Francia no se encuentran en las facultades o en el acceso a los exámenes, sino en los pasos posteriores: su exclusión de los concursos que llevaban a las pasantías y residencias en las especialidades médicas. Estos obstáculos, controlados por las propias autoridades médicas, serían mucho más difíciles de sortear por las médicas.

De las aspirantes británicas a la formación médica, Elizabeth Garrett consiguió inscribirse a los exámenes en París, en 1868, pero Sophia Jex-Blake decidió convertirse en doctora en Gran Bretaña, obteniendo permiso para estudiar medicina en «clases para damas», separadas, en la Universidad de Edimburgo. «Si las mujeres plantean que sí que necesitan y pueden apreciar la instrucción en una ciencia o en todas, no sé quién va a tener derecho a negar esa afirmación», comentaba Jex-Blake en 1869⁷². Tres años —llenos de conflictos— más tarde, el *senatus* universitario rechazó el permiso de las mujeres a registrarse para realizar los exámenes que darían acceso a sus títulos. Las mujeres ganaron su pleito contra la universidad, pero posteriormente los funcionarios lo bloquearon apelando con-

⁷¹ El estudio más reciente de las mujeres de Zúrich es de Thomas Neville Bonner, «Rendezvous in Zurich: Seven Who Made a Revolution in Women's Medical Education, 1864-1874», *Journal of the History of Medicine* 44, 1 (enero de 1989), pp. 7-27. Véase también el libro de Bonner, *To the Ends of the Earth: Women's Search for Education in Medicine*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1992.

⁷² Sophia Jex-Blake, «Medicine as a Profession for Women», en su *Medical Women*, 2.ª ed., Edimburgo, 1886; el ensayo se publicó originalmente en 1869. Extractos en *WFF*, vol. 1, doc. 133, cita, p. 475.

⁷⁰ Para la información sobre la importancia de Tardieu para este debate, estoy en deuda con la tesis doctoral de Nancy Robin Jaicks, «Angel Makers: The Crime of Abortion in Nineteenth-Century Lyon», Columbia University, 1993. Él también se opuso fuertemente a la homosexualidad.

tra la decisión, obligando en último término a las mujeres a que se marcharan, después de grandes retrasos y gastos. En 1877, La Universidad de Londres se convirtió en la primera universidad inglesa en otorgar títulos de medicina a mujeres, a partir de una enmienda del Parlamento de la Ley Médica, el año anterior a la eliminación de todas las restricciones que se fundaran en la diferencia sexual. Los costos fueron grandes; ahora bien, la admisión de mujeres en la profesión médica en Inglaterra estaba, desde entonces, asegurada.

Las reacciones de algunos hombres universitarios a las campañas para la admisión de mujeres en la formación médica fueron asombrosamente duras. En Alemania y Austria, en particular, la comunidad académica masculina se movilizó contra los esfuerzos de las mujeres para matricularse en cualquier aspecto del estudio universitario. Las objeciones del profesor de medicina Theodor von Bischoff, establecido en Múnich, en su tratado *Das Studium und die Ausübung der Medizin durch Frauen* (*El estudio y la práctica de la medicina por parte de las mujeres*, 1872) ejercería una influencia duradera. A finales de los años setenta del siglo XIX, el profesorado alemán en todos los campos cerraría filas contra las mujeres estudiantes en prácticamente todas las áreas de estudio, y esa oposición duraría hasta bien entrados los años noventa⁷³.

Aun en Inglaterra, donde las mujeres ganaron la batalla por la formación médica, continuó la oposición a la educación superior. Los oponentes proclamaban que la educación superior arruinaría las capacidades reproductivas de las mujeres o las llevaría al colapso nervioso y que, en el proceso, tales mujeres, de algún modo, se masculinizarían completamente. Contra acusaciones tales como las de Henry Maudsley de que el objetivo de la educación superior para las mujeres era «asimilar la mente femenina a la masculina», Elizabeth Garrett Anderson, primera médica de Gran Bretaña, insistía en que «el solo objetivo de aquellos que están preocupados por promover una educación superior y más seria para las mujeres es hacer lo mejor que pueden a partir de los materiales que tienen a su disposición». «Si fracasan», añadía ella sin rodeos, «no será, sin duda, por pensar que el tipo masculino de excelencia incluye todo lo que puede desearse en cuanto a humanidad»⁷⁴. Entre otros derechos, las mujeres tenían el derecho a mentes —y opiniones— propias.

Las feministas no necesitaban títulos universitarios, sin embargo, para hacer importantes contribuciones al conocimiento económico, basado en la observación sistemática, en el debate sobre el empleo de las mujeres.

⁷³ Sobre la oposición alemana, véase James C. Albisetti, *Schooling German Girls and Women: Secondary and Higher Education in the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1988; y Patricia Mazón, «Academic Citizenship and the Admission of Women to German Universities, 1865-1914», tesis doctoral, Stanford University, 1995.

⁷⁴ Elizabeth Garrett Anderson, «Sex in Mind and Education: A Reply», *Fortnightly Review*, n. s., 15 (mayo de 1874); citas, p. 583.

En una época en la que tanto los economistas como los líderes laboristas en Gran Bretaña y Francia estaban defendiendo un «salario familiar» que mantendría a las mujeres en casa, las mujeres que actuaban como científicas sociales estaban reuniendo datos propios para señalar los problemas con el modelo del sostén masculino de la familia. Ya en los años cuarenta del siglo XIX, Flora Tristan había estado investigando los temas relacionados con las mujeres y el empleo, y había ofrecido algunas sagaces observaciones sobre el tema de la inferior remuneración de las mujeres en su libro *Union ouvrière* (*Unión obrera*, 1843): ella apuntaba irónicamente que si a las mujeres se les pagase lo mismo por el mismo trabajo, estas ganarían más que los hombres porque son más productivas.

En *La Femme* (1860), Jules Michelet condenaba la palabra *ouvrière* como «impía» y «sórdida», pero su indignada oposición no pudo erradicar el fenómeno de las mujeres trabajadoras. El estudio de Jules Simon sobre el trabajador femenino, publicado en 1861, reactivó la oposición al empleo industrial de las mujeres fuera del hogar. Simon estaba bien informado sobre los muchos y difíciles problemas sociales que habían padecido las familias de la clase trabajadora en las ciudades manufactureras textiles inglesas, y examinaba a sus homólogas en Francia con estos problemas en la mente. Aunque los historiadores han mostrado desde entonces que una proporción sorprendentemente alta de las mujeres empleadas en las industrias textiles eran jóvenes y solteras, Simon, no obstante, hablaba de su trabajo exclusivamente como el de las mujeres casadas. Su supuesto era que todas las mujeres solteras eran futuras esposas y madres de una gran familia cuya participación como fuerza de trabajo, aun antes del matrimonio, no solo impedía la adquisición y práctica de habilidades domésticas, sino que también planteaba una amenaza mortal a su virtud. Como muchos de los economistas liberales de su época, Simon defendía la subida de los salarios a los hombres para que proporcionasen un «salario familiar» que pudiera sustentar a una esposa y a unos hijos. Cualquier trabajo productivo desarrollado por mujeres, decía él, debería ser hecho por ellas en sus casas, donde ellas seguirían siendo «mujeres». «Si hay una cosa que la naturaleza nos enseña claramente», afirmaba Simon, haciéndose eco de Michelet, Comte y otros, «es que la mujer ha sido hecha para ser protegida, para vivir como muchacha con su madre y, como esposa, bajo la protección y autoridad de su esposo»⁷⁵.

Julie-Victoire Daubié, la primera mujer en aprobar el examen de *baccalauréat* francés (1861) —que implicaba la admisión en la formación universitaria—, discutió los argumentos de Simon. Ella había preparado su libro *La Femme Pauvre* (*La mujer pobre*) para un concurso ensayístico patrocinado a finales de los años cincuenta del siglo XIX por la Academia de Lyon, y lo publicó en 1866. Más que intentar, como Simon, devolver a las muje-

⁷⁵ Jules Simon, *L'Ouvrière*, 4.^a ed., París, 1862; trad. KO en WFF, vol. I, doc. 126, p. 458.

res trabajadoras a un papel familiar dependiente a través de la elevación de los salarios de los hombres, Daubié, como sus predecesores feministas, alentó reformas que permitirían que las mujeres llegaran a ser económicamente independientes. Más aún, exigía la aprobación de leyes que frenarían el acoso sexual y, por tanto, permitirían a las mujeres más libertad de movimiento en la sociedad francesa. Ella se oponía en particular a la intrusión de los hombres en lo que ella consideraba ocupaciones de mujeres:

Cuando investigamos con cuidado las causas del precario estado de la mujer pobre, vemos que estas pueden atribuirse a una centralización administrativa que la excluye de forma arbitraria de las escuelas y los empleos y a una inmoralidad irresponsable que, tras expulsarla de la familia, la ha cargado con la triple opresión de las leyes, las instituciones y las costumbres⁷⁶.

Daubié enumeraba y condenaba estas leyes, instituciones y costumbres con un detalle exquisito en su extenso estudio, que abría brechas en los argumentos paternalistas de economistas liberales como Simon. En los años sesenta del siglo XIX, cuando la Guerra Civil americana había inscrito la emancipación de los esclavos negros en la conciencia de la mayoría de los pensadores europeos, los estudios del trabajo femenino de Bessie Rayner Parkes en Inglaterra y de Louise Otto en Alemania, del mismo modo, exigían libertad para el desarrollo individual a través de la emancipación económica para las mujeres. «Queremos liberarnos de la presión de la dependencia», afirmaba Otto, «exigiendo un reparto natural del trabajo para hombres y mujeres»⁷⁷.

En 1866-1867, cuando el debate en torno a la cuestión femenina se suscitó en los congresos anuales de la recién formada Asociación Internacional de Trabajadores, estudios como estos ofrecieron amplios argumentos para los defensores del derecho de las mujeres al trabajo. Estas reuniones, a las que asistía una mezcla de intelectuales progresistas de clase media y artesanos, engendraron un debate acalorado en torno al papel de las mujeres en la fuerza de trabajo y en la familia. Pocos de los trabajadores presentes apoyaban el principio del derecho de las mujeres al trabajo. Como tantos hombres cultos de la época, preferían la noción de un «salario familiar» que permitiría a los hombres ganar lo suficiente como para mantener a sus esposas e

hijos. Aquí se repetían con frecuencia los argumentos de Proudhon, Simon y Michelet, mezclados en los debates de los trabajadores con los de Marx y Engels. El consenso del Congreso de los Trabajadores de 1867, después de un año de estudio y acalorado debate, fue que las mujeres deberían ser emancipadas del trabajo con el fin de seguir en la familia. «El nombre más grande sobre la tierra es el nombre del padre; la cosa más grande es la autoridad paterna: estos son los elementos creadores y conservadores de la familia», anunciaba el Informe de la Comisión de 1867:

A la mujer, por su naturaleza física y moral, se la llama naturalmente a las apacibles minucias del hogar doméstico; este es su departamento. No creemos que sea útil para la sociedad darle ningún otro cargo. Si la esposa del proletario es capaz de convertirse en una diputada de la Cámara, la sopa del trabajador puede que se sazone de forma incorrecta. Como madre, la mujer es el primer educador del niño, pero bajo la condición expresa de que el padre actúa como el agente director⁷⁸.

En París, las feministas protestaron enérgicamente ante las conclusiones de la Primera Internacional. En una serie de conferencias públicas brindadas allí en 1868, numerosos ponentes abordaron los temas. La socialista feminista Paule Mink argumentó a favor de la autonomía de las mujeres, de su derecho a trabajar y a recibir el mismo salario: «Negando a la mujer el derecho al trabajo, la degradas; la pones bajo el yugo del hombre y la entregas a los deseos del hombre. [...] Es el trabajo lo único que hace posible la independencia y aquello sin lo que no hay dignidad». Ahora bien, al igual que los argumentos de muchos de sus predecesores, el argumento de Mink para la igualdad y la independencia se vertió en términos de diferencias de las mujeres con respecto a los hombres:

¿Por qué no puede la mujer ser igual al hombre sin querer convertirse en lo mismo que él! La copia es inevitablemente una forma de debilidad; por encima de todo, una ha de afirmarse y seguir siendo una misma. Las mujeres tienen virtudes que les son propias y los hombres tienen cualidades que les son peculiares. ¿Por qué fusionarlos en una masa informe cuyas partes son irreconocibles? Nosotras afirmamos nuestra individualidad, pero queremos seguir siendo mujeres⁷⁹.

⁷⁶ Julie-Victoire Daubié, *La Femme pauvre au XIXe siècle*, París, 1866; trad. KO en WFF, vol. 1, doc. 127, p. 459. La segunda edición de *Femme pauvre* de Daubié (3 vols., 1870) se ha reeditado, París, *côté-femmes*, 1992-1993. Un fino análisis del intercambio de Simon-Daubié es Joan W. Scott, «“L'Ouvrière! Mot impie, sordide...”»: Women Workers in the Discourse of French Political Economy, 1840-1860», en *The Historical Meanings of Work*, ed. Patrick Joyce, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 119-142 y pp. 282-285 (notas).

⁷⁷ Louise Otto, *Das Recht der Frauen auf Erwerb: Blicke auf das Frauenleben der Gegenwart*, Hamburgo, 1866; trad. SGB en WFF, vol. 1, doc. 129, p. 465.

⁷⁸ La primera Asociación Internacional de Hombres Trabajadores, Congreso de Lausana, 1867, «Rapports lu au Congrès ouvrier réuni du 2 au 8 septembre 1867 à Lausanne», en *La Première Internationale: Recueil des documents*, ed. Jacques Freymond, vol. I, Ginebra, 1962; trad. KO en WFF, vol. 1, doc. 131, pp. 469-470.

⁷⁹ Paule Mink, «Le Travail des femmes, discours prononcé par Mme Paul [sic] Mink a la réunion publique du Vauxhall, le 13 juillet 1868», Bibliothèque Nationale, microfilme RP.12236; trad. KO en WFF, vol. 1, doc. 132, pp. 472-473. Gracias a Marilyn J. Boxer por proporcionarme una copia de este discurso.

Lejos de despojar a las mujeres de su sexualidad, Mink planteaba que el empleo remunerado les permitiría desarrollarse hasta el máximo nivel como individuos femeninos.

Las guerras del conocimiento de los años cincuenta y sesenta del siglo XIX habían precipitado importantes contribuciones de las feministas, así como la rearticulación y la reafirmación de las objeciones a la emancipación de las mujeres de aquellos que podemos llamar, retrospectivamente, antifeministas. Los papeles de trabajo y familia en la estructuración de la subordinación femenina habían sido claramente identificados. El tiempo estaba maduro, entonces, para un acontecimiento editorial que aceleraría enormemente el flujo de pensamiento feminista por toda Europa: la aparición en 1869 de la gran obra de John Stuart Mill *The Subjection of Women* (*El sometimiento de las mujeres*).

REFORMULAR EL DEBATE:

«EL SOMETIMIENTO DE LAS MUJERES» DE MILL Y SUS DETRACTORES

En el calor de los argumentos sobre el genio de las mujeres, la historia antigua, la formación médica, los salarios diferenciados y en medio de la continua romantización de la «esfera» de las mujeres por parte de los estetas y los líderes religiosos, y las defensas del patriarcado por parte de sociólogos e historiadores, el célebre filósofo británico John Stuart Mill compuso su argumento más elocuente en favor de la emancipación legal de las mujeres de las instituciones patriarcales, *The Subjection of Women* (*El sometimiento de las mujeres*). La publicación de este pequeño pero importante libro en 1869 constituyó un acontecimiento de verdadera importancia internacional para la causa de los derechos de las mujeres. La edición londinense se reimprimió rápidamente en Nueva York y en Filadelfia; las traducciones aparecieron poco después en casi todos los idiomas europeos. Resulta significativo que muchos de los traductores de Mill fueran mujeres y feministas, entre ellas, la italiana Anna Maria Mozoni, la alemana Jenny Hirsch y, algunos años más tarde (años noventa del siglo XIX), la novelista y ensayista española Emilia Pardo Bazán. El joven y cosmopolita crítico literario en alza Georg Brandes, un defensor entusiasta de la emancipación de las mujeres, preparó y promovió la traducción al danés.

La cuestión femenina había sido central en el pensamiento de Mill desde los primeros años treinta del siglo XIX, y seguía convencido de que no había razón para admitir la «necesaria subordinación de un sexo por el otro». Definitivamente, había puesto fin a las conversaciones con Auguste Comte sobre este tema, rechazando de una vez por todas el determinismo fisiológico sobre la cuestión femenina. Ampliando el principio que había desarrollado en su potente e influyente tratado *On Liberty* (*Sobre la liber-*

tad, 1859), Mill sugería que deberían eliminarse todas las barreras construidas artificial o socialmente contra el florecimiento de la personalidad femenina, permitiendo de ese modo dar respuesta de una vez por todas a la cuestión de la «naturaleza femenina». A las mujeres, afirmaba él, se les debería permitir la misma oportunidad de libertad personal, la misma libertad para adquirir la dignidad individual que se les permitía a los hombres. Mantenía su foco sobre los posibles beneficios que el desarrollo de las capacidades femeninas deberían tener para la sociedad como un todo. «El afán de la humanidad por interferir en nombre de la naturaleza por temor a que la naturaleza no lograra llevar a cabo su propósito», insistía él, «se trata de una preocupación realmente innecesaria». Confrontando el interés de base de aquellos que se oponían a la emancipación de las mujeres, Mill lanzaba un desafío:

Me gustaría oír a alguien enunciando abiertamente la doctrina (se halla implícita ya en mucho de lo que está escrito sobre el tema): «Es necesario para la sociedad que las mujeres se casen y produzcan niños. Ellas no lo harán a menos que se les obligue. Por ello, resulta necesario obligarlas». El fondo del caso quedaría entonces claramente definido⁸⁰.

La belleza del argumento, tan elocuente y tan cuidadosamente construido, residía en que la «naturaleza» de la mujer no podría ser determinada adecuadamente hasta que se suprimieran todas las restricciones legales y culturales al desarrollo integral de las mujeres como seres humanos. Esta línea de razonamiento permitía a los defensores de los derechos de las mujeres tomar la ofensiva a la hora de exigir reformas emancipatorias en el estatus legal y la educación de las mujeres, sin tener que justificar tales demandas sobre la base de la especial naturaleza de las mujeres.

The Subjection of Women fue ampliamente reseñado y discutido de forma impresa, y muy lejos de Inglaterra, dado que para entonces la reputación de Mill como filósofo era considerable. Una de las respuestas más feroces vino del eminente historiador alemán Heinrich von Sybel, un crítico de la Revolución francesa, que, como muchos intelectuales alemanes, se oponía por completo a la formación de las mujeres para nada que no fuera el matrimonio y la maternidad⁸¹. En Inglaterra, la respuesta de sir James Fitzjames Stephen, un autoritario recalcitrante que había pasado muchos años en el servicio colonial en India (y tío de la novelista del siglo XX Virginia [Stephen] Woolf), expresaba su inflexible creencia en que, a causa de las diferencias de fuerza física y de los requi-

⁸⁰ John Stuart Mill, *The Subjection of Women*, Nueva York, 1869; citado en WFF, vol. 1, doc. 105, pp. 392, 393. Este trabajo ha sido reeditado con frecuencia.

⁸¹ Heinrich von Sybel, *Über die Emancipation der Frauen*, Bonn, Cohen & Gohn, 1870.

sitos para el matrimonio, no podía haber igualdad entre los sexos. En una réplica a Stephen, la activista por los derechos de las mujeres reiteraba sus objeciones a la sujeción legal de las mujeres inglesas en el matrimonio, mientras su colega Lydia Becker llamó la atención a Stephen por sus defectuosos supuestos al basar erróneamente su idea de la igualdad en cualidades físicas y, en particular, aplicando una desacertada analogía entre la subordinación de las mujeres y la de los niños. La igualdad de derechos personales y de oportunidad, no de condición, caracterizó el enfoque de Becker a la hora de discutir la igualdad de los sexos⁸².

En Francia, Édouard de Pompéry, que compartía el objetivo último de Mill, criticó a Mill por apoyar su argumento en favor de la igualdad de derechos en la ostensible igualdad de facultades. Pompéry, por el contrario, invocaba el principio de justicia: «Los derechos de la mujer no deberían demandarse en el nombre de la igualdad de facultades entre el hombre y la mujer, sino en el nombre de la justicia humana, que debería asegurar a cada miembro de la sociedad la más plena y más completa expansión de su ser». Y añadía, en una conclusión radical:

La esclavitud, la servidumbre, el sometimiento de las mujeres, han sido necesidades pasajeras junto con la guerra, las teocracias, el despotismo y aquel poder paternal que se extiende al derecho de vida y muerte sobre cada miembro de la familia; ahora bien, ninguna de estas instituciones puede hallar justificación en derechos o estar firme en la fe de la razón⁸³.

El intelectual conservador ruso N. N. Strajov respondió a dos traducciones del *Subjection* de Mill en un largo ensayo publicado en *Sariya* (febrero de 1870). Strajov veía el argumento de Mill para la emancipación legal de las mujeres como inapropiado para Rusia, pero era aún más crítico con la extravagante fe en la razón humana desplegada por los defensores rusos de la emancipación femenina:

La nueva solución a las antiguas cuestiones, dicho con valentía, viene a ser la siguiente: no hay diferencia entre Dios y la naturaleza (Dios es tan solo la naturaleza personificada) [...] entre el espíritu y la materia (el espíritu resulta del comportamiento de la materia) [...] entre los seres huma-

nos y los animales (un ser humano es tan solo un animal erguido) [...] o entre el hombre y la mujer (una mujer es una especie de hombre sin barba, solo que más bajo)⁸⁴.

Otros oponentes, elaborando las implicaciones sociales de la nueva teoría evolutiva propuesta por el célebre *Origin of Species* (1859) de Charles Darwin, afirmaban que incluso si la subordinación legal de las mujeres estaba acabando, como decía Mill, ellas no podrían nunca alcanzar las alturas de creatividad e intelecto establecidas por los hombres. El libro de Mill lanzaba de este modo una nueva ronda de discusión, centrada en el nuevo tema de las limitaciones de la evolución a la libertad de las mujeres, tal como lo sugirieron estudios científicos contemporáneos sobre el tamaño del cerebro y la capacidad craneana, y la relación de ambos con la masa corporal.

Los antropólogos físicos, en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Suiza, ya habían aplicado sus nuevos conocimientos en medición de cráneos, tanto antiguos como más recientes, para dar respuesta a la cuestión femenina. Los teóricos evolucionistas, encabezados por el propio Darwin, se basaron en los hallazgos craneanos no solo para afirmar la diferencia de las mujeres, sino también para enfatizar su inferioridad tanto mental como física. En su segundo libro importante, *The Descent of Man* (1871), Darwin proponía la importancia evolutiva de la selección sexual o la elección de pareja, responsable del aumento de la diferenciación entre hombres y mujeres a lo largo del tiempo, con referencia no solo a su fisiología, sino también a su conformación mental y emocional. Sugería que como las mujeres habían sido cada vez más protegidas por los hombres, habían perdido la necesidad de tener que aguzar sus ingenios en la lucha sin cuartel por la supervivencia, asegurando de ese modo su desarrollo relativamente inferior. Estaba claramente convencido de que los resultados de la diferenciación sexual evolutiva, y la superioridad masculina resultante, nunca podrían deshacerse, independientemente de los deseos de las defensoras de los derechos de las mujeres del siglo XIX. La rivalidad de los hombres con otros hombres, por las mujeres y la competición en la vida, y su papel como sostén de la familia, asegurarían su continuada superioridad. «Aunque los hombres no pelean ahora por sus esposas», señalaba Darwin, «y esta forma de selección ha pasado, todavía durante la vida adulta sufren por lo general una lucha severa para mantenerse ellos mismos y sus familias; y esto tenderá a mantener o incluso a incrementar sus poderes mentales y, en consecuencia, la actual desigualdad entre los sexos»⁸⁵.

⁸² James Fitzjames Stephen, *Liberty, Equality, Fraternity*, 2.ª ed., 1874; public. orig. 1873; ed. con introd. y notas R. J. White, Cambridge, Cambridge University Press, 1967; Millicent Garrett Fawcett, *Mr. Fitzjames Stephen on the Position of Women*, Londres, Macmillan, 1873; y Lydia E. Becker, *Liberty, Equality, Fraternity: A Reply to Mr. Fitzjames Stephen's Strictures on Mr. J. S. Mill's «Subjection of Women»*, Mánchester, A. Ireland, 1874. Una nueva edición del tratado de Stephen ha sido publicada por la University of Chicago Press, 1991.

⁸³ Édouard de Pompéry, «L'Assujettissement des femmes, par Stuart Mill», *La Philosophie positive* 6, 5 (marzo-abril de 1870); trad. KO en *WFF*, vol. 1, doc. 108 (citas, p. 406).

⁸⁴ N. N. Strajov, «Mill (sienskii vopros)», *Sariya* (febrero de 1870), reed. en Strajov, *Borba s sapadom v nasei literaturie*, 2.ª ed., vol. I, San Petersburgo, 1887, p. 176; como se cita y se traduce en Linda Gerstein, *Nikolai Strakhov*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1971, p. 123.

⁸⁵ Charles Darwin, *The Descent of Man and Selection in Relation to Sex*, Nueva York, 1879; ed. orig. Londres, John Murray, 1871, p. 565; repr. en *WFF*, vol. 1, doc. 110, p. 411.

El sociólogo evolucionista Herbert Spencer era también escéptico sobre el potencial último de las mujeres para rivalizar con los hombres. En otra época partidario entusiasta del derecho igualitario de las mujeres para ejercer todas sus facultades (en su tratado *Social Statics* [1851]), Spencer expresó posteriormente su interés por los efectos negativos sobre las mujeres del exceso de lecturas: «¿Cuántas conquistas hace la *bluestocking* mediante su estudio extensivo de la historia? ¿Qué hombre se enamoró alguna vez de una mujer porque entendiera italiano?»⁸⁶. Una dosis aún más fuerte de darwinismo, aparejada a su insistencia en la importancia del conocimiento sobre la psicología comparativa de los sexos como rudimento de toda ciencia social, llevó a Spencer a afirmar que la «adaptación a los deberes paternos y maternos» determinaba la psicología de los sexos. Esta diferencia, señalaba, se había desarrollado en respuesta a las necesidades de la supervivencia humana. Aun así, él llegó a conclusiones más optimistas para el futuro que las de Darwin: una disminución de las necesidades de las mujeres de cultivar la buena voluntad de los hombres debería «conllevar una detención menos temprana de la evolución individual [para las mujeres], y una disminución de aquellas diferencias mentales entre hombres y mujeres que produce la detención temprana»⁸⁷. A diferencia de Comte, Riehl y otros, Spencer parecía estar prediciendo una relativa convergencia con el tiempo, más que el aumento de la divergencia entre los sexos. El replanteamiento de la cuestión de la emancipación de las mujeres por parte de Mill había estimulado de veras un amplio espectro de respuestas, muchas de las cuales marcarían profundamente todo el pensamiento europeo subsiguiente.

En mayo de 1867, el sufragio femenino volvía a la agenda política en Inglaterra. Todo el mundo occidental fue testigo del primer debate parlamentario sustancial sobre el sufragio femenino, iniciado por John Stuart Mill y las numerosas mujeres activistas que insistieron en que se había convertido en parte de la agenda de la reforma electoral. Mill daba a la campaña un empujón aún más fuerte al discutir el caso del cambio de la palabra «hombre» por la de «persona» dentro de la Cámara de los Comunes⁸⁸. Aunque la enmienda fue rechazada, la nueva Ley de Reforma concedió el derecho al voto a un amplio espectro de contribuyentes masculinos. Una coalición de defensores del sufragio femenino se unieron para desafiar la exclusión de las contribuyentes solteras: «ningún impuesto sin represen-

tación» pareció ofrecer un argumento irrefutable. La historiadora Jane Rendall había subrayado el hecho de que las mujeres, en el temprano movimiento sufragista, hablaban un lenguaje complejo, promoviendo argumentos individualistas, sin duda, pero también defendiendo un argumento relacional, basado en la misión civilizadora de la mujer en la lucha contra la barbarie y el salvajismo, ya sea en el país propio o en el extranjero⁸⁹.

Como respuesta al desafío planteado por la cuestión femenina y, en especial, por la reformulación del debate que había llevado a cabo Mill en términos de libertad clásica —es decir, de quitar las cadenas que subyugaban a las mujeres—, los *establishments* intelectuales, científicos y creativos comenzaron a movilizarse en un buen número de países. Cuando se combinaban con los cuestionamientos feministas que tenían que ver con las causas de la prostitución y la guerra, las exigencias feministas —ya sea formuladas en términos de emancipación, libertad, igualdad, derechos o justicia— amenazaban al poder económico y político. Las reivindicaciones feministas de autorrealización y colaboración social implicaban una reorganización a fondo de familia y sociedad; en última instancia, estaban en juego las propias prácticas de apareamiento y reproducción y las instituciones que los controlaban.

La primera mujer escritora de Italia, la historiadora, *salonnière* y periodista Cristina Belgiojoso, al escribir en el primer número de la nueva publicación liberal *Nuova Antologia* (1866), contemplaba estos desarrollos como parte del paso a la «sociedad moderna». «¿Qué le pasaría a la familia tal como se constituye actualmente», se preguntaba ella, «si las mujeres fueran iniciadas en las búsquedas masculinas y compartieran con los hombres las actividades públicas, sociales y literarias?»⁹⁰. El economista liberal francés Henry Baudrillard, que se oponía a las propuestas de Mill, examinó extensamente la cuestión de la emancipación de las mujeres en la *Revue de Deux Mondes* en 1872. Baudrillard no era de los que exageraban lo que estaba en juego en último término:

Si se aceptan los términos en los que se plantea [la cuestión femenina] [es decir, en términos de libertad individual], en ello podrá verse el germen de, tal vez, la más grande revolución que ha experimentado el mundo hasta el momento. Sería nada menos que la incorporación en sus derechos

⁸⁶ Herbert Spencer, *Education: Intellectual, Moral and Physical*, Londres, 1861, p. 279.

⁸⁷ Herbert Spencer, «Psychology of the Sexes», *Popular Science Quarterly* 4, 1 (noviembre de 1873), pp. 30-38; citas, pp. 31, 36.

⁸⁸ Para la transcripción del discurso de Mill y los debates subsiguientes, véanse los *Hansard's Parliamentary Debates*, 30 Vic., vol. 187, 20 de mayo de 1867, pp. 817-845; extractos en *WFF*, vol. 1, docs. 135, 136. Véase también Bruce L. Kinzer, Ann P. Robson y John M. Robson, *A Moralist in and out of Parliament: John Stuart Mill at Westminster, 1865-1868*, Toronto, University of Toronto Press, 1992.

⁸⁹ Véase Jane Rendall, «Citizenship, Culture and Civilization: The Languages of British Suffragists, 1866-1874», en Caroline Daley y Melanie Nolan (eds.), *Suffrage and Beyond: International Feminist Perspectives*, Auckland, Auckland University Press; Londres, Pluto Press; Nueva York, New York University Press, 1994, pp. 127-150.

⁹⁰ Cristina Belgiojoso, «Della presente condizione delle donne e del loro avvenire», *La Nuova Antologia* 1 (31 de enero de 1866), pp. 96-113 (cita, p. 100); trad. en Beth Archer Brombert, *Cristina: Portrait of a Princess*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1977, p. 229. Las contribuciones de Belgiojoso a la construcción nacional en Italia están documentadas en Christiane Veauvy y Laura Pisano, *Paroles oubliées: Les Femmes et la construction de L'état-nation en France et en Italie, 1789-1860*, París, Armand Colin, 1997.

de un sexo completo —es decir, la mitad de la especie humana— que hasta ahora ha sido injustamente desposeída. Hasta el abolicionismo, que ha estado dedicado a la erradicación de la faz de la tierra de la servidumbre de algunos millones de pobres negros, apenas sería nada en comparación con esto⁹¹.

La plétora de reivindicaciones por la emancipación de las mujeres había fluido más allá de los sueños utópicos y había entrado en la tierra prometida de las posibilidades políticas. Al hablar de los «dos géneros» (*deux genres*) en 1868, Maria Deraismes recalcaba de forma triunfal lo que todos podían ver: «La inferioridad de las mujeres no es un hecho de la naturaleza. [...] Se trata de una invención humana, de una ficción social»⁹².

⁹¹ Henri Baudriliart, «L'Agitation pour l'émancipation des femmes en Angleterre et aux États-Unis», *Revue des Deux Mondes* (1 de octubre de 1872), p. 652; trad. KO.

⁹² Deraismes, «La Femme et le droit», en *Ève dans l'humanité* (reed., 1990), pp. 21-42 (citas, pp. 26, 39); trad. KO.

INTERNACIONALIZAR EL FEMINISMO, 1870-1890

La guerra declarada por Prusia a Francia en 1870 refrenó el impulso de los esfuerzos organizados feministas en la Europa continental. Esta guerra acabó con la derrota de Francia, la caída del Segundo Imperio y la unificación de Alemania bajo Guillermo I de Prusia. A continuación del tratado de Fráncfort a comienzos de 1871, una breve pero violenta guerra civil, conocida como la Comuna de París, tuvo su erupción en marzo. Las activistas feministas en París realizaron una amplia gama de reivindicaciones en nombre de las mujeres durante este importante episodio, pero sus esfuerzos fueron una vez más sofocados por otra ola de legislación y controles represivos. A continuación, vino una internacionalización ulterior de los movimientos de las mujeres, aunque con la iniciativa pasando desde el mundo de habla francesa, considerado demasiado revolucionario por algunos, al de habla inglesa. Los argumentos franceses para la emancipación de las mujeres, que habían puesto el énfasis durante mucho tiempo en la vida en común con los hombres y en la influencia maternal, exhibía cada vez más afirmaciones de igualdad absoluta y el derecho individual al desarrollo personal, mientras que si se examinan más de cerca los argumentos británicos, aun en sus formas más individualistas, muestran las huellas duraderas del argumento por la igualdad y los derechos basados en la peculiar misión civilizadora de las mujeres y en sus deberes. Entretanto, comenzaron a generarse las presiones para acabar con la subordinación de las mujeres en Italia, Bélgica, Países Bajos, Alemania Imperial y países escandinavos. Hacia 1889, con las conmemoraciones de la Revolución francesa, pudo registrarse un progreso considerable.

Los acontecimientos franceses de 1870-1871 han ocupado un lugar destacado en la historia de las mujeres, gracias en buena medida a la temprana fascinación de los historiadores socialistas con las revoluciones europeas y con la participación de las mujeres en ellas. Los estudios llevados a cabo por Edith Thomas, Sheila Rowbotham y Eugene Schulkind, publicados en los años setenta del siglo XX, introdujeron a una nueva generación de lectores en el compromiso de las mujeres en la Comuna de París, en especial en las leyendas que se desarrollaron en torno a las hazañas bien visibles de Louise Michel y a la culpa que cayó sobre las denominadas mujeres incendiarias, *les pétroleuses*, supuestamente por haber incendiado París durante los últimos días de la Comuna. Otras especialistas han centrado su atención en interpretaciones de «la multitud» y la forma en que la política de masas recibió el componente de género femenino e histórico. Nuevos estudios realizados por Kathleen Jones, Françoise Vergès y Gay Gullickson han abordado las implicaciones políticas de representación de las *communardes*¹. Aquí, sin embargo, quiero centrar la atención en las exigencias específicas que desplegaron en los años sesenta del siglo XIX los defensores de la emancipación en pro de la participación completa en la toma de decisiones políticas antes y durante la Comuna de París, para situar el activismo de las mujeres y las consiguientes leyendas sobre él dentro del contexto de las reivindicaciones feministas.

La Guerra Franco-Prusiana estalló en respuesta a un *impasse* diplomático provocado por Otto von Bismark, el canciller alemán, a partir del tema de la sucesión al trono de España, después del destronamiento de la reina Isabel II en 1868. En vísperas de la ruptura de hostilidades a mediados de julio de 1870, en la publicación sobre los derechos de las mujeres *Le Droit des femmes: Journal politique*, con sede en París, una editoria lista hacía una llamada a la acción de las mujeres contra la guerra: «Protestemos en nombre de la humanidad contra este pasatiempo de príncipes

¹ Los estudios feministas recientes sobre las mujeres en la Comuna de París incluyen: Kathleen B. Jones y Françoise Vergès, «Women of the Paris Commune», *Women's Studies International Forum* 14, 5 (1991), pp. 491-503; Jones y Vergès, «"Aux Citoyennes!": Women, Politics, and the Paris Commune of 1871», *History of European Ideas* 13, 6 (1991), pp. 711-732; y Gay L. Gullickson, *Unruly Women of Paris: Images of the Commune*, Ithaca, Cornell University Press, 1996.

Siguen conservando un gran valor las contribuciones de Edith Thomas, *The Women Incendiaries*, Nueva York, George Braziller, 1966; y el penúltimo artículo de Eugene Schulkind, «Socialist Women in the 1871 Paris Commune», *Past and Present* 106 (febrero de 1985), pp. 124-163. Sobre el impacto de las *communardes* en la literatura «de masas» posterior, particularmente en la influyente interpretación antifeminista de Gustave LeBon, véanse las obras de Susanna Barrows y Robert Nye.

que hace que corra la sangre del pueblo [...] Y aquí las mujeres no solo tienen el derecho a interferir, sino que es su deber hacerlo. Protestemos. Esto es lo que ellas pueden hacer. ¿Quién se atreverá a decir ahora que la política no les interesa a las esposas y a las madres?». A la semana siguiente, en una llamada a la ayuda de las mujeres, las editoras fueron más allá: «Os dirán [...] que vosotras no lleváis ninguna de las cargas de la guerra. Ese es uno de los grandes argumentos esgrimidos contra vosotras cuando pedís la igualdad de derechos con los hombres. Mostrad ahora que sabéis cómo tomar vuestra parte de deberes peligrosos»².

Las editoras de la *Englishwoman's Review* dieron un argumento algo diferente: «Nuestra moral es... ¡dad a las mujeres de toda Europa el poder político y así se creará una gran influencia pacífica que tenderá de inmediato a disminuir la frecuencia de las guerras y, que en último término, podrá poner término por completo a la guerra»³. Un grupo de trabajadoras alemanas se hizo eco de estos sentimientos en septiembre, concluyendo su manifiesto con una llamada a «la Paz, el Pan y el Trabajo»⁴. Las partes en liza no se movieron un ápice ante tales ruegos. En el espacio de seis meses, la coalición alemana invadió y derrotó a Francia en Sedán, capturó al emperador Napoleón III, asediado en París, impuso unos términos humillantes para la paz al nuevo gobierno provisional francés alojado en Versalles y consolidó la unificación del Imperio alemán en un deslumbrante despliegue de habilidad diplomática y poderío militar.

La revuelta de los trabajadores y radicales parisinos contra el gobierno provisional francés entró en erupción a mediados de marzo de 1871. Fue aplastado *manu militari* a finales de mayo. Durante sus 10 semanas de duración, las mujeres que lo apoyaron se hicieron notar. Organizaron servicios de ambulancias y asistencia y establecieron guarderías, escuelas primarias seculares, escuelas profesionales para señoritas y cooperativas de productores para mujeres trabajadoras. Desafiaron al orden existente del matrimonio, al control clerical sobre la educación de los niños y en especial a su propia explotación ocupacional, que atribuían a la competencia de trabajadores mal pagados en talleres y prisiones auspiciados por la Iglesia y a servicios sociales inadecuados. Y lo más importante, desde nuestra perspectiva: algunas mujeres veían de forma crítica el chauvinismo masculino que mostraban sus compañeros *communards*. Estas mujeres expresaron un sentido de derecho a participar como *citoyennes* e invocaron a la memoria histórica para legitimar sus demandas y participación:

² *Le Droit des femmes*, 13 de julio de 1870; trad. en *The Englishwoman's Review of Social and Industrial Questions*, n. s., 1, 4 (octubre de 1870), p. 248.

³ *Ibid.*, p. 249.

⁴ «Friedensruf an die Frauen Deutschlands», septiembre de 1870; reed. en *Dokumente der revolutionären deutschen Arbeiterbewegung zur Frauenfrage*, Leipzig, Verlag für die Frauen, 1975, pp. 25-26.

Citoyennes de Paris, nosotras, descendientes de las mujeres de la Gran Revolución que en nombre del pueblo y la justicia marcharon sobre Versalles y capturaron a Luis XVI; nosotras, madres y hermanas del pueblo francés... ¿Podemos seguir tolerando el hecho de que la miseria y la ignorancia nos hagan enemigas de nuestros hijos [...]? *Citoyennes*, la hora de la decisión ha llegado; ¡el viejo mundo tiene que acabar! ¡Queremos ser libres!⁵.

Unos pocos días más tarde, un grupo de mujeres formó una *Union des Femmes* que insistía en que las mujeres fueran incluidas en el trabajo político de la Comuna. Afirmaban que todas habrían de poder luchar por el pueblo. Las firmantes instaron a los líderes de la Comuna a «considerar todas las quejas legítimas de cada sección de la población sin discriminación de sexo, habiendo sido hecha e impuesta tal discriminación como un medio para mantener los privilegios de la clase dominante»⁶. El monopolio masculino de la vida política, la insistencia en relegar a las mujeres a sus deberes domésticos, en mantener esferas separadas, todo ello fue denunciado como una invención de los dominadores inadecuada para «el pueblo». Los líderes de la *Union des Femmes* llamaron al gobierno de la Comuna a conceder a las mujeres una sede y un espacio de encuentro, así como subvenciones para la impresión de noticias, carteles y otros materiales que servirían al esfuerzo común.

Los líderes de la Comuna, no obstante, se resistieron a las reivindicaciones de las mujeres y a su participación, aun como miembros de las unidades de ambulancia, lo que exasperó a André Léo (seudónimo usado por la novelista y activista por los derechos de las mujeres Léodile Bera Champceix): «¿Piensan ellos que pueden llevar a cabo la revolución sin mujeres? [...] Desde un punto de vista, nuestra historia desde 1789 podría escribirse bajo el título de "Historia de la Ineficacia del Partido Revolucionario". La cuestión femenina sería el capítulo más largo»⁷. El delegado de la Comuna para la guerra respondió públicamente, ofreciéndose a hacer lo que pudiera para posibilitar que las mujeres sirvieran. Algunos días más tarde, no obstante, fue arrestado por el Comité de Salud Pública de la Comuna y despojado de sus funciones. ¿Fue esto una mera coincidencia?

⁵ «Appel aux citoyennes de Paris par un groupe de citoyennes», 11 de abril de 1871, *Journal officiel de la République française sous la Commune*, París, 1871; también en *La Sociale* 13 (12 de abril de 1871); trad. en Eugene Schulkind (ed.), *The Paris Commune of 1871: The View from the Left*, Londres, Jonathan Cape, 1972; Nueva York, Grove Press, 1974, pp. 171-172.

⁶ A partir del *Journal officiel... sous la Commune*, 14 de abril de 1871; trad. Schulkind en *Paris Commune*, pp. 172-173.

⁷ André Léo, «La Révolution sans la femme», *La Sociale* 39 (8 de mayo de 1871); trad. KO. La mejor obra sobre André Léo es Fernanda Gastaldello, «André Léo: Quel Socialisme?», tesis laureada, Universidad de Padua, 1978-1979.

Cuando se intensificaron las hostilidades, algunas mujeres se apropiaron de uniformes de *communards*, fajas rojas y el resto de cosas; otras llevaban revólveres y rifles y luchaban en las barricadas «como hombres». Algunas mujeres fueron asesinadas o heridas en el combate con las tropas gubernamentales que habían sido enviadas para sofocar la rebelión. La ferocidad de los vencedores contra las *communardes*, manifestada de nuevo durante los juicios militares posteriores a la Comuna, en septiembre, excedió los límites de la racionalidad. ¡El fiscal militar, el capitán Jouanne, las culpó incluso de la inminente caída de la civilización en doctrinas de emancipación de las mujeres y en el rechazo ostensible de las mujeres a servir como legítimas esposas! Las desafiantes activistas, incluida la soltera Louise Michel, recibieron severas sentencias de deportación y prisión prolongada; otras fueron sentenciadas a muerte. Los *communards* no fueron los únicos en rechazar el activismo político independiente de las mujeres.

Tampoco se hizo en otras partes del mundo occidental. En otros lugares, las respuestas a las actividades de las *communardes* resonaron con aguda hostilidad. En Inglaterra, el fantasma de Edmund Burke parecía hablar una vez más en el comentario anónimo publicado por la *Saturday Review* a principios de julio de 1871:

La insurgencia de las mujeres es un fleco de la bandera roja que ha estado ondeando de forma tan insolente sobre la ciudad en la que el matrimonio ha sido decretado innecesario; la paternidad, obsoleta; y en la que las mujeres han logrado por completo aquellos repugnantes derechos por los que ellas vociferaban ciegamente. Ciertamente, ya es hora de condenar cada uno de los pasos hacia la individualización de las mujeres a menos que se conviertan en arpías y sus hijos huérfanos en los *golillos* del arroyo. La locura latente que destruiría los lazos familiares no es sino una introducción a la locura de los incendiarios de París⁸.

Los antifeministas condenaron el empleo de las mujeres como retrógrado; proclamaban que este «privaba de la sexualidad» a las mujeres. La «igualdad» era una trampa; la autoridad había sido debilitada; el ateísmo, el comunismo o el utopismo parecían ser puestos en evidencia por todas partes. «La agitación por la denominada emancipación de las mujeres debería ser resistida enérgicamente. [...] Desalentar la subordinación en las mujeres, consentir su competencia en las carreras masculinas por medio de su emancipación, está probablemente entre los métodos más cortos de barbarización de nuestra especie», continuaba la *Saturday Review*. Tales comentarios fueron secundados en la publicación póstuma de *La Por-*

⁸ «The Probable Retrogression of Women», *Saturday Review* 32, 818 (1 de julio de 1871), pp. 10-11; citas, p. 11.

nocratie de Proudhon (1875), una efusión de diatribas procedentes de *La Justice* que aún no habían aparecido y que serán publicadas por algunos seguidores 10 años después de su muerte. Aquí, Proudhon postulaba otra elección ampliamente discutida: no «ama de casa o puta», sino «la subordinación de las mujeres o la degradación de los hombres»⁹. Proudhon advertía a los hombres jóvenes que pensaban en casarse de que «para un hombre, la primera condición es dominar a su esposa y ser su amo».

Este clima exacerbado de hostilidad hacia el activismo y las reivindicaciones de las mujeres a comienzos de 1870 no desanimó por completo a las activistas en otros países a la hora de presionar por sus exigencias, pero sí significó que se distanciarían de lo que percibían como extremismo francés. A comienzos de 1871, el Parlamento danés excluyó de forma específica a las mujeres del voto basado en la propiedad. La prudente defensora danesa de los derechos de las mujeres, Pauline Worm, rechazó el término francés «emancipación» junto con el término «damas»; aun cuando defendía «los derechos civiles de la mujer» (*kvindes borgerret*), rechazaba las ideas de moral laxa que identificaba con las reivindicaciones emancipacionistas francesas. Ella insistía en que en el norte habían de preservarse la feminidad y el matrimonio¹⁰.

En 1872, el gobierno suizo se embarcó en una revisión global de sus leyes constitucionales. Julie von May von Rued afirmaba que había que abordar la cuestión femenina. Junto con Rued, Marie Goegg y otras en la Association Internationale des Femmes hicieron un respetuoso llamamiento a los legisladores para que aumentaran las oportunidades de las mujeres en la sociedad suiza, mediante la revisión del Código Civil y la ampliación de las oportunidades educacionales de las mujeres: «Numéricamente, constituimos la porción más importante de la humanidad, y la existencia del hombre está también sólidamente vinculada a la nuestra como para que nos despoje sin hacerse daño a sí mismo»¹¹. A los hombres suizos no les impresionó.

Ya en 1870, la sufragista parisina Julie-Victoire Daubié había organizado una petición en nombre del sufragio para mujeres solteras adultas y enviudadas, pero en el gélido ambiente político posterior a la Comuna, incluso estas iniciativas restrictivas tendrían que enfrentarse a una resis-

⁹ P.-J. Proudhon, *La Pornocratie, ou les femmes dans les temps modernes*, París, A. Lacroix, 1875; citas, pp. 379, 430.

¹⁰ Pauline Worm, «Kvindesagens fortid og fremtid» («El pasado y el futuro de la causa de la mujer»), *Faederlandet*, 8 de abril de 1872; una versión más larga con el mismo título fue publicada en *Nordisk maanedsskrift*, 1872, pp. 19-63. Véase Erwin K. Welsch, «Feminism in Denmark, 1850-1875», tesis doctoral, Indiana University, 1974, pp. 197-202.

¹¹ Julie von May von Rued, *Die Frauenfrage in der Schweiz: Zur Bundesrevision am 12. Mai 1872*, Biel, 1872; Petición de la International Association of Women, en *L'Espérance* (Ginebra), 9 de marzo de 1872, reed. en Beatrix Mesmer, *Ausgeklammert, eingeklammert: Frauen und Frauenorganisationen in der Schweiz des 19. Jahrhunderts*, Basilea y Fráncfort, Helbing & Lichtenhahn, 1988, p. 310; trad. KO.

tencia severa de los partidarios del «orden moral». Cuando la Asamblea Nacional francesa debatía una nueva ley electoral en 1874, los diputados trataron de ignorar el tema de los votos para las mujeres, deteniéndose solo para lanzar alguna broma sarcástica a cuenta de las feministas. Daubié moría aquel año, dejando a la causa sufragista sin su piedra de toque hasta que Hubertine Auclert tomara el relevo en 1878.

En Berlín, el tema de los votos para las mujeres encontró una defensora en la persona de Hedwig Dohm, que había estado siguiendo de cerca las campañas y debates británicos así como los desarrollos en otras partes de Europa y América. Después de la unificación alemana en 1871 y del establecimiento de un sistema nacional de sufragio masculino para elegir el Reichstag, Dohm defendió con firmeza el sufragio femenino con el objeto de mitigar la tiranía de la vida bajo leyes centradas en el hombre, en cuya creación las mujeres no toman parte. «Para mí, el principio de todo progreso verdadero en la cuestión femenina se encuentra en el derecho de las mujeres al voto», escribía Dohm en 1873; «cuanto más fuerte era el énfasis en la diferencia entre los sexos, más clara era la necesidad de representación específica de las mujeres». Ella culpaba a los hombres por ignorar a propósito la necesidad del voto de las mujeres y los reprendía por sus miedos de que de algún modo «todo el sexo femenino podría desaparecer por el camino desconocido del derecho al voto»¹². En 1876, Dohm volvió al tema en su libro *Der Frauen Natur und Recht* (*La naturaleza y el derecho de las mujeres*), citando precedentes históricos de ejercicio de poder político por parte de las mujeres. Ella discutía el alcance de los argumentos vertidos contra el sufragio femenino y, mientras lo hacía, enumeraba una letanía de abusos históricos a mujeres por parte de hombres, tanto en cuanto a la ley como en cuanto a la costumbre, en diversas sociedades: «Todos los acuerdos sociales, todas las costumbres y leyes, tanto asiáticas como europeas, han sido siempre una ilustración del texto "Él será tu amo"». Jugando con el concepto de «naturaleza», ella recalaba:

No podemos echar la culpa de forma consciente a los hombres por no cuidar de situar a las mujeres en una condición de igualdad con ellos mismos. Encontramos natural que ellos debieran mantenerse fieles a las prerrogativas de su sexo. ¿Qué rango o clase ha cedido nunca de forma voluntaria sus privilegios? Encontramos perfectamente natural que ellos no se preocupen de cocinar o de cuidar a sus hijos; pues la presencia de

¹² Hedwig Dohm, *Der Jesuitismus im Hausstande, ein Beitrag zur Frauenfrage*, Berlín, 1873, reed. en *Die deutsche Frauenbewegung*, vol. 2, *Quellen: 1843-1889*, ed. Margrit Twellmann, Meisenheim am Glan, Verlag Anton Hain, 1972; trad. SGB, en *WFF*, vol. 1, doc. 139. Sobre Dohm, véase Hedwig Dohm: *Erinnerungen und weitere Schriften von und über Hedwig Dohm*, ed. Berta Rahm, Zürich, ALA Verlag, 1980; y Julia Meissner, *Mehr Stolz, Ihr Frauen! Hedwig Dohm, eine Biographie*, Düsseldorf, Schwann, 1987.

las mujeres en los asuntos gubernamentales resulta para los más inteligentes de los hombres inseparables de su fuerza en la cocina y en el cuidado de los hijos¹³.

Dohm, ardiente socialdemócrata, insistía en que la elección última se encontraba entre el despotismo y el Estado democrático. La libertad era un concepto carente de significado, planteaba ella, si no estaba a disposición de las mujeres a la vez que a la de los hombres. Apelaba a las mujeres alemanas, como a las de Inglaterra o América, para organizar sociedades por el sufragio femenino, afirmando, muy en la tradición de las activistas femeninas durante la Revolución francesa y a partir de ella, que «los derechos de la humanidad no tienen sexo».

Hedwig Dohm encontró pocos seguidores en Alemania en la década de 1870, pero tal como atestiguan sus lecturas y argumentos, su entusiasmo y su defensa fueron estimulados tanto por su relación con los desarrollos más allá de las fronteras alemanas como por los problemas que ella reconocía dentro de su propia sociedad. Sus escritos dan fe de un creciente desarrollo de la sensibilidad feminista, el producto de la expansión de la alfabetización y del conocimiento libresco combinado con una exposición mayor a los desarrollos que se daban más allá del Rin y, ocasionalmente, más allá de Europa. El impacto de esta exposición pudo también verse en Holanda, donde la joven médica Aletta Jacobs, que había estudiado medicina en Groninga en los años setenta del siglo XIX, se inspiró en las defensoras del sufragio de Inglaterra para tratar de registrarse para votar en 1882. A diferencia de la ley francesa e inglesa, la Constitución holandesa no prohibía que votaran las mujeres que pagaban impuestos. Lo solicitado por Jacobs fue rechazado, apelado y perdido y, en 1887, los legisladores holandeses añadieron la palabra «masculino» a la Constitución con el fin de aclarar las cuestiones¹⁴. Jacobs se convertiría posteriormente en una líder en los movimientos holandés e internacional por el sufragio femenino. De este modo, a pesar de los episodios recurrentes de represión, la comunicación de ideas feministas que atravesaba las fronteras nacionales y lingüísticas y la internacionalización del movimiento de las mujeres se convertirían en unos rasgos cada vez más evidentes de la historia europea en el periodo 1875-1890.

¹³ Hedwig Dohm, *Der Frauen Natur und Recht*, Berlín, 1876, trad. Constance Campbell, en Dohm, *Women's Nature and Privilege*, Londres, Women's Printing Society, 1896; citas, aquí e *infra*, pp. 117, 119-120, 151.

¹⁴ Véase Aletta Jacobs, *Memories: My Life as an International Leader in Health, Suffrage, and Peace*, ed. Harriet Feinberg, trad. Annie Wright, Nueva York, The Feminist Press, 1996; ed. orig. en holandés, 1924.

INTERNACIONALIZAR EL MOVIMIENTO DE LAS MUJERES

El movimiento para vincular las actividades de las mujeres a través de las fronteras nacionales repuntó entre 1876 y 1890, aunque con reveses intermitentes debidos a la continua atmósfera de represión que sucedió a los acontecimientos de 1870-1871. A pesar de estos problemas, los desarrollos de la prensa de las mujeres y las comunicaciones postales internacionales facilitaron enormemente el crecimiento de redes; en 1878, en un censo de la prensa de mujeres, la *Englishwoman's Review* calificó la cuestión femenina como «uno de los temas de actualidad»¹⁵. Las mejoras en el transporte también pusieron su granito de arena: los barcos de vapor costeros, fluviales y transatlánticos y la red de ferrocarriles cada vez más amplia llevaron a muchas mujeres y hombres a las exposiciones internacionales que tuvieron lugar en París a finales de los años setenta del siglo XIX, y de nuevo a finales de los ochenta. Allí discutirían muchos temas de interés mutuo, incluida la emancipación de las mujeres. Las defensoras de los derechos de las mujeres hicieron hincapié en organizar congresos durante estas reuniones, facilitando el contacto personal y los intercambios de ideas entre los individuos con voluntad de reforma de muchas partes del mundo. Aun así, a menudo llevó años que pudieran reunirse feministas de ideas similares.

A partir de las perturbaciones creadas por la Guerra Franco-Prusiana y la Comuna de París, la intrépida Marie Goegg y sus colegas de Ginebra hicieron que reviviera la Association Internationale des Femmes. A finales de diciembre de 1870, habían expedido una tarjeta de miembro de la AIF para Matilde Bajer de Copenhague, que puntualizaba (en francés) las metas de la asociación: «Trabajar para el avance moral e intelectual de la mujer, para la mejora gradual de su posición en la sociedad exigiendo para ella derechos humanos, civiles, económicos, sociales y políticos». La asociación exigía «igualdad en el salario, en la educación, en la familia y en la ley»¹⁶.

A mediados de 1872, no obstante, el trabajo de la AIF experimentó una alteración severa debida, no solo a la sospecha derivada del término «internacional» en la época posterior a la Comuna, sino también a un ataque al liderazgo de Marie Goegg. Tras el cisma de marzo, sus sucesores reorganizaron la asociación en junio, incluyendo un cambio de nombre. El *communiqué* que convocaba a una reunión en Berna, en la casa de Julie von May von Rued, llevaba los nombres de 15 mujeres de varias ciudades en Inglaterra, Suiza, Alemania e Italia, a la vez que Jerusalén; estas mujeres incluían a Josephine Butler (Liverpool), Caroline de Barrau

¹⁵ «Women's Newspapers», *The Englishwoman's Review* (15 de octubre de 1878), p. 433.

¹⁶ Tarjeta de afiliación de Matilde Bajer, en la Bajer Collection, Women's History Collection, State and University Library, Aarhus, Dinamarca.

(La Sabartarié, cerca de Castres), Christine Lazzati (Milán), Rosalie Schönwasser (Düsseldorf), Marianne Menzzer (Dresde) y Julie Kühne (Stettin). Este nuevo grupo internacional se autodenominó Solidarité: Association pour la Défense des Droits de la Femme (Solidaridad: Asociación por la Defensa de los Derechos de la Mujer), y publicó un periódico llamado también *Solidarité*¹⁷.

Las iniciativas internacionalistas estaban, no obstante, en un eclipse temporal. Con la exposición de 1878, la iniciativa internacionalista volvió a las feministas en la nueva, aunque todavía inestable, Tercera República Francesa, proclamada en 1875. Tras una serie de retrasos, Léon Richier y Maria Deraismes (los fundadores en 1869 del periódico de derechos de las mujeres *Le Droit des femmes*, que se había consolidado posteriormente con el *Journal des femmes* de Marie Goegg) convocaron el primer congreso internacional sobre derechos de las mujeres.

El congreso de derechos de las mujeres de 1878, programado durante la gigantesca Exposición Internacional de París, se reunió en el Masonic Hall (rue Cadet) por un periodo de dos semanas, comenzando a finales de julio. La reunión atrajo a un grupo de dignatarios políticos republicanos franceses, así como a representantes de otras 11 naciones. Las defensoras de los derechos de las mujeres procedían de muchos países, y les fue dada la bienvenida por parte de Maria Deraismes, de Francia, que reclamaba para las mujeres el patrimonio revolucionario de 1789, 1830 y 1848, y por Anna Maria Mozzoni, de Italia, que dio la conferencia inaugural. Otros participantes registrados, aparte de los vecinos inmediatos de Francia, incluyeron a Elise van Calcar, de los Países Bajos, a Carl y Sophie van Bergen, de Suecia, y a participantes masculinos de Brasil, Rusia y Rumanía. Asistió una cohorte de americanos, incluidos Julia Ward Howe, de Boston, que fue nombrada copresidenta honoraria, y Theodore Stanton, el hijo de la elocuente activista sufragista Elizabeth Cady Stanton. Este congreso marcó una nueva fase en el desarrollo de una verdadera red internacional entre las activistas feministas; una red cimentada en la cena de clausura por el brindis de Antide Martin: «¡Por la perseverancia internacional de los partidarios del progreso!»¹⁸.

Los organizadores del congreso dividieron la agenda en cinco secciones: histórica, educativa, económica, moral y legislativa. A pesar de una decisión deliberada de evitar la discusión sobre el sufragio femenino, se abordaron muchos otros temas controvertidos, incluida la prostitución regulada por el gobierno y el doble rasero moral, los salarios iguales por el mismo trabajo, la política de trabajo doméstico, los subsidios del gobierno

para madres, la sindicación y la relación de la guerra con la subordinación de las mujeres. Las actas publicadas del primer congreso se distribuyeron ampliamente y aún pueden leerse con interés. Emily Venturi encapsuló la ambiciosa agenda del congreso contando la siguiente anécdota en el banquete de clausura:

La pasada tarde, un caballero que parecía un tanto escéptico respecto de las ventajas de nuestro congreso, me preguntó, «Bien, madame, ¿qué gran verdad ha proclamado al mundo?». Le repliqué, «Señor, hemos proclamado que la mujer es un ser humano». Él se rio. «Pero, madame, eso es un tópico.» Así es, pero cuando este tópico, que todo el mundo acepta con una sonrisa cuando se trata tan solo de una cuestión de palabras, sea reconocido por las leyes humanas, el rostro del mundo se transformará. Ciertamente, entonces, no tendríamos necesidad de reunirnos en un congreso para pedir los derechos de la mujer¹⁹.

La exclusión del sufragio de la agenda del congreso de 1878, no obstante, provocó las objeciones de aquellas que insistían en que los derechos políticos para mujeres deben ser el objetivo principal bajo la nueva República Francesa. Hubertine Auclert publicó posteriormente el discurso que no se le permitió dar en el congreso de 1878. En este elocuente llamamiento, apuntaba a todas las razones por las que las mujeres francesas —los 9 millones que eran— deberían ser capaces de emitir sus votos: «El arma del voto será para nosotras, tal como es para el hombre, el único medio de obtener las reformas que deseamos. Mientras sigamos excluidas de la vida civil, los hombres seguirán atendiendo a sus intereses más que a los nuestros». A las mujeres se les debería permitir votar, lo mismo que se les debería requerir pagar impuestos. Ella llamaba a los hombres republicanos a «abdicar de [su] reinado masculino. Es hora ya de proclamar la igualdad. [...] Hasta que se haya reconocido el derecho de las mujeres al completo —derechos civiles y políticos—, vuestra lucha por obtener una mayor libertad puede aparecer ante testigos imparciales y ante nosotros, la mitad desatendida de la humanidad, solo como una pelea entre despotismos»²⁰.

Desde los años setenta del siglo XIX, a los líderes del movimiento de las mujeres no les bastaría con hacer declaraciones de principios, por muy radicales que fueran. Tenían que plantearse opciones políticas y llevarse a

¹⁷ Basada en materiales manuscritos e impresos de la Bajer Collection, Aarhus, y en el Gosteli Foundation Archive, Worblaufen, Suiza.

¹⁸ *Congrès international du droit des femmes. Ouvert à Paris, le 25 juillet 1878, clos le 9 août suivant. Actes et Compte-rendu des séances plénières*, París. Aug. Ghio, ca. 1878, p. 195.

¹⁹ «Discours de Madame Venturi», *ibid.*, p. 202.

²⁰ Hubertine Auclert, *Le Droit politique des femmes, question qui n'est pas traitée au Congrès international des femmes*, París, 1878, trad. WFF, vol. 1, doc. 142; citas, p. 515. Sobre Auclert, véase Steven C. Hause, *Hubertine Auclert: The French Suffragette*, New Haven, Yale University Press, 1987. Una selección de artículos de Auclert de este periodo han sido reeditados en Édith Taieb (ed.), *Hubertine Auclert: La Citoyenne, articles de 1881 à 1891*, París, Syros, 1982.

cabo. Las estrategias y las tácticas habían empezado a importar y a provocar iniciativas organizativas alternativas y antagónicas. El desarrollo de estos desacuerdos internos puede, de hecho, ser considerado como un signo de la maduración del feminismo, así como de la creciente complejidad de la organización y los argumentos feministas.

Theodore Stanton, que residió un tiempo en Europa y que con treinta años se acababa de casar con una mujer protestante francesa, Marguerite Berry, tras el congreso de 1878, se puso a investigar sobre el estatus de las mujeres a lo largo de Europa. A finales de 1880, comenzó a recoger material para un estudio destinado a explicar los desarrollos en el viejo mundo a los del nuevo, y en 1884 publicó un enorme volumen, *The Woman Question in Europe: A Series of Original Essays* (*La cuestión femenina en Europa: una serie de ensayos originales*). A excepción del largo ensayo sobre Francia, que el mismo Stanton escribió, todas las que contribuyeron a este volumen se dedicaron a abordar la cuestión de las mujeres en sus países respectivos.

Resulta manifiesto, a partir de la lectura del compendio transnacional de Stanton, en qué lugares se habían abierto las fisuras para liberar el magma de la emancipación de las mujeres y en qué lugares no. Los informes de Inglaterra y Francia ocupaban casi el cuarenta por ciento del libro, aunque a Inglaterra —como la «madre patria»— se le concedió un lugar de particular honor, como lo fue la búsqueda del sufragio universal, que se había desarrollado de un modo particularmente fuerte en este país y los Estados Unidos.

En la introducción al volumen, la activista angloirlandesa Frances Power Cobbe desplegó la metáfora de las «olas» y las «mareas» para caracterizar las variadas, múltiples y superpuestas encarnaciones del creciente movimiento de las mujeres:

Este movimiento ha despertado a un sexo entero, que llega a ser incluso la mitad de la especie humana. Como la marea que sube, también él se ha mecido en olas separadas y cada una ha obedecido a la misma ley y ha hecho su parte a la hora de llevar adelante a todo el resto. [...] Ahora bien, la cima y la conclusión del progreso ha de ser la consecución de los derechos políticos en todos los países en donde prevalece el gobierno representativo y, hasta que se alcance ese punto, no podrá haber una satisfacción final en nada de lo que se haya conseguido²¹.

Entre las que habían contribuido al volumen, se hallaban muchas que habían participado en el congreso de 1878, pero también otras que no

²¹ Frances Power Cobbe, «Introduction» a Theodore Stanton (ed.), *The Woman Question in Europe: A Series of Original Essays*, Nueva York, Londres y París, G. P. Putnam's Sons, 1884, p. xiv.

habían estado aunque se solidarizaban con él o estaban activamente comprometidas en la lucha por los derechos de las mujeres. La sección inglesa incluía ensayos de Millicent Garrett Fawcett (sobre el sufragio), de Maria Grey (sobre el movimiento educativo de las mujeres), de Frances Elizabeth Hoggan (mujeres en la medicina), de Jessie Boucherett (el movimiento industrial) y de Henrietta O. Barnett (mujeres como filántropas). Escribiendo sobre el movimiento de las mujeres alemanas estuvieron Anna Schepeler-Lette, Jenny Hirsch y Marie Calm, muchas de las cuales enfatizaron (tal como había hecho Paulina Worm en Dinamarca algunos años antes) las desagradables connotaciones del término «emancipación» en su país. Elise van Calcar contribuyó con un capítulo corto sobre los Países Bajos, mientras que Johanna Leitenberg escribió sobre el estatus de las mujeres en Austria. La novelista Camilla Collett proporcionó la cobertura de Noruega, mientras que Rosalie Ulrica Olivecrona trazó los desarrollos en Suecia, y Kirstine Frederiksen resumió la situación en Dinamarca. Aurelia Cimino Folliero de Luna, editora de *La Cornelia*, y Dora d'Istria (princesa Helene Koltzoff-Massalsky), ambas de Florencia, cubrieron la variada escena de la Italia unificada.

Otras contribuciones estuvieron a cargo de Concepción Arenal, que escribía llena de pesimismo sobre la condición de la mujer en España, mientras que Rodrigues de Freitas, sustituyendo a la autora enferma Maria Amalia Vaz de Carvalho, cubría Portugal. Bélgica fue tratada por la médica Isala van Diest, y Marie Goegg escribió sobre Suiza. Marie Zerbikoff describió las condiciones en Rusia, mientras que Elise Pavlovskia Oresko (Orzeszko) explicaba la situación de las mujeres en Polonia. Bohemia fue cubierta por Elise Krasnohorska, autora y editora de una revista de mujeres de Praga, *Zenské Listy*. El capítulo final, «El Oriente», fue escrito por Kalliope A. Kehaya, la directora, educada en Atenas, de un seminario femenino de estilo europeo en Constantinopla. Kehaya discutía brevemente las variaciones del estatus y la condición de las mujeres, no solo entre los griegos y turcos, sino también entre los judíos, búlgaros y armenios que vivían en las partes más occidentales del Imperio otomano.

Desde el intercambio de información en el congreso de 1878, ha quedado meridianamente claro que por mucho que las defensoras de los derechos de las mujeres republicanas esperaran mantener la voz cantante, el eje para el impulso organizativo estaba cambiando. El mundo angloamericano llevaba ahora la antorcha en el tema del sufragio, y sus representantes mayoritariamente cristianas protestantes parecían estar tomando el protagonismo también en temas de reforma moral. Hubertine Auclert reconocía este cambio cuando, en febrero de 1884, hizo una llamada elocuente a sus homólogas May Wright Sewall y Susan B. Anthony: «Acudimos a ti a que vengas a ayudarnos, como tus compatriotas, hace un siglo, suplicaron a Francia que les ayudara a escapar de la sujeción de Inglaterra. ¿No vendréis volando en nuestra ayuda como hicieron Lafayette

y su legión con vosotros?». Auclert apeló a los sufragistas americanos para convocar un «Congreso Universal en favor del Sufragio Femenino» en París, insistiendo en la importancia que esto podría tener para impulsar la causa «de la emancipación de la mujer a lo largo y ancho del mundo»²².

Una segunda alianza internacional, y de algún modo superpuesta, organizada con el propósito de acabar con la prostitución regulada por el gobierno, había tomado forma también en los años setenta del siglo XIX. En la campaña contra las Leyes de Enfermedades Contagiosas en Gran Bretaña, Josephine Butler había descubierto que la «madre» de todos los sistemas de regulación gubernamental no era otra que el de Francia, cuyo sistema de burdeles con licencia e inspección y defensa de las prostitutas había sido imitado en toda Europa, en mayor o menor medida. Entre sus diversos efectos, el sistema francés había engendrado una red internacional de médicos impacientes por extender el sistema de regulación, así como un fuerte tráfico comercial con carne femenina de menores para alimentar en los burdeles el gusto de los hombres por la novedad. Con el fin de combatir este horror, a mediados de los años setenta del siglo XIX, Butler y sus asociadas organizaron una coalición internacional de reformadores de ambos sexos que tomaron el nombre de «Federación Británica y Continental contra la Regulación Estatal del Vicio». Este grupo mantuvo sus cuarteles en Suiza, celebrando congresos internacionales en Ginebra (1877, 1889), en Neuchâtel (1882), en Basilea (1884) y en Lausana (1887). Aimé Humbert, de Neuchâtel (en otro tiempo, posesión de Prusia), editó en Suiza el boletín mensual de la federación. Los principales asociados del grupo en Suiza, aparte de Humbert, eran Emma Pieczynska-Reichenbach y Charles Secrétan. En Francia, Émilie de Morsier e Yves Guyot portaron las banderas abolicionistas, ayudadas por Maria Deraismes. El fin último de esta coalición era la demolición, de arriba abajo, del sistema de regulación francés²³.

La coalición abolicionista internacional tuvo éxito a la hora de provocar una investigación de la política de la moral parisina en 1882, con el resultado no muy satisfactorio de que, en 1884, el gobierno francés transfirió la jurisdicción de las autoridades municipales parisinas al Ministerio del Interior. El informe de 1.000 páginas del médico proabolicionista francés Louis Fiaux, *La Police des mœurs en France et dans les principaux pays d'Europe* (1888), que siguió a *La Prostitution*, de Yves Guyot (1882), reveló el alcance de los abusos del sistema. Las abolicionistas, incluidas

Anna Maria Mozzoni, Alaide Gualberta Beccari y Jessie White Mario (que en su totalidad habían asistido al primer congreso de la federación en Ginebra, en 1877), tuvieron éxito en 1888 a la hora de llevar a cabo la revocación del Decreto Cavour, que había establecido la prostitución regulada en Italia durante los años sesenta del siglo XIX. Su victoria, no obstante, duró poco. Un sistema de regulación reformado fue restaurado en 1891 y duró hasta 1958.

La campaña abolicionista internacional, que se había convertido en la propia terminología de Butler en una «gran cruzada», contribuyó de forma significativa a las guerras del conocimiento, con una bibliografía creciente sobre la prostitución, tanto erudita como periodística²⁴. Del mismo modo, provocó un interés de los especialistas en la cultura, condición y carácter de las prostitutas y, de una forma más amplia, en temas de «desviación» y «criminalidad» como tales. Este desarrollo posterior culminaría en los años noventa del siglo XIX con la publicación de la muy traducida obra *La Donna delinquente (La mujer delincuente)* por los médicos y criminalistas italianos proregulacionistas Cesare Lombroso y (su yerno) Guglielmo Ferraro, que insistían en que había una criatura que podría denominarse «prostituta de nacimiento». Esta idea sería rebatida con firmeza por las abolicionistas feministas. Escritores socialistas sobre la prostitución insistirían en que la práctica era tan solo un producto de la sociedad capitalista que desaparecería con la inauguración del socialismo.

Las abolicionistas feministas no querían esperar. Su campaña generó múltiples iniciativas locales por parte de los grupos de mujeres radicados en las ciudades para rescatar y rehabilitar a prostitutas, para cuidar a prisioneras femeninas excarceladas, para proteger de proxenetas y chulos a muchachas jóvenes recién llegadas a las ciudades y para combatir la enfermedad venérea. Hicieron campaña para abrir nuevas áreas de trabajo remunerado para mujeres, para elevar la edad de consentimiento sexual y para ilegalizar la «trata de blancas», que era como se denominó entonces al tráfico con mujeres para la industria del sexo. Además de estos esfuerzos benéficos prácticos, tal como ha señalado la historiadora Mary S. Gibson, «las abolicionistas predicaban el final de la doble moral y miraban a un futuro que quitaría importancia al sexo y lo limitaría al matrimonio monógamo, tanto para hombres como para mujeres»²⁵. Los abolicionistas habían llegado a ver como una necesidad fundamental el que los hombres practicasen el ejercicio del control personal y la moderación del impulso

²² La versión inglesa de la carta de Auclert fue publicada en el libro de May Wright Sewall, *Genesis of the International Council of Women (1888-1893)*, Indianápolis, s. e., 1914, p. 5.

²³ Entre los notables tratados publicados por miembros de este grupo estaban *La Prostitution*, de Yves Guyot (1882), que fue traducido a varias lenguas, y el altamente filosófico *Le Droit de la femme* (1886), de Charles Secrétan, que se reeditó con frecuencia hasta bien entrado el siglo XX. Sobre el programa y la política de la federación, véase Anne-Marie Käppeli, *Sublime Croisade: Éthique et politique du féminisme protestant, 1875-1928*, Carouge-Ginebra, Éditions Zoé, 1990.

²⁴ Además de los estudios franceses citados antes, véase *La Prostituzione considerata nei suoi rapporti con la storia, la famiglia, la società*, de Tito Mammoli (1881); «Prostitution at Paris», de John Chapman, escrito originalmente para el congreso de París de 1878 y publicado en la *Westminster Review*, n. s., 63. 1 (abril de 1883), pp. 494-521; y *La Revue de morale progressive* (1887-1892).

²⁵ Mary S. Gibson, *Prostitution and the State in Italy, 1860-1915*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1986, p. 49.

sexual, cuyo «carácter natural» llegaron a ver como otro tipo de ficción social; el control sexual para ambos sexos se convirtió, a sus ojos, en un índice de progreso de la humanidad en el largo ascenso desde la barbarie a la civilización. «En manos feministas, la desexualización podía empoderar a las mujeres para atacar las habituales prerrogativas de los hombres», apuntaba la historiadora Judith Walkowitz²⁶. Ahora bien, los hombres, lo mismo que las mujeres, eran parte de este esfuerzo por inculcar un nuevo y único estándar moral, como por ejemplo en la gira de conferencias «Monogamia y poligamia», en los años ochenta del siglo XIX, del dramaturgo noruego Bjørnstjerne Bjørnson, que vino a continuación de la sensación provocada por su drama fundamental *En Hanske (La manopla)*, 1883), en el que defendía la castidad prematrimonial para los hombres²⁷. De acuerdo con la historiadora Marie Neudorff, el escándalo que entró en erupción sobre el moravo Thomas Masaryk tras su conferencia universitaria en torno al tema «innombrable» de la prostitución, en el año 1884, estuvo a punto de costarle su puesto universitario²⁸.

Estas feministas apenas podrían haber anticipado, ni podrían contrarrestar con eficacia en la época (dados sus números aún limitados y su falta de autoridad política), las campañas paralelas por la represión sexual lanzadas posteriormente por los opositores a la pornografía, las campañas extremistas de pureza social y el activismo represor vigilante que a veces parecía reforzar la autoridad masculina sobre las mujeres más a menudo de lo que la disminuía. Estas campañas serían seguidas en Inglaterra, en Francia y en otros lugares del continente europeo y, desde entonces, han sido evaluadas por algunos especialistas de finales del siglo XX como claramente negativas. Desde la década de 1890 en adelante, no obstante, estas campañas, en las que muchas feministas participaron en el nombre de la pureza sexual, serían contestadas por otras campañas feministas que defendían la emancipación sexual, provocando la controversia en una escala como no se ha visto en Europa desde la «rehabilitación de la carne» de los sansimonianos a principios de los años treinta del siglo XIX en Francia.

En los Estados Unidos, entretanto, las líderes de la Asociación Nacional para el Sufragio Femenino, espolgadas por las visitas europeas de Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony en 1882 (y tal vez también

por el alegato de Hubertine Auclert en 1884), convocaron un consejo internacional de mujeres para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la convención de 1848 por los derechos de las mujeres en Seneca Falls. Este órgano se reunió en Washington, DC, a finales de marzo de 1888, durante ocho días para las deliberaciones. Entre servicios religiosos, té, recepciones, himnos (convenientemente revisados para promover la causa de los derechos de las mujeres), discursos e informes, las delegadas reunidas consideraron los temas de la educación, la filantropía, la abstinencia, las industrias, las profesiones, la organización, las condiciones legales, la pureza social y las condiciones políticas. Las delegadas fueron homenajeadas en la Casa Blanca por el presidente y la señora Cleveland, así como en recepciones organizadas por los senadores Palmer (Michigan) y Stanford (California) y sus esposas.

Aunque aquellas que asistieron eran casi en su totalidad americanas, un pequeño número de mujeres de Europa sí que tomó parte en este congreso: entre estas, estaban Isabelle Bogelot, representando la Oeuvre des Libérées de Saint-Lazare en París (un grupo que asistía a mujeres liberadas de la prisión de Saint-Lazare); Aleksandra Gripenberg, representando a la Asociación de Mujeres Finlandesas y a su colega Allie Trygg; Sophia Magelsson Groth, de la Sociedad Noruega por el Sufragio Femenino; Ada M. Frederiksen (de Chicago), representando a la Asociación de Mujeres Danesas; y Margaret Moore, de Irlanda. Varias delegadas procedían de Inglaterra, incluida Alice Scatcherd (Leeds), Laura Ormiston Chant y Margaret Dilke. Las ponencias (publicadas posteriormente en las actas) fueron enviadas por Kirstine Frederiksen, de Dinamarca, Fanny Zampini Salazar, editora de la recién fundada revista *Rassegna degli interessi femminili* en Roma, y Josephine Butler. Muchas otras, incluidas Hubertine Auclert y Maria Deraismes de Francia, y el príncipe anarquista ruso Kropotkin, enviaron mensajes de apoyo al congreso, y estos fueron publicados con orgullo en las actas de las jornadas.

Elizabeth Cady Stanton clausuró el congreso con un desafío a los hombres para que resolvieran favorablemente la cuestión femenina, avisando de que, de otro modo, «al final, se arreglará mediante la violencia»²⁹. Subiendo la apuesta política a sus compatriotas masculinos, ella invocaba la ominosa imagen de los pasajeros inmigrantes, recién llegados a los Estados Unidos desde Europa en tercera clase, en el mismo barco que había traído a las damas que serían delegadas en el congreso, advirtiendo de que «con todos los elementos de descontento que se van reuniendo ahora venidos desde tierras extrañas, corréis el peligro de que se repitan en nuestra tierra las escenas de la Comuna francesa»:

²⁶ Judith R. Walkowitz, «Male Vice and Feminist Virtue: Feminism and the Politics of Prostitution in Nineteenth-Century Britain», *History Workshop* 13 (primavera, 1982), p. 86.

²⁷ La conferencia pionera de Bjørnson fue publicada en un buen número de idiomas, a partir de su publicación original como *Engifte og mange gifte* (1888). Sobre la posterior controversia, véase Elias Bredsdorff, «Moralists Versus Immoralists: The Great Battle in Scandinavian Literature in the 1880s», *Scandinavica* 8 (1960), pp. 91-111.

²⁸ Marie L. Neudorff, «Masaryk and the Women's Question», en T. G. Masaryk (1850-1937): *Thinker and Politician*, ed. Stanley B. Winters, Nueva York, St. Martin's Press, 1990, vol. 1, pp. 258-282.

²⁹ Elizabeth Cady Stanton, «Closing Address», en *Report of the International Council of Women, Assembled by the National Woman Suffrage Association, Washington, D. C. ... , March 25 to April 1, 1888*, Washington DC, Rufus H. Darby, 1888, p. 436; las comillas son mías.

En todas las luchas por la libertad en el pasado, las mujeres siempre tomaron parte activa y es justo suponer que harán lo mismo en el futuro. Conscientes de sus propios errores como nunca antes lo habían sido y exasperadas con una conciencia clara de las prolongadas opresiones de su sexo, no hará falta ningún profeta para predecir las revoluciones que nos esperan, cuando las mujeres junten sus manos a las de los nihilistas, socialistas, comunistas y anarquistas, en defensa de mayores libertades para las personas.

Decía Stanton que las mujeres debían movilizarse para atacar los problemas de los pobres y los desgraciados antes de recurrir a la revolución: «Esta sección del gobierno que regula la moral de la gente pertenece de forma específica a la mujer; y el primer paso en este sentido es haceros creer que es posible la felicidad y la prosperidad de toda la gente de una nación».

El año 1889 marcaba el centenario de la Revolución francesa. A mediados de verano, al hilo de las celebraciones, se organizaron en París dos congresos internacionales de mujeres. Hubertine Auclert, que por entonces vivía en Argelia, no estaba completamente de acuerdo con el momento elegido: «Las mujeres no deberían celebrar el 89 masculino; ellas deberían organizar un 89 femenino», escribía en *La Citoyenne*³⁰.

El Congreso Francés e Internacional sobre los Derechos de las Mujeres (*droit des femmes*), organizado por Maria Deraismes y Léon Richier, abrió sus puertas el 25 de junio y duró hasta el 29. Deraismes había pedido a su «eminente consœur» Elizabeth Cady Stanton que sirviera como presidenta honoraria, pero a Stanton no le fue posible asistir. En su halagadora carta al congreso, ella correspondió a la igualmente halagadora invitación de Deraismes, insistiendo en que las dos repúblicas, la americana y la francesa, han de guiar al mundo en la búsqueda de los derechos de las mujeres. El congreso de los derechos fue seguido por el Congreso Internacional sobre las Obras Benéficas e Instituciones de Mujeres, que se encontró con el patrocinio gubernamental, del 12 al 18 de julio, centrando sus deliberaciones precisamente en las festividades del Día de la Bastilla de la Revolución francesa.

Justo cuando el congreso de 1888 en Washington había celebrado 40 años de activismo organizado por los defensores de los derechos de las mujeres americanas, los organizadores del congreso parisino por los derechos de las mujeres invocaron también sus raíces nacionales, que se remontaban a un tiempo considerablemente anterior: «Éramos los precursores. [...] Estas semillas que sembramos, posteriormente dejadas de lado, fueron cultivadas por otros y ya están madurando sus frutos»³¹. No es

difícil discernir más de una señal de rivalidad nacional en esta proclamación, así como una expresión de amistosa solidaridad. En la sesión de apertura, Maria Deraismes insistió en la importancia universal de la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789, aun cuando subrayó cómo «la mitad de la humanidad» había sido «excluida de esta obra de liberación general». Ella ponía en contraste la rigurosa exclusión de las mujeres francesas de la vida política y el cierre de sus clubs en 1793, con las palabras visionarias de Condorcet en lo que se refiere a la igualdad sexual. Tal vez en aquella época se podía excusar el fracaso de la revolución a la hora de abordar las necesidades de las mujeres. Después de 100 años, no obstante, los hombres seguían parados. Para esto no había excusa³².

El congreso internacional escuchó ponencias que se presentaron en cuatro secciones que trataban la historia, la economía, la moral y la legislación, y sus asistentes formularon una serie de demandas dirigidas específicamente a la situación francesa: la completa reforma de la legislación sobre los derechos civiles de la mujer casada, en especial como derechos de propiedad conscientes, igual remuneración para mujeres y hombres que ejercen de profesores, acceso a las profesiones liberales, capacitación para mujeres en escuelas profesionales más que en talleres, supresión de la policía moral, demolición de la prisión de Saint-Lazare y derogación de la ley que prohibía los juicios por paternidad.

Entre el público, todavía masivamente francés, se entreveraron unos cuantos delegados extranjeros de Dinamarca y Noruega, de Escocia e Inglaterra, y de Polonia (incluido un grupo de estudiantes). Ellen Fries (doctora en letras), de Suecia, Marie Popelin, de Bélgica (una doctora en derecho recién salida de la universidad), Theodore Stanton (representando a la Asociación Nacional por el Sufragio Femenino) y Callirhoé Parren, de Atenas, editora de una nueva publicación de los derechos de las mujeres griegas, *Efimeris ton kyrion* (*Periódico de Mujeres*), completaban a los delegados venidos del extranjero. Juntos, celebraron la capacidad de las mujeres académicas, en especial en medicina y estudios jurídicos. Según un informe realizado por el servicio de prensa, muy alabado por los organizadores, este congreso recibió más atención en la prensa, tanto en Francia como internacionalmente, que ningún otro que hubiera tenido lugar durante la Exposición de París. No se cantó ningún himno, pero sí se hicieron múltiples brindis, y el banquete ceremonial de clausura estuvo marcado por un gran festejo. Maria Deraismes rindió un tributo especial a la prensa por su apoyo de la causa. En un breve brindis, Léon Richier insistía: «Un principio no tiene país; la verdad no conoce fronteras. La

³⁰ Hubertine Auclert, «Le Ouatre-vingt-neuf des femmes», *La Citoyenne* 145 (junio de 1889), reed. en Hubertine Auclert: *La Citoyenne*, pp. 126-127; trad. KO.

³¹ Maria Deraismes, «Congrès français et international du droit des femmes», *Nouvelle Revue internationale (matinées espagnoles)* 10 (1 de junio de 1889), p. 303. Para otros artículos y

discursos de Deraismes, véase la colección Odile Krakovitch (ed.), *Maria Deraismes: Ce que veulent les femmes, articles et discours de 1869 à 1894*, París, Syros, 1980.

³² Maria Deraismes, conferencia inaugural, en *Congrès français et international du droit des femmes*, París, E. Dentu, 1889, pp. 2-11 (citas, pp. 4-5); trad. KO.

cuestión de los derechos de las mujeres es la misma en todas partes; en todas partes puede resumirse en dos palabras: Igualdad, Justicia»³³. Callirhoé Parren brindó por aquellas que, a través de sus escritos y acciones, habían convertido la «cuestión femenina» en una cuestión internacional. Clémence Royer bebió por las ilustres mujeres del pasado, incluidas aquellas anónimas que se dedicaron al trabajo manual con el fin de establecer la sociedad humana e invocaron a la misión en marcha de las mujeres como pacificadoras. Louise Koppe brindó por las nietas y bisnietas que celebrarían el segundo centenario de 1789. Poco podía saber ella sobre que algunas se convertirían en historiadoras de las mujeres.

El cálido resplandor de la visión internacionalista de 1889 siguió emitiendo su radiación durante algún tiempo. A continuación de los congresos, los editores de *Le Droit des femmes* trazaron planes para una *Fédération Internationale pour la Revendication des Droits de la Femme*. En 1890, la publicación dio una creciente difusión a *le mouvement féminin* en muchos países, en Europa y más allá. Estos esfuerzos se complementaron, a principios de 1890, con la fundación de una *Union Universelle des Femmes*, completa con un boletín editado por Marya Chéliga, una joven de origen polaco que entonces vivía en París. De este modo, cuando 1890 se acercaba a su fin, los partidarios de los derechos de las mujeres por toda Europa tenían buenas razones para ser optimistas, aunque continuarían afrontando muchos temas espinosos, así como un resurgimiento de la oposición.

INTERNACIONALIZAR LAS CUESTIONES: EL TRABAJO FEMENINO Y EL BIENESTAR DE LOS NIÑOS

Entre los más espinosos de estos temas estaba la cuestión del trabajo de las mujeres por una remuneración, que se rearticulaba dentro de un contexto de creciente interés por las necesidades de la población nacional y la salud pública. Incluso los que se oponían, reconocían, por lo general, que las mujeres solteras podrían necesitar mantenerse a sí mismas, aunque siguieran quejándose por el hecho de que no todas las mujeres estuvieran adecuadamente casadas y mantenidas por sus esposos. Mucha mayor controversia se dio en torno al empleo de las mujeres casadas a las que, en el contexto nacionalista de los años setenta y ochenta del siglo XIX, se representó cada vez más, y ante todo, como madres —proveedoras esenciales no solo de ciudadanos educados sino, en el nuevo esquema de pensamiento poblacionista, de trabajadores y soldados—; en resumen, de capital humano para la consolidación de los Estados-nación.

El interés por las mujeres en la fuerza de trabajo no era de ningún modo nuevo en la Europa occidental de finales del siglo XIX, como debe-

³³ El brindis de Richer, *ibid.*, p. 265.

ría haber quedado claro ya desde los capítulos anteriores. El género se había vuelto decisivo en el debate del trabajo en las sociedades industrializadas, justamente como lo había sido en el mundo preindustrial. Sin embargo, el creciente empleo industrial de las mujeres aseguraba que los nuevos elementos afectarían a la forma del debate en el periodo entre 1870 y 1890. Complementando los argumentos previos que habían arrastrado a economistas de clase media, a hombres de la clase trabajadora, a autoridades religiosas y a feministas, una nueva generación de médicos y expertos en materia de población intervinieron en los temas de salud recientemente identificados, relacionados con la maternidad y el bienestar de los niños. De forma nada sorprendente, estos doctores afirmaron rotundamente que, por el bien de la nación, las mujeres casadas no deberían ser empleadas, o si eran empleadas, no deberían estar trabajando cuando sus recién nacidos requerían toda su atención así como su alimento físico para sobrevivir a la infancia.

Las feministas en Francia continuaron defendiendo el derecho de las mujeres al trabajo, en la tradición de Paule Mink, Julie Daubié y las mujeres de la Comuna de París. «Lejos de pensar en eliminar trabajadores (*bras* en francés) de la producción», escribía el feminista Léon Richer en 1877, «hemos de darle otros nuevos»:

Lo que hemos de hacer es modificar las condiciones presentes del trabajo de las mujeres; hemos de moralizar el taller, hemos de encontrar un camino de reconciliación [...] los intereses de la *ouvrière* con el respeto debido a cada mujer y con las obligaciones de las madres. [...] La mujer, aun cuando está casada, debe poder vivir de su propio sueldo si así lo quiere³⁴.

Richer no era partidario de la solución del hombre como sostén de la familia para la supervivencia de las mujeres, creyendo que todas las mujeres han de poder participar libremente en la economía de mercado, independientemente de los hombres que actúan como sostenes de la familia.

Ahora bien, las condiciones que rodean al empleo de las mujeres en muchos países siguieron siendo muy malas. Hablando en el congreso de Ginebra de 1877 en la Federación Internacional por la Abolición de la Prostitución Regulada, Anna Maria Mozzoni matizó el optimismo de Richer: «Todos tienen el derecho de vivir de su trabajo, pero las mujeres parecen tener más un derecho a morir, puesto que les resulta muy difícil encontrar un trabajo honesto y suficiente»³⁵. Caroline de Barrau informó de que el salario medio para las mujeres trabajadoras en París (cuyo em-

³⁴ Léon Richer, *La Femme libre*, París, E. Dentu, 1877, p. 90.

³⁵ Anna Maria Mozzoni, en Rina Macrelli, *Indegna Schiavitù: Anna Maria Mozzoni e la lotta contra la prostituzione di stato*, Roma, Editori Riuniti, 1981; trad. Gibson, *Prostitution*, p. 53.

pleo era sobre todo estacional) era de más o menos dos francos por día. Esto estaba muy lejos de ser adecuado para la supervivencia.

La organización del trabajo era también de interés para el movimiento de trabajadores dominado por los hombres; particularmente, en Inglaterra. Ahora bien, allá donde la ética del hombre que sostiene a la familia monopolizaba la discusión, los líderes laborales pedían la regulación y la limitación de las horas de trabajo para las mujeres y los niños en las fábricas, con la esperanza (no siempre expresada de forma explícita) de que tales leyes regularían (y reducirían), en efecto, también las horas de los hombres. Posteriormente, fijaron como objetivo la producción que no estuviera basada en la industria o en el trabajo «de explotación», que cada vez daba trabajo a más mujeres. El empleo de las mujeres como servidoras domésticas y trabajadoras agrícolas, mucho más descentralizado (y que aglutinaba a la mayoría de las mujeres empleadas en la Europa del siglo XIX), y como trabajadoras que desarrollaban su labor dentro de la casa, suscitó temas aún más difíciles, que no se abordarían hasta el siglo XX.

Algunos temas provocaron discusiones entre doctores, funcionarios públicos, industriales y líderes sindicales a principios de la década de los setenta del siglo XIX, y en cada uno de los casos la agitación se centró en los temas de la maternidad y la moralidad. Estos temas incluían una continua discusión del trabajo de las mujeres en las minas o en su entorno, el trabajo nocturno y un conjunto cada vez mayor de asuntos centrados en la maternidad y la cría de los niños. No todas ellas provocaban expresiones de disconformidad feminista.

En Inglaterra, el trabajo subterráneo en las minas había sido prohibido en 1842, y el que se desarrollaba en los alrededores de la boca de la mina se permitía aún de mala gana en los años ochenta del siglo XIX. Esto había sentado un poderoso precedente para la discusión por parte de legisladores progresistas en otras partes de Europa. Tanto los gobiernos franceses como los belgas restringieron el trabajo de las mujeres en las minas a principios de los años setenta del siglo XIX. Vinieron a continuación las regulaciones alemanas a finales de los setenta, y Austria las impuso en 1884.

El trabajo nocturno de las mujeres fue otro de los objetivos de los reformadores. Suiza, muy industrializada, había prohibido el trabajo nocturno para las mujeres en las fábricas en 1877. El gobierno ruso prohibió el trabajo nocturno en fábricas para mujeres y niños en 1885, como una forma de ataque preventivo, puesto que había aún pocas fábricas en las que las mujeres pudieran haber obtenido un trabajo así. A las trabajadoras, pocas veces se las consultó —tal vez nunca— mientras se fueron introduciendo estas restricciones.

Doctores, higienistas y moralistas expresaron su interés por las prácticas en el cuidado de niños de madres empleadas en las áreas urbanas, donde las tasas de mortalidad infantil eran exageradamente altas. En 1874, las autoridades gubernamentales francesas sometieron al negocio comer-

cial de la cría de niños a controles administrativos adicionales. En Inglaterra, el mayor control parlamentario de las prácticas de guardería por parte de madres empleadas dio lugar a una reglamentación en los años setenta del siglo XIX. La atención prestada a estos problemas en los países de la Europa occidental generó preocupación en otros escenarios nacionales, provocando a su vez nuevos intentos de intervención gubernamental.

En 1877, la República Federal de Suiza, conservadora en lo social, se convirtió en la primera nación europea en prohibir el trabajo nocturno para las mujeres en fábricas y en imponer un permiso de maternidad no remunerado a las mujeres trabajadoras. La historiadora Regina Wecker subraya que «la ley de 1877 [...] funcionaba como una cuña de apertura no solo para los términos de la legislación internacional de protección, sino también para una concepción actualizada de la protección: protección especial solo para las mujeres»³⁶. La Alemania Imperial promulgó su primera ley de protección en 1878, y su medida fue seguida a principios de los años ochenta del siglo XIX por el esquema de seguridad social integral de Bismarck, que efectivamente medicalizaba el nacimiento de niños. Las iniciativas intergubernamentales comenzaron a tomar forma en los años ochenta del siglo XIX y principios de los noventa. El propósito de estas medidas, igual que en Suiza y Alemania, era claramente preservar la división sexual del trabajo en la familia, designando a las mujeres como una clase especial que necesitaba «protección» del empleo explotador. El fin último de estas iniciativas era eliminar a las mujeres casadas de la fuerza de trabajo, un objetivo en el que los líderes de los sindicatos y los empleadores y reformistas masculinos social-católicos encontraron un interés común.

Hacia 1890, Austria y los Países Bajos promulgarían medidas para restringir el empleo de las mujeres de diversas maneras. El año 1890 marcó la convocatoria en Berlín de un congreso intergubernamental sobre protección de los trabajadores, patrocinado por los gobiernos suizo y alemán. Este congreso elaboró resoluciones y estimuló un aluvión de intentos legislativos ulteriores en otros países para restringir el trabajo nocturno y dominical para las mujeres de dieciséis años o más, para limitar sus horas de trabajo, para restringir el empleo de las mujeres en industrias peligrosas o insalubres, y para prohibir su empleo durante el periodo que rodea al nacimiento de un hijo y posterior a él. Se autorizó el permiso obligatorio por maternidad pero sin compensación.

Las feministas no estarían de acuerdo sobre la forma en la que responder a estos desarrollos que ellas no habían conformado ni iniciado. La

³⁶ Régina Wecker, «Equality for Men? Factory Laws, Protective Legislation for Women in Switzerland and the Swiss Effort for International Protection», en Ulla Wikander, Alice Kessler-Harris y Jane Lewis (eds.), *Protecting Women: Labor Legislation in Europe, the United States, and Australia, 1880-1920*. Urbana, University of Illinois Press, 1995, p. 72.

mayoría de las feministas defenderían rotundamente el derecho de las mujeres al trabajo que ellas estimaran conveniente, desarrollando algunos argumentos tácticos nuevos en torno a la «libertad para trabajar», con el fin de contrarrestar las presiones proteccionistas basadas en un modelo de hombre sostén de la familia/dominador. Un enfoque intervencionista secundario y más potente iba a exigir asistencia financiera estatal directa a las madres, incluidos los permisos de maternidad remunerados, de forma que no deberían depender de un empleo fuera o de que fueran los hombres quienes actuaran como sostenes de la familia. La feminista socialista francesa Léonie Rouzade señaló repetidas veces, aunque sin fruto, en los años ochenta del siglo XIX que la maternidad debería convertirse en una función social pagada del Estado. Este enfoque feminista-estadista registraría un espectacular apoyo en los años noventa del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX, en particular entre las feministas escandinavas y alemanas.

Una tercera estrategia, articulada por Hubertine Auclert en respuesta a las demandas de los trabajadores masculinos de que las mujeres estaban quitándoles los empleos, abriría una nueva línea de crítica feminista mediante el desafío a la división sexual del trabajo existente. Las mujeres tenían perfecto derecho al empleo, sostenía ella, pero la condición previa para el trabajo remunerado de las mujeres era que los hombres compartieran el trabajo adicional no remunerado que las mujeres estaban haciendo normalmente en los hogares dominados por los hombres. Estas tareas no eran un «trabajo de mujeres», decía ella: «Todas esas tareas no productivas que se asignan a las mujeres en el hogar, en la sociedad, son hechas por hombres de forma remunerada. Por dinero, los hombres barren, limpian, cepillan zapatos y ropas; por dinero, los hombres cosen; por dinero, los hombres cocinan, ponen la mesa y la quitan, y lavan platos. Por dinero, los hombres cuidan de los niños pequeños»³⁷. A causa de las expectativas de las mujeres de hacer el trabajo del hogar, además de cualquier trabajo remunerado que pudieran asumir, las mujeres empleadas tenían que trabajar durante mucho más tiempo y mucho más duro de lo que trabajaban sus maridos. Afirmaba Auclert que ese trabajo del hogar seguía sin ser apreciado en la sociedad francesa, precisamente porque las mujeres eran tratadas aún como sirvientas de los hombres, no como sus iguales.

Los desacuerdos en torno a la legislación protectora para las mujeres fueron los responsables de la convocatoria de los dos congresos internacionales de mujeres que tuvieron lugar en París, en 1889. Maria Deraismes y Léon Richier insistieron con firmeza en el derecho de las mujeres a la independencia económica y se opusieron a la elección de Jules Simon,

³⁷ Hubertine Auclert, «Femmes! vous allez prendre notre place», *La Citoyenne*, 31 de julio de 1881; trad. en Patricia Hilden, *Working Women and Socialist Politics in France, 1880-1914: A Regional Study*, Oxford, Clarendon Press, 1986, p. 196.

leal defensor de la legislación protectora, como presidente honorario del congreso oficial de mujeres. En el discurso de apertura de Deraismes en el congreso de los derechos de las mujeres discrepantes, aludió a las diferencias entre los liberales, que sostenían el «derecho» de las mujeres a la independencia económica, y los proteccionistas, que sostenían los «privilegios» y apoyaban la prohibición del trabajo nocturno de las mujeres: «Este tipo de protección parece más una restricción, una opresión, que una concesión ventajosa. Sabemos por experiencia que la protección y la libertad son términos que se excluyen mutuamente»³⁸. Más aún, apuntaba ella, una «protección» así podría ser en realidad bastante poco efectiva. Por esta razón, había rechazado la designación como congreso «oficial» bajo estos términos y había elegido un camino independiente. Las feministas francesas continuarían resistiéndose a la legislación protectora para las mujeres hasta bien entrada la década de 1890, en compañía de sus homólogas inglesas, asociadas a la *Englishwoman's Review*. Ahora bien, la corriente estaba girando y, durante los años noventa del siglo XIX, las feministas en otros países, en especial en la Alemania Imperial, abrazarían los «privilegios» de la legislación protectora para las mujeres patrocinada por el Estado como más ventajosa de forma inmediata para las mujeres trabajadoras que todos los «derechos» o «libertades» hipotéticamente igualitarios.

SOLUCIONES CONFLICTIVAS A LA CUESTIÓN FEMENINA

A continuación de la Comuna de París y en medio del frenesí de la actividad organizativa feminista, los líderes de lo que quedaba del deshecho movimiento internacional de los trabajadores propusieron rutas alternativas hacia la emancipación de las mujeres. Algunos defenderán también el sufragio universal y la completa igualdad de derechos, pero otros se centrarían en eliminar a las mujeres y a los niños de la fuerza de trabajo, regulando sus horas en los intereses de protegerlos o defendiendo el apoyo del Estado a las madres. Los socialistas-marxistas más revolucionarios, no obstante, imaginaban no una reforma, sino un derrocamiento completo del modo de producción capitalista.

Hacia 1890, el programa socialista-marxista unificado, en lo que concernía a las mujeres, podía resumirse más o menos como sigue: el capitalismo, con su explotación del proletariado, se encuentra en la raíz de la subordinación de las mujeres; solo un nuevo orden socialista, construido por las clases trabajadoras victoriosas, podría ofrecer una respuesta a la cuestión femenina. Las demandas de derechos de las mujeres fueron pre-

³⁸ Deraismes, conferencia inaugural, en *Congrès français et international du droit des femmes*, 1889, pp. 3-4.

sentadas cada vez más a menudo como una solución meramente «burguesa» o «liberal» (es decir, interesada ante todo en los derechos civiles y cívicos, con una connotación peyorativa de que una solución así era «reaccionaria»), que no abordaba la cuestión de la dominación y la explotación capitalista. Habrá de darse prioridad al derrocamiento revolucionario del orden de clase y del sistema de propiedad existente; la emancipación de las mujeres vendría, a continuación, de forma inmediata³⁹.

La Primera Asociación Internacional de Trabajadores colapsó en 1876, y la Segunda Internacional no nacería hasta 1889. En el ínterin, los socialistas alemanes consiguieron unificar las facciones en liza (1875), pero su nuevo partido político socialdemócrata fue prohibido entre 1878 y 1890 por el gobierno imperial, entre otras cosas, por ser «antifamilia». Estos años, no obstante, vieron la publicación (originalmente en alemán) de varias declaraciones históricas sobre la cuestión femenina, por parte de los principales portavoces socialistas de convicción marxista que proporcionaron una base programática para el movimiento posterior. Dos tratados clave, del tamaño de libros, fueron *La mujer en el pasado, presente y futuro* de August Bebel, publicado originalmente en alemán en 1878, y reeditado posteriormente como *Mujer y socialismo*, y *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Friedrich Engels (1884). Dos declaraciones más cortas, pero también muy influyentes, que contribuyeron igualmente a elaborar la posición marxista-socialista respecto a la cuestión femenina, aparecieron también durante este periodo. La primera, en inglés, obra de Eleanor, la hija de Karl Marx, y de su pareja Edward Aveling, aparecida en la *Westminster Review* (1886) de Londres y, más tarde, en forma de panfleto. La segunda, el discurso de Clara Zetkin al congreso fundador de la Segunda Internacional, «Las trabajadoras y la cuestión femenina», fue también ampliamente distribuido.

³⁹ Muchas historiadoras han explorado los desacuerdos entre socialistas y feministas a finales del siglo XIX. Para Alemania, véase en particular, Jean H. Quataert, *Reluctant Feminists in German Social Democracy, 1885-1917*, Princeton, Princeton University Press, 1979; Richard J. Evans, «Bourgeois Feminists and Women Socialists in Germany, 1894-1914: Lost Opportunity or Inevitable Conflict?» *Women's Studies International Quarterly* 3, 4 (1980), pp. 355-376, reed. en *Comrades and Sisters: Feminism, Socialism, and Pacifism in Europe, 1870-1945*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987, pp. 37-65; y los trabajos de Alfred G. Meyer sobre Lily Braun (véase también las notas del cap. VII, *infra*). Para Francia, véanse las diferentes perspectivas de Marilyn J. Boxer y Charles Sowerwine, comenzando por sus artículos en *Third Republic/Troisième République* 3-4 (1977); Boxer, «Socialism Faces Feminism: The Failure of Synthesis in France», en Marilyn J. Boxer y Jean H. Quataert (eds.), *Socialist Women*, Nueva York, Elsevier, 1978, pp. 75-111; y Sowerwine, *Sisters or Citizens? Women and Socialism in France Since 1876*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982. Véase también Françoise Picq, «"Bourgeois Feminism" in France: A Theory Developed by Socialist Women Before World War I», en Judith Friedlander et al. (eds.), *Women in Culture and Politics*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pp. 330-343. He vuelto a examinar las fuentes socialistas de los años ochenta y noventa del siglo XIX, con el fin de reconstruir el desarrollo teórico de la posición de los socialistas marxistas desde una perspectiva feminista. Véase también *infra*, las notas del cap. VII.

La obra de Bebel presentaba el argumento clave que resonaría en las publicaciones de todos sus sucesores; él insistía en la primacía política de la clase sobre el sexo y tachaba de «burguesas» a aquellas que solo con el paso del tiempo serían conocidas como «feministas». «La denominada cuestión de las mujeres es [...] solo una parte de toda la cuestión social [...]; ambas cuestiones únicamente podrán alcanzar su solución definitiva en conexión mutua»⁴⁰. Las relaciones sexuales para Bebel no eran el tema principal, aun cuando insistía en que «la mujer era el primer ser humano en probar las cadenas [...] una esclava antes de que existieran los esclavos».

Por tanto, Bebel afirmaba —en respuesta a las reivindicaciones feministas— que la igualdad legal y económica, incluida la admisión de las mujeres en las profesiones, no cambiaría nada en el orden de cosas existente; tales avances ni disminuirían los sueldos de esclavitud ni evitarían la esclavitud sexual: «El sometimiento del sexo a los hombres, la dependencia de la enorme mayoría y la consiguiente esclavitud sexual que encuentra su expresión en el matrimonio moderno y en la prostitución, seguirán sin tocarse». Se requería una «solución completa»; cualquier otra cosa no sería nada más que un remiendo: «Por una solución completa, entiendo no solo la igualdad de hombres y mujeres ante la ley, sino su libertad económica y su independencia material y, en tanto en cuanto sea posible, la igualdad en el desarrollo mental. *Esta solución completa de la cuestión femenina es tan inalcanzable como la solución de la cuestión laboral bajo las instituciones sociales y políticas existentes*».

Friedrich Engels, al igual que Bebel, fue bastante más allá de las propuestas más tempranas de Karl Marx, cuyas ideas sobre las relaciones entre hombres y mujeres en el matrimonio siguieron siendo relativamente convencionales, aun cuando él criticara las formas institucionales predominantes de la familia. El extenso *Origen de la familia* de Engels fue construido a partir de notas de Marx, complementadas con material extraído de Darwin, Spencer y Bachofen, así como de los estudios de Lewis Henry Morgan sobre los iroqueses, que practicaban el comunismo, para probar los orígenes históricos de la subordinación de las mujeres a los hombres. Su descubrimiento más asombroso e influyente apuntaba a la

⁴⁰ August Bebel, *Woman in the Past, Present and Future*, trad. H(ope) B. Adams Walther, Londres, Modern Press, 1885; originalmente, *Die Frau in der Vergangenheit, Gegenwart, und Zukunft* (1878). Las citas *infra* proceden de la «Introduction», pp. 1-5, 7.

En la última y, con mucho, mejor conocida traducción inglesa, *Woman Under Socialism* (1904), a cargo de Daniel de Leon, basada en la edición revisada y aumentada por el propio Bebel, este último pasaje (p. 5) se redacta de un modo mucho más duro:

«La meta, por tanto, no es tan solo la consecución de la igualdad de derechos de la mujer con el hombre dentro de la sociedad presente, como pretendían las mujeres burguesas emancipacionistas, sino que va más allá, hacia la eliminación de todos los impedimentos que hacen al hombre dependiente del hombre y, consiguientemente, a un sexo dependiente del otro. Así, esta solución de la cuestión femenina coincidirá por completo con la solución de la cuestión social».

transferencia de patrimonio, una vez que se había establecido la propiedad en rebaños de cría y esclavos humanos en las sociedades tempranas, de las líneas de sucesión femeninas a las masculinas. Apoyándose en gran medida en los hallazgos de Bachofen sobre el matrilinealismo en las sociedades antiguas, Engels proclamaba que «el derrocamiento del derecho materno fue la *derrota histórica universal del sexo femenino*». Crítico con el matrimonio monógamo basado en la propiedad, en el que las mujeres eran vistas como sistemáticamente subordinadas y dominadas, concluía que «la primera condición para la liberación de la esposa es devolver a todo el sexo femenino a la industria pública, y [...] esto demandará a su vez la abolición de la familia monógama como la unidad económica de la sociedad»⁴¹.

Eleanor Marx y Edward Aveling dirigieron su comentario sobre la obra de Bebel a los lectores británicos, subrayando de nuevo la primacía de la economía en la *opresión* (siguiendo a Bebel, sustituyeron de forma deliberada este término por el de «subordinación» de Mill) de las mujeres; y al igual que en las críticas feministas de principios de la década de 1830, tales como las de las mujeres sansimonianas y Flora Tristan, conectaban los destinos de las mujeres y los trabajadores: «La posición de las mujeres se encuentra, como todo en nuestra compleja sociedad moderna, sobre una base económica. Si lo único que hubiera hecho Bebel hubiera sido insistir en esto, su trabajo ya habría valido la pena. La cuestión femenina tiene que ver con la organización de la sociedad como un todo». Marx y Aveling, lo mismo que Bebel, criticaban a los defensores de los derechos de las mujeres de su época por no ver esto, por no indagar en los orígenes, por no comprender que por muchas reformas específicas que se llevaran a cabo, sería poco lo que cambiaría:

Las mujeres son las criaturas de una tiranía organizada de hombres, igual que los trabajadores son las criaturas de una tiranía organizada de holgazanes. Aun cuando esto nos ayuda a entender muchas cosas, no debemos cansarnos nunca de insistir en que, sin la comprensión de esto por parte de las mujeres, lo mismo que por parte de las clases trabajadoras, no es posible ninguna solución de las dificultades y problemas que ellas mismas presentan en la actual condición de la sociedad. [...] Su emancipación partirá de ellas mismas. Las mujeres encontrarán aliados en la mejor clase de hombres, lo mismo que los trabajadores encuentran aliados entre los filósofos, artistas y poetas. Ahora bien, una no tiene nada que esperar

⁴¹ Friedrich Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*, Hottingen-Zürich, Schweizerische Genossenschaftsbuchdruckerei, 1884; 4.ª ed. (1891), trad. Alick (Alec) West, *The Origin of the Family, Private Property, and the State, in the Light of the Researches of Lewis H. Morgan*, Nueva York, International Publishers, 1942; extractos en WFF, vol. 2, doc. 13 (cit. pp. 79-81).

del hombre como un todo, y el otro no tiene nada que esperar de la clase media como un todo»⁴².

Solo después de la revolución que provocaría la sociedad sin clases, empezaría a prevalecer la igualdad perfecta de los hombres y las mujeres y a aparecer una independencia material para estas, que les permitiría llevar a cabo todo su potencial como individuos autónomos. De este modo, a la clase se le dio prioridad sobre el sexo.

Clara Zetkin, representando a las mujeres trabajadoras de Berlín en el congreso del trabajo de París, de 1899, ofreció una apreciación teórica y práctica del tema específico del empleo de las mujeres basada en su propia experiencia como madre y mujer económicamente independiente. Ella planteaba que solo habría de regularse el trabajo de las mujeres embarazadas. Trató de convencer a los trabajadores de que el problema no se encontraba en que el trabajo de las mujeres compitiera con el de los hombres, sino que el tema real era la explotación capitalista del trabajo de las mujeres. Como sus predecesoras, planteó que este problema solo podría resolverlo la emancipación del trabajo respecto del capital: «Las trabajadoras y los trabajadores solamente alcanzarán sus derechos humanos íntegros en una sociedad socialista». Zetkin proclamaba que las mujeres estaban preparadas para ser camaradas de armas con el fin de llegar a esta nueva sociedad, pero tendían a «exigir todos sus derechos una vez que se consiguiera la victoria»⁴³. Claramente, los socialistas marxistas estaban decididos a hacerse con la autoridad teórica y política en la cuestión de la alteración de las relaciones entre los sexos.

El argumento articulado de forma tan consistente por Bebel, Engels, Marx, Aveling y Zetkin en los años ochenta del siglo XIX se convertiría en la «línea» del partido de la nueva Asociación de Trabajadores de la Segunda Internacional y de sus partidos nacionales asociados. Para algunos, la idea de que el capitalismo, no la dominación masculina, era el enemigo, y la revolución socialista la respuesta, ofrecía una visión convincente.

En consecuencia, las relaciones entre socialistas y feministas en Europa se harían cada vez más tensas desde la década de 1890 y a través de los primeros años del siglo XX, como veremos en el capítulo VII. El Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) republicó los pronunciamientos de Bebel sobre la cuestión femenina en una edición revisada y aumentada, titulada *Die Frau und der Sozialismus (Mujer y socialismo)*, incorporando el ideario de Engels y otros especialistas; sus argumentos serían ampliamente

⁴² Eleanor Marx y Edward Aveling, «The Woman Question: From a Socialist Point of View», *Westminster Review* 125, 1 (enero de 1886), pp. 207-222; extractos en WFF, vol. 2, doc. 14; cita, p. 83.

⁴³ Clara Zetkin, «Für die Befreiung der Frau! Rede auf dem Internationalen Arbeiterkongress zu Paris, 19 Juli 1889», en *Protokoll des Internationalen Arbeiter-Congresses zu Paris, 14-20 Juli 1889*, Nürnberg, 1890; trad. SGB en WFF, vol. 2, doc. 15 (cit. pp. 90, 91).

difundidos y traducidos. En 1890, la Alemania Imperial derogaría las Leyes Antisocialistas, que habían obstaculizado severamente a la organización socialista desde 1878; además de establecer un programa nacional de seguros sociales, el gobierno de Bismark había instituido otras medidas diseñadas expresamente para la desactivación del descontento de los trabajadores, incluyendo una legislación protectora para las mujeres trabajadoras. En 1891, el emergente SPD, en busca de apoyo como partido político de masas, adoptó una posición muy radical votando en su congreso de Erfurt a favor de «la abolición de la dominación de clase, de las clases como tal, y por los iguales derechos y obligaciones, sin tener en cuenta el sexo ni el origen. Sobre la base de estas opiniones, luchará no solo contra la explotación y la opresión de los trabajadores, sino contra cualquier tipo de explotación y opresión de los trabajadores en la sociedad moderna, al margen de si se dirige contra una clase, un partido, un sexo o una raza». En consecuencia, el SPD aprobaba el sufragio universal sin distinción de sexo y la «abolición de todas las leyes que discriminan a las mujeres en las esferas públicas y privadas»⁴⁴.

En 1894, Clara Zetkin, que encabezaba el movimiento recién formado de las Mujeres Socialdemócratas Alemanas, rechazaría toda cooperación ulterior con las representantes del denominado movimiento burgués de las mujeres... aun cuando recordaría de continuo a sus camaradas masculinos que habían de mantener sus promesas a las mujeres⁴⁵. Cuando el SPD era con mucho el mayor partido nacional en la Segunda Internacional, estas maniobras políticas tendrían un importante «efecto dominó» por toda Europa, exacerbando las relaciones entre feministas y socialistas, tratando de poner a las feministas a la defensiva. Una forma de socavar el feminismo (y captar su potencial clientela), a la vez que se pretendía emancipar a las mujeres, era incorporar sus demandas aun cuando se estuviera aplazando su promulgación.

Así se creó una potente rivalidad entre los defensores de la emancipación de las mujeres y los teóricos y políticos socialistas que insistían en la solidaridad de clase, abarcando tanto a las mujeres proletarias como a los hombres proletarios. A diferencia de Bebel y Zetkin, muchas de las defensoras de las mujeres no estaban muy dispuestas a esperar al éxito de la revolución. Expresaron sus reservas sobre el paquete completo de fines socialistas revolucionarios y en particular su orden de prioridad; como Jeanne Derooin en 1848, identificaban el desequilibrio en la relación de los sexos como el problema central. Aunque reconocían la existencia de las

⁴⁴ El programa del SPD, adoptado en el congreso del partido, Erfurt, 21 de octubre de 1891, según trad. en Louise Wilhelmine Holborn *et al.*, *German Constitutional Documents Since 1871*, Nueva York, Praeger, 1970, pp. 51-53; citas, pp. 51, 52.

⁴⁵ Véase Richard J. Evans, «Theory and Practice in German Social Democracy 1880-1914: Clara Zetkin and the Socialist Theory of Women's Emancipation», *History of Political Theory* 3, 2 (verano, 1982), pp. 285-304.

diferencias de clase y la importancia de las cuestiones económicas, se hallaban preocupadas por la evidencia continuada de *masculinismo* (un nuevo término acuñado en Francia y que connotaba tanto el privilegio como la arrogancia masculinos) exhibido tanto por los líderes socialistas como por los hombres de la clase trabajadora. Afirmaban que la emancipación de las mujeres había de reivindicarse en el presente y no posponerse hasta después de que una hipotética revolución proletaria hubiera destronado al capitalismo.

Las experiencias de Hubertine Auclert en los círculos socialistas franceses de los años ochenta del siglo XIX ofrecen un ejemplo revelador. En octubre de 1879, Auclert había buscado apoyo para el sufragio femenino entre los delegados al congreso del movimiento de los trabajadores socialistas franceses en Marsella. En su discurso allí, hizo explícita la conexión entre sexo y clase, reformulando en un nuevo lenguaje los argumentos largo tiempo olvidados de sus predecesores sansimonianos: «Igual que vosotros [trabajadores], nosotras [mujeres] hemos sido las víctimas de una fuerza abusiva. [...] Soportamos aún la fuerza tiránica de aquellos que están en el poder, a lo que se debe añadir, en nuestro caso, la fuerza tiránica de aquellos que ahora disfrutan de sus derechos. [...] Una República que mantiene a las mujeres en una situación inferior no puede hacer que los hombres sean iguales». Castigando a los «privilegios del sexo», Auclert les preguntaba a los delegados, en su mayoría hombres: «¿Cómo podéis hablar de igualdad, vosotros que [...] queréis tener bajo vuestro control a otros seres?». Careciendo de garantías, insistía ella: «Tengo miedo de veras a que la igualdad humana, tal como se predicó por parte de todas las escuelas socialistas, siguiera queriendo decir igualdad de los hombres, y que las mujeres fueran víctimas de los hombres proletarios, igual que estos lo han sido de la burguesía». Las mujeres no estaban interesadas, decía Auclert, «en ayudar al despotismo a cambiar de dueño. Lo que queremos es acabar con el privilegio, no solo reasignarlo»⁴⁶.

Los delegados al congreso de los trabajadores de Marsella votaron el apoyo a la resolución de Auclert. La luna de miel del socialismo y el feminismo en Francia duró unos pocos años, pero la búsqueda de todos y cada uno de los derechos de las mujeres fue víctima de las luchas intestinas en los años ochenta del siglo XIX, cuando los reformistas rompieron con el grupo marxista más radical que abogaba por el colectivismo y la revolución. Auclert, que como *rentière* encontró inaceptable el programa colectivista, estableció su propia organización y centro de propaganda para la búsqueda del sufragio femenino en la Francia republicana. En fe-

⁴⁶ Hubertine Auclert, *Égalité sociale et politique de la femme et de l'homme, discours prononcé au Congrès ouvrier socialiste de Marseille* (Marsella, 1879), tal como se reproduce en *Romantisme* 13-14 (1976); trad. KO en WFF, vol. 1, doc. 143 (citas, pp. 515-517 *passim*).

brero de 1881, ella fundó el periódico *La Citoyenne*, en el que hizo propaganda durante un periodo de 10 años en favor de los plenos derechos para todas las mujeres francesas, incluido el del voto.

La homóloga más radical de Auclert, Léonie Rouzade, trató también de tender puentes sobre el abismo cada vez mayor entre las facciones socialistas y las defensoras de los derechos de las mujeres durante los años ochenta del siglo XIX. En calidad de fundadora de un nuevo grupo de mujeres, la Union des Femmes (cuyo nombre procedía de la sociedad establecida por las *communardes*, en 1871), y participante frecuente en los congresos de trabajadores, Rouzade reivindicaba que las mujeres deberían tener por completo los mismos derechos que los hombres. Las reivindicaciones de una educación igualitaria eran también centrales en sus prioridades. Ante aquellos que insistían (en una república que había establecido recientemente el servicio militar obligatorio para los hombres) en que los hombres tenían derechos porque eran soldados, Rouzade jugó la baza de la maternidad: «¡Nuestra carga es igual en valor a la vuestra, y si se tienen derechos por matar a hombres, se deberían tener más derechos aún por traerlos al mundo!»⁴⁷. Al igual que Auclert y Rouzade, muchas feministas —incluso aquellas que habían simpatizado con algunos de los objetivos socialistas— se encontrarían molestas, así como algo recelosas de los intentos de los socialistas marxistas de introducir la cuña de clase en la creciente hermandad feminista. Ellas demandaban la ciudadanía plena dentro de las sociedades en que vivían con el propósito de cambiar aquellas sociedades de dentro hacia fuera, aquí y ahora⁴⁸.

REDISEÑAR LAS RELACIONES NACIONALES Y EXTRANJERAS TRASPASANDO LAS FRONTERAS NACIONALES

La Nora de Henrik Ibsen cerró de un portazo, por vez primera, la puerta a la domesticidad en 1880. *Casa de muñecas*, puesta en escena inicialmente en Copenhague y luego por toda Escandinavia y Alemania, provocó un enérgico debate, calificable casi como de escándalo. En la década siguiente, aparecieron traducciones de esta fascinante obra en casi todos los idiomas europeos. Las producciones más grandes se estrenaron en Londres (1889) y en París (1894), con las principales actrices de Europa encarnando a la heroína de Ibsen. La gran marcha de Nora del dominio de su marido se convirtió en la comidilla de Europa.

⁴⁷ Léonie Rouzade, *Développement du programme de la Société «L'Union des femmes», par la citoyenne Rouzade*, París, Au Siège social de l'Union des femmes, 1880, p. 24; trad. KO. Sobre Rouzade, véanse las contribuciones de Boxer y Sowerwine (citadas *supra*, n. 39), y Anne Cova, *Maternité et droits des femmes en France (XIXe-XXe siècles)*, París, Anthropos, 1997.

⁴⁸ Véanse las interpretaciones opuestas de Marilyn J. Boxer y Charles Sowerwine, citadas *supra* n. 39 de la p. 246.

Con la declaración de independencia de Nora, la búsqueda de una mujer individual de su libertad y de su derecho a la felicidad se anunciaba a sí misma como un tema fundamental en el debate sobre la cuestión femenina. Para algunos, la creación de Ibsen era el epitome del archienemigo del matrimonio, que lanza una crítica feroz del concepto patriarcal de la feminidad. Además de dar vigor al movimiento de las mujeres de muchas formas, la acción de Nora abría también un debate sobre las futuras relaciones de los sexos, que tendrían un efecto profundo y dramático en las letras europeas, atrayendo a escritores escandinavos tan bien conocidos como August Stringberg, Georg Brandes, Viktoriya Benedictsson, Anne Charlotte Leffler y Amalia Skram⁴⁹. Nora no fue el único personaje de ficción en desafiar las coacciones de género y las expectativas convencionales durante estos años. La publicación casi simultánea de la novela de George Meredith *The Egoist* (1879) presentaba a una heroína, Clara Middleton, que rechazaba desposarse con sir Willoughby Patterne, un hombre que veía a las mujeres como propiedad y ornamento. Las exploraciones de Meredith del «verdadero apareamiento» alcanzaron una cima con su novela de 1884 *Diana of the Crossways*, que ofrecía una mirada seria, aunque menos sorprendente y revolucionaria, al «verdadero» matrimonio como una conexión de dos individuos plenamente desarrollados. La analista literaria Elizabeth Deis ha caracterizado las resoluciones de Meredith como «un compromiso de valores victorianos y modernos», que por un lado honran el matrimonio, si bien insisten en la igualdad de los cónyuges, por el otro⁵⁰.

Tan solo unos años después de las novelas de Meredith y de la obra de teatro de Ibsen, la escritora sudafricana Olive Schreiner, recién llegada a Inglaterra, publicó su primera novela, *The Story of an African Farm* (1883). Su heroína, Lyndall, no soñaba con su ajuar, sino con Napoleón y el surgimiento de la civilización. «No tengo tanta prisa en poner mi cuello bajo el pie de un hombre; y no admiro tanto el llanto de los niños. [...] Hay otras mujeres a las que un trabajo así les encanta», Le decía Lyndall a su hermana casada Em, al volver del internado⁵¹. En el curso de las

⁴⁹ Sobre este debate, véase Pil Dahlerup, *Det moderne gennembruds kvinder*, Copenhague, Gyldendal, 1983; los capítulos sobre las escritoras italianas, suecas y rusas en Donald Meyer, *Sex and Power: The Rise of Women in America, Russia, Sweden, and Italy*, Middletown, Wesleyan University Press, 1987; y para Rusia, Laura Engelstein, *The Keys to Happiness: Sex and the Search for Modernity in Fin-de-Siècle Russia*, Ithaca, Cornell University Press, 1992. Mis conocimientos sobre los debates escandinavos en este periodo se han visto muy reforzados por las ideas de Ida Blom, Kathleen Dahl, Ulla Manns y Verne Moberg.

⁵⁰ Elizabeth Deis, «Marriage as Crossways: George Meredith's Victorian-Modern Compromise», en *Portraits of Marriage in Literature*, Essays in Literature Series, Macomb, Western Illinois University, 1984, p. 24.

⁵¹ Olive Schreiner, *The Story of an African Farm*, Londres, Chapman and Hall, 1883, p. 217; repr. en WFF, vol. 2, doc. 3 (cita, p. 33). Sobre Schreiner, véase Ruth First y Ann Scott, *Olive Schreiner: A Biography*, Londres, 1980; reed. New Brunswick, Rutgers University Press, 1989.

meditaciones de Lyndall, esta diseccionaba la educación de las muchachas, el matrimonio como un apoyo al sistema, el uso indebido del poder encubierto de las mujeres, la necesidad de hacer un trabajo importante; lo cierto es que Lyndall fue una creación maravillosamente clarividente, extraordinariamente sabia para sus años y, como su creadora, asombrosamente elocuente.

Los europeos estaban aún poco acostumbrados a «simples muchachas» diciendo lo que pensaban, aunque fuera en ficción. Ahora bien, aún más escandalosa resultó la franca conversación de una mujer que acababa de morir. En 1887, estalló toda una sensación literaria con la publicación en París del *Diario de Marie Bashkirtseff*, diario de una pintora aristócrata de nacimiento y muy dotada que había vivido en Francia y que había muerto recientemente de tuberculosis a la edad de veinticuatro años. Este retrato tan revelador de adolescencia y joven feminidad provocó de nuevo la discusión en todos los círculos intelectuales europeos sobre la «verdadera» naturaleza de la mujer y, entre otros efectos, dio un enorme estímulo a la discusión de la cuestión femenina en los campos recién desarrollados de la psicología y el psicoanálisis. «Nunca me he rebelado tanto contra la condición de la mujer», había escrito Bashkirtseff en 1878 (poco después del primer congreso internacional sobre los derechos de las mujeres que tuvo lugar en París). «No soy lo bastante tonta como para exigir esa igualdad estúpida, que es una utopía [...] porque no puede haber igualdad entre dos seres tan diferentes como el hombre y la mujer. No pido nada porque la mujer tiene ya todo lo que debería tener; pero me quejo de ser mujer porque resulta que lo soy solo en tanto en cuanto mi apariencia externa funciona»⁵².

¿Debe ser el autosacrificio el criterio primario de la «feminidad»? Marie Bashkirtseff lo niega; ella exigía éxito y reconocimiento como artista por derecho propio y trabajaba duro para conseguirlo. En su diario y en su vida, se atrevió —como la Lyndall ficticia de Schreiner— a exigir la ambición y la fama como su derecho de nacimiento y bajo su propio nombre. Tal como dijo el comprensivo Bernard Shaw en sus comentarios a la publicación en inglés del diario y al escándalo que trajo aparejado: «El resumen del asunto es que a menos que la mujer repudie su feminidad, su deber con respecto a su marido y sus hijos, la sociedad, la ley y a todos menos a sí misma, no podrá emanciparse. [...] Por ello, la mujer ha de repudiar por completo el poder. En ese repudio, se encuentra su libertad. [...] Un canasto entero de ideales de la calidad más sagrada será hecho trizas por la consecución de la igualdad para mujeres y hombres»⁵³.

⁵² Marie Bashkirtseff, *Journal of Marie Bashkirtseff*, 2 vols., trad. A. D. Hall, Chicago y Nueva York, Rand, McNally, 1908, vol. I, p. 402.

⁵³ George Bernard Shaw, «The Womanly Woman», en *The Quintessence of Ibsenism*, Londres, 1913; ed. orig. Londres, Walter Scott, 1891; cita, según repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 5, p. 45.

En Londres, un grupo de mujeres y hombres progresistas jóvenes y, en su mayoría, solteros, organizado por Karl Pearson, formado en Cambridge, empezó a tener reuniones como un Club de Hombres y Mujeres en 1885, para discutir el tema del sexo. «Algunos miembros del club», apuntaba la historiadora Judith Walkowitz, «se consideraban parte de una vanguardia intelectual y política, seriamente comprometida en lo que les parecía —y desde luego era— una empresa revolucionaria: la discusión deliberativa de las costumbres sexuales y la pasión sexual». Sin embargo, como ella reconocía, «la fantasía heterosexual y la ideología ponían los límites de las discusiones del club»⁵⁴. En aquella época, no obstante, las discusiones francas de las relaciones heterosexuales marcaron ya un logro singular.

La campaña contra las Leyes de Enfermedades Contagiosas en Inglaterra durante los últimos 15 años, instigadas por las recientes revelaciones sobre la prostitución infantil en Londres, habían contribuido enormemente a posibilitar tal discusión y habían afectado profundamente a las opiniones de las mujeres participantes, haciéndolas sensibles a su propia vulnerabilidad sexual. No obstante, la agenda social darwinista de Pearson, su interés en fundar «una verdadera ciencia de la sexología» y su insistencia en recalcar los deberes sociales de las mujeres (en especial, la crianza de los niños), más que propiciar su liberación como individuos a la manera de la Nora de Ibsen, acabó supuestamente frustrando la libre expresión de las perspectivas feministas dentro del grupo. Alejándose del enfoque radicalmente liberal de John Stuart Mill para acabar con el sometimiento de las mujeres, Pearson volvió a los temas de «utilidad pública». Hablando como científico, insistía en que «primero tenemos que resolver cuál es la capacidad física de la mujer, cuál sería el efecto de su emancipación sobre su función de reproducción de la especie antes de poder hablar sobre sus “derechos”, que son, después de todo, solo una vaga descripción de lo que puede ser la posición más adecuada para ella, la esfera de su utilidad máxima en la sociedad desarrollada del futuro»⁵⁵.

Uniendo la reforma de las relaciones económicas con la reforma de las relaciones sexuales, Pearson —como sus colegas socialistas— afirmaría posteriormente que la independencia económica de las mujeres respecto de los hombres, su autosuficiencia, era una necesidad; esta era la condición previa de la individualidad completa y una nueva moralidad: «La independencia económica de las mujeres hará posible por primera vez que la más elevada relación humana se convierta de nuevo en un asunto de afecto puro, suscitado por encima de cualquier sospecha de coacción o cual-

⁵⁴ Judith R. Walkowitz, «Science, Feminism and Romance: The Men and Women's Club 1885-1889», *History Workshop* 21 (primavera, 1986), p. 37.

⁵⁵ Karl Pearson, «The Woman's Question» (1885), reed. en Pearson, *The Ethic of Freethought and Other Addresses and Essays* (1888); cita, 2.ª ed., Londres, A. & C. Black, 1901, p. 355.

quier mancha de mercantilismo»⁵⁶. El socialismo, para Pearson, tenía la llave para un futuro más allá de la monogamia legalizada. En cuanto a las mujeres que tienen niños, habrán de ser apoyadas por el Estado, no por hombres individuales, aun cuando el Estado ponga límites a la natalidad. Un buen número de mujeres miembros del club se sintieron bastante poco emocionadas por el análisis y las conclusiones de Pearson y finalmente el club se deshizo por diferencias de opinión y por el resentimiento de los miembros femeninos ante la arrogancia de los hombres que pensaban que podían hablar por las mujeres.

Fue el artículo «Matrimonio» de Mona Caird, en la *Westminster Review* de agosto de 1888, sin embargo, el que sacó estas discusiones privadas a la luz pública. Caird desencadenó una tormenta de controversia pública, provocando 27.000 cartas de los lectores por toda Inglaterra ante la posterior pregunta del *Daily Telegraph* «¿Es el matrimonio un fracaso?». Caird, a la que no se había invitado a participar en el Club de Hombres y Mujeres, abordaba las dificultades de comunicación entre los sexos. Se oponía a la forma en la que los pensadores y los filósofos (masculinos) descartaban o ignoraban los pensamientos y sentimientos de las mujeres a la vez que acusaban a la «naturaleza femenina» de los resultados de su pobre educación y reclusión. Inspirándose de formas diversas en los estudios de Pearson, August Bebel y otros, Caird relataba la historia del matrimonio tal como se entendía entonces, considerando particularmente culpable a Martín Lutero (como ya había hecho Pearson) de la subordinación de las mujeres en una forma de matrimonio desacralizada y estrictamente comercial: «Nunca tendremos un mundo en el que verdaderamente valga la pena vivir hasta que los hombres y las mujeres puedan mostrarse interés mutuo, sin verse empujados o a casarse o a renunciar por completo al placer y al beneficio de encontrarse con frecuencia»⁵⁷. Según Caird, se requería que la independencia económica de las mujeres y la coeducación de los sexos se movieran en esta dirección. El compañerismo entre los sexos era también su ideal. Con todo, en la presente institución del matrimonio, decía ella en un segundo artículo, «¡la desobediencia [...] es el primer deber de la mujer!»⁵⁸. La libertad debe ser el principio que impere en las relaciones entre los sexos, así como en el resto de relaciones.

Este fue el contexto en el que Grant Allen invocaba la necesidad nacional, en «Unas palabras sencillas sobre la cuestión femenina». Ignorando el problema de las mujeres (solteras) «sin trabajo», Allen expuso las

necesidades de la población de Gran Bretaña, repitiendo un tema que se discutiría ampliamente por toda Europa en las dos décadas siguientes:

En todas las comunidades y épocas, la gran mayoría de las mujeres habían de ser esposas y madres y habían de tener al menos cuatro hijos cada una. Si algunas mujeres rehuían sus deberes naturales, entonces al resto había que ponerle una tarea más dura. Ahora bien, en cualquier caso, casi todas habían de convertirse en esposas y madres y casi todas habían de tener al menos cuatro o cinco hijos. En nuestro estado actual, seis son lo mínimo que se puede tener en nuestro país⁵⁹.

La emancipación de las mujeres, afirmaba Grant Allen, «ha de ser de un tipo que no interfiera en modo alguno con esta necesidad natural primordial». Las mujeres han de ser «preparadas física, moral, social y mentalmente del modo más adecuado para ser esposas y madres», y ha de dárseles «el apoyo más completo y más generoso a la hora de realizar sus funciones como esposas y madres». A los ojos de Allen, las emancipacionistas de los años ochenta del siglo XIX estaban promoviendo una «mujer asexuada», educando a las mujeres para ser hombres. La «solterona autosuficiente» era «un deplorable accidente de un momento dado, [...] una anomalía, no la mujer del futuro».

En otras sociedades europeas, una nueva generación de escritoras y activistas abordaron la cuestión femenina. Algunas eran más «feministas» que otras; pocas eran tan radicales como Mona Caird. De Concepción Arenal, en España, por ejemplo, llegó una respuesta a principios de la década de 1890 que, no obstante, hablaba a los Grant Allen en la misma medida que respondía a la visión española del ángel de la casa:

Es un error grave, y de los más perjudiciales inculcar a la mujer que su misión única es la de ser madre y esposa; equivale a decirle que por sí no puede ser nada [...] [La mujer] lo primero que necesita es afirmar su personalidad, independiente de su estado, y persuadirse de que, soltera, casada o viuda, tiene deberes que cumplir, derechos que reclamar, un trabajo que realizar [...] La vida es una cosa seria, grave, y si la toma como juego, ella será indefectiblemente tratada como un juguete⁶⁰.

No todas las novelistas del periodo fueron tan abiertamente feministas como Concepción Arenal o su colega más joven Emilia Pardo Bazán, que

⁵⁶ Karl Pearson, «Socialism and Sex» (1887), reed. en *The Ethic of Freethought*, 2.ª ed., p. 422.

⁵⁷ Mona Caird, «Marriage», *Westminster Review* 130, 2 (agosto de 1888), p. 196. Sobre Caird, véase Ann Heilman, «Mona Caird (1854-1932): Wild Woman, New Woman, and Early Radical Feminist Critic of Marriage and Motherhood», *Women's History Review* 5, 1 (1996), pp. 67-95.

⁵⁸ Mona Caird, «Ideal Marriage», *Westminster Review* 130, 5 (noviembre de 1888), p. 624.

⁵⁹ Grant Allen, «Plain Words on the Woman Question», *Fortnightly Review* 52, n. s. 46 (1 de octubre de 1889), pp. 448-458; citas, pp. 449, 452, 455.

⁶⁰ Concepción Arenal, discurso pronunciado y debatido en el *Congreso pedagógico hispano-portugués-americano*, 1892; trad. en Mary Nash, «The Rise of the Women's Movement in Spain», en Paletschek y Pietrow-Euncker (eds.), *WEM*, pp. 243-262.

se convertiría en la feminista más declarada de España en el periodo del fin de siglo. La novelista y periodista italiana Matilde Serao, de Nápoles, que escribía de manera convincente desde una perspectiva femenina y abrió nuevos caminos como reportera y crítica en la escuela naturalista o realista (*verismo*), expresó opiniones en sus obras que solo pueden ser denominadas como antifeministas. Serao en sí misma rompía con el papel asignado a las mujeres y era una reformista, pero defendía conscientemente el papel tradicional de la mujer en la familia, que sería el de amar, servir y obedecer. Sosteniendo la visión moral del catolicismo romano, defendía la reforma desde arriba, no desde abajo o mediante la agencia individual. Tal como ha subrayado la historiadora Judith Jeffrey Howard, «La visión de las mujeres de Serao anulaba la posibilidad de mejorar la posición de aquellas porque se basaba ante todo en la pena y no en el respeto por las mujeres»⁶¹. La sumisión era descrita por Serao como una condición previa para la santidad. Las voces manifiestamente feministas eran aún la excepción más que la regla en la Italia posterior al Risorgimento, incluso entre los escritores de la escuela realista. Fanny Zampari Salazaro insistía en las dificultades que afrontaban las activistas italianas por los derechos de las mujeres en su presentación del encuentro del International Council of Women en Washington DC, en 1888: «Nosotras, en Italia, tenemos que luchar todavía contra la preeminencia establecida de los hombres y la intolerancia de los clérigos estrechos de miras que tenían pavor a perder su poder sobre las mujeres; porque las mujeres, cuando hayan sido educadas racionalmente, comenzarán a pensar por sí mismas en lugar de someterse mansamente a su autoridad»⁶². Sus esfuerzos estuvieron en la época bajo el ataque del partido ultraclerical del Vaticano, y la publicación de la *Rassegna*, el periódico que las defendía, cesó poco después.

En Francia, las escritoras feministas estaban lejos de ser una novedad en los años setenta y ochenta del siglo XIX. Desde las novelistas Germaine de Staël y George Sand hasta las mujeres sansimonianas que habían lanzado *La Femme libre* en los años treinta del siglo XIX, había muchos precedentes. En París, durante la década de 1880, Maria Deraismes, Hubertine Auclert y Eugénie Potonié-Pierre siguieron presionando por los derechos de las mujeres. En 1882, por ejemplo, Auclert, escribiendo *La Citoyenne*, felicitó al nuevo prefecto del Sena por levantar la prohibición impuesta por su predecesor a los discursos durante las ceremonias matrimoniales civiles que tenían lugar en el ayuntamiento, a partir del intento de Auclert de dar uno. Ella afirmaba el derecho de las *féministes*, junto con los «li-

⁶¹ Judith Jeffrey Howard, «The Feminine Vision of Matilde Serao», *Italian Quarterly* 18, 71 (invierno, 1975), p. 67. Véase también Wanda de Nunzio Schilardi, «L'antifeminismo di Matilde Serao», en Gigliola de Donato et al. (eds.), *La parabola della donna nella letteratura italiana dell'Ottocento*, Bari, Adriatica, 1983, pp. 277-305.

⁶² Fanny Zampari Salazaro, «Condition of Women in Italy», *Report of the International Council of Women... 1888*, p. 208.

brepensadores», a criticar las leyes matrimoniales que se les leían en alto a la nueva pareja durante las bodas civiles obligatorias de Francia, insistiendo en que «los partidarios de la emancipación de las mujeres tienen derecho a hablar»⁶³. En mayo de 1883, ella afirmó que si se pagara la maternidad (tal como Léonie Rouzade había estado sugiriendo), los hombres tratarían de encargarse de ella; en septiembre de 1884, desafió a la Asamblea Nacional de la república, reunida entonces para considerar los cambios constitucionales, a encontrar el valor para conceder a las mujeres francesas los plenos derechos civiles y políticos a los que tenían derecho. En una petición ampliamente discutida en la prensa parisina, Auclert insistía en que «una Constitución que siempre divide a la nación en dos campos, el de los reyes —los hombres soberanos— y el de los esclavos —las mujeres explotadas—, sería una Constitución aristocrática, fracasada»⁶⁴.

Las feministas en Francia habían empezado también a hablar en alto sobre temas de política. Un ejemplo elocuente lo ofrece el «Manifiesto de las Mujeres contra la Guerra» de Virginie Griess-Traut, durante el pánico de guerra de 1877; esto fue seguido por su petición en 1883, presentada junto con Maria Deraismes y los miembros de la Society for Ameliorating Women's Condition (Sociedad para la Mejora de la Condición de las Mujeres), que le recomendaba al gobierno francés aceptar una reciente propuesta americana de una comisión de arbitraje internacional para reconciliar las diferencias entre los gobiernos nacionales que, de otro modo, podrían llevar a la guerra. «La paz armada», apuntaban las que planteaban la petición, «no es menos ruinosa y desmoralizante que la guerra [...] y no debería constituir un estado de cosas social normal si no conduce a una garantía seria de mantenimiento de la paz»⁶⁵.

Esta crítica acreditada y penetrante de aquellas que habían recibido el poder de las mujeres, habría sido impensable en otras circunstancias y no era posible aún en la mayoría de los países europeos del continente. En los años ochenta del siglo XIX, surgieron docenas, incluso centenares de feministas. Ellas no exigían solo la emancipación de las mujeres, sino que también empezaban a criticar a los gobiernos nacionales encabezados por hombres y a llamar a la injusticia por su nombre. No todos estaban ilusionados por este desarrollo. El filósofo de cuarenta años Friedrich Nietzsche

⁶³ Hubertine Auclert, «À Monsieur le Préfet de la Seine», en *La Citoyenne* 64 (4 de septiembre a 1 de octubre de 1882), p. 1.

⁶⁴ Hubertine Auclert, petición del Cercle du Suffrage des Femmes a la Asamblea Nacional, publicado en *La Citoyenne* 88 (septiembre de 1884), p. 1.

⁶⁵ Virginie Griess-Traut, «Manifeste des femmes contre la guerre», *Le Travailleur*, 16 de noviembre de 1877, p. 12. (Le doy las gracias a Sandi E. Cooper por proporcionarme una fotocopia de este documento.) La petición de 1883 se publicó en *La Citoyenne* 73 (4 de junio-1 de julio de 1883), p. 2. Véase Sandi E. Cooper, «The Work of Women in Nineteenth Century Continental European Peace Movements», *Peace & Change* 9, 4 (invierno, 1984), pp. 11-28; y su libro *Patriotic Pacifism: Waging War on War in Europe, 1815-1914*, Nueva York, Oxford University Press, 1991.

che, que en 1886 estaba recuperándose de su fallida relación con la bella y brillante mujer de origen ruso Lou Andreas Salomé, menospreciaba estas voces que empezaban a emerger: «La mujer quiere ser independiente y por esa razón está comenzando a iluminar a los hombres sobre “la mujer como tal”: *este* es uno de los peores desarrollos del *afeamiento* de Europa. [...] ¡Ay cuando a lo “eternamente aburrido que hay en la mujer” [...] le sea lícito atreverse a manifestarse!»⁶⁶.

Una nueva generación entera de feministas, nacidas entre finales de los años cuarenta y mediados de los años sesenta del siglo XIX, había comenzado a surgir de las instituciones educativas establecidas para las mujeres aquí y por toda Europa. Grupos de inglesas jóvenes acudían en tropel a los nuevos *colleges* femeninos, Girton y Newnham, establecidos en Cambridge, y luego al *college* de lady Margaret Hall y al de Somerville, en Oxford. Aun cuando sus mentores no se ponían de acuerdo sobre si la forma existente de educación masculina era la mejor posible para las mujeres, unas pocas de estas mujeres llegaron a lo más alto en los concursos con sus homólogos masculinos. Una de ellas era Philippa Fawcett, que se graduó en matemáticas en Cambridge en 1890, para gran alegría de su madre, la activista por los derechos de las mujeres Millicent Garrett Fawcett. Otras, incluidas algunas mujeres rusas que habían buscado una educación superior en Occidente, se distinguieron en sus búsquedas académicas. Cuando, en 1888, la Academia Francesa de Ciencias otorgó su prestigioso Premio Bordin a Sofia Kovalevskaya, de origen ruso (que había obtenido un doctorado en la Universidad de Heidelberg), por su trabajo pionero en matemáticas teóricas, y la Universidad de Estocolmo le ofreció a continuación una cátedra vitalicia, las feministas de toda Europa celebraron su victoria como la prueba manifiesta de que el genio verdaderamente no tenía sexo⁶⁷.

En la Francia de la década de 1880, el nuevo gobierno republicano fundó un sistema completo de educación primaria libre y obligatoria para ambos sexos, complementándolo con una estructura completa de educación secundaria laica para muchachas que incluía instituciones de preparación para nuevos cuerpos de elite de profesoras y una escuela normal superior para sus profesores. La coeducación, en particular en el nivel de secundaria, era considerada aún anatema en Francia incluso por los hombres laicos y, de ese modo, se consideró absolutamente necesario contar para formar a las muchachas con profesoras laicas bien preparadas (que reemplazaran a las monjas). El currículo establecido para las nuevas

⁶⁶ Friedrich Nietzsche, *Beyond Good and Evil*, en *Basic Writings of Nietzsche*, trad. y ed. Walter Kaufmann, Nueva York, Modern Library, 1968; ed. orig. como *Jenseits von Gut und Böse (Más allá del bien y del mal)*, 1886; citado en *WFF*, vol. 2, doc. 6, p. 47.

⁶⁷ Sobre Kovalevskaya, véase Ann Koblitz, *A Convergence of Lives: Sofia Kovalevskaya: Scientist, Writer, Revolutionary*, Boston y Basilea, Birkhauser, 1983.

lycéennes se diseñó deliberadamente para que no llevara de forma directa a los títulos de *baccalauréat*, basado en el latín o en el griego, ni al acceso a las universidades y profesiones, aunque por otro lado tenía peso y era intelectualmente respetable. Las muchachas francesas con ambiciones aún podían prepararse de forma privada para los exámenes, y un número cada vez mayor de ellas se embarcaba en estudios universitarios en su propio país, una posibilidad aún negada a sus homólogas en Alemania, en el Imperio austrohúngaro y en muchas otras partes de Europa central, oriental y meridional⁶⁸.

Cuando, en 1888, la joven doctora Carolina Schultze (Karola Szulc, de nacimiento) sometió su tesis doctoral «La mujer médico en el siglo XIX» a la Facultad de Medicina de París, ello señaló no solo otro triunfo para las mujeres en la academia sino, lo que es quizá más importante, la aceptación por al menos algunos miembros de la academia, aún dominada por los hombres, de un tema de investigación centrado en la mujer. A pesar de las objeciones por parte del célebre Dr. Charcot, durante la defensa de la tesis de Schultze, a la «pretensión» de su reivindicación de que la medicina podría ser una profesión tanto femenina como masculina, la victoria académica de Schultze provocó una oleada de tesis francesas por parte de mujeres especialistas sobre temas centrados en la mujer, así como una serie de novelas sobre la «nueva mujer». Estas últimas obras presentaban a médicas y a otras mujeres profesionales (en lugar de a artistas) como protagonistas centrales, y exploraban la carrera contra el dilema familiar. Schultze, que se casó con el estadístico Jacques Bertillon (futuro fundador de la Alianza para el Crecimiento de la Población Francesa) y tuvo dos hijas, sirvió más tarde como médica en jefe de los empleados femeninos del Servicio Postal, de Teléfonos y Telégrafos de Francia.

En Irlanda, Isabella Tod, fundadora del Instituto de Señoritas de Belfast, luchó en 1879 por la admisión de mujeres en los exámenes para la obtención de título de nivel universitario ofrecidos por la recién establecida y no confesional Real Universidad de Irlanda. La preparación para tales exámenes podría obtenerse de formas variadas, aunque los estudiantes masculinos tenían una clara ventaja. Las mujeres católicas irlandesas presentaron de inmediato sus reclamaciones para acceder a una educación superior también. En 1888, Margaret Downes publicó *The Case of the Catholic Lady Student of the Royal University*, quejándose de que en Dublín no había instalaciones disponibles para la preparación del examen de las estudiantes católicas que, como ella misma, no querían asistir a la principal escuela secundaria de las chicas protestantes, la Alexandra

⁶⁸ Véase Karen Offen, «The Second Sex and the Baccalauréat in Republican France, 1880-1924», *French Historical Studies* 13, 2 (otoño, 1983), pp. 252-286; y Jo Burr Margadant, *Madame le Professeur: Women Educators in the Third Republic*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

School. Finalmente, algunas órdenes docentes católicas (que hasta este punto habían estado preocupadas por la formación de esposas y madres sumisas y pías) establecerían algunas escuelas secundarias para muchachas católicas que les permitirían competir con éxito en los exámenes con sus iguales protestantes. Tal como sugiere la historiadora Eibhlín Breathnach, «la conquista de la educación conventual por los valores ingleses de evaluación y certificación es uno de los desarrollos más interesantes del periodo»⁶⁹. Una competencia semejante por capacitar a las muchachas para los exámenes franceses del *baccalauréat* se desarrolló entre los educadores protestantes y laicos que fundaron el Collège Sévigné privado en París y los educadores católicos rivales.

Claramente, las mujeres jóvenes en los años ochenta del siglo XIX estaban «dando un paso adelante», por tomar prestada la expresión de Michelle Perrot⁷⁰. La nueva generación no solo estaba salvando los obstáculos de la educación secundaria y superior, sino que un número bastante mayor de mujeres jóvenes, con una exposición menor pero aún importante a la educación formal, se incorporaron al empleo de oficina y administrativo en parte en el sector privado y en parte al servicio del gobierno, en los centros urbanos de Inglaterra y Francia, y cada vez más en Alemania, los Países Bajos, el Imperio austrohúngaro, Escandinavia y Grecia⁷¹. Escribiendo en 1884, Rosalie Ulrica Olivecrona, una de las fundadoras (en 1859) de la *Tidskrift för Hemmet* (*Revista del Hogar*) describía con optimismo las nuevas oportunidades abiertas a las mujeres jóvenes en Estocolmo y otras ciudades suecas:

Muchas mujeres encuentran empleo ahora en profesiones que antes solo estaban abiertas a los hombres, por ejemplo, como oficinistas en bancos privados y cajas de ahorros, en sociedades anónimas y compañías de seguros, en oficinas de negocios y de ferrocarriles. Casi todas las tiendas de mayor tamaño tienen mujeres cajeras. Hay ejemplos de mujeres que hacen de superintendentes de sucursales de bancos privados y en una ciudad el tesorero es una dama⁷².

⁶⁹ Eibhlín Breathnach, «Charting New Waters: Women's Experience in Higher Education, 1879-1908», en Mary Cullen (ed.), *Girls Don't Do Honours: Irish Women in Education in the 19th and 20th Centuries*, Dublín, Women's Education Bureau, 1987, p. 68.

⁷⁰ Véase Michelle Perrot, «Stepping Out», en Geneviève Fraisse y Michelle Perrot (eds.), *Emerging Feminism from Revolution to World War*, vol. 4, de Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *A History of Women*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993, pp. 449-481.

⁷¹ Véase por ejemplo, para los Países Bajos, Francisca de Haan, *Gender and the Politics of Office Work: The Netherlands, 1860-1940*, Ámsterdam, University of Amsterdam Press, 1998; y para Alemania, Carole Elisabeth Adams, *Women Clerks in Wilhelmine Germany: Issues of Class and Gender*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

⁷² Rosalie Ulrica Olivecrona, «Sweden», en *The Woman Question in Europe*, ed. Stanton, p. 213.

Estas «ocupaciones de las mujeres», o lo que en Francia se denominan *métiers féminins*, fueron inicialmente creaciones nuevas, económicamente intermedias; sus titulares eran consideradas como *employées*, más que como *ouvrières*; ellas eran generalmente «asalariadas», es decir, pagadas a la semana o a la quincena, más que «jornaleras», es decir, pagadas por la hora o el día —o, como era aún el caso para muchas trabajadoras, por pieza manufacturada—. Otras ocupaciones relacionadas, como la enseñanza o el cuidado de niños, podían verse aún como extensiones de las responsabilidades domésticas de las mujeres y eran menos visibles. Todo este sector de empleo, en plena expansión, ofrecía importantes oportunidades para las mujeres jóvenes, solteras y cultas. No obstante, a medida que creció el sector y vinieron aparejadas divisiones del trabajo, estas posiciones pronto se restringieron tanto en alcance como en oportunidades de avance, empezaron a estar peor pagadas que el trabajo equivalente de los hombres y fueron acordonadas bajo la supervisión masculina. A excepción de Inglaterra, el desarrollo de los sindicatos y otras asociaciones profesionales para mujeres trabajadoras estaba aún por venir⁷³.

Estos avances en la educación y el empleo de las muchachas estimularon el interés en el estatus secundario de las mujeres y, de ese modo, prestaron un apoyo adicional a las demandas de derechos de las mujeres. No todas las mujeres empleadas reconocían que las mujeres afrontaban dificultades como grupo, aunque algunas lo hicieron. Las tempranas organizaciones para los derechos de las mujeres fueron la mitad de las veces fruto de las mujeres de las clases medias altas que habían sido sensibilizadas con la situación poco ventajosa de las mujeres mediante experiencias personales en sus familias, mediante sus lecturas o viajes y, en ocasiones, mediante la exposición al activismo político de sus padres, hermanos o maridos. En Italia, por ejemplo, el grupo en torno a *La Donna* (1868-1891), encabezado por Gualberta Alaide Beccari, perseguía una revolución moral centrada en la mujer de acuerdo con las líneas mazzinianas, mientras que Anna Maria Mozzoni sentía que, en 1881, había llegado el tiempo de establecer una Lega Promotrice degli Interessi Femminili (Liga para la Promoción de los Intereses de las Mujeres).

En Escandinavia, los años ochenta del siglo XIX marcaron la fundación casi simultánea de tres organizaciones nacionales de derechos de las mujeres, la Finsk Kvinnoförening/Suomen Naisydistys (Asociación de las Mujeres Finlandesas), la Norsk Kvinnesaksforening (Asociación Noruega para los Derechos de las Mujeres) y la Fredrike-Bremer Førbundet (Asociación Fredrike Bremer) sueca. El pequeño país de Noruega, aun-

⁷³ Para Francia, véase la discusión en Michelle Perrot (ed.), «Métiers de femmes», número especial de *Le Mouvement social* 140 (julio-septiembre de 1987). Para Noruega, debería consultarse la obra de Kari Melby sobre las organizaciones de maestras y cuidadoras: véase en especial *Kall og Kamp: Norsk Sykepleierforbunds historie*, Oslo, Cappelen, 1990.

que nominalmente bajo el dominio sueco, tenía su propio gobierno parlamentario, en el que un número limitado de hombres que poseían propiedades podían votar a los representantes; su representación fue ampliada en 1884 y aparecieron los partidos políticos conservadores y liberales. Ante esto, Gina Krog, en 1885, estableció una asociación solo para mujeres en favor del sufragio femenino, Kvindestemmeretsforeningen, o KSF, planteando la línea, familiar a estas alturas, de que las mujeres lo mismo que los hombres han de ser consultadas en lo referente a los asuntos del país y que a las mujeres se les habría de permitir el voto sobre la misma base que a los hombres. Desde esa época en adelante, las feministas noruegas se implicaron ellas mismas de forma deliberada en los asuntos nacionales, también en los internacionales, como ha demostrado la historiadora Ida Blom, embarcándose (aun cuando algunas hablaban de paz) en una exitosa campaña para sacar dinero para un «barco de guerra de las mujeres», finalmente bautizado en 1896 como *Valkyrien*⁷⁴. El periódico noruego *Nylaende* sobre los derechos de las mujeres, fundado en 1887, impulsó la agenda feminista hasta su desaparición en 1916, igual que la publicación sueca *Dagny*, sucesora de *Tidskrift för Hemmet*.

En Suecia, la Fredrike-Bremer Förbundet, fundada por la baronesa Sophie Adlersparre y sus colegas en 1884, tenía como objetivo «promover el avance de las mujeres moral, intelectual, social y económicamente». Adlersparre, en particular, creía que como mejor podía combatirse la «falsa emancipación» (por la cual los oradores entendían un tipo de emancipación sexual como las promovidas entonces por los defensores del naturalismo filosófico) era mediante la «verdadera emancipación»⁷⁵. La historiadora sueca Ulla Manns ha observado que los cuerpos sexuales, la sexualidad y el amor físico significaban menos en el pensamiento de Adlersparre y sus colegas en los años ochenta del siglo XIX de lo que lo haría en sus sucesores. Lo cierto es que la visión existente durante los ochenta era una visión feminista cristiana fuertemente idealizada de lo que Manns llama «trascendencia de género», lo que tal vez sea solo otro modo de describir un argumento feminista «individualista». Esta visión, que en algunos aspectos estaba estrechamente relacionada con la de Josephine Butler y los partidarios protestantes franceses de la Federación Británica y Continental Contra la Regulación Estatal del Vi-

⁷⁴ Véase Ida Blom, «Equality and the Threat of War in Scandinavia, 1884-1905», en *Men, Women and War: Historical Studies XVIII*, Dublin, Lilliput Press, 1993, pp. 100-118. Para una visión general, véase Ida Blom, «The Struggle for Women's Suffrage in Norway, 1885-1913», *Scandinavian Journal of History* 5, 1 (1980), pp. 3-22; y, en especial, Blom, «Modernity and the Norwegian Women's Movement from the 1880s to 1914: Changes and Continuities», en Paletschek y Pietrow-Ennker (eds.), *WEM*, pp. 125-151.

⁷⁵ Citas de Sophie Adlersparre, «En öfverblick af arbeet på den svenska qvinnans framskridande», *Tidskrift för hemmet* 27 (1885), p. 17; trad. en Ulla Manns, «Gender and Feminism in Sweden: The Fredrika Bremer Association», en Paletschek y Pietrow-Ennker (eds.), *WEM*, pp. 152-164.

cio, fue expresada con toda elocuencia por la feminista danesa Elisabeth Grundtvig en 1888:

Si nos imaginamos una sociedad en la que la lujuria solo coexistiera con el amor, en la que los hombres y las mujeres vivieran juntos en matrimonios puros y felices, ayudándose mutuamente en el trabajo de la vida diaria, una sociedad en la que apenas se conociera la seducción, la violación, la prostitución y toda la miseria que les va aparejada, en la que no existieran desdichados niños sin hogar... si nos imaginamos esto, podremos decir con seguridad todos nosotros: esto es la felicidad⁷⁶.

Ahora bien, en 1890, un mundo afín al feminismo como ese no había nacido aún.

¿MOTIVOS PARA EL OPTIMISMO?

«La rapidez con la que las mujeres en este país están obteniendo una posición social y política independiente —que se acercaba bastante a la emancipación completa— es uno de los rasgos más marcados de nuestra era.» Eso es lo que escribía el autor inglés Karl Pearson en 1885. Este insistía también en que no debería permitirse que tales desarrollos ocurrieran poco a poco, sino que más bien habrían de encaminarse «a unos canales en los que [ellos] pudieran cambiar gradualmente las bases de la sociedad sin privar, al mismo tiempo, a la sociedad de su estabilidad»⁷⁷. En 1889, la paisana de Pearson, Elizabeth Robins Pennell, anunciaba «una nueva era en la historia de la emancipación femenina», al observar la admisión pendiente a la condición de Estado de los Estados Unidos de un territorio (Wyoming) que ya había promulgado el sufragio femenino, además de la admisión de dos mujeres en el London County Council⁷⁸.

El optimismo feminista era contagioso y no solo en Inglaterra y Francia. Tal como sugieren los dos congresos internacionales que tuvieron lugar en 1889 en París, la celebración estaba a la orden del día, a pesar de los rumores de los poblacionistas, evolucionistas, científicos y oficiales militares que no creían que la emancipación de las mujeres fuera del mayor interés para los hombres. Las feministas inglesas volvieron a publicar la *Vindication of the Rights of Woman* de Mary Wollstonecraft, que en opinión de Pennell era «la primera mujer que desafió a la opinión pública

⁷⁶ Elisabeth Grundtvig, *Nutidens sedliga jernlikhetskraft*, Helsinki. 1888; trad. Manns, «True Emancipation», p. 6.

⁷⁷ Pearson, «The Woman's Question», en *The Ethic of Freethought*, 2.ª ed., p. 354.

⁷⁸ Elizabeth Robins Pennell, «A Century of Women's Emancipation», *Fortnightly Review*, n. s., 48 (1 de septiembre de 1890), pp. 408-417; citas, p. 408.

y levantó su voz para declarar que la mujer tenía derechos igual que el hombre». ¡Qué equivocado estaba Pennell sobre las «primeras»! ¡Qué poco se sabía en 1889, aparte del volumen de Stanton, sobre la historia del feminismo en Inglaterra o en el continente europeo!⁷⁹.

Aun cuando las feministas estuvieran de celebración, sus oponentes relanzaron las guerras del conocimiento contra sus exigencias. Los debates «científicos» sobre las capacidades mentales de las mujeres, sobre sus derechos al genio, continuaron. Respondiendo definitivamente a los argumentos antifeministas anteriores sobre el menor tamaño del cerebro de las mujeres, el feminista Dr. Léonce Manouvrier afirmó en el congreso internacional sobre los derechos de las mujeres, en 1889, que los cerebros de las mujeres eran de hecho más grandes en proporción a su masa corporal que los de los hombres. Ahora bien, tan pronto como se dejaba fuera de combate un argumento contra las exigencias de igualdad de las mujeres, aparecía otro. Refiriéndose a las nociones de selección sexual más fluidas de Darwin, los biólogos escoceses Patrick Geddes y J. Arthur Thompson, en su estudio *The Evolution of Sex* (1889) ampliamente difundido, persistieron en la delineación de las diferencias intelectuales y emocionales entre los sexos como características sexuales esenciales. Ellos advertían de que para borrar las diferencias sexuales, «sería necesario dar la vuelta a toda la evolución otra vez sobre una base nueva»: «Lo que se decidió entre los protozoos prehistóricos, no puede ser anulado mediante una ley del Parlamento»⁸⁰. Esta línea sería muy citada durante las décadas siguientes por parte de aquellos que insistían en que la subordinación de las mujeres debe ser «natural», después de todo. Incluso entre los doctores, los científicos, los novelistas, los periodistas, los profesores y los empleados, podían encontrarse los más claros oponentes a las reivindicaciones feministas. A medida que se acercaba el nuevo siglo, científicos de ambos sexos sacarían su artillería pesada para justificar o poner en duda las exigencias sociopolíticas de emancipación de las mujeres.

FAHCE-BIBHUMA
 Dep. Inv. 110295
 Sig. Top. 396(4)(091) OFF
 Fecha de Ana 15-11-16

⁷⁹ Véase Karen Offen. «Women's Memory, Women's History, Women's Political Action: The French Revolution in Retrospect, 1789-1889-1989». *Journal of Women's History* 1, 3 (invierno, 1990), pp. 211-230; Joyce Senders Pedersen. «The Historiography of the Women's Movement in Victorian and Edwardian England: Varieties of Contemporary Liberal Feminist Interpretation». *The European Legacy* 1, 3 (mayo de 1996), pp. 1052-1057.

⁸⁰ Patrick Geddes y J. Arthur Thompson, *The Evolution of Sex*, Nueva York, Scribner & Welford, 1890; ed. orig. Londres, 1889, p. 267.

DESAFÍOS FEMINISTAS Y RESPUESTAS ANTIFEMINISTAS, 1890-1914

Imágenes gráficas del amanecer, de las nubes de tormenta aclarándose o de mujeres dirigiendo a otras mujeres a un futuro de igualdad y libertad estallaron en la prensa de mujeres europea de los años noventa del siglo XIX y de comienzos del siglo XX. Un póster artístico de Clémentine-Hélène Dufau, encargado para lanzar el periódico diario parisino de mujeres, *La Fronde*, en 1897, acompañaba la ilustración de cubierta del número inaugural de *Morgonbris*, publicado por las mujeres socialdemócratas suecas, epitomizando la fe optimista de las feministas en el progreso de su causa.

Entre 1900 y 1914 —un periodo al que algunos llamarían más tarde la *belle époque* o el nacimiento de los «tiempos modernos», pero al que otros verían como una era inquietante de masiva industrialización, urbanización, militarismo, expansión militar, desasosiego de los trabajadores y violencia anarquista—, prácticamente toda la sociedad europea desarrolló fisuras a través de las cuales podía brotar la lava fundida del desafío feminista. A medida que se acercaba el siglo XX, esas fisuras se multiplicarían y se expandirían espectacularmente, y la lava se convertiría en un río con muchos afluentes. La agitación feminista captaría la atención pública hasta un nivel sin precedentes; la cuestión femenina había emergido ya como algo central para debatir un amplio espectro de temas políticos y socioeconómicos que iban desde el matrimonio y la reproducción hasta la guerra y la paz. De hecho, las exigencias feministas en este periodo abordarían en última instancia un espectro increíblemente amplio de cuestiones, y la reivindicación del voto por parte de las feministas era su forma de insistir en que las mujeres fueran incluidas formalmente en la resolución de estas cuestiones.

Sin duda, la hermandad entre mujeres seguía demostrando que tenía sus propias grietas —junto con las líneas de clase, confesionales y hasta étnicas— pero, sin embargo, es cierto que en lugar de salir rezumando len-

tamente por estrechas fisuras, los desafíos feministas amenazaban con licuar la corteza de instituciones patriarcales. Su éxito acumulativo puede ser estimado por el grado al que las feministas y sus aliados masculinos de diversas creencias políticas lograron llegar en ocasiones a la hora de coordinar sus esfuerzos en los niveles locales, nacionales e internacionales, y por la pura cantidad de artículos, tratados y demás publicaciones que trataban de desafiar uno u otro aspecto de la hegemonía masculina. En razón del vehemente resurgimiento de las guerras del conocimiento, puede también estimarse que sería alimentado por una nueva corriente de publicaciones por parte de médicos, criminólogos, psicólogos, sociólogos y otros «expertos», muchos de los cuales (aunque de ningún modo todos) estaban comprometidos con mantener a las mujeres en lo que algunos hombres pensaban que era el lugar que les había sido ordenado por Dios o por la biología. De hecho, un sorprendente número de intelectuales masculinos respondieron de forma pesimista al nacimiento de los tiempos modernos, para los que la emancipación femenina era tan decisiva, experimentándolos ante todo como una crisis de la identidad masculina¹.

CRISTIANIZAR Y DEFINIR «FEMINISMO», 1890-1910

La década de 1890 vio la popularización de los términos *féminisme* y *féministe* para describir las campañas por la emancipación de las mujeres en Europa. Los dos congresos internacionales que tuvieron lugar en París

¹ Véase Annelise Mauge, *L'Identité masculine en crise au tournant du siècle, 1871-1914*, Marsella, Rivages, 1987; y Elaine Showalter, *Sexual Anarchy: Gender and Culture at the Fin de Siècle*, Nueva York, Viking, 1990.

En este periodo, proliferaron folletos y tratados eruditos sobre todos los aspectos de la cuestión femenina, pocos de los cuales fueron autorizados por las especialistas feministas. Dado que las guerras del conocimiento continuaron, las publicaciones parecieron hacerse cada vez más voluminosas y su aparato erudito cada vez más abultado. Estas publicaciones incluían volúmenes como *History of Human Marriage* (1891; 2.ª ed. 1894), del finés Edvard Westermarck's; *La Femme au point de vue du droit public: Étude d'histoire et de législation comparée* (1892), del prorroforma Moïse Ostrogorski, que posteriormente apareció en traducciones inglesa y alemana; la tesis doctoral en derecho de Jeanne Chauvin, *Des Professions accessibles aux femmes en droit romain et en droit français, et l'évolution historique de la position économique dans la société* (1892); la investigación en dos volúmenes sobre el trabajo de las mujeres, de Lina Morgenstern, *Frauenarbeit in Deutschland* (1893); *La donna delinquente, la prostituta, la donna normale* (1893), por los antropólogos criminalistas italianos Cesare Lombroso y Guglielmo Ferraro, que con posterioridad se traduciría al francés, inglés y otras lenguas; la obra de Havelock Ellis, *Man and Woman: A Study of Human Secondary Sexual Characters* (1894); el idiosincrásico tratado doctoral del austriaco Otto Weininger, *Geschlecht und Charakter (Sex and Character)*, 1903; el libro de Rosa Mayreder, *Zur Kritik der Weiblichkeit* (1905); el de Jeanne (Oddo-)Deflou, *Le Sexualisme: Critique de la prépondérance et de la mentalité du sexe fort* (1906); el trabajo de Marianne Weber, *Ehefrau und Mutter in der Rechtsentwicklung: Eine Einführung* (1907); y la obra de Pauline Tarnowski, *Les Femmes homicides* (1908)... por citar tan solo algunas de las publicaciones más sustanciales e importantes.

en 1889 habían preparado el terreno para una serie de iniciativas ulteriores. Aunque Hubertine Auclert había introducido los términos en los años ochenta del siglo XIX en *La Citoyenne*, usándolos de forma intercambiable con «emancipación de las mujeres» y «derechos de las mujeres», la prensa general siguió refiriéndose al movimiento para la extensión de los derechos de las mujeres como *le mouvement féminin* o el movimiento de la «mujer» o «de las mujeres» (en ruso, *yemanchipachiya siensin*).

A finales de 1891, esta terminología comenzaba a cambiar. En *Le Droit des femmes* (20 de septiembre de 1891), Eugénie Potonié-Pierre exigía la fundación de una *Fédération Française des Sociétés Féministes*. Los estatutos del grupo aparecieron en el número de diciembre y, a mediados de mayo de 1892, esta federación convocó su *Congrès Général des Institutions Féministes*, que recibió una considerable cobertura en la prensa, incluido el importante periódico parisino *Le Temps*. La prensa y los periódicos populares se consagraron posteriormente al uso de ambos términos, no solo en Francia, sino también en la prensa francófona de Bélgica y Suiza. En inglés, el uso constatado más temprano de «feminismo» data del 12 de octubre de 1894, en el *Daily News* (Londres); «feminismo» hizo su debut en abril de 1895 en una revista de libros de literatura, y en 1896, la *Englishwoman's Review* dio cobertura al congreso «feminista» en París. En época tan tardía como 1901, no obstante, un crítico de la *Englishwoman's review* todavía equiparaba «el movimiento de la mujer» con el «*Feminisme*, como lo llaman en Francia»². Hacia 1907, ambos términos se habían insertado en el vocabulario británico, como tuvo que reconocer incluso el rotundamente antifeminista E. Belfort Bax³.

Desde 1893 en adelante, la expresión *le mouvement féministe* también ganó aceptación, compitiendo con *le mouvement féminin*. En junio, la *Revue Encyclopédique Larousse* se lo apropió. En 1895, Clotilde Dissard publicó el primer número de *La Revue féministe*. En abril de 1896, en París, se convocó un segundo *Congrès Féministe International*. Esta reunión recibió una amplia cobertura en la prensa y contribuyó además a popularizar el concepto de feminismo, aunque en el contexto francés, las discusiones sobre lo que era *féministe* y lo que era *féminin* dividían cada vez más a los simpatizantes.

Informando sobre la posición de las mujeres en Francia, en el Congreso de Mujeres de Berlín en septiembre de 1896, Eugénie Potonié-Pierre se atribuyó a sí misma y a sus colegas francesas el mérito de haber inven-

² Reseña de Lydie Martial, *La Femme et la liberté*, Londres, publicada de forma privada, 1901, *The Englishwoman's Review* (15 de octubre de 1901), p. 287. Para una discusión ulterior de los primeros usos, véase Karen Offen, «Defining Feminism: A Comparative Historical Approach», *Signs* 14, 1 (otoño, 1988), pp. 119-157. Muchos de los ejemplos en este capítulo complementan a los que se ofrecen en «Defining Feminism».

³ E. Belfort Bax, «The "Monstrous Regiment" of Womanhood», en sus *Essays in Socialism*, Londres, E. Grant Richards, 1907, p. 113.

tado la palabra *féminisme*, y elogió a la prensa por haberla lanzado con éxito. Algunos meses más tarde, Marya Chéliga-Loevy editó un número especial de la *Revue Encyclopédique* dedicada al feminismo francés; fue allí donde se atribuyó erróneamente la invención de *féminisme* al nombre del crítico visionario Charles Fourier, una atribución que infestó los diccionarios franceses desde entonces. En agosto de 1896, la *Revue politique et parlementaire* comenzó a publicar una serie de artículos sobre el *feminismo* en Inglaterra, Italia, Estados Unidos, Australia y Alemania. Esta serie se complementó con otra serie de artículos encargados en la *Revue des revues* (comenzada en 1895), sobre la condición de las mujeres en varios países, incluidos Rumanía, España y Rusia. Desde entonces, la prensa mantendría al público bien informado sobre temas de interés para las feministas, el progreso de sus esfuerzos reformistas y las personalidades líderes del movimiento. La reportera itinerante, nacida en Alemania, Käthe Schirmacher publicó artículos sobre el feminismo en español y francés, así como un libro, *Le Féminisme aux États-Unis, en France, dans la Grande-Bretagne, en Suède et en Russie* (1898).

De esa época en adelante, también surgieron facciones. Grupos disidentes e individuos adoptando objetivos divergentes y a menudo enfrentados en nombre de las mujeres comenzaron a categorizarse a sí mismos y a sus rivales mediante la práctica ahora familiar de la clasificación exclusivista, los adjetivos calificativos y la formación de organizaciones y publicaciones separadas. A principios del siglo xx, solo en Francia, hubo muchos feminismos que se autodescribían o que se atribuían alguna especificidad: «feministas familiares», «feministas integrales», «feministas cristianas», «feministas socialistas», «feministas burguesas», «feministas radicales» y «feministas masculinos». En los Países Bajos, las feministas «éticas» competían por el apoyo con las feministas «racionales». Prácticamente en todos los sitios, tal como subrayaba en 1897 la educadora Pauline Kergomard, «hay un abismo entre lo que los antifeministas llaman “feminismo” y lo que yo llamo “feminismo”»⁴.

Las publicaciones feministas proliferaron en la Francia de los años noventa del siglo xix. Además de la *Revue féministe* (1895-1897), los recién llegados incluían el *Journal des femmes* (1891-1911), editado por Maria Martin, una antigua colaboradora de Hubertine Auclert; *Le Féminisme chrétien* (1896-1899), editado por la social católica Marie Maugeret; *L'Harmonie*

sociale, de corta vida (1892-1893), editada por la socialista guesdista Aline Valette; *La Femme socialiste* (1901-1902, 1912-1940), editada por Elisabeth Renaud; y *L'Abeille*, sindicalista feminista de corta duración. Tal vez la más espectacular de todas fue el periódico diario *La Fronde* (1897-1903), fundado por la periodista y antigua actriz Marguerite Durand y cuyo personal era femenino en su totalidad⁵. Hacia 1900, al menos 21 periódicos feministas estaban apareciendo con regularidad en Francia. En Bélgica, una Office Féministe Universel se estableció en Bruselas en 1896, asociada a la publicación de los *Cahiers féministes* (1896-1905).

En Alemania, también se desarrolló con rapidez un nuevo nivel de activismo editorial. Al venerable *Neue Bahnen*, publicado desde 1875 por Louise Otto y Auguste Schmidt, se unió en octubre de 1893 la revista mensual *Die Frau*, editada por Helena Lange, y en enero de 1895, *Die Frauenbewegung* (1895-1919), editada por Minna Cauer y Lily von Gizycki (luego Lily Braun). Allí, no obstante, el término «feminismo» (en alemán *Feminismus*) encontró resistencia, a pesar de los alardes de Potonié-Pierre en Berlín, y se habló de forma más continuada del *Frauenbewegung* o «movimiento de las mujeres», aunque los artículos sobre el movimiento alemán publicados en Francia por Lily Braun y Käthe Schirmacher usaban el término *mouvement féministe* de forma intercambiable con *Frauenbewegung*⁶. Las mujeres socialistas lanzaron sus propias publicaciones centradas en las mujeres. Estas incluían *Die Arbeiterin* (*La Trabajadora*), fundada en 1891 y editada por Emma Ihrer, y su sucesora, *Die Gleichheit* (*La Igualdad*, 1892-1917), producida por la infatigable e intransigente Clara Zetkin con apoyo del Partido Socialdemócrata Alemán. Las mujeres socialistas alemanas solo rara vez hablaban de «feminismo» a no ser en términos despreciativos o de oposición.

En Italia y en España, la discusión sobre el *feminismo* se convirtió en la orden del día. La adopción de los términos franceses parecía no presentar ningún problema en estas culturas latinas, donde se usaron rutinariamente desde 1896 en adelante en periódicos como el progresista *España Moderna*. Hasta la prensa griega tomó el término, transliterándolo al alfabeto griego. Lo mismo podría decirse de la Europa del norte, donde las

⁴ Sobre las distinciones holandesas, véase Marijke Mossink, «Tweeërlei Strooming? "Ethisch" en "rationalistisch" feminisme tijdens de eerste golf in Nederland», en Selma Sevenhuisen et al. (eds.), *Socialisties-Feministische Teksten 9*, Baam, Ambo, 1986, pp. 104-120. Pauline Kergomard, «Il y a "féminisme" et "feminisme"», *L'École nouvelle*, suppl. n.º 5 (1897), p. 17. Mi agradecimiento a Linda L. Clark-Newman por esta referencia. Sobre Kergomard, véase Clark-Newman, «Pauline Kergomard: Promoter of the Secularization of Schools and Advocate of Women's Rights», *Proceedings of the Western Society for French History*, 1989, ed. Gordon C. Bond, 17 (1990), pp. 364-372.

⁵ Sobre Marguerite Durand y *La Fronde*, véase Jean Rabaut, *Marguerite Durand* (1864-1936), París, L'Harmattan, 1996; y Katherine McClintock Felsen, «*La Fronde: The Voice of French Feminism at the Turn of the Twentieth Century*», tesis, Harvard College, Harvard University, 1988. Para una lectura posfeminista, Mary Louise Roberts, «Acting Up: The Feminist Theatrics of Marguerite Durand», *French Historical Studies* 19, 4 (otoño, 1996), 1103-1138; y Roberts, «Copie subversive: Le Journalisme féministe en France a la fin du siècle dernier», *Clio: Histoire, femmes, et sociétés* 6 (1997), pp. 230-249.

⁶ Véase, por ejemplo, Käthe Schirmacher, «Le Féminisme en Allemagne», *Revue de Paris* (1 de julio de 1898), 151-176; Lily Braun-Gizycki, «Le Mouvement féministe en Allemagne», *Revue politique et parlementaire* 20, 58 (abril de 1899), pp. 21-65. Sobre Schirmacher, véase Anke Walzer, *Käthe Schirmacher: Eine deutsche Frauenrechtlerin auf dem Wege vom Liberalismus zum konservativen Nationalismus*, Pfaffenweiler, Centaurus, 1991.

expresiones que connotaban «mujer» seguían caracterizando el movimiento. En Rusia, por ejemplo, aunque Zinaida Vengerova usaba el término *feminism* en *Obrasovanie* (1898), era en sentido peyorativo; se hizo habitual seguir usando otros conceptos. La publicación *Siensina (Mujer)* apareció en 1904, completa con una sección «La ciudadana», junto con la *Sienskii viestnik (El Herald Femenino)*, defendiendo la igualdad sexual. En Suecia, pese a que la escritora Frida Steenhoff trató de naturalizar el término *féminisme* en su *Feminismens moral* (1904), prevaleció el concepto *kvinnoemancipation*. En Noruega, la terminología preferida fue *kvindersorge kvinnen*, o «las mujeres de la causa de las mujeres».

Entre las numerosas publicaciones de este periodo, de particular interés fueron los nuevos esfuerzos por documentar la historia del feminismo y/o el movimiento de las mujeres. En Alemania, estas incluyeron un serie de artículos publicados en la *Deutsche Rundschau* (1896) por Gustav Cohn sobre *Die deutsche Frauenbewegung (El movimiento de las mujeres alemanas)*, y de particular importancia, los cinco volúmenes *Handbuch der Frauenbewegung*, editados por Helene Lange y Gertrud Bäumer, cuyo primer volumen apareció en 1901. Haciéndose eco de *The Woman Question in Europe* de Theodore Stanton, de 1884, casi cada artículo publicado sobre el movimiento de las mujeres a finales del siglo XIX y principios del siglo XX comenzaba con una sustancial investigación histórica. No todos pudieron ser alabados precisamente por su exactitud.

Los feminismos franceses, siguiendo el ejemplo más temprano de Maria Deraismes, trazaron con orgullo sus orígenes y su línea de descendencia hasta la Revolución de 1789, fundamentando o «naturalizando» de ese modo su herencia frente a las acusaciones de sus oponentes de que se trataba de una «importación extranjera», «extrafrancesa», parte de una trama anglosajona, masona, judía, protestante o simplemente «americana». Una contribución importante a este esfuerzo fue la del estudio de Léopold Lacour *Trois femmes de la Révolution: Olympe de Gouges, Théroigne de Méricourt, Rose Lacombe* (1900), que apareció con el subtítulo «Los orígenes del feminismo contemporáneo». Aunque Käthe Schirmacher, que había viajado mucho (había estudiado en Francia y luego había asistido en 1893 al Congreso Mundial de Mujeres en Chicago), persistía en ubicar los orígenes del feminismo en los Estados Unidos, otros, incluido Havelock Ellis, insistían en su génesis revolucionaria francesa. Algunas feministas británicas a comienzos del siglo XX eran bastante inflexibles respecto a estos antecedentes. «El movimiento feminista europeo nació en realidad en Francia», insistía la feminista socialista británica Ethel Snowden en su libro *The Feminist Movement* (1911): «Aunque las mujeres tomaron una parte fundamental en todas las actividades de la revolución y se sacrificaron a sí mismas con el mismo celo que cualquiera de los hombres, sus clubs fueron cerrados implacablemente por el Comité de Salud Pública, en el supuesto interés de la paz pública, aunque en realidad fuera porque las mujeres estaban insistiendo

demasiado en las reivindicaciones para sí mismas»⁷. En la versión de Snowden, las mujeres de la Francia Revolucionaria habían inspirado incluso la *Vindication of the Rights of Woman*, de Mary Wollstonecraft.

Las feministas, a su vez, trataron de definir el feminismo en beneficio de un público más amplio. Tales definiciones ponían el énfasis en diversos conceptos, insistiendo con más frecuencia las británicas en la independencia y la libertad individuales, por ejemplo, mientras que las francesas se apoyaban de forma más extensa en el concepto de igualdad de los sexos, aun cuando usaran el lenguaje de la libertad. Ellis Ethelmer (seudónimo de Elizabeth Wollstenholme Elmy y/o su compañero Ben Elmy), a la vez que atribuían la palabra a los franceses, la definían como «el movimiento por el establecimiento de la igualdad de los sexos»⁸. Posteriormente, en el capítulo «El significado de feminismo», Ethel Snowden ofrecía su definición: «el reconocimiento, total y completo, de la humanidad de las mujeres». Se trataba de «libertad para la feminidad y su igualdad de oportunidades con la masculinidad»⁹. ¿Quién podía oponerse acaso a estas reivindicaciones?, se preguntaba ella.

En francés, el significado del término *féminisme* fue rebatido¹⁰. Pauline Kergomard planteaba en 1897 que ello tenía que ver de forma específica con la discusión de las desigualdades que surgieron de la institución del matrimonio. A principios del siglo XX, los términos de la definición se estaban alejando de «subordinación» y «opresión», enfatizándose cada vez más el de *libertad*. De forma contraria a las afirmaciones de los «antis», Nelly Roussel insistía en que el feminismo no estaba a punto de «masculinizar» a las mujeres ni a punto de reemplazar la dominación masculina por la dominación femenina; el feminismo «proclama la equivalencia natural y las reivindicaciones de igualdad social para los dos factores de la humanidad». Los sexos, a su modo de ver, eran complementarios; el feminismo trataba de la «libertad de elección», y enfatizaba las diferencias entre las mujeres tanto como las diferencias entre los sexos: «Nosotras no reconocemos a “la mujer”, una vaga abstracción. Nosotras vemos en torno de nosotras a mujeres, criaturas concretas con actitudes, gustos, tendencias y temperamentos muy diversos». Roussel exigía el reconocimiento de las diferencias individuales, el derecho al desarrollo completo y a la justicia¹¹.

⁷ Ethel Snowden, *The Feminist Movement*, Londres, Collins' Clear-Type Press, 1911, pp. 62, 63-64.

⁸ Ellis Ethelmer, «Feminism», *Westminster Review* 149 (enero de 1898), p. 59.

⁹ Snowden, *Feminist Movement*, p. 9.

¹⁰ Véase Claire Goldberg Moses, «Debating the Present, Writing the Past: “Feminism” en French History and Historiography», *Radical History Review* 52 (1992), pp. 81-82.

¹¹ Nelly Roussel, «Qu'est-ce que le “féminisme”?», *Le Petit Almanach féministe illustré*, 1906; ed. orig. 1904, pp. 4-5. Sobre Roussel, véase Anne Cava, «Féminisme et natalité: Nelly Roussel (1878-1922)», *History of European Ideas* 15, 4-6 (agosto de 1992), pp. 663-672; y Elinor Accampo, «Private Life, Public Image: Motherhood and Militancy in the Self-Construction of Nelly Roussel», en Jo Burr Margadant (ed.), *The New Biography: Performing Femininity in Nineteenth-Century France*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 2000.

En un folleto de 1905, *Qu'est-ce que le féminisme* (¿Qué es el feminismo?), Odette Laguerre ofrecía esta definición: «una ofensiva de justicia que tiende a igualar los derechos y los deberes del hombre y la mujer». Y añadía, «el feminismo no es solo una ofensiva de justicia; se trata también de una ofensiva de libertad que marca el fin del reino del hombre, de lo que Jules Bois llama "antropocentrismo"»¹². El feminismo se definía cada vez más, incluso en Francia, en términos de un derecho de la mujer al desarrollo personal y la autodeterminación. El mismo descansaba directamente sobre una base conceptual de libertad, igualdad y justicia, mezclados de forma diversa pero, en última instancia, fundados en el discurso de la Ilustración.

Por mucho desacuerdo que pudiera haber sobre la definición del feminismo o sobre si «feminismo», «derechos de las mujeres», «emancipación de las mujeres» o «movimiento de las mujeres» describían de la mejor manera el fenómeno, los observadores europeos sí que alcanzaron un consenso sobre la importancia del fenómeno. «Hoy, después de un siglo de lucha», escribía madame Avril de Sainte-Croix en su historia de 1907, *Le Féminisme*, «el esfuerzo de las mujeres para adquirir más justicia y más independencia parece en equilibrio al borde del éxito. El feminismo ya no provoca burlas. [...] La marcha adelante del feminismo es un hecho que nadie puede negar, un movimiento que ninguna fuerza podrá detener en lo sucesivo. La mujer [...] se ha convertido en un factor a ser tenido en cuenta»¹³. En 1909, la reformadora sueca Ellen Key escribía: «El movimiento de la mujer es el más importante de todos los movimientos por la libertad en la historia universal. La cuestión de si este movimiento lleva a la humanidad en una dirección superior o inferior es la más seria de nuestro tiempo»¹⁴.

«NUEVAS MUJERES» Y OTRAS RESPUESTAS ANTIFEMINISTAS AL FEMINISMO: LAS GUERRAS DEL CONOCIMIENTO CONTINUAN

Las feministas no controlaban el tratamiento que se les daba ni en el mundo editorial ni, de forma más general, en la industria en desarrollo del conocimiento, tal como subrayan sus repetidos esfuerzos para clarificar

¹² Odette Laguerre, *Qu'est-ce que le féminisme?*, Lyon, Société d'éducation et d'action féministes, 1905, pp. 1-3.

¹³ Madame Avril de Sainte-Croix, *Le Féminisme*, París, V. Giard & E. Briere: 1907, p. 6. Sobre madame Avril de Sainte-Croix (y otras feministas francesas de este periodo), véase Steven C. Hause, con Anne R. Kenney, *Women's Suffrage and Social Politics in the French Third Republic*, Princeton, Princeton University Press, 1984; y Laurence Klejman y Florence Rochefort, *L'Égalité en marche: Le Féminisme sous la Troisième République*, París, des femmes, 1989.

¹⁴ Ellen Key, *The Woman Movement*, trad. Mamah Bouton Borthwick, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons, 1912; ed. orig. como Kvinnorörelsen. 1909, pp. 59-60.

sus objetivos. No todos los que se comprometieron en el debate de la cuestión femenina eran feministas, ni siquiera entre las mujeres; esta observación se haría particularmente palmaria en el periodo posterior a 1890. El debate sobre la «nueva mujer» ofrece un caso ilustrativo.

Además de promulgar el término *féminisme*, la prensa europea puede ser tenida como responsable de promover la discusión de la «nueva mujer», a medida que la mujer de clase media de finales del siglo XIX, culta, a menudo soltera y, cada vez más, con un empleo, empezó a resultar una figura más familiar. Aunque el término había estado circulando desde los años treinta del siglo XIX, cuando las sansimonianas lanzaron la *femme nouvelle* en París y fue recogido de nuevo en los años sesenta del siglo XIX por escritores como Chiernichievskii para caracterizar a las jóvenes mujeres rusas que aspiraban a la educación y la revolución, la «nueva mujer» reemergió en inglés a partir de un debate público entre las novelistas británicas Sarah Grand y Ouida en 1894. Grand había usado el término «nueva mujer», pero cuando lo usó Ouida fue retomado en la prensa antifeminista, notablemente en *Punch*, que estaba a su vez haciendo buena parte del «nuevo humor», «del nuevo periodismo», y «del nuevo arte». *Punch* lanzó a la Nueva Mujer con esta estrofa:

Hay una nueva mujer, y ¿qué piensas?
¡No vive de otra cosa que de papel y tinta!
Pero aunque papel y tinta son toda su dieta,
¡esta gruñona nueva mujer nunca puede estar quieta!¹⁵.

La nueva mujer fue rápidamente reificada por los oponentes en la prensa satírica como de un tipo «educado, deportista, fumadora de cigarrillos, enemiga del matrimonio», y físicamente además poco agraciada¹⁶. Las imágenes, tanto verbales como pictóricas, tenían mucho en común con las desplegadas por toda Europa contra George Sand 50 años antes, y contra Jenny P. d'Héricourt y sus colegas por parte de Proudhon en la década posterior a 1848, pero con la adición importante de una bicicleta, un nuevo medio de transporte que ofrecía a mujeres y hombres un medio barato de aumentar su movilidad. En 1897, Elizabeth Rachel Chapman (que veía con buenos ojos el movimiento de las mujeres, aunque tenía reservas sobre los ataques de los librepensadores al matrimonio) presen-

¹⁵ Véase Ellen Jordan, «The Christening of the New Woman: May 1894» *Victorian Newsletter* 63 (primavera, 1983), pp. 19-21. La estrofa de *Punch* se cita en la p. 21.

¹⁶ Véanse las caricaturas de la «nueva mujer» reproducidas en Paul Ducatel, *Histoire de la IIIe République, vue à travers l'imagerie populaire et la presse satirique*, vol. 2, París, Jean Grassin, 1975; Gustave Kahn, *La Femme dans la caricature française*, París, A. Méricourt, 1907; y Édouard Fuchs y Alfred Kind, *Die Weiberherrschaft in der Geschichte der Menschheit*, 3 vols., Múnich, A. Langen, 1913-1914.

taba a la «nueva mujer» como un mito periodístico, insistiendo en que la «mujer real» era la verdadera amiga de su sexo¹⁷.

Las novelas de la «nueva mujer» publicadas en Inglaterra durante este periodo iban desde las publicadas por autores masculinos, tales como Grant Allen, George Gissing, George Meredith y Thomas Hardy, a aquellas publicadas por Sarah Grand (seudónimo de Frances Elizabeth McFadyen), Mona Caird, George Egerton (seudónimo de Mary Chavelita Bright [Dunne]), y Emma Frances Brooke¹⁸. No todas las «nuevas mujeres» que aparecían en la ficción eran feministas, ni lo eran sus autoras; lo cierto es que pensar sobre la cuestión femenina no lleva necesariamente al desarrollo de la conciencia feminista, aun entre las mujeres que se convertirían en prominentes escritoras y comentaristas sociopolíticas.

La importancia de estas obras literarias de la «nueva mujer» se encuentra precisamente en el hecho de que sus autores abordaban temas que las feministas habían estado suscitando sobre las restricciones del matrimonio, sobre el trabajo, sobre las posibilidades y dificultades de la autorrealización, exponiendo sus reivindicaciones de ese modo a un espectro cada vez mayor de lectores, y planteando los pros y los contras con respecto al contexto cultural circundante. El impacto público de estas novelas, algunas de las cuales se convirtieron en best sellers, se vio amplificado en el teatro de la «nueva mujer» del periodo¹⁹. Las demoliciones de ficción de la «nueva mujer» en novelas como el *Drácula* de Bram Stoker (1897) y el arte y la literatura antifeministas centrados en la figura seductora aunque amenazante de la *femme fatale*, amplió el alcance de estas obras²⁰. Publicaciones como estas demuestran de forma convincente el impacto de las reivindicaciones feministas sobre los lectores de la ficción imaginativa en Gran Bretaña y puede que hayan inspirado una violenta reacción «modernista» en literatura.

En Francia, tanto los novelistas como los dramaturgos exploraron los temas de la «nueva mujer», que a menudo lanzaban en términos de «la nueva Eva». Novelas de escritores masculinos como *Les Demi-vierges*

¹⁷ Elizabeth Rachel Chapman, *Marriage Questions in Modern Fiction, and Other Essays on Related Subjects*, Londres, John Lane, 1897.

¹⁸ Véanse, recientemente, los estudios de Ann L. Ardis, *New Women, New Novels: Feminism and Early Modernism*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1990, que incluyen un listado de ficción en inglés sobre la «nueva mujer», 1880-1920; y Jane Eldridge Miller, *Rebel Women: Feminism, Modernism and the Edwardian Novel*, Chicago, University of Chicago Press, 1994; Londres, Virago Press, 1994.

¹⁹ Sobre el teatro de la «nueva mujer», véase Viv Gardner y Linda Fitzsimmons (eds.), *New Woman Plays*, Londres, Methuen, 1991; Viv Gardner y Susan Rutherford, *The New Woman and Her Sisters: Feminism and Theatre 1850-1914*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1992; y Gail Finney, *Women in Modern Drama: Freud, Feminism, and European Theater at the Turn of the Century*, Ithaca, Cornell University Press, 1989.

²⁰ Véase la «verdadera iconografía de la misoginia» tratada por Bram Dijkstra en su *Idols of Perversity: Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-Siècle Culture*, Nueva York, Oxford University Press, 1986. La cita es del prefacio de Dijkstra, p. viii.

(1894) y *Les Vierges fortes* (1900), de Marcel Prévost, se convirtieron en best sellers; muchas otras contaron con importantes seguidores, entre ellos *Femmes nouvelles* (1900), de Paul Margueritte y Victor Margueritte, y *Un Divorce* (1904) de Paul Bourget. Las decisiones que se confrontan con las «nuevas mujeres» provocaron obras teatrales controvertidas y muy discutidas por parte de dramaturgos masculinos afines como Paul Hervieu, Jules Case, Maurice Donnay y Eugène Brieux. Entre las novelas importantes de la «nueva mujer» llevadas a cabo por escritoras, estaban *Les Sévriennes* (1900), de Gabrielle Reval, *La Rebelle* (1906), de Marcelle Tinayre, *Les Cervelines* (1903) y *Les Princesses de science* (1907), de Colette Yver, y *Nietzscheenne* (1908), de Daniel Lesueur. Un estudio de las novelas de «nueva mujer» publicadas en Francia entre 1900 y 1914 concluye que en todos los intentos de los autores por retratar a mujeres liberadas, sean heterosexuales o lesbianas, «el mayor problema a afrontar por los personajes femeninos, tanto a nivel teórico como a nivel práctico», es siempre el amor²¹.

Entre los críticos de la «nueva mujer», quizá la más interesante y más conocida (además del conocido dramaturgo August Strinberg) era la cosmopolita Laura Marholm Hansson. Nacida en Riga (Letonia), de familia danesa y alemana, se casó con un escritor sueco y, viviendo indistintamente en Copenhague, Berlín y Baviera, Laura Marholm Hansson hizo una profesión de la crítica a la intelectualidad «estéril» de la mujer recién instruida. Ya sea por insensibilidad o por desinterés respecto a la subordinación de las mujeres y a las circunstancias históricas que subyacen a las reivindicaciones feministas de independencia para las mujeres, Marholm Hansson se centró en temas psicológicos. Insistía en que «las mujeres modernas» estaban traicionando su feminidad (a la que ella identificaba con el instinto y los nervios y con un cierto tipo de «desenfreno», seducción y fecundidad, más en armonía con la naturaleza y lo divino) al centrarse ahora en la razón y la ciencia. Para Marholm Hansson, las reivindicaciones de los derechos de las mujeres parecían totalmente carentes de relevancia con respecto a la autorrealización de las mujeres, que, en su opinión, tenía que ver en última instancia con que las mujeres alcanzaran su total feminidad. «¿Puede ser cierto—preguntaba ella—que las mejores mujeres tengan un deseo antinatural de ser medio hombres y que preferirían zafarse de los deberes de la maternidad?»²². La mujer, para

²¹ Jennifer Waelti-Walters, *Feminist Novelists of the Belle Epoque: Love as a Lifestyle*, Bloomington, Indiana University Press, 1990, p. 178. Véanse también las traducciones de estas novelas francesas en Jennifer Waelti-Walter y Steven C. Hause (eds.), *Feminisms of the Belle Epoque*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994.

²² Laura Marholm Hansson, *Six Modern Women: Psychological Sketches*, trad. Hermione Ramsden, Boston, Roberts' Brothers, 1896; ed. orig. como *Das Buch der Frauen*, 1895, p. 33. Sobre Marholm, véase Susan Brantly, *The Life and Writings of Laura Marholm*, Basilea y Frankfurt, Helbing & Lichtenhahn, 1991; y los artículos de Marilyn Scott-Jones, incluido «Laura Mar-

Marholm Hansson, no era un fin en sí misma. Su deseo de vivir libremente no era más que «una ilusión», escribiría en su estudio sobre la psicología de la mujer, publicado en 1897. «La vida libre del ego desplegada de verdad acabaría siempre en el penoso vacío de la esterilidad mental y física»²³.

En las manos de los antifeministas, la explicación psicológica se convirtió en el arma preferida. El debate sobre la «nueva mujer» provocó exploraciones de «El alma de la mujer», «el ego femenino», «las mujeres reales», y «las necesidades reales de las mujeres», y las explicaciones psicológicas marcarían no solo las obras de novelistas y ensayistas, sino también las de los sociólogos, criminólogos y otros científicos sociales. Lo cierto es que si la ciencia había suministrado un motivo para que los individuos transgredieran las normas sexuales en los años sesenta del siglo XIX, la estética, la psicología y la filosofía desarrollarían un antídoto en el periodo del *fin de siècle*. ¿Qué era, en todo caso, la «mujer»? Era manifiesto que las respuestas a la pregunta serían tan variadas como las experiencias de aquellos que la hacían.

Un nuevo conjunto de parámetros para esta intensa exploración psicológica de la mujer se estableció en la Europa central y oriental, por parte de escritores en lengua alemana y rusa. Un buen número de ellos eran, o bien enemigos acérrimos del feminismo, o no veían la forma en la que el tipo de reivindicaciones feministas que se habían hecho en Inglaterra y Francia y las soluciones políticas propuestas, cambiando leyes, etc., podrían tener sentido en contextos sociopolíticos diferentes. Algunos eran defensores de la estética modernista, intensamente individualista, a veces mística, y con un sesgo fuertemente introspectivo.

En un artículo titulado «La Femme Russe», la escritora de origen judío Zinaida Vengerova caracterizó a su protagonista diciendo que tenía «un alma mística y una mente activa». Después de muchos años viviendo en el oeste, Vengerova había concluido que lo que distinguía a las escritoras rusas de las de la Europa occidental era que, o se adherían a la escuela realista, o a la simbolista; no estaban preocupadas por el feminismo: «No tenían la sensación ni la vocación de ser de forma especial y única mujeres y no estaban inspiradas por los derechos de las mujeres más que por ninguna otra cosa. [...] Ellas participaban en el movimiento literario ge-

neral». Esto, en su opinión, era una gran ventaja. «La mujer rusa es la más libre de Europa [...] ella es, por encima de todo, un ser humano, igual al resto»²⁴. En Rusia, el enemigo era la tradición y la rutina, no un código civil o la exclusión de las mujeres de la vida política y económica. La libertad, desde la perspectiva de Vengerova, era algo que se encontraba en el interior y no en relación a restricciones externas. En un artículo posterior, insistía en que esta libertad interior era algo que las mujeres rusas tenían, y las mujeres francesas, no. Que las esposas e hijas estuvieran del todo bajo la autoridad legal de los maridos y padres a lo largo de todas sus vidas, no parecía preocupar a Vengerova.

La socialista rusa Aleksandra Kollontai se quejaba en su ensayo «Novaya Siensina» («La nueva mujer») en 1913, de que «las nuevas mujeres» no habían recibido lo que les correspondía en la literatura rusa. Prevalecían aún los viejos tipos. Un nuevo tipo de heroína atrajo la atención de los escritores: «heroínas con reivindicaciones independientes sobre la vida; heroínas que afirman su personalidad, heroínas que protestan contra la servidumbre universal de la mujer en el Estado, la familia, la sociedad, que luchan por sus derechos como representantes de su sexo. Las mujeres solteras son las que determinan cada vez más este tipo»²⁵. Ella ofrecía entonces un extraordinario catálogo de tales heroínas de ficción desde la literatura imaginativa de Alemania, Escandinavia y Francia, caracteres que ofrecían un laboratorio para la investigación de una mujer para la que el «amor» no era la panacea de la existencia:

De este modo es como la nueva mujer se presenta a sí misma ante nosotros: autodisciplina en lugar de éxtasis emocional, la capacidad de valorar su propia libertad e independencia más que la sumisión impersonal, la aserción de su propia individualidad en lugar del esfuerzo inocente por interiorizar y reflejar la imagen ajena de la «amada». El despliegue del derecho a la felicidad familiar en lugar de la máscara hipócrita de la virginidad, finalmente la asignación de las experiencias amorosas a un lugar subordinado en la vida. Ante nosotros ya no sigue estando la «esposita», la sombra del marido... ante nosotros está la personalidad, la mujer como ser humano²⁶.

holm (1854-1928): Germany's ambivalent feminist», *Women's Studies* 7, 3 (1980), pp. 87-96; y «Laura Marholm and the Question of Female Nature», en Susan L. Cocalis y Kay Goodman, *Beyond the Eternal Feminine: Critical Essays on Women and German Literature*, Stuttgart, Akademischer Verlag Hans-Dieter Heinz, 1982, pp. 203-223. Sobre el círculo de escritoras naturalistas alemanas en que ha de situarse la obra de Marholm Hansson, véase Linda Schelbitzki Pickle, «Self-Contradictions in the German Naturalists' View of Women's Emancipation», *German Quarterly* 52, 4 (noviembre de 1979), pp. 442-456.

²³ Laura Marholm, *Studies in the Psychology of Woman*, trad. Georgia A. Etchison, Chicago y Nueva York, Herbert S. Stone, 1899; ed. orig. en alemán, 1897, p. 222.

²⁴ Zénaïde Wenguerow (Zinaida Vengerova), «La Femme russe», *Revue des revues* 22, 18 (15 de septiembre de 1897), pp. 489-499; citas, 496, 499. Sobre Wenguerow (las grafías son diversas: p. e., Wengeroff en alemán), véase Charlotte Rosenthal, «Zinaida Vengerova: Modernism and Women's Liberation», *Irish Slavonic Studies* 8 (1987), pp. 97-106.

²⁵ Aleksandra Kollontai, «Novaya siensina», *Sovremennyy mir* 10 (1913); reed. y trad. como «The New Woman», en Kollontai, *Autobiography of a Sexually Emancipated Communist Woman*, trad. Salvator Attanasio, Nueva York, Herder & Herder, 1971, p. 54. Para obras sobre Kollontai, véase *infra*, p. 302, n. 69.

²⁶ Kollontai, «New Woman», p. 94. Kollontai puede haber estado aludiendo al famoso relato corto de Anton Chejov, «Dusiechka» (1898; «The Darling», en su versión inglesa); véase WFF, vol. 2, doc. 9.

En el mundo germanohablante, la «nueva mujer» se convirtió en el tema de novelistas y dramaturgos, entre ellos Gerhard Hauptmann en la obra *Einsame Menschen* (*Gente solitaria*, 1891) y Grete Meisel-Hess en su novela *Die Intellektuellen* (*Las intelectuales*, 1911). Ahora bien, puede que las obras más llamativas estimuladas por los debates sobre la «nueva mujer» y el feminismo fueran aquellas que se dedicaron a la psicología sexual y la filosofía moral. Centradas en la relación entre masculinidad y feminidad, y fundadas en la ética kantiana, las obras de algunos escritores muy influyentes abordaron los pros y los contras del feminismo, yendo mucho más allá de las fronteras de las discusiones sobre la «mujer femenina» de finales de los años ochenta del siglo XIX.

Las abstracciones de la mayoría de los estetas, psicólogos y filósofos en la tradición alemana tuvieron el papel de problematizar, relativizar y rebajar las exigencias feministas de cambio sociopolítico en las relaciones entre los sexos. Tal vez quien desafió de un modo más perturbador las aspiraciones feministas fue el joven Otto Weininger en Viena. Su controvertido y archivado tratado *Geschlecht und Charakter* (*Sexo y carácter*, 1903) fue el resultado de una tesis doctoral en filosofía. Rápidamente se tradujo al inglés, al ruso y a un buen número de otras lenguas. «Weininger», según la especialista literaria Gisela Brude-Firnau, «ve el problema central de toda ética en la relación entre los sexos. Para él, es [...] la mujer quien es la causa del problema; ella encarna la sexualidad. Por eso, es también ella quien impide la salvación ética de la humanidad y desde luego el proceso de llegar a ser del todo auténticamente humana»²⁷. El Adán carente de culpa estaba de nuevo culpando a Eva de la tentación, de la corrupción y del pecado. Y, más aún, Weininger no solo castigaba a «lo femenino» como malo tanto para las mujeres como para los hombres, sino que él lo conectaba con las ideas de «judeidad» y «servilismo».

La mayoría del libro de Weininger se hizo en realidad como un reflejo sobre la emancipación de las mujeres, que él interpretaba de un modo nuevo e inusual. «Una reivindicación de emancipación de la mujer y su cualificación para ello se halla en proporción directa a la cantidad de masculinidad que haya en ella», afirmaba él al comienzo de su capítulo «Mujeres emancipadas». Por «emancipación», no obstante, se refería no a los cambios en el estatus legal, educativo o económico de las mujeres, sino más bien al «anhelo profundamente arraigado de adquirir el carácter del hombre, de conseguir su libertad mental y moral, de alcanzar sus intereses reales y su poder creativo». Sostenía Weininger que todas las

mujeres que exhibieron aspiraciones en esta dirección no eran verdaderas mujeres, sino tipos intermedios, «en parte bisexuales, en parte homosexuales». «Es solo el elemento masculino en las mujeres emancipadas el que reclama la emancipación. [...] El principio femenino no es consciente de una necesidad de emancipación.» «Al hilo del “movimiento de las mujeres”, con su falta de naturalidad y artificialidad y sus errores fundamentales», Weininger pregonaba, afirmando más adelante que el movimiento entero era una «revuelta desde la maternidad hacia la prostración». La solución real y la ruta a la libertad de la mujer, insistía él, era que «el hombre se liberara a sí mismo del sexo»²⁸. No sorprende que Weininger se suicidara a la edad de veintitrés años. No obstante, su polarizada tipología de masculino/femenino, en la que lo «masculino» representaba todo lo positivo y activo y lo «femenino» todo lo malo (aunque apenas pasivo), ejerció una influencia directa, extensa y adversa sobre la vida intelectual europea y no menor entre escritores tales como Franz Kafka, James Joyce o D. H. Lawrence.

En su *Zur Kritik der Weiblichkeit* (*Para una crítica de la feminidad*), publicada en 1905, la escritora vienesa Rosa Mayreder se enfrentó a Weininger y a sus seguidores, volviendo el foco hacia la propia masculinidad. «El verdadero origen del cambio que está teniendo lugar en la posición del sexo femenino nunca será correctamente entendido», escribía ella en un capítulo titulado «Sobre la masculinidad», «en tanto que el cambio en las condiciones de vida del sexo masculino siga sin tenerse en cuenta. [...] Uno de los factores más importantes en el nacimiento del movimiento feminista ha de encontrarse probablemente en el cambio que se está operando en el sexo masculino». Ella señalaba hasta qué punto el concepto de «mujer» era «un producto del cerebro masculino, una eterna ilusión, un fantasma capaz de tomar todas las formas sin poseer nunca una sola». E insistía: «Nada tiene mayor importancia para las mujeres que combatir las abstracciones en las que el pensamiento masculino las convierte constantemente. [...] Ellas han de combatir contra la mujer como fetiche»²⁹.

Nuevos parámetros para entender a la «nueva mujer» fueron establecidos por las meticulosas investigaciones de Havelock Ellis sobre fisiología y psicología sexual humana. Ellis era tan impaciente como Mayreder con la fetichización masculina de la feminidad y trataba de desplegar

²⁷ Gisela Brude-Firnau, «A Scientific Image of Woman? The Influence of Otto Weininger's *Sex and Character* on the German Novel», en Nancy A. Harowitz y Barbara Hyams (eds.), *Jews and Gender: Responses to Otto Weininger*, Filadelfia, Temple University Press, 1995, p. 173. Véanse también los otros ensayos de esta colección.

²⁸ Otto Weininger, *Sex and Character*, trad. de la 6.ª ed., Londres, William Heinemann, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1906; citas, pp. 64, 65, 66, 68, 70, 75, 332, 345.

²⁹ Rosa Mayreder, *A Survey of the Woman Problem*, trad. Herman Scheffauer, Nueva York, George H. Doran, Co., 1913, pp. 90, 239-240; publicado originalmente en Viena como *Zur Kritik der Weiblichkeit*, 1905. La traducción inglesa del título no es afortunada; una versión mucho mejor hubiera sido «To Critics of Femininity». Sobre Mayreder, véase Harriet Anderson, *Utopian Feminism: Women's Movements in Fin-de-Siècle Vienna*, New Haven, Yale University Press, 1992.

la ciencia para acercarse a la comprensión de la sexualidad femenina así como la sexualidad masculina. De particular importancia son su trabajo *Man and Woman: A Study of Human Secondary Sexual Characteristics* (1894), su investigación pionera *Sexual Inversion* (1897) y su estudio posterior *The Sexual Impulse in Women* (1902), que redirigía la atención a las particularidades de la sexualidad de las mujeres por derecho propio.

En agudo contraste con el antifeminista y hasta misógino Weininger, Ellis adoptó un enfoque progresivo y polifacético para el análisis de cuestiones sociales. Su interés se apoyaba en la demistificación, mediante una investigación comparativa diligente, de un área en la que existían aún demasiada ignorancia y malentendidos conscientes. Aunque Ellis realizó su trabajo en Inglaterra, muchos de sus descubrimientos se publicaron por primera vez en los Estados Unidos o en Alemania, donde los editores no estaban sujetos a las leyes de censura inglesas, notablemente estrictas en lo que se refiere a cuestiones sexuales.

El trabajo de Havelock Ellis se inspiraba, sin duda, en las cuestiones feministas, que probablemente se vieron realizadas por su estrecha aunque fracasada relación con la novelista Olive Schreiner y por su amistad con miembros del Club de Hombres y Mujeres de Londres. Su enfoque se intensificó por su formación y sus experiencias como obstetra en ejercicio. Estos intereses son evidentes en sus comentarios en «The Changing Status of Women», un ensayo que se publicó originalmente a finales de los años ochenta del siglo XIX, según proclamaba Ellis. Su feminismo, no obstante, era limitado; él no reclamaba la absoluta igualdad para las mujeres: «Es necesario recordar», decía él,

que el tipo de igualdad de los sexos hacia el que lleva este cambio de estatus, es igualdad social... es decir, igualdad de libertad. No se trata de igualdad intelectual, aún menos de semejanza. Hombres y mujeres solo podrían parecerse mentalmente cuando fueran semejantes en la configuración física y fisiológica. Ni siquiera resulta alcanzable la igualdad económica³⁰.

Más aún, abogaba por la importancia social de la reproducción, «el fin y el objetivo de toda la vida en todas partes», e insistía en que «cualquier mujer sana debería tener, no solo relaciones sexuales, sino el ejercicio de la suprema función de la maternidad al menos una vez en la vida, y en posesión de esas experiencias que solo puede dar la maternidad»³¹.

³⁰ Havelock Ellis, «The Changing Status of Women», cap. 2 de su *The Task of Social Hygiene*, Boston y Nueva York, Houghton-Mifflin, 1912, p. 63. Sobre Ellis, véase Phyllis Grosskuth, *Havelock Ellis: A Biography*, Nueva York, Knopf, 1980.

³¹ Ellis, «Changing Status», pp. 65-66; véase también Havelock Ellis, *Man and Woman: A Study of Human Secondary Sexual Characteristics*, Londres, Walter Scott, 1894, pp. 17, 385-386.

Ellis siguió abierto a la obtención de más y mejor conocimiento. Unos pocos años más tarde, dirigiéndose a aquellos que insistían en que la homosexualidad estaba creciendo entre las «nuevas mujeres» o que se estaba desarrollando un «tercer sexo», Ellis afirmaba que «el moderno movimiento de emancipación —el movimiento para obtener los mismos derechos y deberes que los hombres, la misma libertad y responsabilidad, la misma educación y el mismo trabajo— ha de ser visto, en su conjunto, como un movimiento sano e inevitable». Pero, advertía, «estas influencias incuestionables de los movimientos modernos no pueden causar directamente inversión sexual, pero desarrollan los gérmenes de ella». Él creía que la inclinación a la «inversión» «ocurre con especial frecuencia en mujeres de alta inteligencia que, voluntaria o involuntariamente, influyen a otras»³². Ellis seguía convencido de que la maternidad era la vocación suprema de las mujeres, pero sus trabajos también desembocaban en un interés creciente en la sexualidad lésbica.

A otro intelectual alemán, el sociólogo, filósofo y teórico de la cultura Georg Simmel, radicado en Berlín, de origen judío, le tocó subrayar el *masculinisme* fundamental de la civilización europea y, de ese modo, poner de relieve el dilema feminista. Al igual que Weininger y tantos otros filósofos alemanes, Simmel estaba trabajando desde la perspectiva de la filosofía moral kantiana, pero a diferencia de Kant o de Weininger, parecía mucho más comprensivo con las aspiraciones feministas así como con los temas relativos al desarrollo individual y las relaciones personales: no sorprende que haya leído y analizado las obras radicales de los años noventa del siglo XVIII de Theodor Gottlieb von Hippel y que haya contribuido en ocasiones a los debates sobre la mujer en la prensa alemana³³.

Tratando la idea de la «cultura objetiva» en su ensayo de 1911 sobre la «cultura femenina», Simmel especificaba que era «totalmente masculina»: «Es el hombre quien ha creado el arte y la industria, la ciencia y el comercio, el Estado y la religión». Lo que es «humano» se identifica con el «hombre». Esa es la razón por la que las contribuciones de las mujeres a los «artefactos de cultura» eran puestos de forma invariable en una balanza, comparándolos (de forma negativa por lo general) con las consecuciones de los hombres. En otras palabras, lo que ahora llamamos género se encuentra en el centro de la cultura, aunque, como indica Simmel, por lo general ni se lo nombraba ni se lo reconocía. Simmel suscitó de forma provocativa la cuestión de lo que sería una «feminidad autónoma».

³² Havelock Ellis, «Sexual Inversion in Women», en *Sexual Inversion* (1897); repr. en *Studies in the Psychology of Sex*, vol. I, Nueva York, Random House, 1936, p. 262.

³³ Véase Suzanne Vroman, «Georg Simmel and the Cultural Dilemma of Women», *History of European Ideas* 8, 4-5 (1987), pp. 563-579.

ma» y de qué aspecto podrían tener los contenidos de una «cultura femenina objetiva», si tales contenidos fueran posibles³⁴.

Con posterioridad, Simmel abordó las implicaciones de la dominación cultural masculina de la subjetividad femenina. La «relación entre masculinidad y feminidad», que Simmel especificó como «la relatividad fundamental en la vida de nuestra especie», era según él una relación de poder y, dentro de ella, «la mujer» aparecía en la parte inferior. Psíquicamente la mujer estaba posicionada de un modo diferente al hombre con respecto a la cultura objetiva que quería decir, en definitiva, que ella era más autónoma, estaba más confinada en su feminidad corporal y psíquica que su homólogo masculino. Matizando de forma constante sus conclusiones y ofreciendo argumentos complejos y extensos, Simmel no les ofrecía respuestas a las feministas y, en último término, tampoco muchas esperanzas, aunque exhibiera una considerable comprensión en lo que le parecía, en el fondo, el dilema insoluble e incluso trágico de la mujer³⁵. En esta perspectiva sumamente alemana, sumamente ética y sumamente fatalista, las «nuevas mujeres» y, en especial, las feministas estaban luchando en una batalla imposible de ganar.

Si simpatizantes de tanta inteligencia como Simmel adoptaron en último término la visión trágica, otras dos entidades transnacionales en la sociedad europea se tomaron el feminismo como una seria amenaza y como un rival político, con profundas implicaciones para el orden vigente dominado por el hombre. Tanto la Iglesia católica romana como la socialdemocracia organizada, por razones distintas, rebatieron aspectos de las reivindicaciones que se estaban haciendo por la emancipación de la mujer, aun cuando su liderazgo masculino tratara de inscribir a las mujeres bajo las banderas de su organización. Cada una de ellas se vio profundamente afectada por las reivindicaciones feministas, aun cuando cada una de ellas insistía en utilizar a las mujeres en un esfuerzo por contrarrestar el «separatismo» feminista. El Vaticano presentó objeciones a las reivindicaciones feministas con respecto a su fin último, rebatiendo las exigencias de independencia de las mujeres desde la familia, dada por Dios y encabezada por el hombre. Los socialdemócratas no pusieron objeción a estos fines sino a los medios; en la visión del liderazgo de la Segunda Internacional, como hemos visto, la lucha de clases, no la liberación de las mujeres, debía ser lo prioritario en la lucha por una nueva sociedad. La independencia de las mujeres respecto de la familia podía llegar solo mediante el trabajo remunerado, una posición que las autoridades eclesiales encontraban desagradable en extremo.

³⁴ Georg Simmel, «Female Culture», en *Georg Simmel: On Women, Sexuality, and Love*, trad., ed. e introd. de Guy Oakes, New Haven, Yale University Press, 1984, pp. 65-102 *passim*, publ. orig. como «Weibliche Kultur», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* 33 (1911), pp. 1-36; reed. en Simmel, *Philosophische Kultur: Gesammelte Essays*, Leipzig, Klinkhardt, 1911.

³⁵ Georg Simmel, «The Relative and the Absolute in the Problem of the Sexes», *ibid.*, pp. 102-132 *passim*.

REBATIR EL LUGAR DE LA MUJER DENTRO DEL CATOLICISMO

Las erupciones feministas estallaron en las localidades más diversas durante las postrimerías del siglo XIX. Incluso la Iglesia católica romana se convertiría en un punto de reunión para debatir las reivindicaciones feministas durante el papado reformista de León XIII (1878-1903). Este papa había reafirmado ya la posición de la Iglesia en lo relativo a los temas de matrimonio y divorcio en 1880³⁶. En 1891, León XIII promulgó la encíclica *Rerum Novarum*, conocida en inglés como *On the Condition of the Workingmen* (*Sobre la condición de los trabajadores*). León XIII redactó esta declaración centrada en el hombre como una respuesta explícita a las doctrinas socialistas, afirmando la necesidad de la propiedad privada como la base de la familia e invocando el «derecho natural» de la propiedad personal para contestar a las propuestas socialistas sobre la comunidad de bienes. Él defendió con firmeza el modelo del hombre como sostén de la familia, tan querido por los economistas políticos ingleses: los hombres, como cabezas de familia, deberían trabajar duro para sostener a sus esposas e hijos, y deberían poder transmitir su propiedad acumulada a sus descendientes. Más aún, continuaba la encíclica, no debería esperarse de las mujeres y los niños que hicieran el mismo trabajo que los hombres, añadiendo que «una mujer está preparada por naturaleza para el trabajo doméstico y es ese trabajo el que mejor se adapta de inmediato a preservar su modestia y a promover la crianza de los hijos y el bienestar de la familia»³⁷.

Los pronunciamientos del papa fueron elaborados por el cardenal británico Manning, arzobispo de Westminster, que invocó la teoría del contrato (no la autoridad bíblica) para subrayar su punto de vista sobre el matrimonio cristiano en la sociedad industrial. Él insistía en que las mujeres que se casaban habían hecho un contrato «para cumplir con [el marido] los deberes de esposa, madre y cabeza de su hogar». Trabajar por dinero quería decir, además, que una esposa no podía cumplir con estos deberes contractuales previos. A su vez, Manning insistía en que «no puede haber una casa en la que una madre no alimente a su propio hijo». «Allá donde se socave la vida doméstica de un pueblo», advertía el cardenal, exigiendo una distribución más equitativa de los salarios masculinos,

³⁶ León XIII, «Arcanum», 10 de febrero de 1880; repr. en Joseph Husslein (ed.), *Social Wellsprings*, vol. I, Milwaukee, Bruce, 1940, pp. 25-46; extractos en WFF, vol. 2, doc. 44.

³⁷ León XIII, «Rerum Novarum», 15 de mayo de 1891, en *Social Wellsprings*, vol. I; extractos en WFF, vol. 2, doc. 16 (cita, p. 95). Sobre la evolución de las enseñanzas católicas, véase Adriana Valerio, «Pazienza, vigilanza, ritiratezza: La questione femminile nei documenti ufficiali della chiesa (1848-1914)», *Nuova DWF* 16 (primavera, 1981), 60-79; y Richard L. Camp, «From Passive Subordination to Complementary Partnership: The Papal Conception of Women's Place in Church and Society since 1878», *Catholic Historical Review* 76, 3 (julio de 1990), pp. 506-525.

«su vida social y política descansará sobre arena»³⁸. No había espacio en esta visión para la posibilidad de que las trabajadoras pudieran estar —o quisieran seguir estando— solteras ni para que el empleo de las mujeres pudiera ser otra cosa que un desastre para ellas y para la generación siguiente. Un conjunto mucho mayor de objeciones a la emancipación de las mujeres fue publicado por el sacerdote vienés antifeminista Augustin Rösler, en un largo tratado, «La cuestión femenina desde los puntos de partida de la naturaleza, la historia y la Revelación», publicado inicialmente en alemán en 1893 y muy traducido, distribuido y reimpreso en círculos católicos³⁹.

Una objeción cortés aunque firme a estos puntos de vista sobre el empleo de las mujeres vino de la mano de Marie Maugeret, editora del periódico mensual *Le Féminisme chrétien* en París. Maugeret encabezó el desarrollo del feminismo cristiano en Francia, insistiendo en que el feminismo era una causa «que no le pertenece a ninguna clase de la sociedad ni a ninguna parte de la humanidad más que a otra, sino a la sociedad entera y a toda la humanidad»⁴⁰. El feminismo, afirmaba ella, podía reconciliarse fácilmente con la moralidad cristiana.

A la cabeza de las exigencias del feminismo cristiano, afirmaba ella, estaba el «derecho a trabajar» de las mujeres: «No admitimos restricciones, ni limitaciones ni regulación de esta libertad, y protestamos con toda nuestra energía contra cualquier ley que, bajo el pretexto falaz e hipócrita de “protegernos”, nos arrebatase nuestro derecho, el más sagrado de todos, a ganarnos nuestra vida honestamente». Más aún, ella demandaba que el salario de la mujer trabajadora siguiera siendo su propia propiedad personal, y que a la mujer acaudalada se le concediera el control continuado de la propiedad que trae al matrimonio, apuntando que «es contra el marido, que con tanta frecuencia disipa los recursos de la propiedad común, y no contra las fatigas del trabajo, contra el que las mujeres necesitan leyes de “protección”»⁴¹. Sus esfuerzos se vieron secundados por una serie de ini-

³⁸ Henry Edward, cardenal arzobispo Manning, «Leo XIII on “The Condition of Labour”», *Dublin Review*, 3.^a ser., 26, 1 (julio de 1891) pp. 165-166.

³⁹ Augustin Rösler, *Die Frauenfrage vom Standpunkte der Natur, der Geschichte und der Offenbarung, auf Veranlassung der Leo-Gesellschaft beantwortet*, Viena, Friburgo de Brisgovia, Berlín, etc., Herdersche Verlagshandlung, 1893. Una edición francesa, *La Question féminine examinée au point de vue de la nature, de l'histoire et de la révélation*, París, Perrin, 1899, fue seguida en 1915 por una edición italiana.

⁴⁰ Marie Maugeret, «Le Féminisme chrétien», *La Fronde* (11 de diciembre de 1897), I, trad. KO en *WFF*, vol. 2, doc. 17 (cit. pp. 96-97). Sobre Maugeret y la política del feminismo cristiano en Francia, véase Steven C. Hause y Anne R. Kenney, «The Development of the Catholic Women's Suffrage Movement in France, 1896-1922», *Catholic Historical Review* 67, 1 (enero de 1981), pp. 11-30; y James F. McMillan, «Wollstonecraft's Daughters, Marianne's Daughters and the Daughters of Joan of Arc: Marie Maugeret and Christian Feminism in the French Belle Époque», en Clarissa Campbell Orr (ed.), *Wollstonecraft's Daughters: Womanhood in England and France, 1780-1920*, Manchester, Manchester University Press, 1996, pp. 186-198.

⁴¹ Maugeret, «Féminisme chrétien».

ciativas para reformar la educación católica de las muchachas, incluida la publicación por parte de una destacada conversa desde el protestantismo, la comtesse d'Adhémar, del tratado educativo *La Femme catholique et la démocratie française* (1900).

Maugeret, entretanto, estableció una controvertida federación de mujeres católicas, que tomó el nombre de *Fédération Jeanne d'Arc*, y en 1900 este grupo tuvo su primer congreso, separado y distinto de los otros dos congresos feministas laicos que tuvieron lugar ese año en París. En 1903, colaboró en la publicación de *La Femme contemporaine*, un periódico editado por el abbé Jean Lagardère. Esta revista adoptó una opinión más progresista sobre la cuestión femenina; aunque continuaba situando los intereses de la familia antes de los del individuo, masculino o femenino, no obstante, presentaba una perspectiva positiva sobre las posibilidades intelectuales y profesionales de las mujeres. El abbé Lagardère trató de ser un aliado leal en la lucha por inculcar ideas más progresistas sobre la cuestión femenina dentro de la Iglesia, como lo haría A. D. Sertillanges, autor de *Féminisme et christianisme* (1908).

En 1906, Maugeret tuvo éxito a la hora de conseguir que los delegados del *Congrès Jeanne d'Arc* aprobaran resoluciones para la representación de las mujeres en política y, yendo más allá, para los plenos derechos políticos para las mujeres. Sus acciones fueron ásperamente contestadas por las mujeres de la *Ligue Patriotique des Françaises*, cuyas líderes seguían insistiendo en que el orden existente —y, en particular, la subordinación femenina en el matrimonio— había sido establecido por Dios y no por los hombres. Aun así, Maugeret y sus seguidoras perseveraron, buscando su camino a través de una maraña de oposición católica a sus esfuerzos. Ellas también hubieron de hacer frente a lo que consideraban hostilidad por parte de las mujeres judías y protestantes, que dirigían las organizaciones feministas laicas en Francia y que, a sus ojos, parecían inclinadas a rechazar la cooperación católica. Las tensiones entre los católicos y los dirigentes republicanos en Francia alcanzaron su punto álgido a comienzos del siglo XX, a causa del movimiento deliberado y, en último término, exitoso del gobierno republicano anticlerical (en 1904) para separar Iglesia y Estado. En consecuencia, los lazos de hermandad femenina en Francia seguirían fracturados durante mucho tiempo de acuerdo con las líneas confesionales.

El feminismo comenzó a borbotear dentro de las recién creadas organizaciones de mujeres católicas después de 1900 en Bélgica, en Italia, en Austria, en Irlanda y en España, al igual que en Francia. Estos grupos atrajeron a miles de mujeres católicas, mucho más que sus homólogos feministas laicos. En Italia, la cuestión femenina se convirtió en un tema de discusión en *Cultura sociale*, publicada por los social-católicos, y Luisa Anzoletti y Adelaide Coari emprendieron la causa del feminismo cristiano, desarrollando un «mínimo programa feminista» en 1907, en el pri-

mer congreso feminista italiano en Milán⁴². Las aspiraciones feministas lograron captar la atención del papa Pío X, el sucesor de León XIII, quien, en 1906, hablaba contra la participación directa de las mujeres en política durante una entrevista con una novelista feminista austriaca, Camille Theimer. Esta entrevista fue primera plana en el *Neues Wiener Tageblatt* y en la prensa internacional. En 1909, este papa elaboró más sus opiniones, convocando una audiencia pontifical con líderes de la *Unione delle Donne Cattoliche italiana*, la *Ligue des Femmes Françaises* y la *Ligue Patriotique des Françaises*, en la que él insistió en que era un error que las mujeres pretendieran «los mismos derechos y papel social que los hombres». «Las mujeres», afirmó él, «están bajo la autoridad de los hombres [...] No obstante, una mujer no es ni una esclava ni una sirvienta de los hombres. Ella es una compañera, una ayuda, una asociada [...] Sus funciones son diferentes pero resultan igualmente nobles y tienen un objetivo único: criar niños y formar una familia»⁴³.

A pesar de estos pronunciamientos, las feministas católicas en diversos países continuaron sus campañas en favor de los derechos de las mujeres. Aunque no estaban dispuestas a abordar las cuestiones del matrimonio y la sexualidad que caracterizaban a los desafíos feministas laicos, se dedicaron de forma vigorosa a los temas relacionados con la educación de las mujeres, su participación en la acción social y, en especial, los temas de empleo que afectaban a las mujeres solteras, incluida la fundación de muchos sindicatos y sociedades benéficas para mujeres trabajadoras. Estas campañas continuaron después del estallido de la guerra en 1914.

En Inglaterra, un grupo feminista cristiano más radical se formó en 1911, adoptando también a Juana de Arco como su santa patrona. Los miembros de la nueva Sociedad Católica para el Sufragio Femenino (fundada en 1911) celebraron a la «nueva Eva», e incluso discutieron con un obispo sobre la postura de la Iglesia en el matrimonio. En 1914, el grupo comenzó a publicar un periódico para promulgar sus avanzadas ideas⁴⁴. Su apoyo obstinado al sufragio precipitó objeciones desde la Guilda Social-católica rival. Una miembro de la Guilda, Margaret Fletcher, publicó una guía de estudio para mujeres cristianas titulada *Christian Feminism. A Charter of Rights and Duties*, en la que criticaba la posición de la So-

⁴² Véase la colección de textos primarios reeditados en Francesco Maria Cecchini (ed.), *Il femminismo cristiano: La questione femminile nella prima democrazia cristiana (1898-1912)* (Roma, Ed. Reuniti, 1979). Véase también Michela de Giorgio y Paola di Cori, «Politica e sentimenti. Le organizzazioni femminili cattoliche dall'età giolittiana al fascismo», *Rivista di Storia contemporanea* 9, 3 (julio de 1980), pp. 337-371.

⁴³ Pío X, como se cita en traducción por Odile Sarti, «The Ligue Patriotique des Françaises (1902-1933): A Feminine Response to the Secularization of French Society», tesis doctoral, Indiana University, 1984, pp. 243, 238. Véase también el libro de Sarti, *The Ligue Patriotique des Françaises, 1902-1933*, Nueva York, Garland, 1992.

⁴⁴ En este grupo, véase Francis M. Mason, «The Newer Eve: The Catholic Women's Suffrage Society in England, 1911-1923» *Catholic Historical Review* 72, 4 (octubre de 1986) pp. 620-638.

iedad Católica para el Sufragio Femenino, aun cuando afirmaba un derecho de la mujer a elegir el celibato más que el matrimonio y proclamaba que «la inspiración cristiana se encontraba en la raíz de todo feminismo»⁴⁵.

Hacia 1917, en plena guerra, el Vaticano pareció darse cuenta de que el tema de la emancipación de las mujeres no iba a desaparecer. Benedicto XV, objetando los intentos secularistas de «apartar a la mujer de la solitud maternal y de la vigilancia de la Iglesia», declaró:

Con el declive de la religión, las mujeres cultivadas han perdido su piedad, también su sentido de la vergüenza; muchas, con el fin de asumir ocupaciones que no le corresponden a su sexo, empezaron a imitar a los hombres; otras abandonaron los derechos del ama de casa, para los que fueron diseñadas, para lanzarse imprudentemente a la corriente de la vida⁴⁶.

Esta situación había llevado, en la opinión de Benedicto XV, a «aquella deplorable perversión de la moral» que la guerra había exacerbado de forma tan extraordinaria. Después de la guerra, la modestia en el vestido de las mujeres se convertiría en una de las campañas favoritas del papa, junto con un respaldo limitado de la acción de las mujeres en el mundo, que algunos interpretaron como un apoyo tibio al sufragio femenino. En países como Francia, en los que las mujeres no obtuvieron el voto inmediatamente, las ligas católicas se establecerían después de la Primera Guerra Mundial, apoyando de forma explícita el voto para las mujeres y la acción política.

La mayoría de las feministas católicas, no obstante, eran menos audaces que las de Inglaterra, rechazaban criticar la institución del matrimonio y se doblegaban a los pronunciamientos doctrinales del Vaticano sobre su carácter sacramental y sobre los males del divorcio civil. La feminista católica catalana Dolors Monserdà de Macià aclaró su opinión sobre el tema en su *Estudi feminista* (1909), después de leer a Sertillanges:

No es mi intención hablar en contra o quitar valor de ningún modo a la sumisión que las mujeres, por derecho natural, por el mandato de Jesucristo y por su aceptación voluntaria a contraer matrimonio tienen que tener por los hombres, pues la sumisión es totalmente necesaria [...] para el correcto discurrir de la familia y la sociedad⁴⁷.

⁴⁵ Margaret Fletcher, *Christian Feminism: A Charter of Rights and Duties*, Londres, P. S. King & Son, Ltd., 1915, pp. 7, 9-17 *passim*, p. 74.

⁴⁶ Benedicto XV, carta «Natalis trecentessimus», 27 de diciembre de 1917, al superior general de la Unión Romana de Ursulinas, repr. en Los monjes de Solesmes (eds.), *Papal Teachings: The Woman in the Modern World*, Bastan, St. Paul Editions, 1959, p. 27. La cita siguiente es también de esta fuente.

⁴⁷ Dolors Monserdà de Macià, *Estudi feminista: Orientacions pera la dona catalana*, 2.ª ed., Barcelona, Lluís Gili, 1910, p. 14; trad. corregida basada en la que aparece en Mary Nash, *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*, Denver, Arden Press, 1996, p. 12.

Sin embargo, al igual que Marie Maugeret en Francia, las mujeres católicas feministas como Monserdà seguirían siendo firmes defensoras del derecho de las mujeres solteras al trabajo y del derecho de las mujeres casadas a participar plenamente en la resolución de los problemas sociales. Cada vez más se unirían a los esfuerzos de la acción social-católica por mejorar las dificultades de las mujeres.

REBATIR LAS RESPUESTAS DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL A LA CUESTIÓN FEMENINA

En el periodo 1890-1914, las feministas que operaban dentro de un contexto socialista afrontaron un conjunto diferente de temas, de carácter tanto doctrinal como práctico: el problema era el de cuál sería la mejor manera de reivindicar la igualdad sexual en una situación en la que el liderazgo de la Segunda Internacional, aunque defendiera con entusiasmo, de boquilla, las exigencias feministas, invocaba continuamente en su lugar la necesidad de actuar primero sobre las exigencias de la clase trabajadora. Era un artículo de fe entre los socialistas marxistas que la propiedad privada era el origen de la opresión de las mujeres. Habiendo reducido la «cuestión femenina» a un tema económico, creían que era lógicamente necesario proceder ante todo contra el capitalismo y el régimen de propiedad privada. Este punto se había planteado una y otra vez en las obras tempranas de Bebel, Engels y Zetkin, como hemos visto en el capítulo VI.

Pero no todas las feministas socialistas estaban siempre y de forma invariable impacientes a la espera de que acabara la revolución para obtener resultados. Más aún, afrontaban también un serio problema de sexismo dentro de los movimientos más amplios socialdemócratas y de los trabajadores. La defensora británica del sufragio Millicent Garrett Fawcett, aunque no era socialista, puso su dedo sobre el problema:

Muchos socialistas no pueden zafarse de la idea de la propiedad en el matrimonio. El matrimonio, tal como lo ven, consiste en un hombre que se apodera o toma posesión de una mujer y la mantiene como su propiedad privada, excluyéndola de todo el resto de pretendientes. Romper con esta noción de propiedad y elevarse hasta la idea de fidelidad mutua, responsabilidad mutua, deberes mutuos y derechos mutuos es algo que está más allá de los hombres. Se trata de un ejemplo de la confusión que surge del uso de la teoría y el lenguaje del mercado o de la economía en la que esta teoría y lenguaje son totalmente inaplicables⁴⁸.

⁴⁸ Millicent Garrett Fawcett, «The Woman Who Did», *Contemporary Review* 67, 5 (mayo de 1895), 630-631. Sobre Fawcett, véase David Rubenstein, *A Different World for Women: The Life of Millicent Garrett Fawcett*, Columbus, Ohio State University Press, 1991.

En Francia, el primero de mayo de 1893, miembros de la *Fédération Française des Sociétés Féministes* depositaron un «Cahier des doléances féminines», o cuaderno de reivindicaciones, en los ayuntamientos. Este folleto exigía la proclamación de los «derechos humanos», comenzando por «el derecho a la vida», por el cual los autores entendían el derecho a ganarse la vida. Sus autores defendían el acceso de las mujeres a todas las profesiones, carreras y vocaciones, un salario suficiente para asegurar la existencia y un salario igual por igual trabajo en todos los sectores del empleo. El manifiesto también exigía la apertura de todos los establecimientos educativos a ambos sexos, la abolición de todos los artículos del Código Civil francés que mantenían la inferioridad de las mujeres respecto de los hombres, la inclusión de las mujeres en los asuntos gubernamentales y la asistencia social para todos los que no podían trabajar o ya no podían seguir trabajando.

La lista de reivindicaciones, en su forma publicada, acompañaba a un folleto titulado *Socialisme et sexualisme: Programme du Parti Socialiste Féminin*, que planteaba —al igual que la Segunda Internacional— que las soluciones económicas eran centrales para resolver tanto las exigencias socialistas como las feministas. Ofreciendo además una crítica minuciosa del patriarcado, no obstante, los autores de este panfleto la emprendieron contra el *masculinisme*, se opusieron a la competencia entre sexos en el lugar de trabajo y afirmaron la emancipación de las mujeres como individuos completamente sexuados y reproductivos. Este panfleto y una secuencia de artículos en *L'Harmonie sociale* y en otras publicaciones tales como *Le Travailleur* eran obra de Aline Valette. Además de su trabajo benéfico dirigido a recuperar a expropiados y prostitutas, Valette fue un miembro activo del Parti Ouvrier Français, el partido supuestamente «marxista» organizado por Jules Guesde y el yerno de Marx Paul Lafargue; de hecho, ella sirvió como secretaria permanente del partido desde 1896 hasta su muerte en 1899⁴⁹.

Valette insistía, como otros socialistas desde 1889, en que el programa feminista estaba contenido por completo en el programa socialista: «El movimiento feminista [...] es un movimiento revolucionario de primer orden; la emancipación de la mujer es un objetivo, una revolución en sí mismo»⁵⁰. Su estudio de las mujeres en la fuerza de trabajo industrial, publicado en *La Fronde*, comenzando a finales de 1897, no solo detallaba el aumento de las mujeres industrialmente activas en Francia, sino que

⁴⁹ Sobre Valette, véase Marilyn J. Boxer, «French Socialism, Feminism, and the Family», *Third Republic/Troisième République* 3-4 (1977), pp. 128-167; y para una idea más amplia del lugar de Valette en la política de maternidad en la Francia de los años noventa del siglo XIX, véase Anne Cova, *Maternité et droits des femmes en France (XIXe-XXe siècles)*, París, Anthropos, 1997, cap. 2.

⁵⁰ Aline Valette, en «Le Féminisme à la Chambre 1893 à 1898», *La Fronde*, 29 de abril de 1898, p. 2.

apuntaba a sus obstáculos: carencia de unificación, ausencia del electorado por *conseils de prud'hommes* (que arbitraban en disputas laborales) así como de la representación política. Las mujeres empleadas ascendían a 4.415.000; Valette insistía en que ellas habían de ser conscientes del poder que representaban. Habían de ser capaces de ganarse una vida digna; salarios de hambre presentados como «pequeño suplemento» dejarían de valer, así como tampoco se mantendría la continua restricción de las mujeres trabajadoras a ciertos trabajos miserablemente pagados: «La dignidad y la independencia de la mujer, como la del hombre, no tiene una garantía más segura que el trabajo»⁵¹. Este trabajo debería pagarse y organizarse de forma adecuada. Insistía también en el derecho de las mujeres al empleo, pero también creía que las mujeres eran ante todo maternales y, en último término, pretendía que volvieran al hogar, aunque su nueva visión de la maternidad era mucho más radical que la adoptada tanto por la Iglesia católica romana como por la mayoría de los socialistas.

Los socialistas franceses no estuvieron unificados como un partido político hasta 1904, en contraste con sus homólogos alemanes, y así, a comienzos de 1890, feministas y socialistas parecieron encontrar más sencillo cooperar. La mayoría de las batallas sobre el terreno de las demandas feministas con respecto al socialismo que marcaría la Segunda Internacional se llevarían a cabo primero en el Imperio alemán, dentro del marco del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Las batallas alemanas encontraron sus ecos en gran número de otros escenarios nacionales, incluidas Francia e Italia, donde la línea de argumentación Zetkin/Bebel contra la cooperación con las feministas sería articulada categóricamente por Louise Saumoneau y Anna Kuliscioff, y Rusia, donde la línea de partido sería elaborada por Aleksandra Kollontai.

En contraste con Francia e Inglaterra, el pensamiento «liberal» tuvo un arraigo bastante escaso en la cultura política alemana y, a finales del siglo XIX, se identificaba mucho más claramente con un «liberalismo nacional». Después de la unificación en 1871, bajo Bismarck, la Alemania Imperial operó como una federación de Estados gobernada por un emperador masculino, con una línea de sucesión masculina. Prusia siguió siendo un Estado policial autoritario, altamente militarizado; al igual que en Rusia y en otras áreas del este de Europa, «libertad» (*Freiheit*) significaba algo más cercano a la libertad «ética» o «filosófica» que a la libertad política y a los derechos políticos tal como estos se entendían —de forma más concreta— en Francia e Inglaterra. Fuera de los círculos socialistas o libe-

rales, que ofrecían las únicas fisuras a través de las cuales podía filtrarse la protesta feminista, no había prácticamente ningún discurso de «derechos» del tipo de los que caracterizaban los debates de la Europa occidental, ni la noción de «ciudadanía» portaba la misma significación. Al igual que en otras sociedades europeas que no habían experimentado una revolución «liberal», la ciudadanía era aún vista como una recompensa al súbdito por su servicio, que incluía el servicio militar, más que un derecho. En una época de militarización creciente y de servicio militar obligatorio universal masculino, esto significaba un obstáculo fundamental para las mujeres. El SPD se había adueñado del discurso sobre la «igualdad», o *Gleichheit* (una palabra que connota también «semejanza» o «uniformidad» en alemán), y había absorbido muchos de los conceptos más tempranos identificados con el idealismo socialista francés e inglés, aunque rechazando tales ideas «utópicas» en favor de las soluciones «científicas» marxistas.

De este modo, a pesar de la existencia de una oscura tradición histórica de la protesta feminista con raíces en la Ilustración europea y en las revoluciones de 1848, había aún poco reconocimiento general en tierras alemanas de la posibilidad de que la subordinación de las mujeres podría ser un producto sociopolítico y cultural, no «natural». Muchas alemanas —y alemanes— del siglo XIX creían que las mujeres eran criaturas muy diferentes de los hombres y que Dios había ordenado su subordinación; el concepto de Goethe del «eterno femenino» reinaba y, desde luego, transmitía valores más positivos que negativos. La familia encabezada por el varón había sido minuciosamente «naturalizada» y dotada con una enorme autoridad moral en los escritos anteriores de teóricos legales y sociales tales como Savigny y Riehl. No todos creían, con Laura Marholm Hansson y las autoridades eclesiásticas, da igual católicas que protestantes evangélicas (luteranas), que las mujeres como mejor podían realizarse era sometándose a lo inevitable, en una situación en la que eran casi totalmente dependientes de la buena voluntad de los hombres. Ahora bien, el clima de la opinión pública era tal que solo unos pocos, como Louise Otto-Peters o Hedwig Dohm, se atrevían a hablar en voz alta o a impulsar tales ideas radicales. Aun en ese caso, la mayoría de los disidentes enmarcaba sus ideas en términos «económicos, sociales o culturales» o lo que Ute Gerhard llama «modos de pensamiento despolitizados»⁵².

Las leyes antisocialistas de Bismarck dejaron de renovarse a principios de los años noventa del siglo XIX, pero la ley prusiana sobre coaliciones aún prohibía la participación de las mujeres en asociaciones políticas, como hacían las leyes de otros cuantos Estados alemanes (con algunas excepciones, tales como la ciudad-Estado de Hamburgo y los antiguos

⁵¹ Valette, «Sténographie et machine à écrire», *La Fronde*, 6 de febrero de 1898. Este artículo y un buen número de otros artículos de Valette sobre el trabajo de las mujeres se han vuelto a publicar en Marie-Hélène Zylberberg-Hocquard y Evelyne Diebolt (eds.), *Aline Valette, Marceille Cappy: Femmes et travail au XIX^e siècle: Enquêtes de La Fronde et La Bataille syndicaliste*, París, Syros, 1984.

⁵² Ute Gerhard, «A Hidden and Complex Heritage: Reflections on the History of Germany's Women's Movements», *Women's Studies International Forum* 5, 6 (1982), p. 563.

ducados de Baden y de Württemberg). De este modo, cuando se estableció el Bund Deutscher Frauenvereine (BDF, o Federación de Asociaciones de Mujeres Alemanas) en 1894, su dirección definió sus objetivos en términos extremadamente cautos. Compuesta por grupos que incluían a la Asociación de las Mujeres Alemanas, más antigua (establecida en los años sesenta del siglo XIX), y diversos grupos caritativos, educativos y filantrópicos, la BDF no acogió de buen grado a las mujeres del «revolucionario» SPD, que en cualquier caso habían repetido de forma explícita y reiteradas veces su rechazo a cooperar, en interés de la solidaridad proletaria, con cualquier movimiento de mujeres «burgués» (*bürgerliche*).

A principios de los años noventa del siglo XIX, la BDF veía los «derechos» de las mujeres y, en especial, el sufragio femenino como un tabú; contemplaba los temas educativos, económicos y caritativos como mucho más importantes. El énfasis en la educación de las muchachas no debería sorprendernos; tal como apuntaba la observadora británica Alys Russell en 1896, fijándose en especial en la educación superior, «se constató que Alemania ofrecía menos oportunidades a las mujeres que ningún otro país europeo en Europa a excepción de Turquía»⁵³. Las primeras peticiones de la federación al gobierno abordaban temas de prostitución regulada y de inspección de empresas; dominaban también su agenda las oportunidades educativas para las muchachas, así como el avance de las mujeres maestras. La presidenta de la BDF, Auguste Schmidt, insistía en que las miembros de la BDF no estaban trabajando para sí mismas, sino para el «bienestar general»; el énfasis retórico no estaba en los derechos, sino en los «deberes» (*Pflicht*) y, más aún, las *Frauenrechtlerinnen*, «las correctoras del derecho», eran anatema⁵⁴. Puede que estas mujeres de la BDF hayan empezado a entrar en la «esfera pública», pero su liderazgo inicial no quería bajo ningún concepto ser identificado con las demandas feministas.

La situación comenzó a cambiar a mediados de los años noventa del siglo XIX. En Berlín, había unas pocas defensoras abiertas de los «derechos» que no tenían miedo del sufragio y que, a su vez, estaban familiarizadas con los precedentes franceses e ingleses, si no con los suyos propios. Una de estas, Lily von Gizycki (más tarde Lily Braun), hablaba con valor en nombre del sufragio a finales de 1894; luego, a comienzos de 1895, fundó —con Minna Cauer— un periódico, *Die Frauenbewegung*, que hacía un llamamiento a las mujeres de la izquierda y de la derecha a cooperar en la búsqueda de los derechos de las mujeres y el sufragio femenino mediante firmas y presentando una petición al gobierno.

⁵³ Alys Russell, «The Woman Movement in Germany», *Nineteenth Century* 40, 233 (julio de 1896), p. 98.

⁵⁴ Auguste Schmidt, «Die Parteien in der Frauenbewegung», *Die neue Bahnen* 33 (15 de noviembre de 1898), pp. 233-234; tal como la cita y la analiza Amy Hackett, «The German Women's Movement and Suffrage, 1890-1914: A Study of National Feminism», en Robert Bezucha (ed.), *Modern European Social History*, Lexington, D. C. Heath, 1972, pp. 363-364.

Por esto, a Von Gizycki se le leyó la cartilla en términos duros, por parte de la portavoz del SPD Clara Zetkin, que se refería al proyecto de los radicales en *Die Gleichheit* como «sueños confusos y estúpidos sobre la armonía» y afirmaba que «la "causa de la mujer", en la medida en que esta significa la emancipación de las masas femeninas, las mujeres proletarias, es de veras la causa de un partido y de un partido solamente... el socialdemócrata»⁵⁵. Von Gizycki contraatacó apuntando que en contraste con los defensores de los derechos de las mujeres en otros países, y con las mujeres socialdemócratas en Alemania, el movimiento de las mujeres *bürgerlich* no tenía a ningún partido político detrás para presionar por sus exigencias; de ahí lo prudente de su enfoque. A pesar de esto, ella insistía: «El movimiento de las mujeres no exige *almas*, sino *justicia* para el sexo femenino. Demanda acceso libre a las universidades, cambios en las leyes que tratan a las mujeres como gente de segunda clase, y reconocimiento constitucional de la mujer como ciudadano con iguales derechos». Y añadía sin rodeos, «Dudo de que la humanidad pueda ser conducida más cerca de este objetivo [el máximo bienestar posible de todos] cuando aquellos que están en la vanguardia cambian de dirección y golpean con palos contra aquellos que no pisan exactamente donde ellos; y particularmente dudo de si el ejemplo dado de este modo por la líder [Clara Zetkin] es provechoso o no»⁵⁶.

En 1896, Minna Cauer, Lily Braun (que se había casado después de la muerte de su primer marido, Georg von Gizycki) y sus asociadas organizaron en Berlín (durante la exposición que tuvo lugar en esa ciudad) el primer congreso internacional de mujeres que tendría lugar en Alemania; fue en este congreso donde Eugénie Potonié-Pierre, de París, realizó sus exigencias de *féminisme*. También organizaron un encuentro masivo en Berlín para protestar por las implicaciones para las mujeres del nuevo Código Civil alemán, continuándolo con una solicitud de protesta dirigida al gobierno.

Los acontecimientos de 1896 dieron gran energía a las feministas alemanas, y su actividad política subsiguiente preocupó enormemente a Clara Zetkin, puesto que algunos de los hombres líderes del partido, inclinán-

⁵⁵ Clara Zetkin, «Women's Libbers' Stupid Dreams about Harmony», en *Die Gleichheit*, 9 de enero de 1895; según trad. de Alfred G. Meyer del artículo de Lily Braun, «Left and Right» [«Nach links und rechts», *Die Frauenbewegung* 1, n.º 5 y 7 (1895)], en su *Lily Braun: Selected Writings on Feminism and Socialism*, Bloomington, Indiana University Press, 1987, p. 48. Véase también la biografía de Meyer, *The Feminism and Socialism of Lily Braun*, Bloomington, Indiana University Press, 1985. El desacuerdo entre Zetkin y Braun se trata también en Jean H. Quataert, *Reluctant Feminists in German Social Democracy, 1885-1917*, Princeton, Princeton University Press, 1979; Anna-E. Freier, «Dem Reich der Freiheit sollst du Kinder gebären», *Der Antifeminismus der proletarischen Frauenbewegung im Spiegel der «Gleichheit», 1891-1917*, Frankfurt, Haag & Herchen Verlag, 1981; y Ute Gerhard, *Unerhört: Die Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, Hamburgo, Rowohlt, 1990.

⁵⁶ Braun, «Left and Right», pp. 52, 48.

dose en una dirección reformista, la habían saludado con alguna simpatía. En el congreso de octubre del SPD, Zetkin conferenció ante sus camaradas sobre la imposibilidad de la solidaridad de las mujeres a través de las líneas de clase: «Hay una cuestión femenina para las mujeres del proletariado, de la burguesía media, de la *intelligentsia* y de los diez mil de arriba; esta tomará formas diversas dependiendo de la situación de clase de estos estratos»⁵⁷. Las mujeres deben permanecer en solidaridad con el proletariado, y no comprometerse en una acción separatista.

En 1899, tras un intento poco exitoso por radicalizar la BDF, insertando reivindicaciones legales y políticas en su programa, este grupo de supuestos «radicales» fundó el Verband Fortschrittlicher Frauenvereine (Liga de Organizaciones de Mujeres Progresistas), que siguió independiente de la BDF hasta 1907. En 1902, también organizaron la Deutscher Verein für Stimmrecht (Asociación Alemana por el Sufragio Femenino), que se afilió casi de inmediato con la BDF y precipitó su aprobación del voto. Muchas de estas mujeres, incluida Marie Stritt, que se convirtió en presidenta de la BDF, estuvieron también activas en el Bund für Mutterschutz (Liga para la Protección de las Madres) y fueron unas ruidosas participantes en los esfuerzos para reformar el matrimonio, las costumbres sexuales y las condiciones para la propia maternidad. Lo cierto es que, como en todo el resto de Europa, una reformulación de la maternidad centrada en la mujer y expansiva se volvió clave para el programa de la mayoría de las feministas alemanas, igual para las moderadas, las radicales o las socialistas⁵⁸.

Hacia 1907, la BDF, ahora mucho más atrevida, llevó a cabo la declaración de un amplio programa que incluía secciones de educación, vida económica, matrimonio y familia, y la vida pública, la comunidad, y el Estado, que insistía en que sus miembros trabajaban «para las mujeres de todas clases y partidos». Su objetivo declarado era el de «llevar la influen-

⁵⁷ El discurso de Zetkin de 16 de octubre de 1896 al congreso del SPD se publicó en forma de panfleto, *Nur mit der proletarischen Frau wird der Sozialismus siegen!*, y fue reeditado en sus obras reunidas. Una traducción inglesa puede consultarse en Hal Draper y Anne G. Lipow, «Marxist Women versus Bourgeois Feminism», *The Socialist Register* 1976, ed. John Saville & Ralph Miliband, Londres, Merlin Press, 1976, pp. 192-201. Para un análisis excelente, véase Lise Vogel, *Marxism and the Oppression of Women*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1983, pp. 107-115.

Pueden rastrearse conflictos similares en Italia, donde en 1892 Anna-Maria Mozzoni desafió a la activista del partido socialista marxista italiano y periodista, nacida en Rusia, Anna Kuliscioff: «La *Critica Sociale* [que editó Kuliscioff] cree que la cuestión femenina es de forma fundamental y exclusiva una cuestión económica y que sencillamente se resolverá por sí misma junto con esta última. No se trata solo de que yo ponga esto en duda, sino de que creo que es incorrecto». Véase Mozzoni, *I socialisti e l'emancipazione della donna*, Alessandria, 1892, repr. en Mozzoni, *La liberazione della donna*, ed. Franca Pieroni Bortolotti, Milán, Gabriele Mazzotta, 1975, p. 212; trad. KO.

⁵⁸ Para las formulaciones alemanas de estos temas de maternidad, véase Ann Taylor Allen, *Feminism and Motherhood in Germany, 1800-1914*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991.

cia cultural de las mujeres a su desarrollo completo y a su franca eficacia social» mediante la búsqueda de «una transformación de ideas y condiciones» en estas áreas⁵⁹. La BDF insistía en el reconocimiento de la importancia cultural de la «vocación» de las mujeres en el matrimonio y la maternidad y, al mismo tiempo, también en la importancia del trabajo vocacional remunerado de las mujeres, en el mismo salario por el mismo trabajo, en la reforma de las leyes matrimoniales, en la necesidad de combatir la prostitución, y en la inclusión de las mujeres en todos los aspectos de la vida pública, hasta llegar e incluyendo al sufragio local, eclesial y político. Este amplio programa insistía en la completa realización del potencial de las mujeres dentro de un marco relacional.

Las mujeres del SPD, guiadas por Clara Zetkin, respondían emitiendo una propuesta para el sufragio femenino sin restricciones, en paralelo con un sufragio masculino también sin restricciones. Las delegadas a la primera conferencia de las mujeres socialistas europeas, que tuvo lugar durante el congreso de Stuttgart de la Segunda Internacional en agosto de 1907, aprobaron una resolución apelando a los partidos miembros a apoyar un sufragio completamente inclusivo. Para Zetkin, no obstante, la lucha por el sufragio femenino no podría considerarse nunca un fin en sí misma; siempre se presentó como un medio para un fin mayor de «la lucha proletaria por la liberación»⁶⁰. Más aún, el propio hecho de aceptación de este objetivo feminista «burgués», afirmado en su forma más radical de sufragio universal para ambos sexos, podía verse como un compromiso con la posición revolucionaria anterior del SPD.

Algunas feministas socialistas francesas vieron con malos ojos la continua insistencia por parte de la Segunda Internacional, dominada por el SPD, en la no cooperación con el feminismo «burgués». La médica activista Madeleine Pelletier, editora de *La Suffragiste*, planteaba que el feminismo, a través de la consecución de la igualdad política y social de los sexos, podría beneficiar a todas las mujeres; ella no veía nada malo en el feminismo proletario/socialista que operaba en paralelo con su homólogo: «La mujer proletaria es dos veces esclava; la esclava de su marido y la esclava del jefe; el éxito de las exigencias feministas aseguraría que ella solo sería esclava una vez; eso sería ya un progreso»⁶¹. Hubertine

⁵⁹ Bund Deutscher Frauenvereine, «Programm» (1907), trad. en Katharine Anthony, *Feminism in Germany and Scandinavia*, Nueva York, Henry Holt, 1915, pp. 20-26; publicado originalmente en *Centralblatt des Bundes deutscher Frauenvereine* (julio de 1907); repr. en WFF, vol. 2, doc. 20.

⁶⁰ Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, resolución sobre el sufragio femenino, Stuttgart, 1907; en *Dokumente und Materialien zur Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, vol. 4, Berlín, 1967; trad. Alfred G. Meyer, en Dorothy Atkinson, Alexander Dallin y Gail Lapidus (eds.), *Women in Russia*, Stanford, Stanford University Press, 1977, pp. 93-94; también en WFF, vol. 2, doc. 59.

⁶¹ Madeleine Pelletier, «Féminisme bourgeois et féminisme socialiste», *Le Socialiste* (5-12 de mayo de 1907), p. 2. Véanse también los artículos en su publicación mensual, *La Suffragiste*

Auclert era menos optimista: «No puede haber a la vez un feminismo burgués y un feminismo socialista porque no hay dos sexos femeninos»⁶².

En 1910, la propuesta de un día internacional de las mujeres, en el Segundo Congreso de Mujeres Socialistas, celebrado en conjunción con el Congreso de la Segunda Internacional de Copenhague, se presentó como una celebración específica y exclusivamente socialista. La resolución presentada por Clara Zetkin y sus colegas señalaba:

De acuerdo con la conciencia de clase, las organizaciones políticas y sindicales del proletariado de sus respectivos países, las mujeres socialistas de todos los países celebrarán cada año un Día de las Mujeres, cuyo principal propósito ha de ser el de ayudar a la consecución del sufragio de las mujeres. Esta exigencia ha de llevarse a cabo en conjunción con toda la cuestión de las mujeres según los preceptos socialistas⁶³.

Otra variación en la competencia entre las denominadas feministas «burguesas» o ciudadanas y las feministas socialistas marxistas se llevaría a cabo en Rusia, donde se desarrolló una significativa iniciativa feminista durante los años revolucionarios de 1905-1906. Según las desdénasas reivindicaciones realizadas por Zinaida Vengerova, se había hecho evidente que las mujeres en Rusia estaban severamente desfavorecidas desde la perspectiva de los estándares occidentales de libertad civil y política. Es cierto que las mujeres casadas en el Imperio ruso podían controlar su propiedad (hacienda) particular separada, algo que de forma casi invariable no ocurría en la Europa occidental. Ahora bien, en un sistema en el que tanto las hijas como las esposas estaban formalmente sujetas a la autoridad masculina a lo largo de sus vidas, esto tenía poca importancia práctica. Basándose en estos derechos de propiedad, estas mujeres podían ejercer un sufragio muy limitado (por lo general, por poderes, a través de un pariente masculino) en los asuntos gubernamentales locales. Ocurría también que, en la década de 1870, se habían abierto importantes oportu-

(1907-1914); y Felicia Gordon, *The Integral Feminist: Madeleine Pelletier, 1874-1939*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990. Véase también Charles Sowerwine y Claude Maignien, *Madeleine Pelletier, une féministe dans l'arène politique*, París, Éditions ouvrières, 1992; *Madeleine Pelletier (1874-1939): Logique et infortunes d'un combat pour l'égalité*, ed. Christine Bard, París, côté-femmes, 1992; and Marilyn J. Boxer, «Placing Madeleine Pelletier: Beyond the Dichotomies Socialism/Feminism and Equality/Difference», *History of European Ideas* 21, 3 (1995), pp. 421-438.

⁶² Hubertine Auclert, «Socialistes et bourgeoises», *Le Radical* (3 de septiembre de 1907), trad. en Hause, con Kenney, *Women's Suffrage and Social Politics*, p. 70.

⁶³ Procedente de *Die Gleichheit*, 29 de agosto de 1910; trad. en Philip S. Foner (ed.), *Clara Zetkin: Selected Writings*, Nueva York, International Publishers, 1984, p. 108. Véase también Temma Kaplan, «On the Socialist Origins of International Women's Day», *Feminist Studies* 11, 1 (primavera, 1985), pp. 163-171, y Pam McAllister, «A Tale of Two Days», en su libro *This River of Courage: Generations of Women's Resistance and Action*, Filadelfia, New Society Publishers, 1991, esp. pp. 84-92.

nidades para la educación superior de las mujeres, pero estas habían sido puestas repetidamente en peligro por las intervenciones del gobierno y los cierres de las instituciones educativas durante los años ochenta y noventa del siglo XIX. Aun así, cada vez más mujeres rusas habían obtenido una educación avanzada. A medida que Rusia se industrializaba, no obstante, un número cada vez mayor de mujeres estaba entrando en la nueva mano de obra industrial, en especial en las ciudades más grandes como San Petersburgo y Moscú, y esto suscitaría otros temas sobre el pago y la propiedad. La mera mención de tales reformas, sin embargo, provocó una fuerte resistencia. Una campaña llevada a cabo por reformadores legales para revisar la ley matrimonial y de familia «provocó una resistencia conservadora y clerical tan fuerte que a la caída del viejo régimen era poca la mejora que se había conseguido en el estatus legal de las mujeres»⁶⁴.

Al principio del siglo XX, la autocracia rusa ejercía aún controles sumamente efectivos sobre el discurso, la asociación y la iniciativa local a través de su amplia burocracia y de su policía secreta. La creación de posibilidades para las mujeres y hombres por igual era mínima. Apenas había ninguna «esfera pública» en el sentido de ese término más al oeste. Lo cierto es que, aun después de 1905, los censores estuvieron alerta para la «emancipación de las mujeres» como un tema arriesgado y, tal como ha señalado la historiadora Linda Edmondson, «feminismo» era un término extranjero que la *intelligentsia* no importó. La *Russkoye Sienskoye Vsaimno-Blagotvoritelnoye Obsietsvo* (RSVBO, Sociedad Filantrópica Mutua de Mujeres Rusas), fundada en 1895 en San Petersburgo, había estado planeando un congreso de mujeres desde 1902, pero sus esfuerzos fueron continuamente frustrados por el ministro de Interior, que no solo insistía en limitar su agenda a los temas filantrópicos y educativos, sino que también exigía la presentación previa de las ponencias del congreso para su aprobación oficial; la Sociedad Filantrópica canceló finalmente su congreso. Los derechos de las mujeres rusas nunca recibieron la crucial autorización gubernamental necesaria para establecer un Consejo Nacional de Mujeres.

En un ambiente como este, no podía sorprender que algunas reformistas en potencia, en medio de su frustración, se hubieran vuelto (y se volverían) hacia ideas exaltadas de revolución social y hacia métodos terroristas, incluido el asesinato de oficiales públicos. Estas alternativas revolucionarias se circunscribían históricamente a la memoria del movimiento populista de los años sesenta y setenta del siglo XIX y, por consiguiente, a la memoria de las sociedades secretas socialistas, guiadas por intelectuales rusos en el exilio. Las reivindicaciones feministas de dere-

⁶⁴ Véase William G. Wagner, «The Trojan Mare: Women's Rights and Civil Rights in Late Imperial Russia», en Olga Crisp y Linda Edmondson (eds.), *Civil Rights in Imperial Russia*, Oxford, Clarendon Press, 1989, p. 66.

chos civiles y políticos tan solo encontrarán un comienzo en 1905, tras la masacre del Domingo Sangriento (el 9 de enero, según el calendario gregoriano).

La nueva ley de asociaciones de 1905 permitió el establecimiento de asociaciones registradas (controladas) y, a finales de febrero, un grupo de mujeres cultivadas de Moscú organizó el Soyus Ravpravnosti Siensin (SRS, Unión por los Derechos Igualitarios de las Mujeres). En el mes de mayo, había establecido 20 secciones en varias ciudades rusas. Ahora bien, cuando dos delegadas de este grupo aparecieron en el congreso fundador de la Unión de Uniones global a comienzos de mayo, la respuesta fue: «¿Cómo llegaron las mujeres aquí? Esto debe de ser algún malentendido»⁶⁵.

La plataforma SRS, elaborada en Moscú en su primer congreso a principios de mayo, presentó un amplio espectro de demandas feministas asociadas con la causa general de transformar el carácter político de Rusia. En el programa se lee «La lucha por los derechos de las mujeres se halla unida indisolublemente a la lucha por la liberación política de Rusia». Las delegadas exigían la celebración de una asamblea constituyente, «sobre la base del sufragio universal, directo y secreto sin distinción de sexo, nacionalidad o religión, con el establecimiento preliminar de la inviolabilidad de la persona y el hogar, la libertad de conciencia, discurso, asamblea y asociación, el restablecimiento de los derechos de todos aquellos que sufren por sus creencias políticas y religiosas». Apoyó las reivindicaciones de autodeterminación cultural y nacional dentro del Imperio ruso y «la igualación de los derechos de las mujeres campesinas con los de los hombres en todas las reformas agrarias futuras». Exigencias adicionales exigían iguales oportunidades en educación y en elecciones vocacionales y la «abolición de todas las leyes excepcionales referidas a la cuestión de la prostitución y la degradación de la dignidad humana de las mujeres». Más aún, y por fin, exigía el final inmediato de la guerra con Japón⁶⁶.

Otros nuevos grupos de mujeres, como la Sociedad para la Ayuda Mutua a las Mujeres Trabajadoras, en Saratov, en el Volga (durante mucho tiempo un centro de pensamiento disidente), habían insistido también en el sufragio igualitario: «Como miembros de familias y como ciudadanas, las mujeres han de tomar parte activa en la decisión de cuestiones de gue-

⁶⁵ Ekaterina Shchepkina, *Sienskoye dvizhenie v otsyvaj sovremennyy dieyateli* (1905), citado en traducción por Linda Edmondson, «Women's Rights, Civil Rights and the Debate over Citizenship in the 1905 Revolution», en Linda Edmondson (ed.), *Women and Society in Russia and the Soviet Union*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 96, n. 3.

⁶⁶ Programa de la Unión por los Derechos Igualitarios de las Mujeres de Todas las Rusias, Moscú, mayo de 1905; trad. Linda Edmondson, en *Sbornik: Study Group on the Russian Revolution 9* (Leeds, 1983), pp. 125-126. Extractos también en Edmondson, *Feminism in Russia, 1900-1917*, Stanford, Stanford University Press, 1984, pp. 40-41. Mi agradecimiento a Linda Edmondson por enviarme una fotocopia de su traducción.

rra y paz»⁶⁷. Muchos otros grupos de mujeres por toda Rusia formularían y publicarían posteriormente reivindicaciones de cambio en su condición, incluyendo derechos igualitarios.

Los derechos de voto y los derechos civiles, no obstante, resultaron ser extremadamente controvertidos, lo mismo que en Francia en 1789 y 1848. El Manifiesto de Octubre del zar, que concedió derechos civiles limitados y accedió a las exigencias de una asamblea de representantes, ignoró intencionadamente el tema de los derechos para las mujeres. Los partidos políticos de reciente formación, incluidos los demócratas constitucionales liberales (kadetes), se mostraron repetidas veces reticentes a respaldar estos principios, aunque muchos líderes kadetes reconocían su comprensivo apoyo. Cuando las disposiciones para la elección de la primera Duma estatal (Parlamento) acabaron de elaborarse, las mujeres fueron excluidas aun cuando a los hombres se les había permitido el derecho a voto. Esto se estaba convirtiendo en un escenario demasiado familiar en la historia europea. También las mujeres campesinas reconocían el problema. Una petición indignada a la primera Duma desde la provincia de Voronies señalaba que el representante de Voronies había «anunciado en la Duma que los campesinos solo reconocían el trabajo de las mujeres en la familia y exigían que las propias mujeres no quisieran derecho alguno». Haciéndose eco de exigencias que podían remontarse a centurias atrás, las peticionarias insistían: «No hay mujeres delegadas en la Duma que pudieran hablar por las mujeres, por lo tanto ¿cómo lo sabe él? Está equivocado, pues lo sabría si nos hubiera preguntado. Nosotras, las mujeres de la provincia de Voronies [...] entendemos bien que necesitamos derechos y tierra igual que los hombres»⁶⁸.

La Unión de las Mujeres por los Derechos Igualitarios tuvo finalmente éxito en la presión a los representantes masculinos para debatir el sufragio femenino en la Duma a principios de junio de 1906. La Sociedad Filantrópica Mutua de Mujeres había reunido unas 4.000 firmas en una petición de derechos igualitarios para las mujeres y, en apoyo de la petición de las mujeres, el diputado Lev Petrasitskii presentó un elocuente argumento en nombre del derecho al voto de las mismas. Sin embargo, este sería el primero y el último debate de este tipo. A comienzos de julio, la Duma fue cerrada abruptamente por tropas del gobierno y, a continuación, disuelta.

Aun durante los años 1905-1906, las feministas rusas se enfrentaron a la oposición en casi cada parte del espectro político que estaba surgiendo, desde musulmanes, clero ortodoxo y campesinos ultraconservadores, por

⁶⁷ Referido en *Sienskii viestnik* 5 (1905), pp. 143-144; trad. Edmondson, *Feminism in Russia*, p. 37.

⁶⁸ Petición citada por N. Mirovich, *Is istorii sienskogo dvizheniya v Rossii*, 1908; trad. en Rose Glickman, *Russian Factory Women: Workplace and Society, 1880-1914*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1984, p. 244.

la derecha, hasta socialdemócratas y socialrevolucionarios, por la izquierda. Cuando las partidarias petersburguesas de la Unión por los Derechos Igualitarios organizaron la reunión fundadora de su sección el 10 de abril de 1905, Aleksandra Kollontai, en nombre de los socialdemócratas rusos, hizo un intento de interrumpirla. «En aquellos años», escribió Kollontai más tarde, «el movimiento de las mujeres burguesas planteaba una seria amenaza a la unidad del movimiento de la clase trabajadora». Ella y sus asociadas «advertían a las mujeres trabajadoras contra el dejarse entusiasmar por el feminismo y les pedía defender la única bandera de los trabajadores revolucionarios». Sus resoluciones, «delineando los principios de unidad de la clase proletaria» fueron, sin embargo, «derrotadas de un modo decisivo»⁶⁹. Otras mujeres revolucionarias radicales y sociales se unieron al consejo de la SRS, pero no estuvieron mucho tiempo; se retiraron de la unión en la primavera de 1906.

Los socialdemócratas rusos, como sus homólogos alemanes, defendieron de forma posesiva su petición al proletariado, incluyendo a sus mujeres, como su electorado exclusivo. Incluso cuando las mujeres del SRS fueron atraídas cada vez más hacia la izquierda del espectro político, la resistencia de las mujeres socialdemócratas, ya fueran mencheviques (moderadas) o bolcheviques (radicales), pareció crecer. Las mujeres socialdemócratas de Rusia, igual que en Alemania, insistieron en que la lucha de clases ha de tener prioridad y opusieron los esfuerzos de los *ravnopraki* (los que luchaban por la igualdad de derechos) para atraer a «sus» mujeres de clase trabajadora para apoyar la causa feminista, deseando que no se «infectasen», como escribió Kollontai retrospectivamente, con el «veneno del feminismo»⁷⁰.

El pensamiento y las maniobras de Kollontai, como los de Clara Zetkin, a la que Kollontai pidió consejo en 1906, dieron el tono posterior para los enfoques socialdemócratas a la cuestión femenina en Rusia. Sus intentos de sabotear los esfuerzos feministas revelan la enorme resistencia a la que se enfrentó el feminismo desde el socialismo organizado en Europa durante los primeros años del siglo XX, así como la profundidad de los miedos de los partidos socialistas a la competencia feminista por las lealtades de las mujeres de la clase trabajadora. Opuesta a los esfuerzos de las feministas «burguesas» en Rusia, Kollontai quería, no obstante, incorpo-

⁶⁹ Aleksandra Kollontai, «Towards a History of the Working Women's Movement in Russia» (1920), tal como se reeditó en *Selected Writings of Alexandra Kollontai*, trad. con introducción y comentarios de Alix Holt, Nueva York y Londres, W. W. Norton, 1980, pp. 50-51. Sobre Kollontai, véase Barbara Evans Clements, *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Bloomington, Indiana University Press, 1979, y Beatrice Brod Farnsworth, *Aleksandra Kollontai: Socialism, Feminism, and the Bolshevik Revolution*, Stanford, Stanford University Press, 1980.

⁷⁰ Kollontai, «Towards a History», en *Selected Writings*, p. 51. Sobre estos acontecimientos, véase Linda Edmondson, «The Women's Movement and the State in Russia before 1917», ponencia inédita ofrecida en el congreso IFRWH de Bielefeld, abril de 1993, p. 8.

rar los esfuerzos por la emancipación de las mujeres al programa socialista ruso con el fin de reclutar mujeres para la socialdemocracia. Ahora bien, ninguno de los hombres socialdemócratas de la facción que fuera parecía particularmente interesado o comprensivo y, desde luego, le reprochaban ser «feminista», a pesar de haber expresado su hostilidad al feminismo organizado y a los temas «separados» de mujeres.

El choque entre feministas y socialdemócratas alcanzó un enfrentamiento final durante el Congreso de Mujeres de Todas las Rusias, celebrado en diciembre de 1908 en San Petersburgo. Enfrentándose a la insistencia de Kollontai y de la delegación de Mujeres Trabajadoras de que la cuestión femenina no podía resolverse fuera de la socialdemocracia, las portavoces *ravnopraki* insistieron en que todas las clases compartían problemas comunes, problemas que tenían su raíz en la dominación masculina:

Incluso el proletariado al que el orden contemporáneo le da tan pocas alegrías [perdería] una esclava; la esposa que le sirve, cría sus hijos, cocina y lava la ropa. Puede que esta sea la razón por la que [los socialdemócratas] de forma instintiva e inconsciente no tienen prisa por llevar a cabo [su programa de igualdad de derechos para las mujeres], y están dispuestos a legar la tarea a las generaciones futuras⁷¹.

Los kadetes promovían los derechos de las mujeres como una fachada, insistía Kalmanovich en el Congreso, pero los socialdemócratas eran iguales: «Al margen de la etiqueta que se pongan los hombres —liberales, conservadores o socialdemócratas—, no se puede depender de ellos para dar la libertad a las mujeres»⁷².

Este tipo de análisis no fue bien recibido por las socialdemócratas como Kollontai, pero esta se vio obligada a dejar abruptamente el congreso y huir del país para evitar que la arrestaran. Su exposición fue leída por otro miembro de la delegación de mujeres trabajadoras:

No hay ninguna cuestión femenina independiente; la cuestión femenina surgió como un componente integral del problema social de nuestro tiempo. La completa liberación de la mujer como miembro de la sociedad, como trabajadora, como individuo, como esposa, como madre, es posible por tanto solo junto con la resolución de la cuestión social general, junto con la transformación fundamental del orden social contemporáneo⁷³.

⁷¹ Anna Kal'manovich, en *Soyuz Siensin* 9 (1908), p. 3; en trad. de Glickman, *Russian Factory Women*, p. 262.

⁷² Kal'manovich, de las actas del congreso, *Trudy I vsierossiiskogo sienskogo siesda*, St. Petersburgo, 1908, p. 784; trad. en Glickman, *Russian Factory Women*, p. 257.

⁷³ Aleksandra Kollontai, «Siensina-rabotnitsa v sovriemennom obsiestvie [La Mujer Trabajadora en la Sociedad Contemporánea]», en *Trudy I vsierossiiskogo*, pp. 800-801; según trad. en Clements, *Bolshevik Feminist*, p. 63.

La posterior publicación de Kollontai, *La base social de la cuestión femenina* (1909), una evaluación crítica del movimiento feminista ruso y la respuesta socialdemócrata, fue su legado. Ella permaneció en el exilio en Europa central y occidental hasta 1917. Con el Congreso de Todas las Mujeres como cosa del pasado y con Kollontai fuera del país, los socialdemócratas rusos, con tan solo unas pocas excepciones, «perdieron virtualmente cualquier interés en las mujeres trabajadoras»⁷⁴.

Lo que parece claro desde la carrera temprana de Kollontai es que otras causas (el trabajo del partido socialdemócrata; el trabajo contra la guerra con los bolcheviques) tuvieron prioridad de forma invariable y repetida respecto de la emancipación de las mujeres. Tan solo en el exilio comenzará ella a desarrollar el análisis más detallado y matizado de la subordinación de las mujeres a los hombres que emergería en sus escritos tardíos. En los años revolucionarios de 1918-1919, que siguieron a la toma del poder en Rusia por los bolcheviques, Lenin pondrá a Kollontai a cargo de la sección de mujeres del nuevo Partido Comunista, la Sienoriel, que durante su corta vida fue la encargada de desarrollar el programa para las mujeres del gobierno revolucionario. «El principal avance de toda esta actividad», escribía más tarde Kollontai, «fue implementar, de hecho, los derechos igualitarios para las mujeres como una unidad de trabajo en la economía nacional y como una ciudadana en la esfera política y, por supuesto, con una salvedad especial: la maternidad iba a ser alabada como una función social y, por tanto, protegida y facilitada por el Estado»⁷⁵. Las consecuencias de este enfoque marcarían a la Europa del este —y del norte— durante más o menos medio siglo.

⁷⁴ Glickman, *Russian Factory Women*, p. 272.

⁷⁵ Alexandra Kollontai, *The Autobiography of a Sexually Emancipated Communist Woman*, trad. Salvator Attanasio, Nueva York, Herder & Herder, 1971, p. 41.

NACIONALIZAR LOS FEMINISMOS Y FEMINIZAR LOS NACIONALISMOS, 1890-1914

El surgimiento de los Estados-nación y el pensamiento centrado en la nación desde la Revolución francesa había abierto nuevos canales dentro de los cuales podía desarrollarse la acción feminista. Grupos aspirantes patriotas y nacionalistas buscaban —con bastante éxito— conseguir la energía de las mujeres en nombre de la condición de Estado a la que aspiraban, dotándoles de oportunidades cuidadosamente encauzadas para actuar en el dominio público y, en ocasiones, ofreciéndoles la esperanza de un eventual poder decisorio. Al mismo tiempo, estos grupos dominados por hombres podían crear nuevas barreras, favoreciendo incluso las reacciones en contra con características culturales peculiarmente nacionales. La suerte de las mujeres se hallaba estrechamente vinculada a la creación de las naciones: la escritora bohemia Josefa Humpal Zeman insistía, hablando al Congreso Mundial de Mujeres en 1893, en que «hagan lo que hagan [las mujeres], por cualquier cosa que deseen, nunca olvidarán su obligación hacia la nación y son primero patriotas y luego mujeres»¹.

Durante el siglo XIX, tal como sugieren los capítulos previos, en ciudades grandes y pequeñas de toda Europa, los desafíos feministas recorrieron una trayectoria explosiva. Feministas y organizaciones feministas se multiplicaron rápidamente, desarrollando identidades y características que eran culturalmente distintivas y específicas del contexto —lo que la historiadora Amy Hackett ha bautizado como «feminismo nacional»².

¹ Josefa Humpal Zeman, «The Women of Bohemia», en Mary Kavanaugh Oldham Eagle (ed.), *The Congress of Women Held in the Woman's Building, World's Columbian Exposition, Chicago, U.S.A., 1893*, Chicago, W. B. Conkey, 1894, vol. I, p. 129.

² Amy Hackett, «The German Women's Movement and Suffrage, 1890-1914: A Study of National Feminism», en Robert Bezucha (ed.), *Modern European Social History*, Lexington, D. C. Heath, 1972, p. 354. Véase también Amy Hackett, «The Politics of Feminism in Wilhelmine Germany, 1890-1918», 2 vols., tesis doctoral, Columbia University, 1976. Véase también la obra

Las especialistas recientes han prestado cada vez más atención a las particularidades de las culturas políticas feministas, que con mucha frecuencia desarrollaron sus contenidos en una serie de argumentos relacionales enmarcados en términos de derechos y deberes, a la nación, a los hombres, a los niños.

Los esfuerzos internacionalistas se desarrollaron de igual modo, tejiendo una densa red de contactos entre mujeres de diferentes naciones y culturas. Si el catolicismo romano y la Asociación de Hombres Trabajadores de la Segunda Internacional tomaron posiciones fuertes e internacionalmente influyentes, en pro y en contra, respecto a la emancipación de las mujeres a finales del siglo XIX, las organizaciones internacionales, ahora cada vez más visibles, aceleraron su actividad, convocando una serie de conferencias generales e iniciativas conjuntas en París, Londres, Berlín, Bruselas y Roma³. Las feministas también participaron en otras conferencias dedicadas a temas específicos, tales como promover la educación popular, combatir el alcoholismo, estimular la legislación protectora, defender la eugenesia, organizar a los trabajadores y evitar la guerra. Ellas pusieron sobre la mesa para la discusión temas altamente controvertidos en este periodo, incluida la educación sexual, la contracepción, el aborto y la prostitución regulada y la trata de blancas. Publicaron y publicitaron sus actas y resoluciones, y atrajeron una atención cada vez mayor en la prensa⁴.

En la Conferencia del Consejo Internacional de Mujeres de 1899 en Londres y en la conferencia de Berlín de 1904, las activistas prosufragio comenzaron a presionar para la movilización internacional y para la creación de un frente unificado. La Alianza Internacional por el Sufragio Femenino (IWSA, International Woman Suffrage Alliance), nacida en 1902, encabezó desde entonces esta iniciativa, animando al establecimiento de sociedades sufragistas y de campañas activas en cada uno de sus países miembros. Tanto para aquellos que vivían en sociedades que habían establecido alguna forma de gobierno representativo como para aquellos cuyas sociedades aspiraban a hacerlo, la campaña por el sufragio femenino

aún de gran valor de Richard J. Evans, *The Feminist Movement in Germany, 1894-1933*, Londres y Beverly Hills (Calif.), Sage, 1976.

³ París y Berlín, 1896; Bruselas, 1897; Londres, 1899; París, 1900; Berlín, 1904; Toronto, 1909; Bruselas, 1912; París, 1913; y Roma, 1914. Un listado completo de los congresos internacionales entre 1878 y 1914, con sus títulos oficiales, se encuentra en Ulla Wikander, «International Women's Congresses, 1878-1914: The Controversy over Equality and Special Labour Legislation», en Maud L. Eduards et al. (eds.), *Rethinking Change: Current Swedish Feminist Research*, Uppsala, HSFR, distribuido por Swedish Science Press, 1992, p. 14. También comenzaron a proliferar los congresos nacionales. El primer congreso por los derechos de las mujeres suizas tuvo lugar en 1896; el primer congreso italiano, en 1908; el primer congreso portugués, en 1909.

⁴ Véase Leila J. Rupp, *Worlds of Women: The Making of an International Women's Movement*, Princeton, Princeton University Press, 1998. Gracias a Leila Rupp por permitirme consultar su manuscrito antes de la publicación.

simbolizó la lucha de las mujeres por la inclusión, por un papel en la toma de decisiones que les permitiría dar forma al futuro de los Estados nacionales en los que vivían o esperaban vivir.

FEMINISMO Y NACIONALISMO:

CUATRO CASOS DE ESTUDIO EN ESTADOS-NACIÓN EN CIERNES

En los territorios bajo el poder de los imperios Habsburgo y ruso, como Bohemia, Polonia, Hungría, Finlandia y Ucrania, entre los pueblos que aspiraban a la condición de nación, los ríos fundidos de lava feminista discurrían de forma más expansiva a través de las aberturas que ofrecía la política del nacionalismo cultural. Polonia, Bohemia y Hungría eran viejos reinos que habían perdido su soberanía en el curso de los conflictos territoriales anteriores; los ucranianos y finlandeses habían desarrollado culturas distintivas, pero no habían conseguido un estatus soberano como naciones. Las feministas en esas sociedades (como entre otros pueblos que aspiraban a la independencia tales como los noruegos, catalanes, letones o estones) manifestarían sus reivindicaciones con referencia a la construcción de una cultura y una nación. En Grecia (Hellas), que había sido escenario de un exitoso movimiento nacional de independencia del Imperio otomano, en los inicios del siglo XIX, el feminismo entró en erupción en medio de la búsqueda para definir la identidad étnica y cultural griega a la Europa occidental. En cada caso, los defensores de la emancipación de las mujeres se posicionaron de forma determinada y abierta, tanto frente a las circunstancias internas como frente a las influencias externas. En cada caso, las feministas promovieron la educación de las mujeres y la plena ciudadanía como elementos centrales para la realización del proyecto nacional. Aquí consideraré los casos de Finlandia, de los ucranianos, de Grecia y de Bélgica.

Un ejemplo particularmente exitoso de un feminismo nacional lo ofrece la pequeña nación nórdica de Finlandia, el primer país de Europa en el que todas las mujeres, junto con todos los hombres (de veinticuatro años o más para ambos sexos), obtuvieron el sufragio sin restricciones así como la elegibilidad para cargos. En 1809, Finlandia, después de ser dominada por Suecia durante seis siglos, se había convertido en un ducado casi autónomo con sus propias instituciones representativas, gobernadas por el zar de Rusia, que también portaba el título de gran duque de Finlandia. Por consiguiente, la política de la autonomía cultural finlandesa se definía, por un lado, en relación a la minoría sueca, pequeña pero que dominó durante mucho tiempo y, por otro, con respecto al Imperio autocrático ruso, mucho mayor y mucho más poderoso. Una lectura del *Subjection of Women* de John Stuart Mill en los años ochenta del siglo XIX había estimulado la fundación de la organización de muje-

res Suomen Neisyhdistys (conocida para los fineses de habla sueca como Finsk Qvinnoforening).

Probablemente, conseguir los derechos de las mujeres con respecto a la política de identidad nacional le debía menos a Mill, no obstante, que a la lucha por la independencia de Rusia y al peso político de los socialistas fineses. En esta lucha, los fineses hicieron uso de la idea revolucionaria francesa de madres-educadoras al servicio de la causa nacional, un concepto que, para los años noventa del siglo XIX, había permeado la política del nacionalismo a lo largo de la Europa del siglo XIX. Las mujeres líderes de la mayoría de habla finesa desempeñaron un papel vital y muy visible en la lucha nacionalista, enseñando de forma deliberada la lengua finesa a sus hijos y promoviendo la cultura finesa mediante la fundación de escuelas y periódicos. Tal como lo explicaba la baronesa Aleksandra Gripenberg, novelista y durante mucho tiempo defensora de los derechos de las mujeres, al Congreso Mundial de Mujeres Representantes en 1893: «Los líderes masculinos apelaban a las madres, a través de las cuales la idea iba a ir a la generación siguiente mediante la educación de los niños en su lengua nativa. Las mujeres no permanecieron indiferentes y, para ellas, este movimiento se convirtió en el arado que preparó el campo para otra gran idea... la de sus propios derechos»⁵. El establecimiento de escuelas coeducativas en los años ochenta del siglo XIX proporcionaba un vehículo a la gente joven de ambos sexos para estudiar juntos y superar viejos prejuicios.

La política del feminismo en Finlandia era igualitaria y totalmente relacional, celebrando lo «femenino» en relación a lo «masculino». En algunos aspectos, comparables a sus homólogas alemanas, las feministas finesas proclamaban las cualidades «maternales» y «femeninas» tanto en un sentido social como en un sentido cultural. En un discurso de 1897 a la Dieta finlandesa, Gripenberg expresó el concepto de este modo: «En otras palabras, la feminidad es la maternidad en el sentido más profundo de la palabra. Que la tarea primordial del trabajo por los derechos de las mujeres sea que se le dé su verdadero valor en esa que es la más grande de todas las casas, la sociedad, esa es la esencia de todos nuestros esfuerzos, aun cuando a menudo sea malinterpretada por nuestros oponentes y por nuestros aparentes amigos»⁶.

⁵ «Finsk Qvinnoforening, The Finnish Women's Association-Address by Baroness Gripenberg of Finland, Read by Meri Toppelius of Finland», en May Wright Sewall (ed.), *The World's Congress of Representative Women* (15-22 de mayo de 1893), Chicago y Nueva York, Rand McNally, 1894, p. 523.

⁶ Baronesa Aleksandra Gripenberg, como aparece citada por Irma Sulkunen, «The Mobilisation of Women and the Birth of Civil Society», en Merja Manninen y Päivi Setälä (eds.), *The Lady With the Bow: The Story of Finnish Women*, trad. Michael Wynne-Ellis, Helsinki, Otava, 1990, pp. 50-51. Irma Sulkunen me informó de que el discurso de Gripenberg de enero de 1897 fue citado de forma impresa por Lilli Lilius en la publicación finlandesa en pro de la moderación Kylväjä (1898, n.º 1), p. 2.

Examinando con cierta alarma las implicaciones políticas de la campaña cultural finlandesa, en 1899, la autocracia rusa lanzó otra de rusificación provocando con ello una crisis que movilizó a los finlandeses de ambos sexos en una lucha por sus derechos y por su autodeterminación cultural. Este esfuerzo culminó en una gran huelga nacional a finales de octubre de 1905, que, combinada con los acontecimientos revolucionarios que se desarrollaban en Rusia en ese momento, forzó al zar a ofrecer a la Dieta finlandesa concesiones significativas, incluida la virtual independencia y el sufragio democrático para ambos sexos. En contraste con Rusia, todas las facciones políticas en Finlandia apoyaban el sufragio femenino; las mujeres habían estado votando a nivel municipal ya durante décadas. El voto nacional se reconocía abiertamente como una «recompensa» para el importante papel de las mujeres en el esfuerzo nacionalista.

La victoria del sufragio femenino en la Finlandia de 1906 fue anunciada con entusiasmo a sus colegas europeos, llenos de envidia, por Aleksandra Gripenberg, que posteriormente fue elegida para el Parlamento finlandés:

Nuestra victoria es grande en todos los casos y tanto más por cuanto la propuesta ha sido adoptada casi sin oposición. La gratitud que nosotras las mujeres sentimos se mezcla con el conocimiento de que nos merecemos este gran éxito mucho menos que las mujeres de Inglaterra o América, que llevan tanto tiempo luchando y con tanta fe, con mucha más energía y perseverancia que nosotras⁷.

La victoria del sufragio en Finlandia, ayudada por el considerable músculo organizativo y el apoyo de los socialistas, sirvió como un punto

Sulkunen (p. 51) da una idea de este intento feminista por redefinir y revalorar la feminidad con respecto a la identidad nacional: «La maternidad emerge como el concepto clave en la nueva identidad, pero esta característica no se relaciona con ningún rol femenino tradicional —como a menudo se cree erróneamente—, sino con algo bastante nuevo en contenido. La maternidad, es decir, la capacidad para cuidar, criar y comprender, se considera la más alta cualidad femenina y ha de librarse de las ataduras debilitadoras y supuestamente biológicas del papel femenino tradicional. La nueva institución de la maternidad, de carácter energético y bondadoso, iniciada por las propias activistas por los derechos de las mujeres y apoyada por todas las organizaciones «progresistas», comenzó a penetrar en todo el tejido de la sociedad para convertirse en el único requisito para la ciudadanía de la mujer emancipada».

⁷ Aleksandra [sic] Gripenberg, «The Great Victory in Finland» (29 de junio de 1906), en *The Englishwoman's Review*, n. s., 38, 3 (16 de julio de 1906), pp. 155-157; repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 57; cita, p. 230. Los especialistas anglohablantes sobre el activismo feminista y la victoria del sufragio en 1906 incluyen a: Riitta Jallinoja, «The Women's Liberation Movement in Finland: The Social and Political Mobilisation of Women in Finland, 1880-1910», *Scandinavian Journal of History* 5, 1 (1980), pp. 37-49; y Aura Korppi-Tommola, «Fighting Together for Freedom: Nationalism, Socialism, Feminism, and Women's Suffrage in Finland 1906», *Scandinavian Journal of History* 15, 3 (1990), pp. 181-191. Sobre las mujeres socialistas, véase Maria Lähteenmäki, «The Foreign Contacts of the Finnish Working Women's Movement (ca. 1900-1918)», *Scandinavian Journal of History* 13, 1 (1988), pp. 29-37.

de confluencia para la intensificación de las campañas por el sufragio llevadas a cabo por las feministas por todo el mundo occidental, estimulando en última instancia la reorientación de la política socialista y católica sobre la cuestión. Grupos de mujeres fueron elegidos para la Dieta finlandesa en elecciones subsiguientes, y en 1909 la igualdad de derechos y deberes para ambos sexos fue incorporada a la Constitución finlandesa. Su agenda para la reforma comprendía 26 puntos, incluyendo espectaculares cambios que empoderaban a las mujeres casadas en la ley de la propiedad y de la tutela legal, en el empleo de mujeres al servicio del Estado como matronas de las parroquias o inspectoras sanitarias. Tan solo en 1917, sin embargo, después de muchos episodios de resistencia al zarismo ruso, obtuvieron los finlandeses la independencia completa como Estado-nación.

Una erupción feminista del siglo XIX con menos éxito se situó en un contexto cultural-nacionalista que tuvo lugar en grupos de mujeres ucranianas, que se comprometieron, de la mano de los hombres ucranianos, en un intento prolongado pero fútil, en último término, de construir una nación. El pueblo de Ucrania vivía entonces bajo la jurisdicción de dos vastos y muy diferentes imperios multiétnicos, el ruso y el austrohúngaro (sobre todo en Galitzia), en cada uno de los cuales constituían una minoría étnica y religiosa políticamente insegura. Entre los ucranianos, no tenían «derechos» ni las mujeres ni los hombres dentro de las entidades soberanas bajo las que vivían; su objetivo compartido era la autodeterminación y el reconocimiento de su comunidad entera. Sin embargo, dentro del movimiento nacional ucraniano, la discriminación sexual levantaba a veces su fea cabeza y unas cuantas mujeres ucranianas hubieron de improvisar una política feminista autóctona en respuesta a los intentos de los líderes masculinos de exiliarlas a la cocina cuando las mujeres pensaban que se las debería incluir a la hora de tomar decisiones políticas. Estas se convirtieron, en palabras de la historiadora Bohachevsky-Chomiak, en «feministas a pesar de sí mismas»⁸.

No hay discusión en que la figura más importante en el movimiento de las mujeres ucranianas de Galitzia fue Natalia Ozarkevych Kobryns'ka, cuyo pensamiento sobre la cuestión femenina se había visto estimulado no solo por la cuestión ucraniana, sino también por su exposición extensiva al debate alemán e inglés sobre la cuestión femenina. Su padre, un miembro del clero católico ucraniano, sirvió también como diputado del Reichsrat en Viena. Como hija mayor y única chica, Kobryns'ka leyó mucho (evidentemente, incluidas obras en alemán, en traducción alemana, en polaco y en ruso) y estaba familiarizada con los escritos de Chier-nichievskii, John Stuart Mill y Marx y Engels, entre muchos otros.

⁸ Véase Martha Bohachevsky-Chomiak, *Feminists Despite Themselves: Women in Ukrainian Community Life 1884-1939*, Edmonton, Canadian Institute of Ukrainian Studies, University of Alberta, 1988.

Kobryns'ka se centró en especial en la necesidad de formación y de independencia económica de las mujeres y, a mediados de los años ochenta del siglo XIX, había organizado una asociación de mujeres en Stanyslaviv, cuyo objetivo era el de introducir a las mujeres a la reflexión crítica a través de la literatura. En los años noventa del siglo XIX, publicó una serie de almanaques de mujeres, *Nasa Dolia* (*Nuestro destino*), en los que defendía la organización de las mujeres, la autoayuda, las mayores oportunidades formativas y económicas y el sufragio femenino. Socialista convencida pero no dogmática (como tantas otras), discutió a través de sus escritos con Clara Zetkin, afirmando la legitimidad y la necesidad del denominado feminismo burgués y recalcando que los hombres, sean socialistas o no, no trabajaban de forma automática en nombre de la emancipación de las mujeres. «Es una pena», escribía ella, «que la esclavitud de tantos años de las mujeres esté grabada como una cicatriz en los conceptos de los hombres, de modo que las mujeres hayan de luchar no solo contra el orden social que las mantiene esclavizadas, sino también contra los prejuicios de los hombres»⁹.

Para aliviar las cargas de las mujeres, Kobryns'ka trabajó para establecer cocinas centrales y guarderías en lengua ucraniana para madres de localidades campesinas que trabajaban en los campos, que harían posible, entre otras cosas, contrarrestar los esfuerzos católicos polacos por ofrecer tales servicios (y con ello influenciar a sus hijos lejos de la cultura ucraniana). Ella también organizó peticiones, en particular una de abril de 1890 al Reichsrat en Viena (firmada por 226 mujeres ucranianas), demandando mayores oportunidades educativas para las mujeres de las tierras que estaban bajo dominio austriaco, en apoyo a una demanda comparable realizada por las feministas checas, con las que ella posteriormente trató de desarrollar alianzas¹⁰. Su padre presentó la petición al Reichsrat, pero nunca se discutió. Los términos de esta petición sitúan la demanda educativa en un contexto mucho más amplio, del todo comparable con las nociones de subordinación de las mujeres en la Europa occidental:

La cuestión femenina es sin ninguna duda el movimiento más importante de nuestro siglo. Mientras que otros temas se refieren solo a una parte de la sociedad, este movimiento concierne a la mitad de toda la especie humana. [...] El sistema social actual diferencia entre hombre y

⁹ Natalia Kobryns'ka, en *Nasa dolia*, vol. 2, L'viv, 1895, p. 10; trad. en Martha Bohachevsky-Chomiak, «Natalia Kobryns'ka: A Formulator of Feminism», en Andrei S. Markviits y Frank E. Sysyn (eds.), *Nationbuilding and the Politics of Nationalism: Essays on Austrian Galicia*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1982, p. 214.

¹⁰ Sobre la iniciativa educativa de las feministas checas, véase Karen Johnson Freeze, «Medical Education for Women in Austria: A Study in the Politics of the Czech Women's Movement in the 1890s», en Sharon L. Wolchik y Alfred G. Meyer (eds.), *Women, State, and Party in Eastern Europe*, Durham, Duke University Press, 1985, pp. 51-63.

mujer en todos los niveles de la vida espiritual y económica. Intereses [...] enfrentados en la comunidad y en la vida privada hacen posible que los hombres que controlan la esfera pública pasen por alto hasta los más justificados deseos y necesidades de las mujeres¹¹.

Los esfuerzos de Kobrynsk'a no fueron bien recibidos por los hombres de la *intelligentsia* ucraniana, que la castigaron por no apoyar sus esfuerzos sin crítica alguna. A su vez, ella denunció «la fe ciega de nuestras mujeres en la autoridad masculina y la trágica dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres»¹². La siguiente generación de mujeres se mostró distante: su publicación *Meta (Objetivo)*, fundada en 1908, se tituló «un periódico de las mujeres progresistas ucranianas», pero sus editores no estaban muy dispuestos a expresar abiertamente los objetivos feministas. Como su principal preocupación, quedó el patriotismo, y no el feminismo; la meta era la soberanía de Ucrania, aunque cuando esta se materializó brevemente en 1917, a consecuencia de la Revolución rusa, sería efímera. En 1920, la República ucraniana sería de nuevo engullida por un Estado más grande, esta vez por la recién fundada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

El reino de Grecia ofrece un caso de agudo contraste en la relación del feminismo con el nacionalismo. A continuación de la revolución por la independencia del dominio otomano a principios de los años veinte del siglo XIX, y de la importación de un príncipe bávaro como rey, el nuevo Estado griego se había posicionado como el «este del oeste o el oeste del este», en los términos de la historiadora Eleni Varika¹³. Allí, el descontento feminista encontró un comienzo a través de un lenguaje fundado en el propio movimiento de independencia griego, que se inspiraba deliberada y fuertemente en el de la Revolución francesa y a través de una historia que elaboraba cada vez más la imagen de una Grecia histórica, y de Atenas en particular, como el puro lugar de nacimiento de la democracia.

Después de algunos borboteos tempranos, el feminismo griego entró en erupción en los años noventa del siglo XIX, viniendo a continuación el lanzamiento en Atenas, en 1887, de la publicación semanal de mujeres

¹¹ Petición al Reichsrat, abril 1890; trad. en Bohachevsky-Chomiak, *Feminists Despite Themselves*, pp. 87-88.

¹² Kobrynsk'a, en *Nasha dalia*, vol. 2, p. 99; trad. en Bohachevsky-Chomiak, *ibid.*, p. 217.

¹³ Eleni Varikas, «The Women's Movement in Greece», ponencia inédita presentada en el congreso sobre los movimientos europeos de mujeres en el siglo XIX, Stuttgart/Birkach, junio de 1995, p. 1, publicada posteriormente en Paletschek y Pietrow-Ennker (eds.), *WEM*, pp. 263-280. Véase también Varikas, «La Révolte des dames: Génèse d'une conscience féministe dans la Grèce du XIX^e siècle (1833-1917)», tesis doctoral, Universidad de París VII, UER Histoire et Civilisation, 1986. Una versión en lengua griega del estudio de Varikas se publicó en Atenas en 1987; aquí, no obstante, he utilizado la versión francesa. Un artículo reciente en inglés obra de Varikas es «Gender and National Identity in fin de siècle Greece», *Gender & History* 5, 2 (verano, 1993), pp. 269-283.

Efimeris ton kyrion (Periódico de Mujeres), editado por Callirhoé Siganou Parren. El *Periódico de Mujeres* apareció como un semanal de ocho páginas hasta 1908, cuando cambió a una periodicidad bimensual, que se mantuvo hasta finales de 1916. Parren era políglota (además de griego, hablaba inglés, francés, italiano y ruso) y había viajado mucho. Nacida en Creta, había sido maestra en ciudades de la diáspora griega (en Rusia y en los Balcanes) y se había casado con un periodista francés, Jean Parren, que había establecido la agencia de prensa francesa en Constantinopla antes de que la pareja se trasladara a Atenas. Ella era realmente cosmopolita y estaba a su vez posicionada en la vanguardia de la revolución de las comunicaciones. Muchas de sus colaboradoras habían sido educadas en una escuela privada de señoritas en Atenas, que había sido fundada en la época de la guerra de independencia por una pareja americana. Se trataba de mujeres notables y enérgicas y que articulaban reivindicaciones radicales.

Parren, que se había embarcado en una historia mundial de las mujeres, no estaba haciendo otra cosa que adaptar la historia griega a sus fines feministas. Cuando habló a los delegados en el Congreso Mundial de Mujeres Representantes de 1893, en Chicago, invocó claramente a la historia «desconocida» de las mujeres de Atenas. Además de «luz, progreso, civilización, letras, arte, ciencia», significaba también «el predominio de las diosas en Olimpia y el predominio de la mujer en la sociedad [...] con los mismos derechos civiles que los hombres». Fueron las mujeres, decía ella, las que eligieron a la diosa de la sabiduría, Atenea, por encima de Poseidón, el dios del mar, como protectora de la ciudad. Más aún, proclamó ella, «la edad de oro» de Grecia «se debe a Aspasia». Como en la Grecia moderna desde la independencia: «Las mujeres están preservando su lenguaje, sus costumbres y sus tradiciones. La cristiandad que ellas adoptaron y para cuya mejora han trabajado más que nadie como oradoras y reformadoras y en labores de apostolado, les ha dado fuerza para el gran trabajo del patriotismo»¹⁴. Esto era claramente un llamamiento diseñado para poner a prueba a Occidente y para apelar a las miles de feministas americanas presentes en el congreso de Chicago.

Parren y sus asociadas renunciaron de forma explícita a solicitar el voto legislativo. Esta decisión fue táctica y deliberadamente calculada para demostrar moderación, a la vez que reivindicaba cambios radicales en las oportunidades relacionadas con la educación y el empleo. Ella se referiría más tarde a los críticos a las aspiraciones y metas feministas como «misóginos orientales». Después de que las mujeres finesas hubieran obtenido el voto en 1906, no obstante, la desilusión de Parren se revelaba en sí misma de forma visceral:

¹⁴ «Callirhoé Parren of Greece, Representing Her Country by the Particular Appointment of Queen Olga», en *World's Congress of Representative Women*, ed. Sewall, p. 28; y «The Solidarity of Human Interests — An Address by Callirhoé Parren of Athens, Greece», *ibid.*, pp. 639, 640.

Mirad a esas felices mortales que ya no están obligadas a suplicar a los legisladores masculinos, que ya no están obligadas a mendigar reformas. En cuanto a nosotras, las denominadas reinas del hogar que llevamos coronas de espinas [...], tendremos que seguir aún mucho tiempo para someter a nuestro destino, aun cuando estemos esclavizadas por nuestros dueños tiránicos e imbéciles¹⁵.

En el interin, Parren y sus colegas se comprometieron activamente en la promoción de los trabajos de escritoras, en la recuperación de la historia de las mujeres y en el establecimiento de escuelas profesionales para mujeres, escuelas dominicales y empresas filantrópicas de todas clases diseñadas para aumentar las oportunidades de las mujeres griegas: «Estamos luchando para que las mujeres asuman su emancipación en sus propias manos»¹⁶. En el proceso de celebrar a las mujeres y combatir el chauvinismo de los hombres griegos, Parren y sus asociadas echaron la culpa a los hombres:

Grecia ha existido siempre, la Grecia arcaica, la Grecia de las colonias, la Grecia libre y la Grecia esclava; es el hombre quien asumió y sigue asumiendo aún el gobierno, la hegemonía, la tiranía, el poder absoluto. Es el hombre y no la mujer. De este modo, si los asuntos sociales van mal, la responsabilidad descansa solo sobre aquellos que gobiernan y no sobre los gobernados¹⁷.

Estas feministas griegas insistían en una especie de transvaloración de los valores, dejando a las mujeres sin responsabilidad en el desorden político del momento, pero posicionándolas como las portadoras éticas de la salvación griega.

En cada uno de estos países en ciernes, las feministas se enfrentaban a las fortunas cambiantes de una vida política sobre la que ellas no tenían poder. En 1909, una toma del poder por los militares cambió el clima para la actividad feminista en Grecia, un escenario que volvería a darse más de una vez en el siglo XX. El autoritarismo del Estado ruso y la turbulencia de la revolución de 1917 tendrían un peso muy grande sobre las posibilidades abiertas a las feministas en Rusia y en la comunidad ucraniana. Antes de 1914, solo los noruegos y los finlandeses, mediante una combinación de circunstancias políticas favorables, fueron capaces de llevar a cabo algunos de sus objetivos con el advenimiento de la sobera-

¹⁵ «The Real Queens», *Efimeris ton kyrion*, 15 de abril de 1907; trad. KO. de la traducción francesa de Varikas, en «Révolte des dames», p. 402.

¹⁶ *Efimeris ton kyrion*, 21 de febrero de 1902; trad. KO de la traducción francesa de Varikas, *ibid.*, p. 335.

¹⁷ Parren, «Subjects and Objects», *Efimeris ton kyrion*, 25 de octubre de 1898; trad. KO de la traducción francesa de Varikas, *ibid.*, p. 425.

na. En otras partes, las feministas habrían de enfrentarse de continuo a las agendas nacionales preferentes.

Un cuarto caso a estudiar lo ofrece Bélgica, que había conseguido la independencia en 1831, después de siglos de dominio español, luego austriaco y holandés. Con el fin de evitar los proyectos franceses sobre Bélgica, los grandes poderes habían establecido una monarquía constitucional bajo la protección internacional. Con una población dividida entre la cultura francesa y la flamenca, con una fuerte preponderancia de los católicos conservadores y un pequeño contingente de liberales anticlericales, gobernados por leyes francesas encarnadas por el Código Napoleónico, antiholandeses, y cada vez más industrializados, los belgas tuvieron que inventarse una identidad nacional más positiva.

La educación de las mujeres preocupó durante mucho tiempo a las aspirantes a feministas en Bélgica. En los años noventa del siglo XIX, un movimiento feminista había comenzado a reunir seguidores entre la población francófona, gracias a los esfuerzos de Marie Popelin, la primera mujer belga en obtener el título de abogada, y de su colega de abogacía Louis Frank. Popelin había asistido a las conferencias feministas internacionales en París, en 1889, y hacia 1892 logró fundar una Ligue Belge du Droit des Femmes (LBDF, Liga Belga para los Derechos de las Mujeres) sobre el modelo establecido en Francia por Maria Deraismes y Léon Richier. La Ligue, constituida por educadores, abogados, liberales y librepensadores francófonos progresistas, y sus estrechos contactos con feministas radicadas en París, les aseguraban que los miembros de la Ligue emprenderían una acción paralela para reformar el estatus de las mujeres en el matrimonio bajo el Código Napoleónico y a trabajar por la educación secundaria de las muchachas. Bajo un gobierno dominado por los católicos, quizá no fuera posible hacer más. Rechazando reconocer la lucha de clases como una prioridad, las feministas belgas entraron en una competición, al comienzo amistosa, con el Partido de los Obreros Belgas (POB)¹⁸.

En sus Estatutos de 1894, el Partido de los Obreros Belgas había respaldado con entusiasmo el sufragio femenino y el final de todas las leyes discriminatorias, presionado por Emilie Claeys y otras feministas socialistas de la clase trabajadora de habla flamenca. Ahora bien, en 1902, los líderes del partido alcanzaron un acuerdo con el Partido Liberal para de-

¹⁸ Sobre el movimiento feminista, véanse especialmente las contribuciones de Denise de Weert, *En de Vrouwen? Vrouw, vrouwenbeweging en feminisme in België (1830-1960)*, Gante, Masereelfonds, 1980; Denise Keymolen, Greet Castermans y Miet Smet, *De Geschiedenis geweld aangedaan: De Strijd voor het vrouwenstemrecht, 1886-1948*, Amberes, Nederlandse Boekhandel, 1981; el número especial *Féminismes de Sextant: Revue du Groupe interdisciplinaire d'études sur les femmes*, ed. Éliane Gubin, n.º 1 (invierno, 1993); y de forma más reciente Éliane Gubin, Valérie Piette y Catherine Jacques, «Les Féminismes belges et français de 1830 a 1914: Une approche comparée», *Le Mouvement social* 178 (enero-marzo de 1997), pp. 36-68, con notas bibliográficas indicando artículos anteriores.

safiar el control político católico defendiendo el sufragio universal masculino; una condición del acuerdo era cortar con el compromiso de principio con el sufragio femenino. La dirección del POB hizo un llamamiento a sus mujeres para que abandonaran públicamente su pretensión de sufragio. Ellas lo hicieron a regañadientes, aunque no sin objeciones enérgicas. El Partido de los Obreros Belgas, en el juicio mordaz de un historiador, «tardó poco en traicionar la causa de las mujeres, al escuchar las primeras notas del canto de sirenas electoral»¹⁹. Este movimiento oportunista no pasó desapercibido para otros socialdemócratas ni para las feministas de toda Europa.

FEMINISMO Y NACIONALISMO EN LOS ESTADOS-NACIÓN ESTABLECIDOS

Estas culturas más pequeñas y estas naciones en ciernes no eran en ningún modo las únicas en producir «feminismos nacionalistas». Los mayores poderes europeos —Inglaterra, Francia y Alemania— estuvieron comprometidos precisamente en el mismo tipo de ejercicio. Aunque muchas feministas fueran activas internacionalistas, estaban también decididamente comprometidas con sus propias culturas políticas. Las feministas francesas insistían en su identificación como *Françaises* —mujeres francesas—, cada vez más, por tanto, a medida que reclamaban su pasado y perseguían derechos civiles y políticos dentro del marco del Estado-nación francés, altamente centralizado y laico²⁰. Las publicaciones con títulos tales como *The Englishwoman's Review* y *The Englishwoman* subrayaban ese punto para las feministas inglesas. «Las feministas alemanas eran», en palabras de una historiadora, «sumamente conscientes de que eran alemanas a la vez que mujeres»²¹. Nadie podría atreverse a afirmar, ante la actividad feminista de comienzos de la primera década del siglo XX, que las mujeres no tenían país.

El tema sobre el que prácticamente todas las feministas estaban de acuerdo hacia la primera década del siglo XX era que las mujeres, incluidas las mujeres casadas, debían tener el sufragio y la ciudadanía plena en sus respectivos Estados-nación. Parecía, no obstante, cada vez más claro para las activistas en el continente europeo, de igual modo que ya había quedado claro en el mundo anglohablante varias décadas antes y para las

feministas francesas desde 1789 y 1848, que los gobiernos dominados por los hombres —en particular los gobiernos democratizadores interesados solo en los votantes masculinos y los partidos políticos de reciente desarrollo que buscaban representarlos— podían resultar extremadamente resistentes a compartir con las mujeres su recién adquirido poder. En algunas provincias del Imperio austrohúngaro, donde el voto estaba aún basado en la propiedad y las mujeres habían estado votando utilizando apoderados masculinos, las contribuyentes femeninas fueron desprovistas de su voto de forma deliberada; cuando esto ocurrió en la Baja Austria, en 1889, estimuló que las maestras austriacas empezaran a organizarse en agrupaciones. En Bohemia, ello provocó que las feministas checohablantes hicieran campaña por una representación femenina en el Reichsrat de Viena²².

Las feministas demandaron por primera vez el sufragio parlamentario democrático a comienzos de la Revolución francesa. Ahora bien, ello solo lo habían obtenido las mujeres que vivían en la periferia del mundo angloamericano —en el oeste de los Estados Unidos (comenzando con Wyoming en 1869), en Nueva Zelanda (1893) y en Australia (1894, 1899)—. En Europa, el sufragio femenino parecía ser mucho más controvertido y, aunque algunas mujeres podían votar en temas locales, solo Finlandia (1906) y Noruega (1913) permitieron votar a las mujeres a nivel nacional antes de 1914²³. En su lugar, algunos gobiernos nacionales lograron cerrar los resquicios legales que hubieran permitido que las mujeres votaran. Añadir la palabra «masculino» a la calificación electoral parecía haberse convertido en un pasado ominoso.

Las sufragistas desarrollaron de continuo nuevos argumentos para respaldar la participación de las mujeres en la vida política nacional. Diferentes contextos nacionales exigían estrategias retóricas y tácticas políticas distintas. En Inglaterra, a continuación de la derrota en 1867 de la enmienda de John Stuart Mill al proyecto de reforma parlamentaria, en 1869, a las mujeres adultas solteras se les había concedido, sin embargo, el derecho al voto en las elecciones municipales y escolares. Cuando se celebraron de nuevo las votaciones parlamentarias nacionales en 1892, William Gladstone, el líder más influyente del Partido Liberal Británico y cuatro veces primer ministro, manifestó su oposición a dar el voto a las mujeres, exigiendo que incluso las mujeres sin casar debían ser «salva-

¹⁹ Patricia Penn Hilden, *Women, Work, and Politics: Belgium, 1830-1914*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1993, p. 238. Véase también Marinette Bruwier, «Le Socialisme et les femmes», en 1885-1985: *Du Parti Ouvrier Belge au Parti Socialiste, Mélanges publiés à l'occasion du centenaire du P.O.B. par l'Institut Émile Vandervelde*, Bruselas, 1985, pp. 309-336.

²⁰ Véase Karen Offen, «Exploring the Sexual Politics of Republican Nationalism», Robert Tombs (ed.), en *Nationhood and Nationalism in France: From Boulangism to the Great War, 1889-1918*, Londres, HarperCollins, 1991, pp. 195-209.

²¹ Hackett, «Politics of Feminism», vol. I, p. iv.

²² Véase Katherine David, «Czech Feminists and Nationalism in the Late Habsburg Monarchy: "The First in Austria"», *Journal of Women's History* 3, 2 (otoño, 1991), pp. 26-45.

²³ Véanse los ensayos en Caroline Daley y Melanie Nolan (eds.) *Suffrage and Beyond: International Feminist Perspectives*, Auckland, Auckland University Press; Londres, Pluto Press; Nueva York, New York University Press, 1994. Para un análisis comparativo de las campañas por el sufragio femenino, véase Steven C. Hause y Anne R. Kenney, «The Limits of Suffragist Behavior: Legalism and Militancy in France, 1876-1922», *American Historical Review* 86, 4 (octubre de 1981), pp. 781-806.

das» de la «vorágine de la vida pública»²⁴. Susan Elizabeth Gay respondió en nombre de la Federación Liberal de Mujeres:

No, señor, no es privando a la mujer o a una parte del sexo femenino de derechos justos como usted podrá preservar «su delicadeza, pureza y refinamiento», no es acentuando el sexo como usted puede promover la «elevación de su propia naturaleza»: es defendiendo eso que la convierte en un ser humano en su sentido pleno, libre para elegir, con asuntos tan inmensos como aquellos que posee usted mismo; un alma tan divina; una inmortalidad tan profunda. [...] Portando la idea de dependencia femenina más allá del dominio del sentimiento [...] y convirtiéndola en un sistema de opresión religiosa y legal y de desigualdad moral, se ha perpetrado un mal repugnante, no solo sobre la feminidad, sino sobre toda la especie humana, cuyos instintos sexuales pervertidos y excesivos muestran las consecuencias naturales²⁵.

La campaña británica por el voto se convirtió pronto en la más espectacular, a causa de la campaña militante encabezada por la Women's Social and Political Union (WSPU, Unión Social y Política de las Mujeres), que complementaba las actividades de la National Union of Women Suffrage Societies (NUWSS, Unión Nacional de Sociedades Sufragistas) encabezada por Millicent Garrett Fawcett²⁶. Estas campañas comprometieron a miles de mujeres de clase media y trabajadora en los años que van entre 1906 y 1914. Lo cierto es que la campaña de la WSPU, con sus desfiles masivos, sus actos de violencia contra la propiedad, deliberados y bien publicitados, y centrándose en la derrota de los candidatos de todos los partidos políticos que rechazaran apoyar el sufragio femenino, captó la atención mundial. En esta campaña «suffragette» (sufragista con el matiz femenino, como distinto de «suffragist», más general y que incluiría a hombres y mujeres), orquestada por Emmeline Pankhurst, sus

²⁴ *Female Suffrage, a Letter from the Right Hon. W. E. Gladstone to Samuel Smith, M.P. 11 April 1892*. Publicado originalmente en Londres y reeditado por las Mujeres Americanas Remostrantes para la Extensión del Sufragio a las Mujeres (sin ed. y sin fecha); en WFF, vol. 2, doc. 55 (cita, p. 224).

²⁵ Susan Elizabeth Gay, *A Reply to Mr. Gladstone's Letter on Woman Suffrage*, Londres, 1892; en WFF, vol. 2, doc. 56, p. 227.

²⁶ Sobre las campañas de la NUWSS y WSPU, véase Leslie Parker Hume, *The National Union of Women's Suffrage Societies*, Nueva York, Garland, 1982; Andrew Rasen, *Rise Up, Women! The Militant Campaign of the Women's Social and Political Union, 1903-1914*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1974; Jill Norris y Jill Liddington, *One Hand Tied Behind Us: The Rise of the Women's Suffrage Movement*, Londres, Virago, 1978; Les Garner, *Stepping Stones to Women's Liberty: Feminist Ideas in the Women's Suffrage Movement 1900-1918*, Londres, Heinemann, 1984; y Sandra Stanley Holton, *Feminism and Democracy: Women's Suffrage and Reform Politics in Britain, 1900-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986. Véase también Midge Mackenzie, *Shoulder to Shoulder*, Nueva York, Knopf, 1975; y Lisa Tickner, *Spectacle of Women: Imagery of the Suffrage Campaign*, Londres, Chatto & Windus, 1987.

hijas Christabel y Sylvia, y las Pethick-Lawrence, se renunció definitivamente a la denominada propiedad femenina (aunque no la feminidad). Tal como dijo Emmeline Pankhurst en su testimonio en el juzgado de 1908, tras su arresto por «conducta desordenada»: «Hemos tratado de ser femininas, hemos tratado de usar la influencia femenina, y hemos visto que no sirve de nada [...]; no estamos aquí porque hayamos quebrantado la ley; estamos aquí por nuestros esfuerzos de convertirnos en legisladoras»²⁷. La campaña por el voto de las mujeres británicas se considera como el acontecimiento mediático más extraordinario del movimiento feminista y las medidas represivas iniciadas por el gobierno británico contra las *suffragettes* despertó la indignación de mujeres y hombres de todo el mundo.

En los años 1910-1914, el destino del sufragio femenino en el Parlamento británico estuvo estrechamente ligado al destino del gobierno autónomo para los irlandeses. La campaña del sufragio irlandés, aunque menos espectacular que la de Inglaterra, fue en algunos aspectos aún más dramática. Las expectativas eran extremadamente altas. Desde 1801, los irlandeses, bajo el dominio británico (algunos lo llamaban colonización), abolida su propio Parlamento, se habían comprometido cada vez más con la autodeterminación nacional. Ahora bien, la sociedad irlandesa estaba políticamente dividida entre unionistas y nacionalistas, y religiosamente entre protestantes (que tendían a ser angloirlandeses, que residían en el Ulster) y católicos (de forma más frecuente, de ascendiente celta, más pobres y concentrados en los condados más al sur). Durante muchas décadas, los nacionalistas habían combatido por un gobierno autónomo constitucional, una campaña en la que una minoría más radical cada vez quería presionar más hacia una completa independencia nacional. Las mujeres irlandesas habían apoyado lealmente estos esfuerzos. Junto a los hombres, a las mujeres irlandesas se les había concedido el voto en las elecciones locales en 1898, y un gran número de sociedades sufragistas moderadas de mujeres promovía la causa del sufragio parlamentario.

Con todo, a principios del siglo XX, el Partido Irlandés —los miembros del Parlamento que representaban a Irlanda en la Cámara de los Comunes británica (y que mantuvieron el equilibrio de poderes de 1910 a 1914)— rechazó apoyar al sufragio de las mujeres como tal o respaldarlo como parte del acuerdo que ellos habían determinado negociar con el ministerio liberal británico entonces en el poder. Los líderes del Partido Irlandés se oponían de forma notoria a conceder el voto a las mujeres; ellos insistían

²⁷ Emmeline Pankhurst, en *Votes for Women* 34 (29 de octubre de 1908), pp. 77-83; cita, p. 81; repr. en WFF, vol. 2, doc. 61. Este discurso parece ofrecer una respuesta conclusiva a la perplejidad de Brian Harrison respecto al movimiento de la WSPU hacia una táctica militante: véase «The Art of Militancy: Violence and the Suffragettes, 1904-1914», en Brian Harrison, *Peaceable Kingdom: Stability and Change in Modern Britain*, Oxford, Clarendon Press, 1982, pp. 26-81.

en que la búsqueda del gobierno autónomo no debía comprometerse suscitando la cuestión de los votos de las mujeres. Además, los líderes proclamaban que eran los propios irlandeses y no la Cámara de los Comunes británica quienes deberían decidir tales asuntos. Temían la influencia de los sacerdotes —católicos— sobre las votantes femeninas.

Las feministas irlandesas reconocieron con rapidez que el obstáculo más serio a su derecho al voto se encontraba entre sus propios representantes parlamentarios. Por consiguiente, en 1908, las *suffragettes* nacionalistas irlandesas Hanna Sheehy Skeffington y Margaret Cousins fundaron la militante Irish Women's Franchise League (IWFL, Liga por el Voto de las Mujeres Irlandesas), incluyendo tanto a mujeres nacionalistas como a mujeres unionistas, inspirándose cada vez más en la WSPU inglesa, y se pusieron a trabajar²⁸. El programa de la IWFL insistía en particular en la inclusión de una disposición sobre el voto femenino en cualquier proyecto de ley de gobierno autónomo que pudieran aprobar los Comunes. En 1911, el grupo, «creyendo que, en interés del país como un todo, las mujeres deberían ser admitidas a participar en el gobierno de Irlanda», explicaba su reivindicación específica, «que el proyecto de ley de gobierno autónomo propuesto facilita para la elección de los miembros de un Parlamento Irlandés el Registro del Gobierno Local, que incluye a las mujeres así como a los hombres»²⁹.

En abril de 1912, los miembros irlandeses del Parlamento en Westminster torpedearon el proyecto de ley de Conciliación que habría permitido el derecho al voto de mujeres propietarias y contribuyentes, la mayoría de la cuales estaban solteras o viudas; inmediatamente después se sometió a debate el proyecto de ley de gobierno autónomo —sin la condición del voto de ninguna mujer—. Habían traicionado, en efecto, a las mujeres irlandesas en favor del gobierno autónomo masculino. «Ninguna mujer con amor propio podrá estar satisfecha con ningún proyecto

²⁸ Véase Rosemary Cullen Owens, *Smashing Times: A History of the Irish Suffrage Movement*, Dublín, Attic Press, 1984; Cliona Murphy, *The Women's Suffrage Movement and Irish Society in the Early Twentieth Century*, Filadelfia, Temple University Press, 1989; Margaret Ward, *Unmanageable Revolutionaries: Women in Irish Nationalism*, Dingle, Brandon, 1983; y Londres, Pluto Press; y Margaret Ward (ed.), *In Their Own Voice: Women and Irish Nationalism*, Dublín, Attic Press, 1995. Véase también Maria Luddy (ed.), *Women in Ireland, 1800-1918: A Documentary History*, Cork, Cork University Press, 1995. Sobre Hanna Sheehy Skeffington, véase Leah Levenson y Jerry H. Natterstad, *Hanna Sheehy Skeffington, Irish Feminist*, Syracuse, Syracuse University Press, 1986; y Maria Luddy, *Hanna Sheehy Skeffington*, Dublín, Dundalgon Press, 1995.

²⁹ Resolución de la Liga por el Voto de las Mujeres Irlandesas, publicado en *Votes for Women* 189 (20 de octubre de 1911), p. 34. Ratificando las reivindicaciones de la IWFL en *Votes for Women*, Christabel Pankhurst afirmaba: «Ahora es demasiado tarde en la historia universal como para crear parlamentos y conceder constituciones sin dar los mismos derechos al voto a las mujeres. Este mal se hizo por última vez, en tanto en cuanto atañe a este imperio, en Sudáfrica. No puede hacerse en Irlanda». Véase su artículo «Woman Suffragists and Irish Home Rule», en el número citado *supra*, p. 41.

de ley que descalifique a su sexo para la ciudadanía», insistía enfadada Margaret Cousins³⁰.

Así comenzó una campaña cada vez más hostil y violenta por parte de la IWFL, durante la que sus miembros, como las militantes de la WSPU en Inglaterra, organizaban manifestaciones masivas, rompían ventanas e iban a la cárcel, insistiendo en que ellas eran prisioneras políticas. A raíz del bloqueo informativo sobre sus actividades, los miembros de la IWFL fundaron la publicación para sus propias noticias, *The Irish Citizen* (*El Ciudadano Irlandés*).

En el otro extremo de la cuestión irlandesa estaban los nacionalistas del Sinn Féin, que defendían una república irlandesa independiente. Este grupo era una pequeña pero creciente minoría a comienzos del siglo XX, pero sus líderes sí que defendieron la completa igualdad de derechos para las mujeres, prometiendo incluso restaurar los derechos celtas de las mujeres que la ocupación inglesa había ocultado..., pero solo después de la revolución. Las líderes de la IWFL eran, no obstante, escépticas respecto a estas reivindicaciones de apoyo a los derechos de las mujeres, sufragio incluido, por parte de los líderes del Sinn Féin. En aquellas circunstancias, reclamaban, las mujeres irlandesas necesitaban el voto de forma inmediata.

Con la fundación en abril de 1914 del Cumann na mBan, el grupo auxiliar de mujeres a los voluntarios paramilitares irlandeses nacionalistas (que más tarde se convirtió en el Ejército Republicano Irlandés), otras sufragistas, lideradas por Constance (Gore-Booth) Markievicz, insistieron —en muy buena medida, como los miembros del Parlamento del Partido Irlandés y en oposición a la IWFL— en que la causa de la liberación nacional era la que tenía prioridad. Las mujeres de la IWFL, por su parte, las acusaron de «arrastrada servidumbre» y «esclavitud» a sus hombres, precipitando de este modo una enemistad que duraría mucho tiempo³¹. Tras el Alzamiento de Pascua de 1916 y la proclamación de la República, no obstante, el Cumann na mBan adoptaría una actitud mucho más proactiva sobre los temas de mujeres, incluyendo un papel protagonista de estas en la educación para usar el voto que sentían tener totalmente ganado, en apoyo al Sinn Féin y a la República Irlandesa en ciernes. Las activistas de la IWFL como Hanna Sheehy Skeffington, cuyo marido había sido asesinado por soldados británicos durante el alzamiento, habló en nombre

³⁰ Mary E. Cousins, Hon. Sec. IWFL, «Letter to the Editor», *Votes for Women* 215 (19 de abril de 1912), p. 458. Christabel Pankhurst estaba igual de furiosa con la actitud del partido irlandés: «No podría concebirse nada más reaccionario», escribía ella en el mismo número, «que establecer una novísima Constitución que tan solo conceda derechos políticos a los hombres [...] Estamos determinados a que los irlandeses esperen su gobierno autónomo a menos que las mujeres la vayan a tener también». Véase su «Votes for Irishwomen», *ibid.* 215 (19 de abril de 1912), p. 456.

³¹ Véase Beth McKillen, «Irish Feminism and Nationalist Separatism, 1914-23», *Eire-Ireland* 17, 3 (1982), pp. 52-67; citas, p. 59; a partir de Mary MacSwiney, que escribe en *The Irish Citizen*. Para referencias sobre Constance Markievicz, véanse las notas al capítulo IX.

del Cumann na mBan. Las mujeres irlandesas tuvieron el voto, en última instancia, en 1918 y, tras una sangrienta guerra civil, el sufragio femenino fue confirmado en la Constitución del nuevo Estado libre e independiente en 1922.

De todas las campañas por el sufragio nacional, el esfuerzo francés produjo los resultados más decepcionantes. Su fracaso no se debió a la importancia hegemónica para los republicanos franceses del «sujeto universal», «el hombre [*l'homme*]», como han sugerido algunos informes históricos recientes, sino a la pura y obstinada resistencia política por parte de los legisladores en un régimen que ya había establecido un sufragio masculino sin restricciones³². El sufragio había sido situado de nuevo en la agenda política en 1900. Muchas feministas, especialmente aquellas de la nueva generación, estaban de acuerdo con Hubertine Auclert en que la razón por la que no se estaban promulgando importantes reformas en las leyes que gobiernan la situación de las mujeres era precisamente por que las mujeres no tenían poder político. Tal como declaró René Viviani, diputado y futuro primer ministro, a los delegados de la asamblea en el congreso sobre los derechos de las mujeres, en París, en 1900: «En el nombre de mi experiencia política y parlamentaria relativamente larga, déjenme decirles que los legisladores hacen las leyes para aquellos que hacen a los legisladores»³³. No hubo discusión en este punto; las mujeres han de tener el voto para realizar el programa completo de sus reivindicaciones feministas.

En la Francia de la Tercera República, la cuestión del sufragio femenino se vio envuelta en una discusión emocional sobre la reforma electoral global a través de la representación proporcional, favorecida por un interés siempre creciente por el futuro de la democracia parlamentaria bajo el sufragio «universal» masculino. Los líderes políticos republicanos consideraban que la Tercera República estaba sitiada tanto por los monárquicos católicos y la derecha nacionalista laica, como por la izquierda socialista y socialrevolucionaria. Ellos temían añadir a las mujeres votantes a esta mezcla, en especial porque creían que la mayoría de las mujeres, como católicas, votarían a los candidatos de derechas antirrepublicanos.

En contraste con sus homólogas británicas, las feministas francesas nunca se comprometieron en espectaculares manifestaciones públicas ni cometieron actos de violencia contra la propiedad; tan solo se han regis-

³² Véase p. e., Pierre Rosanvallon, *Le Sacre du citoyen*, París, Gallimard, 1992; y Joan W. Scott, *Only Paradoxes to Offer*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996. Para otro enfoque de los esfuerzos por el sufragio, véanse también las publicaciones de Hause y Kenney, citadas en capítulos previos, y Karen Offen, «Women, Citizenship and Suffrage with a French Twist, 1789-1993», en *Suffrage and Beyond*, ed. Daley y Nolan, pp. 151-170.

³³ René Viviani, como se relata en *La Fronde* (10 de septiembre de 1900). El discurso completo se publicó también en las actas del congreso, *Congrès international de la condition et des droits des femmes, tenu les 5, 6, 7, et 8 septembre 1900...*, París, Imprimerie des Arts et Manufactures, 1901, p. 201.

trado dos pequeños incidentes de protesta pública. En su lugar, prefirieron dedicarse a la organización: en 1909, Jeanne Schmahl, Cécile Brunschwig y Marguerite Witt-Schlumberger fundaron la Union Française pour le Suffrage des Femmes (UFSF, Unión Francesa por el Sufragio de las Mujeres), afiliadas con la International Woman Suffrage Alliance (Alianza Internacional por el Sufragio Femenino), para encabezar la ofensiva por el voto. Ese mismo año, un comité parlamentario con un simpatizante y diputado del Partido Radical a la cabeza, Ferdinand Buisson, informó sobre una propuesta de sufragio que le daría el voto a todas las mujeres, solteras o casadas, tan solo en el nivel municipal. Semejante a la medida promulgada en Inglaterra a finales de los años sesenta del siglo XIX, habría enmendado la redacción de la ley de elecciones municipales de 1884, «tous les français [...]» (todos los franceses), añadiendo las palabras «des deux sexes» (de los dos sexos). Otras propuestas alternativas fueron el añadir «sin distinción de sexo» u «hombres y mujeres». Para 1913, las feministas francesas eran sumamente optimistas respecto a que se aprobase esta medida; en julio de 1914, organizaron su primera gran manifestación por el sufragio en París.

A nivel internacional, las directivas de la Asociación Internacional por el Sufragio Femenino pensaban que el fin estaba a la vista. En su conferencia presidencial en el congreso de la IWSA en Budapest, en 1913, la americana Carrie Chapman Catt expresó un optimismo que compartían muchas de las delegadas predominantemente europeas:

Cuando los movimientos son nuevos y débiles, los parlamentos se ríen de ellos; cuando están en sus etapas formativas, los parlamentos se encuentran con ellos con mudo desdén; cuando están maduros y listos para convertirse en ley, los parlamentos eluden la responsabilidad. Nuestro movimiento ha alcanzado la última etapa. La historia de los pasados dos años ha demostrado ese hecho más allá de toda duda. ¡Los parlamentos han dejado de reírse del sufragio femenino y los políticos han comenzado a escabullirse! Es la premonición inevitable de la victoria que se acerca³⁴.

RECONCILIAR EL TRABAJO DE LAS MUJERES Y LA MATERNIDAD CON LOS INTERESES DE LA POBLACIÓN: LOS CONTEXTOS NACIONAL E INTERNACIONAL

Los intereses feministas traspasaron las fronteras nacionales, aun cuando las soluciones tendrían necesariamente que encontrarse dentro de las circunstancias particulares legales y culturales que prevalecían tanto en

³⁴ Carrie Chapman Catt, discurso de 15 de junio de 1913, en IWSA, *Report of the Seventh Congress, Budapest, Hungary, June 15-21, 1913* (Mánchester, 1913), p. 85; repr. en WFF, vol. 2, doc. 64.

los Estados-nación establecidos como en los que aspiraban a serlo. Además de pretender el sufragio y la plena ciudadanía, las feministas buscaban soluciones a otros temas significativos que también traspasaban las fronteras nacionales, aunque requirieran soluciones nacionales. Uno de las más importantes era el complejo conjunto de temas que rodeaba el empleo de las mujeres, la maternidad y los intereses de la población nacional.

Desde al menos el siglo XVIII, algunas feministas habían estado defendiendo el derecho de las mujeres al empleo y, a comienzos del siglo XIX, otras habían añadido reivindicaciones de igual salario por igual trabajo, menor número de horas, condiciones laborales más humanas y ayuda estatal para las madres. Estos temas provocaron respuestas diversas desde los católicos, los socialistas, los líderes obreros, políticos de partidos mayoritarios, médicos, higienistas y otros observadores interesados. Cuando los partidos políticos de masas y sindicatos obreros, encabezados por hombres, emergieron a finales del siglo XIX y comenzaron a tratar de conseguir seguidores, el empleo de las mujeres y las circunstancias que lo rodeaban se convirtieron de nuevo en los temas de un intenso debate. Si algunos trataban el trabajo remunerado de las mujeres como una necesidad para mantener sus aspiraciones de independencia, otros lo veían como una consecuencia trágica de la pobreza favorecida por una economía que fracasaba a la hora de sostener a los hombres que sustentaban la familia o, de modo más radical, como una desafortunada consecuencia de la avaricia capitalista. Sea cual sea la perspectiva, no obstante, la mayoría de los comentaristas coincidían en que el empleo femenino tenía serias implicaciones para su potencial como madres, tanto con respecto a dar a luz a niños como a criarlos. Esta era una perspectiva bastante diferente y más específicamente física sobre la maternidad que el instinto social maternal o el «maternalismo» invocado por las feministas en su búsqueda de la ciudadanía.

El nuevo elemento en la ecuación, hacia comienzos del siglo XX, era la «despoblación», una forma peculiarmente masculina de inquietud por los futuros nacionales que surgía en un contexto de creciente competencia económica y militar de naciones e imperios; esta competencia implicaba a todos los grandes poderes de Europa, tanto a los que lo eran de facto como a los potenciales³⁵. De forma significativa, la reproducción era el único factor vital que los hombres no controlaban ni podían controlar por completo

³⁵ Véase Angus McLaren, *Sexuality and Social Order: The Debate over the Fertility of Women and Workers in France, 1770-1920*, Nueva York, Holmes & Meier, 1983; Karen Offen, «Depopulation, Nationalism, and Feminism in Fin-de-Siècle France», *American Historical Review* 89, 3 (junio de 1984), pp. 648-676; Richard Allen Soloway, *Birth Control and the Population Question in England, 1877-1930*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1982; y Barbara Brooks, *Abortion in England, 1900-1967*, Londres, Croom Helm, 1988. De forma más reciente, véase Anne Cova, «French Feminism and Maternity: Theories and Policies, 1890-1918», en Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity and Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States, 1880s-1950s*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, pp. 119-137; y de Cova, *Maternité et droits des femmes en France*.

(aunque la aprobación de las leyes que criminalizaban el aborto y el infanticidio, y los intentos por silenciar a aquellos que promovían o intentaban distribuir información contraceptiva, sugiere el límite al que ellos pretendían llegar). Tales preocupaciones por la fuerza de la población nacional, unidas al interés por la «degeneración» —tanto física como mental— en la población existente, enfrentó a las feministas con un inquietante conjunto de preocupaciones que tenía que ser abordado. Especialmente en Francia —la primera nación en Europa en pasar por una «transición demográfica» hacia familias más pequeñas y mejor planificadas— pero, cada vez más, después de 1900, en Alemania y Gran Bretaña, los miembros de las clases cultivadas comenzaron a preocuparse de un modo renovado por las posibles consecuencias adversas para sus países de que cayeran las tasas de natalidad, de la alta mortalidad de bebés y de niños y, con respecto a este contexto específico, de la salud de las mujeres, un conjunto de temas vinculados que continuaba echando leña al fuego de las guerras del conocimiento.

Mientras la población francesa se estancaba, los sucesivos ministros de la coalición republicana entraban a simplificar los requerimientos legales para el matrimonio y hasta animaban a casarse y a tener hijos a las maestras (que eran empleadas estatales) a la vez que seguían con sus carreras docentes. Entretanto, los competidores de Francia la habían alcanzado. En la Alemania Imperial (como también en Inglaterra varias décadas después), el crecimiento de la población había sido espectacular durante la última mitad de siglo, alcanzando unos 60 millones. Hacia 1900, las mujeres adultas eran más numerosas que los hombres en más o menos un millón de personas; el matrimonio para este «excedente» de mujeres era casi imposible y el empleo resultaba una necesidad para su supervivencia. En algunos países más pequeños, en especial en los de Escandinavia, la fuerte emigración al Nuevo Mundo había comenzado a agotar a una población ya mermada. España, derrotada en 1898, perdió sus posesiones de ultramar en Cuba y Filipinas; los oficiales del ejército español designaron a la Virgen María como comandante en jefe y los intelectuales españoles comenzaron a abordar la descuidada educación de las mujeres. Inglaterra había sufrido una derrota en la Guerra de los Boers en Sudáfrica y sus oficiales empezaban a dudar de la aptitud física de sus reclutas y, por extensión, de las consecuencias potencialmente adversas de la participación de la mano de obra de las madres británicas³⁶. Los líderes de otros gobiernos nacionales comenzaron a interrogarse por el desarrollo físico, mental y moral de la fuerza de trabajo, así como de la fuerza de combate, y algunos insistieron incluso en que no solo la producción de generaciones futuras ha de convertirse en una prioridad gubernamental, sino también la

³⁶ Véase en especial Anna Davin, «Imperialism and Motherhood», *History Workshop* 5 (primavera, 1978) pp. 9-65. Sigue quedando mucho por hacer en torno a estas conexiones para países que no sean Inglaterra.

atención a la «virilidad» de los hombres, que requería la presencia continua de las mujeres en el hogar. Resultaba sintomático, respecto de este punto de vista, el ministro de la Guerra británico, lord Cromer; hablando en un mitin contra el sufragio femenino en 1910, advertía a su audiencia: «El hombre alemán es masculino y la mujer alemana es femenina. [...] ¿Podemos esperar competir con una nación así, si hacemos la guerra a la naturaleza y nos empeñamos en invertir los papeles naturales de los sexos?»³⁷.

En un clima así, los debates sobre el empleo de las mujeres por toda Europa alcanzaron un nuevo nivel de intensidad. Los oponentes a la emancipación de las mujeres interpretaban las afirmaciones feministas del derecho de las mujeres a un empleo remunerado, en especial en profesiones «masculinas», como una amenaza al bienestar demográfico y económico del Estado-nación así como a la salud física y psicológica de las propias mujeres. Las mujeres trabajadoras, sostenían ellos, no daban a luz ni podían criar a niños sanos. Las reivindicaciones de «derechos» por parte de las mujeres amenazaban con interferir con sus «responsabilidades» maternas con respecto a la sociedad y el Estado. Y, más aún, los oponentes a la emancipación de las mujeres invocaban la amenaza de los argumentos feministas «individualistas», afirmando que las mujeres «independientes» no casadas podrían convertirse en un «tercer sexo». Lo cierto es que parecían creer que las mujeres emancipadas amenazaban tanto la virilidad de los hombres como la seguridad nacional.

Por toda Europa, las mujeres estaban pasando a formar parte de la mano de obra en unos números sin precedentes, y su trabajo se estaba volviendo mucho más visible que antes. Podían trabajar y trabajaban en los turnos nocturnos, gracias en primer lugar al gas y luego a la luz eléctrica. Jóvenes mujeres solteras, que siempre habían predominado en la mano de obra, se veían complementadas por números cada vez mayores de mujeres casadas y madres de niños pequeños. Inglaterra y Bélgica habían visto grandes proporciones de mujeres empleadas desde comienzos del siglo XIX. Solo en Inglaterra, unos dos millones de mujeres trabajaban en industrias protegidas, hacia 1912. En Alemania, en especial, en el último tercio del siglo XIX, millones de mujeres, la mayoría jóvenes y solteras, pasaron a formar parte la nueva mano de obra industrial. El número

³⁷ Evelyn Baring, primer conde de Cromer, discurso en Mánchester, tal como se relata en la *Anti-Suffrage Review* (noviembre de 1910), p. 10. No resulta sorprendente que tales sentimientos se expresaran del modo más exagerado en los círculos antisufragio: véase Brian Harrison, *Separate Spheres: The Opposition to Women's Suffrage in Britain*, Londres, Croom Helm; Nueva York, Holmes & Meier, 1978; y Diane Trosino, «Anti-Feminism in Germany, 1912-1920: The German League for the Prevention of Women's Emancipation», tesis doctoral, Claremont Graduate School, 1992. Para el antifeminismo en Austria, véase Birgitta Zaar, «Dem Mann die Politik, der Frau die Familie – Die Gegner des politischen Frauenstimmrechts in Österreich (1848-1919)», *Österreichische Zeitschrift für Politikwissenschaft* 16, 4 (1987), pp. 351-361.

de mujeres empleadas en la producción industrial solo subió de 390.000 en 1882 a 1,5 millones en 1895 y a 2,1 millones en 1907. En Francia, había cerca de 619.000 mujeres trabajadoras en la industria en 1899; 758.000, en 1911; y 764.000, en 1912³⁸.

El trabajo industrial no era, sin embargo, en modo alguno el sector de empleo más grande para las mujeres; las trabajadoras del servicio doméstico eran mucho más numerosas y el sector administrativo se estaba expandiendo con rapidez. El empleo agrícola de las mujeres siguió siendo muy importante. Ahora bien, las mujeres trabajadoras en la industria eran, con mucho, las más visibles. El trabajo en factorías y talleres situaba a las mujeres en situaciones en las que estaban agrupadas y lejos de la supervisión directa de las autoridades familiares masculinas. A veces, para llegar a sus trabajos, tenían que salir solas en la oscuridad. Aunque las condiciones laborales variaban enormemente de una industria a otra, algunos de los abusos más indignantes, desde temas de seguridad a acoso sexual, podían encontrarse en los escenarios industriales. Estos temas alarmaban a los defensores de la familia autoritaria masculina.

Durante el periodo 1890-1914, las feministas comenzaron a estar públicamente en desacuerdo sobre un tema importante: el que la legislación estatal proyectara específicamente –los legisladores eran varones– «proteger» a las mujeres que trabajaban en la industria en aras de sus papeles reproductivos y domésticos. Esta legislación impedía de formas diversas el que las mujeres como sexo trabajasen en industrias peligrosas (tales como las que se dedicaban a procesos que implicasen plomo o mercurio, o producción relacionada con el fósforo), restringía sus horas de trabajo o prohibía el empleo durante la noche o el fin de semana. Tal como la historiadora Ulla Wikander ha señalado con razón varias veces, «la controversia en torno a la legislación protectora para las mujeres estaba estrechamente conectada con cuestiones clave para el movimiento de las mujeres de la época, tales como la posición de la mujer en la familia, sus deberes en la sociedad, la división de género del trabajo, la competencia con los hombres por el trabajo, la naturaleza de la mujer, [y] la maternidad»³⁹.

En Francia, las propuestas de una legislación protectora para las mujeres trabajadoras había emergido en los círculos gubernamentales durante los años centrales de la década de los años ochenta del siglo XIX, patrocinados por una coalición de católicos sociales, discípulos del programa laico de re-

³⁸ Cifras ofrecidas por Louise Compain, en su informe al Tenth International Congress of Women, París, 1913. Madame Avril de Sainte-Croix (ed.), *Le Dixième Congrès international des femmes. Oeuvres et institutions féminines. Droits des femmes. Compte rendu des travaux*, 1913, París, Brieux & Giraud, 1914, pp. 232-233.

³⁹ Wikander, «International Women's Congresses», p. 13. Véase también la introducción del editor y diversos ensayos en Ulla Wikander, Alice Kessler-Harris y Jane Lewis (eds.), *Protecting Women: Labor Legislation in Europe, the United States, and Australia, 1880-1920*, Urbana, University of Illinois Press, 1995.

forma social de Frédéric LePlay, y por los socialistas laicos. Un congreso pionero intergubernamental en 1890, reunido en Berlín por los gobiernos suizo y alemán, estimuló una racha de intentos por parte de los legisladores masculinos en diversos países para restringir el trabajo nocturno y dominical para las mujeres de dieciséis años o más, para limitar sus horas de trabajo, para reducir el empleo de las mujeres en industrias peligrosas o insalubres y para insistir en el permiso de maternidad, obligatorio y no remunerado.

Las feministas objetaron que el trabajo en industrias peligrosas era malo para los trabajadores de ambos sexos, no solo para las mujeres. Dieron la bienvenida al permiso obligatorio de maternidad para las trabajadoras, lo mismo que la mayoría de los socialdemócratas..., pero insistieron sin éxito en que las mujeres de permiso obligatorio fueran compensadas por la pérdida de sus salarios. Las propuestas para restringir las horas y prohibir el trabajo nocturno, por otro lado, se veían de formas diversas. Algunos pensaban, con optimismo, que las restricciones horarias para las mujeres en la industria conllevarían de forma automática la misma reducción de horas para el trabajo de los hombres; otros se opusieron de forma categórica a la discriminación basada tan solo en el sexo del trabajador.

Tras una controversia considerable, la legislatura francesa de 1892 rompió con sus arraigados principios no intervencionistas para aprobar una ley que regulara específicamente el empleo de las mujeres adultas. La nueva ley no solo restringía las horas diarias del trabajo de las mujeres en la industria, sino que prohibía el empleo de las mujeres de noche (cuando el trabajo, muy especialmente en el comercio de la impresión, estaba mucho mejor pagado)⁴⁰. Los principales economistas políticos republicanos liberales, armados con alarmantes pruebas médicas sobre los supuestos efectos nocivos del empleo de las mujeres casadas en la supervivencia y desarrollo de sus bebés, sacrificaron sus principios no intervencionistas para afirmar que todas las mujeres trabajadoras necesitaban la protección del Estado. Para algunos hombres, ya fueran católicos o republicanos laicos, parecía haber más por hacer que un mero «proteger» a las mujeres trabajadoras; Paul Leroy-Beaulieu castigó públicamente al movimiento feminista por reducir el interés de las mujeres en el matrimonio y la maternidad, tentándolas con «trabajos de hombres»⁴¹. Émile Faguet, un crítico cada vez más habitual de las aspiraciones feministas, insistía en el *Journal des Débats* a finales de

⁴⁰ Véase Mary Lynn Stewart, *Women, Work and the French State: Labour Protection and Social Patriarchy, 1879-1919*, Montreal, McGill-Queen's University Press, 1989; los ensayos pioneros en Elinor A. Accampo, Rachel G. Fuchs y Mary Lynn Stewart (eds.), *Gender and the Politics of Social Reform in France, 1870-1914*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995; y para comparaciones con Gran Bretaña, los ensayos en Leora Auslander y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Différence des sexes et protection sociale (XIXe-XXe siècles)*, St. Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1995.

⁴¹ Paul Leroy-Beaulieu, «The Influence of Civilisation upon the Movement of the Population», *Journal of the Royal Statistical Society* 54 (1891), pp. 372-384.

1895: «La nación fuerte, la nación del futuro, será aquella en la que las mujeres no tengan otra profesión que su papel tradicional. El acceso de las mujeres a las profesiones masculinas es inicialmente el signo y eventualmente la causa de una formidable degeneración nacional»⁴².

Tanto en Francia como en Inglaterra, las refutaciones a tales afirmaciones fluyeron por doquier. Las mujeres iban a trabajar no por diversión, replicó Marya Chéliga-Loevy, sino para sobrevivir. Enfrentándose a las reclamaciones antifeministas de que las feministas eran mujeres solteras «masculinas», señaló que la mayoría de las mujeres que asistían a las reuniones de la *Fédération Française des Sociétés Féministes* eran madres; ellas entendían bien las responsabilidades legales que afrontaban las mujeres en la sociedad francesa⁴³. Las feministas socialistas francesas, como Eugénie Potonié-Pierre, insistían particularmente en que el derecho de las mujeres a ganarse su propia vida era la base de su emancipación. En Inglaterra, donde el trabajo de las mujeres en ciertas industrias había estado sujeto a controles crecientes desde los años cuarenta del siglo XIX, las feministas como Jessie Boucherett y Helen Blackburn expresaron su interés en que algunos aspectos de las nuevas regulaciones y de las condiciones especiales especificadas por la Ley de Fábricas de 1895 desalentaría por completo a los empleadores de contratar mujeres: «El amable legislador que desea proteger a las mujeres porque están indefensas y son ignorantes solo hace que la indefensión sea mayor al tratarlas como irremediabilmente indefensas»⁴⁴. Muchas feministas inglesas, incluida Olive Schreiner, Edith (Mrs. Havelock) Ellis y Rebecca West, coincidían en el principio de que las mujeres —de la clase que fueran— no deberían vivir como parásitos sobre los hombres. Ciertamente, el ensayo «The Woman Question» («La cuestión femenina», 1899), de Olive Schreiner, que ella perfiló en su influyente trabajo *Woman and Labour (Mujer y trabajo, 1911)*, se convirtió en una declaración clásica sobre el tema. Edith Ellis estaba de acuerdo: «La mujer», escribió ella, «debe dejar de ser un parásito o una esclava y ser económicamente libre. Ser libre económicamente es zafarse de la necesidad de ser una prostituta o un parásito»⁴⁵.

⁴² Émile Faguet, en el *Journal des Débats* (12 de diciembre de 1895), p. 2; trad. en Susanna Barrows, *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France*, New Haven, Yale University Press, p. 59.

⁴³ Marya Chéliga-Loevy, en *La Justice*, citado en Clotilde Dissard, «Féminisme et natalité», *La Revue féministe*, 20 de noviembre de 1895, p. 176.

⁴⁴ «Women's Work and the Factory Acts», *The Englishwoman's Review* 228 (15 de enero de 1896), p. 7.

⁴⁵ Sobre Schreiner, véanse las referencias en el capítulo VI. Véase también Joyce Avrech Berkman, *Olive Schreiner: Feminism on the Frontier*, Toronto, Eden Press, 1979; Ruth First y Ann Scott, *Olive Schreiner*, Nueva York, Schocken Press, 1980; Carol Barash (ed.), *An Olive Schreiner Reader*, Londres, Pandora Press, 1987; y Joyce Avrech Berkman, *The Healing Imagination of Olive Schreiner: Beyond South African Colonialism*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1989. La cita de Ellis procede de Mrs. Havelock Ellis, «Political Militancy» (ca. 1913), en *The New Horizon in Love and Life*, Londres, A. & C. Black, 1921, p. 154.

La socialista fabiana británica Beatrice Webb argumentó contra la oposición feminista a las provisiones de la Ley de Fábricas de 1895, que restringía las horas de trabajo para mujeres empleadas en la industria, argumentando que «en la vida de la clase asalariada, la ausencia de regulación no significa libertad personal». La fuerza de trabajo estaba sumamente segregada, señalaba ella, y el hecho era que (al menos, en Inglaterra) las mujeres solo competían con los hombres en raras ocasiones por los mismos trabajos: «El auténtico enemigo de la mujer trabajadora no es el operario masculino experto, sino la mujer "amateur" inexperta y poco entusiasta que hace de esquirol al mismo tiempo en el taller y en el hogar»⁴⁶. El trabajo industrial organizado y la sindicación eran, en la mente de Webb, las claves de las condiciones adecuadas del trabajo de las mujeres. La producción basada en el hogar (o «el trabajo doméstico», como se lo llamaba entonces), por otro lado, debería ser formalmente rechazada.

Los desacuerdos, incluso la polarización, sobre aspectos de legislación laboral protectora para las mujeres se convirtieron en un rasgo fundamental de los congresos internacionales de mujeres durante los siguientes 15 años. Por ejemplo, en el Congreso Internacional de Mujeres reunido en Londres en 1899, la representante francesa Camille Béli-lon defendió enérgicamente el principio del derecho de las mujeres al trabajo y reiteró su oposición a la legislación protectora que ella y sus colegas percibían (quizá no equivocadamente, en el contexto francés) como una conspiración por parte de los trabajadores masculinos para obstaculizar a las mujeres en el mercado de trabajo y, de ese modo, forzarlas a volver de nuevo al trabajo doméstico. La combinación de presiones políticas contra el empleo de las mujeres casadas tras las afirmaciones papales sobre el matrimonio y el trabajo, unidas a las respuestas poblacionistas al declive de la tasa de natalidad, llevaron a las feministas a montar una defensa ejemplar. Las feministas francesas, de todos los matices, objetaron a algunas restricciones del trabajo de las mujeres donde el trabajo de los hombres no se restringía de un modo similar. Posiciones comparables fueron tomadas por Aleksandra Gripenberg en Finlandia, por Emilie Claeys en Bélgica, por Wilhelmina Drucker en los Países Bajos y por Paolina Schiff en Italia.

Las feministas alemanas no estaban de acuerdo. En los congresos, apoyaron incondicionalmente la legislación protectora para las mujeres, aunque dentro del contexto de una división sexual del trabajo idealmente completa, basada en las «especiales cualidades» de cada sexo. Alice Salomon, de Berlín, se opuso a las recientes propuestas procedentes del Partido de Centro Católico en Alemania, que eliminaría por completo a las

⁴⁶ Mrs. Sidney (Beatrice) Webb, en *Women and the Factory Acts*, Panfleto fabiano n.º 61, Londres, 1896; repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 50 (citas, pp. 207, 211).

mujeres casadas de la fuerza de trabajo, insistiendo en buena medida, como sus homólogas francesas, en que la «independencia económica respecto de los hombres puede por sí sola procurar la igualdad para las mujeres». Ahora bien, ella apoyó una legislación especial para las mujeres, en particular leyes que limitaran sus horas de trabajo, sobre la base de que tales medidas pronto llevarían a la inclusión de los hombres. Salomon estaba convencida de que no había una amenaza real al empleo de las mujeres y de que había ciertas «habilidades peculiares» que las mujeres tenían y los hombres no. En su opinión, la legislación protectora «les dará a las clases trabajadoras lo que nosotras tenemos que luchar para conseguir para todas las clases de la humanidad... ¡una división del trabajo de acuerdo con el sexo, en razón de las cualidades especiales; esta pondrá en lugar de una división mecánica u orgánica del trabajo, una división de acuerdo con los caracteres y las constituciones!»⁴⁷.

Después de Salomon, la socialista fabiana inglesa Beatrice Webb respaldó ciertos aspectos de la legislación protectora en el interés nacional: «Afirmamos que, en algunos casos, es siempre deseable una legislación especialmente adaptada a las particulares necesidades de las mujeres y no de aplicación general [...] como una cuestión de principio económico». Ella reiteraba que el problema no era la competencia con los hombres:

Lo que perjudica a la mujer como clase en la lucha por obtener empleo no es su competencia ocasional con los hombres, sino su temeraria oferta a la baja entre ellos. [...] Hemos de [...] zafarnos de esta idea de rivalidad sexual. [...] Sin la aplicación de estas condiciones mínimas, que protegerán a todo el conjunto de trabajadores, sean hombres o mujeres, del deterioro físico y mental, la nación no alcanzará su máxima fuerza y la mujer, por tanto, fracasará a la hora de conseguir su desarrollo máximo⁴⁸.

A pesar de los intentos de Webb y de otros por reformular los temas en términos económicos desapasionados y altamente científicos, la rivalidad sexual en el puesto de trabajo —y la mala fe de los aparentes protectores masculinos, fuera cual fuera su filiación política— siguió siendo un asunto candente. En Francia, este tema llegó a un punto crítico en las industrias de imprenta durante el periodo del *fin de siècle*. Los impresores masculinos organizaron muchas huelgas en respuesta a la contratación de mujeres en las tiendas por salarios más bajos, y durante una acción huelguista particularmente difícil en Nancy, en 1901, la unión de mujeres tipógrafas

⁴⁷ Alice Salomon, «Protective Legislation in Germany», en *Women in Industrial Life: The Transactions of the Industrial and Legislative Section of The International Congress of Women, London, July 1899*, vol. 6 de las actas, Londres, T. Fisher Unwin, 1900, pp. 38, 39. Sobre Salomon, véase Allen, *Feminism and Motherhood*; y Christoph Sachsse, *Mütterlichkeit als Beruf: Sozialarbeit, Sozialreform und Frauenbewegung 1871-1929*, Fráncfort, Suhrkamp, 1986.

⁴⁸ Beatrice Webb, «Special Legislation for Women», en *Women in Industrial Life*, pp. 40, 43.

organizadas por *La Fronde* de Marguerite Durand enviaron a algunas de sus miembros como rompehuelgas para darles una lección a los sindicatos de impresores masculinos⁴⁹.

La regulación selectiva era un asunto diferente. Dándose cuenta en 1906 de que la prostitución no estaba en la lista de las funciones de trabajo nocturno a prohibir a las mujeres, la feminista rusa M. I. Pokrovskaya cuestionó los motivos tanto de los socialistas como de los liberales que apoyaban esta legislación restrictiva: «¡Oh, hipocresía masculina! [...] La protección del trabajo de las mujeres es defendida no por la salud espiritual y física de la mujer misma, sino en nombre de fines estatales sexuales y familiares. La mujer requiere protección no como persona, sino como aparato sexual, como una esclava obligada a servir a las necesidades de otros»⁵⁰.

A la par de las discusiones de la legislación protectora para las mujeres trabajadoras, generalmente, la campaña de inspiración católica para eliminar el empleo de mujeres casadas continuó silenciosamente con su paso acelerado. En combinación con los esfuerzos de los sindicalistas por imponer un «salario familiar» para los hombres, esta campaña tuvo un formidable potencial para frenar el trabajo independiente de las mujeres, que acabaría proponiéndose en algunos países de la Europa occidental antes de la Primera Guerra Mundial. En 1912, una coalición de feministas en los Países Bajos derrotó con éxito una iniciativa conocida como la Ley Heemskerk, que habría despedido a todas las mujeres casadas que trabajasen como maestras o funcionarias⁵¹.

Un célebre caso en Francia, alrededor de 1912, resalta la bajeza que caracterizó los intentos del sindicato de impresores por combatir el trabajo de las mujeres, así como la complejidad de las cuestiones relacionadas con él. Emma Couriau, impresora como su esposo Louis, había solicitado unirse al sindicato de impresores en Lyon. Los impresores franceses habían estado durante mucho tiempo entre los opositores más ruidosos al empleo de las mujeres. Su profesión especializada se veía amenazada cada vez más por una combinación de cambios tecnológicos y organizativos que permitían a los empleadores reclutar a mujeres por salarios más bajos. No solo es que gobierno local de Lyon negara la solicitud de Emma Couriau, pese a que ella estaba en aquel momento cobrando los sueldos

⁴⁹ Véase Marie-Helene Zylberberg-Hocquard, *Féminisme et syndicalisme en France*, Paris: Anthropos, 1978.

⁵⁰ M. I. Pokrovskaya, en *Sienskii Vestnik* 5 (1906), pp. 162-163, 148; trad. en Rose Glickman, *Russian Factory Women*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1984, p. 251.

⁵¹ Véase Ulla Jansz, «Women or Workers? The 1889 Labor Law and the Debate on Protective Legislation in the Netherlands», en *Protecting Women*, p. 199. Véase también Mineke Bosch, «History and Historiography of First-Wave Feminism in the Netherlands, 1860-1922», en Paletschek y Pietrow-Ennker (eds.), *WEM*, pp. 53-76.

del sindicato, sino que votó expulsar a su marido por haber «permitido» trabajar a su mujer. Las feministas francesas cerraron filas en torno a los Couriau cuando apelaron la decisión a nivel nacional. Solo las feministas reunieron apoyos para Emma Couriau, programando una concentración masiva a finales de diciembre de 1913 con el eslogan: «¿Tienen las mujeres derecho al trabajo?». Las mujeres socialistas «rechazaron, con miedo, según su líder, Louise Saumoneau, emprender una acción “antimasculina”»⁵². Aunque la dirección de la unión nacional (la *Confédération Générale du Travail*, o CGT) apoyó en última instancia el derecho de Emma Couriau a trabajar y a unirse al sindicato, incidentes como este confirmaban a las feministas francesas en la opinión de que debían obtener el voto para romper con el dominio del poder político por parte de los hombres.

En el congreso internacional de las mujeres, de 1913, que tuvo lugar en París, los delegados debatieron de nuevo el tema de la legislación protectora para las mujeres. No era a la regulación como tal a la que se opusieron las feministas, sino a las regulaciones específicas que consideraban como discriminatorias y poco ventajosas para las trabajadoras, incluidas aquellas que estaban casadas. Ellas criticaron particularmente la Convención de Berna de 1906, que había llamado a todos los gobiernos a prohibir el trabajo nocturno de las mujeres. En un largo informe, Louise Compain relató las reservas presentadas por los corresponsales de toda Europa. En Dinamarca, las organizaciones feministas y las uniones de mujeres habían logrado persuadir a su gobierno para rechazar los acuerdos de Berna⁵³. En los Países Bajos, Compain citaba el caso de un industrial de Maastricht que, siguiendo la adopción gubernamental de la convención, había despedido de inmediato a todas sus trabajadoras casadas. En Francia, no obstante, las limitaciones del primer momento en el trabajo de las mujeres habían llevado al establecimiento de una jornada de 10 horas para los hombres, mujeres y niños por igual. Allí, al menos, se había materializado la esperanza de Beatrice Webb de conseguir una regulación uniforme para ambos sexos. Otros países adoptarían leyes sobre horarios uniformes unos poco años más tarde.

⁵² Véase Marilyn J. Boxer, «Socialism Faces Feminism: The Failure of Synthesis in France, 1879-1914», en Marilyn J. Boxer y Jean H. Quataert, *Socialist Women: European Socialist Feminism in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, Nueva York, Elsevier, 1978, pp. 75-111; cita, p. 111, n. 77. Véase también Charles Sowerwine, «Workers and Women in France Before 1914: The Debate over the Couriau Affair», *Journal of Modern History* 55, 3 (septiembre de 1983), pp. 411-441; y Jeremy Jennings, «The CGT and the Couriau Affair: Syndicalist Responses to Female Labour in France Before 1914», *European History Quarterly* 21, 3 (julio de 1991), pp. 321-337.

⁵³ Sobre Dinamarca y Noruega, véanse Anna-Birte Ravn, «“Lagging Far Behind All Civilized Nations”: The Debate over Protective Legislation for Women in Denmark», y Gro Hagemann, «Protection or Equality? Debates on Protective Legislation», ambos en *Protecting Women*, pp. 210-234, 267-289.

Después de un caldeado debate, las delegadas que fueron al congreso de 1913 votaron rechazar las conclusiones del informe de la comisión del congreso, que había respaldado la legislación protectora para las mujeres. La contrarresolución afirmaba «que las leyes excepcionales que regulaban el trabajo de las mujeres deberían ser abolidas y reemplazadas por una ley de igual protección a aplicar a toda la población trabajadora sin distinguir entre los sexos»⁵⁴. De acuerdo con una comentarista feminista, Jane Misme, esta decisión iba en contra de la opinión del «feminismo práctico»; ahora bien, de acuerdo con otra, Jeanne Crouzet-Benaben, era necesaria para ordenar apoyo para el principio de «trabajo por igual sueldo» que se discutió a continuación⁵⁵.

Hubo dos excepciones a los temas de legislación protectora que dividieron a las feministas. Estas tenían que ver con las propuestas de permiso de maternidad pagado, tanto antes como después del nacimiento, y de dotación de la maternidad. En la primera propuesta, las feministas de todos los matices del espectro político a la izquierda de las católicas tendieron a estar de acuerdo; en la segunda, pudo identificarse toda una escala de opiniones.

El tema de cómo debería mantenerse a las mujeres parturientas durante las fases tardías de sus embarazos y los años de formación de sus niños, era —y sigue siendo, junto con las cuestiones más radicales y recientes como las de quién debería estar al cuidado de los niños y por qué solo las madres— una cuestión fundamental con respecto a la organización social. A principios del siglo xx, habían surgido dos escuelas de pensamiento: la primera, la opinión más convencional, que las madres, casadas o no, deberían ser apoyadas por los padres de sus hijos, que eran el sostén de la familia y, la segunda, la opinión opuesta de que la maternidad debería ser «dotada» por el Estado, y madres y niños deberían verse ayudados por un «salario de madre», financiado por los impuestos sobre la generalidad de los asalariados (casi siempre) masculinos. Esta última posición amenazaba la sabiduría patriarcal sobre la necesidad de la autoridad masculina en la familia. Estas dos opiniones dieron origen a la idea de que el trabajo de las mujeres era cuidar a los niños. Hasta las mujeres socialistas, que defendían que hubiera guarderías financiadas por la comunidad para las mujeres trabajadoras una vez que los niños habían alcanzado cierta edad, eran de la opinión de que los bebés necesitaban a sus madres y de que la comunidad debería apoyarlas económicamente.

La complejidad de este tema podrá captarse tan solo explorando el debate sobre la maternidad entre las feministas a finales del siglo xix y

⁵⁴ Resolución, *Dixième Congrès international*, p. 519; trad. en Wikander, «International Women's Congresses», p. 32.

⁵⁵ Jane Misme, «Un Congrès féministe à Paris», *La Revue* (1 de julio de 1913), p. 58; Jeanne Crouzet-Benaben, «Une Assemblée des femmes en 1913: Le Congrès international de Paris (2-7 Juin)», *La Grande Revue* (10 de julio de 1913), p. 64.

situándolo frente a las reivindicaciones que se estaban haciendo entonces por parte de los socialistas de que todas las mujeres deberían incorporarse a la fuerza de trabajo, así como frente a las alegaciones de las antifeministas sobre la ostensible masculinización o «supresión del sexo» de la «nueva mujer». «La visión feminista de la maternidad», a la que ahora algunos se referían como «maternalismo», tal como han elucidado historiadoras como Gisela Bock y Pat Thane, no era «la aceptación de un papel femenino “tradicional”, sino una llamada a la reforma —para algunos incluso a la revolución— en la situación de las madres, de las mujeres y de la sociedad en toda su extensión. Más que haber impuesto la maternidad sobre ellas, buscaban mantenerla dentro del propio control de las mujeres y mejorar sus condiciones»⁵⁶. También buscaban desplegarla como una estrategia emancipadora dentro del marco de un «feminismo relacional». Dentro del contexto de la formación y el desarrollo del Estado nacional, donde la población y el crecimiento económico se estaban convirtiendo en temas de interés generalizado, esta posición constituía un comodín que podía jugarse con gran eficacia en todo tipo de temas. Todas las feministas maternalistas insistían en las diferencias de las mujeres respecto de los hombres, su «unicidad» como sexo, fundada en su naturaleza maternal (incluso si no tenían hijos propios) como su cualificación central para la participación completa en la toma de decisiones sociopolíticas. Una identificación de la mujer como madre —en contraste con la identificación como esposa, que la seguía subordinando— ofrecía una plataforma incontrovertiblemente poderosa sobre la que basar las reivindicaciones de emancipación y reconocimiento social.

Incluso las partidarias del sufragio femenino en Inglaterra, tales como Millicent Garrett Fawcett, elaboraron una posición maternalista, como se sugiere en la versión publicada de su discurso «Casa y política»: «Si los hombres y las mujeres fueran exactamente iguales, los hombres podrían representarnos sin problemas; pero no siendo iguales, eso en lo que diferimos queda sin representar bajo el sistema presente». Las mujeres necesitaban representación... y participación en los asuntos gubernamentales porque eran madres, bien reales bien en potencia, y porque se las designaba como amas de casa y criadoras de niños: «Las mujeres queremos el hogar y la parte doméstica de las cosas para tener más peso del que tenemos en el presente, tanto en política como en la administración de los asuntos públicos»⁵⁷. El servicio doméstico social y lo que Fawcett denominaba «verdadera feminidad» se estaban convirtiendo en el orden

⁵⁶ «Introduction», en Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity and Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States 1880s-1950s*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991, p. 14.

⁵⁷ Mrs. Henry Fawcett (Millicent Garrett Fawcett), *Home and Politics: An Address Delivered at Toynbee Hall and Elsewhere*, Londres, Women's Printing Society, sin fecha, p. 3.

del día. Ambos se fundaban en la capacidad de las mujeres para los cuidados maternos.

Los temas orientados a la política que tienen que ver con la maternidad se presentaron de forma prominente en la agenda del Congrès Féministe International (Congreso Feminista Internacional) de abril de 1896 en París, donde provocaron una confrontación entre las tres facciones: aquellas que respaldaron la legalización de los pleitos de apoyo a la paternidad por madres solteras (que eran ilegales en Francia); aquellas que, como Léonie Rouzade, defendían el reconocimiento del Estado y los incentivos financieros para las madres; y aquellas que se oponían a la intrusión del Estado del tipo que fuera en el asunto de la reproducción, y demandaban un acceso sin restricciones a la información y los dispositivos contraceptivos. «La maternidad es la principal función social de las mujeres y merece ser subvencionada por el Estado», afirmaba Rouzade⁵⁸. Estas reivindicaciones en conflicto fomentarían importantes consecuencias políticas. El mes que siguió a la reunión feminista, el estadístico y demógrafo Dr. Jacques Bertillon y sus asociados fundaron la Alliance Nationale pour l'Accroissement de la Population Française (Alianza Nacional para el Crecimiento de la Población Francesa), y solo tres meses más tarde el anarquista neomaltusiano Paul Robin fundó la Ligue de Régénération Humaine (Liga para la Regeneración Humana), creada expresamente para promover la práctica del control de natalidad en la clase trabajadora como un arma contra el Estado francés.

En 1896, la escritora sueca Ellen Key comenzó también a conferenciar sobre «El mal uso del poder de las mujeres [*Missbrukad Kvinnokraft*]». Sus argumentos ofrecían otra contribución controvertida al pensamiento feminista continental sobre la maternidad y el trabajo. En la versión publicada de estas conferencias, Key afirmaba que no debería «perderse» la energía de la mujer en trabajos en el exterior (como argumentaban Clara Zetkin y otros en la Segunda Internacional), pero en su lugar debería canalizarse a un tipo nuevo y poderoso de cuidados maternos. La obra teórica de Key no quedaba confinada en artículos cortos y periódicos, sino que también tomaba la forma de meditaciones en tamaño libro, como *The Century of the Child* (*El siglo del niño*, publicado originalmente en sueco en 1900), *Love and Marriage* (*Amor y matrimonio*, 1904), *The Woman Movement* (*El movimiento femenino*, 1909) y *The Renaissance of Motherhood* (*El renacimiento de la maternidad*, edición inglesa de 1914). Estas obras circularon, se citaron, se tradujeron y se discutieron por toda Europa y América; el pensamiento de Key tuvo un gran impacto en el pensamiento feminista y

⁵⁸ Léonie Rouzade, trad. en Wynona H. Wilkins, «The Paris International Feminist Congress of 1896 and Its French Antecedents», *North Dakota Quarterly* 43, 4 (otoño, 1975), pp. 5-28; cita, p. 23.

antifeminista y en la acción en Alemania, en Escandinavia y en el mundo anglófono⁵⁹.

Los argumentos de Key estaban, en algunos aspectos, estrechamente relacionados con los de la maternidad social promulgados por Jeanne Deroin y algunos otros defensores continentales de la emancipación de las mujeres, de mediados del siglo XIX. Ahora bien, Key les dio un giro distintivo, así como un sesgo pesimista. Ella invocaba la naturaleza biológica de las mujeres y la división del trabajo existente entre los sexos en la familia, de acuerdo con la cual las mujeres no solo traían al mundo, sino que criaban a los hijos. Preocupada por lo que veía como un número creciente de mujeres «emancipadas» que deseaban evitar tener hijos con el fin de «vivir su vida», Key argumentaba que «la liberación real para las mujeres es [...] imposible; la única cosa posible es una nueva división de las cargas»⁶⁰.

Key divergía de otras mujeres que escribían sobre la cuestión del cuidado institucional de los niños organizado y subvencionado por el Estado para las mujeres que trabajaban. Propuestas como las de Léonie Rouzade tenían sus raíces en las visiones de los pensadores sociales desde Platón a Charles Fourier y, en los años noventa del siglo XIX, estaban estimulando de nuevo la discusión y una cantidad limitada de acción cuando los gobiernos nacionales comenzaban a abordar las consecuencias sociopolíticas del empleo de las mujeres. Key había visitado algunas instituciones establecidas en respuesta a tales demandas y le horrorizó lo que vio, provocando de este modo su exploración de los complejos problemas que se

⁵⁹ Ellen Key, *Missbrukad Kvinnokraft och Naturenliga arbetsområden för Kvinnan*; Tvenne föredrag, Estocolmo, Albert Bonnier Förlag, 1896; en alemán, *Missbrauchte Frauenkraft*, trad. Therese Krüger, Leipzig, 1898. Véase Kay Goodman, «Motherhood and Work: The Concept of the Misuse of Women's Energy, 1895-1905», en Ruth-Ellen B. Joeres y Mary Jo Maynes, *German Women in the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pp. 110-127. Para dos interpretaciones opuestas de las ideas de Key, véase Cheri Register, «Motherhood at Center: Ellen Key's Social Vision», *Women's Studies International Forum* 5, 6 (1982), pp. 599-610; y Torborg Lundell, «Ellen Key and Swedish Feminist Views on Motherhood», *Scandinavian Studies* 56, 4 (otoño, 1984), pp. 351-369. Véase también Ronald de Angelis, «Ellen Key: A Biography of the Swedish Social Reformer», tesis doctoral, University of Connecticut, 1978; y Ruth Roach Pierson, «Ellen Key: Maternalism and Pacifism», en Katherine Amup, Andrée Lévesque y Ruth Roach Pierson (eds.), *Delivering Motherhood: Maternal Ideologies and Practices in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990, pp. 270-283.

En Sueco, véase Beata Losman, *Kamp för ett nytt kvinnoliv: Ellen Keys idéer och deras betydelse för sekelskriftets unga kvinnor*, Helsingborg, Liber, 1980; Ulla Manns, «Kvinnofrågor och moderskap: En discussion mellan Fredrika-Bremer-förbundet och Ellen Key» («Libertad de las mujeres o maternidad...»); y Ellinor Melander, «Van eller fiende? Ellen Keys mottagande i sekelskriftets tyska kvinnorörelse» («Amigo o enemigo: La recepción de Ellen Key en el movimiento de las mujeres alemanas del cambio de siglo»), en Ulla Wikander (ed.), *Det evigt Kvinnliga: En historia om förändring*, Estocolmo, Tidens förlag, 1994, pp. 51-79, 103-132.

⁶⁰ Ellen Key, *Love and Marriage*, trad. Arthur G. Chater, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons, 1911; repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 26 (cita, p. 123).

les planteaban a las mujeres con la maternidad en las modernas sociedades industriales occidentales.

El significado estratégico de la contribución de Key se encuentra en su síntesis exitosa de un acercamiento rigurosamente «relacional» a los problemas sociopolíticos, basado en el reconocimiento de la diferencia de las mujeres, con reivindicaciones «individualistas» para la plenitud y autorrealización de las mismas. Key proponía que las mujeres pudieran conseguir su máximo desarrollo como individuos a través de sus contribuciones a la sociedad como madres. Ahora bien, ella también afirmaba que, para que esto ocurriera, las condiciones para la maternidad debían ser reestructuradas por completo y que la maternidad debía ser reevaluada y sancionada, tanto política como económicamente, por el Estado-nación.

El apoyo económico a las mujeres individuales por hombres individuales durante los años de crianza, que Key veía como el fundamento último de la subordinación de las mujeres, debería estar en manos del control individual masculino y ser conferido al gobierno. Pese a ser apoyado por la colectividad, el cuidado de los niños debería tener lugar en el hogar, a cargo de la madre biológica, no de las instituciones; no debería convertirse en una responsabilidad directa de la colectividad. Lo cierto es que Key afirmaba —desarrollando la lógica de los argumentos de la «maternidad cívica» anterior— que el Estado debería reconocer la capacitación formal de las mujeres para este papel como el equivalente de las mujeres del servicio militar para los hombres.

Al mismo tiempo, ella exigía con audacia el reconocimiento abierto de la parte sexual del amor, incluido el reconocimiento de la naturaleza erótica y el placer sexual de las mujeres, un rasgo de sus argumentos que la hacían ganarse la simpatía de comentaristas como Havelock Ellis en Inglaterra, pero que escandalizaba a aquellos que defendían honradamente la moralidad convencional. Ella también promovió el pensamiento eugenésico y evolucionista con respecto a la maternidad, aun cuando se opuso fuertemente a lo que ella llamaba pensamiento «amaternal»: «La maternidad no es un instinto natural espontáneo, sino el producto de miles de años no solo de *dar a luz hijos*, sino también de *criarlos*; [...] ella se ve reforzada en cada nueva generación por el especial cuidado que las madres confieren a sus hijos»⁶¹.

Reformulada de este modo, la maternidad se convirtió en «una estrategia política» para el activismo feminista. En diversos países europeos, las activistas feministas establecieron instituciones designadas para asistir y empoderar a las mujeres como madres y para abordar las causas del sufrimiento de madre e hijo, en especial entre los pobres y la clase traba-

⁶¹ Ellen Key, *The Woman Movement*, trad. Mamah Bouton Borthwick, introd. Havelock Ellis, Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1912; originalmente *Kvinnorörelsen*, Estocolmo, Albert Bonnier, 1909, p. 191.

jadora. «Argumentar sobre la centralidad del papel maternal en la sociedad», ha afirmado la historiadora Annarita Buttafuoco al examinar el caso italiano, «significaba poner en primer término la responsabilidad del Estado hacia madres e hijos como elementos integrales y esenciales de la nación misma»⁶². La actividad filantrópica resultante puede verse menos como caridad que como política. En la Italia de los años noventa del siglo XIX, un grupo de mujeres milanesas organizaron la Lega per la Tutela degli Interessi Femminili (Liga para la Defensa de los Intereses de las Mujeres) para presionar por un fondo de seguro basado en el apoyo combinado de las mujeres trabajadoras, las organizaciones de hombres trabajadores, las mujeres pudientes y el Estado. Experimentos con fondos similares en otras ciudades, incluidas Turín y Roma, llevaron a que se lanzaran propuestas (expresadas en el primer congreso nacional de la Unione Femminile en 1908) de un fondo nacional de maternidad. Este fondo fue establecido finalmente en 1912 por parte del gobierno, después de una gran presión por parte de las feministas, y muchas mujeres trabajadoras lo encontraron insatisfactorio. Estas últimas rechazaron cooperar, llegando hasta a hacer huelga para mostrar su punto de vista. Los empleadores no estaban tampoco dispuestos a cooperar. Tan solo después de hacer un buen número de cambios en 1917, haciendo caso a las quejas de las mujeres, fue como el fondo comenzó a llevar a cabo sus promesas.

Las propuestas de apoyo a la maternidad —liberando a las mujeres de una dependencia no deseada sobre los hombres— se promovieron del modo más ruidoso y más ampliamente en Alemania, donde se habían promulgado subsidios parciales de maternidad posparto para las mujeres trabajadoras de la industria como subsidios por enfermedad, comenzando en 1878, bajo el programa de seguros de trabajadores de Bismarck. El Bund für Mutterschutz (Liga para la Protección de las Madres), dirigido por Helene Stöcker, Lily Braun, Adele Schreiber y sus asociadas en el ala radical del movimiento de las mujeres alemanas, planteaba en su *Manifesto* de 1905:

Toda protección de los niños que no proteja al mismo tiempo a las madres es inadecuada [...] pues la madre es la fuente de la vida del niño y esencial para su supervivencia. Sea lo que sea que garantice su descanso y su cuidado durante su parto, asegurará su seguridad económica en el futuro, la protegerá del menosprecio [...] de los otros seres humanos y creará la base para el bienestar del niño⁶³.

⁶² Annarita Buttafuoco, «Motherhood as a Political Strategy: The Role of the Italian Women's Movement in the Creation of the Cassa Nazionale di Maternità», en *Maternity and Gender Policies*, p. 180.

⁶³ Manifiesto de la Liga para la Protección de la Maternidad, en *Archiv für Rassen- und Gesellschaftsbiologie*, 2 (1905), p. 164; trad. en Ann Taylor Allen, *Feminism and Motherhood in Germany, 1800-1914*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991, pp. 179-180.

Con el fin de combatir la mortalidad infantil, el Bund propuso que la maternidad fuera protegida no solo para las mujeres casadas, sino también para las madres solteras cuyos recién nacidos morían en una proporción mucho mayor debido a la carencia de recursos de las madres. Esta postura indignó a los defensores de la moralidad convencional.⁶⁴

Las líderes del Bund für Mutterschutz apoyaron el empleo de las mujeres, aunque no insistieron en ello como una necesidad. Este grupo elevó peticiones repetidamente al Reichstag alemán abogando no solo por prestaciones más extensas para las mujeres empleadas en la industria, sino también por que el gobierno debería reconocer la maternidad como un servicio nacional por el que *todas* las madres deberían ser debidamente compensadas. «Es un deber del Estado», afirmaban en una petición de 1907, «crear nuevos caminos que permitan a la madre trabajar sin que se le haga ningún daño al conjunto de la nación».⁶⁵ Ellas afirmaban que las trabajadoras que se tomaban el permiso de maternidad debían poder volver a sus trabajos sin sanción, recibir compensación económica por el periodo de su permiso, y percibir los emolumentos en sus justos términos. Citando no solo la propia salud de las mujeres sino la importancia de los soldados sanos para defender la nación, el Bund exigió «la protección de la madre durante el tiempo en que ella le da al Estado los ciudadanos sobre los que se funda la existencia del Estado».

Envalentonadas por este debate, otras feministas alemanas comenzaron a tomar posiciones radicales en diversos temas relacionando. En 1907, la directiva del otrora dócil Bund Deutscher Frauenvereine (la Federación de Asociaciones de Mujeres Alemanas, o BDF), presidida por Marie Stritt, quien era a su vez miembro del Bund für Mutterschutz, desarrolló una declaración de alcance, «Metas y tareas del movimiento de la mujer». Este programa no respaldaba un apoyo completo del Estado a las madres, incluidas las solteras, pero en otros aspectos se centraba en la mujer de un modo tan radical como el del Mutterschutzbund: «Las exigencias del movimiento de las mujeres se basan en la existencia de profundas diferencias mentales y físicas entre los sexos. Deduce de este hecho que solo mediante la cooperación de los hombres

⁶⁴ Además de Allen, *Feminism and Motherhood in Germany*, cap. 10, véase Amy Hackett, «Helene Stöcker: Left-Wing Intellectual and Sex Reformer», en Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, Monthly Review Press, 1984, pp. 109-130. Véase también Bernd Nowacki, *Der Bund für Mutterschutz, 1905-1933*, Husum, Matthiesen, 1983; Christl Wickert, *Helene Stöcker, 1869-1943: Frauenrechtlerin, Sexualreformerin und Pazifistin*, Bonn, Dietz, 1991; y Gudrun Hamelmann, *Helene Stöcker, der «Bund für Mutterschutz», und «Die Neue Generation»*, Frankfurt, Haag & Herchen, 1992.

⁶⁵ Helene Stöcker (ed.), *Resolutionen des Deutschen Bundes für Mutterschutz, 1905-1916*, Berlín, 1916, trad. en Eleanor S. Riemer y John C. Fout (eds.), *European Women: A Documentary History, 1789-1945*, Nueva York, Schocken Books, 1980, doc. 39, pp. 169-171; citas (aquí e *infra*), pp. 170, 171.

y las mujeres podrán realizarse todas las posibilidades de progreso cultural».⁶⁶

Defendiendo la santidad del matrimonio, la BDF insistía sin embargo en que «el trabajo vocacional de las mujeres es una necesidad económica moral»; sus líderes exigían un único estándar de moralidad sexual, pedían cuentas a los padres de hijos ilegítimos, denunciaban la prostitución regulada e insistían en la obtención del voto en todos los niveles de la sociedad... en la Iglesia, en la comunidad y en el Estado.

En 1910, el liderazgo de la BDF por parte de Marie Stritt fue puesto en cuestión por su defensa de que todas las mujeres accedieran al control de natalidad. Una coalición de mujeres más conservadoras derrotó su intento de ser reelegida. En otros países, no obstante, las feministas lograron mantener estas ideas radicales en la agenda de discusión. En Noruega, Katti Anker Møller defendió tanto el apoyo del Estado a la maternidad y el acceso a los métodos contraceptivos como el control de las mujeres sobre sus propios cuerpos: «Amamos la maternidad, queremos promover la maternidad, pero debería ser voluntaria y la responsabilidad debería ser toda nuestra».⁶⁷

El comodín de la maternidad se jugaría de un modo aún más radical por parte de las feministas dentro del clima político preocupado por las cuestiones de población de la Francia de la Tercera República, justo cuando el gobierno estaba comenzando a abordar el declive en marcha de la tasa de natalidad nacional.⁶⁸ Poco después de 1900, la librepensadora feminista y defensora del control de natalidad Nelly Roussel, una colega de Paul Robin, daría un giro al debate en una nueva dirección, insistiendo con elocuencia no solo en el apoyo del Estado a la maternidad, sino también en el derecho de las mujeres a controlar su propia fertilidad.

Nelly Roussel, casada y madre de tres niños pequeños, emergió como una poderosa portavoz pública del movimiento feminista francés en 1903, tras su carta a *La Fronde* sobre el tema de la política de población:

No les parece, señoras, que nuestros «repobladores» consideran a la mujer como si se pareciera un poco más de la cuenta a una máquina de

⁶⁶ Bund Deutscher Frauenvereine, «Programm» (1907); trad. en Katharine Anthony, *Feminism in Germany and Scandinavia*, Nueva York, Henry Holt, 1915, pp. 20-26, de la *Centralblatt des Bundes Deutscher Frauenvereine*, Berlín, julio de 1907; repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 20 (cita, p. 102).

⁶⁷ Katti Anker Møller, trad. en Ida Blom, «Voluntary Motherhood 1900-1930: Theories and Politics of a Norwegian Feminist in an International Perspective», en *Maternity and Gender Policies*, p. 23. Sobre la inspiración de Møller y la política laboral en las posteriores campañas de Elise Ottesen-Jensen por la educación sexual, véase Doris H. Linder, *Crusader for Sex Education: Elise Ottesen-Jensen (1886-1973)*, en *Scandinavia and on the International Scene*, Lanham, University Press of America, 1996, caps. 1 y 2.

⁶⁸ Véase Offen, «Depopulation, Nationalism, and Feminism»; y Cova, «French Feminism and Maternity».

producción de carne de cañón que ha de trabajar sin descanso hasta que esté completamente agotada. [...] ¡Una concepción así de su sublime papel no puede sino disgustar a todas las madres conscientes! El feminismo debería proclamar por encima de todas las cosas «la libertad para ser madre», la primera, la más sagrada, y sin embargo —qué aberración tan inconcebible— la menos debatida y la menos respetada de las libertades.⁶⁹

Las intervenciones posteriores de Roussel tomaron la forma de cartas publicadas, artículos, presentaciones teatrales y colecciones de artículos. Ella hacía un llamamiento a las mujeres de todas las clases a «declarar la guerra a la sociedad de hoy en día» y exigía una revisión completa de las leyes francesas que regían el matrimonio. En una célebre arenga, en una reunión feminista en 1904, denunciando el centenario del Código Civil francés, Roussel llegó a invocar la amenaza de una huelga de nacimientos contra el Estado patriarcal y sus esquemas poblacionistas:

¡Cuidado, Oh, Sociedad! ¡Llegará un día en el que la eterna víctima se cansará de llevar sobre sus espaldas hijos a los que luego tú enseñarás a despreciar a sus madres o hijas, destinadas —¡ay!— a la misma vida de sacrificio y humillación! ¡El día en que rechazaremos daros, ogros, vuestra ración de carne de cañón o de carne de trabajo y carne de sufrimiento! El día, finalmente, en el que seremos madres *solo cuando nos dé la gana*!⁷⁰

Al igual que Ellen Key y las líderes del Bund für Mutterschutz, Roussel centró sus argumentos para la emancipación de las mujeres en la maternidad, exigiendo que sus términos se volvieran mucho más favorables a las mujeres. Al igual que Key, ella quería la «libertad» para las mujeres, pero insistía enfáticamente en las implicaciones políticas de la conexión entre las mujeres, los niños y el Estado-nación dominado por el hombre y cada vez más militarista. Al igual que Rouzade, ella reivindicaba el establecimiento de la maternidad como una función «social» o estatal con derechos concomitantes.

Roussel aprovechaba cualquier oportunidad para criticar al *masculinisme*. Crítica con la oposición socialista al control de natalidad, dirigía sus argumentos a todas las clases y trabajaba estrechamente con las defensoras francesas del control de natalidad en sus esfuerzos por extender la información contraceptiva a las mujeres de la clase trabajadora. Desde la perspectiva de Roussel, todas las mujeres estaban «oprimidas»; las mujeres de

todas las clases perseguían el mismo objetivo de emancipación, aunque fuera con argumentos diferentes. Ella insistía en que las mujeres tenían mucho más en común de lo que tenían los hombres de las diferentes clases, porque, fuera cual fuera su clase, compartían una opresión común. Las mujeres eran, a su modo de ver, aún las «eternas víctimas» de la sociedad.⁷¹

A DEGÜELLO: DESAFIAR LAS PRÁCTICAS MASCULINAS

Es cierto, desde luego, que las feministas no tuvieron éxito en su búsqueda por asegurar los derechos políticos antes de 1914. Ahora bien, habían tenido éxito en un particular muy importante: toda Europa estaba respondiendo a los desafíos que planteaba la emancipación de las mujeres. Esto no es un logro menor. Redefinir la maternidad era uno de los aspectos de su avance; desafiar las prácticas masculinas, era otro.

En 1912, Lily Braun abordó los problemas que afrontaban las mujeres a la hora de vincular la maternidad con «las condiciones profesionales y laborales que necesariamente estaban en armonía con las necesidades y capacidades del hombre». Ella apuntaba al peso aplastante creado por esta triple carga de maternidad sin remordimientos, quehaceres domésticos minusvalorados y empleo mal pagado:

El movimiento de las mujeres comenzó de un modo tan inofensivo; sus pioneras nunca se cansaron de asegurarnos que no tocarían ninguna institución consagrada por la tradición y la costumbre, y ello acabó siendo revolucionario en el sentido profundo de la palabra. Y, en lugar de llegar a su meta final, una vez que sus primeras demandas —la igualdad económica, la legal y la política de la mujer— se habían visto satisfechas, será solo entonces cuando comiencen a afrontar su mayor tarea. De su solución dependerá no solo el futuro de las mujeres, sino el futuro de la especie humana.⁷²

¡Palabras proféticas, ciertamente! Puede que la historia de Braun haya sido incompleta, pero su análisis toca el nervio del desafío que ahora se estaba planteando por parte del análisis y el activismo feminista. Lo cierto es que se había vuelto evidente que la cuestión femenina era también la cuestión masculina; tanto la masculinidad como la feminidad (tal como habían sido construidas previamente en las sociedades europeas) y su re-

⁶⁹ Nelly Roussel, carta publicada en *Régénération* 22 (marzo de 1903), p. 153; trad. KO. Para estudios sobre Roussel, véase capítulo VII, n. 11 (*supra*, p. 273).

⁷⁰ Nelly Roussel, discurso ofrecido en la reunión de mujeres convocadas para protestar por el centenario del Código Civil, 29 de octubre de 1904; ed. en *La Fronde*, 1 de noviembre de 1904; trad. KO en *WFF*, vol. 2, doc. 29 (cita, p. 136).

⁷¹ Véase Nelly Roussel, «L'Éternelle sacrifiée», trad. como «She Who Is Always Sacrificed», en Jennifer Waelti-Walters y Steven C. Hause (eds.), *Feminisms of the Belle Époque*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994, pp. 18-41.

⁷² Lily Braun, «Introduction» a *Die Mutterschaft: Ein Sammelwerk für die Probleme des Weibes als Mutter*, ed. Adele Schreiber, Múnich, A. Langen, 1912, pp. 3-4; trad. Alfred G. Meyer, en Alfred G. Meyer (ed.), *Lily Braun: Selected Writings on Feminism and Socialism*, Bloomington, Indiana University Press, 1987, pp. 112-113.

lación sinérgica, en todos sus aspectos problemáticos, debían someterse en adelante a una radical renegociación.

Cuando se yuxtapuso todo lo que se ha dicho sobre maternidad, espiritual o corpórea, a los objetivos poblacionistas nacionales y expansionistas imperiales, algunos hombres se pusieron sumamente nerviosos. En Francia, algunos comenzaron a quejarse de la posibilidad de un «suicidio de la especie», y en Inglaterra otros articularon amenazas aún más inquietantes a las reivindicaciones femeninas de autodeterminación. En la Alemania Imperial, el líder del Partido Liberal Nacional, Friedrich Naumann, glorificó a su modo el tema de la maternidad: «Cualquier otro trabajo de las mujeres ha de dejar paso al trabajo de la maternidad. [...] La juventud de las naciones depende de si sus muchachas quieren convertirse en madres»⁷³. Durante una visita real a Königsberg en 1910, el propio káiser Guillermo II sermonizó a las mujeres alemanas sobre sus deberes hacia la nación:

Elas deberían aprender que la primera tarea de las mujeres alemanas se encuentra no en el área de las asambleas y asociaciones, no en la consecución de supuestos derechos, por medio de los cuales podrían ser como los hombres, sino en el trabajo callado, en el hogar y en la familia. [...] No se trata de [...] alcanzar las metas de uno a costa de la patria, sino de concernirse única y exclusivamente con la patria⁷⁴.

Estos hombres, cuando hablaban de «maternidad», no se referían a lo mismo que las feministas maternalistas, al margen de su contexto cultural o nacional particular.

Lo cierto es que las expresiones de ansiedad masculina respecto a que la capacidad reproductiva de las mujeres —e incluso su sexualidad— podría escapar al control de los hombres, parecían cada vez más evidentes. En Francia y Noruega, como recalcan los argumentos de Nelly Roussel y Katti Anker Møller, hacer hijos como un deber hacia los demás, sea en nombre de la Iglesia de dominio masculino o del Estado de dominio masculino, era un papel que algunas feministas rechazaban categóricamente, tanto como de otro modo honrarían y valorarían la maternidad. De este modo, ocurrió que, en los primeros años del siglo XX, algunas críticas feministas en las sociedades europeas se hicieron aún más atrevidas y más

⁷³ Friedrich Naumann, *Neudeutsche Wirtschaftspolitik*, Berlín, Schöneberg, 1911, p. 37; trad. a partir de la edición de 1906, pp. 30-31, en Hackett, «Politics of Feminism», vol. I, pp. 332-334.

⁷⁴ Káiser Guillermo II, discurso de 25 de agosto de 1910, en *Schulthess' europäischer Geschichtskalender*, 1910, Múnich, C. H. Beck, p. 339; rev. trad. a partir de Hackett, «Politics of Feminism», vol. I, pp. 370-371. Véase también Heinrich Rosebrock, *Kaiser Wilhelm II und die Frauenfrage*, Berlín, 1910. Mi agradecimiento a Diane Trosino Guido por su ayuda con el discurso del káiser.

explícitas a la hora de nombrar los obstáculos que encaraban las mujeres con respecto a la responsabilidad y al control reproductivo.

Las críticas feministas se unieron con entusiasmo a lo que se convirtió en una lucha de ideas y conocimiento en torno a los temas que rodeaban la sexualidad, el nacimiento y la responsabilidad social que, hacia 1900, habían emergido definitivamente desde detrás de un velo tabú. La lucha para acabar con la prostitución regulada por el Estado y para enfrentarse a la violencia de los hombres hacia las mujeres en particular había animado a las feministas no solo a combatir la doble moral imperante, sino también a atacar las prácticas sexuales masculinas. Ellas reclamaban con toda intención el control de las mujeres sobre sus propias vidas como seres sexuados, sobre su propia fertilidad y sobre sus niños, tanto sobre los nacidos como sobre los no nacidos. Estas eran reivindicaciones que tenían que ver con la elección individual, con la autonomía individual para las mujeres; de este modo, tenían implicaciones sociales revolucionarias y serían refutadas de forma vehemente. Algunas demandaban autonomía para la mujer-como-individuo-femenino, mientras que otras reivindicaban su parte de autonomía humana, una libertad que trascendía y sumergía cualquier identidad sexual específica.

Muchas mujeres movilizaron sus muy considerables habilidades intelectuales para criticar las prácticas masculinas dominantes con respecto al matrimonio, la sexualidad, la violencia y el militarismo. Y no midieron las palabras. Será en particular entre este grupo de feministas, muchas de las cuales recurrían aún a las nociones «maternalistas» con respecto a otros temas, donde se puedan situar una serie de argumentos «individualistas» libertarios en nombre de la emancipación de las mujeres. En Inglaterra, especialmente, donde las feministas pudieron desarrollar la campaña de la generación previa contra la prostitución regulada y la violencia sexual masculina, algunas radicales desarrollaron argumentos elocuentes para completar la emancipación sexual.

La disección del matrimonio y la maternidad desplegadas por Mona Caird, tal como se ha conceptualizado actualmente en Inglaterra, fue devastadora. En su novela de 1894 *Daughters of Danaus* (*Hijas de Dánao*), rastreaba el itinerario de Hadria, una mujer joven y brillante cuya promesa y talento se vieron aplastados en último término por las exigencias del matrimonio y la maternidad, impuestas por la presión incesante de los miembros de la familia. Habiendo huido de toda su familia, como la Nora de Ibsen, Hadria resistirá a la llamada de su cuñada a volver a casa, afirmando que:

La maternidad, en nuestro estado social actual, es el signo y el sello así como el medio y el método de la servidumbre de la mujer. Ella forja cadenas de su propia carne y sangre; teje sogas de su propio amor e instinto. [...] La maternidad [...], entre la gente civilizada, representa una pros-

titución de los poderes reproductivos, que precisamente se corresponde con ese otro abuso que a la mayoría de nosotros nos parece por tanto infinitamente más escandaloso⁷⁵.

En Italia, la novela *Una donna* (*Una mujer*) de Sibilla Aleramo, publicada en 1906 y muy traducida, se hacía eco de esta crítica de la maternidad en su historia de una mujer infelizmente casada que buscaba libertad existencial a un gran costo personal:

¿Por qué idealizamos el sacrificio en las madres? ¿Quién nos dio esta idea inhumana de que las madres deberían negar sus propios deseos y anhelos? La aceptación de la servidumbre ha sido dada en herencia por la madre a la hija durante tantos siglos que ahora es una monstruosa cadena que las ata. [...] ¿Qué pasaría si las madres rechazaran negar su feminidad y dieran en su lugar a sus hijos un ejemplo de una vida vivida acorde con las necesidades del respeto a sí mismas?⁷⁶.

En Francia, la crítica feminista más declarada de los controles diseñados por los hombres sobre la sexualidad y la reproductividad de las mujeres fue, sin duda, la joven médica Madeleine Pelletier⁷⁷. En un contexto en el que el interés por el declive de la tasa de natalidad estaba provocando una severa resistencia a las reivindicaciones feministas, Pelletier comenzó a articular una serie de exigencias inflexibles para la libertad reproductiva de las mujeres. Reclamando la castidad para sí misma, abogó con suma elocuencia en pro de la destrucción de la familia dominada por el hombre, de una educación para las muchachas, del sufragio femenino y en pro de un derecho de la mujer a amar como le plazca y al aborto como «último recurso», cuando otras medidas preventivas se han probado inadecuadas. Dada la situación en Francia, Pelletier señaló en su tratado de 1912 *L'Émancipation sexuelle de la femme* (*La emancipación sexual de la mujer*), «la mujer es solo un instrumento que el hombre usa para su placer; él la consume como si fuera una fruta». El embarazo no deseado y la vergüenza no deberían ser el destino inevitable de las mujeres. Ella afirmaba que «es cosa de la mujer y solo de la mujer decidir si quiere ser

⁷⁵ Mona Caird, *Daughters of Danaus*, Londres, Bliss, Sands & Foster, 1894; reed. Nueva York, Feminist Press, 1989, pp. 341, 343.

⁷⁶ Sibilla Aleramo (seud. Rina Faccio), *Una donna* (1906); en inglés como *A Woman*, trad. Rosalind Delmar, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1980, pp. 193-194. Tras solo unos pocos años de su publicación inicial, esta novela apareció en español, inglés, sueco, francés, alemán y polaco. Véase Annarita Buttafuoco y Marina Zancan (eds.), *Svelamento: Sibilla Aleramo intellettuale*, Milán, Feltrinelli, 1988.

⁷⁷ Sobre Madeleine Pelletier, véanse las refs. en el capítulo VII, n. 61. Traducciones adicionales de los textos de Pelletier pueden consultarse en Felicia Gordon y Máire Cross (eds.), *Early French Feminisms, 1830-1940*, Cheltenham, Edward Elgar, 1996, caps. 5 y 6.

madre y cuándo»⁷⁸. Pelletier denunciaba de forma explícita la violencia sexual masculina contra las mujeres desafiando a la sociedad francesa a concederles la completa emancipación sexual como individuos, y exigió la revocación del artículo 317 del Código Penal francés, que ilegalizaba el aborto.

El debate en Alemania se desarrolló a lo largo de líneas, hasta cierto punto, paralelas⁷⁹. Las feministas respondieron rápidamente cuando los médicos poblacionistas (como el doctor holandés S. R. Steinmetz, que escribía en un periódico de lengua alemana) condenaron el feminismo como un obstáculo a la numerosa progenie que se les requería a «las mujeres más competentes y con más talento» por parte de la «humanidad, de nuestra especie y de nuestra cultura», y cuando las autoridades gubernamentales alemanas comenzaron a hacer cumplir el artículo 218 del nuevo Código Civil, una cláusula que ilegalizaba el aborto y que logró aumentar el número de condenas⁸⁰. En 1908, el Bund Deutscher Frauenvereine debatió si exigir o no la derogación del artículo 218, y aunque la decisión fue negativa (las moderadas habían llenado la reunión invitando a representantes de los grupos religiosos de mujeres, tanto protestantes como judías), la BDF acordó apoyar una modificación de la pena y medicalizar la toma de decisión del aborto en formas que incluirían a otras mujeres en el proceso aparte de la madre reticente. A lo largo del debate, estaba claro que las feministas coincidían de forma generalizada en que tanto el aborto como el infanticidio eran «respuestas desesperadas a la victimización sexual de las mujeres por parte de los hombres»⁸¹. Cuando en 1913 dos médicos socialistas neomaltusianos reivindicaron una «huelga de nacimientos» (reminiscencia de la amenaza planteada anteriormente en Francia por Nelly Roussel), las feministas del Bund für Mutterschutz, que exigían apoyo del Estado para todas las madres, incluidas las solteras, no demostraron demasiado entusiasmo. A las mujeres socialdemócratas, lideradas por Clara Zetkin, también les resultó inaceptable esta sugerencia, por considerar que una huelga así era contraproducente para la victoria

⁷⁸ Madeleine Pelletier, «Le Droit à l'avortement», cap. 3 de *L'Émancipation sexuelle de la femme*, París, M. Giard et E. Briere, 1911; trad. Marilyn J. Boxer, «"Feminism and the Family: The Right to Abortion", by Madeleine Pelletier», *The French-American Review* 6, 1 (primavera, 1982), pp. 3-26; citas, pp. 15, 17.

⁷⁹ Véase Allen, *Feminism and Motherhood in Germany*, pp. 188-189. Para otra comparación, véase Elisabeth Elgán, *Genus och politik: En jämförelse mellan svensk och fransk abort- och preventiv-medelspolitik från sekelskiftet till andra världskriget* (*Género y política: una comparación de las políticas abortivas y contraceptivas suecas y francesas desde el cambio de siglo a la Segunda Guerra Mundial*), Acta Universitatis Upsaliensis, Studia Historica Upsaliensis, p. 176, Uppsala, 1994.

⁸⁰ S(ebald) R(udolf) Steinmetz, «Feminismus und Rasse», *Zeitschrift für Sozialwissenschaft* 7 (1904), p. 752; trad. en Allen, *Feminism and Motherhood*, p. 189. Véase también su ataque anterior *Het feminism*, Leiden, 1899. Estoy en deuda con Ann Taylor Allen por proporcionarme el texto completo del artículo alemán de Steinmetz.

⁸¹ Allen, *Feminism and Motherhood*, p. 193.

última del proletariado e incluso defendieron el matrimonio monógamo. La cuestión de la revocación del aborto tardaría mucho en verse resuelta.

La educación sexual y la contracepción cobraron mayor importancia como temas feministas. En 1897, la feminista y abolicionista suiza Emma Pieczynska-Reichenbach publicó un manual de educación sexual para muchachas, *L'École de la pureté* (*La escuela de la pureza*), que se tradujo a 34 idiomas y que tuvo numerosos imitadores⁸². Las mujeres jóvenes necesitaban saber lo que tenían por delante; el conocimiento fisiológico, afirmaba Pieczynska-Reichenbach, podía combinarse con la pureza moral. En los Países Bajos, la médica sufragista Aletta Jacobs promovió el uso del diafragma o el gorro holandés (también llamado «técnica Mensinga») entre sus pacientes femeninos. Escribiendo en las páginas de *Stemkoye dielo* (1910), en Rusia, Sofiya Zarechnaya vinculó las medidas de control de la natalidad con la emancipación de las mujeres. La «elección» de las mujeres incrementaría el valor y la dignidad de la maternidad, afirmaban algunas; otras insistían en que la «calidad» de los niños debía tener prioridad sobre la «cantidad».

La enfermedad venérea, considerada una plaga en la salud de las mujeres y los niños, ofrecía otro destacado tema feminista. Las feministas alemanas lanzaron una campaña en pro de los exámenes obligatorios de salud premaritales, que ayudarían a proteger a las mujeres de los estragos de la enfermedad venérea... extendida, creían ellas, sobre todo por maridos poco higiénicos que habían mantenido actividad sexual promiscua y sin protección antes del matrimonio. La preocupación por la salud de las mujeres, mezclada con los temas de la aptitud para reproducirse, afloró en Noruega, donde el reformador eugenista Dr. Alfred Mjøen elevó una petición al Parlamento noruego solicitando la enmienda de las leyes matrimoniales para incluir una propuesta alternativa de una declaración premarital de buena salud por ambas partes para el matrimonio⁸³.

El tema de la enfermedad venérea y su transmisión por parte de los hombres a mujeres desprevenidas fue planteado de forma más directa por la militante inglesa por el sufragio, y licenciada en derecho, Christabel Pankhurst. Tras una serie de escándalos sexuales que sacudieron a Gran Bretaña durante el periodo de la militancia y persecución sufragista, Pankhurst hizo público un feroz ataque al vicio masculino. La sífilis y la gonorrea acarrearían funestas consecuencias a mujeres y niños inocentes. «La causa de la enfermedad sexual», insistía Pankhurst, «es el sometimiento

⁸² E(mma) Pieczynska(-Reichenbach), *L'École de la pureté*, Ginebra, Eggimann, 1897. La mejor obra para citar a Pieczynska-Reichenbach sigue siendo E. Serment, «Emma Pieczynska, née Reichenbach, dans ses œuvres», *Annuaire des femmes suisses* 1926/27 10 (1927), pp. 81-111.

⁸³ Dr. Alfred Mjøen, «Legal Certificates of Health Before Marriage: Personal Health-Declaration versus Medical Examination», trad. Dr. Bergen, en *The Eugenics Review* 4, 4 (enero de 1913), p. 362; ed. orig. en la revista noruega en favor de los derechos de las mujeres *Nyelande* (abril de 1912); repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 53 (cita, p. 217).

de las mujeres. Por ello, para destruir a uno, hemos de destruir a la otra. [...] Nos encontramos aquí con la cuestión femenina quizá en su forma más urgente y aguda»⁸⁴. La esencia de la solución de Pankhurst era «Votos para las mujeres y castidad para los hombres». Yendo más lejos aún, Christabel Pankhurst exigía la educación de los hombres en sus deberes: «La paternidad, el oficio de padre, y los deberes y responsabilidades de la paternidad son, o más bien deberían ser, el tema de hoy en día. [...] Si los hombres fueran conscientes de su deber paterno, la prostitución estaría en las últimas»⁸⁵.

Hacer campaña contra el vicio sexual y la violencia masculina contra las mujeres suscitó un tema más general: el de la violencia masculina organizada. La guerra y el militarismo habían sido durante algún tiempo los objetivos de la crítica feminista extensiva. En los años setenta y ochenta del siglo XIX, las feministas como Marie Goegg y Virginie Griess-Traut, que se habían vuelto muy activas en el movimiento por la paz, habían iniciado protestas en tiempos de guerra, presentando a las mujeres, las dadoras de vida, como pacificadoras. A finales de los años noventa del siglo XIX, surgió una crítica muy importante de la violencia masculina en la guerra, la escritora austriaca Bertha von Suttner. Desafiando el doble estándar en el sexo y en el amor, y sintiendo repugnancia por la censura hipócrita de la sociedad de las madres solteras y de sus hijos «ilegítimos», Suttner desarrolló su crítica de la guerra organizada: «Mientras vosotros glorificáis la muerte y hasta el asesinato tanto que no sabéis hacer nada mejor ni proclamar nada más alto que la fama de las batallas... no existe

⁸⁴ Christabel Pankhurst, «A Woman's Question», en *Plain Facts About a Great Evil*, Londres, 1913; publicada originalmente en *The Suffragette*, 8 de agosto de 1913; según reed. en *WFF*, vol. 2, doc. 54; citas, pp. 219-220. Sobre el feminismo de Christabel Pankhurst, véase David J. Mitchell, *Queen Christabel: A Biography of Christabel Pankhurst*, Londres, Macdonald and Jane's, 1977; y Elizabeth Sarah, «Christabel Pankhurst: Reclaiming Her Power», en Dale Spender (ed.), *Feminist Theorists: Three Centuries of Key Women Thinkers*, Nueva York, Pantheon, 1983. Para los antecedentes sobre su crítica de la sexualidad masculina, véase Sheila Jeffreys, *The Spinster and Her Enemies: Feminism and Sexuality, 1880-1930*, Londres, Pandora Press, 1985; y para una excelente colección de fuentes, véase Sheila Jeffreys (ed.), *The Sexuality Debates*, Londres y Nueva York, Routledge & Kegan Paul, 1987. Un argumento valiente que conecta la emancipación sexual y las reivindicaciones de sufragio puede encontrarse en Susan Kingsley Kent, *Sex and Suffrage in Britain, 1860-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1987. Compárese también Lucy Bland, *Banishing the Beast: English Feminism and Sexual Morality, 1885-1914*, Nueva York, The New Press, 1995; y Laura E. Nym Mayhall, «Dare to Be Free: The Women's Freedom League, 1907-1918», tesis doctoral, Stanford University, 1993.

Para asuntos comparables en los Países Bajos, véase Jeske Reys et al. (eds.), *De eerste feministische golf: 6de Jaarboek voor Vrouwengeschiedenis*, Nimega, SUN, 1985; Ulla Jansz, *Denken over sekse in de eerste feministische golf*, Amsterdam, Van Gennep, 1990; y Marianne Braun, *De prijs van de liefde: De eerste feministische golf, het huwelijksrecht: en de vaderlandse geschiedenis*, Amsterdam, Het Spinhuis, 1992.

⁸⁵ Christabel Pankhurst, «What Women Think», en *The Great Scourge and How to End It* (1913); repr. en *The Sexuality Debates*, cita, pp. 333-334.

entre vosotros nada que sea más injuriado, nada que deba hacerse más en secreto que la creación de la vida»⁸⁶.

La potente *Lay Down Your Arms!* (*¡Abajo las armas!*) de Suttner, su novela más vendida (publicada primero en 1889 como *Die Waffen nieder!* y muy traducida), desarrolló su crítica de la violencia masculina, su fachada y su futilidad, presentando la historia de una mujer joven, casada con un oficial militar austriaco que, a través de las experiencias de su viudedad y maternidad, llegó a condenar la carnicería sin sentido que conllevaba la guerra. Ella llevaba a sus lectores tras la cortina de la pompa y circunstancia militar para explorar la fealdad de los despojos de la guerra:

No más tronar de la artillería, no más estruendo de las trompetas, no más toque de tambores; solo los tenues gemidos de dolor y el estertor de la muerte. En el suelo pisoteado, algunos charcos con destellos rojos, lagos de sangre; todas las cosechas destruidas, solo aquí y allá quedaba un trozo de tierra indemne y aún cubierto de rastros; los pueblos sonrientes de ayer se volvieron ruinas y basura. Los árboles quedamos y cortados en los bosques, los setos desgarrados con metralla. Y sobre este campo de batalla, miles y miles de hombres muertos y agonizando... agonizando sin ayuda⁸⁷.

Abordando estos horrores, ella lanzó una célebre campaña por el desarme que sería galardonada finalmente con el premio Nobel de la Paz.

Estos esfuerzos inspiraron a muchas otras aventuras más claramente centradas en la mujer, tales como la League of Women for International Disarmament (Liga de Mujeres para el Desarme Internacional, fundada en 1897 por la princesa Gabrielle Wiszniewska), cuyo manifiesto pedía a las mujeres que emprendieran una «guerra contra la guerra», y otro grupo liderado por la activista alemana Margarethe Lenore Selenka, que organizó una solicitud internacional con un millón de firmas de mujeres para aprobar los objetivos de la Conferencia de Paz de La Haya de mayo de 1899⁸⁸.

⁸⁶ Bertha von Suttner, *Das Maschinenzeitalter: Zukunftsvorlesungen über unsere Zeit*, Dresde y Leipzig, 1899; ed. orig. Zürich, 1889, pp. 165-166; trad. SGB en WFF, vol. 2, doc. 12 (cita, p. 72). Sobre Suttner, véase Brigitte Hamann, *Bertha von Suttner: A Life for Peace*, trad. Ann Dubsky, introd. Irwin Abrams, Syracuse, Syracuse University Press, 1996; ed. orig. Múnich, 1987; y Regina Braker, *Weapons of Women Writers: Bertha von Suttner's «Die Waffen nieder!» as Political Literature in the Tradition of Harriet Beecher Stowe's «Uncle Tom's Cabin»*, Nueva York, Peter Lang, 1995.

⁸⁷ Bertha von Suttner, *Lay Down Your Arms. The Autobiography of Martha van Tilling*, trad. T. Holmes, Londres, Longmans, 1894; reed. Nueva York, Garland, 1972, p. 255.

⁸⁸ Véase el manifiesto de la Ligue des Femmes pour le Désarmement International, reproducido en Cañel (seud. de Alice Pestana), *La Femme et la paix: Appel aux mères portugaises*, Lisboa, Imprensa nacional, 1898, pp. 52-54. Para el esfuerzo realizado en 1899 por Selenka con ocasión de la Conferencia de Paz de La Haya, véase Margarethe Lenore Selenka, *La Manifesta-*

Muchas feministas ardientes estuvieron también activas en el movimiento por la paz, aunque no todos los activistas por la paz eran feministas.

En respuesta directa a estas exigencias feministas, a principios del siglo XX empezó a manifestarse una nueva y nerviosa reacción masculina. En Alemania, Heinrich von Treitschke, en su estudio *Política* (1899-1900), en dos volúmenes, denunciaba la idea de la emancipación femenina como «calamitosa» y defendía el matrimonio monógamo, la propiedad privada y la familia encabezada por el hombre como el fundamento necesario del Estado⁸⁹. En Francia, en una serie de diatribas anuales antifeministas, algunas de las cuales ganaron premios de la Académie Française, Théodore Joran denunciaba al feminismo, a la par que al socialismo, como «una enfermedad antifrancesa». Las obras de Joran presentaban regularmente argumentos como «El feminismo es ante todo revuelta, discordia, desorganización y envidia de nuestra naturaleza masculina»⁹⁰. Les recordaba a sus lectores que el culto de la feminidad era una invención francesa, cuya destrucción llevaría de hecho a la guerra entre los sexos.

Más inquietantes que las bravatas de Treitschke o las fanfarronadas de Joran fueron obras que mezclaban expresiones de mentalidad guerrera con antifeminismo e incluso misoginia. Las reafirmaciones del belicismo masculinista a comienzos del siglo XX se construyeron a veces como respuestas a la «feminización» de la sociedad moderna. Una expresión particularmente virulenta de esta perspectiva fue la del «Manifiesto futurista» de Filippo Tommaso Marinetti, publicado en *Le Figaro* (en París) en 1909:

Glorificaremos la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructivo de los que traen la paz, las bellas ideas por las que vale la pena morir, y el desprecio por las mujeres. Destruiremos los

tion internationale des femmes pour la Conference de la Paix du 15 mai 1899, Múnich, A. Schupp, 1900. Esta obra aparecía también con títulos en alemán e inglés y contenía un conjunto completo de traducciones de los diversos textos y peticiones. El grupo de Selenka se presentó a la conferencia de paz con una petición firmada por alrededor de un millón de mujeres. Sobre estos esfuerzos, véase Sandi E. Cooper, «The Work of Women in Nineteenth Century Continental European Peace Movements», *Peace & Change* 9, 4 (invierno, 1984), pp. 11-38. Para Bélgica y Suecia, véase Nadine Lubelski-Bernard, «The Participation of Women in the Belgian Peace Movement (1830-1914)», en Ruth Roach Pierson (ed.), *Women and Peace: Theoretical, Historical, and Practical Perspectives*, Londres, Croom Helm; Nueva York, Routledge, Chapman & Hall, 1987, pp. 76-89; y Abby Peterson, *Women as Collective Political Actors: A Case Study of the Swedish Women's Peace Movement, 1898-1990*, Memoria de Investigación n.º 107, Gotemburgo, Departamento de Sociología, Universidad de Gotemburgo, 1992.

⁸⁹ Heinrich von Treitschke, «The Family», cap. 7 de *Politics*, trad. Blanche Dugdale y Torben de Bille, Nueva York, Macmillan, 1916; ed. orig. como *Politik*, 2.ª ed., Leipzig, 1899-1900, vol. I, p. 248. Véase Sybil Oldfield, «The Dubious Legacy of Bismarck and von Treitschke», cap. 1 de *Women Against the Iron Fist: Alternatives to Militarism, 1900-1989*, Oxford, Basil Blackwell, 1989, pp. 3-18.

⁹⁰ Theodore Joran, *Le Mensonge du féminisme*, París, Jouve, 1905, p. 295, y *Autour du féminisme*, París, Plon, 1906, pp. 20-21.

museos, las bibliotecas, las academias de todo tipo, combatiremos el moralismo, el feminismo, cualquier cobardía oportunista o utilitaria⁹¹.

¿Eran estas solo unas fanfarronadas adolescentes o se trataba de la evidencia de «una crisis de la identidad masculina»⁹²? ¿Había de construirse la identidad masculina, tal como sugería la obra de Otto Weininger, sobre la represión del elemento femenino? ¿Y qué del elemento femenino? Otra escritora futurista, Valentine de Saint-Point, afirmaba que tanto hombres como mujeres de principios del siglo XX carecían de virilidad. Lo que las mujeres necesitaban no eran «derechos», sino una infusión de sangre derramada, de instinto; ella exigía un resurgir de los guerreros heroicos, de las mujeres guerreras y de las madres feroces. Así, masculinidad y femineidad reasumirían los lugares que les correspondían. «Dejad que la mujer redescubra su crueldad y su violencia, lo que asegurará que destrozará a los vencidos.» El sentimentalismo, la suavidad, la compasión o los valores humanos eran el enemigo: las reivindicaciones feministas, para Saint-Point, los encarnaban. «El feminismo», concluía ella, «es un error político [...] un error cerebral que el instinto de la mujer reconoce como tal»⁹³.

Haciéndose eco de las preocupaciones de Bertha von Suttner y aparentemente refiriéndose a las afirmaciones de Marinetti y Saint-Point, Olive Schreiner hablaba con elocuencia de la difícil relación de las mujeres con la guerra:

Los hombres han hecho los bumeranes, los arcos, las espadas o las pistolas con las que destruirse entre ellos; ¡nosotras hemos hecho a los hombres que destruían y eran destruidos! En todas las épocas, hemos producido, a un costo enorme, la principal munición de la guerra, sin la que ninguna otra existiría. No hay campo de batalla sobre la tierra, ni lo ha habido, comoquiera que se haya cubierto de asesinados, que no les haya costado a las mujeres de la especie más en derramamiento de sangre real y angustia de lo que les ha costado a los hombres que yacen allí. *Nosotras pagamos el primer costo sobre toda la vida humana*⁹⁴.

⁹¹ Filippo Tommaso Marinetti, «The Futurist Manifesto», en R. W. Flint (ed.), *Marinetti Selected Writings*, trad. R. W. Flint y Arthur A. Coppotelli, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1972, p. 42.

⁹² Annelise Mauge, *L'identité masculine en crise au tournant du siècle*, Marsella, Éditions Rivages, 1987, p. 8.

⁹³ Valentine de Saint-Point, «Manifeste de la femme futuriste: Réponse à F. T. Marinetti» (25 de marzo de 1912); reed. en Giovanni Lista (ed.), *Futurisme: Manifestes, proclamations, documents*, Lausana, Éditions d'Age d'homme, 1973, pp. 329-332 (cita, p. 330; trad. KO). Este texto fue leído por el autor en presentaciones de galerías vanguardistas en Bruselas y París durante el final de la primavera y el verano de 1912, y publicado en italiano, francés y alemán.

⁹⁴ Olive Schreiner, «Woman and War», en *Woman and Labour*, 1911; reed. Londres, Virago, 1978; citas, pp. 169, 178. Este texto puede ser consultado también en *An Olive Schreiner Reader*, Carol Barash (ed.), Londres, Pandora Press, 1987, pp. 198-211.

La guerra solo terminaría, según la visión de Schreiner, «cuando la cultura y la actividad intelectual hubieran hecho posible a las mujeres una misma participación en el control y gobierno de la vida nacional moderna». La lógica centrada en la mujer de alguien como Schreiner encontraría muchos defensores en la segunda década del siglo, pero no los suficientes como para evitar el desastre. Durante el siglo XIX, puede haber habido menos guerras y más cortas que antes, pero los presupuestos armamentísticos crecieron de forma continua. «La paz», ha señalado la historiadora Sandi Cooper, «fue, en efecto, un periodo de preparación para la guerra»⁹⁵.

Escribiendo en oposición a la ley de servicio militar de tres años propuesta en Francia, Fanny Clar trató de advertir a su audiencia sobre las posibilidades futuras: «Estamos ante un precipicio, en cuyo borde las naciones europeas se apoyan con sensación de mareo y a punto están de deslizarse, si [...] no se ponen derechas y se retiran del abismo. [...] ¡La guerra es repugnante!»⁹⁶. Al año siguiente, en un gigantesco mitin en apoyo al sufragio femenino celebrado en el Teatro Nacional en Roma, durante el congreso del Consejo Internacional de Mujeres de mayo de 1914, la abogada Maria Vérone pedía de forma apasionada una «guerra contra la guerra»⁹⁷. Entonces, el 28 de junio de 1914 (Vidovdan, festividad de san Vito e importante aniversario nacional serbio), un nacionalista serbio asesinó al archiduque austriaco heredero al trono, en Sarajevo. Poco después, se encajaron las alianzas diplomáticas, los cañones empezaron a rugir y la sangre empezó a derramarse.

⁹⁵ Cooper, «Work of Women», p. 11.

⁹⁶ Fanny Clar, «Le Mensonge des trois ans», *L'Équité* (15 de marzo de 1913); reed. en Maité Albistur y Daniel Armogathe (eds.), *Le Grief des femmes: Anthologie des textes féministes du Second Empire à nos jours*, París, Éditions hier et demain, 1978, p. 202; trad. KO.

⁹⁷ En relación con el sensacional discurso de Maria Vérone, véase *La Française* (23 de mayo de 1914), p. 1, y Mary Sheepshanks, «The Suffrage Meeting in Rome, May 15, 1914», *Jus Suffragii* 8, 11 (1 de julio de 1914), pp. 137-138. No logré localizar un texto publicado de este discurso.

PARTE III

EL SIGLO XX

«En el pasado», afirma la socióloga Gisela Kaplan, «las cuestiones sociales, incluida la liberación de las mujeres, siempre habían desaparecido de la agenda política cuando acontecimientos políticos de mayor calado parecían demandar toda la atención de la nación»¹. Puede que «desaparecido» plantee la cuestión de un modo demasiado suave, y «cuestiones sociales» apenas capta la trascendencia política de los planteamientos suscitados por las feministas. Parecería más exacto etiquetar la emancipación de la mujer como una cuestión «política» más que «social», y sustituir el término «desaparecer» por el verbo «borrar». Estos términos sustitutivos describen mejor lo que les ocurrió (al menos, temporalmente) a las reivindicaciones feministas bajo condiciones en las que las mujeres, incluso las que votaban, ejercían aún poco poder político formal y allá donde las opiniones feministas resultaban molestas. Este fue el caso de las sociedades europeas hasta bien entrado el siglo xx, la era de la guerra, la revolución y la reacción por excelencia.

Los cañones de agosto de 1914 señalaron el final de una era turbulenta y el comienzo de otra, una era en la que la política de la construcción del Estado-nación y las rivalidades internacionales reconocieron de inmediato y comenzaron a amenazar las posibilidades de éxito del feminismo europeo en miríadas de formas impredecibles. Parecía casi como si aquellos que controlaban los cañones estuvieran intentando cerrar con dinamita las fisuras en la corteza de las instituciones patriarcales que las feministas habían logrado abrir a la fuerza de forma tan amplia en las décadas previas. ¿Pudiera ser que uno de los objetivos tácitos de esta guerra fuera hacer un dique, incluso extinguir, el peligroso flujo incandescente de las

¹ Gisela Kaplan, *Contemporary Western European Feminism*, Nueva York, New York University Press, 1992, p. 283.

aspiraciones feministas que tanto había captado la atención de los europeos y, desde luego, del mundo entero?

¿Qué acontecimiento podía resultar políticamente más convincente que la guerra? La nueva guerra del siglo xx, altamente mecanizada y cada vez más tecnológica, una guerra que requisa recursos nacionales masivos al servicio del poderío armamentístico, ha servido de forma repetida y poderosa —quizá mucho más que las guerras anteriores— a reposicionar a los sexos centrando todas las miradas en el esfuerzo masculino y en el valor masculino al servicio de la nación en armas. Las feministas eran muy conscientes de sus implicaciones para las relaciones entre los sexos. Dos sufragistas británicas antibelicistas resumían el efecto de la contienda a principios de 1915: «En la guerra solo importan los hombres».² En 1923, la activista y feminista escritora austriaca Rosa Mayreder comentó: «Teóricamente, la guerra representa el producto más extremo de la masculinidad, la consecuencia final y más terrible de la actividad masculina absoluta. Lo naturalmente femenino no puede afirmarse a sí mismo como algo con iguales derechos junto a esta mayor intensificación externa de masculinidad».³ Al igual que los no combatientes en época de guerra, las mujeres fueron simbólicamente empujadas «detrás de las líneas», aun cuando ellas seguían sujetas a la movilización en papeles de apoyo para servir al interés nacional. Tanto durante la guerra como después de ella, las mujeres, como los hombres, estarían sujetas a nuevas e innovadoras formas de vigilancia y control.⁴

Si unimos los efectos de la guerra con los de la Revolución rusa, el exceso de mujeres en la población europea de posguerra, los esfuerzos

² M(ary) Sargent Florence Y C. K. Ogden, «Women's Prerogative», *Jus Suffragii* 9, 4 (1 de enero de 1915), pp. 218-219; véase también su panfleto *Militarism versus Feminism* (1915), reed. en Margaret Kamester y Jo Vellacott, *Militarism versus Feminism: Writings on Women and War*, Londres, Virago, 1987.

³ Rosa Mayreder, «Geschlecht und Sozialpolitik», en su *Geschlecht und Kultur*, Jena, Eugen Diederichs, 1923, p. 108; trad. en Harriet Anderson, *Utopian Feminism: Women's Movements in Fin-de-Siècle Vienna*, New Haven, Yale University Press, 1992, p. 172.

⁴ Sobre la participación de las mujeres en la Primera Guerra Mundial y sus efectos sobre ellas, véanse los ensayos de Margaret Randolph Higginnet, Jane Jenson, Sonya Michel y Margaret Collins Weitz (eds.), *Behind the Lines: Gender and the Two World Wars*, New Haven, Yale University Press, 1987; Diana Condell y Jean Liddiard, *Working for Victory? Images of Women in the First World War 1914-1918*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1987; y diversos ensayos de Richard Wall y Jay Winter (eds.), *The Upheaval of War: Family, Work and Welfare in Europe, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989. Véase, en especial, Françoise Thébaud, *La Femme au temps de la guerre de '14*, París, Stock, 1986; y su magistral ensayo comparativo, «The Great War and the Triumph of Sexual Division», en Françoise Thébaud (ed.), *Toward a Cultural Identity in the Twentieth Century*, vol. 5 de Georges Duby y Michelle Perrot (eds.), *A History of Women in the West*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1994, pp. 21-75. Sobre Rusia, véase Alfred G. Meyer, «The Impact of World War I on Russian Women's Lives», en Barbara Evans Clements, Barbara Alpern Engel y Christine D. Worobec (eds.), *Russia's Women: Accommodation, Resistance, Transformation*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991, pp. 208-224.

redoblados en la movilización nacional y las disputas entre las facciones de mayoría masculina de la derecha y de la izquierda (de la tradición y el movimiento, que dirían algunos, aunque este dualismo sea quizá demasiado simple) por el control del Estado, que caracterizaron los años veinte y treinta del siglo xx, junto con el trastorno económico y el creciente militarismo que provocaría una Segunda Guerra Mundial, veremos que el ímpetu del feminismo se iba a ver seriamente interrumpido, y su curso, abruptamente cambiado. A causa de este complejo de condiciones, la parte III de este libro podría titularse «El feminismo asediado».

Asediado, sí; pero también, en parte, triunfante. Porque no fue el caso que el feminismo no consiguiera avances durante la primera mitad del siglo xx. Seguramente, la concesión del sufragio a las mujeres en la mayoría de los Estados europeos ha de contarse como una notable victoria, como la elección de unas cuantas mujeres para cargos públicos, y su promoción a posiciones ejecutivas de gobierno.⁵ En el primer discurso dado

⁵ Recientes estudios sobre la participación formal de las mujeres en parlamentos nacionales y otros cuerpos de gobierno entre 1914 y 1950 incluyen:

Para Inglaterra, Beverly Parker Stobaugh, *Women and Parliament, 1918-1970*, Hicksville, Exposition Press, 1978; Melanie Phillips, *The Divided House: Women at Westminster*, Londres, Sidgwick & Jackson, 1980; Brian Harrison, «Women in a Men's House: The Women MPs, 1919-1945», *The Historical Journal* 29, 3 (septiembre de 1986), pp. 623-654; y Patricia Hollis, *Ladies Elect: Women in English Local Government, 1865-1914*, Oxford, Clarendon Press, 1987.

Para Francia, véase Siân Reynolds, «Women and the Popular Front in France: The Case of the Three Women Ministers», *French History* 8, 2 (junio de 1994), pp. 196-224; y Paul Smith, *Feminism and the Third Republic: Women's Political and Civil Rights in France 1918-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

Para Austria, véase Gabriella Hauch, *Vom Frauenstandpunkt aus: Frauen im Parlament, 1919-1933*, Viena, Verlag für Gesellschaftskritik, 1995; véase también Hauch, «Rights at Last? The First Generation of Female Members of Parliament in Austria», en Günther Bishop, Anton Pelinka y Erika Thurner (eds.), *Women in Austria, special issue of Contemporary Austrian Studies*, vol. 6, New Brunswick y Londres, Transaction, 1998, pp. 55-82. Véanse también los ensayos de Birgitta Bader-Zaar, «Women in Austrian Politics, 1890-1934: Goals and Visions», y Gerda Neyer, «Women in the Austrian Parliament: Opportunities and Barriers», ambos en David F. Good, Margaret Grandner y Mary Jo Maynes (eds.), *Austrian Women in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Providence, Berghahn Books, 1996.

Para Alemania, véase Patricia K. Fessenden, «The Role of Women Deputies in the German National Constituent Assembly and the Reichstag, 1919-1933», tesis doctoral, Ohio State University, 1976; y «More than a Question of Numbers: Women Deputies in the German National Constituent Assembly and the Reichstag, 1919-1933», en Kay Goodman y Ruth H. Sanders (eds.), *Proceedings of the Second Annual Women in German Symposium*, Oxford, Ohio, sin ed., 1977, pp. 80-98; Christl Wickert, *Unsere Erwählten: Sozialdemokratische Frauen im deutschen Reichstag und im preussischen Landtag 1919 bis 1933*, 2 vols., Götting, Sövec, 1986. Véase también Claudia Koonz, «Conflicting Allegiances: Political Ideology and Women Legislators in Weimar Germany», *Signs* 1, 3, parte 1 (primavera, 1976), pp. 663-683.

Para España, véase Judith Keene, «'Into the Clear Air of the Plaza': Spanish Women Achieve the Vote in 1931», Victoria L. Enders y Pamela Ratcliff (eds.), *Constructing Spanish Womanhood: Female Identity in Modern Spain*, Albany, SUNY Press, 1999.

Para Dinamarca, véase Drude Dahlerup, *The Women's Sections within the Political Parties of Denmark: Their History, Function and Importance — for the Political Parties, for Women, and for Feminism*, Aarhus, Institute of Political Science, Universidad de Aarhus, 1978.

por una mujer elegida como representante en el Parlamento alemán, Marie Juchacz exclamó quizá con demasiado optimismo:

La igualdad política le ha dado a mi sexo la posibilidad de desarrollar por completo sus poderes. [...] La cuestión de las mujeres, tal como están ahora las cosas en Alemania, ya no existe en su antiguo sentido. [...] La lucha política [...] se desarrollará en otras formas de ahora en adelante. Nosotras, las mujeres, tenemos en este momento la oportunidad de dejar que nuestros poderes tengan un efecto dentro del marco construido por la ideología y por agrupaciones partidistas libremente elegidas⁶.

Como socialdemócrata convencida, Juchacz era tal vez demasiado optimista en la opinión de que las ideologías existentes y las agrupaciones partidistas promoverían suficientemente los fines emancipatorios para las mujeres. No obstante, las legislaturas compuestas mayoritariamente por hombres y unas pocas mujeres aseguraban la representación de programas de apoyo a madres con necesidades, la consolidación del acceso de las mujeres a la educación superior y las oportunidades profesionales, la enmienda de las leyes matrimoniales, la implementación de las leyes de divorcio y, finalmente, la demolición, al final del siglo, de las restricciones legales de la libertad reproductiva de las mujeres. Mujeres «meritorias», excepcionalmente dotadas, activistas y escritoras, ganaron ahora un nuevo reconocimiento público para sus contribuciones, que oscilaba desde los doctorados honorarios en la universidad y las órdenes gubernamentales al mérito civil hasta los Nobel de la Paz (Bertha von Suttner, 1905; Jane Addams, 1931), de literatura (Selma Lagerlöf, 1909; Grazia Deledda, 1926; Sigrid Undset, 1928), de química (Marie Curie, con su esposo, Pierre, 1903) y de Física (Marie Curie, en 1911; Irène Joliot-Curie, con su hermano, Frédéric, en 1935). Aun así, no se debe subestimar hasta qué punto sería amenazado constantemente tal «progreso» y reconocimiento de las mujeres, junto con las consecuencias feministas, tal como

Para Suecia, véase Sondra Herman, «Feminists, Socialists, and the Genesis of the Swedish Welfare State 1919-1945», en F. R. Keller (ed.), *Views of Women's Lives in Western Tradition*, Lewiston, Edwin Mellen Press, 1990, pp. 472-510; véase también Ruth Hamrin-Thorell, Ulla Lindström y Gunborg Stenberg (eds.), *Kvinnors Röst och Rätt (El voto y los derechos de las mujeres)*, Estocolmo, Allmänna förlaget, 1969.

Para Irlanda, Maurice Manning, «Women in Irish National and Local Politics, 1922-77», en Margaret MacCurtain y Donncha O'Corrain (eds.), *Women in Irish Society: The Historical Dimension*, Dublín, Arlen House, The Women's Press, 1978, pp. 92-102.

Para Bélgica, véase Anne Morelli, «L'Action parlementaire des premières femmes députées belges, 1929-1945», en Yolande Mendes da Costa y Anne Morelli (eds.), *Femmes, libertés, laïcité*, Bruselas, Éditions de l'Université de Bruxelles, 1989, pp. 59-70.

⁶ «Die erste Parlamentstred einer Frau in Deutschland», *Die Gleichheit* (14 de marzo de 1919); trad. en Karen Hagemann, «Men's Demonstrations and Women's Protest: Gender in Collective Action in the Urban Working-Class Milieu during the Weimar Republic», *Gender & History* 5, 1 (primavera, 1993), p. 101.

dejan meridianamente claro los sombríos ensayos sobre «la nacionalización de las mujeres» en el quinto volumen de la *Historia de las mujeres en Occidente*, editado por Françoise Thébaud⁷.

Lo cierto es que desde los años veinte, pasando por los años treinta y los comienzos de una nueva guerra, las feministas europeas tuvieron que afrontar numerosas dificultades que estaban estrechamente vinculadas a la política nacional e internacional y a la nacionalización de las mujeres. Una de las principales fue la expansión de los esfuerzos del gobierno para designar una política nacional de población, basada en los cuerpos materiales de las mujeres⁸. Los defensores de la familia «tradicional» (es decir,

⁷ Véanse los ensayos de Françoise Thébaud, Anne-Marie Sohn, Victoria De Grazia, Gisela Bock, Danièle Bussy Gènevois, Hélène Eck y Françoise Navaill en Thébaud (ed.), *Toward a Cultural Identity*; en una reseña a esta obra, caractericé este conjunto (por lo demás, artículos estelares) como «un triste collage»; véase Karen Offen, «Women in the Western World», *Journal of Women's History* 7, 2 (verano, 1995), pp. 145-155.

⁸ Sobre las mujeres y las políticas nacionales de población, véanse todos los ensayos de Gisela Bock y Pat Thane (ed.), *Maternity and Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States, 1880s-1950s*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991. De particular relevancia para este estudio son los ensayos de Mary Nash, «Pronatalism and Motherhood in Franco's Spain», pp. 160-177; y Karen Offen, «Body Politics: Women, Work, and the Politics of Motherhood in France, 1920-1950», pp. 138-159. Véanse al respecto también los artículos siguientes: Denise Destrugiac, «Un Aspect de la politique démographique de l'Italie fasciste: La Répression de l'avortement», *Mélanges de l'École française de Rome* 92, 2 (1980), pp. 691-735; Marie-Monique Huss, «Pronatalism in the Inter-War Period in France», *Journal of Contemporary History* 25, 1 (enero de 1990), pp. 39-68; Cheryl A. Koos, «Gender, Anti-Individualism, and Nationalism: The Alliance Nationale and the Pronatalist Backlash Against the Femme moderne, 1933-1940», *French Historical Studies* 19, 3 (primavera, 1996), pp. 699-723.

Sobre Rusia, véase Laura Engelstein, «Abortion and the Civic Order: The Legal and Medical Debates», en Barbara Evans Clements, Barbara Alpern Engel y Christine D. Worobec (eds.), *Russia's Women: Accommodation, Resistance, Transformation*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1991, pp. 185-207; y en el mismo volumen, Wendy Goldman, «Women, Abortion, and the State, 1917-1936», pp. 243-266. Véase también Susan Gross Solomon, «The Demographic Argument in Soviet Debates over the Legalization of Abortion in the 1920s», *Cahiers du monde russe et soviétique* 33, 1 (1992), pp. 59-81.

Sobre Alemania, véase Jill Stephenson, «"Reichsbund der Kinderreichen": The League of Large Families in the Population Policy of Nazi Germany», *European Studies Review* 9, 3 (julio de 1979), pp. 351-375; Cornelia Osborne, *The Politics of the Body in Weimar Germany: Women's Reproductive Rights and Duties*, Londres, Routledge, 1992; y su «Abortion in Weimar Germany - The Debate Amongst the Medical Profession», *Continuity and Change* 5, 2 (agosto de 1990), pp. 199-224. Véase también Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1986; y Bock, «Antinatalism, Maternity and Paternity in National Socialist Racism», en *Maternity and Gender Policies*, pp. 233-255; Atina Grossmann, «Abortion and Economic Crisis: The 1931 Campaign Against Paragraph 218», en Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, Monthly Review Press, 1984, pp. 66-86; y Fridolf Kudlein, «The German Response to the Birth-Rate Problem During the Third Reich», *Continuity and Change* 5, 2 (agosto de 1990), pp. 225-247.

Sobre Suecia, véase Ann-Katrin Hatje, *Bevolkningsfrågan och välfärden: Debatten om familjepolitik och nativitetöknung under 1930- och 1940- talen (La cuestión de la población y la prosperidad: el debate en torno a la política sobre la familia y la elevación de la tasa de natalidad en los años treinta y cuarenta del siglo XX)*, Estocolmo, Allmänna Förlaget, 1974; Ann-Sofie Källemark (Ohlander), *More Children of Better Quality? Aspects of Swedish Population Policy*

dominada por el hombre) propondrían restricciones a las oportunidades educativas de las mujeres en el nivel universitario, a las que las feministas responderían enérgicamente⁹. La participación de la mano de obra de las mujeres —su «derecho al trabajo»— se consolidó en efecto durante este periodo, y los esfuerzos simultáneos emprendidos para aliviar las cargas de su trabajo doméstico (así como para celebrarlo) tuvieron su paralelo en los esfuerzos por promover y consolidar la participación de las mujeres en sindicatos y organizaciones profesionales¹⁰. No obstante, en particular con la aparición de la depresión económica severa que comenzó en 1929, los oponentes antifeministas continuaron oponiéndose categóricamente al

in the 1930s, Uppsala, *Studia historica Upsaliensia*, p. 115; distrib. por Almqvist & Wiksell, Estocolmo, 1980; y Ann-Sofie Ohlander, «The Invisible Child? The Struggle for a Social Democratic Family Policy in Sweden, 1900-1960s», en *Maternity and Gender Policies*, pp. 100-72. Véase también Ida Blom, «Voluntary Motherhood 1900-1930: Theories and Politics of a Norwegian Feminist in an International Perspective», en *Maternity and Gender Policies*, pp. 21-39; Doris H. Linder, *Crusader for Sex Education: Elise Ottesen-Jensen (1886-1973) in Scandinavia and on the International Scene*, Lanham, University Press of America, 1996.

Una perspectiva más centrada en lo masculino puede encontrarse en la visión de conjunto, por otro lado muy competente, de Michael S. Teitelbaum y Jay M. Winter, *The Fear of Population Decline*, Orlando, Academic Press, 1985. Este libro habla en términos de «obsesión francesa» y «énfasis británico», sin plantear la cuestión de «quién» temía específicamente el declive de la población y por qué.

⁹ En Inglaterra, Hungría, la Alemania nazi y en otros países se hicieron esfuerzos para restringir el acceso de las mujeres a la educación universitaria. No he localizado aún estudios exhaustivos de estas iniciativas que, sin duda, fueron rastreadas por la International Federation of University Women (IFUW, Federación Internacional de Mujeres Universitarias), fundada en 1920. El trabajo de Alison Mackinnon sobre la IFUW desde una perspectiva australiana y británica puede ayudar a arrojar algo más de luz sobre estos temas; se requiere, no obstante, investigar sobre los desarrollos continentales paralelos.

¹⁰ Con respecto a la evolución en el empleo de las mujeres tras la Primera Guerra Mundial, véanse, entre otras obras: para Francia, Annie Fourcaut, *Femmes à l'usine: Ouvrières et surintendantes dans les entreprises françaises de l'entre-deux-guerres*, París, Maspéro, 1982; para Rusia, Melanie Ilić, *Women Workers in the Soviet Inter-War Economy: From «Protection» to «Equality»*, Houndmills, Macmillan; Nueva York, St. Martin's Press, 1999; para los Países Bajos, *Gender and the Politics of Officework: The Netherlands 1860-1940*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 1998; para Grecia, Efi Avdela, «Rapports salariaux et division sexuelle du travail: Les Femmes fonctionnaires dans la première moitié du 20e siècle en Grèce», tesis doctoral, Universidad de París VII, 1989; y para Italia, los últimos ensayos y bibliografía en Angela Groppi (ed.), *Il lavoro delle donne*, Roma y Bari, Laterza, 1996.

Sobre la participación de las mujeres europeas en sindicatos después de 1918, véanse los ensayos en Norbert C. Soldon (ed.), *The World of Women's Trade Unionism: Comparative Historical Essays*, Westport, Greenwood Press, 1985, que incluye Theresa McBride, «French Women and Trade Unionism: The First Hundred Years»; véase también Alice H. Cook, Val R. Lorwin y Arlene Kaplan Daniels (eds.), *Women and Trade Unions in Eleven Industrialized Countries*, Filadelfia, Temple University Press, 1984. Para Inglaterra, véanse los ensayos de Lucy Middleton (ed.), *Women in the Labour Movement: The British Experience*, Londres, Croom Helm, 1977; Norbert C. Soldon, *Women in British Trade Unions, 1874-1976*, Dublin, Gill & Macmillan, 1978; y Pamela M. Graves, *Labour Women: Women in British Working-Class Politics, 1918-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994. Para Irlanda, véase Mary E. Daly, «Women, Work and Trade Unionism», en MacCurtain y O'Corrain (eds.), *Women in Irish Society*, pp. 71-81.

empleo de las mujeres fuera del hogar en el nombre de los oficios para hombres. Preferían lo que consideraban como una división «natural» del trabajo en razón del género, en la que los hombres que dominaban la economía doméstica ganaban el pan y daban los términos, mientras que las mujeres criaban a los niños y hacían la comida y las labores del hogar, subordinadas a los órdenes de sus hombres. Rechazaban creer que este orden «natural» de cosas también pudiera construirse culturalmente.

En el frente cultural, las preocupaciones por «restaurar» el viejo orden de género de preguerra marcarían a su vez el antifeminismo de muchos «tradicionalistas»¹¹. Las guerras del conocimiento continuarían cuando la nueva «ciencia» del psicoanálisis comenzara a considerar la salud psicológica —o la carencia de ella— con respecto a los hombres y a la maternidad. Y en la literatura y las artes, el desarrollo del modernismo y las formas de expresión cultural abstractas y de «vanguardia», desdibujarían e incluso oscurecerían muchas de las ideas feministas que habían sido transmitidas de forma tan elocuente por escritores de ambos sexos en los modos literarios realistas y naturalistas más tempranos¹².

Hacia el final de la Primera Guerra Mundial, las prohibiciones de asociación para las mujeres habían caducado en la mayoría de los países europeos y la actividad organizativa de las mujeres había aumentado espectacularmente.

¹¹ Obras que tratan sobre los esfuerzos por reconfigurar el género durante la primera década tras la Primera Guerra Mundial incluyen Klaus Theweleit, *Male Fantasies*, 2 vols., Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987-1989; Susan Kingsley Kent, *Making Peace: The Reconstruction of Gender in Interwar Britain*, Princeton, Princeton University Press, 1993; y Mary Louise Roberts, *Civilization Without Sexes: Reconstructing Gender in Postwar France, 1917-1927*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1994. Sobre la situación opuesta en Rusia, véase Elizabeth A. Wood, *The Baba and the Comrade: Gender and Politics in Postrevolutionary Russia*, Bloomington, Indiana University Press, 1997.

¹² Obras recientes relacionadas con las producciones culturales y literarias de mujeres en el periodo 1920-1950, incluyen: Helena Forsås-Scott (ed.), *Textual Liberation: European Feminist Writing in the Twentieth Century*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991; y *Women Writers in Russian Modernism: An Anthology*, trad. y ed. Temira Pachmuss, Urbana, University of Illinois Press, 1978. Véase también la serie de la Athlone Press, Londres y Atlantic Highlands, incluyendo (hasta la fecha) Janet Garton, *Norwegian Women's Writing, 1850-1990* (1993); Sharon Wood, *Italian Women's Writing, 1860-1994* (1995); Diana Holmes, *French Women's Writing, 1848-1994* (1996); Helena Forsås-Scott, *Swedish Women's Writing, 1850-1995*; y Catherine Davies, *Spanish Women's Writing, 1849-1996* (1998). Véase también Ingrid Claréus *Scandinavian Women Writers: An Anthology from the 1880s to the 1980s*, Westport, Greenwood Press, 1989; y Marian Arkin y Barbara Shollar (eds.), *The Longman Anthology of World Literature by Women 1875-1975*, Nueva York y Londres, Longman, 1989. Sobre las artes y las letras en la capital cultural internacional de París, véase Whitney Chadwick, *Women Artists and the Surrealist Movement*, Londres, Thames & Hudson, 1985; Shari Benstock, *Women of the Left Bank: Paris, 1900-1940*, Austin, University of Texas Press, 1987; Gillian Perry, *Women Artists and the Parisian Avant-Garde*, Manchester, Manchester University Press, 1995; y Paula J. Birnbaum, «Femmes Artistes Modernes: Women, Art, and Modern Identity in Interwar France», tesis doctoral, Bryn Mawr College, 1996. Para Alemania, véase Marsha Meskimmon y Sharon West (eds.), *Visions of the «Neue Frau»: Women and the Visual Arts in Weimar Germany*, Aldershot, Scolar Press; Brookfield, Ashgate, 1995.

larmente. El «movimiento de las mujeres» estaba compuesto por una banda cada vez más amplia de grupos especializados, de los cuales solo podían considerarse «feministas» unos pocos consejos y asociaciones. Un número cada vez mayor de organizaciones de mujeres se desarrolló dentro de cuerpos religiosos organizados protestantes, católicos y judíos¹³. Estas organizaciones se desarrollaron a su vez en una gran variedad de escenarios seculares que iban desde las empresas caritativas hasta las sociedades patrióticas. Más aún, en países que habían concedido el derecho a voto a las mujeres, partidos políticos de todas las creencias, desde la derecha a la izquierda, formados en los últimos tiempos comenzaron a mostrar su interés por re-

¹³ Estudios recientes sobre mujeres en movimientos de mujeres de filiación religiosa después de 1914 incluyen:

Para Francia, sobre Liga Patriótica de las Mujeres Francesas, Anne-Marie Sohn, «Catholic Women and Political Affairs», en Judith Friedlander et al., *Women in Culture and Politics: A Century of Change*, Bloomington, Indiana University Press, 1986, pp. 237-255; y Odile Sarr, *The Ligue Patriotique des Françaises, 1902-1933: A Feminine Response to the Secularization of French Society*, Nueva York y Londres, Garland, 1992; también Sylvie Fayet-Scribe, *Associations féminines et catholicisme, XIXe-XXe siècle*, París, Éditions ouvrières, 1990; y, de forma más general, sobre las organizaciones de mujeres protestantes y católicas, Evelyn Diebolt, «Les Associations face aux institutions: Les Femmes dans l'action sanitaire, sociale et culturelle (1900-1965)», tesis doctoral, Universidad de París VII, 1993; y, en inglés, Diebolt, «Women and Philanthropy in France», documento de trabajo, Graduate School and University Center, City University of Nueva York, Center for the Study of Philanthropy, 1996.

Para el movimiento de las mujeres católicas italianas, Paola Gaiotti di Biase, *Le origini del movimento cattolico femminile*, Brescia, Marcelliana, 1963; Francesco Maria Ceccini (ed.), *Il femminismo cristiano: La questione femminile nella prima democrazia cristiana (1898-1912)*, Roma, Editori Riuniti, 1979; Michela de Giorgio y Paola di Cori, «Politica e sentimento: Le organizzazioni femminili cattoliche dall'età giolittiana al fascismo», *Rivista di storia contemporanea* 9, 3 (julio de 1980), pp. 337-371; Stefania Portaccio, «La donna nella stampa popolare cattolica: Famiglia Cristiana, 1931-1945», *Italia Contemporanea* 143 (abril-junio de 1981), pp. 45-68; y Cecilia Dau Novelli, «Daremo sei milioni di voti»: Il movimento delle donne cattoliche nei primi anni della Repubblica», *Memoria* 21 (1987), pp. 45-55.

Para Alemania y Austria, Maria Elisabeth Backhaus, *Probleme des Frauenbilds der katholischen Frauenbewegung Deutschlands seit 1900*, Aquisgrán, Paedagogische Hochschule, 1979; Alfred Kall, *Katholische Frauenbewegung in Deutschland: Eine Untersuchung zur Gründung katholischen Frauenvereine im 19. Jahrhundert*, Paderborn, F. Schöningh, 1983; Doris Kaufmann, «Von Vaterland zum Mutterland: Frauen im katholischen Milieu der weimarer Republik», en Karin Hausen (ed.), *Frauen suchen ihre Geschichte*, München, C. H. Beck, 1983, pp. 250-275; también Kaufmann, *Frauen zwischen Aufbruch und Reaktion: Protestantische Frauenbewegung in der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts*, München, Piper, 1988; Friedrich Steinkellner, «Emanzipatorische Tendenzen im christlichen Wiener Frauen-Bund und in der katholischen Reichsfrauenorganisation Österreichs», en R. G. Ardelt et al. (eds.), *Unterdrückung und Emanzipation: Festschrift für Erika Weinzierl*, Viena, Geyer-Editon, 1985, pp. 55-67; y los artículos de Ursula Baumann y Birgit Sack sobre los movimientos confesionales de mujeres, en Imtraud Götz von Oleuhusen et al., *Frauen unter dem Patriarchat der Kirchen*, Stuttgart, Kohlhammer, 1995; Laura S. Gellott, «Mobilizing Conservative Women: The Viennese Katholische Frauenorganisation in the 1920s», *Austrian History Yearbook* 22 (1991), pp. 110-130.

Para los Países Bajos, Mieke Aerts, «Catholic Constructions of Femininity: Three Dutch Women's Organizations in Search of a Politics of the Personal, 1912-1940», en *Women in Culture and Politics*, Judith Friedlander et al. (eds.), Bloomington, Indiana University Press, 1986; y los artículos en *Werkgroep Vrouwen en Fascisme* (ed.), *Naat natuurlijk bestel: Vrouwenorganisaties in de jaren dertig* (Organizaciones de mujeres en los años treinta), Ámsterdam, S.U.A. 1980.

clutar mujeres y canalizar cuidadosamente su actividad política. La rivalidad de feministas y socialistas por toda Europa se desarrolló en nuevas formas, que siguieron a la Revolución bolchevique en Rusia y a la agresiva campaña para reclutar mujeres patrocinada por la Tercera Internacional Comunista¹⁴. Las feministas no comunistas redoblaron sus esfuerzos por unirse atravesando las fronteras nacionales, expandiendo espectacularmente el número de asociaciones feministas internacionales y/o asociaciones de mujeres, y consolidando sus esfuerzos colectivos tanto para promover leyes que asegurarían la nacionalidad de las mujeres casadas, que acabarían regulando la prostitución y que defenderían el empleo de las mujeres a todos los niveles, como para trabajar por la paz, apropiándose hasta el punto de que así pudieron hacer el marco de la Sociedad de Naciones.

¹⁴ Estudios recientes sobre la participación de las mujeres en organizaciones políticas laicas (no feministas) de mujeres, incluyen:

Sobre la anticomunista Internacional Obrera y Socialista, véase Christine Collette, «Gender and Class in the Labour and Socialist International 1923 to 1939», en Gabriella Hauch (ed.), *Geschlecht-Klasse-Ethnizität*, Viena y Zürich, Europa Verlag, 1993, pp. 229-240.

Para Francia, Charles Sowerwine, *Sisters or Citizens? Women and Socialism in France since 1876*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, parte 3.

Para Dinamarca, Drude Dahlerup, «Kvindens organisering i det danske socialdemokrati, 1908-1969», *Meddelelser om forskning i arbejder-bevægelsens Historie* 13 (octubre de 1979), pp. 5-35.

Sobre las mujeres y SPD alemán durante la República de Weimar, Renate Pore, *A Conflict of Interest: Women in German Social Democracy, 1919-1933*, Westport, Greenwood Press, 1981; los ensayos de Ute Daniel, Ute Frevert, Karen Hagemann y Alfred G. Meyer sobre mujeres y democracia social, en Roger Fletcher (ed.), *Bernstein to Brandt: A Short History of German Social Democracy*, Londres, E. Arnold, 1987; también el argumento de Karen Hagemann de que el espacio para las acciones de protesta autónomas, en realidad, se estrechó en los años veinte del siglo XX cuando los partidos políticos de izquierda (tanto los socialdemócratas como los comunistas) desarrollaron una actividad callejera más militarista y cada vez más violenta: «Men's Demonstrations and Women's Protest: Gender in Collective Action in the Urban Working-Class Milieu during the Weimar Republic», *Gender & History* 5, 1 (primavera, 1993), pp. 101-119.

Para la socialdemocracia austriaca entre la Gran Guerra y el Anschluss, Thomas Lewis Hammer, «Beyond Feminism: The Women's Movement in Austrian Social Democracy, 1890-1920», tesis doctoral, Ohio State University, 1973; y Edith Prost (ed.), «Die Partei hat mich nie enttäuscht»: *Österreichische Sozialdemokratinnen*, Viena, Verlag für Gesellschaftskritik, 1989.

Sobre las mujeres y los partidos comunistas nacionales y sus oponentes fascistas: para Inglaterra, Sue Bruley, *Leninism, Stalinism and the Women's Movement in Britain, 1920-1939*, Nueva York, Garland, 1986; Tricia Davis, «What Kind of Woman Is She?» *Women and Communist Party Politics, 1941-1955*, en Rosalind Brunt y Caroline Rowan (eds.), *Feminism, Culture and Politics*, Londres, Lawrence & Wishart, 1982, pp. 85-107; Martin Durham, «Women in the British Union of Fascists, 1932-1940», en Sybil Oldfield (ed.), *This Working-Day World: Women's Lives and Culture(s) in Britain, 1914-1945*, Londres, Taylor & Francis, 1994. Para la Alemania de Weimar, Silvia Kontos, *Die Partei kämpft wie ein Mann: Frauenpolitik der KPD in der weimarer Republik*, Basilea, Stroemfeld; Francfort, Roter Stern, 1979. Sobre Francia, Jean-Louis Robert, «Le P.C.F. et la question féminine, 1920-1939», *Bulletin du Centre de recherches d'histoire des mouvements sociaux et du syndicalisme*, París, Universidad de París I, Panthéon-Sorbonne, vol. 3, pp. 56-82; y para la respuesta de la derecha, Kevin Passmore, «Planting the Tricolour in the Citadel of Communism: Women's Social Action in the Croix de Feu and Parti Social Français», manuscrito cedido por el autor, 1997 (en *Journal of Modern History*, col. 71, n.º 4 [diciembre de 1999], pp. 814-851).

La parte III de este libro, que consta de cuatro capítulos, explora estos desarrollos en la historia de los feminismos europeos desde la primera Guerra Fría.

En el capítulo IX, me centro en cómo las campañas feministas más tempranas fueron cortocircuitadas por el estallido de la guerra y por la Revolución rusa que vino a continuación. Muchas feministas se opusieron a la violencia armada y al militarismo, y el compromiso activo de una cohorte de feministas con las actividades antibélicas y con el aseguramiento de una forma de paz duradera es un tema importante en la historia de los feminismos durante este periodo. De forma paralela, los triunfos parciales de las feministas patrióticas a la hora de influenciar algunos aspectos críticos del Tratado de Versalles ofrecen nuevas ideas sobre el proceso y el resultado de las negociaciones de paz, mostrando lo que las mujeres podían —y no podían— cumplir cuando trataban de influenciar a la política pública a los más altos niveles.

Con el triunfo de los bolcheviques durante la Revolución rusa, la nueva Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas promulgó —al menos, sobre el papel— un conjunto de cambios sin precedentes designado para transformar la economía doméstica, la familia, el trabajo, aun cuando su gobierno silenciara de forma deliberada a la generación de feministas de preguerra, muchas de las cuales se opusieron a los bolcheviques. Haciéndose eco de la línea del partido de larga duración de la Segunda Internacional, el «feminismo» como tal fue tratado con desprecio por parte de los líderes de la nueva Rusia revolucionaria, que siguieron insistiendo en que el socialismo científico ofrecía todas las respuestas necesarias a la «cuestión femenina».

En la Europa occidental y central, muchas nuevas naciones y unas cuantas de las antiguas permitieron el sufragio a las mujeres, llevando a una disolución de la masiva campaña por el sufragio de la preguerra y a muchos cambios en las energías feministas —además de mucha fragmentación en las mismas—. Serios desacuerdos surgieron en torno al camino más adecuado a seguir y nació la política de «la igualdad-contra-la diferencia». La reacción antifeminista volvería a resurgir con particular fuerza en los círculos médicos y psicoanalíticos.

Los capítulos X y XI exploran las dificultades afrontadas por las activistas feministas en una serie de escenarios nacionales, con particular referencia al fascismo, que puede entenderse, pese a sus aspectos «modernos», como una política reaccionaria tanto anticomunista como antifeminista. El «género» de los fascismos a lo largo y ancho de Europa parece, inequívocamente, bien marcado¹⁵. El capítulo X considera los desarrollos en la In-

¹⁵ La cuestión fue planteada por David Carroll, «Can Fascism Be Assigned a Sexual Identity?» en su *French Literary Fascism: Nationalism, Anti-Semitism, and the Ideology of Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

glattera de posguerra y en Italia antes y durante la instauración de Mussolini de un régimen fascista en 1922, luego en Austria y en Hungría, los Estados sucesores de la vieja monarquía dual austrohúngara, y por fin en Alemania, desde la República de Weimar al Tercer Reich. El capítulo XI continúa esta exploración de los feminismos engastados en culturas políticas nacionales, examinando más extensamente las relaciones entre feminismos, nacionalismos, socialismos y antifeminismos en auge en los diversos escenarios ofrecidos por una secuencia de Estados-nación más pequeños y de mediano tamaño, a menudo dejados de lado en los informes de la historia europea, a saber, Portugal, Irlanda, España y Suecia.

El capítulo XII cambia para considerar la actividad y los éxitos de las feministas europeas en el trabajo dentro de las nuevas organizaciones internacionales, influyéndolas: la Sociedad de Naciones y la Organización Internacional del Trabajo, establecidas tras el Tratado de Versalles. Aquí insistiré en la espectacular eficacia de las activistas feministas a la hora de presionar para una investigación a llevar a cabo por la Sociedad de Naciones sobre el estatus de las mujeres en sus países miembros, y sus importantes intervenciones en el ámbito de paz y desarme. Ahora bien, destacaré también el compromiso creciente por parte de los líderes de los grupos feministas organizados internacionalmente con una nueva terminología del «humanismo» más que del «feminismo», cuando la amenaza del fascismo y del nazismo comienza a poner en peligro mucho más que «simplemente» los derechos de las mujeres. Las formaciones antifascistas del «Frente Popular» creadas por socialistas y progresistas con los partidos políticos comunistas nacionales tuvieron el efecto de cambiar o modular los vocabularios de muchas feministas, así como sus énfasis políticos.

Los estudios recientes sobre mujeres y fascismo en Italia, y mujeres y nazismo en Alemania, se referencian de forma extensiva en las notas al capítulo X. Dos obras básicas sobre el periodo nazi son Jill Stephenson, *The Nazi Organisation of Women*, Londres, Croom Helm, 1981; Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987. Un valioso trabajo documental sobre las ideas nazis acerca de la cuestión femenina antes de 1933, que descubrí tan solo después de acabar el capítulo, es Hans-Jürgen Arendt, Sabine Hering y Leonie Wagner (eds.), *Nationalsozialistische Frauenpolitik vor 1933: Dokumentation*, Fráncfort, Dipa, 1995.

Para Austria, véase Johanna Gehmacher, *Völkische Frauenbewegung: Deutsch-nationale und national-sozialistische Geschlechterpolitik in Österreich*, Viena, Döcker, 1998.

Para Ucrania, véase Martha Bohachevsky-Chomiak, «Feminism in Action: The Ukrainian Women's Union Between the World Wars», *Women's Studies International* (Feminist Press) 2 (julio de 1982), pp. 20-24.

Para Yugoslavia, véase Jovanka Kecman, *Zene Jugoslavije u radničkom pokretu i ženskim organizacijama 1918-1941* (*Mujeres de Yugoslavia en el movimiento de los trabajadores y las organizaciones de mujeres, 1918-1941*), Belgrado, Narodna Knjiga & Institut za savremenu istoriju, 1978; y Lydia Sklevicky, «Karakteristike organiziranog djelovanja žena u Jugoslaviji u razdoblju do drugog svjetskog rata» («Características de la actividad organizada de las mujeres en Yugoslavia durante el periodo que va hasta la Segunda Guerra Mundial»), *Polja* 308 (octubre de 1984), pp. 415-416; *ibid.* 309 (noviembre de 1984), pp. 454-456.

Para la actividad organizativa de las mujeres en Rumanía, véase la serie de artículos de Elisabeta Ionita en los *Anale de Istorie* durante los años ochenta del siglo xx.

En contraste con su resurgimiento después de 1918, el feminismo internacional organizado a duras penas sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, puesto que no solo es que su viejo liderazgo estuviera desorganizado a causa de la dispersión, sino que algunas de sus líderes estaban también encarceladas o habían sido ejecutadas y los preciosos recuerdos de sus logros y dificultades, con demasiada frecuencia, se habían perdido.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, las mujeres en una gran variedad de países europeos tuvieron un papel destacado, aunque por lo general no reconocido, en el movimiento para resistir al fascismo, que con mucha frecuencia estuvo encabezado por los partidos comunistas¹⁶. Cada vez más, las mujeres —en especial, las jóvenes— estaban definiéndose a sí mismas como participantes activas en sus comunidades y países, pero sin particular referencia o conciencia de un feminismo independiente políticamente que hubiera luchado tanto para obtener los derechos que ahora podían casi darse por sentados. La Guerra Fría enfrentó a los Estados comunistas contra los Estados capitalistas; ambos reclama-

ban la «democracia» como propia; cuando las mujeres fueron incorporándose cada vez más a estas disputas, las feministas experimentarían, con más frecuencia, dificultades a la hora de atraer a seguidoras independientes o de conseguir el reconocimiento que merecían por sus consecuciones pasadas.

El epílogo revisa el problema de la historia y la memoria para el seguimiento del feminismo después del fin de un periodo histórico dramático y difícil y al comienzo de otro.

¹⁶ En relación con los efectos de la Segunda Guerra Mundial sobre las mujeres en algunos de los países combatientes, véanse los ensayos pertinentes en Higonnet *et al.* (eds.), *Behind the Lines*.

Sobre Inglaterra, véase Harold L. Smith, «The Effect of the War on the Status of Women», en *War and Social Change: British Society in the Second World War*, Manchester, Manchester University Press, 1986; y Penny Summerfield, *Reconstructing Women's Wartime Lives: Discourse and Subjectivity in Oral Histories of the Second World War*, Manchester, Manchester University Press, 1998; para Francia y España, los ensayos en François Rouquet y Danièle Voldman (eds.), *Identités féminines et violences politiques*, París, Les Cahiers de l'Institut d'Histoire du Temps Présent, n.º 31 (octubre de 1995); Sarah Fishman, *We Will Wait: Wives of French Prisoners of War, 1940-1945*, New Haven, Yale University Press, 1991.

Sobre Alemania, véanse las extraordinarias entrevistas en Alison Owings, *Frauen: German Women Recall the Third Reich*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1993; y los ensayos en Liliane Kandel (ed.), *Féminismes et Nazisme*, París, CEDREF, Universidad de París VII, 1997. Sobre el Holocausto y las mujeres, véase Delia Ofer y Lenore J. Weitzman (eds.), *Women in the Holocaust*, New Haven, Yale University Press, 1998.

Para la participación de las mujeres en los movimientos de resistencia antifascista, véase Sybil Oldfield, «German Women in the Resistance to Hitler», en Siân Reynolds (ed.), *Women, State and Revolution*, Brighton, Wheatsheaf, Amherst, University of Massachusetts Press, 1986, pp. 81-101; y Florence Hervé, «Zwischen Anpassung und Widerstand: Zur Lage der Frauen und zum Widerstand 1933 bis 1945», en Florence Hervé (ed.), *Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, Colonia, Papy Rossa, 1995, pp. 111-125. Para Austria, véase Laura Gellott y Michael Phayer, «Dissenting Voices: Catholic Women in Opposition to Fascism», *Journal of Contemporary History* 22, 1 (enero de 1987), pp. 91-114.

Para Francia e Italia, véase Margaret Collins Weitz (ed.), *Mémoire et oubli: Women of the French Resistance*, número especial de *Contemporary French Civilization* 18, 1 (invierno/primavera, 1994); Margaret Collins Weitz, *Sisters in the Resistance: How Women Fought to Free France, 1940-1945*, Nueva York, Wiley, 1995; los ensayos de Françoise Thébaud (ed.), «Resistances et libérations (France 1940-1945)», número especial de *Clio: Histoire, femmes et sociétés* 1 (1995); Jane Slaughter, *Women and the Italian Resistance, 1943-1945*, Denver, Arden Press, 1997; y Marina Addis Saba, *Partigiane: Le donne nella resistenza italiana*, Mursia, La Casa Editrice, 1998. Para Yugoslavia, véase Barbara Jancar-Webster, *Women and Revolution in Yugoslavia, 1941-1945*, Denver, Arden Press, 1990; y para Grecia, Tasoula Vervenioti, *I gynaikeis antistasis: I eisodos ton gynaiikon stin politiki* (La mujer de la resistencia: entrada de la mujer en política), Atenas, Ekdoseis Odyseas, 1994.

EL FEMINISMO BAJO EL FUEGO: LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA GRAN REACCIÓN (1914-AÑOS TREINTA DEL SIGLO XX)

Cuando estalló la guerra en el continente europeo a principios de agosto de 1914, esta detuvo el ímpetu del creciente movimiento internacional de las mujeres, de igual modo que arruinó el movimiento ahora mejor conocido de los trabajadores socialistas. La mayoría de las feministas en Francia, Inglaterra y otros países europeos suspendieron sus esfuerzos en pro del sufragio. Pocas permanecieron tan intransigentes como las mujeres de la Irish Women's Franchise League (IWFL, Liga por el Derecho al Voto de las Mujeres Irlandesas), que resistieron enérgicamente:

La guerra europea no había hecho nada para alterar nuestra condición de esclavitud. Tan solo había servido para que nos diéramos cuenta, de forma más profunda y conmovedora que nunca, de la completa indefensión e impotencia de nuestra posición como marginadas políticas a la hora de tratar de detener la avalancha de la agresión masculina y de la fuerza bruta¹.

DILEMAS FEMINISTAS: ¿LEALTAD A LA NACIÓN U OPOSICIÓN A LA GUERRA?

En el comienzo de la guerra, cuando se trataba de reunirse en torno a la bandera, los individuos que se identificaban con sus países encontraron extremadamente difícil resistirse al entusiasmo por la guerra. La furia y el entusiasmo patrióticos por la acción decisiva infectó incluso a muchas feministas, que se dedicaron sin ambigüedades al esfuerzo patriótico, puede que con un ojo puesto en «ganar» o «ser recompensadas con» el

¹ Meg Connery, en *The Irish Citizen*, 19 de septiembre de 1914; repr. en *Women in Ireland, 1800-1918: A Documentary History*, Cork, Cork University Press, 1995, doc. 76, p. 278.

voto. En un principio, esto fue lo que ocurrió con las mujeres de Bélgica y Francia, los países invadidos por el ejército alemán y por sus aliados británicos. De forma paralela a Emmeline y Christabel Pankhurst y a Millicent Garrett Fawcett en Inglaterra, Cécile Brunschvicg y Marguerite Durand (esta última estrechamente asociada con el primer ministro francés René Viviani) hicieron un llamamiento en Francia para apoyar los esfuerzos aliados en la guerra. Gertrud Bäumer, presidenta de la BDP (Federación de Asociaciones de Mujeres Alemanas), adoptó una posición favorable a la guerra aún más fuerte, como sus homólogas en Austria. Se suponía que, después de todo, iba a ser una guerra corta. Solo después de unos meses, cuando en ambas partes se veía la victoria como algo difícil de conseguir, comenzaron a suscitarse serias dudas.

Hacia finales de 1914, otras feministas y socialistas radicales disconformes habían lanzado acciones paralelas contra la guerra. A principios de noviembre de 1914, la sufragista británica Mary Sheepshanks protestó en la publicación de la IWSA *Jus Suffragii* contra la «completa autoinmolación», «masacre y devastación», la «orgía de sangre» desatada por la guerra, y llamó a las mujeres a «estudiar con seriedad las causas de la locura criminal presente»². Clara Zetkin hizo un llamamiento «no autorizado» «A las mujeres socialistas de todos los países» que no logró rebasar la censura alemana de *Die Gleichheit*. Desde Estocolmo, adonde había ido desde Berlín, la bolchevique rusa Aleksandra Kollontai se hizo eco del

² Mary Sheepshanks, «Patriotism or Internationalism», *Jus Suffragii* 9, 2 (1 de noviembre de 1914), p. 184. Sobre Sheepshanks, véase Sybil Oldfield, *Spinsters of This Parish: The Life and Times of F. M. Mayor and Mary Sheepshanks*, Londres, Virago, 1984. Un informe conmovedor de los esfuerzos de Sheepshanks y otras feministas afiliadas a la IWSA (incluida la activista húngara Rozika Schwimmer) por salvar la paz es Anne Wiltsher, *Most Dangerous Women: Feminist Peace Campaigners of the Great War*, Londres, Pandora, 1985.

Sobre las feministas británicas y el tema de la paz y, de forma más general, en este periodo, véase Jo Vellacott, «Feminist Consciousness and the First World War», *History Workshop* 23 (primavera, 1987), pp. 81-101; Johanna Alberti, *Beyond Suffrage: Feminists in War and Peace, 1914-1928*, Basingstoke, Macmillan, 1989; y, de un modo más general, Susan Kingsley Kent, *Making Peace: The Reconstruction of Gender in Interwar Britain*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

Sobre las feministas francesas, el patriotismo y la dificultad de la política antibélica bajo la ley marcial, véase Christine Bard, *Les Filles de Marianne: Histoire des féminismes, 1914-1940*, París, Fayard, 1995, caps. 2 y 3. Para las protestas de las feministas francesas, véase Maïté Albistur y Daniel Arriagathe, *Le Grief des femmes: Anthologie de textes féministes*, París, Éditions Hier et Demain, 1978, vol. 2, pp. 202-239; para las protestas de las mujeres socialistas francesas, véanse los documentos reproducidos en *L'Opposition des femmes*, vol. 2 de Aude Sowerwine y Charles Sowerwine (eds.), *Le Mouvement ouvrier français contre la guerre, 1914-1918*, París, EDHIS, 1985.

Para el activismo feminista antibelicista alemán, véanse los textos en Gisela Brinker-Gabler (ed.), *Frauen gegen den Krieg*, Fráncfort, Fischer, 1980.

Para una visión general del «fracaso» tanto de los esfuerzos de paz feministas como de los socialistas, véase Richard J. Evans, «Women's Peace, Men's War?» en Evans, *Comrades and Sisters: Feminism, Socialism and Pacifism in Europe, 1870-1945*, Brighton, Wheatsheaf, Nueva York, St. Martin's Press, 1987, pp. 121-156.

llamamiento de Zetkin (y de Maria Vérone), pidiendo una «guerra a la guerra» a mediados de noviembre de 1914. Haciéndose eco de las anteriores críticas antibélicas de Bertha von Suttner y otras, ella insistía en que «la guerra no es solo botín, poder y devastación; no solo sufrimiento, desempleo y pobreza; es también el desencadenamiento de todas las pasiones salvajes entre los seres humanos, es el triunfo de la fuerza bruta, es la justificación de toda la crueldad, conquista y degradación que trae consigo el militarismo»³. En febrero de 1915, la feminista y pacifista alemana Lida Gustava Heymann publicó su llamamiento «Mujeres de Europa, ¿cuándo sonará vuestro grito?»:

Se destruyen ciudades de la más alta civilización, hogares de sencilla felicidad humana; el suelo de Europa hiede a sangre humana. La carne y la sangre de los hombres fecundará la tierra de los ondulantes campos de cereal del futuro sobre el suelo de Alemania, Francia, Bélgica o Rusia. ¿Va a seguir esta guerra de exterminio? Mujeres de Europa, ¿dónde está vuestra voz? [...] ¿Acaso estas cosas no pueden provocar vuestra rápida protesta?⁴

En abril de 1915, C. K. Ogden y Mary Sargent Florence publicaron su elocuente panfleto *Militarism versus Feminism: An Enquiry and a Policy Demonstrating That Militarism Involves the Subjection of Women* (*Militarismo contra feminismo: una investigación y una demostración política de que el militarismo supone el sometimiento de las mujeres*)⁵. La censura de publicaciones no pudo suprimir completamente las expresiones del sentimiento antibélico feminista.

Líderes gubernamentales descubrieron con rapidez que las mujeres estaban lejos de ser irrelevantes para el esfuerzo de guerra; los soldados no bastaban por sí solos. Durante los primeros meses de guerra, para la «Defensa del Reino», los líderes del gobierno británico impusieron la ley marcial y llamaron a las mujeres a mantener ardiendo los fuegos en los

³ Clara Zetkin, «To the Socialist Women of All Countries», *Die Gleichheit*, 7 de noviembre de 1914; repr. en Philip S. Foner (ed.), *Clara Zetkin: Selected Writings*, Nueva York, International Publishers, 1984, pp. 114-116; Aleksandra Kollontai, «Till de socialistiska Kvinnorna i alla länder», *Stormklockan*, 15 de noviembre de 1914; trad. en Barbara Evans Clements, *Bolshevik Feminist: The Life of Aleksandra Kollontai*, Bloomington y Londres, Indiana University Press, 1979, p. 85.

⁴ Lida Gustava Heymann, «Women of Europe, When Will Your Call Ring Out?» *Jus Suffragii* 9, 5 (1 de febrero de 1915), p. 232. Véase también Regina Bracker, «Bertha von Suttner's Spiritual Daughters: The Feminist Pacifism of Anita Augspurg, Lida Gustava Heymann, and Helene Stöcker at the International Congress of Women at the Hague, 1915», *Women's Studies International Forum* 18, 2 (marzo-abril de 1995), pp. 103-111.

⁵ El panfleto Ogden-Florence de abril de 1915 se ha vuelto a publicar en Margaret Kamester y Jo Vellacott (eds.), *Militarism versus Feminism: Writings on Women and War: Catherine Marshall, C. K. Ogden & Mary Sargent Florence*, Londres, Virago, 1987. Publ. orig. como suplemento a *Jus Suffragii* 9, 6 (marzo de 1915), pp. i-viii.

hogares y el funcionamiento de la economía. Algunas autoridades gubernamentales suspendieron también las leyes que protegían el trabajo (incluidas las restricciones en cuanto a horas y trabajo nocturno para las mujeres), pusieron a las esposas de los soldados bajo vigilancia de la policía (para asegurar que no gastaban en bebida el dinero que les correspondía por estar separadas de los maridos), restablecieron o reforzaron los sistemas de prostitución regulada al «servicio» de los soldados o, de forma alternativa, pusieron toques de queda a las mujeres con el fin de proteger a los soldados de las enfermedades venéreas. En Cardiff, Gales, cinco prostitutas fueron llevadas a un tribunal militar por la Ley de la Defensa del Reino, por romper el toque de queda, y sentenciadas a 62 días de detención. Las feministas señalaron tales restricciones: en *Votes for Women*, una sufragista británica observó ácidamente que «no parece haberseles ocurrido a los gobernantes militares de Cardiff que, protegiendo a las tropas de las mujeres, habían fracasado a la hora de proteger a las mujeres de las tropas, o que deberían haber cumplido ambos fines cerrando las calles a los soldados en lugar de a las prostitutas»⁶. Desde esta perspectiva sufragista, no había más que una solución a tales violaciones de los derechos humanos: el sufragio femenino.

Las postales poblacionistas francesas promovían la procreación por parte de los soldados durante sus permisos en casa y, en el otro extremo, aquellos que contribuían a las publicaciones francesas discutían sobre si los bebés nacidos de mujeres francesas violadas por soldados alemanes durante la invasión podían ser considerados ciudadanos franceses⁷. (El consenso era que sí se les podía considerar como tales.) Las autoridades militares alemanas instalaron máquinas expendedoras de condones para sus tropas, mientras que el gobierno imperial formulaba políticas de población para estimular la tasa de natalidad, para frenar la circulación de información contraceptiva y para ejecutar la acción legal contra los abortionistas y sus clientes. De hecho, tal como recalcó la historiadora Cornelia Osborne, «los poderes de las autoridades militares de la época de la guerra y la creciente reglamentación de la vida pública le ofrecieron al Estado guillermino una oportunidad para intervenir en decisiones referentes al tamaño y la sexualidad de la familia que hoy se verían como una

⁶ «The Outlook», *Votes for Women* 8, 354 (18 de diciembre de 1914), p. 91. También analizado en Lucy Bland, «In the Name of Protection: The Policing of Women in the First World War», en Julia Brophy y Carol Smart (eds.), *Women-in-Law: Explorations in Law, Family and Sexuality*, Londres, Routledge Kegan Paul, 1985, p. 29.

⁷ Véase Marie Monique Huss, «Pronatalism and the Popular Ideology of the Child in Wartime France: The Evidence of the Picture Postcard», en Richard Wall y Jay Winter (eds.), *The Upheaval of War: Family, Work and Welfare in Europe, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 329-367; Ruth Harris, «The "Child of the Barbarian": Rape, Race and Nationalism in France during the First World War», *Past and Present* 141 (noviembre de 1993), pp. 170-206; y Judith Wishnia, «Natalisme et nationalism pendant la première guerre mondiale», *Vingtième siècle* 45 (enero-marzo de 1995), pp. 30-39.

intolerable interferencia con los derechos humanos fundamentales»⁸. La derrota y la revolución socialista que establecieron la República de Weimar evitaron la promulgación de otros aspectos intrusistas del programa poblacionista. Ahora bien, la agenda estaba clara. El médico alemán Alfred Grotjahn expresó la cuestión de forma convincente: la reproducción era «la única contribución femenina a la guerra y al poder militar, lo que la iguala [...] al servicio nacional en tiempo de guerra de los hombres»; era «indispensable para nuestra ascendencia nacional»⁹. A principios de 1915, convocadas por la doctora Aletta Jacobs, de Holanda, y por Jane Addams, de los Estados Unidos, las feministas se reunieron, pese a los grandes obstáculos, en La Haya para celebrar un congreso internacional de mujeres, «para discutir qué pueden y qué deberían hacer las mujeres del mundo en los horribles tiempos en los que estamos viviendo». Tal como insistía Jacobs en su llamamiento a una conferencia, «sentimos poderosamente que, en unos tiempos en los que hay mucho odio entre las naciones, nosotras las mujeres debemos mostrar que podemos preservar nuestra solidaridad y que somos capaces de mantener nuestra amistad mutua»¹⁰. Ella y sus asociadas apelaron a los gobiernos a que reconocieran la necesidad de comprometer a las mujeres en la toma de decisiones políticas, y exigieron una «conferencia de naciones neutrales como una agencia de continua meditación para la liquidación de la guerra»¹¹. Con el fin de facilitar sus discusiones, los organizadores insistieron en que el congreso no discutiera el tema explosivo de la culpa del comienzo de la guerra, centrándose en su lugar en las reivindicaciones feministas de principios que guiaran el establecimiento de la paz. Sus esfuerzos en esta dirección, acompañados por una serie de visitas a líderes gubernamentales de las dos partes en conflicto, recibieron el aplauso de muchos estadistas de la época. Las mujeres socialistas de la Segunda Internacional respondieron a la guerra por su cuenta, reuniéndose en Berna en marzo de 1915, aunque con mucho menos ruido y con menos asistentes (25-28) que las sufragistas. Clara Zetkin, Louise Saumoneau y sus asociadas, no obstante, continuaron insistiendo —con Lenin— en que el capitalismo y el impe-

⁸ Cornelia Osborne, «"Pregnancy Is the Women's Active Service": Pronatalism in Germany during the First World War», en *Upheaval of War*, p. 390.

⁹ Dr. Alfred Grotjahn, *Die Wehrbeitrag der deutschen Frau: Zeitgemässe Betrachtungen über Krieg und Geburtenrückgang*, Bonn, Marcus & Weber Verlag, 1915; trad. en Osborne, «Pregnancy», p. 389.

¹⁰ Llamamiento a un congreso, *Jus Suffragii* 9, 6 (1 de marzo de 1915), 245-246; repr. en Eleanor S. Riemer y John C. Fout (eds.), *European Women: A Documentary History, 1789-1945*, Nueva York, Schocken Books, 1980, p. 82.

¹¹ «Manifesto Issued by Envoys of the International Congress of Women at The Hague to the Governments of Europe and the President of the United States», en Jane Addams, Emily G. Balch y Alice Hamilton, *Women at The Hague: The International Congress of Women and Its Results*, Nueva York, Macmillan, 1915; reed. Nueva York, Garland, 1972; reed. en *WFF*, vol. 2, doc. 69 (cita, p. 267). Sobre el congreso, véase también Wiltsher, *Most Dangerous Women*.

rialismo, respaldando e impulsando el militarismo, constituían el enemigo real. Los socialistas, lo mismo los hombres que las mujeres, siguieron firmemente comprometidos en ver la hegemonía masculina como un problema secundario.

Pese a lo que pudieran sentir en torno al tema del capitalismo, las mujeres feministas expresaron un escepticismo sincero respecto al militarismo como tal, su *masculinisme* y su violencia, en especial su violencia contra los civiles. En el Congreso de La Haya de 1915, Lida Gustava Heymann insistió explícitamente en un aspecto de la violencia masculina de la época de guerra con respecto al cual otros titubeaban a la hora de nombrarlo: «Sabemos que las mujeres están siendo violadas y protestamos contra ello, porque peor que la muerte, peor que el infierno, y peor que los demonios es la violación de mujeres. [...] No queremos afirmaciones que digan que a las mujeres se las protege mediante la guerra. No. ¡Estamos siendo violadas mediante la guerra!»¹².

En Inglaterra, la sufragista británica Helena Swanwick denunció el militarismo con estas palabras: «Solo los hombres desencadenan la guerra, pero no es posible desencadenarla solo sobre los hombres. Todas las guerras son y deben desencadenarse sobre las mujeres y los niños además de sobre los hombres». Para Swanwick, la guerra ejemplificaba el «argumento de la fuerza física», que confiriendo más valor a la fuerza física que a la persuasión moral aseguraba en efecto la dominación masculina sobre las mujeres: «Si la fuerza destructiva va a seguir dominando el mundo, entonces el hombre ha de seguir dominando a la mujer, perdurando el daño de él y de ella»¹³. Cercenando su larga asociación con las sufragistas inglesas, en especial con Millicent Garrett Fawcett, que, en compañía de las Pankhurst, había apoyado el esfuerzo de guerra, Swanwick proyectó sus energías hacia la Unión por el Control Democrático y hacia la Liga Internacional de las Mujeres. En Dublín, oponiéndose también a la postura probélica de las Pankhurst, Francis Sheehy Skeffington realizó una afirmación incluso más provocativa: «La guerra está necesariamente unida a la destrucción del feminismo», y «el feminismo está necesariamente unido a la abolición de la guerra». «La mujer que no [...] se opone al reclutamiento, tiene una idea imperfecta de la base del movimiento feminista. La mujer que anima de forma deliberada el reclutamiento, está traicionando a ese movimiento... aunque su nombre sea Christabel Pankhurst»¹⁴. Incluso Sylvia Pankhurst estuvo en desacuerdo con la actitud probélica de su hermana. Ella criticó la llamada del gobierno británico al servicio

¹² Heymann, trad. en Bracker, «Suttner's Spiritual Daughters», p. 108.

¹³ Helena María Swanwick, *Women and War*, UDC Pamphlets, n.º 11, Londres, 1915; reed. en WFF, vol. 2, doc. 70 (citas, pp. 269, 271).

¹⁴ F(rancis) Sheehy Skeffington, «War and Feminism», *The Irish Citizen*, 12 de septiembre de 1914.

de guerra de las mujeres, puesto que el mismo gobierno seguía rechazando la ciudadanía plena de las mujeres. Ella también apeló a las feministas a supervisar las condiciones del servicio nacional para las mujeres y a asegurar que las mujeres no solo obtuvieran el voto, sino también salarios adecuados, inclusión en la adjudicación de conflictos laborales y protección en lo referente a las horas y condiciones de trabajo. La lealtad de las mujeres hacia la nación, en opinión de Sylvia Pankhurst, deberá ser recompensada materialmente¹⁵.

En el continente, los gobiernos eran mucho menos tolerantes con la discrepancia antibélica. En Francia, una de las más declaradas opositoras a la guerra, la maestra Hélène Brion, fue arrestada y juzgada por traición en 1918 por un tribunal militar francés, por cuestionar la guerra y distribuir propaganda antibélica. En su juicio, ella proclamó: «Soy en primer lugar y ante todo una feminista. Y es a causa de mi feminismo que soy una enemiga de la guerra. [...] La guerra representa el triunfo de la fuerza bruta, mientras que el feminismo solo puede triunfar mediante la fuerza moral y los valores intelectuales»¹⁶. Ahora bien, al igual que en Inglaterra y Alemania, las feministas podrían encontrarse a ambos lados del asunto: en Italia, la abogada y sufragista Teresa Labriola (más tarde, acreditada como «la principal teórica del feminismo latino») abandonó toda prudencia entrando en cuestiones filosóficas sobre la nación ética —el Estado— y la reconfiguración de las relaciones de género que han de caracterizarla en el futuro¹⁷.

Tras cuatro años sangrientos, la pérdida de unos 10 millones de hombres y unos 20 millones de heridos, los poderes en guerra concluyeron un armisticio el 11 de noviembre de 1918. A continuación de la infusión de recursos y hombres de los americanos en el lado aliado en 1917, la Alemania Imperial había colapsado, y sus aliados no estaban lejos de hacer lo mismo. Aun las naciones triunfantes recibieron una presión al límite de su resistencia. «Por fin», señaló la Mary Sheepshanks de la IWSA, «el suicidio internacional organizado ha terminado»¹⁸.

¹⁵ Sobre las actividades de Sylvia Pankhurst, véanse las biografías de Patricia Romero, *E. Sylvia Pankhurst: Portrait of a Radical*, New Haven, Yale University Press, 1987; y Barbara Winslow, *Sylvia Pankhurst*, Londres, UCL Press, 1995. Véanse también los artículos de Ian Bullock y Richard Pankhurst (eds.), *Sylvia Pankhurst: From Artist to Anti-Fascist*, Houndmills, Macmillan; Nueva York, St. Martin's Press, 1992; y Kathryn Dodd (ed.), *A Sylvia Pankhurst Reader*, Manchester, Manchester University Press; Nueva York, St. Martin's Press, 1993.

¹⁶ «L'Affaire Hélène Brion au le Conseil de Guerre», *Revue des Causes Célèbres* 15 (2 de mayo de 1918); reed. en WFF, vol. 2, doc. 71 (cita, p. 274). Sobre Hélène Brion, véase el prefacio de Huguette Bouchardeau, *Hélène Brion: La Voie féministe*, París, Syros, 1978, pp. 7-47.

¹⁷ La atribución la realiza Robin Pickering-Iazzi en su introducción a los volúmenes editados de *Mothers of Invention: Women, Italian Fascism and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, p. xix.

¹⁸ Mary Sheepshanks, «Peace», *Jus Suffragii* 13. 3 (diciembre de 1918), p. 25.

Cuando los aliados se reunieron en París para redactar los términos de la paz, las mujeres activistas de la IWSA de las naciones aliadas decidieron hacer sentir su presencia. La perspicaz Mary Sheepshanks, al percibir hasta qué punto los intereses del trabajo organizado se estaban preparando para hacer lo mismo, lo explicó en detalle en *Jus Suffragii* «¿Qué deberían exigir las mujeres del Congreso de Paz»: asegurar el sufragio femenino, defender la libertad económica de las mujeres, poner fin a la prostitución regulada por el gobierno, elevar la edad de consentimiento y promulgar una reforma radical de las leyes de matrimonio, incluida la cuestión de la nacionalidad de las mujeres casadas. ¿«Quién», preguntaba ella, «va a salvaguardar las reivindicaciones de las mujeres» sino las mujeres mismas?¹⁹.

Representantes de la Union Française pour le Suffrage des Femmes (UFSF), afiliada a la IWSA, escribieron al presidente Woodrow Wilson en enero de 1919, solicitando un encuentro con él, que les fue concedido el día de la apertura de la Conferencia de Mujeres Interaliadas (10-16 de febrero). Las delegadas pidieron la ayuda de Wilson para establecer una Comisión Internacional de Mujeres paralela a la Comisión Internacional del Trabajo, así como su apoyo a la hora de ganar representación política; entretanto, las feministas organizaron un comité de mujeres de facto para redactar propuestas específicas. Estas organizaron encuentros con prácticamente todos los plenipotenciarios aliados para ganar apoyo para la Comisión de Mujeres, tomaron té con el presidente francés Raymond Poincaré y su mujer en el palacio del Elíseo, y se encontraron con el primer ministro francés Georges Clemenceau, quien respondió a la propuesta de una Comisión de Mujeres con la sugerencia de incluir a las mujeres en el trabajo del Congreso de Paz, allá donde sus intereses parecieran pertinentes. Esta idea prevaleció; el Consejo Supremo Aliado autorizó que «las organizaciones de las mujeres pudieran ser escuchadas por comisiones que se ocuparan especialmente de cuestiones que concerniesen a los intereses de las mujeres»²⁰. En esta construcción, «los intereses de las mujeres» se referían, no obstante, a intereses concretos de mujeres y niños, en absoluto a temas de guerra y paz o al sufragio de las mujeres. De este

¹⁹ Mary Sheepshanks, «What Women Should Demand of the Peace Congress», *Jus Suffragii* 13, 5 (febrero de 1919), pp. 58-59.

²⁰ Los detalles de la campaña de las feministas aparecen en Suzanne Grinberg, «Women at the Peace Conference», *Jus Suffragii* 13, 6 (marzo de 1919), pp. 71-73; y «The Inter-Ally Suffrage Conference», *Jus Suffragii* 13, 7 (abril de 1919), pp. 88-89. He recurrido también a los informes de Grinberg en *La Française*, números de 22 de febrero y de 26 de abril de 1919, y a aquellos más detallados en *La Renaissance*, números de 29 de marzo y 26 de abril de 1919, así como a los informes de Maria Vérane en *Le Droit des femmes*, feb., mar., abril de 1919. Puede encontrarse más información en dosieres de la Bibliothèque Marguerite Durand, París.

modo, la agenda de las feministas no se realizaría por completo y han de relativizarse sus gritos de victoria. Hasta esta concesión por parte de los aliados ha de ser vista como un importante avance para el principio de participación activa de las mujeres en los asuntos públicos.

Los hombres de los poderes aliados mantuvieron su palabra. Al mes siguiente (el 18 de marzo), una delegación mixta de feministas del Consejo Internacional de Mujeres y de la Asociación Internacional para el Sufragio Femenino apareció ante la Comisión sobre Legislación Laboral Internacional, presidida por el líder sindical americano Samuel Gompers; su visita fue primera plana en París, y madame Jules Siegfried (Julie Puaux-Siegfried) la proclamó como «un día memorable en la historia del movimiento feminista»²¹. El 10 de abril, una tercera delegación de feministas se encontró con la Comisión en la Sociedad de Naciones, presidida por Woodrow Wilson. En esta reunión, pidieron que las mujeres fueran incluidas en todas las comisiones permanentes de la Liga, así como en las oficinas y delegaciones oficiales. Exigieron además que los países que entraran en la Liga renunciaran a la trata de mujeres y niños y apoyaran la libertad de elección de las mujeres en el matrimonio, y pidieron que la Liga realizara una declaración de apoyo al principio de sufragio femenino²². Se haría una disposición para la inclusión de las mujeres, pero la comisión consideraba las últimas solicitudes como cuestiones que complicarían en exceso la puesta en marcha de la Liga.

Los líderes aliados cumplieron con algunas de las reivindicaciones feministas. La versión final del Tratado de Versalles (preámbulo y artículos 389 y 427) estipulaba ciertas disposiciones en pro de la igualdad de derechos, en particular, igual paga por igual trabajo (fuertemente demandada por la IWSA y un grupo de mujeres activistas conocidas como Correspondencia Internacional, coordinadas por la feminista holandesa Martina G. Kramers), e hizo una provisión específica para la inclusión de las mujeres en el trabajo de la Organización Internacional del Trabajo y la Sociedad de Naciones²³.

Otro grupo de feministas —participantes en el Congreso de Mujeres de la Segunda Internacional, que se reunió en Zúrich a mediados de mayo de 1919 (la conferencia que sucedió a la reunión de 1915 en La Haya)— expresó su desagrado con otros aspectos clave del tratado, cuyos términos se ofrecieron al público durante el congreso. A su modo de ver, el borrador del tratado ni cumplía con las condiciones establecidas antes en los 14 Puntos de Woodrow Wilson ni con los principios directores ratificados

²¹ Tal como se cita en las actas de la comisión, reed. en James T. Shotwell (ed.), *The Origins of the International Labor Organization*, 2 vols., Nueva York, Columbia University Press, 1934, vol. 2, p. 275.

²² Véase el informe de Grinberg en *La Renaissance*, 26 de abril de 1919.

²³ Para el texto del Tratado de Versalles, véase Fred L. Israel (ed.), *Major Peace Treaties of Modern History, 1648-1967*, vol. 2, Nueva York, Chelsea House, 1967.

por las internacionalistas feministas en 1915 (que muchas feministas consideraban como el apuntalamiento de los 14 Puntos):

Garantizando los frutos de los tratados secretos a los conquistadores, los términos de paz sancionan tácitamente a la diplomacia secreta, niegan los principios de autodeterminación, reconocen los derechos de los vencedores a los botines de guerra y crean por toda Europa discordias y animosidades que solo podrán llevar a futuras guerras²⁴.

¡Desgraciadamente, tenían razón! Estas internacionalistas feministas fundaron la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, una organización con base en Ginebra que continuará su trabajo hasta hoy (y sobre la cual se dirá más en el capítulo XII).

En algunos Estados-nación europeos, los despliegues de patriotismo y lealtad al esfuerzo de guerra de las mujeres, junto con sus sacrificios, serían recompensados por el voto en 1918-1919, y las votantes femeninas comenzarían a acudir en tropel a las elecciones. Las mujeres adultas superaban a los hombres en número en muchos países y el vacío se vería incrementado por la enorme cantidad de militares heridos. En marzo de 1917, la Cámara de los Comunes británica había apoyado una extensión parcial del voto parlamentario que incluía a las mujeres solteras de más de treinta años que detentasen, bien propiedades, bien títulos universitarios. En las elecciones de 1919, los *tories* (conservadores) ganaron, para gran disgusto de algunas de las defensoras del sufragio femenino.

En Francia, tras la conclusión de la paz en 1919, la Cámara de los Diputados sostendría su primer debate formal sobre la cuestión del sufragio femenino. Los diputados prosufragio, seculares o católicos, modificaron por un margen abrumador una propuesta de sufragio municipal para conceder el voto a todos los niveles a «todos los ciudadanos franceses sin distinción de sexo». La Cámara de los Diputados respaldó de forma unánime esta medida de gran alcance. Sin embargo, la celebración feminista tendría que esperar. El Senado francés obstruyó cuanto pudo, bloqueando, con éxito y repetidas veces, el paso reiterado por la cámara de medidas para el sufragio femenino durante casi 30 años más, temiendo que las mujeres votarían a la derecha y contra la república. Aun sin que las mujeres francesas votaran en 1919, un electorado por completo masculino condujo a las fuerzas de derecha y nacionalistas a una victoria de gran envergadura en las primeras elecciones parlamentarias que siguieron al armisticio.

²⁴ Resolución del Congreso de Mujeres de la Segunda Internacional, Zúrich, 12-19 de mayo de 1919; reed. en Gertrude Bussey y Margaret Tims, *Women's International League for Peace and Freedom, 1915-1965: A Record of Fifty Years' Work*, Londres, George Allen & Unwin, 1965, p. 31.

Dinamarca se enorgullecía de haber permitido votar a sus mujeres en 1915. En Italia, la legislatura votó favorablemente, en 1919, un proyecto de ley de sufragio femenino largamente prometido, pero nunca llegó a convertirse en ley. En 1920, Bélgica concedió el derecho al voto a las madres y esposas de soldados muertos en la guerra. Para las mujeres irlandesas, se abría ante ellas una guerra de independencia, seguida de una amarga guerra civil.

En las naciones derrotadas, primero en la Alemania de Weimar y luego en los nuevos Estados (Checoslovaquia, Austria, Hungría y Polonia) creados por los tratados de paz a partir de los restos del Imperio austro-húngaro, a las mujeres se les concedió el voto junto con los hombres desde arriba en las nuevas Constituciones de sus Estados democráticos. En la nueva República alemana de Weimar, fueron elegidas 41 mujeres para el Parlamento y, por primera vez, tomaron su lugar como actores en el escenario político nacional; la Asamblea Nacional incluiría a algunas feministas muy bien conocidas, tales como Alice Salomon o Gertrud Bäumer, y mujeres socialdemócratas como Luise Zietz y Marie Juchacz. Lo cierto es que el gobierno de Weimar podía jactarse del más alto porcentaje de mujeres elegidas de toda Europa. Con gran rapidez, los patrones del activismo político y del voto femenino se convirtieron en el tema de un examen intenso y, a menudo, poco amable (como veremos en los capítulos X y XI).

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA Y LA TRANSFORMACIÓN DE LA ECONOMÍA DOMÉSTICA, LA FAMILIA Y EL TRABAJO

Entre el frenesí de anticipación y celebración que rodeó el final de la guerra y las victorias sufragistas en los países de Europa occidental y central, una serie de extraordinarios acontecimientos políticos en Rusia tendría un profundo impacto en el futuro de los feminismos europeos. Vinculados al impacto de la guerra, estos acontecimientos, que se hicieron célebres como Revolución rusa, cambiarían de forma irrevocable el contexto en el que se articularían, se sopesarían y se considerarían las reivindicaciones feministas en la Europa occidental y central, así como el contexto en el que los socialistas no comunistas desarrollarían sus propios programas con respecto a la emancipación de las mujeres.

A principios de 1917, el Imperio ruso —que luchaba del lado aliado— colapsó bajo el peso de los severos desafíos provocados por la Gran Guerra, incluida la desastrosa escasez de bienes, la inflación y el hambre. En el Día Internacional de la Mujer (23 de febrero en el calendario ruso; 8 de marzo en el calendario occidental), las mujeres comenzaron a hacer huelga, exigiendo pan y paz. Su agitación pronto suscitó refuerzos de parte de los hombres en los sindicatos y varias facciones disidentes que empeza-

ron a articular reivindicaciones políticas. En contraste con el levantamiento de 1905, cuando las tropas del zar habían abierto fuego sobre los manifestantes, en 1917, el ejército se pasó al lado de los que protestaban. En un periodo muy corto, el emperador Nicolás II había abdicado y se había formado un gobierno provisional.

El nuevo gobierno levantó las prohibiciones relativas a la libertad de expresión y de asamblea, y prometió una Asamblea Constituyente y la igualdad civil... sin mencionar el sexo como una categoría a ser abordada. Esta «omisión» fue asumida por las feministas de la Liga por la Igualdad de Derechos, que entonces hizo un llamamiento a las mujeres a reunirse en apoyo de su propia emancipación política. En el espacio de tan solo unas pocas semanas, el 19 de marzo, la Liga organizó una gigantesca manifestación de mujeres que marcharon a través de las calles del nuevo Petrogrado, «abarroto con dos bandas de viento que tocaban la Marsellesa, con banderas rojas, con pancartas y con algunas "amazonas a lomos de caballos"» (tal como la historiadora Linda Edmondson ha descrito los hechos), que marchaban hacia el palacio de Táuride a encontrarse con el nuevo gobierno. La doctora Poliksiena Siskina-Iavein promulgó el desafío feminista: «Declaramos que la Asamblea Constituyente en la que solo la mitad de la población estará representada no puede de ningún modo ser vista como expresión del deseo de todo el pueblo, sino solo de la mitad del mismo». Dos días más tarde, una delegación de feministas recibió la garantía de que el sufragio femenino formaría parte de la ley electoral propuesta, pero ellas insistieron en que se les diera esta garantía por escrito. En abril, se convocó un Congreso de Mujeres de Todas las Rusias para formar una Unión Republicana de Organizaciones Democráticas de Mujeres, a pesar de los esfuerzos de las mujeres bolcheviques por perturbar el desarrollo del acto²⁵. Escribiendo en *Siensii viestnik*, la feminista Mariya Pokrovskaya se enfrentó a los bolcheviques, poniendo objeciones a su programa y denunciando sus métodos.

Lo cierto es que este escenario de revoluciones que «se olvidaba» de las mujeres se estaba volviendo un rasgo demasiado familiar en la historia de Europa. Lo que era diferente en 1917 era que, en primer lugar, el nuevo gobierno de Rusia había incluido por fin a las mujeres, dándoles el derecho a votar a «ciudadanos rusos de ambos sexos que hayan alcanzado la edad de veinte años el día de las elecciones»²⁶. La otra diferencia significativa era que las feministas rusas tenían competencia en la izquierda política. En los meses siguientes, todas las organizaciones y publicaciones de mujeres apoyaron al nuevo gobierno y la continuación del esfuerzo

²⁵ Véase Linda Edmondson, *Feminism in Russia, 1900-1917*, Stanford, Stanford University Press, 1984, pp. 165-167, para un informe más completo de estos desarrollos. Todas las citas que aparecen en la traducción proceden de Edmondson.

²⁶ Edmondson, *Feminism*, p. 167.

de guerra, que incluía la formación de los controvertidos y muy publicitados «batallones de mujeres»²⁷.

Las elecciones prometidas acabaron teniendo lugar, pero la Asamblea Constituyente fue rápidamente disuelta. A mediados de octubre de 1917, los bolcheviques tomaron el control del gobierno, insistiendo en que concluirían una paz aparte con Alemania, para gran consternación de los antiguos aliados de la Rusia Imperial en el oeste. Había llegado una forma de revolución nueva y más extrema. Era el momento de que los revolucionarios comunistas cumplieran sus viejas promesas, entre las cuales una de las principales era la emancipación de las mujeres como parte del gran proyecto de reorganización de la sociedad. Los bolcheviques, como Aleksandra Kollontai, no eran (como hemos visto) feministas como tal... y, al igual que otros socialistas marxistas en la tradición de Bebel y Zetkin, por lo general tildaban a las feministas como «burguesas» y «separatistas», con una finalidad retórica que descartaba una discusión ulterior. La lucha de clases y la solidaridad de clase siguieron siendo sus prioridades ideológicas y estratégicas. Una vez consiguieron el control, los bolcheviques, que se rebautizaron como Partido Comunista, disolvieron las organizaciones feministas independientes, cerraron las publicaciones feministas y silenciaron a las activistas feministas: solo unas pocas resistieron a los bolcheviques; el resto, evidentemente, se retiró a su vida privada o dejó el país. Lo cierto es que los nuevos dominadores relegaron al olvido la propia memoria del movimiento feminista rival y de sus seguidoras, aun cuando se apropiaron de partes de su programa. «Desde el punto de vista bolchevique», señala Edmondson, «las feministas no habían hecho más que jugar con el sistema; la igualdad entre los sexos era la exclusiva consecución del orden soviético»²⁸.

Para reconocer los méritos de los bolcheviques, habría que decir que ellos cumplieron con un extraordinario conjunto de reformas en la posición de las mujeres —al menos sobre el papel— en particular, en el ámbito del matrimonio y la ley de la familia, que secularizaron y remodelaron por completo. Establecieron por decreto el divorcio por consentimiento mutuo y el matrimonio civil, a mediados de 1917. El Código Familiar, promulgado en diciembre de 1918, ofrecía, de acuerdo con la historiadora Wendy Goldman, «la familia y la legislación de género más progresista que el mundo hubiera visto nunca»²⁹. Hacia noviembre de 1920, el

²⁷ Véase Richard Abraham, «Maria L. Bochkareva and the Russian Amazons in 1917», en Linda Edmondson (ed.), *Women and Society in Russia and the Soviet Union*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 124-144.

²⁸ Edmondson, *Feminism*, p. 170. Los detalles que tienen que ver con el destino de las feministas rusas se investigan en Rochelle Ruthschild; comunicación personal, mayo de 1999.

²⁹ Wendy Z. Goldman, «Women, the Family, and the New Revolutionary Order in the Soviet Union», en Sonia Kruks, Rayna Rapp y Marilyn B. Young (eds.), *Promissory Notes: Women in the Transition to Socialism*, Nueva York, Monthly Review Press, 1989, p. 62.

régimen bolchevique había legalizado y medicalizado el aborto a demanda y había previsto abordar el inquietante tema de la prostitución, insistiendo en la necesidad de empleo remunerado independiente para todas las mujeres.

A finales de 1917, Aleksandra Kollontai había sido nombrada comisaria del pueblo para el bienestar social y comenzó haciendo que la maternidad fuera una «función social» del Estado, protegiendo a las mujeres como trabajadoras y promoviendo sus derechos iguales. Su programa de seguro de maternidad, que incluía «un permiso por maternidad de ocho semanas pagado por completo, horas de lactancia e instalaciones de descanso en la empresa, cuidados gratuitos prenatales y posnatales y compensaciones en efectivo», ha sido alabado como «la cima de los logros legislativos para las mujeres trabajadoras» de todo el régimen³⁰.

A mediados de noviembre de 1918, tan solo un año después de la toma del poder por los bolcheviques, un nuevo congreso de mujeres se reunió a instancias de Kollontai, Inessa Armand y sus colaboradoras para confirmar que la emancipación de las mujeres —al estilo bolchevique— no era un mero proyecto separatista. En el Congreso de las Mujeres Trabajadoras y Campesinas de Todas las Rusias, el propio Lenin exigió el final del pesado trabajo y la esclavitud doméstica de las mujeres, del doble rasero de la moralidad sexual y de la prostitución. Él veía a las mujeres como la «sección femenina del ejército proletario», merecedora por completo de iguales derechos, incluido el divorcio rápido y el reconocimiento igualitario de los hijos, nazcan dentro o fuera del matrimonio. Las mujeres han de comprometerse por completo en el esfuerzo revolucionario. «El objetivo de la República Soviética», declaró Lenin, «es abolir [...] todas las restricciones de los derechos de las mujeres». «Nuestra ley barrió, por primera vez en la historia, todo lo que hacía inferiores a las mujeres»³¹. No obstante, seguía habiendo serios desafíos: entre ellos, las cuestiones de educar a la población, en su mayoría analfabeta; de combatir la pobreza así como la ignorancia; de liberar a las mujeres del pesado trabajo doméstico desarrollando «una economía social». Ahora bien, el compromiso era total, como Inessa Armand apuntaba un poco después:

Mientras no se destruya la prostitución, mientras no se abolen las viejas formas de la familia, la vida doméstica y la crianza de niños, será imposible destruir la explotación y la esclavización, será imposible cons-

truir el socialismo. Si la emancipación de las mujeres es impensable sin comunismo, el comunismo es impensable sin la completa emancipación de las mujeres³².

Algunas entusiastas estaban exultantes, y las oponentes, paralizadas por el panfleto de Kollontai *El comunismo y la familia*, de 1918 (en esencia, su discurso en el congreso de 1918), en el que exponía el programa bolchevique, defendiendo la conveniencia de la construcción social de lo que en otros tiempos se consideraron instituciones inmutables:

Solo tenemos que leer cómo vivía la gente en el pasado y aprenderemos de inmediato que todo está sujeto al cambio y que no hay costumbres ni organizaciones políticas ni moral que permanezca fija e inviolable. [...] La familia [...] con frecuencia ha cambiado su forma³³.

Afuera con toda esa «basura pasada de moda», declaró ella. Si hubieran seguido leyendo, los críticos podrían haber encontrado también mucho que admirar en la visión del futuro que ofrece Kollontai, en la que la familia no era «abolida» sino transformada —y los papeles de las mujeres eran redefinidos por la disponibilidad de cocinas públicas, de lavanderías públicas y por la prestación estatal de cuidados para los niños, de forma que las madres podían mantenerse a sí mismas y a sus hijos de un modo honorable— y en la que mujeres y hombres podían ser «amantes y camaradas», fuera de las estructuras que formalizaban las relaciones caracterizadas por la dominación y la subordinación. Esta era una visión en la que la pesadilla de la prostitución —legalizada o clandestina— debería seguramente dejar de existir. En otras palabras, una unión monógama libre, más allá de consideraciones de propiedad y con toda la gama de servicios de apoyo social, era el ideal de Kollontai para las mujeres... y los hombres. El discurso de Lenin a la conferencia de mujeres trabajadoras independientes, a finales de septiembre de 1919, confirmaba esta visión. Lenin insistía de forma particular en el carácter «improductivo», «salvaje» y «arduo» de las labores domésticas. «Aun cuando las mujeres tengan plenos derechos, siguen esclavizadas a causa de todo el trabajo doméstico que se deja para ellas»³⁴.

³² Comentarios de Armand, en *Kommunisticheskaya partiya i organizatsiya rabotnich, Moscú y Petrogrado, Kommunist*, 1919, p. 41; trad. en Clements, *Bolshevik Feminist*, p. 155.

³³ Aleksandra Kollontai, *Communism and the Family* (1918); reed. San Francisco, The Western Worker, sin fecha, p. 2.

³⁴ Lenin, «The Tasks of the Working Women's Movement in the Soviet Republic», discurso pronunciado en la Cuarta Conferencia de Mujeres Trabajadoras Independientes de la Ciudad de Moscú, 23 de septiembre de 1919, recogido en *Pravda* (25 de septiembre de 1919); trad. y repr. en *The Emancipation of Women: From the Writings of V. I. Lenin*, Nueva York, International Publishers, 1966, p. 69.

³⁰ Richard Stites, *The Women's Liberation Movement in Russia*, Princeton, Princeton University Press, 1978, p. 395.

³¹ Lenin, discurso en el Primer Congreso de Mujeres de Todas las Rusias, 19 de noviembre de 1918; reed. en Lenin, *Women and Society*, Nueva York, 1938; también en *WFF*, vol. 2, doc. 76 (cit. pp. 287, 288).

Estas reivindicaciones se encontraban, desde luego, firmemente arraigadas en el pensamiento progresista del siglo XIX, mucho antes de que Bebel, Kollontai o Lenin las hubieran asumido, pero los dirigentes de la nueva Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas trataron de hacer política nacional de su implementación. Dadas las condiciones desfavorables que prevalecieron en 1918, este programa se mostraría demasiado difícil de llevar a cabo, como Lenin, Kollontai y otros reconocieron sin reservas en el momento. La distancia entre la intención revolucionaria y el cambio social profundo necesario para realizar sus objetivos seguiría siendo mucho mayor de lo que nadie de la época podía imaginar.

A mediados de 1919, tras el Octavo Congreso del Partido, el Partido Comunista admitió por fin (aunque, al parecer, de mala gana) el establecimiento dentro del Comité Central de una oficina de las mujeres o «Sección para el Trabajo entre las Mujeres», conocida como Sienotdiel, cuyo objetivo era coordinarse con todo el resto de ministerios y organizar la educación política y la movilización profesional de las masas de mujeres «retrogradadas», para convencerlas del proyecto comunista. Este fue encabezado en primer lugar por Inessa Armand y después, tras su muerte a finales de 1920, hasta 1922, por Kollontai. Entretanto, la guerra civil hacía estragos y las condiciones de vida seguían deteriorándose de forma dramática.

Con el establecimiento del Sienotdiel, estas mujeres comunistas apasionadamente comprometidas lucharon por encontrar respaldo adicional dentro del partido, obteniendo un fuerte apoyo de su trabajo desde el Noveno Congreso del Partido en marzo de 1920, fundando la publicación teórica *Kommunistka*, como complemento a la más popular *Rabotnitsa*. Durante el verano, consiguieron hacerse con apoyo para un secretariado en el nivel del Comintern (Internacional Comunista), tras la ruptura de este con los socialdemócratas más moderados, que ahora controlaban lo que quedaba de la Segunda Internacional. Una fiera enemiga de los socialdemócratas, la socialista independiente alemana Clara Zetkin, estaba trabajando para entonces en Moscú, donde fundó el secretariado a finales de 1920 con el fin de presionar para la agitación internacional y la propaganda entre las mujeres, publicando su célebre entrevista con Lenin, en la que este la comisionó para desarrollar el programa en pro del trabajo internacional. «Tú vas a elaborar las tesis fundamentales sobre el trabajo comunista entre las mujeres», le dijo Lenin a Zetkin. «Has de poner el énfasis en la inquebrantable conexión entre la posición social y humana y la propiedad privada de los medios de producción. Esto trazará una línea fuerte e imborrable contra el movimiento burgués en pro de la "emancipación de las mujeres"»³⁵.

«¡No queremos organizaciones separadas de mujeres comunistas!», concluía Lenin. Ahora bien, ello no quería decir que no hubiera otras or-

³⁵ Entrevista de Lenin con Clara Zetkin, en *Emancipation of Women*, pp. 109-110.

ganizaciones de mujeres del tipo que fueran. Deberá hacerse un trabajo sistemático entre las mujeres para traerlas al proyecto bolchevique, pero este trabajo se enclavaría firmemente dentro del marco que ofrecía el Partido Comunista. De este modo, Lenin añadía, «hemos de tener nuestros propios grupos para trabajar entre ellas, métodos especiales de agitación y formas especiales de organización. Esto no es "feminismo" burgués; es un interés revolucionario práctico»³⁶.

Dentro de Rusia, el personal del Sienotdiel se puso manos a la obra y, fuera, Zetkin animó a los partidos comunistas afiliados a embarcarse en los esfuerzos por reclutar mujeres. La nueva publicación *L'Ouvrière en France*, por ejemplo, fue fundada por el nuevo Parti Communiste Français (PCF) en respuesta a sus órdenes. Pero, aun en Rusia, la falta de recursos económicos dificultó de continuo la eficacia de los esfuerzos del Sienotdiel por organizar y preparar a las mujeres, y los oponentes en el partido a nivel local siguieron sospechando del «feminismo» en el núcleo de los esfuerzos del Sienotdiel y rechazaron apoyarlas. A comienzos de 1922, Kollontai fue despachada de su posición en el Sienotdiel por razones políticas y reasignada a Noruega a la delegación soviética de comercio. Sus publicaciones sobre «Eros alado», o formas más elevadas de amor erótico entre hombres y mujeres, en 1923, sellaron su destino en Rusia, y su trabajo e ideas fueron cayendo de forma creciente en el descrédito. En 1923, el Sienotdiel fue acusado de «tendencias feministas» por el Decimosegundo Congreso del Partido. El «desviacionismo» se volvió cada vez más sospechoso, cuando el régimen comunista, en especial tras la muerte de Lenin y el advenimiento de Stalin, se comprometió con la salvación de la familia nuclear, para el crecimiento de la población, y con el reforzamiento del «socialismo en un solo país» por medios totalitarios. Incluso las operaciones internacionales de Zetkin serán clausuradas en 1926, aunque ella continuó despotricando contra las tendencias «burguesas» de los socialistas no comunistas en Occidente. La ley matrimonial de 1926 marcará un gigantesco paso atrás respecto del audaz Código Familiar de 1918. En 1930, el Sienotdiel fue disuelto basándose en que ya no era necesario³⁷. Finalmente, los cambios visionarios en la situación de la mujer promovidos por Kollontai y sus asociadas nunca se realizarían de un modo completo en la URSS, aunque la visión duraría mucho después de que las presiones institucionales y las escaseces presupuestarias lo hubieran traicionado irrevocablemente.

³⁶ Lenin, en *Emancipation of women*, p. 111.

³⁷ Un buen estudio reciente de las reconfiguraciones bolcheviques de género y del nacimiento y muerte del Sienotdiel es Elizabeth A. Wood, *The Baba and the Comrade: Gender and Politics in Postrevolutionary Russia*, Bloomington, Indiana University Press, 1997. Además, véase Wendy Z. Goldman, *Women, the State and Revolution: Soviet Family Policy and Social Life, 1917-1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; y Barbara Evans Clements, *Bolshevik Women*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Los ecos del experimento bolchevique con respecto a las mujeres resonaron por toda Europa, tanto en las efímeras revoluciones que estallaron en Múnich, Viena, Berlín o Budapest como en los regímenes reaccionarios que sucedieron a estas revoluciones, en particular en el este de Europa. Las feministas en Europa occidental estaban entusiasmadas de ver por sí mismas los milagros provocados por los bolcheviques. Para algunas, la realidad resultó menos interesante que la promesa. Como Hélène Brion, Louise Bodin, y otros militantes feministas-socialistas, la médica sufragista francesa y travesti Madeleine Pelletier había dado la bienvenida con entusiasmo a la victoria bolchevique; como delegada en el Congreso del Partido Socialista en Tours en 1920, Pelletier votó a favor de unirse a la nueva Tercera Internacional (comunista). Reseñó las obras de Lenin y Trotsky en *La Voix des femmes* (publicación radical feminista de Louise Bodin, que el nuevo Parti Socialiste Unifié [PSU] de filiación comunista abandonó con posterioridad en favor de *L'Ouvrière*). A finales de julio de 1921, sin pasaporte oficial francés pero apoyada por los comunistas franceses, Pelletier marchó a Rusia «disfrazada como una mujer» (tal como ella lo cuenta), pasando a hurtadillas las fronteras internacionales con la ayuda de simpatizantes del partido. Una vez allí, se encontró con la hambruna, la enfermedad, los niños abandonados y la miseria de todas clases. Se encontró con Kollontai y le rebatió su visión de que los ciudadanos le debieran hijos al Estado. Desaprobó el Sienotdiel, oponiéndose a la idea (como la que tenían en Francia) de secciones separadas para mujeres. Se quedó horrorizada por las actitudes sexistas que encontró en la nueva utopía bolchevique, tanto como por los verdaderos problemas serios a los que se enfrentaba el nuevo régimen. Ella había rechazado coser como su contribución a la labor voluntaria que se les demandaba a los visitantes extranjeros. «En todas las reuniones de mujeres en las que estuve, la única cuestión era la de organizar las colonias de niños [...] había que salvar de la muerte a los niños de las regiones del Volga. No obstante, en los encuentros de los hombres, se discutía de temas más generales, lo que quería decir que los encuentros de las mujeres tenían menos interés»³⁸.

Escarmentada y sosegada, Pelletier volvió a París, donde publicó una memoria de su viaje. Su «intrépida travesía» la convenció de que, hablando en propiedad, ella era una «revolucionaria teórica» aunque no en menor medida una «feminista integral», una anarquista que odiaba los procedimientos burocráticos que seguían existiendo en la nueva Rusia, así como el aparente fatalismo de la gente frente a unas condiciones horribles y a un terror gubernamental en alza. Escribiendo en *La Voix des femmes*,

³⁸ Madeleine Pelletier, *Mon Voyage aventureux en Russie communiste*, París, Giard, 1922; reed. París, côté-femmes, 1996; citado en Charles Sowerwine y Claude Maignien, *Madeleine Pelletier, une féministe dans l'arène politique*, París, Éditions ouvrières, 1992, p. 169; trad. KO.

ella concluía que, en Rusia, la emancipación de las mujeres sería la última batalla a ganar. Hacia 1925, el Partido Comunista Francés, cada vez más sujeto a los dictados de Moscú, tomó medidas para marginar a Pelletier; en 1926, ella había roto con el partido, volviendo al medio más agradable del anarquismo francés.

Si la realidad era dura y el gobierno bolchevique bajo Stalin cada vez más inseguro respecto a abogar por la emancipación de las mujeres, el milagro creado entre 1917 y 1920 continuó siendo poderoso y se promulgó con tesón en la Europa occidental. A principios de los años treinta del siglo XX, la escritora austriaca nacida en Rusia, Fannina Halle, había redactado un informe impactante sobre la «humanización de la mujer» en su libro *La mujer en la Rusia soviética*, publicado por primera vez en alemán (1932) y luego en inglés (1933). Haciéndose eco de la línea oficial, insistía en que «el proceso de emancipación en curso en Rusia se diferencia de todos los anteriores en la historia registrada de la humanidad en que se desarrolla a partir de un plan y a una escala sin precedentes. [...] Aquí, por vez primera, la cuestión feminista se concibe como parte de una gran cuestión social»³⁹. La feminista británica Winifred Holtby, que estaba particularmente entusiasmada con las perspectivas que se les abrían a las mujeres por la introducción de la socialización de los trabajos domésticos y los cuidados de los niños, señalaba que «la teoría comunista ha afirmado con bastante poca ambigüedad la completa igualdad de estatus de hombres y mujeres, y el gobierno de los soviets ha tratado con diversos grados de éxito de poner en práctica esta teoría. El resto del mundo puede ir de un lado a otro siguiendo caminos que se cruzan; Moscú tiene un plan». Tal como Holtby indicó en su libro de 1934 *Women and a Changing Civilization*:

Todo este espíritu es nuevo —que para las mujeres es bueno trabajar; bueno, que produzcan niños; que el Estado se sirva igualmente de mujeres tractoristas y profesoras de jardines de infancia y que ambas puedan ser madres; que el Estado debería animar este doble papel como un servicio y no desanimarlo como un experimento peligroso y autoindulgente—, todo esto es nuevo seguramente. [...] Se puede permitir al menos que pasen unas pocas generaciones antes de considerar que el esquema sea un fracaso⁴⁰.

Fue precisamente la gran envergadura que caracterizaba el plan y su escala sin precedentes, junto con el feminismo que se percibía (por injusto)

³⁹ Fannina W. Halle, *Woman in Soviet Russia*, trad. Margaret M. Green, Londres, Routledge, 1934; ed. orig. alemana, *Die Frau im Sowjetrussland*, 1932; en inglés, 1933, pp. ix-x.

⁴⁰ Winifred Holtby, *Women and a Changing Civilization*, Londres, John Lane, 1934; reed. Chicago, Academy Press, 1978, pp. 182, 185, 187-188.

tificable que fuera), lo que lo hacía algo espantoso. El entusiasmo de Halle, Holtby y otras europeas feministas no fue ampliamente compartido por las responsables del momento. De hecho, el rechazo implícito de las propuestas revolucionarias de la Rusia soviética para reconfigurar el matrimonio, la organización familiar y los papeles de mujeres y hombres se convertía en un tema determinante en la reacción antifeminista que caracterizó buena parte de los años veinte y treinta del siglo XX. Y, más aún, el rechazo explícito del experimento bolchevique con la liberación de la mujer se volvería decisivo para los programas de los partidos políticos, facciones y movimientos autoritarios emergentes en el periodo de posguerra.

LA REACCIÓN: SE REAVIVAN LAS GUERRAS DEL CONOCIMIENTO

El efecto combinado de la guerra, relativamente larga y extremadamente costosa, y el programa bolchevique para la liberación de las mujeres iba a desencadenar todavía otra enorme reacción política y cultural contra la emancipación de las mujeres. En orden de magnitud, esta era ciertamente igual que reacciones más tempranas que habían tenido lugar tras la Revolución francesa, tras las múltiples revoluciones europeas de 1848 y tras la Comuna de París en 1871. La diferencia era que la combinación de la experiencia de la guerra con medio siglo de educación y participación económica había llevado a muchas más mujeres a la arena pública. La mujer «moderna» —antitética con el «ángel del hogar», pero también con la nueva mujer maternal que habían promovido las feministas antes de la guerra— se estaba convirtiendo en una realidad en buena parte del Occidente europeo. Tanto la feminidad como la masculinidad estaban sufriendo una reconfiguración, le gustase o no a la gente⁴¹.

En consecuencia, todas las campañas feministas para acabar con el sometimiento de las mujeres o, si se expone de forma más positiva, para obtener sus derechos tenían que ser repensadas y perseguidas en la sombra de renovadas articulaciones llamativas, insistentes y repetitivas de las obligaciones y el papel de las mujeres. En algunos países, notablemente en el este de Europa, donde las erupciones feministas no habían hecho más que comenzar, estaban abrumadas y casi completamente extinguidas. En otros, en los que eran más extensivas, tuvo lugar un considerable reagrupamiento y una reformulación cautelosa de las reivindicaciones. Los desarrollos políticos, las nuevas derivas en las guerras del conocimiento (particularmente en psicología y psicoanálisis) y los movi-

⁴¹ Para enfoques históricos paralelos sobre la reconfiguración del género en la Francia y la Inglaterra de posguerra, véase Mary Louise Roberts, *Civilization Without Sexes: Reconstructing Gender in Postwar France, 1917-1927*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1994; y Kent, *Making Peace* (véase *supra* p. 372, n. 2).

mientos contemporáneos en la literatura y el arte «modernistas» alimentaron esta reacción tan acelerada que se recogió profusamente en la prensa contemporánea.

Incluso en Francia, donde el gobierno de la Tercera República se hallaba oficialmente comprometido con los principios de libertad, igualdad y justicia para todos, las feministas siguieron enfrentándose a serios obstáculos con respecto al sufragio. Cuando las feministas presionaron en pro de la confirmación final por parte del Senado del sonado apoyo al sufragio femenino de la Cámara de Diputados saliente, exigiendo una ratificación del Tratado de Versalles por parte del propio Senado, en octubre de 1919, esbozaron su visión del futuro de Francia en el mundo de posguerra:

El tratado no dice que Francia se comprometa a tener muchos hijos, pero es la primera cosa que debería haberse incluido. Porque si Francia vuelve su espalda a las grandes familias, ya pueden ponerse las frases más bellas que se deseen en los tratados, ya pueden tomarse todos los cañones que se quiera en Alemania, ya puede hacerse lo que se quiera, que Francia estará perdida porque ya no quedarían franceses⁴².

El Senado francés rechazaría cuatro veces en los años veinte y treinta del siglo XX la ratificación del respaldo al voto de las mujeres por parte de la Cámara de Diputados; las posibles consecuencias adversas (léanse católicas o nacionalistas antiparlamentarias) de los votos de las mujeres para el futuro de la república laica siguieron preocupando a los hombres de la izquierda francesa. Incluso los progresistas de la *Ligue des Droits de l'Homme* (Liga de los Derechos del Hombre) darían evasivas de continuo a la hora de abordar un respaldo sin reservas del sufragio femenino completo, aunque siguieran respaldando en principio la igualdad de los sexos. En la convención de 1924 de la *Ligue*, su vicepresidente, Victor Basch, pidió disculpas por la falta de neutralidad del término *Homme* (hombre) en el título de la organización, pero fue reticente a ir más allá de un respaldo al sufragio municipal de las mujeres⁴³.

Entretanto, a principios de 1920, los legisladores republicanos franceses habían puesto en marcha prohibiciones sobre la información y las ventas contraceptivas (los condones, considerados necesarios por «higiene», fueron excluidos de la prohibición) y habían «despenalizado» el aborto, en la esperanza de que, sustituyendo jueces severos por jurados indulgentes,

⁴² Georges Clemenceau, en el Senado francés, 12 de octubre de 1919; citado en Edouard Bonnefous, *Histoire Politique de la IIIe République*, vol. 3, París, Presses Universitaires de France, 1968, p. 58; trad. KO.

⁴³ Véase Françoise Basch, *Victor Basch: De l'affaire Dreyfus au crime de la Milice*, París, Plon, 1994, pp. 186-187; y William D. Irvine, «Women's Rights, Democracy, and the Ligue des Droits de l'Homme», ponencia inédita presentada a la Society for French Historical Studies, Boston, marzo de 1996.

podieran conseguirse más condenas. Estos esfuerzos franceses se vieron acompañados de un programa de Medallas a la Maternidad, que ofrecía un modelo a muchos otros Estados de posguerra. Algunos gobiernos, posteriormente, inauguraron celebraciones oficiales del Día de la Madre para honrar a las madres de familias grandes y promover la natalidad⁴⁴.

La retórica antifeminista europea se hizo más estridente. En Inglaterra, a los lectores se les obsequió con panfletos tan cargados como *Feminism and Sex Extinction* (*El feminismo y la extinción del sexo*, 1920) de Arabella Kenealy, residente en Dublín, en el que la autora afirmaba que el objetivo del feminismo era la abolición de toda diferencia sexual y el sometimiento del hombre. Ella decía que la división sexual del trabajo era fundamental en el orden social; proclamar, como Olive Schreiner, que las mujeres podían tener cualquier trabajo como competencia suya era, a ojos de Kenealy, bastante desacertado. Las mujeres, en este periodo de posguerra, debían convencerse de «renunciar generosamente a todos los empleos esencialmente masculinos a los que la mala suerte las ha arrojado»⁴⁵. Había «feministas» y «femininistas», proclamaba Kenealy, y estas últimas eran hermafroditas; ella veía el desarrollo en su conjunto como antirrevolucionario.

En los años veinte del siglo xx, las guerras del conocimiento experimentaron un nuevo giro cuando los analistas psicológicos y psiquiátricos se unieron a generaciones de médicos antifeministas a la hora de tomar la medida al feminismo. La doctora Gina Lombroso (hija del médico-antrópologo italiano Cesare Lombroso y mujer de Guglielmo Ferrero, cuyas ideas sobre la cuestión femenina era anatema para la mayoría de las feministas) intervino desde Milán con *L'Anima della donna* (*El alma de la mujer*, 1922), que exploraba lo que su autora denominaba «las trágicas consecuencias del alterocentrismo femenino»⁴⁶. El Dr. Karl Abraham publicó su importante artículo «Manifestaciones del complejo de castración femenino» (presentado por primera vez en 1920), en el que planteaba que las mujeres que tenían intereses fuera de sus familias estaban sufriendo de «envidia del pene»⁴⁷. Este último término, junto con la idea más general de que las mujeres se estaban volviendo más «viriles», gozaría de una larga

⁴⁴ Sobre la llegada de las celebraciones del Día de la Madre en la Europa de la posguerra, véase Karin Hausen, «Mother's Day in the Weimar Republic», en Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, Monthly Review Press, 1984, pp. 131-152; Anne Cova, *Maternité et droits des femmes en France*, pp. 249-254.

⁴⁵ Arabella Kenealy, *Feminism and Sex Extinction*, Londres, T. Fisher Unwin, 1920, p. vi.

⁴⁶ Gina Lombroso, *The Soul of Woman*, Nueva York, Dutton, 1923, p. 15. Sobre Gina Lombroso, véase Delfina Dolza Carrara, *Essere figlie di Lombroso: Due donne intellettuali tra '800 e '900*, Milán, Franco Angeli, 1990.

⁴⁷ Karl Abraham, «Manifestations of the Female Castration Complex», *International Journal of Psycho-Analysis* 3, 1 (1922), pp. 1-29. El término «envidia del pene» aparece por primera vez en p. 6.

vida en los círculos psicoanalíticos, en particular (aunque de ningún modo en exclusiva), en los trabajos de Sigmund Freud, que por fin afrontaría la cuestión femenina en su importante artículo «Algunas consecuencias psicológicas de la distinción anatómica entre los sexos» (publicado originalmente en alemán en 1925 y traducido al inglés en 1927)⁴⁸.

Tales ideas se verían rápidamente elaboradas en las especulaciones de Helene Deutsch sobre lo que estaba «mal» en la feminidad moderna, en su *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*, fuertemente antifeminista, publicado en Viena en 1925 (y, por consiguiente, en la traducción inglesa, *The Psychology of Women: A Psychoanalytic Interpretation* [*La psicología de las mujeres: una interpretación psicoanalítica*], en 1944), y por su colega C. G. Jung, que hablaba en 1927 de «herida psíquica» y «masculinización mental de la mujer», así como en las obras posteriores y más especulativas de Freud⁴⁹. Ni siquiera las contrahipótesis presentadas por la valiente psicoanalista feminista alemana Karen Horney en los años treinta del siglo xx, que insistía en que no era el pene sino el poder social que acompañaba al pene lo que querían las mujeres, pudieron desbancar el nuevo paradigma psicoanalítico freudiano tal como se desarrolló en el mundo anglo y germanohablante⁵⁰. Alfred Adler estaba entre los poquísimos psicoanalistas europeos que apoyaron incondicionalmente la emancipación de las mujeres. En su importante tratado *Menschenkenntnis* (1927; traducido en el mismo año como *Understanding Human Nature* [*Entender la naturaleza humana*]) planteaba que «mientras no podamos garantizar la absoluta igualdad de todas las mujeres con el hombre, no podremos exigir su completa reconciliación con la vida, con los hechos de nuestra civilización y con las formas de nuestra vida social»⁵¹.

Ahora bien, pocos investigadores psicológicos europeos fueron tan profeministas como Horney y Adler. En París, la exploración llena de sensibilidad de Léontine Zanta de la *Psychologie du féminisme* (*Psicología del feminismo*, 1922), en la que planteaba las diferencias entre las mujeres latinas y nórdicas y sus respectivos feminismos, fue introducida

⁴⁸ Sigmund Freud, «Some Psychological Consequences of the Anatomical Distinction Between the Sexes», trad. James Strachey, *International Journal of Psycho-Analysis* 8, 2 (1927), pp. 133-142; ed. orig. en alemán, p. 1925.

⁴⁹ Helene Deutsch, *The Psychology of Women: A Psychoanalytic Interpretation*, Nueva York, Grune & Stratton, 1944. Véase también su trabajo anterior, *Psychoanalyse der weiblichen Sexualfunktionen*, Viena, International Psychoanalytische Verlag, 1925; y Carl Gustav Jung, «Woman in Europe», en *Contributions to Analytical Psychology*, trad. H. G. Baynes y Cary F. Baynes, Londres, 1928; ed. orig. octubre de 1927, en *Europäische Revue* (Leipzig).

⁵⁰ Karen Horney, «The Flight from Womanhood: The Masculinity Complex in Women as Viewed by Men and Women», *International Journal of Psycho-Analysis* 7, partes 3-4 (julio-octubre de 1926); repr. en Karen Horney, *Feminine Psychology*, ed. Harold Kelman, Nueva York, Norton, 1973, pp. 54-70.

⁵¹ Alfred Adler, *Understanding Human Nature*, trad. Walter Beran Wolfe, Londres, Allen & Unwin; Nueva York, Garden City/Star Books, 1927, p. 135.

por el novelista Paul Bourget, que explicó a los futuros lectores que el feminismo era tan solo una manifestación más del «individualismo», en sí mismo un producto de la inestabilidad social y el desarraigo que le había conferido unos rasgos tan poco atractivos a la sociedad moderna. Mary Louise Roberts había explorado el discurso que giraba en torno a la denominada mujer moderna en la sociedad francesa durante la década que siguió a la guerra, planteando como emblemática la extravagante queja del veterano de guerra Pierre Drieu la Rochelle, «esta civilización [...] ya no tiene sexos», y añadiendo que «desdibujar la frontera entre lo “masculino” y lo “femenino” —una civilización sin sexos— servía como referente fundamental para la ruina de la civilización misma»⁵².

Ahora bien, ¿a quién se podía hacer responsable de ese desdibujamiento de las fronteras? ¿Quién se había convertido en el objetivo real de las guerras de la cultura de los años veinte del siglo xx? ¿A la «mujer moderna» parisina apolítica, que se rapaba el pelo y buscaba el placer personal? ¿O era esta —más probablemente— tan solo un sustituto de la «feminista» comprometida proderechos y antibelicista, a quien muchos confundían con la nueva mujer bolchevique? Muchas de ellas exigían todos los trabajos para su sexo, apoyo estatal para la maternidad y control sobre su propia fertilidad. Fuera lo que fuera, el feminismo se convirtió con mucha frecuencia en un chivo expiatorio. En la opinión de un crítico, el alemán Ehrhardt F. W. Eberhard, representante de la Liga Alemana contra la Emancipación de las Mujeres y autor de *Feminismus und Kulturuntergang: Die erotischen Grundlagen der Frauenemanzipation* (Feminismo y decadencia cultural: las bases eróticas de la emancipación de las mujeres, 1924; segunda ed. 1927), el feminismo mismo era sinónimo de declive y decadencia cultural. Otro crítico, el profesor noruego Knud Asbjørn Wieth-Knudsen, en un folleto publicado en danés, y luego en inglés y francés, trató de probar, mediante la movilización de densas capas de datos fisiológicos, psicológicos, sociológicos e históricos, que las mujeres debían subordinarse a los hombres; emanciparlas no era hacerles un favor ni iba en interés de la preservación de la civilización⁵³. El Dr. Robert Teutsch, en su estudio de 1934 sobre la cuestión de la mujer en Francia, titulado *Le Féminisme*, insistía en que las mujeres debían ser devueltas de nuevo a su sitio: «Las mujeres que no quieren vivir como verdaderas mujeres, conscientes de los deberes que requiere su dignidad, deberán más pronto o más tarde ser corregidas [...] o devueltas a los ni-

⁵² Pierre Drieu la Rochelle, *La Suite dans les idées*, París, Au Sans Pareil, 1927, p. 125; trad. en Roberts, *Civilization Without Sexes*, p. 2; comentario de Roberts, p. 4.

⁵³ La obra de Wieth-Knudsen fue publicada en inglés bajo dos títulos diferentes: para el mercado británico, *Feminism: A Sociological Study of the Woman Question from Ancient Times to the Present Day*, Londres, Constable, 1928; y para la edición americana, el más benigno *Understanding Women: A Popular Study of the Question from Ancient Times to the Present Day*, Nueva York, E. Holt, 1929.

veles indignos de los que vinieron. Es una de las únicas formas de salvar nuestra sociedad de ciertas fuentes de putrefacción moral»⁵⁴. Lo cierto es que la civilización sería identificada desde entonces con el patriarcado por algunos escritores psicoanalíticos antifeministas, incluido Freud —una identificación que estimularía en último término las fases iniciales del pensamiento revisionista del analista francés Jacques Lacan, quien, en palabras de Carolyn Dean y en la forma más francesa posible, «creía que la autoridad paterna no era una fuerza natural, sino un producto cultural»⁵⁵.

Que la guerra había agravado seriamente la sensación general de inseguridad de los hombres europeos, está atestiguado por innumerables escritos publicados por los veteranos de guerra en los años veinte y treinta del siglo xx. Ahora bien, a la vista del esfuerzo bolchevique por alcanzar la igualdad sexual en la Unión Soviética, ese efecto se magnificaría extraordinariamente. Además, el liderazgo simbólico de siglos de argumentación y esfuerzo feminista francés, desafiado ya por el liderazgo angloamericano en el movimiento internacional de las mujeres, se vería fuertemente erosionado, aunque no eclipsado, por los defensores del nuevo experimento soviético. Estos desarrollos, que provocaban una potente combinación de respuestas antiemancipatorias laicas, contribuirían directamente a un clima de opinión temeroso de cualquier perturbación en las relaciones «tradicionales» entre los sexos. En un clima como este, se desarrollaría un nacionalismo ofendido y defensivo, en el que el fascismo militante podría a veces encontrar un punto de apoyo. Tanto los nacionalistas integrales como los fascistas adoptaron como propias las visiones antifeministas sobre la cuestión de la mujer. «El fascismo», como insistía Peter Nathan de forma inequívoca en su estudio de 1943, *The Psychology of Fascism*, «es una sobrevaloración de la masculinidad. Es un intento por hacer un mundo del hombre. [...] El fascismo es una poderosa fachada que trata de tapar el miedo secreto más íntimo [de los hombres] de ser débiles, poco varoniles, impotentes. La negación de la debilidad es todo su propósito y la clave de todas sus acciones. [...] El fascismo [...] es un gran movimiento antifeminista»⁵⁶.

⁵⁴ Robert Teutsch, *Le Féminisme*, París, Société française d'éditions littéraires et techniques, 1934, p. 261; trad. en Carolyn J. Dean, *The Self and Its Pleasures: Bataille, Lacan, and the History of the Decentered Subject*, Ithaca, Cornell University Press, 1992, p. 64.

⁵⁵ Dean, *Self and Its Pleasures*, p. 92.

⁵⁶ Peter Nathan, *The Psychology of Fascism*, Londres, Faber & Faber, 1943, pp. 52-53, 57.

DILEMAS FEMINISTAS EN LAS CULTURAS POLÍTICAS NACIONALES DE POSGUERRA: INGLATERRA, ITALIA, AUSTRIA, HUNGRÍA Y ALEMANIA

Después del trauma y las pérdidas de la guerra, y con el final de la masiva movilización temporal de las mujeres como trabajadoras y voluntarias para el esfuerzo bélico los debates sobre la cuestión de la mujer siguieron ocupando un lugar central en la política y en la vida cultural europea. En el replanteamiento de las reivindicaciones feministas de posguerra, se desarrolló un cisma creciente entre aquellos que insistían en los derechos absolutos de las mujeres como individuos y aquellos que ponían el énfasis en las responsabilidades de las mujeres hacia la sociedad como madres o como trabajadoras. ¿En los contextos nacionales, eran las mujeres «personas por derecho propio», o eran meros subalternos —engranajes femeninos— en la maquinaria social? ¿Cuál debería ser la relación entre las mujeres, la familia y la libertad en los Estados-nación europeos? ¿Cómo enmarcarían las feministas sus respuestas a estas cuestiones, cuando sus oponentes buscaban reducir a las mujeres a meras máquinas de procrear, confinarlas en «esferas separadas», o tratarlas como un ejército de trabajadoras en la reserva, dando la vuelta a las reivindicaciones feministas anteriores para «cuidar como hacen las madres» a toda la sociedad aun cuando exigían sus derechos como individuos?

Las feministas de toda Europa debatieron estos puntos intensamente en el periodo de posguerra. Ciertos hechos siguieron siendo primordiales: las mujeres adultas superaban en número a los hombres adultos en prácticamente todos los países europeos que habían participado en la reciente guerra mundial, y las tasas de natalidad habían seguido declinando. Más aún, a medida que se desarrolló la democratización política y empezó a tomar un rumbo en apariencia irresistible, los líderes de los gobiernos se habían interesado enormemente en el tamaño, fuerza y bienestar de las poblaciones bajo su control, aunque fueran a menudo reticentes a gastar cantidades excesivas de dinero en medidas diseñadas para aliviar los dé-

ficits que se percibían en estas áreas. Estos hechos ofrecen una clave para entender cómo se desplegó la relación entre el empleo de las mujeres, la maternidad y la política en las naciones de Europa recién creadas durante los años veinte y treinta del siglo XX; la forma en la que abordar esa relación podía, potencialmente, llevar a cambios dramáticos en la configuración de los Estados-nación. También ofrecen un medio para entender hasta qué punto podían resultar amenazadoras para los líderes y partidarios de regímenes autoritarios dominados por los hombres, las reivindicaciones feministas radicales de libertad sexual y reproductiva, incluido el control de natalidad.

Los esfuerzos por la remasculinización resultaron patentes por todas partes durante el inmediato periodo de posguerra. Los gobiernos obligaron de forma sistemática a las mujeres que habían trabajado durante la guerra a que dejaran de trabajar, de modo que los trabajos volverían a quedar a disposición de los soldados que volvían. Los líderes políticos contemplaron iniciativas para controlar y dirigir la reproducción en interés del crecimiento de la población nacional. Tanto los regímenes nacionalistas neotradicionalistas como los nuevos regímenes autoritarios fascistas de los años veinte y treinta del siglo XX, combatirán explícitamente las reivindicaciones emancipacionistas realizadas por y para las mujeres.

Dado que las condiciones económicas se deterioraron, a finales de los años veinte del siglo XX, y el clima político europeo cambió bruscamente hacia los extremos tanto hacia la derecha como hacia la izquierda, se haría cada vez más difícil para las feministas mantener sus posiciones y aún más hacer que sus propuestas pasaran a la primera línea del debate político nacional. La vieja fórmula de derechos iguales y de iguales oportunidades para las mujeres ya no les parecía (a algunas) provocar respuestas estimulantes a los problemas nuevos y complejos de la posguerra, del mundo postsufragio. En particular, el complicado conjunto de problemas que rodeaba al empleo y la maternidad cobró una importancia política mucho mayor.

CULTURAS POLÍTICAS NACIONALES EN LOS AÑOS DE POSGUERRA

Este capítulo y el siguiente comprenden una serie de estudios de casos concretos en los que se analizarán brevemente algunas expresiones del feminismo dentro de una variedad de Estados-nación europeos a la par que las respuestas sociales a las exigencias feministas. Serán consideradas en primer lugar dos naciones «vencedoras», Inglaterra e Italia, seguidas por las principales naciones «derrotadas», Austria, Hungría y Alemania. El capítulo siguiente estudiará los desarrollos feministas en algunos otros Estados-nación que se vieron afectados de forma menos inmediata por la guerra —dos países más pequeños y nominalmente católicos, Portu-

gal e Irlanda, y la nación más grande y católica de España—, seguidos por el estudio del caso opuesto de Suecia, un país protestante pequeño, pero altamente democratizado.

Si las feministas británicas, que fueron quizá las más activas de las feministas europeas, tras sus triunfos en la cuestión del sufragio en 1919 y 1928 (cuando todas las mujeres obtuvieron el voto), podían estar tan extremadamente en desacuerdo sobre las estrategias y las tácticas con respecto al trabajo y la maternidad, las feministas en otros escenarios nacionales del continente experimentaron aún más dificultades. En algunos países, las fisuras por las que había fluido el magma feminista en las situaciones anteriores estaban cerradas, y la memoria misma de las erupciones y sus emplazamientos, borrados. Para algunos activistas de la izquierda política que pensaban que los bolcheviques habían respondido a la cuestión femenina, sería más elegante ser comunista que feminista; a otros, que valoraban tanto el papel único de la madre en la crianza de los hijos como los aspectos del trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar, las soluciones bolcheviques a la cuestión femenina les parecían claramente inapropiadas, si no por completo repugnantes. En ambos ejemplos, la cuestión de cómo movilizar a las mujeres en nombre de su propia emancipación estaba lejos de ser respondida. Entretanto, los partidos políticos, los sindicatos y otras asociaciones profesionales y de voluntarios (tanto grupos de un solo sexo como «mixtos») comenzaron a competir por la atención y el apoyo de las mujeres. La guerra había asegurado que las mujeres hubieran entrado en la vida pública de Europa, pero no que buscaran la emancipación tal como las feministas entendían el término, ni tampoco que apreciaran el papel que había desempeñado el feminismo a la hora de obligar a abrirles a ellas las puertas de la vida moderna.

A este conjunto de factores hemos de añadir el surgimiento de nuevas formaciones políticas antifeministas en el periodo de 1919 a 1939. El historiador israelí Zeev Sternhell ha proclamado que el fascismo no era «ni de derecha ni de izquierda», con lo que quiere decir que se encontraba «por encima de los partidos»¹. Con respecto a la cuestión femenina, no obstante, puede decirse que muchos partidos políticos, y prácticamente todas las variedades del fascismo que se produjeron en los años veinte y treinta del siglo XX, fueron profundamente antifeministas, del mismo modo que eran profundamente antibolcheviques. Estas dos características, por sí solas, deberían servir para sugerir que el fascismo, junto con estos partidos, cae de forma definitiva del lado de la derecha política.

Incluso antes de que el fascismo echara raíces, no obstante, las dictaduras paramilitares establecidas en algunos países europeos en el periodo

¹ Zeev Sternhell, *Ni Droite ni gauche: L'Idéologie fasciste en France*, París, Seuil, 1983; en inglés como *Neither Right nor Left: Fascist Ideology in France*, trad. David Maisel, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1986.

de entreguerras fueron decididamente partidarias de la reconsolidación de la autoridad masculina sobre las mujeres; prácticamente todas se opusieron de forma específica a los papeles públicos de las mujeres (incluidas las profesiones y muchas formas de empleo remunerado) y a su participación en la vida política. En esta, se marcaron a sí mismas como aún más conservadoras que la Iglesia católica, que en 1919 había puesto fin a su oposición al sufragio femenino y a la participación política —aunque compartían la posición del Vaticano (formulada en la encíclica papal *Rerum Novarum* de 1891, y reafirmada en 1931 en su sucesora, la *Quadragesimo Anno*) sobre la primacía de los hombres como sostenes de las familias.² Los casos de Italia, Hungría, Austria, España, Portugal, Irlanda, Bélgica y Alemania ofrecían todos ellos variaciones sobre este tema común.

Este rasgo particular de la vida política europea en las décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial haría extremadamente difícil el trabajo de las feministas laicas y sus organizaciones dentro de las culturas políticas nacionales, incluso en las naciones recién establecidas con Constituciones democráticas. No se pueden valorar de forma adecuada las iniciativas organizativas feministas del periodo de entreguerras (con referencia a las iniciativas democráticas) sin reconocer la mayor hostilidad de los medios políticos nacionales en los que aquellas trataban de conseguir sus objetivos. La situación se hizo difícil para ellas incluso en países en los que a las mujeres ya se les había concedido el voto. En países donde las mujeres carecían aún de la ciudadanía política formal, se hizo aún más difícil... en realidad, virtualmente imposible, tal como demostrarán los casos de estudio que vendrán a continuación.

INGLATERRA

El desarrollo del feminismo inglés durante el periodo 1920-1940 es quizás aquel cuya crónica ha sido mejor narrada hasta la fecha por los historiadores³. Durante los años veinte y, en especial, durante los años

² Para los textos en inglés de estas encíclicas papales, véase Joseph Husslein (ed.), *Social Wellsprings: Eighteen Encyclicals of Social Reconstruction, by Pius XI*, vol. 2, Milwaukee, Bruce, 1949.

³ Véase Barbara Caine, *English Feminism*, Oxford, Oxford University Press, 1997, cap. 5, para un estudio sensible de los escritos históricos recientes sobre este periodo. A las historiadoras les ha resultado muy difícil no apasionarse, por lo general, tomando partido por una u otra de las personalidades o grupos fundamentales. Entre los tratamientos importantes del feminismo inglés entre 1919 y 1939 están el artículo pionero de Jane Lewis, «Beyond Suffrage: English Feminism in the 1920s», *Maryland Historian* 6, 1 (primavera, 1975), pp. 1-17; Brian Harrison, *Prudent Revolutionaries: Portraits of British Feminists between the Wars*, Oxford, Clarendon Press, 1987; Carol Dyhouse, *Feminism and the Family in England, 1880-1939*, Oxford, Basil Blackwell, 1989; Martin Pugh, *Women and the Women's Movement in Britain, 1914-1959*, Basingstoke, Macmillan, 1992; y Susan Kingsley Kent, *Making Peace*, Princeton, Princeton University

treinta del siglo xx, tras la consecución del voto por todas las mujeres en 1928, las feministas inglesas comenzaron a estar considerablemente en desacuerdo sobre cómo reformular sus agendas políticas. Ya en 1925, en un editorial publicado en *The Woman's Ledger and the Common Cause*, titulado «¿Qué es el feminismo?» (que analizaba un acalorado debate entre Lord Ampthill y la novelista Rose Macaulay en el *Morning Post* sobre el tema de si el feminismo había sido un «fracaso»), la editorialista volvió a contar la definición de Rose Macaulay: «Los intentos de las mujeres por poseer privilegios (políticos, profesionales, económicos o de otro tipo) que se les han denegado previamente en razón de su sexo». Ahora bien, la escritora añadía, «esto no basta»:

La mera apertura de todos los privilegios, políticos, profesionales, industriales, sociales o religiosos a las mujeres, en un sistema social diseñado por hombres para hombres, no va a llevarnos hasta nuestro ideal feminista. Y lo que es ese ideal se hace claro cuando definimos el feminismo como «la reivindicación de las mujeres de que la estructura entera y el movimiento de la sociedad reflejen en un grado proporcionado sus experiencias, sus necesidades y sus aspiraciones»⁴.

Esto incluía, en la estimación de la escritora, el reconocimiento social de la maternidad como merecedora del mismo derecho de «ser producida económicamente y legalmente protegida».

Encastrado en estas líneas estaba el pensamiento de Eleanor F. Rathbone, miembro del Parlamento, que había sucedido a Millicent Garrett Fawcett como presidenta de la ahora red denominada National Union of Societies for Equal Citizenship (NUSEC, Unión Nacional de las Sociedades por una Ciudadanía Igualitaria; antes NUWSS). Durante cerca de dos décadas, Rathbone había estado insistiendo en que las *necesidades de las mujeres* deberían ser tratadas en *términos de mujeres*. Su importante libro *The Disinherited Family* (*La familia desheredada*, 1924) había expuesto sus ideas sobre la cuestión de la mujer bajo el aspecto de un llamamiento a aquellos que vivían en la Inglaterra de la posguerra y que, como sus colegas franceses, estaban preocupados por la baja tasa de natalidad y el poder venido a menos de la nación. Sylvia Pankhurst, en su pequeño libro *Save the Mothers* (*Salvad a las madres*, 1930), se unió a la campaña apelando al gobierno para que complementase las disposiciones voluntarias de la Ley sobre la Maternidad y el Bienestar Infantil, de 1918, con un sistema de

Press, 1993. Véanse artículos recientes en la *Women's History Review*, y en los artículos de Harold L. Smith, Susan Kingsley Kent, Deborah Gorham, Hilary Land, Pat Thane y Martin Pugh en Harold L. Smith (ed.), *British Feminism in the Twentieth Century*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1990.

⁴ «What Is Feminism», *The Woman's Leader and the Common Cause*, 17 de julio de 1925, p. 195.

cuidados a la maternidad efectivo y dotado con fondos nacionales. Tras las medidas de la Rusia soviética en nombre de la maternidad, no obstante, incluso la propuesta de Rathbone para una ley de dotación familiar, con una prestación a pagar a la mujer/madre más que al marido que gana un salario, encontró serias resistencias, aun cuando —como ha subrayado la historiadora Susan Pedersen— estaba basada en asignaciones establecidas durante la guerra para apoyar a las mujeres de los soldados británicos.⁵

Una importante oposición a la dotación a la familia vino desde dentro del propio movimiento feminista inglés, encabezado inicialmente por Fawcett, que advertía que tales pagos a las mujeres socavarían el sentido de la responsabilidad de los hombres como maridos y padres. Degradando los papeles de los hombres como sostenes económicos, la dotación destruiría de ese modo, más de lo que estabilizaría, la familia, afirmaba Fawcett. Rathbone, en su réplica a Fawcett, «The Old and the New Feminism» («El viejo y el nuevo feminismo»), castigaba el acercamiento estrictamente igualitario que durante tanto tiempo había sido el rasgo más visible del feminismo británico. Más cercano en sus argumentos a las feministas continentales de la Alemania y la Francia de preguerra, insistía en que:

Al final, podemos dejar de mirar a todos nuestros problemas a través de los ojos de los hombres y de discutirlos mediante la fraseología de los hombres. Podemos demandar lo que queremos para las mujeres, no porque sea lo que han conseguido los hombres, sino porque sea lo que necesitan las mujeres para completar las potencialidades de sus naturalezas y para ajustarse a las circunstancias de sus propias vidas. [...] La consecución de la libertad es una cosa mucho más grande que la ruptura de las cadenas.⁶

En 1927, el movimiento feminista inglés se fracturó por estos temas de legislación protectora relacionada con el trabajo y de dotación a la maternidad. Las tensiones que se habían estado forjando durante mucho tiempo se manifestaron como cisma. En un periodo en el que casi la mitad de las mujeres de Inglaterra seguía aún sin una voz política (aunque todas la obtendrán finalmente en 1928), el estilo del «nuevo» feminismo de Eleanor Rathbone y la búsqueda de apoyo estatal para las madres hicieron extremadamente incómodas a las defensoras de la igualdad legal formal para las

⁵ Véase Susan Pedersen, *Family, Dependence, and the Origins of the Welfare State: Britain and France, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

⁶ Eleanor Rathbone, «The Old and the New Feminism», *The Woman's Leader and the Common Cause*, 13 de marzo de 1925, p. 2; repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 91, pp. 326-327. Sobre Rathbone, véase Mary D. Stocks, *Eleanor Rathbone: A Biography*, Londres, Gollancz, 1950; Hilary Land, «Eleanor Rathbone and the Economy of the Family», en Smith (ed.), *British Feminism*, pp. 104-123; y las obras que aparecen en la n. 3 *supra*. Para una condena del enfoque relacional de Rathbone, expresada en términos enérgicos, véase Susan Kingsley Kent, «The Politics of Sexual Difference: World War I and the Demise of British Feminism», *Journal of British Studies* 22, 3 (julio de 1988), pp. 232-253.

mujeres. Lo cierto es que algunos partidarios ingleses de la igualdad individual veían como una trampa toda la «protección» legal o privilegios para las madres o para las mujeres trabajadoras. Esta opinión fue la que caracterizó a las feministas asociadas con el Six Point Group y con la publicación *Time and Tide* y su editora-benefactora, Margaret Haig Thomas Mackworth, vizcondesa de Rhondda. Tras la victoria del sufragio en 1928, lady Rhondda escribió que «la verdadera tarea del feminismo» era «banter el excesivo énfasis en el sexo que es el fruto del sometimiento de la mujer a lo largo de la historia. El individuo ha de sobresalir sin adornos como un ser humano»⁷. Para estas defensoras de la pura igualdad ante la ley y en el puesto de trabajo, parecía censurable que otras feministas jugaran la baza de la maternidad del modo en el que se había jugado y se seguiría jugando, por ejemplo, en Francia y Alemania, y luego en Suecia y otros países escandinavos.

El cisma entre estos dos enfoques del feminismo, uno altamente relacional y centrado en la mujer y el otro altamente individualista, quedó, por tanto, encapsulado en la formulación algo engañosa de «igualdad frente a diferencia». En realidad, ambas facciones deseaban la igualdad, pero entendían el término de forma algo diferente. La ruptura entre ellas se reforzaría y se vería cosificada por los desarrollos subsiguientes, en particular, por la construcción de una condición de madre y de esposa explícitamente dependiente en el Estado del bienestar británico después de la Segunda Guerra Mundial. Este conjunto de desarrollos posterior ha afectado profundamente a las interpretaciones del periodo de entreguerras por parte de las historiadoras de fines del siglo xx, como Jane Lewis, Susan Kingsley Kent y Susan Pedersen. Lo cierto es que, de acuerdo con la historiadora Susan Kingsley Kent, «hacia finales de los años veinte del siglo xx, las nuevas feministas se encontraron en un embrollo conceptual que atrapaba a las mujeres en los papeles domésticos y maternos “tradicionales”, y limitaba su capacidad para defender la igualdad y la justicia para las mujeres»⁸. La experiencia británica no ha sido evaluada a menudo con referencia a los desarrollos en el frente de la maternidad que se extiende más allá de las fronteras de Inglaterra. Si se hubiera hecho esto, podría afirmarse que las «viejas» feministas se encontrarían a sí mismas en un embrollo conceptual que atrapaba a las mujeres en una versión construccionista-estricta de la igualdad como uniformidad, una fórmula legalista que no permitía el reconocimiento o la expresión de las diferencias sexuales creadas y reforzadas por la experiencia de la maternidad de las mujeres, excepto dentro de un modelo de esferas separadas de relaciones sexuales.

⁷ *Time and Tide*, 6 de abril de 1928; citado en Shirley M. Eoff, *Viscountess Rhondda: Equatorial Feminist*, Columbus, Ohio State University Press, 1991, p. 328. Sobre lady Rhondda, véase también Dale Spender (ed.), *Time and Tide Wait for No Man*, Londres, Pandora Press, 1984.

⁸ Susan Kingsley Kent, «Gender Reconstruction After the First World War», en Smith (ed.), *British Feminism*, p. 66.

Lo cierto es que, hacia los años treinta del siglo xx, el término «feminismo», si no el conjunto de cambios que representaba, estaba siendo repudiado por algunas mujeres activistas inglesas, en especial por aquellas de una generación más joven. Ray Strachey se quejaba de esto en el prefacio a su obra de balance de 1936 *Our Freedom and Its Results* (*Nuestra libertad y sus resultados*):

La jóvenes mujeres modernas saben asombrosamente poco de cómo era la vida antes de la guerra, y muestran una fuerte hostilidad hacia la palabra «feminismo» y todo lo que ellas imaginan que quiere decir. Ellas son, sin embargo, el producto del movimiento de las mujeres y las condiciones difíciles y confusas en las que viven se deben, en parte, al hecho de que es en su generación donde se está operando el cambio de la vieja a la nueva concepción del lugar de la mujer en la sociedad⁹.

En *Three Guineas* (1938), Virginia Woolf proponía incluso incinerar la palabra «feminista»... «una palabra vieja, una palabra mezquina y corrupta que ha hecho mucho daño en su día y que ahora está obsoleta»¹⁰. No solo el sufragio, sino el «principal» derecho de las mujeres —a ojos de Woolf, el derecho a ganarse la vida de forma independiente—, se había ganado; así, a su modo de ver, el término no era ya necesario. Aun así, Woolf —a esas alturas, autora de muchas novelas pioneras así como de un estudio sobre los apuros de las mujeres escritoras, *A Room of One's Own* (1929)— había escrito uno de los panfletos «feministas» más inequívocamente radicales y de mayor alcance de todos los tiempos. *Three Guineas* unía de forma elocuente el tema de la discriminación sexual en las profesiones con el del racismo y otras formas de discriminación, que se reforzaban mutuamente como fuentes de la guerra. Ahora bien, la aniquilación llevada a cabo por Woolf de los términos «feminismo» y «feminista» sirvió para desacreditarlos de un modo tan eficaz como si su libro hubiera sido censurado por Clara Zetkin o Aleksandra Kollontai.

EL FASCISMO ITALIANO Y SUS IMITADORES

Después de su unificación en 1861, Italia fue gobernada por una monarquía parlamentaria. El voto, masculino y muy limitado, se había establecido en 1882. Las mujeres no tenían voto y su situación legal en el matrimonio estaba muy restringida. Cambiándose al bando de los aliados

⁹ Ray Strachey (ed.), *Our Freedom and Its Results, by Five Women*, Londres, Hogarth Press, 1936, p. 10.

¹⁰ Virginia Woolf, *Three Guineas*, Londres, Hogarth Press, 1938; reed. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1983, p. 101.

en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, Italia emergió como un poder victorioso. En tan solo unos años, la nación italiana se convirtió en el primer país en Europa en dar poder a un gobierno fascista. La «Marcha sobre Roma» de Mussolini, a finales de octubre de 1922, y su nombramiento como primer ministro fueron generalmente considerados como los medios para acabar con el caos que había marcado la política italiana después de la guerra.

Se hizo claro durante sus primeros años que «el régimen de Mussolini respaldaba el regreso de las mujeres a la casa y el hogar, restaurando la autoridad patriarcal y confinando el destino femenino a dar a luz a niños», aun cuando celebrara a la «nueva mujer italiana»¹¹. Los fascistas italianos, puede que inspirados por al menos un aspecto del experimento comunista ruso, se dispusieron a emplear a las mujeres para los propósitos del nuevo orden fascista. La historiadora Victoria de Grazia apunta a que cada aspecto de la feminidad era [...] llevado a la medida del interés del Estado e interpretado a la luz de las estrategias de construcción estatal de la dictadura¹². O bien, tal como lo expresarían los grupos juveniles femeninos a la hora de hablar de sus objetivos, en 1929, las jóvenes mujeres deberán prepararse «para servir a la patria como a la más grande madre, una madre de todos los italianos de bien»¹³.

Esta deliberada apropiación de la energía femenina por parte del Estado italiano no se hallaba predeterminada de ningún modo desde el principio, pero les creó un gran dilema a las feministas italianas. Antes de la llegada al poder de Mussolini, las sufragistas habían invitado a la Asociación Internacional para el Sufragio Femenino a celebrar su reunión de 1923 en Roma, en un esfuerzo por estimular la ayuda a la promulgación del sufragio femenino, un objetivo que parecía tentadoramente al alcance de la mano. El sufragio italiano era aún restringido hasta para los hom-

¹¹ Victoria de Grazia, *How Fascism Ruled Women: Italy, 1922-1945*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992, p. 1. Además de otras obras citadas en las notas *infra*, véase la indispensable obra de Franca Pieroni Bortolotti, *Femminismo e partiti politici in Italia, 1919-1926*, Roma, Editori Riuniti, 1978; y Fiorenza Taricone, *L'associazionismo femminile in Italia dall'unità al fascismo*, Milán, Edizioni Unicopli, 1996. Sobre las campañas por el sufragio del siglo xx, véase Mariapia Bigaran, «Il voto alle donne in Italia dal 1912 al fascismo», *Rivista di storia contemporanea* 16, 2 (abril de 1987), pp. 240-265. Sobre el periodo fascista, véase Elisabetta Mondello, *La nuova italiana: La donna nella stampa e nella cultura del ventennio*, Roma, Editori Riuniti, 1987; y los artículos en *La corporazione delle donne: ricerche e studi sui modelli femminili nel ventennio fascista*, ed. Marina Addis Saba, Florencia, Vallecchi, 1989.

¹² De Grazia, *How Fascism Ruled Women*, p. 7.

¹³ «Educazione morale, civile e fisica delle piccole e delle giovani italiane», *I fasci femminili*, Milán, Libreria d'Italia, 1929; repr. en Piera Meldini (ed.), *Sposa e madre esemplare: Ideologia e politica della donna e della famiglia durante il fascismo*, Florencia, Guairido, 1975, p. 157; trad. en Robin Pickering-Iazzi, *Mothers of Invention: Women, Italian Fascism, and Culture*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1995, p. xi. Véase también Pickering-Iazzi, *Politics of the Visible: Writing Women, Culture, and Fascism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997.

bres: la ley electoral de 1912 había aumentado el electorado desde los tres a los cinco millones de hombres, pero se ajustaba solo a aquellos que tenían más de treinta años, que sabían leer y escribir y a todos aquellos de más de veintidós años (fueran analfabetos o no) que hubieran hecho el servicio militar. En junio de 1919, el programa electoral del Partido Fascista, al igual que los de otros partidos políticos, incluidos los futuristas, había defendido el sufragio total para las mujeres de más de veintidós años, junto con la elegibilidad para ocupar cargos, anticipando que se esperaba que el Parlamento concedería pronto el voto a las mujeres. El fascismo temprano dio la bienvenida a las mujeres como seguidoras (muchas de las cuales eran antiguas socialistas como el propio Mussolini), aunque cuando el partido hizo poco por reclutarlas de forma activa. A principios de 1922, no obstante, las directrices para los grupos recién emergidos de mujeres insistían en su carácter subordinado. El movimiento continuado hacia la derecha se vio reforzado por lo que De Grazia ha denominado el «exagerado masculinismo» de los grupos de veteranos y de nacionalistas y por las posiciones explícitamente antifeministas de la Iglesia católica.

Entretanto, Mussolini se burlaba de las feministas, poniendo ante ellas diversas formas de sufragio. A mediados de mayo de 1923, intervino en la sesión de apertura de la IWSA, prometiendo a algunas categorías de mujeres (viudas y madres de víctimas masculinas de la guerra, en particular, y mujeres universitarias o con formación) el acceso al sufragio en varios niveles, comenzando por los municipios: «No creo que permitir el sufragio a las mujeres tenga consecuencias catastróficas [...], sino que con toda probabilidad tendrá resultados beneficiosos porque las mujeres aportarán al ejercicio de estos nuevos derechos sus virtudes fundamentales de ponderación, equilibrio y prudencia»¹⁴. No mucho después, no obstante, el gobierno fascista suspendió todas las elecciones municipales y designó *podeste* (prefectos) para gobernar las ciudades. A comienzos de 1925, tras el asesinato en mayo de 1924 del diputado socialista Matteotti y la consiguiente secesión de diputados de la oposición, Mussolini disolvió el Parlamento y dio rienda suelta a los escuadrones de *fascisti* contra la oposición. En 1926, *il Duce* acabaría con las elecciones por completo.

Pero, aun en fecha tan tardía como 1925, continuaron estos juegos en torno al voto para las mujeres. La conocida periodista antifeminista Matilde Serao cuestionaba lo que las sufragistas italianas pensaban que estaban haciendo siguiendo con la defensa del sufragio femenino. Ella avisaba del peligro que se abría ante ellas:

¹⁴ Benito Mussolini, «Al congresso dell'Alleanza internazionale pro suffragio femminile», 14 de mayo de 1923; recogido en *Il Popolo d'Italia* 115 (15 de mayo de 1923); y repr. en Edoardo y Duilio Susmel (eds.), *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 19. Florencia, La Fenice, 1956, p. 215; trad. en De Grazia, *How Fascism Ruled Women*, p. 36. Una traducción ligeramente diferente fue publicada en la época en *Jus Suffragii* 17, 9 (julio de 1923), p. 149.

¿Habéis considerado alguna vez, oh sufragistas, que la mayoría de las mujeres son estúpidamente ignorantes? ¿[...] que no leen un periódico ni abren un libro, y que solo están interesadas en conversaciones que salen del chismorreo? Habéis considerado alguna vez que estas masas femeninas son impermeables a las ideas y al conocimiento, que huyen del pensamiento, de la reflexión, y de todo juicio? Cuidado, sufragistas, si queréis explicarles legislación local y estatal [...] como lo hacen ellas en los jardines de infancia, con los niños, enseñadles una pequeña lección de resumen y luego haced que la repitan. Una especie de catecismo; lo que se merecen»¹⁵.

Seguramente, Serao no contaba entre esas mujeres a sus colegas intelectuales, por ejemplo, a la novelista Grazia Deledda, laureada con el Nobel de Literatura en 1926.

En 1925, por mor de su ley del 8 de junio, Mussolini movilizó a «todos los ciudadanos, hombres y mujeres, y a todas las organizaciones legalmente constituidas» para la «defensa moral y material de la nación [...] sujeta a la disciplina militar»¹⁶. Las mujeres, como otros cuerpos, deberían ser tratadas en último término como un grupo de interés corporativo del Estado fascista italiano. En diciembre de ese año, se fundó L'Opera Nazionale per la Protezione della Maternità e dell'Infanzia (ONMI), una organización para el bienestar de las madres y los niños. La publicación *Maternità ed Infanzia*, distribuida ampliamente por ONMI, celebraba las virtudes de la maternidad en el interés nacional.

Un poco antes, ese mismo año, los editores de un periódico profeminista en Génova, *La Chiosa*, trataron de defender la equidad económica para las mujeres, pero en vano: «Deseamos preguntarles a nuestros buenos *camerati* fascistas, ¿qué es lo que han hecho recientemente por los derechos de las mujeres, por educar y elevar a las mujeres? En el fascismo parece haber un espíritu de antifeminismo inexplicable, además de fe-roz»¹⁷. No mucho después, *La Chiosa* pasó a convertirse súbitamente en una revista de moda. La periodista profascista Ester Lombardo declaró en el *Almanacco della donna italiana* de 1927 que «el movimiento feminista en Italia ya no existe [...] [habiendo sido] engullido por la Revolu-

¹⁵ Matilde Serao, «Ma che fanno le femministe?» *Il Giornale*, 20 de junio de 1925; trad. en Nancy A. Harrowitz, *Antisemitism, Misogyny, and the Logic of Cultural Difference*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994, p. 101; repr. en Wanda de Nunzio Schilardi (ed.), *Matilde Serao giornalista*, Lecce, Millela, 1986, p. 223.

¹⁶ Agata Alma Cappiello et al., *Donne e diritto: Due secoli di legislazione*, vol. 2, Roma, Istituto poligrafico dello Stato, 1988, p. 1496; trad. en Sandi E. Cooper, «Can Pacifism Be Above the Fray? French Feminist Pacifists Confront Fascism», ponencia presentada a la American Historical Association, Atlanta, enero de 1996, p. 25.

¹⁷ «Lisistrata» [seud.], «La donna, il fascismo, e S. E. Turati», *La Chiosa*, 17 de febrero de 1927; trad. en Alexander de Grand, «Women under Italian Fascism», *The Historical Journal* 19, 4 (1976), p. 956.

ción fascista»¹⁸. No precisamente: el régimen tenía aún objetivos mayores; tal como señaló en 1929, «Nos honraría si podemos extender las restricciones que hemos aplicado a las mujeres en política a otros campos, sobre todo al arte y la literatura»¹⁹. Si la existencia de la creatividad de las mujeres ya no podía seguir siendo impugnada de la misma forma que en otros tiempos, ¡sus testimonios tendrían que ser eliminados!

En mayo de 1927, Mussolini había expuesto sus objetivos para un incremento en la población nacional, de 40 millones a 60. La *donna nuova* «nueva mujer» italiana había sido redefinida como la madre prolífica, no como la madre trabajadora del experimento bolchevique ruso. Hacia 1931, las mujeres italianas estaban siendo enroladas en secciones de mujeres, o *fasci femminili*, que se posicionaban como auxiliares bajo el control de grupos de hombres. En esto eran comparables a organizaciones paralelas de mujeres católicas, a las que en virtud del tratado de 1929 con el Vaticano se les permitió una existencia continuada. También en 1931, las leyes contra la circulación de información contraceptiva se incorporaron al nuevo código penal. Los salarios de las mujeres habían sido reducidos a la mitad de los que se ofrecían a los hombres, las mujeres fueron restringidas a los trabajos de nivel bajo, y a las mujeres casadas se les animó a dejar su empleo; se introdujeron los permisos familiares y se hicieron remunerables a los padres. Tal como ha comentado irónicamente la historiadora Bonnie Smith: «El gobierno fascista no se opuso realmente a que las mujeres trabajaran. Tan solo, a que tuvieran buenos trabajos y estuvieran bien pagadas»²⁰.

Hacia 1932, Mussolini estuvo hablando abiertamente sobre sus opiniones antifeministas y antimaltusianas: «Mi idea del papel de la mujer en el Estado se opone abiertamente al feminismo. Desde luego, no quiero que las mujeres sean esclavas, pero si aquí en Italia propusiera darles votos a nuestras mujeres, ellas me escarnecerían. En tanto en cuanto se trate de la vida política, ellas aquí no cuentan». Pero añadió, «por las madres, hacemos tanto como cualquier otro país de Europa»²¹. Esto incluía a las madres solteras. Lo cierto es que entre las medidas puestas en marcha estaban los impuestos sobre la soltería y los beneficios para las mujeres italianas que vivían fuera de Italia si retornasen a casa a tener sus hijos, con la promesa de reembolsarles a ambos su viaje y los costos del parto.

¹⁸ Ester Lombardo, «Rassegna del movimento femminile italiano», *Almanacco della donna italiana*, 1927; trad. en De Grazia, *How Fascism Ruled Women*, p. 38.

¹⁹ «Il doganiere» (identificado como Gherardo Casini), «Donne a casa», *Critica fascista* 19 (1929), p. 378; repr. en Meldini (ed.), *Sposa e madre esemplare*, p. 168; trad. en Robin Pickering-Iazzi, «Introduction» a *Unspeakable Women: Selected Short Stories Written by Italian Women during Fascism*, Nueva York, Feminist Press, 1993, p. 7.

²⁰ Bonnie G. Smith, *Changing Lives: Women in European History Since 1700*, Lexington, D. C. Heath, 1989, p. 461.

²¹ En Emil Ludwig, *Talks with Mussolini*, trad. del alemán de Eden Paul y Cedar Paul, Boston, Little, Brown, 1933, p. 170.

se incluían muchos beneficios para las familias numerosas; ¡las madres secundas de un sexto niño recibirían un retrato del propio Mussolini! Ahora bien, el trabajo fuera de la casa para las mujeres casadas fue considerado inaceptable. (Esto, en un Estado en el que cerca del 50 por 100 de la mano de obra había sido femenina en el periodo de posguerra inmediatamente anterior.) «El trabajo», anunció Mussolini en agosto de 1934, «donde no es un impedimento directo, distrae de la reproducción. Forma una independencia y los consiguientes hábitos físicos y morales que son incompatibles con tener hijos»²².

Italia bajo el fascismo no era una nación deseosa de promover la emancipación de las mujeres; lo cierto es que las prioridades fascistas descartaron la emancipación para ambos sexos. Si, tal como proclamaban la mayoría de los especialistas, no hubo una política sexual coherente en el comienzo del movimiento fascista, hay pocas dudas de que lo que se desarrolló en el curso de sus primeros 10 años en el poder equivalió a un programa antifeminista coherente y global, si no asombrosamente innovador. Las feministas italianas se adaptaron a él, sacrificando sus convicciones más tempranas al régimen patriarcal autoritario que prometía traer la gloria a su país y a su gente, pero que también las separaba del movimiento feminista internacional. Después de 1936, como explica De Grazia, «con la militarización del régimen, con la formación de una nueva generación de cuadros y partidarios sin ninguna memoria del feminismo histórico, y finalmente, con la proscripción de los grupos feministas burgueses en 1938, [...] la tradición emancipatoria [fue] finalmente destruida»²³. Aun cuando el régimen fascista nunca tuvo éxito a la hora de eliminar a las mujeres por completo de la mano de obra y aunque la tasa de natalidad no aumentó de forma importante, las intenciones del Estado y de sus partidarios con respecto al lugar de la mujer en el nuevo orden fueron demarcadas con claridad. Estas intenciones sustentaron una atmósfera amenazante, sopesando mucho las opciones de las mujeres en Italia e influenciando los desarrollos más allá de las fronteras de Italia.

En otras partes de Europa, los admiradores del nuevo régimen de Mussolini, y —cómo no— de su oposición sincera a la emancipación de la mujer, empezaron pronto a secundar públicamente sus puntos de vista. Uno de esos admiradores fue el nacionalista francés Pierre Taittinger, fundador de las Jeunesses Patriotes (Juventudes Patrióticas) en Francia, una de las muchas ligas fascistas que habían comenzado a surgir fuera de Italia. Taittinger, sin embargo, llegó a apelar a las mujeres francesas —en una parodia falaz de la retórica de los derechos de las mujeres— para que

²² Benito Mussolini, «Macchina e donna», en *Il Popolo d'Italia* 206 (31 de agosto de 1934); repr. en *Opera omnia di Benito Mussolini*, vol. 26 (1958); trad. Jane Vaden en WFF, vol. 2, doc. p. 103.

²³ De Grazia, *How Fascism Ruled Women*, pp. 237-238.

ayudaran en el trabajo del movimiento a través de sus secciones femeninas: «Nuestros grandes ancestros tomaron la Bastilla. Ahora bien, no tomaron todas las Bastillas. Hay una que dejaron en pie: la de la supremacía masculina. [...] Ellos se otorgaron los Derechos del Hombre. Se olvidaron de los Derechos de la Mujer».

Para que este comentario no sea malinterpretado como una llamada a la participación activa de las mujeres en la vida política, no obstante, Taittinger (que apoyaba el sufragio femenino) clarificó sus intenciones con rapidez, diciendo algo que recordaba asombrosamente a las palabras del periodista Prudhomme, revolucionario antifeminista y defensor de las esferas separadas, en 1793: las mujeres no deberían comprometerse en «las batallas del foro». La suya era una esfera separada: «Llamamos a nuestro lado a todas aquellas mujeres que tienen una vida feliz que defender. [...] Ellas no tienen por qué manifestar opiniones inflamadas. Ellas viven de forma bastante sencilla su pequeña *chez soi* que es Francia. No tenemos necesidad de Amazonas ni de [...] muchachas que arrojen bombas»²⁴.

Estos llamamientos se convertirían en un elemento básico de los imitadores de Mussolini. En Inglaterra, sir Oswald Mosley, el líder de la British Union of Fascists (BUF, Unión Británica de Fascistas) y defensor de la agitación anticomunista procorporativista, insistía en 1932 en lo siguiente:

La parte de las mujeres en nuestra organización futura será importante, pero diferente de la de los hombres; *queremos hombres que sean hombres y mujeres que sean mujeres*. [...] La lógica de esta situación parece demandar alguna organización corporativa y representación de la maternidad. [...] El fascismo, de hecho, trataría a la mujer y a la madre normales como uno de los pilares fundamentales del Estado, y contaría con ella para la organización y desarrollo de los aspectos más importantes de la vida nacional²⁵.

En las publicaciones de la BUF, tales como *Blackshirt* y *Fascist Quarterly*, el debate giró durante varios años alrededor de los temas de si un fascismo británico planteaba hacer que las mujeres volvieran al hogar²⁶.

A Mosley y a otros como él que parecían circunscribir el «lugar» de las mujeres, Virginia Woolf les devolvería una elocuente respuesta:

²⁴ Pierre Taittinger, «Les Féministes et la patrie», en *Les Cahiers de la jeune France*, París, Éditions du «National», 1926; citas, pp. 29-30, 31; trad. en Robert Soucy, *French Fascism: The First Wave, 1924-1933*, New Haven, Yale University Press, 1986, pp. 80-81.

²⁵ Oswald Mosley, *The Greater Britain*, Londres, Greater Britain Publications, 1932, pp. 41-42.

²⁶ Sobre el movimiento de Mosley y sus publicaciones, véase Martin Durham, «Gender and the British Union of Fascists», *Journal of Contemporary History* 27, 3 (julio de 1992), pp. 513-519.

Abí [...] está el huevo del mismo gusano que conocemos bajo otros nombres en otros países. Abí tenemos a la criatura en embrión, al dictador tal como lo denominamos cuando es italiano o alemán, que cree que tiene razón, poco importa si dada por Dios, por la naturaleza, por el sexo o la raza, para dictarles a otros seres humanos cómo deberán vivir, qué deberán hacer [...] ¿No deberíamos ayudarle [a la mujer] a machacarlo en nuestro propio país antes de que le pidamos a la mujer que nos ayude a machacarlo fuera? Y ¿qué derecho tenemos [...] a proclamar nuestros ideales de libertad y justicia a otros países cuando podemos encontrar huevos como estos en nuestros periódicos más respetables todos los días de la semana?²⁷.

Desde luego, ¡una excelente pregunta!

AUSTRIA Y HUNGRÍA

«Huevos como estos» estaban rompiendo el cascarón todos los días en los Estados que sucedieron al venerable y derrotado Imperio austrohúngaro. Lo cierto es que, en los nuevos Estados, las dificultades creadas a las aspiraciones feministas por las condiciones de posguerra y los tratados de paz fueron mucho menos manejables que en la Europa occidental. Mientras que la guerra estaba aún en marcha, en 1916, la socialdemócrata austriaca Klara Mautner había proclamado la importancia del trabajo de guerra de las mujeres para abrir una nueva etapa en las posibilidades de aquellas: «La guerra significa un punto de inflexión en la historia de las mujeres. Ella ha dado conclusión al debate sobre la “profesión natural” de las mujeres. [...] La época de la mujer como ama de casa, esposa y madre está definitivamente superada»²⁸.

Mautner era exageradamente optimista. Cuando la guerra acabó, las mujeres con empleo fueron obligadas a salir del mercado de trabajo en Austria de manera tan categórica como en las naciones victoriosas, y la necesidad de su presencia en el hogar se reafirmó con la misma rotundidad. Tales medidas tuvieron la aprobación de la líder sindicalista Anna Boschek, que había estado activa en el movimiento de las mujeres socialdemócratas desde 1890. A pesar de este revés, a continuación de la desaparición de la Monarquía Dual, las feministas de todas las creencias polí-

²⁷ Woolf, *Three Guineas*, p. 53; repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 109 (cita, p. 388). Para las respuestas de Woolf y otras feministas, véase Johanna Alberti, «British Feminists and Anti-Fascism in the 1930s», en Sybil Oldfield (ed.), *This Working-Day World: Women's Lives and Culture(s) in Britain, 1914-1945*, Londres, Taylor & Francis, 1994, pp. 111-122.

²⁸ Klara Mautner, «Die Frau von Morgen», *Arbeiterinnen-Zeitung*, 25 de marzo de 1916, p. 8; trad. en Thomas Lewis Hamer, «Beyond Feminism: The Women's Movement in Austrian Social Democracy, 1890-1920», tesis doctoral, Ohio State University, 1973, pp. 156-157.

ticas podían estar satisfechas con el hecho de que la Constitución de la nueva República de Austria, de diciembre de 1918, permitía el voto a todas las mujeres. (El sufragio universal de los hombres se había dado en 1907, bajo la monarquía; un acontecimiento que había estimulado la campaña austriaca por el sufragio femenino.) La socialdemócrata prosufragio Adelheid Popp estaba exultante:

Ha llegado la hora. [...] Podemos abrigar la esperanza de que, mediante la entrada de la mujer en la vida política y mediante su cooperación en la legislación, serán eliminadas necesidades que ahora existen y que presionarán especialmente fuerte sobre las mujeres. [...] La máquina ha destruido la anterior idea de feminidad [*sic*]. Ha creado la mujer económicamente productiva. [...] Los sufrimientos de la guerra han aguzado la capacidad mental de las mujeres y han despertado y fortalecido sus propios intereses políticos. [...] Ha empezado ahora la gran época en que se oirá la palabra de las mujeres²⁹.

Las mujeres activistas en la nueva Austria pudieron también congratularse cuando fueron elegidas ocho diputadas (de 170) para la Asamblea Constituyente, en 1919, y diez para la Asamblea Nacional, en 1920. El primer presidente electo de la República de Austria fue Michael Hainisch, hijo de la «primera» feminista de Austria, Marianne Hainisch, fundadora y presidenta del Bund Österreichischer Frauenvereine (Federación de Sociedades de Mujeres Austriacas, o BÖFV). Además, el Partido Socialdemócrata gobernaba en Viena, donde llevarían a cabo un programa entusiasta de reformas municipales, incluida la construcción de vastos bloques de modernas viviendas para trabajadores. De nuevo, Adelheid Popp tenía grandes esperanzas puestas en el poder de la votación en manos de las mujeres: «El voto es la única arma de la que puede servirse la lucha por la completa transformación de la sociedad. La hegemonía del sexo masculino [...] será eliminada»³⁰.

Ninguno de estos desarrollos significó que pudiera promulgarse o que se promulgara un programa feminista. Los dos mayores partidos, los socialdemócratas y el Partido Socialcristiano, adoptaron visiones significativamente diferentes sobre la cuestión femenina. Así, las mujeres diputadas de convicciones políticas enfrentadas se encontraron bastante incapaces de realizar un programa común. Los compromisos feministas, cuando existieron, dieron paso antes a las prioridades contradictorias planteadas por los partidos políticos e impuestas sobre los diputados individuales mediante la

²⁹ Adelheid Popp, «Die Frau in neuen Staat», *Der Kampf* 11 (noviembre de 1918), pp. 731-732; trad. en Hamer, «Beyond Feminism», pp. 168-169.

³⁰ Adelheid Popp, *Frauen der Arbeit, schliesst euch an!*, Viena, Verlag der Wiener Volksbuchhandlung, 1919, p. 2; trad. en Hamer, «Beyond Feminism», p. 177.

disciplina de partido. Las prioridades de las mujeres socialdemócratas, que además de la paga igualitaria y otros temas de empleo incluían el aborto legal y el acceso a la información contraceptiva, eran anatema para las mujeres afiliadas al Partido Socialcristiano dominante, que respaldaba la línea católica en la división sexual del trabajo en el matrimonio (hombres que hacen de sostén de la familia, mujeres que hacen de amas de casa/madres) y repudiaba toda sugerencia de interferencia con la voluntad de Dios en la reproducción. En Viena, no obstante, un grupo de maestras, periodistas y académicas fundaron la Organización de Mujeres Católicas de la Archidiócesis de Viena para defender el derecho al trabajo de las mujeres. Tales divisiones aseguraban que cualquier esperanza de conseguir la solidaridad de intereses de las mujeres sería ilusoria.

La nueva república parlamentaria de Austria se encontraba por debajo de los siete millones de habitantes, cerca de un cuarto de los cuales vivía en Viena; la mayoría de los austriacos eran nominalmente católicos y muchos eran creyentes practicantes y socialconservadores. El nuevo territorio nacional había sido creado por los aliados victoriosos a partir de los «restos» germanohablantes del antiguo Imperio austrohúngaro, cercenados de Tirol del Sur y de su acceso al mar Adriático. Como contraste, su vecino del norte, la también nueva República de Checoslovaquia, había adquirido una población de unos 15 millones, incluida Bohemia, que comprendía la mayoría de la base industrial y los recursos del antiguo imperio, junto con una población mixta de habitantes germano y checohablantes; y, hacia el este, las regiones agrícolas de Moravia y Eslovaquia, ricas asimismo en minerales. El vecino de Austria en el este, la nueva República de Hungría, cuyos antiguos territorios habían sido también seriamente truncados para el beneficio de Checoslovaquia, Polonia, Rumanía y Yugoslavia, comprendía una población mayoritariamente rural de unos ocho millones de habitantes.

La intensa identificación étnica y lingüística de los austriacos germanohablantes con la nueva República alemana se vio frustrada por los tratados de paz, que prohibían de forma específica una incorporación que, en otras circunstancias, podría haber ofrecido la solución más sensible a su dilema. De este modo, la principal cuestión política para los líderes de la República de Austria en el periodo de posguerra era la de asegurar su viabilidad económica y política como Estado independiente: tanto si debiera o pudiera tratar de seguir siendo independiente (como afirmaba la facción «patriótica») como si simplemente debiera aspirar, contra los términos de los tratados de paz, a la incorporación en una Alemania expandida (como defendía la facción «nacionalista», ruidosa en exceso). Los socialdemócratas se repositionaron como Sozialdemokratische Arbeiterpartei Deutschösterreichs (Partido Obrero Socialdemócrata de la Austria Alemana), tal como hizo una nueva organización de mujeres judías, el Jüdischer Frauenbund für Deutsch-Österreich, fundado en 1922. Tales de-

signaciones se mostraron altamente problemáticas respecto a qué o quién en Austria era verdaderamente «alemán»: ¿era cultura y lenguaje, o etnicidad y raza? La historiadora Johanna Gehmacher ha apuntado en su estudio del nacionalismo alemán entre las mujeres austriacas que «el nacionalismo austriaco y germano no puede entenderse a menos que se analice su vínculo indestructible con el antisemitismo racial que subyace en el centro del concepto de “comunidad étnica”»³¹. Lo que una vez había sido el centro de un imperio cosmopolita, multiétnico, multicultural, que englobaba a muchos pueblos eslavos, judíos, húngaros y alemanes, se convirtió en una sociedad mucho más excluyente y frustrada centrada en Alemania; tras la derrota.

Desde las elecciones iniciales de 1919, hasta la suspensión del gobierno parlamentario de Austria en 1934, ningún partido político logró alcanzar la mayoría. A lo largo de los años veinte del siglo xx, el *Christliche Sozialpartei* (Partido Socialcristiano), aliado con los nacionalistas alemanes del *Großdeutsche Volkspartei* (Partido del Pueblo de la Gran Alemania GDVP), controlaron el Parlamento y los ministerios nacionales. Todos los partidos eran conscientes y se mostraban cautelosos respecto de un hecho destacado: en la nueva Austria, las mujeres votantes superaban en número a los hombres votantes. El Partido Socialcristiano ejerció presión en pro de un voto nacional obligatorio, con el fin de que los intereses políticos católicos pudieran beneficiarse del ostensible conservadurismo de las mujeres. Aunque esta decisión se dejó, en último término, al control local, los diferentes patrones de voto para los sexos fueron vigilados mediante el uso de sobres de diferente color para los votos de las mujeres y los hombres; en 1923, se formalizó el recuento separado. Con las mujeres arrojando un 60 por 100 de votos socialcristianos, era comprensible que se proclamara que aquel *era* de hecho un «partido de mujeres», aun cuando siguió perdiendo votos femeninos hasta 1930, en cuyo punto los socialdemócratas atrajeron a más mujeres votantes que ningún otro partido. Los votos de las mujeres se volvieron cada vez más importantes para los partidos políticos dominados por los hombres, aunque no hubiera representación de mujeres o acción convincente sobre «temas de mujeres». Se mostraba excesivamente difícil, por ejemplo, situar a las mujeres encabezando las listas electorales de los partidos, en especial, fuera de Viena. Hacia 1930, hasta las mujeres activistas dentro del Partido Socialcristiano habían comenzado a quejarse de esta omisión y a demandar representación para las mujeres diputadas.

³¹ Johanna Gehmacher, «Le Nationalisme allemand des femmes autrichiennes et l'idéologie de “communauté ethnique”», en Marie-Claire Hoock-Demarle (ed.), *Femmes-Nations-Europe*, París, 1995; cita, p. 102; trad. KO. Véase también Johanna Gehmacher, «Völkische Frauenbewegung», *Deutschnationale und national-sozialistische Geschlechterpolitik in Österreich*, Viena, Böcker Verlag, 1998. En Austria, el partido socialdemócrata renunció a lo «Deutsch» después de 1921, según Birgitta Bader-Zaar, Viena, comunicación personal, 1999.

La mayoría de las mujeres que fueron elegidas diputadas en los años veinte del siglo xx eran socialdemócratas, entre ellas Gabriele Proft, Theresia Schlesinger y Adelheid Popp. Popp, durante mucho tiempo activista socialdemócrata, fue, junto con Proft y Schlesinger, una ardiente defensora del avance de las mujeres... y de sus valores: las mujeres deberían votar y tomar parte en política, había proclamado en 1911, «exactamente porque somos femeninas y maternales»³². Popp había asumido el antiguo papel de Clara Zetkin como defensora de las mujeres en la ahora reformista Internacional Socialista, después de la adhesión de Zetkin al Partido Comunista tras la Revolución rusa. Para Popp, los temas de mujeres eran importantes como tales y, gracias a Popp y a Schlesinger, las mujeres socialdemócratas fueron extremadamente activas en nombre de las mujeres. Después de alguna controversia, su *Arbeiterinnen Zeitung* (*Periódico de la Mujeres Trabajadoras*) se convirtió en *Die Frau* (La Mujer) en 1924, atendiendo más ampliamente todos los «intereses de las mujeres», no solo los de las mujeres trabajadoras. En 1926, las socialdemócratas austriacas tuvieron éxito a la hora de granjearse la ratificación de un programa de alcance de cambio en el estatus de las mujeres de Austria. Entre sus demandas estaban «para las mujeres, la oportunidad completa de desarrollo de su personalidad», y un «mayor respeto por la función social de la mujer como madre y ama de casa y protección contra la doble carga de trabajo en empleo y tareas domésticas»³³. Las mujeres socialdemócratas exigían también la derogación del artículo 144 del Código Penal austriaco, que proscribía el aborto, y defendían la libre circulación de información contraceptiva. Estas reivindicaciones quedaron marcadas por un sesgo desafiante anticlerical e incluso anticatólico. Otra activista socialdemócrata prominente, Käthe Leichter, produjo una serie importante de investigaciones de vidas de las mujeres trabajadoras, *Der Weg zur Höhe: Die sozialdemokratische Frauenbewegung Österreichs* (*El camino hacia las alturas: el movimiento socialdemócrata de las mujeres de Austria*, 1930), que fue publicado junto con el resumen del progreso de las mujeres, de Adelheid Popp.

A pesar de su relativo éxito, estas mujeres del Partido Socialdemócrata—como sus homólogas del Partido Socialcristiano—continuaron planteando una oposición importante dentro de su propio partido. Tal como lo

³² Adelheid Popp, en *Arbeiter-Zeitung*, 20 de marzo de 1911; trad. en Birgitta Bader-Zaar, «Women in Austrian Politics, 1890-1934: Goals and Visions», en David F. Good, Margaret Grandner y Mary Jo Maynes (eds.), *Austrian Women in the Nineteenth and Twentieth Centuries: Cross-Disciplinary Perspectives*, Providence, Berghahn Books, 1996, p. 65. Sobre las mujeres en el Parlamento, véase también Gabriella Hauch, *Vom Frauenstandpunkt aus: Frauen im Parlament 1919-1933*, Viena, Verlag für Gesellschaftskritik, 1995.

³³ *Frauenarbeit und Bevölkerungspolitik: Verhandlung der sozialdemokratischen Frauenkonferenz, 29. und 30. Oktober 1926 in Linz*, Viena, 1926; trad. Ingrid Lafleur, «Five Socialist Women: Traditionalist Conflicts and Socialist Visions in Austria, 1893-1934», en Marilyn J. Boxer y Jean H. Quataert (eds.), *Socialist Women: European Socialist Feminism in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, Nueva York, Elsevier, 1978; citas, pp. 238-239.

describió el historiador Thomas Hamer, «la oposición de base [...] fue tan fuerte como siempre en el periodo de posguerra. [...] La fuerza de la tradición se combinó con el miedo a la competencia salarial para superar los esfuerzos de las mujeres y de sus defensores»³⁴. Durante décadas, el antifeminismo de los trabajadores socialistas excluía una acción efectiva en nombre de la emancipación de las mujeres.

Si las mujeres activistas socialdemócratas se habían apropiado de la retórica de la lucha, la retórica de la paz y la armonía se encontraba en las feministas de clase media de la BÖFV. Sus líderes, que incluían a muchas judías liberales y mujeres cristianas, siguieron presionando para reivindicar una educación mejor y más oportunidades para las muchachas —incluida la formación profesional y el acceso a las profesiones— y un final para el conflicto armado. Lo que compartían con sus homólogas socialdemócratas así como con sus homólogas católicas era el lenguaje relacional del maternalismo: Gisela Urban había subrayado ya esto de forma contundente en 1913, cuando insistía en que las mujeres querían «complementar el trabajo del hombre y hacerlo más fructífero para ambos sexos, en especial a través de la victoria de la idea de maternidad en todos los caminos de la vida para las generaciones futuras»³⁵.

En 1930, la BÖFV publicó un informe propio sobre su historia retrospectiva colectiva y sobre su progreso, *Frauenbewegung, Frauenbildung und Frauenarbeit in Österreich* (Movimiento de las mujeres, formación de las mujeres y trabajo de las mujeres en Austria), con prefacio de Marianne Hainisch e incluyendo un buen número de colaboradoras más jóvenes, como Stephanie Braun e Ilse Schuller, que habían conseguido doctorados universitarios desde que las universidades austriacas habían comenzado a inscribir a mujeres estudiantes desde 1897. Estas feministas, que iban desde lo moderado a lo radical, no estaban alineadas con ningún partido político existente que pudiera haberlas librado de algunas de las dificultades internas afrontadas por las mujeres del Partido Socialdemócrata, pero esto también hizo más difícil la promulgación gubernamental de sus propuestas. No tuvieron ningún éxito, por ejemplo, a la hora de conseguir la reforma de las leyes que regulaban el estatus de las mujeres casadas, establecidas por el Código Civil de 1811.

En diciembre de 1929, la BÖFV organizó el Österreichische Frauenpartei (Partido de las Mujeres de Austria), junto con una publicación, *Das Wort der Frau* (La Voz de las Mujeres), en un esfuerzo por cubrir el vacío entre los dos mayores partidos políticos y promover la paz y el desarme internacional, así como una amplia gama de cambios en la situación legal y económica de las mujeres de Austria. La pequeña coalición de partido a

la que apoyaban sí que promovió a mujeres candidatas en 1930, pero la elección resultante de la doctora en filosofía Maria Schneider, una ferviente nacionalista y defensora de un Estado corporativista (en 1934, se unió al Partido Nacionalsocialista), que se posicionó como la defensora de los intereses de las mujeres, puede que haya sido una victoria agridulce³⁶. En el clima de deterioro político y económico que se desarrolló desde 1930 en adelante, el fracaso del Credit Anstalt, el mayor banco austriaco, multiplicó los efectos de una depresión económica mundial, y los grupos paramilitares comenzaron a organizar a los hombres descontentos a lo largo y ancho del país. El gobierno parlamentario austriaco, cuyos líderes masculinos habían flirteado cada vez más con el fascismo y las soluciones corporativistas a su *impasse*, se volcaron hacia la dictadura en 1934. En estas circunstancias, incluso un programa feminista moderado habría de enfrentarse a serios obstáculos y las organizaciones feministas tuvieron que andar con pies de plomo. Ni siquiera tuvo éxito a la hora de ganarse la aprobación parlamentaria el proyecto de ley de 1931, de Maria Schneider, para establecer Cámaras de Economía Doméstica, respaldado por la BÖFV.

Todavía en 1932, la vicepresidenta del Partido de las Mujeres, Helene Granitsch, creía —desde luego, de forma idealista— que la política femenina podía «salvar al mundo del odio... para poner en el lugar del *político-negociante* los argumentos de *humanidad*, y para dejar que la gestión del *idealismo* tomara el lugar de la regencia del *materialismo*, puesto que cumple con el principio de *amor maternal* y *justicia*»³⁷. Pero esto no iba a ocurrir. Hacia 1933, las portavoces del Partido de las Mujeres estaban pensando cada vez más en términos de representación de las mujeres como un grupo de interés en un renovado Estado austriaco corporativista. Tras la disolución del Parlamento austriaco a comienzos de 1934 y el aplastamiento de los levantamientos socialdemócratas, el nuevo gobierno autoritario disolvió todas las organizaciones democráticas, incluidas la organización de las mujeres católicas y la BÖFV. El éxito subsiguiente del nacionalsocialismo en Austria y el *Anschluss* con la Alemania nazi en 1938, tan solo sellaron el destino del activismo feminista en Austria. Las mujeres nazis austriacas se habían opuesto abiertamente a la emancipación, y sus líderes se movieron rápidamente para absorber a todo el resto de organizaciones de mujeres dentro de sí mismas.

El Estado húngaro había tenido también unos comienzos precarios. La derrota había llevado al desmembramiento por el Tratado de Trianon que le impusieron. El derecho al voto de las mujeres se vio acompañado por

³⁴ Hamer, «Beyond Feminism», pp. 232-233.

³⁵ Gisela Urban, en *Das Frauenstimmrecht: Festschrift*, Viena, 1913; trad. en Bader-Zaar, «Women in Austrian Politics», p. 64.

³⁶ Sobre Maria Schneider, véase Gehmacher, *Völkische Frauenbewegung*, pp. 213-221. Doy las gracias a Johanna Gehmacher por adelantarme una copia del discurso de Schneider de 1931 a la BÖF.

³⁷ Helene Granitsch, «Politische Übersicht», *Das Wort der Frau* 2, 9 (1932), pp. 1-2; trad. en Bader-Zaar, «Women in Austrian Politics», p. 83.

dos intentos fallidos de gobiernos revolucionarios entre finales de 1918 y finales de 1919. El primero, un régimen republicano liberal encabezado por el conde Mihály Károlyi, había enviado la primera mujer embajadora —la feminista Rozsika Schwimmer— a Suiza. El segundo fue el régimen bolchevique de Béla Kun. El fracaso de ambos contribuyó a asegurar la hegemonía en los años veinte del siglo XX de las viejas elites dominantes. El nuevo régimen, finalmente constituido como un reino parlamentario sin rey, encabezado por el distinguido almirante Horthy (el antiguo comandante en jefe de la marina de la monarquía austrohúngara) como regente, había establecido iguales derechos constitucionales y un sufragio restringido que incluía a algunas mujeres cualificadas de treinta años de edad o más. Ahora bien, el nuevo gobierno nacionalista, respaldado por el Partido Nacionalista Cristiano emergente, comenzó de inmediato a restringir el acceso a la educación universitaria, imponiendo un sistema de cuotas designado para excluir a los judíos y a las mujeres (y, en especial, a las mujeres judías) de las profesiones liberales en favor de los hombres húngaros.

La nueva coalición de mujeres que se alzó para protestar por esta prohibición se llamó a sí misma la Asociación Nacional de Mujeres Húngaras. Era fuertemente nacionalista, cristiana y de derechas; sus líderes consiguieron la readmisión de las mujeres húngaras en las universidades, pero a expensas de los judíos de ambos sexos. De acuerdo con su líder, la escritora Cecile Tormay no tenía «nada en común con el feminismo internacional»: «No se trata de una consecuencia de un movimiento extranjero. [...] Este surgía de la tierra húngara, es tan nativo como el trigo húngaro»³⁸. En los estatutos de la Asociación, de 1930, se leía:

La Asociación incorpora a todas las mujeres húngaras, católicas o protestantes, que insisten en la creencia cristiana y en el amor a la nación húngara. Nada más se requería de los miembros, a no ser que no deberían verse influenciados por agitadores demagógicos o que deberían exigir con valentía y de continuo que su representante fuera una buena persona cristiana húngara y miembro de ese partido que está luchando por las ideas cristianas³⁹.

En el clima decididamente antibolchevique de la época, los nacionalistas húngaros apostaron por una identificación fuertemente antisemita

³⁸ Tormay cita trad. en Mária M. Kovács, «The Politics of Emancipation in Hungary», *Central European University History Department Working Paper Series 1* (1994), p. 84. No se da fecha.

³⁹ Cita de los estatutos de 1930 de la Asociación Nacional de Mujeres Húngaras, trad. en Andrea Pető, «Hungarian Women in Politics», en Joan W. Scott, Cara Kaplan y Debra Keates, *Transitions, Environments, Translations: Feminism in International Politics*, Nueva York, Routledge, 1997, p. 160, n. 4. Mi agradecimiento a Andrea Pető por compartir su artículo antes de ser publicado y por su ayuda con los materiales húngaros.

y cada vez más antialemana— para defender a las mujeres húngaras. Estas mujeres ultranacionalistas se preocuparon por distinguirse del segmento más internacionalmente visible del movimiento feminista húngaro de preguerra, el Feministák Egyesülete (Asociación de Feministas), cuyas líderes, Rozsika Schwimmer y Vilma Glücklich, habían introducido los votos de las mujeres en la agenda política húngara en 1913, cuando hicieron de anfitrionas de la conferencia de la Alianza Internacional por el Sufragio de las Mujeres en Budapest. Los judíos y alemanes asimilados habían sido la columna vertebral de la clase media comercial e industrial húngara —y del movimiento de las mujeres de preguerra—, pero ambos fueron demonizados cada vez más en el ambiente altamente nacionalista del Estado húngaro ahora truncado, amargo, resentido y poco grato de la posguerra. Las feministas de la preguerra, que procedían fundamentalmente de mujeres con formación de estos grupos puestos ahora en entredicho, nunca recuperaron su ímpetu anterior; sus líderes, o bien se marcharon al exilio, o se quedaron trabajando fuera de Hungría en el nivel internacional, en particular en el movimiento pacifista. Vilma Glücklich volvió a Hungría en 1926 y ella y sus colegas, incluida Eugenie Miskolczy Meller, organizaron congresos y jornadas, mantuvieron sus contactos internacionales y organizaron el vigésimo quinto aniversario de su asociación en 1929. Pero fueron incapaces de recabar apoyo para disputar la ley electoral parlamentaria de 1925, que impuso un requerimiento adicional educativo a las mujeres votantes. Tampoco fueron capaces de hacer progreso alguno en los esfuerzos por reformar las leyes del matrimonio.

Bajo la regencia de Horthy, se celebraron algunas elecciones para el Parlamento unicameral y, de hecho, se eligió a dos mujeres para prestar sus servicios en él, incluida la socialdemócrata Anna Kéthly. Las mujeres votantes les eran de gran interés a los partidos, pero estrictamente como simpatizantes. Cuando se movilizó el autoritario Partido de Unidad Nacional, a la derecha incluso del movimiento nacional cristiano, trató de organizar a las mujeres corporativamente en una sección femenina. Claramente, en el caso húngaro, estos movimientos de mujeres de entreguerras, de base partidaria, se apoyaron solo selectivamente en lo que podían considerarse objetivos feministas y, de forma demasiado frecuente, pareció que en detrimento de otras categorías de ciudadanos.

En Austria, en Hungría y, en especial, en Alemania, las aspiraciones feministas habrían de enfrentarse a una oposición cada vez mayor. No obstante, habría algunas sorpresas, como se verá en el caso de Alemania. En general, puede decirse que, a través de los Estados sucesores de la posguerra, las fisuras que habían permitido que el flujo de magma feminista saliese a la superficie se hicieran más pequeñas, incluso se cerrarían, cuando las excavadoras manejadas por conductores patriarcales, autoritarios y nacionalistas pasaron por encima de ellas y las llenaron en nombre de la «protección nacional».

En la nueva República alemana, la controversia alrededor de los objetivos feministas se manifestaría de un modo particularmente agudo. A comienzos del siglo xx, el *Frauenbewegung* alemán había desarrollado un sesgo feminista radical, centrándose en temas de emancipación sexual y defendiendo el apoyo estatal a las madres solteras. Su rival, el grupo de mujeres del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), se había posicionado contra el *Frauenbewegung* como el «verdadero» defensor de los intereses de las mujeres, insistiendo en la independencia económica de estas mediante el trabajo remunerado como la clave para la igualdad y la emancipación. En la sociedad, en un sentido más amplio, los nacionalistas neoradicalistas alemanes promulgaron con toda energía un modelo de familia de esferas separadas con un sostén masculino del hogar y una mujer exclusivamente en casa. La experiencia de la guerra había generado una considerable nostalgia por esta visión tardía de la vida familiar⁴⁰.

Las feministas alemanas de preguerra (como sus homólogas de otros países europeos) habían elaborado un concepto de maternidad «espiritual» o «extendida» que empoderaba a las mujeres como madres y como criadoras (aplicable a las mujeres que estaban solteras y sin hijos así como a

⁴⁰ La bibliografía sobre la historia de las mujeres alemanas en los periodos de Weimar y nazi se ha incrementado enormemente desde los años setenta del siglo xx y la historia del feminismo en Alemania se ha desarrollado con gran rapidez. Para la historia del feminismo alemán en la época de la guerra y bajo la República de Weimar, me he basado en el trabajo de Hugh Wiley Puckett, *Germany's Women Go Forward*, Nueva York, Columbia University Press, 1930; Amy Hackett, «The Politics of Feminism in Wilhelmine Germany, 1890-1918», 2 vols., tesis doctoral, Columbia University, 1976; Richard J. Evans, *The Feminist Movement in Germany, 1894-1933*, Londres y Beverly Hills, Sage, 1976; Barbara Greven-Aschoff, *Die bürgerliche Frauenbewegung in Deutschland, 1894-1933*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1981; Ute Gerhard, *Ungehört: Die Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, Reinbeck-bei-Hamburg, Rowohlt, 1990, cap. 9; los ensayos sobre la prensa de mujeres, de Marianne Walle y Nicole Gabriel, en Rita Thalmann (ed.), *La Tentation nationaliste, 1914-1945*, París, Deuxtempes Tierce, 1990; y los ensayos de Florence Hervé en Florence Hervé (ed.), *Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, nueva ed., Colonia, PapyRossa Verlag, 1995. Me he apoyado enormemente en la gran cantidad de publicaciones en inglés de Renate Bridenthal, Claudia Koonz y Atina Grossmann, muchas de las cuales aparecen en las notas *infra*. Véanse, en especial, los artículos de Renate Bridenthal, Atina Grossmann y Marion Kaplan (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Nueva York, Monthly Review Press, 1986; y en la primera y segunda edición de Renate Bridenthal et al. (eds.), *Becoming Visible: Women in European History*, Boston, Houghton-Mifflin, 1977, 1987. Véase también Cornelia Osborne, *The Politics of the Body in Weimar Germany: Women's Reproductive Rights and Duties*, Londres, Macmillan, 1992; Atina Grossmann, *Reforming Sex: The German Movement for Birth Control and Abortion Reform, 1920-1950*, Nueva York, Oxford University Press, 1995. Otras obras estimables son: Christl Wickert, *Unsere Erwählten: Sozialdemokratische Frauen im deutschen Reichstag und im preussischen Landtag, 1919 bis 1933*, 2 vols., Gotinga, Sövee, 1986; Hiltrud Schmidt-Waldherr, *Emancipation durch Professionalisierung? Politische Strategien und Konflikte innerhalb der bürgerlichen Frauenbewegung während der weimarer Republik und die Reaktion des bürgerlichen Antifeminismus und des Nationalsozialismus*, Fráncfort, Materialis Verlag, 1987. Se incluyen obras sobre el periodo nazi *infra* en pp. 431-432, n. 66.

las madres casadas) para actuar en la sociedad y reivindicar un papel significativo en la nación. Mientras este concepto conservó las ideas de las especiales cualidades y fuerzas de las mujeres, estuvo por completo alejado de la idea de esferas separadas que restringía a las mujeres a la domesticidad y la vida privada. En manos progresistas, ofrecía una visión poderosa y empoderadora. Esta visión siguió inspirando a las feministas en los años veinte del siglo xx. La activista de la BDF, Agnes von Zahn-Harnack, lo describía de esta forma: «La maternidad organizada [...] no solo envía a las mujeres a los parvularios, jardines de infancia y escuelas, sino también a los ministerios y parlamentos. [...] Esto no es la tantas veces elogiada división del trabajo, hombre=mente, mujer=corazón [...], sino la humanización del trabajo, la humanización de las ciencias, la humanización del contacto entre gentes»⁴¹.

En la Alemania de la posguerra, sin embargo, como en muchos otros países destrozados por la guerra, la visión polarizada de los sexos, basada en una división sexual total del trabajo, gozaba aún de muchos partidarios. Antes de la guerra, Alemania tenía su parte de antifeministas comprometidos, incluido el propio emperador Guillermo II, que era bien conocido en toda Europa como el enérgico defensor de las «tres K» —*Kinder, Küche, Kirche* (niños, cocina, iglesia)— para las mujeres. Alemania tenía también su patriarcal Liga en pro de las Grandes Familias. Los antifeministas alemanes incluían también a algunas mujeres notablemente elocuentes, como Kathinka von Rosen e Ida von Meerheimb. En respuesta al creciente impulso generado por el movimiento de las mujeres anterior a 1914, importantes organizaciones antifeministas habían echado raíces, en particular, el Deutsche Bund zur Bekämpfung der Frauenemanzipation (Liga Alemana para la Prevención de la Emancipación de las Mujeres, 1912-1920), cuyo lema era «Genuina masculinidad para los hombres; genuina feminidad para las mujeres»⁴². A esta liga le preocupaba que «derechos iguales llevaran a una "feminización y a un debilitamiento del Estado mismo"», y buscaba confinar a las mujeres trabajadoras en «profesiones femeninas»⁴³.

Después de la derrota en 1918 y de la revolución pacífica que expulsó a la dinastía Hohenzollern, algunas feministas alemanas, como las de Austria, tuvieron sobradas razones para estar contentas en al menos un

⁴¹ Agnes von Zahn-Harnack, *Die Frauenbewegung: Geschichte, Probleme, Ziele*, Berlín, Deutsche Buch-Gemeinschaft, 1928, pp. 77-78; trad. en Ute Gerhard, «The Women's Movement in Germany in an International Context», en Paetschek y Pietrow-Ennker (eds.), *WEM*, pp. 102-122.

⁴² «Aufruf, Deutscher Bund zur Bekämpfung der Frauenemanzipation», tal como fue analizado por Diane Trosino, «Anti-Feminism in Germany 1912-1920: The German League for the Prevention of Women's Emancipation», tesis doctoral, Claremont Graduate School, 1992; cita, p. 33. Sobre los antifeministas, véase también Ute Planert, «Antifeminismus im Kaiserreich», *Archiv im Sozialgeschichte* 38 (1998), pp. 67-92.

⁴³ Citas: Trosino, «Anti-Feminism», pp. 38-39.

frente: obtuvieron el voto. A las mujeres de más de veinte años se les permitió el voto a finales de 1918 y votaron por vez primera a principios de 1919 para la Asamblea Constituyente. Ahora bien, las condiciones en las que tuvo lugar este «éxito» fueron equívocas, y así lo han señalado las historiadoras Renate Bridenthal y Claudia Koonz:

A las mujeres se les había concedido el derecho al voto en la esperanza de que las votantes ayudasen a derrotar al bolchevismo y a ofrecer una imagen progresista y liberal de Alemania en la Conferencia de Paz de París. Cuando remitió la crisis de 1918-1919, lo mismo pasó con todas las reformas de Weimar, que habían sido dictadas por el oportunismo y no por el idealismo⁴⁴.

De acuerdo con la nueva ley electoral, los candidatos serían elegidos en listas de partido y mediante representación proporcional. Los votos de los hombres y de las mujeres se contarían de forma separada. En este país, de unos sesenta millones de personas tras las pérdidas de la guerra, las mujeres sobrepasaban ampliamente en número a los hombres; el electorado, en 1925, arrojaba 21 millones de electores, comparado con los 18,8 millones de electores masculinos⁴⁵. Los resultados electorales revelarían por último que, como en Austria, los partidos de filiación religiosa del centro y de la derecha fueron los que más se aprovecharon de los votos de las mujeres; el nuevo Partido Comunista Alemán (KPD) sería el que menos se aprovecharía de ellos. El Partido Socialdemócrata reorganizado (SPD), que insistía orgullosamente en sus antecedentes a la hora de apoyar la verdadera emancipación de las mujeres mediante el trabajo, se benefició menos de lo que hubieran esperado sus líderes, pese al hecho de que el SPD sí que incluía un buen número de mujeres en las listas de su partido. Como en Austria, los partidarios del SPD eligieron la delegación más amplia de mujeres diputadas al Reichstag. Bajo el sistema electoral basado en listas de la República de Weimar, no obstante, ningún diputado tenía un mandato personal. Los votantes apoyaban al partido y a su programa, no a los individuos que lo representaban. A menos que el partido estuviera dispuesto a apoyar con todas sus fuerzas la legislación, sus diputados individuales tenían poco campo de acción independiente⁴⁶.

⁴⁴ Renate Bridenthal y Claudia Koonz, «Beyond Kinder, Küche, Kirche: Weimar Women in Politics and Work», en *When Biology Became Destiny*, p. 56.

⁴⁵ Cifras procedentes de Helen L. Boak, «“Our Last Hope”: Women's Votes for Hitler – A Reappraisal», *German Studies Review* 12, 2 (mayo de 1989), p. 291.

⁴⁶ Véase Karen Hagemann, «La “Question des femmes” et les rapports masculin-féminin dans la social-démocratie allemande sous la République de Weimar», *Le Mouvement social* 163 (abril-junio de 1993), pp. 25-44; y Hagemann, «Men's Demonstrations and Women's Protest: Gender in Collective Action in the Urban Working-Class Milieu during the Weimar Republic», *Gender & History* 5, 1 (abril de 1993), pp. 101-119.

En 1919, la nueva Asamblea Constituyente de la República de Weimar, densamente poblada por los diputados socialdemócratas, dio a luz una Constitución que incorporaba explícitamente –al menos sobre el papel– derechos igualitarios para ambos sexos (artículos 109, 119 y 128), incluido el voto para las mujeres y su admisión en los cargos públicos. Las primeras organizaciones por el sufragio femenino desaparecieron pronto, en contraste con sus homólogas de Inglaterra, que reformularon su misión sin disolverse. ¿Fue esta decisión, en el caso alemán, simplemente la consecuencia de la ingenuidad política? ¿Cómo pudieron las activistas feministas no darse cuenta de que no había un mecanismo legal para traducir estas disposiciones constitucionales en una legislación efectiva?

El nuevo Reichstag dio la bienvenida a 41 mujeres diputadas, que representaban a diversos partidos políticos, pero de forma preponderante al SPD. Algunas de las nuevas diputadas eran feministas de diversos grados, incluyendo a Gertrud Bäumer, antigua presidenta de la BDF, y a Toni Sender, una socialdemócrata independiente y feminista socialista de Fráncfort. A medida que pasó el tiempo, estas mujeres diputadas encontraron difícil llegar a un acuerdo en una plataforma común o incluso trabajar juntas. Ellas sí que cooperaron en dos áreas significativas, sin embargo, respaldando medidas para mejorar la legislación protectora y los beneficios de la maternidad, así como medidas para promover la igualdad cívica. Como sus homólogas austriacas, estas mujeres diputadas estuvieron en un áspero desacuerdo sobre los temas que tenían que ver con la igualdad para las mujeres casadas, en especial en el puesto de trabajo, y sobre la protección para las madres solteras y sus hijos. Tanto las mujeres diputadas católicas como las evangélicas (protestantes) se opusieron a apoyar la «inmoralidad» y las garantías de empleo para mujeres casadas, que ellas creían que deberían estar en casa.

Aunque colectivamente constituían un 10 por 100 de los diputados, las mujeres en el Reichstag «debían sus escaños [...] a un sistema político que estaba enteramente dominado por los hombres»: «Fueran cuales fueran sus lealtades a las cuestiones específicamente de mujeres, no podían contar con volver a la legislatura si amenazaban la unidad del partido o rompían con las disciplina de partido a la hora de votar»⁴⁷. Tampoco las votantes femeninas apoyaban necesariamente la emancipación de las mujeres, al menos esa forma de emancipación defendida por las líderes del Partido Socialdemócrata. La esperada coalición de votantes femeninas en nombre de los ostensibles intereses comunes de las mujeres nunca tuvo lugar durante la corta vida de la República de Weimar; de nuevo como sus homólogas austriacas, las mujeres votantes en Alemania ni siquiera apoyaron a los partidos políticos que habían sido más favorables a los derechos de las

⁴⁷ Claudia Koonz, «Conflicting Allegiances: Political Ideology and Women Legislators in Weimar Germany», *Signs* 1, 3, parte 1 (primavera, 1976), p. 674.

mujeres antes de la guerra. El historiador Richard J. Evans subrayó este punto: «Las mujeres [alemanas] como conjunto pusieron la lealtad al partido por delante de sus intereses reales o supuestos como mujeres, incluso [...] en temas que afectaban de forma vital a estos intereses»⁴⁸.

De forma retrospectiva, este resultado no acabará de sorprender del todo. El periodo de la República de Weimar (1919-1933) fue «un viaje en montaña rusa hacia el caos», marcado por la drástica inflación, continuado por el hambre, por crisis políticas periódicas y, sobre todo, por el creciente resentimiento contra el tratado de paz que les impusieron⁴⁹. Los líderes de los partidos políticos dominados por hombres se enfrentaron a una serie de problemas extremadamente duros; sin embargo, no recibieron de buen grado las contribuciones de las mujeres diputadas en sus esfuerzos por resolverlos. En el mundo que estaba más allá de la política parlamentaria, muchas mujeres alemanas se encontraron sobrecargadas, incluso abrumadas, por las circunstancias que parecían por completo fuera de su control; políticamente menos experimentadas y más explotadas que sus contemporáneos masculinos, ellas desarrollaron cierta visión nostálgica del *statu quo* anterior para acompañar un sentido agudo de orgullo alemán herido: «Las mujeres de la República de Weimar fracasaron a la hora de adoptar su supuesta emancipación e incluso la rechazaron políticamente. [...] El hogar era a la mujer alemana lo que el taller o el pequeño negocio o granja era al hombre alemán. Ella implicaba estatus, independencia, respetabilidad y seguridad. Era, en pocas palabras, un territorio a defender»⁵⁰.

Dado este antifeminismo profundamente asentado entre las mujeres y hombres de Alemania, las organizaciones de mujeres alemanas se encontraron a sí mismas en dificultades. La BDF, la otrora radical Federación de Asociaciones de Mujeres Alemanas, había apoyado el esfuerzo de guerra, haciéndose cada vez más nacionalista y chauvinista y así continuaría tras la victoria de los aliados y la instalación del nuevo régimen republicano. Su nuevo programa de 1919, como ha señalado Richard J. Evans, «respiraba un espíritu nacionalista fuertemente *völkisch*»⁵¹.

Oponiéndose a los duros términos del Tratado de Versalles de 1919, las líderes de la BDF rechazaron durante algunos años tomar parte en los encuentros de posguerra del Consejo Internacional de Mujeres. Su programa revisado no luchaba por la emancipación de las mujeres, sino que

⁴⁸ Evans, *Feminist Movement*, p. 245.

⁴⁹ Sybil Oldfield, «German Women in the Resistance to Hitler», en *Women, State and Revolution*, ed. Siân Reynolds, Amherst, University of Massachusetts Press, 1986, p. 82. Véase también Karin Hausen, «Unemployment Also Hits Women: The New and the Old Woman on the Dark Side of the Golden Twenties in Germany», en Peter D. Stachura (ed.), *Unemployment and the Great Depression in Weimar Germany*, Londres, Macmillan, 1986, pp. 131-152.

⁵⁰ Bridenthal and Koonz, «Beyond Kinder, Küche, Kirche», p. 56.

⁵¹ Evans, *Feminist Movement*, p. 235.

ponía el énfasis en la institución de la familia y en una «apropiada» división sexual del trabajo y de las obras benéficas —trabajo no remunerado— para las mujeres. Había desaparecido la reivindicación del apoyo estatal a las madres solteras y sus hijos; habían desaparecido las reivindicaciones de emancipación sexual y de una nueva ética sexual promovidas por el Bund für Mutterschutz. Aun así, la crítica Marie Diers afirmó en 1920 que el movimiento de las mujeres había ido demasiado lejos (durante la guerra) a la hora de promover la «competencia» con los hombres: «El sobreénfasis y la sobrevaluación de las partes individuales alteran la perfección del conjunto»⁵². Este era el estado de la organización que Renate Bridenthal ha descrito como poseedora de «un perfil ideológico tan bajo como para poner en cuestión sus credenciales feministas»⁵³.

Durante los años veinte del siglo XX, la BDF se volvió cada vez más una federación de grupos conservadores de intereses económicos corporativos, oscilando desde la enorme Federación Nacional de Amas de Casa Alemanas hasta la Federación de Amas de Casa Rurales, junto con la asociación de mujeres empleadas en oficinas y el sindicato femenino de trabajadoras postales⁵⁴. El único gran éxito de la BDF, en 1927, fue conseguir la abolición de la prostitución regulada; en el ínterin, sus campañas se opusieron a la liberalización de la moralidad sexual que caracterizaba la cultura de Weimar, en particular la asociada a la disipada vida de la capital, Berlín.

Bajo las sucesoras de Gertrud Bäumer como presidenta de la BDF, Marianne Weber (1919-1931) y Agnes von Zahn Harnack (1931-1934), la organización derivará hacia la derecha de forma continuada. De modo característico, el estudio histórico de 1928 de Von Zahn-Harnack sobre el movimiento de las mujeres alemanas «ignoraba casi totalmente al ala radical del feminismo»⁵⁵. Para la BDF, las campañas por la materialización legal de los derechos constitucionales igualitarios de las mujeres —en una república en la que los derechos reconocidos sobre el papel no valían nada— se habían convertido en historia pasada: el Código Civil de 1895 (promulgado en 1900), que daba a los maridos tanto poder sobre las mujeres en el matrimonio, nunca fue modificado; las campañas por un sala-

⁵² Marie Diers, *Die deutsche Frauenfrage in ihrem Zusammenhang mit Geschichte, Volkswirtschaft und Politik*, Potsdam, 1920, p. 185; trad. en Puckett, *Germany's Women*, p. 313.

⁵³ Renate Bridenthal, «Professional Housewives: Stepsisters of the Women's Movement», en *When Biology Became Destiny*, p. 154.

⁵⁴ Sobre los grupos católicos y protestantes evangélicos, véase Maria Elisabeth Backhaus, *Probleme des Frauenbilds der katholischen Frauenbewegung Deutschlands seit 1900*, Aquisgrán, Paedagogische Hochschule, 1979; Doris Kaufmann, «Von Vaterland zum Mutterland: Frauen im katholischen Milieu der weimarer Republik», en Karin Hausen (ed.), *Frauen suchen ihre Geschichte*, Múnich, C. H. Beck, 1983; y Kaufmann, *Frauen zwischen Aufbruch und Reaktion: Protestantische Frauenbewegung in der ersten Hälfte des 20. Jahrhunderts*, Múnich, Piper, 1988.

⁵⁵ Hackett, «Politics of Feminism», vol. I, p. xiii.

rio igualitario y una paridad profesional fueron efectivamente abandonadas, y el empleo de las mujeres casadas no fue defendido. Los esfuerzos por magnificar la influencia política de las mujeres movilizando sus votos, en particular mediante el establecimiento de un partido político de mujeres (*Frauenpartei*), se quedaron en nada (aunque tales partidos de mujeres se materializaron, brevemente, en Suecia y en Austria y de forma más duradera en los Estados Unidos). Algunos alemanes pensaban, cuando miraban los resultados electorales que *todos* los partidos políticos se habían convertido en *Frauenparteien*, puesto que la fuerza demográfica de las mujeres les daba una voz potencialmente preponderante en cada uno de ellos. Sin embargo, las mujeres alemanas nunca hablaron en las votaciones con una voz feminista durante los años de la República de Weimar.

A comienzos de los años treinta del siglo XX, cuando Alemania se hundía de nuevo en la depresión económica, las dos asociaciones de amas de casa votaron dejar la BDF. Careciendo de su anterior fuerza numérica, la BDF nunca protestó contra las medidas del gobierno en 1932 para despedir del funcionariado a las mujeres casadas. Lo cierto es que, para entonces, los ciudadanos alemanes, frustrados por los estragos de la depresión y por la ineficacia de su sistema parlamentario a la hora de resolver cualquiera de los problemas pendientes, pensaban cada vez más en ideas de corporativismo estatal junto con las líneas ya propuestas en la Italia de Mussolini, en Hungría y en otras partes. En estas circunstancias, la BDF no podía pensar en ninguna otra estrategia eficaz más que en defender (como había propuesto la BÖFV en Austria) que las mujeres pudieran constituir una corporación así dentro de un Estado posparlamentario.

La generalización de Renate Bridenthal sobre la BDF no cubre, no obstante, todos los aspectos del feminismo alemán. Las feministas radicales de la denominada ala izquierda del movimiento de las mujeres alemanas, que eran ardientes sufragistas antes de la guerra, hacía mucho que habían sido expulsadas de la BDF por su agitación contra la guerra y por su postura internacionalista durante la época de guerra. En los años veinte del siglo XX, dos líderes de esta facción, Anita Augspurg y Lida Gustava Heymann, continuaron su agitación desde Múnich, fundando incluso una nueva revista mensual, *Die Frau im Staat* (1919-1932), para promover la participación de las mujeres en los asuntos nacionales. Ellos y sus seguidores participaron activamente en la Women's International League for Peace and Freedom (WILPF, Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad), fundada después del congreso de mujeres en Zúrich, en 1919. Cuando Hitler llegó al poder en 1933, Augspurg y Heymann estaban viajando por Italia y decidieron rápidamente buscar refugio en Suiza antes que volver a Alemania. Otras feministas radicales, muchas de las cuales eran judías, dejaron el país de forma voluntaria o se les obligó al

exilio. Las mujeres de la WILPF alemana estaban entre las pocas que pusieron algo de resistencia al régimen nazi. Ahora bien, la resistencia era difícil; cualquier mujer, feminista o no, que resistiera abiertamente, podría encontrarse bajo arresto o en un campo de concentración... exactamente igual que un hombre.

Los esfuerzos feministas confesionales fueron considerablemente más restringidos en su acción política que lo que a las Augspurg y Heymann les hubiera gustado. De forma paralela a las federaciones de mujeres católicas y protestantes evangélicas, las mujeres judías tenían su propia organización afiliada a la BDF, el Jüdischer Frauenbund (JFB, Federación de Mujeres Judías, 1904-1938), encabezada por Bertha Pappenheim⁵⁶. Esta organización trabajó por los derechos igualitarios de las mujeres dentro de la comunidad judía; aunque las mujeres judías, como todo el resto de mujeres alemanas, pudieron votar en las elecciones locales y nacionales después de 1918, se les seguía negando (como a las mujeres protestantes evangélicas en sus Iglesias) una voz en los asuntos de la comunidad judía, especialmente con respecto a las posiciones de liderazgo. La JFB estableció también varios servicios sociales específicos para muchachas y mujeres judías —incluyendo albergues para madres solteras y una mejor formación profesional—, muchos de los cuales se dirigían a muchachas recién llegadas de familias judías pobres procedentes del este de Europa. Además, sus miembros dedicaban un esfuerzo considerable a combatir la prostitución regulada y la denominada como trata de blancas, que poco antes de la guerra llegó a llamarse «tráfico con muchachas y mujeres», y las casas de prostitución, cada vez más surtidas, en ciudades y puertos alrededor del mundo, en particular en Argentina y en Oriente Medio⁵⁷.

La fundadora de la JFB, Bertha Pappenheim, nació en Viena, pero su madre era de una familia de Fráncfort, y las dos mujeres regresaron allí en 1889. Incluso siendo niña, Pappenheim reconoció que los chicos eran considerados más importantes y la educación de las chicas dejaba bastante que desear. Como mujer joven, sufriendo la monótona existencia de hija vienesa de clase alta en edad de matrimonio, fue tratada por el doctor Josef Breuer, a principios de los años ochenta del siglo XIX, y contribuyó a la terapia de «cura mediante la palabra», que Breuer y Sigmund Freud empezaron a explorar como psicoanálisis. Cuando tuvo cuarenta años, escribió una obra de teatro sobre los derechos de las mujeres y tradujo al alemán la *Vindication of the Rights of Woman*, de Mary Wollstonecraft, que por alguna razón acababa de descubrir.

⁵⁶ Véase Marion Kaplan en *The Jewish Feminist Movement in Germany: The Campaigns of the Jüdischer Frauenbund, 1904-1938*, Westport, Greenwood Press, 1979.

⁵⁷ Véase Edward Bristow, *Prostitution and Prejudice: The Jewish Campaign against White Slavery, 1870-1939*, Oxford, Clarendon Press, 1982.

Al fundar la JFB en 1904, Pappenheim estaba decidida a establecer una organización de mujeres judía independiente y no auxiliar de una organización masculina, tal como las hermandades de mujeres B'nai B'rith. En particular, la JFB sería judía pero no sionista; para combatir el antisemitismo, pondría el énfasis en el trabajo con mujeres no judías, en especial dentro del marco de la BDF. La JFB finalmente incluiría alrededor de un 25 por 100 de mujeres judías en Alemania, la mayoría de las cuales eran amas de casa de clase media y no tan comprometidas con los derechos de la mujer como Pappenheim: en septiembre de 1926, un miembro insistía, en la publicación de la JFB, en que «no somos las denominadas mujeres emancipadas»: «Decididamente, no queremos ser cuasi hombres y no queremos competir con los hombres o desplazarlos. Por el contrario, queremos seguir siendo sobre todo femeninas, sobre todo mujeres femeninas. Queremos llevar suavidad, calor, amor y maternidad a la vida, siempre que podamos»⁵⁸. El tono defensivo en esta afirmación es manifiesto y habla de las tensiones que existían dentro de la organización; construir la autoestima a través del trabajo social femenino era una cosa, pero presentar impugnaciones declaradas, tanto dentro como fuera de la comunidad judía, era otra bien distinta. La JFB persistía, insistiendo en 1924, en que «la comunidad judía necesita nuestra colaboración más que nunca»: «¡Somos unánimes en nuestra lucha [...] por nuestros derechos! No porque estemos hambrientas de poder. No porque seamos sufragistas, sino porque estamos convencidas de que el trabajo de las mujeres es necesario para el desarrollo cultural de la comunidad judía y de que podemos hacer las cosas bien [...] en puestos oficiales de la comunidad, precisamente porque somos mujeres». Hacia 1927, la FGB había logrado conseguir votos para las mujeres en las *Gemeinden* de seis de las siete mayores ciudades alemanas, aunque no en Berlín. No obstante, a juicio de Marion Kaplan, «el conflicto entre judaísmo y feminismo fue uno de los que la JFB nunca pudo resolver para su satisfacción»⁵⁹. Con respecto a las convicciones feministas, Bertha Pappenheim y sus fieles compañeras Henriette Fürth y Ottilie Schönewald se mantuvieron al frente de sus tropas.

Tal como ocurrió en otros lugares de Europa, en los años veinte del siglo xx, la preocupación por el tema de la población y la caída de la tasa de natalidad tuvo un efecto significativo sobre la acción feminista alemana durante la República de Weimar. Los oficiales imperiales habían comenzado a preocuparse por el descenso de la tasa de natalidad mucho antes de la guerra, de un modo muy similar al de las autoridades francesas unas décadas antes... y pronto le echaron la culpa al control

⁵⁸ Desde la *Israelitische Familienblatt* (Hamburgo), 20 de marzo de 1924, pp. 2-3; trad. en Kaplan, *Jewish Feminist Movement*, p. 159.

⁵⁹ Kaplan, *Jewish Feminist Movement*; citas, pp. 76, 81.

de la fertilidad y al aborto, y, de modo más general, a la emancipación de la mujer. Durante la guerra, esta preocupación se había convertido en pánico, y el gobierno empezó a formular una política intervencionista pronatalista que se llevó hasta lo contumaz. Pese a la inauguración de unas ayudas estatales a la maternidad para las esposas de hombres en el servicio militar, del apoyo financiero para las madres solteras y de las prohibiciones contra la publicidad y distribución de anticonceptivos o abortivos, hacia 1918 la tasa de natalidad había caído aún más, hasta el nivel de antes de la guerra. La caída del gobierno imperial, en 1918, frustró un intento casi exitoso por imponer una serie de medidas muy duras, la mayoría dirigidas a regular las prácticas sexuales de las mujeres.

Las respuestas feministas a estos esfuerzos fueron comedidas, pero sí que criticaron el exclusivo énfasis en juzgar a las mujeres. La historiadora Cornelia Osborne informa de que, por una vez, las mujeres burguesas y socialistas cooperaron a la hora de enviar una delegación a protestar por el proyecto de ley represivo del Reichstag de 1918. Ahora bien, las portavoces de la BDF, sin embargo, apoyaron muchos de los artículos del programa del gobierno, aun cuando trataron de volverlo en favor de las mujeres, demandando un apoyo más sustancial a las madres. Lo que está claro es que «el control de la fertilidad, más que ninguna otra cosa, generó un concepto de nueva mujer, que iba a desempeñar un papel tan prominente durante la República de Weimar»⁶⁰. No obstante, el descenso de la tasa de natalidad continuó hasta 1933, cuando con 14,3 nacimientos por cada 1.000 mujeres se convirtió en la más baja de Europa, y el número de abortos naturales declarado por las mujeres que ya tenían hijos les parecía sospechosamente alto a los poblacionistas.

El gobierno de Weimar hizo importantes contribuciones para apoyar a las madres y a los niños, aunque las dramáticas dificultades creadas por la inflación y la depresión limitaron severamente su impacto. Las mujeres recién llegadas al gobierno, como consecuencia de su acceso al voto, ayudaron a conseguir un enfoque cualitativo y efectivo para la maternidad, muy diferente del sistema represivo imaginado antes y durante la guerra. En 1919, la diputada del SPD Adele Schreiber exigió un mayor apoyo del Estado con el fin de que «la maternidad ya no oprimiese ni supusiese una carga para la mujer individual, sino que se despertase el interés del público en general»⁶¹. En 1925, Anna-Margarete Stegmann, una médica también diputada del SPD, brindó su primera intervención en el Reichstag a la maternidad y la libertad reproductiva: «Hemos de concederle al pueblo libertad para desarrollarse, y darles a las mujeres el

⁶⁰ Osborne, *Politics of the Body*, p. 30.

⁶¹ Adele Schreiber, trad. en Osborne, *Politics*, p. 39; Desde los *Protokolle* de la conferencia de mujeres del SPD, Berlín, 1920, p. 91.

control sobre sus propios cuerpos»⁶². Socialistas y feministas coincidían en que los acercamientos punitivos al problema de la población habían de reemplazarse por acercamientos relativos al bienestar social. Los permisos familiares para los empleados estatales y funcionarios, más los salarios familiares para trabajadores masculinos, estaban entre las propuestas que se iniciaron bajo el gobierno de Weimar. De este modo, la protección de las madres se convirtió en un rasgo característico de la política de la izquierda, incluidos el SPD y el KPD, así como de la derecha, aunque con un énfasis muy diferente.

El aborto, no obstante, siguió siendo el asunto más espinoso, más controvertido para las activistas feministas. Tanto el SPD como el KPD trataron, desde principios de los años veinte del siglo xx en adelante, de atraer a las mujeres votantes mediante su oposición a las leyes antiabortistas; gracias a la presión desarrollada por las mujeres del partido, los mítines intermitentes y otras formas de protesta organizada. A principios de 1930, no obstante, cuando la crisis económica empezó a ser más profunda, el Partido de Centro Católico controlaba el gobierno, obligando a drásticos recortes en los programas de bienestar. Con todo, en la encíclica *Casti Connubii* (31 de diciembre de 1930), el papa se expresaba de nuevo sobre temas «familiares», condenando toda la sexualidad no reproductiva y cualquier medida que impidiese el embarazo.

En respuesta a esto, el KPD lanzó una campaña masiva para atraer hacia sí a las simpatizantes, desafiando al Vaticano y provocando explícitamente la legalización del aborto. Los abanderados de esta campaña determinaron la revocación del artículo 218 del Código Penal de 1871 (revisado en el sentido de imponer castigos más leves, en 1926), que criminalizaba este acto, infligiendo duras penas a la mujer que abortaba, así como a aquellos que la asistían. Los reformistas sexuales, las médicas, las feministas radicales, las feministas pacifistas, los socialdemócratas y muchos otros convocaron actos en apoyo de esta campaña. El KPD ofreció obviamente el ejemplo de la historia del éxito de la Rusia bolchevique ante el gobierno de Weimar al que él desafiaba y trataba de derribar en el nombre de la revolución proletaria. En este ejemplo, un partido político aún minoritario estaba utilizando de forma deliberada un «tema de mujer» para conseguir un objetivo mayor; los comunistas alemanes, como ha señalado la historiadora Anita Grossmann, ya no mantenían su anterior interés exclusivo en las mujeres como trabajadoras. Una vez desatado, no obstante, el movimiento se aceleró mucho más allá de la capacidad del KPD para controlarlo.

Cuando dos médicos notablemente proabortistas fueron arrestados en Stuttgart, en febrero de 1931, la campaña comenzó en serio. Uno de

⁶² Stegmann, discurso en el Reichstag, 18 de marzo de 1925: trad. en Osborne, *Politics of the Body*, p. 39.

estos médicos, el comunista Friedrich Wolf, había sido el autor de una obra de teatro, *Cyankali*, cuya frase final era: «Una ley que convierte a 800.000 madres en criminales cada año, deja de ser una ley». Esta frase se convirtió en «el grito de guerra de un movimiento cada vez mayor»⁶³. Lo cierto es que el movimiento creció hasta alcanzar unas proporciones muy serias, incorporando encuestas de periódicos, acontecimientos culturales y manifestaciones masivas por las calles, además de pósters anti-218 realizados por importantes mujeres artistas como Alice Lex-Nerlinger. La celebración del Día Internacional de las Mujeres, organizada por el KPD, el 8 de marzo, se materializó en 1.500 manifestaciones por toda Alemania; el movimiento de las mujeres comunistas articuló de manera rotunda su posición en los temas de aborto y concepción: «Nosotras las mujeres rechazamos dejar que nos miren como máquinas de hacer niños y luego además servir como esclavas en el proceso de producción. [...] Nuestro eslogan no es “volver a la familia”, sino salarios iguales por trabajo igual»⁶⁴. A mediados de abril, en una concentración masiva patrocinada por el KPD, aparecieron los dos médicos incriminados que desafiaron a su audiencia a buscar la libertad en el control de natalidad y unas vidas mejores. El segundo de los médicos arrestados, la doctora Else Kienle, desarrolló una posición fuertemente feminista en su diario de prisión, publicado en 1932: «¿De qué le vale a la mujer el sufragio si sigue siendo una máquina de hacer niños?»⁶⁵. Otras exigieron un nuevo código sexual enteramente nuevo, así como una aceptación de responsabilidad social para la maternidad. Las líderes de la BDF se quedaron de manera perceptible en los márgenes, aun cuando el movimiento de derogación alcanzó su clímax y a continuación bajó el ritmo. El artículo 218 permaneció vigente hasta los años setenta del siglo xx.

Cualquier energía que pudiera haber tenido el feminismo alemán fue abruptamente liquidada con la llegada al poder en 1933 de Adolf Hitler y su Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (NSDAP, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán; o sea, el partido nazi)⁶⁶. Hacia 1930, los na-

⁶³ Friedrich Wolf, *Cyankali*, trad. en Atina Grossmann, «Abortion and Economic Crisis: The 1931 Campaign Against Paragraph 218», en *When Biology Became Destiny*, p. 73; cita procedente de Grossmann, también p. 73.

⁶⁴ Congreso del Segundo Reich del KPD, Halle, 14-15 de marzo de 1931; citado en Atina Grossmann, «Abortion and Economic Crisis», p. 72.

⁶⁵ Dr. Else Kienle, *Frauen: Aus dem Tagebuch einer Ärztin*, Berlín, 1932, p. 309; trad. en Grossmann, «Abortion and Economic Crisis», p. 75.

⁶⁶ Sobre el NSDAP y la cuestión femenina, véase Clifford Kirkpatrick, *Nazi Germany: Its Women and Family Life*, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1938; y las numerosas obras de George L. Mosse. La bibliografía es enorme y creciente, pero las obras siguientes en inglés y alemán son inestimables: Jill Stephenson, *Women in Nazi Society*, Londres, Croom Helm, 1975; Stephenson, *The Nazi Organization of Women*, Londres, Croom Helm, 1981; Hannelore Kessler, «Die deutsche Frau»: *Nationalsozialistische Frauenpropaganda im Völkischen Beobachter*, Colonia, Pahl-

zis se habían convertido en el segundo partido más grande de Alemania, entre otras preocupaciones, el partido defendía el restablecimiento de penas severas para el aborto y había introducido una medida a tal efecto en el Reichstag en marzo de ese año. Aunque no se debatiera nunca, su redacción hacía suficientemente evidente la posición nazi:

Quienquiera que pretenda cortar de forma artificial la fertilidad natural del pueblo alemán en detrimento de la nación o haga propaganda para ello o aquel que contribuya o amenace con contribuir al deterioro y la degeneración de la raza mezclándose con miembros de la raza judía o de color, será castigado con pena de servidumbre, por traición racial⁶⁷.

En febrero de 1933, a continuación del nombramiento de Hitler como canciller, los nazis suprimieron o disolvieron de inmediato todas las organizaciones feministas, junto con los partidos socialista y comunista, los sindicatos y cualquier otra organización independiente que pudiera ofrecer puntos de reunión para la oposición potencial. Cerraron las clínicas de control de natalidad e instituyeron los préstamos matrimoniales.

La BDF —salvando el poco honor que le quedaba frente al ultimátum de Lydia Gottschewski, cabeza del *Frauenfront* (Frente de Mujeres) nazi— votó por disolverse con el fin de evitar ser absorbida. Los nazis habían establecido varios años antes (1931) su propia sección de mujeres, dentro del partido, la NS-Frauenschaft, que subordinaba con firmeza todas las actividades organizadas de mujeres a la dirección masculina del partido, bajo la dirección de Gregor Strasser. Bajo el Tercer Reich, el activismo organizado de las mujeres sería estrictamente canalizado en los progra-

Rugenstein, 1981; Gisela Bock, *Zwangsterilisation im Nationalsozialismus: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1986; Claudia Koonz, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family, and Nazi Politics*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987.

En Francia, las contribuciones de Rita Thalmann al estudio del nazismo y las mujeres han resultado particularmente importantes, véase su *Être femme sous le IIIe Reich*, París, Laffont, 1982. Véanse también los artículos de Thalmann, Liliane Crips y Marianne Walle en las recopilaciones siguientes: Rita Thalmann (ed.), *Femmes et Fascismes*, París, Tierce, 1986; Rita Thalmann (ed.), *La Tentation nationaliste, 1914-1945*, París, Deux Temps Tierce, 1990; Liliane Crips et al. (eds.), *Nationalismes, féminismes, exclusions: Mélanges en l'honneur de Rita Thalmann*, Francfort, Peter Lang, 1994; y Liliane Kandel (ed.), *Féminismes et nazisme, colloque en hommage à Rita Thalmann*, París, CEDREF, Universidad de París VII, 1997. Véase también Elaine Martin (ed.), *Gender, Patriarchy and Fascism in the Third Reich: The Response of Women Writers*, Detroit, Wayne State University Press, 1993.

Los siguientes volúmenes documentales en alemán ofrecen fuentes esenciales: Christine Wittrock, *Das Frauenbild in faschistischen Texten und seine Vorläufer in der bürgerlichen Frauenbewegung der zwanziger Jahre*, Francfort, sin ed., 1981; Annette Kuhn y Valentine Rothe (eds.), *Frauen im deutschen Faschismus*, 2 vols., Düsseldorf, Schwann, 1982; y Hans-Jürgen Arendt, Sabine Hering y Leonie Wagner (eds.), *Nationalsozialistische Frauenpolitik vor 1933: Dokumentation*, Francfort, Difa-Verlag, 1995.

⁶⁷ Propuesta n.º 1741 del NSDAP, 13 de marzo de 1930; trad. en Osborne, *Politics of the Body*, ap. 3, p. 220.

mas establecidos por los líderes políticos masculinos y desarrollado por mujeres comprometidas, como Gertrud Scholz-Klinck.

La historiadora Gisela Bock ha puesto el énfasis en que las actitudes sobre la raza y no sobre el sexo fueron las que hicieron innovador al nazismo: «El sexismo nazi fue en buena medida tradicional, mientras que el racismo nazi era a la vez innovador y mortífero»⁶⁸. Lo que resulta importante para entender el nazismo desde la perspectiva de una historia de los feminismos europeos, no obstante, es que el nazismo no era meramente «tradicional», sino explícitamente antifeminista a la vez que anticomunista; su nacionalsocialismo era de un tipo muy particular. Los líderes nazis desarrollaron activamente su respuesta al feminismo, que como en Italia se fue elaborando con el tiempo y con respecto a los temas particulares suscitados por el trastorno de la guerra y la derrota... empleo de las mujeres y temas reproductivos.

Ya en 1921, el NSDAP había establecido una norma que prohibía que las mujeres ocuparan puestos de dirección en el partido⁶⁹. En su larga declaración programática *Mein Kampf* (1925), Adolf Hitler abordó la «cuestión femenina» solo de forma oblicua. Con el fin de combatir la prostitución («una desgracia para la humanidad») y la sífilis («esta plaga»), sostenía Hitler, una nación debería promover el matrimonio temprano, que habría de servir al «único objetivo fundamental, la propagación y preservación de la especie y la raza», pero, para que esto sea posible, han de llevarse a cabo unas viviendas mejores y un buen número de reformas sociales relacionadas. La eugenesia y la sólida educación física eran muy necesarias para promover mejores matrimonios y niños mejores⁷⁰. Unos alemanes decrepitos generarían solo más alemanes decrepitos. Esto no era el sexismo tradicional de las Iglesias cristianas ni era el antifeminismo del siglo XIX. Se trata de un antifeminismo reformulado nacido del antibolchevismo y la democracia antisocial, en la que los judíos/bolcheviques (estas categorías se mezclaban en el discurso nazi) eran acusados de sacar a las mujeres del reino de la familia, el matrimonio y el hogar, insistiendo en su empleo independiente y en hacer posible la limitación de la familia.

A mediados de los años veinte del siglo XX, un pequeño grupo de mujeres nazis comprometidas y enérgicas se opusieron a la exclusión de las mujeres de las funciones de dirección en el partido. Sus argumentos de

⁶⁸ Véase Gisela Bock, «Equality and Difference in National Socialist Racism», en Gisela Bock y Susan James, *Beyond Equality and Difference: Citizenship, Feminist Politics, Female Subjectivity*, Londres, Routledge, 1992, p. 106; véase también Bock, «Racism and Sexism in Nazi Germany: Motherhood, Compulsory Sterilization, and the State», *Signs* 8, 3 (primavera, 1983), pp. 400-421.

⁶⁹ La decisión de la conferencia nazi de 1921: «Ninguna mujer podría ser aceptada para ocupar puestos de dirección en el Partido», citada en Oldfield, «German Women in the Resistance to Hitler», p. 83.

⁷⁰ Adolf Hitler, *Mein Kampf*, Nueva York, Reynal & Hitchcock, 1939; ed. orig. Alemana, 1925; citas, pp. 342-343.

1926, en el periódico del partido, el *Völkischer Beobachter*, articuló exigencias para una participación igualitaria en todas las áreas de la nueva sociedad propuesta por su partido; el propio Alfred Rosenberg, el ideólogo del partido nazi, se enfrentó a sus exigencias insistiendo (en términos reminiscentes de los anteriores argumentos de Hegel y Treitschke, o incluso de Prudhomme, durante la Revolución francesa) en la importancia del *Männerbund*, de la alianza entre varones, como la base del Estado, fuera del cual habrían de estar las mujeres. Rosenberg elaboró la posición nazi en 1930: «La emancipación de la mujer desde el movimiento de emancipación de las mujeres es la primera demanda de una generación de mujeres a la que le gustaría salvar al pueblo y a la raza, al inconsciente eterno, la fundación de toda cultura, del declive y la caída. [...] Ahora bien, debe haber claridad en un punto: solo el hombre ha de ser y seguir siendo juez, soldado y gobernante del Estado»⁷¹.

En abril de 1932, Hitler respondió a una delegación de organizaciones de mujeres que habían expresado su preocupación por el futuro de la igualdad de derechos para las mujeres tal como se había acordado en la Constitución de Weimar: «¿Qué ha hecho realmente la Revolución de 1918 por las mujeres? Todo lo que ha hecho ha sido convertir a 50.000 de ellas en marisabidillas y miembros de partido. Bajo el Tercer Reich, les va a dar igual. Todas las mujeres habrán entonces de tener un marido»⁷². Esta fue una declaración singular para el líder de un partido político de un país que aún tenía un excedente absoluto de unos dos millones de mujeres. Los argumentos antifeministas de Rosenberg, Hitler, Goebbels y los demás fueron muy tenidos en cuenta, tanto fuera como dentro. Por ejemplo, en un panfleto antinazi, particularmente informativo, de 1934, publicado en Inglaterra, Hilda Browning comparaba y contrastaba las afirmaciones programáticas hechas por los líderes nazis y por los comunistas en la URSS sobre la emancipación de las mujeres. El mensaje nazi global, en lo que concernía a la cuestión femenina, no pudo haber sido más explícito.

Con la llegada de Hitler al poder y la deliberada supresión de la actividad feminista, la utilización de las mujeres para los objetivos del Estado autoritario nazi se manifestó en sí misma de un modo particularmente maligno. La perspectiva del partido en la posición de las mujeres recibió una elaboración ulterior. Ofrecía, por cierto, una visión sistemática y descaradamente antifeminista de los roles sexuales, insistiendo en las esferas separadas y en la crianza de los niños para las mujeres, pero también en el cultivo de la fuerza física y la belleza de las mujeres. La importancia del

⁷¹ Alfred Rosenberg, *Der Mythos des xx. Jahrhunderts*, Múnich, Hoheneichen-Verlag, 1930, p. 512; trad. en George L. Mosse (ed.), *Nazi Culture*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1966, p. 40. Véanse la introducción (pp. 22-25) y los documentos en Arendt, Hering y Wagner (eds.), *Nationalsozialistische Frauenpolitik*.

⁷² Hitler, abril de 1932; citado en Hilda Browning, *Women Under Fascism and Communism*, Londres, Martin Lawrence, 1934, p. 3.

papel auxiliar de las mujeres en el Tercer Reich fue explicado pormenorizadamente repetidas veces por parte del portavoz nacionalsocialista: «No hay lugar para la mujer política en el mundo ideológico del nacionalsocialismo», reiteraba Engelbert Huber en 1933; «la resurrección alemana es un acontecimiento masculino»⁷³. El propio Hitler habló largamente sobre el tema en su discurso en el NS-Frauenkongress (Congreso de Mujeres Nacionalsocialistas) en 1934: «La frase "emancipación de la mujer" es el producto del intelecto judío, y su contenido se halla estampado con ese mismo intelecto». El mundo del hombre era el Estado; el «mundo [de la mujer] es su marido, su familia, sus hijos y su casa», tan necesarios para el mundo de los hombres: «Sentimos que no es correcto que una mujer invada el mundo del hombre». El énfasis de Hitler estaba en los «deberes», no en los «derechos». La mujer «ha de ser el complemento del hombre»; los sexos han de ir «mano con mano a través de la vida, combatiendo juntos, exactamente como la Providencia ha ordenado en pos del objetivo para el que los creó a ambos»⁷⁴. Lo que no acaba de estar claro es qué es lo que él pensaba que era «judío» dentro de las ideas feministas, que tenían —tal como hemos visto— una base larga y sólida en el pensamiento europeo.

Aunque Hitler concibió un cierto tipo de complementariedad sexual, su visión estuvo consecuentemente enmarcada como una relación de dominación masculina y subordinación femenina, aligerada por la glorificación; esta era la verdadera antítesis de la «maternidad espiritual» en la sociedad concebida por las tempranas feministas alemanas. La visión nazi fue subrayada de forma sistemática por el ministro de Propaganda e Instrucción Pública de Hitler, el Dr. Josef Goebbels, en febrero de 1934: «La esfera apropiada de la mujer es la familia. Ahí ella es la reina soberana. Si eliminamos a la mujer de todo el ámbito de la vida pública, no lo hacemos para deshonorarla, sino para que su honor pueda serle restaurado»⁷⁵. Gertrud Scholtz-Klink, que de forma elocuente fue elegida por Strasser para encabezar la organización de las mujeres nazis, era fielmente racista así como una defensora de las esferas separadas (y subordinadas). El trabajo de la NS-Frauenschaft era el de «cooperar en el trabajo de reconstrucción de nuestro Führer», comenzando con el trabajo del Servicio de Maternidad del Reich y el Servicio Laboral de las Mujeres. En contraste con

⁷³ Engelbert Huber, *Das ist Nationalsozialismus*, Stuttgart, Union Deutsche Verlagsgesellschaft, 1933, pp. 121-122; trad. en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, p. 47.

⁷⁴ Adolf Hitler, «Die völkische Sendung der Frau», discurso a la Nationalsozialistische Frauenschaft, 8 de septiembre de 1934, Núremberg, repr. en Max Domarus (ed.), *Hitler, Reden und Proklamationen*, vol. I, Würzburg, 1962, pp. 449-454; trad. SGB en *WFF*, vol. 2, doc. 105, pp. 375-378. Todas las citas son de esta traducción.

⁷⁵ Josef Goebbels, 12 de febrero de 1934; citado en Leila Rupp, «Mother of the Volk: The Image of Women in Nazi Ideology», *Signs* 3, 2 (invierno, 1977), p. 363; también en Browning, *Women Under Fascism and Communism*, p. 8.

el anterior movimiento de las mujeres, «en principio, solo permitimos que las líderes de las mujeres alemanas sean alemanas y que se interesen por sí mismas por los asuntos que les son relevantes a los alemanes. [...] Nunca hemos pedido, ni pediremos nunca, derechos igualitarios para las mujeres con respecto a los hombres de nuestra nación»⁷⁶. Scholtz-Klink recordó repetidas veces a las mujeres nazis que las necesidades nacionales han de tener primacía sobre los intereses especiales de las mujeres.

Hitler, Goebbels y Scholtz-Klink no solo estaban respondiendo al desafío de un enemigo feminista que se sentía procedente del exterior y que ahora se asociaba al «judaísmo» y al bolchevismo, sino también a un desafío dirigido por un pequeño grupo de elocuentes feministas dentro del partido nazi. Los historiadores Leila Rupp, Richard Johnson, Jost Hermand y Liliane Crips han contado de formas diversas la historia de estas «feministas nazis», cuyos desafíos fueron finalmente aplastados⁷⁷. Como señala Richard Johnson, estas mujeres nazis eran a la vez racistas y elitistas; pero aunque estaban dentro del marco nazi, sus reivindicaciones eran innegablemente feministas: ellas defendían, al estilo de Tennyson, «dos cabezas reunidas». Sus ideas se expusieron del modo más radical en una colección de ensayos publicados poco después de que Hitler tomara el poder a principios de 1933, *Deutsche Frauen an Adolf Hitler (Las mujeres alemanas, a Adolf Hitler)*, editados por Irmgard Reichenau. En esta obra, quien durante mucho tiempo simpatizante nazi, la escritora Sophie Rogge-Börner, exponía directamente la reclamación de que «una *Volks-gemeinschaft* [comunidad popular] de sangre alemana no podrá a la larga ser conducida y controlada solo por hombres»⁷⁸. Sus argumentos fueron secundados en 1934 por Lydia Gottschewski, en un tratado de grandes dimensiones, *Männerbund und Frauenfrage: Die Frau in neuen Staat (La asociación masculina y la cuestión femenina: la mujer en el nuevo Estado)*. Estas mujeres nazis reivindicaban una colaboración igualitaria en el nuevo régimen; apuntaban al sexismo y a la dominación masculina

⁷⁶ Gertrud Scholtz-Klink, discurso a la Nationalsozialistische Frauenschaft, 10 de septiembre de 1935; repr. en *Der Parteitag der Freiheit 1935, offizieller Bericht über den Verlauf des Reichsparteitages mit sämtlichen Kongressreden*, Múnich, 1935, p. 172; trad. SGB en WFF, vol. 2, doc. 106 (cit. pp. 378-381).

⁷⁷ Discusiones de las feministas nazis se incluyen en Richard L. Johnson, «Nazi Feminists: A Contradiction in Terms», *Frontiers: A Journal of Women Studies* 1, 3 (invierno, 1976), pp. 55-62; Rupp, «Mother of the Volk», pp. 362-379; Jost Hermand, «All Power to the Women: Nazi Concepts of Matriarchy», *Journal of Contemporary History* 19, 4 (octubre de 1984), pp. 649-667; y Gisela T. Kaplan y Carole E. Adams, «Early Women Supporters of National Socialism», en John Milfull (ed.), *The Attraction of Fascism*, Oxford, Berg, 1990, pp. 186-204. Véase también Liliane Crips, «Une Revue "national-féministe": Die deutsche Kämpferin 1933-1937», en *La Tentation nationaliste 1914-1945*, pp. 167-182.

⁷⁸ Sophie Rogge-Börner, «Denkschrift an den Kanzler des deutschen Reiches, Herrn Adolf Hitler, und an den Vizekanzler Herrn Franz von Papen», en Irmgard Reichenau (ed.), *Deutsche Frauen an Adolf Hitler*, Leipzig, Adolf Klein, 1933, pp. 7-11; trad. en Johnson, «Nazi Feminists», p. 57; también repr. en *Frauen im deutschen Faschismus*, vol. I, doc. 23.

como el origen de la decadencia que el nazismo denunciaba. Sophie Philipps planteaba que «en la política de la nueva Alemania, la influencia política activa de la mujer es indispensable»⁷⁹. Invocando el matriarcado y el reparto igualitario del gobierno en una sociedad guerrera teutónica prejudeocristiana, estas mujeres exigían una vuelta a una configuración del poder así. No era la excesiva masculinidad lo que demandaban los nuevos tiempos sino un nuevo ser andrógino, como afirmaba Irmgard Reichenau. En el periódico *Die Deutsche Kämpferin (La Guerrera Alemana, 1933-1937)*, Sophie Rogge-Börner y sus compañeras siguieron demandando la inclusión de las mujeres en la estructura de poder del Tercer Reich, así como la autodeterminación individual. Ellas se oponían al énfasis en el matrimonio y la maternidad:

Adquirir un esposo no es el objetivo de todas las muchachas; no vale cualquier hombre para satisfacer a una muchacha que sea un miembro realmente valioso de la comunidad de nuestro pueblo. Estas chicas rehusarían desempeñar el papel de ganado de cría. [...] No encontraremos en ninguna parte ninguna ley divina ni natural que permita que uno de los sexos exija para sí mismo todos los puestos agradables, honorables, bien remunerados y de dirección y que deje las labores manuales, duras y mal pagadas a los demás⁸⁰.

En septiembre de 1934, el *Die Deutsche Kämpferin* criticó la reintroducción por los nazis de los burdeles regulados por el Estado: «¿Cómo puede originarse una comunidad popular cuando la ley permite que la mitad de la comunidad trate a la otra mitad como una mercancía vendible y cuando solamente la porción femenina está bajo control y puede eventualmente ser castigada, como resultado de los ultrajes contra la decencia cometidos por ambos?».

Este tipo de crítica feminista pública no resultó demasiado bienvenida, y los líderes masculinos nazis pronto se enfrentaron a ella. En los Días del Partido de 1935, cuando Hitler estaba incrementando su esfuerzo de guerra, se dirigió de nuevo al NS-Frauenkongress, asociando el feminismo con el marxismo:

La denominada concesión de derechos igualitarios a las mujeres, que demanda el marxismo, en realidad no concede derechos igualitarios, sino que constituye una privación de derechos, puesto que introduce a la mujer en un área en la que ella es necesariamente inferior. [...] Yo estaría avergonzada de ser un hombre alemán si en una tesitura de guerra tan solo una

⁷⁹ Sophie Philipps, *ibid.*, p. 49; trad. en Johnson, p. 58.

⁸⁰ En *Die Deutsche Kämpferin*, julio de 1934 y septiembre de 1934; trad. en Browning, *Women Under Fascism and Communism*, pp. 16, 20.

mujer tuviera que ir al frente. La mujer tiene su propio campo de batalla. Con cada niño que trae al mundo, lucha su batalla por la nación. El hombre se alza en defensa del pueblo exactamente igual que la mujer se alza en defensa de la familia⁸¹.

En 1936, en la cúspide del rearme alemán y del desafío al Tratado de Versalles, Hitler habló de nuevo contra la idea de la guerrera alemana: «En tanto en cuanto poseamos una saludable raza masculina —y nosotros los nacionalsocialistas nos ocupamos de eso—, no formaremos batallones de morteros ni cuerpos de tiradores femeninos. Porque eso no es igualdad de derechos, sino una disminución en los derechos de la mujer»⁸².

En 1937, el régimen nazi silenció la publicación de Rogge-Börner, *Die Deutsche Kämpferin*. Aparte de las organizaciones religiosas de mujeres, Scholtz-Klink y la organización de las mujeres nazis quedaron como las únicas alternativas para las mujeres activistas durante el Tercer Reich. Aun cuando se volvió a llamar a las mujeres como mano de obra cuando Hitler se encaminó a la guerra total a finales de los años treinta, no fue en interés de su emancipación sino en el servicio ulterior de la revigorizada nación alemana como *Männerbund*. En los años cuarenta del siglo XX, Hitler llegaría a requisar mano de obra masculina de los países derrotados y ocupados por los nazis, como Francia, para mantener en marcha la producción de guerra del Tercer Reich mejor que reclutar a las mujeres como, en último término, hicieron los ingleses. Las judías, por otro lado, fueron juzgadas disponibles tanto como criadoras como trabajadoras; entre 1941 y 1945, los nazis exterminaron a millones de mujeres y niños judíos junto con hombres judíos, gitanos, bolcheviques, socialdemócratas y otros «indeseables».

⁸¹ Adolf Hitler, discurso de 1935 al NS-Frauenkongress, publ. en *Völkische Beobachter*, 15 de septiembre de 1935; trad. en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, pp. 39-40.

⁸² Adolf Hitler, discurso de 1936 a la NS-Frauenschaft, publ. en *Völkischer Beobachter*, 13 de septiembre de 1936; trad. en Mosse (ed.), *Nazi Culture*, p. 39.

MÁS FEMINISMOS EN ESCENARIOS NACIONALES: PORTUGAL, IRLANDA, ESPAÑA Y SUECIA

La cuestión que se plantea a menudo es la de si el fenómeno nazi en Alemania fue único o si tan solo ofrece un caso extremo de unos desarrollos culturales europeos más generales. Este estudio histórico de los feminismos con respecto a los principales acontecimientos políticos de la época debería aclarar que había un buen número de desarrollos paralelos y que una preocupación central para aquellos que organizaron los movimientos derechistas de tipo nacionalista, incluidos los movimientos fascista y nacionalsocialista, y aquellos que apoyaron a estos movimientos, fue poner freno a las aspiraciones feministas y canalizar los movimientos de mujeres para sus propios fines. Su compromiso con la dominación masculina y su hostilidad hacia el feminismo es deliberada, sostenida y central a sus proyectos comunes.

Los intentos por preservar la hegemonía masculina en escenarios europeos figuró de forma significativa en el desarrollo de los nacionalismos agresivos y defensivos, así como en el de los fascismos, tal como se revela en los estudios de los casos de dos países pequeños, de mayoría católica, Portugal e Irlanda, y en una nación mucho más grande, España. Allá donde movimientos agresivamente derechistas fueron débiles y donde el arraigo del catolicismo era menos importante y la sociedad estaba más secularizada, las feministas tuvieron una época más fácil, como nos sugerirá el caso de Suecia. En la mayoría de estos casos, pero especialmente en España y Suecia, los enfoques feministas se enfrentaron tanto con la oposición como con la cooptación por parte de los activistas socialdemócratas y comunistas, entusiasmados con el experimento de reconfiguración de las relaciones sexuales en la URSS y animados por el intento de la Tercera Internacional, al menos teóricamente, de exportar el modelo ruso.

En la nación de Portugal, rural y católica, la Primera República reemplazó a un viejo Estado monárquico en 1910, en el que un movimiento feminista organizado, pequeño pero entusiasta, se estableció en Lisboa conjuntamente con las reivindicaciones de sufragio masculino. A los hombres portugueses se les permitió votar en 1911. La Liga Republicana das Mulheres Portuguesas (Liga Republicana de las Mujeres Portuguesas), en la que Adelaide Cabete y Ana de Castro Osório desempeñaron importantes papeles, se agitaron por la inclusión de las mujeres en el trabajo de la nueva república y por la educación prolongada de las mujeres sobre los principios democráticos. Este grupo, que tenía cientos de miembros, trabajó también por una ley de divorcio, por la autonomía económica de las mujeres casadas y por un buen número de otras reformas legales que allanarían el camino al futuro de la mujer como «individuos autónomos y conscientes»¹.

La realización de estas iniciativas fue interrumpida por la Primera Guerra Mundial, durante la que el gobierno portugués se unió a los aliados, en particular para ayudar a Inglaterra. En contraste con la mayoría de los países combatientes, las bajas de guerra no precipitaron un trauma nacional; en 1920, Portugal tenía una población de unos seis millones de habitantes, la mayoría de los cuales carecía de formación en métodos democráticos. Un golpe de Estado militar tomó el control de la república en 1926 y, con la imposición de un régimen autoritario por António de Oliveira Salazar, la mayoría de las feministas se encontró en oposición al Estado Novo, el «Nuevo Estado» cuyos principios eran rotundamente católicos, nacionalistas y corporativistas. La Constitución salazarista de 1933 concedía derechos igualitarios —excepto para la igualdad sexual— defendiendo la importancia de la exclusión de las mujeres de tales derechos basados en «diferencias que resultan de su naturaleza y del bienestar de la familia»². Solo podían votar las mujeres que habían completado la educación secundaria o superior y también podían ser elegidas... pero en un sistema de partido único en el que no había ninguna elección, esto no era más que una victoria pírrica. Las tres mujeres diputadas elegidas en 1933 eran conservadoras, católicas y solteras.

Como en Italia bajo Mussolini, y posteriormente en Alemania bajo Hitler, la administración de Salazar solo permitió asociaciones de mujeres organizadas de forma oficial tales como la Obra de Mães para a Educação

¹ Los estatutos de 1909 y 1910 de la Liga Republicana se reproducen en João Gomes Esteves, *A Liga Republicana das Mulheres Portuguesas: Uma organização política e feminista (1909-1919)*, Lisboa, Comissão para a Igualdade e para os Direitos das Mulheres (CIDM), 1991, pp. 177-184.

² Elina Guimarães, *Femmes portugaises hier et aujourd'hui*, 2.ª ed., Lisboa, Comissão da Condição Feminina, 1989, p. 18; orig. publ. en portugués, 1987.

Nacional (OMEN, Madres para la Educación Nacional) y la Mocidade Portuguesa Feminina (MPF, Organización de las Mujeres Jóvenes Portuguesas). Después de la Segunda Guerra Mundial (en la que Portugal permaneció neutral), el Consejo Nacional de Mujeres Portuguesas «no oficial» fue disuelto por orden del gobierno, lo mismo que la asociación de las mujeres portuguesas para la paz. Las «razones reales» para su disolución, según los historiadores Anne Cova y António Costa Pinto, tuvieron que ver con la participación franca de sus miembros en la resistencia clandestina emergente al «Nuevo Estado» de Salazar³.

No solo se abolió la coeducación en las escuelas primarias, sino que la Constitución de 1966 reestableció el principio de la autoridad marital ejercida por los maridos. Entretanto, las defensoras del feminismo se encontraron con sus artículos censurados o relegados a la página de mujeres en los periódicos. Solamente en los últimos años del salazarismo, a principios de los años setenta, cambió la adversa situación y reemergió el activismo y la protesta feminista en Portugal.

IRLANDA

La nueva República de Irlanda, establecida a principios de los años veinte del siglo XX, ofrece un caso de estudio muy bien documentado de tensiones entre feminismo y nacionalismo. En el siglo XVIII, Irlanda había disfrutado de Parlamento propio, pero desde 1799 (con el fracaso del movimiento de independencia irlandés, que fue apoyado por la Francia revolucionaria), los irlandeses habían sido tratados de forma ruda como una especie de colonia inglesa, con el resultado de que, a finales del siglo XIX, se desarrolló un fuerte movimiento por el renacimiento de la cultura irlandesa y por el autogobierno, con vistas a la independencia. Tal como hemos visto en el capítulo VIII, este movimiento agresivamente nacionalista floreció a principios del siglo XX y, de forma paralela, se desarrolló un movimiento feminista muy ruidoso enfocado claramente a la obtención del sufragio para todas las mujeres irlandesas⁴.

³ Anne Cova y António Costa Pinto, «Les Femmes et le salazarisme», en Christine Fauré (ed.), *Encyclopédie historique et politique des femmes*, París, Presses Universitaires de France, 1997, pp. 685-699. Le estoy muy agradecida a Anne Cova por haberme enviado una copia de este artículo antes de su publicación.

⁴ Para una espléndida guía sobre la bibliografía en expansión referente a la historia de las mujeres irlandesas y sobre la historia del feminismo irlandés, véase el número especial de *Journal of Women's History* 6, 4; 7, 1 (invierno-primavera, 1995), *Irish Women's Voices: Past and Present*, Joan Hoff y Moureen Coulter (eds.). Sobre mujeres y nacionalismo irlandés, véase en especial Margaret Ward, *Unmanageable Revolutionaries: Women in Irish Nationalism*, Londres, Pluto Press, 1983; y Ward, *Maud Gonne: A Life*, Londres, Pandora Press, 1990. Una obra más antigua es Lil Conlon, *Cumann na mBan and the Women of Ireland, 1913-1925*, Kilkenny, Kilkenny People, 1969.

Las mujeres irlandesas, ardientemente nacionalistas, se encontraban preocupadas por la canalización de la obsesión sufragista. En su muy citado discurso «Las mujeres, los ideales y la nación» (luego reimpreso como *Call to the Women of Ireland [Llamamiento a las mujeres de Irlanda]*), la feminista nacionalista militante irlandesa Constance (Gore-Booth) Markievicz advertía a las mujeres contra el hecho de vincularse a las sociedades sufragistas que no presentaban de forma prominente la independencia nacional como un objetivo: «Una Irlanda libre sin desventajas sexuales en su Constitución» debería ser el lema de todas las mujeres nacionalistas. Y es un gran lema». Ella comparaba la causa irlandesa con la de los rusos que combatían al zar y con los polacos que buscaban la independencia. (El marido de Markievicz, Casimir, era de ascendencia polaca). Irlanda estaba siendo gobernada como «una provincia extranjera»: «Inglaterra está ahora sometiendo por la fuerza a tres naciones civilizadas, [...] Irlanda, India y Egipto, por no hablar de sus territorios salvajes y de Sudáfrica». Markievicz hizo un llamamiento a sus compatriotas femeninas más jóvenes para poner su nación por delante de su sexo: «La vieja idea de que una mujer solo puede servir a su nación a través de su hogar está pasada, por tanto, ha llegado la hora; sobre vosotras descansa la responsabilidad [...] tenéis que hacer que el mundo os vea primero como ciudadanas y luego como mujeres»⁵.

La proclamación de la República de Irlanda, dictada durante el Alzamiento de Pascua de 1916, estipulaba derechos igualitarios políticos para los irlandeses e irlandesas:

La República de Irlanda está autorizada, y por eso reclama la lealtad de todo irlandés e irlandesa. La República garantiza la libertad religiosa y civil, los derechos y las oportunidades iguales para todos los ciudadanos y declara su resolución para buscar la felicidad y la prosperidad de la nación entera y de sus partes, amando a todos los hijos de la nación de igual manera⁶.

El Alzamiento de Pascua fue seguido de un estado no declarado de guerra con Inglaterra. Por mor de la brutalidad de la represión inglesa, en

⁵ Constance de Markievicz, *A Call to the Women of Ireland, Being a Lecture Delivered to the Students' National Literary Society, Dublin, under the Title of «Women, Ideals, and the Nation»*, Nueva York, The Irish Industries Depot of the Gaelic League of Ireland, sin fecha (ca. 1917-1918); citas, pp. 6, 4, 16, 12. Desde 1985, se han publicado dos biografías de Constance de Markievicz (a veces llamada Constance Markievicz): Diana Norman, *Terrible Beauty: A Life of Constance Markievicz*, Londres, Hodder & Stoughton, 1987; y Anne Haverty, *Constance Markievicz*, Londres, Pandora, 1988. También deberían consultarse las biografías anteriores realizadas por Jacqueline van Voris y Anne Marreco.

⁶ Proclamación de la República de Irlanda, Lunes de Pascua de 1916; repr. en Rosemary Cullen Owens, *Smashing Times: A History of the Irish Suffrage Movement*, Dublín, Attic Press, 1984, p. 113.

la que fueron ejecutados todos los líderes masculinos del alzamiento, incluida la pacifista feminista Francis Sheehy Skeffington, y muchos otros encarcelados, el movimiento por la independencia de Irlanda liderado por el Sinn Féin se ganó un gran apoyo popular. El militarismo en nombre de la independencia era contagioso. Entusiasmadas por el ejemplo de Constance Markievicz y otros, muchas mujeres irlandesas se hicieron activistas de la independencia junto con los hombres.

De forma irónica, las mujeres irlandesas obtuvieron el voto de parte del Parlamento británico antes de que tuvieran una nación soberana a la que considerar como propia. La delegación del Parlamento irlandés siguió oponiéndose a la inclusión de las mujeres. Con la aprobación de la Ley de Representación del Pueblo, a comienzos de 1918, el Parlamento británico permitió el voto a las mujeres irlandesas de más de treinta años así como a sus homólogas inglesas; los hombres tenían derecho al voto desde los veintiuno. Las mujeres de Cumann na mBan, la organización de mujeres asociada con el partido nacionalista irlandés, Sinn Féin, se dio prisa en demandar los votos de las mujeres para apoyar la causa de la independencia irlandesa:

Mujeres irlandesas, vuestro país os llama a participar en devolverlo al lugar que le corresponde entre las naciones. [...]

El partido del Sinn Féin defiende una Irlanda que desarrolle todos sus recursos industriales y agrícolas y que sea capaz de ofrecer empleo remunerado a todos los irlandeses e irlandesas.

Una Irlanda que recaude sus propios impuestos y que los gaste en el país que los produce para el desarrollo de ese país.

Una Irlanda libre de la nefasta deuda de guerra inglesa.

Una Irlanda próspera... próspera del modo en que son prósperas Dinamarca, Holanda, Noruega y Suecia.

Una Irlanda formada y cultivada.

Una Irlanda independiente⁷.

El Sinn Féin fue el único partido político que nombró candidatos femeninos en las elecciones generales de 1918; dos fueron elegidas, incluida Constance Markievicz, que para entonces estaba presa del gobierno inglés. Nunca llegó a tomar su escaño y, en su lugar, se convirtió en ministra de Trabajo en el gobierno republicano irlandés rebelde.

El nacionalismo triunfó durante los años de la guerra con Inglaterra por la cuestión de la independencia. En el número final de la publicación sufragista *Irish Citizen* (finales de 1920), Hanna Sheehy Skeffington, que

⁷ *The Present Duty of Irishwomen*, publicado por la dirección del Cumann na mBan, Dublín, ca. 1918; repr. en Maria Luddy (ed.), *Women in Ireland, 1800-1918*, Cork, Cork University Press, 1995, p. 319.

para entonces se había quedado viuda, que había empleado toda su energía en la Liga por el Derecho al Voto de las Mujeres Irlandesas, describía con tristeza cómo el movimiento de las mujeres irlandesas se había convertido en una víctima de la guerra: «Las mujeres se convertían en patriotas o en esposas o viudas de héroes, más que en seres humanos, por tanto, ahora en Irlanda, la lucha nacional ensombrece a todas las demás»⁸.

A finales de 1921, los 26 condados del sur de Irlanda, con una población de menos de tres millones de habitantes, obtuvieron con éxito el autogobierno —es decir, la independencia legislativa—, aunque permaneciendo bajo el paraguas administrativo de la Commonwealth británica, con un gobernador general nombrado por Londres. Se requería aún de parte de los representantes un juramento de lealtad al rey; esto apartó a todos los partidarios más radicales del Sinn Féin, que no defendían otra cosa que una independencia completa de la República de Irlanda. En 1922, la Constitución del Estado Libre de Irlanda (*Saorstát Éireann*, en gaélico) establecía un Parlamento en dos cámaras, y el artículo 3 proclamaba: «Todos los ciudadanos, como seres humanos que son, serán considerados iguales ante la ley, sin distinción de su sexo». Las mujeres y los hombres de más de veintidós años podían votar y ocupar cargos en la administración. Ahora bien, en el Estado Irlandés Libre, como en la anterior lucha por el sufragio, parecía que los mayores enemigos de la completa emancipación de las mujeres eran los hombres irlandeses nacionalistas, entre los cuales destacaba Eamon de Valera, quien desempeñaría un papel destacado en la política irlandesa como primer ministro y como ministro de Asuntos Exteriores durante los 20 años siguientes. La Constitución de 1922, en el juicio de la historiadora Rosemary Cullen Owens, fue «la última pieza de la legislación progresista que afectó a las mujeres hasta la época reciente»⁹. A las feministas irlandesas no les faltaron objetivos a corregir, comenzando por la situación particularmente desposeída de las esposas en el derecho civil.

Entre 1922 y 1937, 11 mujeres sirvieron en el Dáil (Cámara de Representantes) y en el Seanad (Senado); la mayoría de ellas eran o viudas o hermanas de hombres que antes estuvieron activos en la vida política irlandesa y muy pocas aplicaron una perspectiva feminista a la legislación. Tal como ha subrayado la historiadora Mary Clancy, «las mujeres repre-

⁸ Hanna Sheehy Skeffington, en *The Irish Citizen*, número de septiembre-diciembre de 1920; citado por Owens, *Smashing Times*, p. 129; una versión levemente diferente aparece en Mary Cullen, «How Radical Was Irish Feminism between 1860 and 1920?», en *Radicals, Rebels, & Establishments*, ed. Patrick J. Corish, *Historical Studies* [Irish Conference of Historians] 15 (1985), p. 195.

Sobre Sheehy Skeffington, véanse los listados de biografías del capítulo VIII, n. 28. Sobre el *Irish Citizen*, véase también Louise Ryan, «The Irish Citizen, 1912-1920», *Saothar* 17 (1992), pp. 105-111; y Dana Hearne, «The Irish Citizen 1914-1916: Nationalism, Feminism, and Militarism», *Canadian Journal of Irish Studies* 18, 1 (1992), pp. 1-14.

⁹ Owens, *Smashing Times*, p. 130.

sentantes no son necesariamente progresistas tan solo en virtud de su género, sino que [...] hay que tener en cuenta también factores como la orientación política conservadora, la religión o la clase»¹⁰. Tan solo las senadoras Jennie Wise Powers y Kathleen Clarke, ambas veteranas del Sinn Féin (Wyse Powers había sido durante mucho tiempo vicepresidenta), hablaron duramente en la legislatura cuando se debatían diversas medidas restrictivas¹¹. En cuestiones que tuvieran que ver con el divorcio, el acceso a la información contraceptiva, la elevación de la edad de consentimiento para las muchachas, la situación legal de las madres solteras y la prostitución —todas discutidas en la legislatura durante los años veinte y treinta del siglo xx—, la mayoría de las diputadas mantuvieron un perfil excesivamente bajo. Los esfuerzos por restringir el empleo de las mujeres, en particular prohibiendo que las mujeres hicieran el servicio militar en formas diversas (1925) o frenando su empleo en la industria (1935), fueron combatidos por las dos senadoras, que criticaron repetidas veces el fracaso de los hombres nacionalistas irlandeses para mantenerse unidos a la mujeres irlandesas. La oposición feminista estaba viva y bien en un conglomerado de grupos de mujeres irlandesas, pero estaba demasiado poco representada en el nuevo Parlamento irlandés.

Las feministas irlandesas se opusieron fuertemente a los esfuerzos legislativos para eximir a las mujeres del servicio como jurado en 1924 y, de nuevo, en 1927. La historiadora Maryann Gialanella Valiulis ha subrayado la importancia simbólica del debate sobre el derecho de las mujeres a sentarse en los jurados: «De lo que se trataba era de la reivindicación de las mujeres de participar en la vida pública, política, del país y, en un nivel más amplio, de la identidad poscolonial de las mujeres. [...] El primer gobierno indígena del Estado Libre de Irlanda trató de eliminar a las mujeres de la vida pública, para quitarles a las mujeres derechos que ya poseían»¹². En 1924, el asunto era la exención según demanda, porque muchas mujeres parecían reticentes a servir en jurados. La resolución enviada a todos los miembros del Dáil por la Asociación de Mujeres Ciudadanas Irlandesas insistía en «que las mujeres no tienen derecho a hacer dejación de los deberes y responsabilidades que implica la ciudadanía»; eximir las solamente en razón de su sexo sería «injusto para los hombres ciudadanos y despectivo para las mujeres»¹³. En 1927, el gobierno iría

¹⁰ Mary Clancy, «Aspects of Women's Contribution to the Oireachtas Debate in the Irish Free State, 1922-1937», en Maria Luddy y Cliona Murphy (eds.), *Women Surviving: Studies in Irish Women's History in the 19th & 20th Centuries*, Dublin, Poolbeg, 1990, p. 209.

¹¹ Véase Marie O'Neill, *From Parnell to De Valera: A Biography of Jennie Wyse Power, 1858-1941*, Dublin, Blackwater Press, 1991; y Kathleen Clarke, *Revolutionary Woman: An Autobiography, 1878-1972*, Dublin, O'Brien Press, 1991.

¹² Maryann Gialanella Valiulis, «Defining Their Role in the New State: Irishwomen's Protest Against the Juries Act of 1927», *Canadian Journal of Irish Studies* 18, 1 (julio de 1992), p. 43.

¹³ Resolución de la Asociación de Mujeres Irlandesas, publ. en *The Irish Times*, 12 de marzo de 1924; citado en Valiulis, «Defining Their Role», p. 44.

aún más allá, al exigir la completa eliminación de las mujeres del servicio de jurado, dado que la mayoría de las mujeres solicitaban la exención. El gobierno afirmaba que mantener las listas de exenciones y no-exenciones resultaba demasiado caro, y que no era conveniente ofrecerles facultades públicas a las mujeres miembros de jurados. El ministro de Justicia, Kevin O'Higgins fue más allá para criticar a aquellas mujeres que defendían el servicio de jurado de las mujeres como «mujeres adelantadas propagandistas», «mujeres autoproclamadas portavoces», y nada representativas de las mujeres en general, de las que él proclamaba que no tenían ningún interés en servir en jurados. Los grupos para los derechos de las mujeres se opusieron fuertemente; insistían en que «el acceso al servicio de jurado era un "derecho constitucional que ningún ministro podía alterar sin violar el artículo 3 de la Constitución del Estado Libre de Irlanda"»¹⁴. ¿Cuál sería el objetivo siguiente?, ¿el voto mismo?

Fuera del Parlamento, tuvo lugar un debate realmente importante sobre este tema en la prensa dublínese. Feministas como Hanna Sheehy Skeffington se enfrentaron en público a los argumentos de los ministros del gobierno; afirmaban, además, que no se había consultado a ningún grupo de mujeres. En el Senado, Jennie Wyse Powers insistía en que la aprobación de esta ley inhabilitadora detendría el espíritu público de las mujeres que se había desarrollado los 50 años anteriores cuando «los hombres que comandaban los movimientos políticos y los encaminaron, por lo general, al éxito utilizaron a las mujeres con el fin de conseguir su objeto»¹⁵. En el debate periodístico que vino a continuación, los grupos de mujeres e individuos también publicaron en prensa argumentos en pro de la complementariedad sexual o la «igualdad en la diferencia», como razones por las que las mujeres aportaban algo único al servicio del jurado. Las mujeres portavoces de grupos tan diversos como la Irish Women Workers' Union (IWWU, Unión de las Mujeres Trabajadoras Irlandesas) y el Save the Children Fund (Fondo Salvado a los Niños) insistieron en la presencia cívica de las mujeres como jurados, sea cual sea el crimen y sea quien sea el acusado. Tampoco es que las mujeres fueran a desatender sus hogares si eran llamadas al deber de ser jurado: «Seguramente el argumento del hogar y el marido desatendidos se ha vuelto demasiado débil y pobre como para que se hable de salvarlo de un modo que daría la risa en cualquier país civilizado»¹⁶. El gobierno sí que introdujo una enmienda que permitiría a las mujeres ofrecerse como voluntarias, que de inmediato llevó a unas consideraciones poco halagüeñas sobre qué tipo de mujeres

«respetables» pudieran servir. El proyecto de ley fue aprobado con la enmienda. La coalición opositora sencillamente no tenía los votos suficientes para pararla.

Pronto aparecerían nuevos obstáculos en el camino de las feministas irlandesas puestos por las autoridades de la Iglesia católica. Aun antes de que las encíclicas papales de principios de los años treinta del siglo XX reforzaran estas opiniones, los sociólogos católicos irlandeses se expresaron contra el trabajo de las mujeres. Por ejemplo, el jesuita Edward Cahill escribía en 1925:

Es un deber del Estado cristiano remediar mediante una legislación prudente los abusos que han llevado a un número excesivo de mujeres al empleo industrial fuera del hogar. [...] En un Estado cristiano, las mujeres deberían ser excluidas incluso por ley de las ocupaciones impropias o peligrosas para la modestia femenina. El empleo de las mujeres o las madres en fábricas o fuera de su propia economía doméstica debería ser estrictamente limitado por la legislación¹⁷.

Los condados del Estado Libre de Irlanda apenas tenían fábricas y una tasa muy baja de empleo femenino. Ahora bien, el problema se preveía. Así, en 1935, la aprobación de la Ley de Condiciones del Empleo, que restringía de un modo severo las oportunidades femeninas, aseguró que el Estado Libre de Irlanda fuera puesto en la lista negra por la Oficina Internacional del Trabajo de la Sociedad de Naciones en razón de la discriminación sexual en sus condiciones de empleo. Era exactamente este tipo de cosa para la que se había organizado la Unión de las Mujeres Trabajadoras Irlandesas de Louie Bennett¹⁸.

En 1937, vino el esfuerzo del primer ministro Eamon de Valera para reescribir la Constitución, estableciendo la independencia de la República irlandesa por decreto. La nueva Constitución fue impresa durante la crisis en la política británica en torno a la abdicación de Eduardo VIII. El Estado Libre de Irlanda se convirtió en Eire, o Irlanda, y el gobernador general fue reemplazado por un presidente irlandés electo. Aunque la nueva Constitución retuvo el lenguaje que estipulaba los derechos políticos igualitarios para hombres y mujeres, la igualdad sexual acabó abruptamente allí. Las palabras «sin distinción de sexo» se extirparon del artículo 40.1, que entonces quedó: «Todos los ciudadanos, como seres humanos, serán considerados iguales ante la ley». Esta frase, podada de su carácter anterior,

¹⁴ *The Irish Times*, 22 de febrero de 1927; citado en Valiulis, «Defining Their Role», p. 46.
¹⁵ *Senate Debates*, 30 de marzo de 1927 (vol. 8, cols. 682-683); citado en Valiulis, «Defining Their Role», p. 49.

¹⁶ Carta al editor. *The Irish Times*, 17 de febrero de 1927; citada en Valiulis, «Defining Their Role», p. 51.

¹⁷ Edward Cahill, SJ, «Notes on Christian Sociology», *Irish Monthly* 54 (enero de 1925); citado por Maryann Giallannella Valiulis, «Power, Gender, and Identity in the Irish Free State», *Journal of Women's History* 6, 4; 7, 1 (invierno-primavera, 1995), p. 134, n. 21.

¹⁸ Véase Richard Michael Fox, *Louie Bennett: Her Life and Times*, Dublín, Talbot Press, 1958; y Mary Jones, *These Obstreperous Lassies: A History of the Irish Women Workers' Union*, Dublín, Gill & Macmillan, 1988.

fue seguida por el añadido de De Valera: «No hay que pensar que esto quiera decir que el Estado no haya de prestar en sus disposiciones la debida atención a las diferencias de capacidad, física y moral, y de función social». De nuevo, se había colado el argumento de la «utilidad» o de la «conveniencia». En el caso irlandés, como antes en Francia, ese argumento marcaba un camino franco para separar —y, en este caso, subordinar— las esferas.

Para las feministas, los aspectos más controvertidos de la nueva Constitución se apoyan en tres artículos. En el artículo 41.2 se lee lo siguiente:

- 1) En particular, el Estado reconoce que con su vida dentro del hogar, la mujer le da al Estado una ayuda sin la que no puede lograrse el bien común.
- 2) El Estado deberá, por tanto, esforzarse por asegurar que las madres no estén obligadas por la necesidad económica a comprometer en el trabajo el descuido de sus deberes en el hogar¹⁹.

Esta sección fue seguida por el artículo 45, sección 4.2, que decía: «El Estado tratará de asegurar que no se abuse de la fuerza y la salud de los hombres y mujeres trabajadores y la tierna edad de los niños y de que los ciudadanos no se vean obligados por la necesidad económica a dedicarse a actividades inapropiadas para su sexo, edad o fuerza». Una medida ulterior prohibió, efectivamente, el divorcio, pero esta medida fue apoyada en la época por muchas mujeres irlandesas, incluidas las feministas que tomaron un papel activo en la vida política irlandesa.

Tales propuestas solamente podían leerse —en lo que Eamon de Valera insistió repetidas veces— como un tributo al trabajo no remunerado de las mujeres y las madres y como un esfuerzo meticuloso de esquivar los problemas que tenían que ver con la industrialización. Ahora bien, en el contexto amplio de la Europa de los años treinta del siglo XX, siguiendo las encíclicas papales de los años 1930 y 1931 (que tuvieron una importancia enorme en la Irlanda católica), el redoblado esfuerzo en diversos países por sacar a las mujeres casadas (consideradas como doblemente asalariadas) de la fuerza de trabajo, y en particular la insistencia fascista en el lugar de las mujeres como fuera de la vida política y económica, estas medidas han de leerse de un modo bastante diferente. Lo que aún sorprende es que ninguna de las tres diputadas al Dáil —las «hermanas silenciosas», como las denominó Hanna Sheehy Skeffington— levantara su voz en señal de protesta. Una vez más, cualquier oposición que se diera vino de las feministas que estaban fuera.

¹⁹ Todas las citas procedentes de la Constitución irlandesa de 1937 según repr. en Yvonne Scannell, «The Constitution and the Role of Women», en Brian Farrell (ed.), *De Valera's Constitution and Ours*, Dublín, Gili & Macmillan, 1988, p. 124.

La campaña de prensa, de reuniones y de envío de cartas montada por las feministas irlandesas aseguró que el público no pudiera equivocarse sobre los problemas inherentes al lenguaje de la nueva Constitución propuesta. Gertrude Gaffney, escribiendo en el *Irish Independent* (7 de mayo de 1937), afirmaba que «cualquier reducción de los derechos como ciudadanas va a enviar al final a todo el cuerpo de mujeres inteligentes a los brazos del comunismo, que al menos les promete juego limpio». Y añadía:

Las mujeres están en su mayoría en este país, y si se dejan robar los derechos que tanto ha costado ganar no van a ser solo ellas las que van a sufrir por su indiferencia, sino que sus hijas sufrirán más, pues sus oportunidades de asegurar el trabajo en el futuro se reducirán en más de la mitad de lo que son en el presente y criarlas será por completo un puro lastre²⁰.

Mary S. Kettle, que presidió el Comité Conjunto de las Sociedades de Mujeres, reforzó la preocupación de Gaffney, insistiendo en que «si estos artículos (40, 41, 45) se convierten en leyes, ninguna mujer que trabaje, ya sea en el comercio, en la industria o en su profesión..., tendrá ninguna seguridad de ningún tipo»²¹.

Louie Bennett, cabeza de la Unión de las Mujeres Trabajadoras Irlandesas, escribió una carta abierta al primer ministro para protestar por la redacción propuesta. La adición del artículo 40.1, insistía ella, era «una frase susceptible de muchas interpretaciones altamente peligrosas, no solo para las mujeres, sino para las clases o grupos tanto de hombres como de mujeres. [...] En un periodo de ideología fascista como el que el mundo está experimentando, los trabajadores normales no pueden dejar de mirar con sospecha a una frase tan vaga en un documento tan vital como es la Constitución propuesta». Como para el artículo 45, sección 4.2, Bennett añadió, «este abre la puerta a la legislación fascista de un tipo objetable»²². Las objeciones por parte de otras líderes feministas expresadas en una reunión de protesta patrocinada por la asociación de mujeres universitarias solamente se publicaron en *Prison Bar*, un periódico de poca difusión editado por la venerable nacionalista y reformadora cultural irlandesa Maud Gonne MacBride. Las protestas de las feministas irlandesas estuvieron sujetas a una censura en la prensa normal irlandesa.

Alertados por las feministas irlandesas, los grupos internacionales de mujeres protestaron directamente a la oficina del primer ministro (Departamento de Taoiseach). La presidenta del comité ejecutivo del Six Point

²⁰ Gertrude Gaffney, «A Woman's View of the Constitution», *Irish Independent*, 7 de mayo de 1937, pp. 5-6; citas, p. 6.

²¹ Mary S. Kettle, carta al editor, «Constitutional Status of Women», *Irish Press*, 11 de mayo de 1937.

²² Louie Bennett, carta abierta a De Valera, publ. bajo el título de «Readers' Views: Women and the Constitution», *Irish Press*, 12 de mayo de 1937.

Group, con sede en Londres, Betty Arendale, afirmaba que «estas cláusulas estaban basadas en una concepción de la mujer como un ser no adulto que es muy débil y cuyo lugar es el hogar». Y añadía: «La lucha de Irlanda por la libertad no habría tenido tanto éxito si las mujeres irlandesas hubieran obedecido estas cláusulas. [...] Si tan solo ayudaseis a las mujeres a ser libres en lugar de aplicarles estas tiránicas restricciones, estaríais haciendo un gran servicio a las mujeres y a Irlanda»²³. Margery Corbett Ashby, presidenta de la Alianza Internacional de Mujeres para el Sufragio y la Ciudadanía en Igualdad, escribió a De Valera acerca de las preocupaciones de su grupo sobre «cualquier redacción que pueda interpretarse posteriormente como un permiso para las discriminaciones contra la ciudadana femenina»²⁴. Pese a las campañas de las feministas irlandesas contra la nueva redacción constitucional, no obstante, el referéndum constitucional fue aprobado con los párrafos inaceptables intactos. Cuatro feministas veteranas se presentaron para el Dáil en 1943 como independientes, esperando conseguir el apoyo de las mujeres votantes contra las cláusulas discriminatorias y otras leyes, sentando así las bases para un partido de mujeres, pero fueron estrepitosamente derrotadas.

Esta derrota resultó duradera. Fue tan solo en los años setenta del siglo XX cuando la agitación para mejorar el estatus de las mujeres en Irlanda volvió a encenderse. Hasta entonces, las fisuras a través de las cuales el magma feminista podía fluir en Irlanda fueron virtualmente selladas. A pesar de los significativos avances hechos por las feministas irlandesas en los últimos 20 años, las cláusulas censurables estarán aún incrustadas en la Constitución de Irlanda en los años noventa del siglo XX²⁵.

²³ Carta de Betty Archdale, LL.B., a Eamon de Valera, 14 de junio de 1937, en los archivos, Departamento del Taoiseach, Archivos Nacionales, Dublín. Mi agradecimiento a Catriona Crowe por adelantarme una fotocopia de esta carta y de la siguiente, así como los recortes citados en las notas 18-20, *supra*.

²⁴ Carta de Margery Corbett Ashby, en nombre de la IAWSEC, a De Valera, 7 de julio de 1937, Departamento del Taoiseach, Archivos Nacionales, Dublín.

²⁵ Pese a la convocatoria en 1970 de la Comisión sobre el Estatus de las Mujeres en Irlanda, la publicación de varios informes —sobre la remuneración igualitaria (1971), un informe completo (1973), un informe de desarrollo (1976)— y los pleitos al evaluar las cláusulas constitucionales, ha seguido llevándose mucho tiempo a las feministas cambiar siquiera unas pocas de las desventajas legales a las que estaban sometidas las mujeres irlandesas. Tal como ha recalcado Mary Robinson, una abogada feminista, y de forma más reciente también el presidente de la República Irlandesa, la presión ejercida sobre Irlanda por la Comisión Económica Europea para que se ajustase a sus cláusulas de igualdad ha brindado una importante motivación para el cambio. De acuerdo con el Informe de Desarrollo de la Comisión Irlandesa de 1976 sobre el Estatus de las Mujeres:

«A la vez que se han hecho notables progresos a la hora de implementar algunas de las áreas del Informe [de 1973], en particular las de bienestar social, igualdad en los salarios, reforma de la ley de familia y servicio de jurado, siguen quedando otras áreas importantes de discriminación. Por ejemplo, las leyes de tasas penales siguen aún en vigor contra las mujeres trabajadoras casadas, no se ha promulgado ninguna legislación para la protección de la maternidad ni se ha hecho ningún progreso en relación a la provisión de servicios de asistencia a los niños para las madres trabajadoras».

El caso irlandés ejemplifica lo que podía pasar en un Estado nuevo, nominalmente republicano y democrático, en el que las mujeres habían adquirido derechos políticos y civiles pero, a causa de la cultura política y religiosa predominante, unida a las continuas dificultades económicas, no vio la necesidad —o no tuvo la energía suficiente— para valerse de estos derechos con fines emancipatorios, a pesar de los enormes esfuerzos realizados por sus hermanas feministas para movilizarlas en oposición a la política masculinista de los hombres republicanos.

ESPAÑA

España, con una población de 23,5 millones en 1930, era un país más grande y más diverso que Portugal o la República de Irlanda. Aún predominantemente rural y católico, se trataba de un Estado federal de regiones distintas unidas por una monarquía vieja, ostensiblemente constitucional pero tambaleante; de 1923 a 1930, se suspendió el corrupto gobierno parlamentario y España fue gobernada por una dictadura militar bajo el general Miguel Primo de Rivera. Durante el régimen de Primo de Rivera, se promulgó la legislación laboral protectora para las mujeres, incluido el permiso de maternidad pagado para las mujeres que trabajaban en la industria y la prohibición del trabajo nocturno (que situó el derecho español en línea con la Convención de Washington de 1919). Las actividades separatistas catalanas, los problemas en el Marruecos español y la agitación de los trabajadores en el país, perturbaron al régimen. El analfabetismo, la pobreza, la mortalidad infantil, la creciente prostitución y las leyes discriminatorias ofrecieron una amplia agenda para el movimiento feminista. Los años treinta del siglo XX, no obstante, serían particularmente turbulentos en el frente político, con la caída de Primo de Rivera a finales de 1930 y con la proclamación de la Segunda República a mediados de abril de 1931. Estos desarrollos abrieron fisuras a través de las cuales fluyeron profusamente las reivindicaciones feministas²⁶.

Extraído del «Progress Report on the Implementation of the Recommendations in the Report of the Commission on the Status of Women, by Women's Representative Committee to Minister for Labour, December 1976»; citado en Mary Robinson, «Women and the New Irish State», en Margaret MacCurtain y Donncha O'Corrain (eds.), *Women in Irish Society: The Historical Dimension*, Westport, Greenwood Press, 1979; ed. orig. Dublín, 1978, p. 65.

²⁶ Para un estudio del feminismo español y su contexto cultural, véase el capítulo introductorio de Mary Nash, *Defying Male Civilization: Women in the Spanish Civil War*, Denver, Arden Press, 1996; sobre su historiografía hasta 1990, véase Mary Nash, «Two Decades of Women's History in Spain», en Karen Offen, Ruth Roach Pierson y Jane Rendall (eds.), *Writing Women's History: International Perspectives*, Londres, Macmillan; Bloomington, Indiana University Press, 1991, pp. 392-393. Entre las obras indispensables: Geraldine M. Scanlon, *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*, 2.ª ed., Madrid, Akal, 1986; ed. orig. 1976; Concha Fagoaga de Bartolomé, *La voz y el voto de las mujeres, 1877-1931*, Barcelona, Icaria,

Entre las mujeres de la ciudad, con formación, en España, el feminismo estaba muy vivo ya bastante antes de 1923. Desde el Lyceum Club, que unió a las mujeres feministas cultas en Madrid, hasta publicaciones tales como el libro *Feminismo, feminidad, españolismo* (1917), publicado por María Lejárraga bajo el nombre de su marido, el famoso dramaturgo Gregorio Martínez Sierra, las mujeres lectoras españolas se habían familiarizado con los desarrollos que se estaban dando en el feminismo internacional²⁷. La Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME, fundada en 1918) comenzó su programa de 36 puntos con una declaración en favor de la defensa del territorio nacional español, presumiblemente contra los movimientos regionales para la autonomía en Cataluña, Galicia y el País Vasco. El programa de la ANME reivindicaba grandes cambios en la ley matrimonial, en la ley de familia, en el acceso de las mujeres al poder judicial y a las profesiones, incluida la medicina, a la igualdad de oportunidades y de salario, a más escuelas públicas y a un buen número de otras reformas transformadoras de las instituciones españolas²⁸. Otras organizaciones feministas significativas incluían a la Cruzada de Mujeres Españolas y a la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas, ambas encabezadas por la escritora y maestra Carmen de Burgos Seguí.

1985; los artículos incluidos en Pilar Folguera (ed.), *El feminismo en España: dos siglos de historia*, Madrid, Pablo Iglesias, 1988; Rosa María Capel Martínez, *El sufragio femenino en la Segunda República Española*, 2.ª ed., Madrid, Horas y horas, 1992; y los volúmenes de documentación Mary Nash (ed.), *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Barcelona, Anthropos, 1983; y Ana María Aguado et al. (eds.), *Textos para la historia de las mujeres en España*, Madrid, Cátedra, 1994. En «The Rise of the Women's Movement in Nineteenth-Century Spain» (ponencia presentada en el congreso de Stuttgart/Birkach, 1995, y posteriormente reproducida en Paletschek y Pietrow-Ennker [eds.], *WEM*, pp. 243-262), Mary Nash ataca el énfasis puesto en los derechos políticos en las obras de Capel Martínez y Folguera, véase también Nash, «Experiencia y aprendizaje: La formación histórica de los feminismos en España», *Historia social* 20 (otoño, 1994), pp. 151-172.

Sobre el feminismo y el nacionalismo en contextos regionales, véase Mary Nash, «Political Culture, Catalan Nationalism and the Women's Movement in Early Twentieth-Century Spain», *Women's Studies International Forum* 19, 1-2 (1996), pp. 45-54; y Mercedes Ugalde Solano, «The Discourse of Gender and the Basque Nationalist Movement in the First Third of the Twentieth Century», *History of European Ideas* 15, 4-6 (agosto de 1992), pp. 695-700; véase también Mercedes Ugalde Solano, «Evolución de la diferenciación de género e identidad femenina: las nacionalistas vascas...», en dos partes, en Arantza Campos y Lourdes Méndez (eds.), *Teoría feminista: Identidad, género y política*, San Sebastián, Universidad del País Vasco, 1993, pp. 117-131, 133-145.

²⁷ Véase Gregorio Martínez Sierra, *Feminismo, feminidad, españolismo*, Madrid, Renacimiento, 1917. Es bien conocida la práctica de María Lejárraga de publicar bajo el nombre de su marido: véase Patricia W. O'Connor, *Gregorio & María Martínez Sierra*, Boston, Twayne, 1977; véase también Antonina Rodrigo, *María Lejárraga: Una mujer en la sombra*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992. Ella escribió de nuevo bajo el nombre de Gregorio en *Cartas a las mujeres de España* (1930), planteando que el futuro mismo de España —y, desde luego, de la humanidad— se hallaba en las manos de las mujeres. Ahora bien, en 1931 ella publicó una serie de conferencias, *La mujer española ante la República*, bajo su propio nombre, con una dedicatoria a Gregorio.

²⁸ El programa de la ANME se halla reeditado en varias obras mencionadas *supra*, incluido en Scanlon, *Polémica feminista*, y en Aguado (ed.), *Textos para la historia*.

Grupos de mujeres con inclinaciones feministas (del tipo relacional) también acompañaron a los movimientos de autonomía nacionalistas/regionalistas catalán, vasco y gallego, en los que el énfasis se situaba en la educación de las mujeres y en su papel como portadoras del lenguaje y la cultura, de forma muy semejante a como ocurrió en los movimientos nacionalistas ucranianos, finlandeses y checos anteriores. A juicio de la historiadora Mary Nash, «el movimiento feminista [español] cubría un amplio espectro en sus objetivos, políticas y estrategias, que iban desde las exigencias de facilidades para la educación y el trabajo hasta el derecho a votar una enmienda de las leyes discriminatorias», aunque «no era comparable en absoluto a las vastas movilizaciones de la primera ola del feminismo en otros países»²⁹. No obstante, «el feminismo estaba en el aire» y el intenso debate sobre la cuestión femenina seguía adelante a menudo sin una «vasta» movilización.

El feminismo socialista se puso igualmente de manifiesto gracias a los esfuerzos de propagandistas tales como María Cambrils, que en su *Feminismo socialista* (1925) planteaba el caso ahora ya familiar de que solo el socialismo podía resolver la cuestión femenina. Para el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) resultó sumamente importante reclutar a la joven Margarita Nelken, que se había vuelto muy crítica con la situación de las mujeres en España... con su carencia de formación, con su explotación como trabajadoras, con su impotencia legal o con su ignorancia sexual. En 1919, Nelken publicó por vez primera una importante perspectiva sobre estos temas, *La condición social de la mujer en España; su posible desarrollo*. Socialista comprometida que había leído a Bebel así como a Mill (aunque, evidentemente, en aquella época, no a Marx o Engels, Zetkin, Lenin o Kollontai), se unió también a la Unión General de Trabajadores (UGT) para llamar la atención hacia los problemas de las mujeres y niños trabajadores pobres y fue comisionada por la dictadura para acometer una investigación completa. Tras una estancia en el campo de Extremadura, durante la cual Nelken ayudó a organizar las huelgas agrícolas, en 1931, publicó *La Mujer ante las Cortes Constituyentes*. Para Nelken, que volvía a Madrid, donde presidió el Comité de Asuntos de las Mujeres, después de abril de 1931, la oportunidad económica (y no los derechos políticos) ofrecía la clave para resolver los problemas de las mujeres; ella decía que «el feminismo es, ante todo, una cuestión económica, de libertad, de dignidad y de un puesto para trabajar»³⁰.

²⁹ Nash, *Defying Male Civilization*, p. 40.

³⁰ Margarita Nelken, *Por qué hicimos la revolución*, Barcelona, Ediciones sociales internacionales, 1936, p. 78; trad. en Robert Kern, «Margarita Nelken: Women and the Crisis of Spanish Politics», en Jane Slaughter y Robert Kern (eds.), *European Women on the Left*, Westport, Greenwood Press, 1981, p. 155.

Con la caída de la monarquía y la proclamación de la Segunda República en abril de 1931, no obstante, el tema de los derechos políticos para las mujeres pasó a primer plano. Las historiadoras Danièle Bussy Genevois, Judith Keene, Frances Lannon y otras han subrayado la importancia de las figuras femeninas en el simbolismo e ideales revolucionarios que las líderes de la Segunda República Española tomaron de la Francia revolucionaria³¹. Las Cortes Constituyentes abrieron el 14 de julio —Día de la Bastilla— de 1931; la república estaba encarnada en una mujer, «la Libertad» guiando al pueblo, a la manera de la famosa pintura de Delacroix. Los liberales laicos profeministas insistieron en que la incorporación de derechos igualitarios para las mujeres coronaría el surgimiento de España como nación europea moderna, laica y democrática. En mayo, a las mujeres que reunían ciertos requisitos se les había autorizado que fueran candidatas a un cargo, junto con sacerdotes y funcionarios del gobierno, pese al hecho de que las mujeres españolas aún no tenían el voto nacional (A un número limitado de mujeres, Primo de Rivera les había concedido el voto en las elecciones municipales en 1924, pero, al igual que en Italia, las elecciones se habían suspendido.) La Segunda República adoptó un sistema de representación proporcional, modelado sobre el de la Alemania de Weimar, con listas electorales que favorecían la formación de partidos. En ausencia de sufragio femenino, pocos partidos trataron de abordar temas que se preocuparan de las mujeres; esto resultó manifiesto a partir de las quejas expresadas a finales de junio en *L'Opinió* por un grupo de mujeres catalanas:

Ya es hora de acabar con las promesas halagüeñas. Las ha habido para todos excepto para nosotras. Los candidatos y sus amigos han tenido este lapso de tiempo del que puede que se arrepientan. Solo *Esquerra Catalana* se ha acordado de decir que acordará una cuidadosa protección de madres y niños. Eso no es lo que queremos: no pedimos protección; queremos que se nos reconozcan nuestros derechos y que sean iguales a los de los hombres. Ahora que ha llegado el momento de estructurar un pueblo, no dejemos que parezca que no hay nada más que hombres sobre la tierra³².

³¹ Véase Danièle Bussy-Genevois, «The Women of Spain from the Republic to Franco», en Françoise Thébaud (ed.), *Toward a Cultural Identity in the Twentieth Century*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1994, pp. 177-193; Judith Keene, «"Into the Clear Air of the Plaza": Spanish Women Achieve the Vote in 1931», en Victoria Lorée Enders y Pamela Beth Radcliff (eds.), *Constructing Spanish Womanhood: Female Identity in Modern Spain*, Albany, SUNY Press, 1999; y Frances Lannon, «Women and Images of Woman in the Spanish Civil War», *Transactions of the Royal Historical Society*, 6.^a ser., 1 (1991), pp. 213-228.

³² «Les dones de Catalunya», en *L'Opinió* (Barcelona), 29 de junio de 1931; trad. en Nash, «Political Culture, Catalan Nationalism», p. 51.

En junio de 1931, dos distinguidas mujeres fueron elegidas como diputadas (de 470 escaños) para la Asamblea Constituyente o Cortes Constituyentes: Clara Campoamor Rodríguez representaba al Partido Radical, y Victoria Kent Siano, al Partido Socialista Radical. En octubre, se les unió Margarita Nelken representando al Partido Socialista, pero no podía acceder a su escaño hasta que recibiera los papeles de su nacionalización (su padre, un judío alemán, y su madre francesa se habían asentado en Málaga).

Miembros de la ANME hicieron campaña con fuerza para la inclusión del voto de las mujeres en la nueva Constitución republicana. Lo mismo hicieron los católicos españoles, sobre la base de que el voto de las mujeres se mostraría beneficioso —como de hecho había ocurrido en algunas otras naciones predominantemente católicas después de la guerra— para el programa socialmente conservador de la Iglesia. Esto era precisamente lo que se temían los escépticos entre los republicanos liberales —y socialistas— fuertemente laicistas, por mucho que, en principio, pudieran haber apoyado el concepto de sufragio igualitario. Como en tantos países europeos, en los años treinta del siglo XX, las mujeres en España superaban en número a los hombres, aun cuando esta nación —que se había mantenido neutral en la Primera Guerra Mundial— no hubiera sufrido mayores pérdidas de guerra. El miedo al número de mujeres, su analfabetismo y la amenaza de la influencia clerical sobre su política enfriaron el entusiasmo de los hombres de izquierda que, en teoría, deberían haber sido los que más apoyasen.

Durante los debates constitucionales del 1 de octubre, el público asistió a un enfrentamiento entre dos de las mujeres diputadas, Clara Campoamor y Victoria Kent, sobre el párrafo que se convertiría en el artículo 36, sobre el tema de los votos de las mujeres. Campoamor, una abogada que servía en la comisión constitucional y que también representaba a la nueva república de España en la Sociedad de Naciones, defendía la posición prosufragio y Kent, una abogada defensora bien conocida que había sido nombrada directora general del sistema español de prisiones, se manifestaba en contra de la inmediata concesión del voto a las mujeres, pese a que ella, en principio, lo apoyaba. Este debate entre dos mujeres diputadas sobre derechos políticos de las mujeres fue una «primicia» política para la historia europea. Todos los debates parlamentarios por el sufragio anteriores habían sido terreno exclusivo de los hombres³³.

Victoria Kent afirmaba que las mujeres españolas no estaban «preparadas», y que permitirles el voto de forma inmediata era poner en peligro la pura supervivencia de la frágil república. Ella había visto pocas evidencias de la movilización de las mujeres en nombre del nuevo régimen: «Yo

³³ Sobre los debates por el sufragio, véase Capel Martínez, *Sufragio femenino*, y Keene, «Into the Clear Air».

creo que [...] posponerlo sería lo más beneficioso. [...] Resulta peligroso conceder el voto a las mujeres»³⁴.

Clara Campoamor rebatió a Kent a partir de los principios. En los debates anteriores, ella había insistido en presentar la oportunidad que se abría ante España de llevar la iniciativa en el derecho al voto de las mujeres entre los países latinos de Europa, e igualmente había eludido un intento de sacar de la Constitución la cláusula del sufragio igualitario, situándola en su lugar en una ley electoral más fácilmente reformada. Contra Kent, señaló, entre las protestas de sus propios colegas masculinos de partido, que las mismas críticas que Kent hacía de las mujeres eran también ciertas para muchos hombres, pero nadie los señalaba ni les amenazaba con quitarles el voto: «Precisamente porque la república significa tanto para mí, entiendo que sería un grave error político suprimir a las mujeres del derecho al voto».

Invocando los principios (si no la praxis) de la Revolución francesa, las observaciones de Fichte de 1796 y los llamamientos de Victor Considérant en 1848, Campoamor afirmaba:

No dejéis a la mujer que, si es regresiva, piense que su esperanza estuvo en la dictadura; no dejéis a la mujer que piense, si es avanzada, que su esperanza de igualdad está en el comunismo. No cometáis, Señores Diputados, ese error político de gravísimas consecuencias. Salváis a la República, ayudáis a la República atrayéndoos y sumándoos esa fuerza que espera ansiosa el momento de su redención³⁵.

La moción fue aprobada por un margen de 161 a 121 votos, con 183 diputados masculinos absteniéndose, incluidos los socialistas. Ir contra la posición de su propio partido sobre el sufragio femenino arruinó la carrera política de Campoamor. En 1936, tristemente se marchó al exilio en el extranjero.

La nueva Constitución de la Segunda República, ratificada en diciembre de 1931, permitió el voto a todas las mujeres y hombres de más de veintitrés años. Separadas también Iglesia y Estado, secularizaba la ley de matrimonio, introducía el divorcio civil e iniciaba multitud de cambios espectaculares y potencialmente radicales en la vida cívica española, incluyendo la prohibición de la prostitución regulada. Esto es lo que hizo que el gobierno republicano, liberal y enfáticamente laico, si no rotundamente izquierdista, se convirtiera en antagonista de los con-

³⁴ Victoria Kent, en *Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes de la República Española*, 1 de octubre de 1931, p. 1352; trad. Judith Keene. Le estoy sumamente agradecida a Judith Keene por adelantarme copias del *Diario* y por traducir los dos discursos.

³⁵ Clara Campoamor, en *Diario de sesiones*, 1 de octubre de 1931, pp. 1352-1354; trad. de Judith Keene.

servadores y de las fuerzas autoritarias de la derecha. Las elecciones siguientes, en 1933, fueron un desastre para los republicanos y, de forma esperable, muchos de los izquierdistas acusaron a los votos de las mujeres de los resultados. Las dificultades de la república aumentaron considerablemente y las fuerzas de la derecha comenzaron a organizar su cambio.

En julio de 1936 estalló la Guerra Civil, tras el motín de las tropas que encabezó el general Francisco Franco, en nombre de lo que sería llamado «nacional-catolicismo». Las expectativas eran considerables. Tanto los republicanos como las facciones monárquicas comenzaron a recibir pronto inyecciones de materiales, soldados y asesoramiento de la URSS (en el lado republicano) y de la Italia fascista y la Alemania nazi (en el lado franquista), además de ayuda —injerencia a veces— de numerosos entusiastas europeos de izquierdas y hasta de norteamericanos, incluida la imponente feminista anarquista Emma Goldman.

Durante la Guerra Civil, el magma del feminismo entraría en erupción con fuerza y repetidas veces. De particular interés para la historia del feminismo es la Federación de Mujeres Libres, fundada en mayo de 1936 por un pequeño grupo de mujeres intelectuales anarquistas (Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y Amparo Poch y Gascón) en nombre de las mujeres de la clase trabajadora³⁶. Este grupo surgió de un sindicato anarcosindicalista, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), tras un amplio debate en la publicación de la CNT *Solidaridad Obrera*, durante el otoño de 1935, relativo al sexismo de los *compañeros*. A modo de respuesta a la queja de Victoria Kent y a la invocación de Clara Campoamor de que las mujeres se levantaran en apoyo de la república, este grupo pronto se jactó de contar con unos 20.000 miembros en grupos locales diseminados por toda España. Las Mujeres Libres se dedicaban menos a la supervivencia de la república que a la revolución social. Las líderes del grupo tomaron una posición sumamente atrevida con respecto a sus socios anarcosindicalistas masculinos.

El objetivo que anunciaban las Mujeres Libres era el de combatir la «triple esclavitud a las que [las mujeres] han estado sujetas: la esclavitud de la ignorancia, la esclavitud como mujeres y la esclavitud como trabajadoras»³⁷. Las Mujeres Libres desconfiaban de las reivindicaciones globales hechas por los anarquistas y otros hombres para el cambio social drástico:

³⁶ Sobre Mujeres Libres, véase Nash, *Defying Male Civilization*; véase también la colección *Mujeres libres: España 1936-1939*, ed. Mary Nash, Barcelona, Tusquets, 1976, que también ha aparecido en ediciones francesas y alemanas. Véase también Martha A. Ackelsberg, *Free Women of Spain: Anarchism and the Struggle for the Emancipation of Women*, Bloomington, Indiana University Press, 1991.

³⁷ De los estatutos, *Estatutos de Mujeres Libres: carnet de afiliación*; trad. en Nash, *Defying Male Civilization*, p. 78.

Los hombres revolucionarios que hoy luchan por su libertad, solos, combaten contra el mundo exterior. Contra un mundo que se opone a sus anhelos de libertad, igualdad y justicia social. Las mujeres revolucionarias, en cambio, han de luchar en dos terrenos: primero por su libertad exterior, en cuya lucha tienen a los hombres de aliados por los mismos ideales, por idéntica causa; pero, además, las mujeres han de luchar por su propia libertad interior, de la que los hombres disfrutaban ya desde hace siglos. Y, en esta lucha, las mujeres están solas³⁸.

Tal como apunta Mary Nash, «la Mujeres Libres fueron pioneras en su reivindicación de la autonomía institucional» dentro del movimiento anarquista. Sus líderes disputaron las opiniones de las intelectuales anarquistas más antiguas, como Federica Montseny, que «no creía que hubiera ninguna cuestión femenina específica»³⁹. Aunque Montseny, como los socialistas, había discutido con frecuencia sobre la cuestión femenina, ella, como aquellos, afirmaba de forma típica que ambos sexos estaban oprimidos, que hacer que las mujeres fueran como los hombres no era la respuesta y que las mujeres deben primero espabilarse. O tal como ella escribió en un artículo muy citado de 1924: «¿Feminismo? ¡Nunca! ¿Humanismo? ¡Siempre!»⁴⁰. Cuando Montseny se convirtió en ministra de Sanidad y de Asistencia Social a finales de 1936, se centró en la organización de servicios de voluntarios de mujeres de beneficencia y auxilio en apoyo de los esfuerzos militares republicanos.

A pesar de sus visiones radicales de la mayoría de las cuestiones feministas, las integrantes de las Mujeres Libres nunca exigieron la legalización del aborto o la circulación de información contraceptiva. Tales esfuerzos se institucionalizaron solo en Cataluña, donde médicos de convicciones anarquistas se alzaron al poder a mediados de los años treinta del siglo xx. En España, no obstante, en razón de la continuada oposición conservadora católica y el clima político turbulento, estos temas nunca habían estado entre las prioridades del feminismo organizado⁴¹.

En el medio agitado y tenso de la Guerra Civil, los anarquistas y los socialistas no estaban solos a la hora de situar las reivindicaciones femi-

³⁸ Ilse, «La doble lucha de la mujer», *Mujeres Libres*, 8.º mes de la revolución, trad. en Nash, *Defying Male Civilization*, p. 85.

³⁹ Nash, *Defying Male Civilization*, p. 87.

⁴⁰ Federica Montseny, «Feminismo y humanismo», *La Revista blanca* 33 (1 de octubre de 1924); trad. en Shirley Fredricks, «Feminism: The Essential Ingredient in Federica Montseny's Anarchist Theory», en Slaughter y Kern (eds.), *European Women on the Left*, p. 133. Un buen número de textos importantes de Montseny procedentes de *Revista Blanca* en los años veinte del siglo xx se han reeditado en *Arenal* 1, 2 (julio-diciembre de 1994), pp. 307-329, con una introducción de Susanna Tavera García.

⁴¹ Véase Mary Nash, «Pronatalism and Motherhood in Franco's Spain», en Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity & Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States 1880s-1950s*, Londres, Routledge, 1991, pp. 160-177.

nistas en un segundo lugar. Muchos otros grupos políticos —por ejemplo, la Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA, una especie de combinación frentepopulista coordinada por el Partido Comunista Español) o el Secretariado Femenino del disidente Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM)— pusieron la revolución y el combate del fascismo por delante de cualquier objetivo emancipatorio para las mujeres. Sus llamamientos se orientaron a un maternalismo sacrificial más que a una feminidad independiente. De este modo, con su insistencia en poner la libertad de las mujeres por delante, las Mujeres Libres dieron una nota discordante, como habían hecho las mujeres sansimonianas en Francia un siglo antes, las sufragistas irlandesas a comienzos del siglo xx y otros grupos feministas independientes a lo largo de la historia; ellas exaltaban el hecho de que su publicación mensual, *Mujeres Libres*, fuera producida y publicada exclusivamente por mujeres. Organizaron escuelas para enseñar a las mujeres a leer y escribir y a adquirir formación profesional; y organizaron también guarderías para mujeres trabajadoras y centros para el refugio y reeducación de antiguas prostitutas, así como muchos otros tipos de servicios sociales centrados en la mujer. Esto no quería decir, no obstante, que las Mujeres Libres reclamaran para sí la etiqueta de feministas; nada más lejos de su intención. Como sus homólogas en los movimientos socialistas y comunistas (y en el Sienotdiel en la URSS), ellas identificaban (erróneamente) a las «feministas» como estrictamente de clase media. En la práctica, no obstante, y pese a su retórica, eran plena e impenitentemente feministas en sus aspiraciones y actividades.

Los grupos de la alianza antifascista no ofrecían en general una agenda explícitamente feminista. Grupos como la AMA trataban de movilizar a las mujeres pero, ante todo, en papeles auxiliares: «A las mujeres rara vez se las tomó en cuenta como seres racionales que pudieran rechazar el fascismo como individuos, sino más bien como madres y esposas a las que el fascismo se presentaba como una amenaza al hogar y la familia»⁴². A pesar de todo, hubo feministas comprometidas en esta alianza que sí que insistieron en suscitarse cuestiones sobre los parámetros de las «esferas separadas» de la participación de las mujeres. Astrea Barrios, por ejemplo, cuestionaba lo que ella percibía como la marginalización de las mujeres dentro del movimiento:

«En este momento de peligro [...] el gobierno y las autoridades han de recordar que las mujeres en España [...] son ciudadanas con amplios derechos civiles. [...] No sirva la disculpa de la no preparación femenina para ciertos menesteres; las mujeres como los hombres antifascistas [...] no pueden ver obstáculos de profesión cuando estos obstáculos sirven para abrir el paso a su enemigo común: el fascismo. ¿Es que el 19 de julio

⁴² Nash, *Defying Male Civilization*, p. 73.

nuestros compañeros conocían el manejo de las armas? No; y, sin embargo, fueron al frente [...] Las mujeres tendrán la misma experiencia en cualquier puesto que se les asigne»⁴³.

Crear secciones de mujeres de otras organizaciones no era un problema limitado a los partidos de la izquierda; este problema se manifestaba también en la derecha. Un ejemplo fascinante es la Sección Femenina de la Falange, organizada por Pilar Primo de Rivera, hija del antiguo dictador militar. La Sección Femenina era la pura antítesis de las Mujeres Libres, fundada en 1934, tenía más de medio millón de miembros en la época de la victoria de Franco a principios de abril de 1939, y pronto proporcionaría el único canal para la organización de las mujeres en España bajo el gobierno de Franco. Tal como ha señalado la historiadora Victoria Enders, «toda mujer que deseara ser empleada por el Estado, tener pasaporte, permiso de conducción o hasta licencia de pesca, había de pasar por los seis meses de servicio social de la Sección Femenina que se requerían»⁴⁴. Su programa era intensamente nacionalista y católico, y se basaba en una idea plenamente católica de unos papeles separados para los sexos y organizados jerárquicamente; parecía encarnar el antifeminismo. El «verdadero deber de las mujeres hacia la Patria», anunció Pilar Primo de Rivera durante una conferencia en 1938, «es el de formar familias [...] en las que ellas promuevan todo lo que es tradicional»:

Lo que no haremos nunca es ponernos en competencia con ellos [con los hombres], porque jamás llegaremos a igualarlos, y, en cambio, perderemos toda la elegancia y toda la gracia indispensable para la convivencia. [...] estas mujeres, formadas así con la doctrina cristiana y al estilo nacional-sindicalista, son útiles en la familia, en el municipio y en el sindicato. [...] estas mujeres educadas así en un trance de guerra sabrán entregar, como lo hicieron en su día, con entera voluntad, sus novios, sus maridos, sus hijos y sus hermanos a la Patria⁴⁵.

Tal como insiste Enders, «ser considerada “feminista” era anatema para la Sección Femenina»⁴⁶. Pero Pilar Primo de Rivera, como su predecesora inglesa Sarah Stickney Ellis, pensaba que «feminista» quería

⁴³ Astrea Barrios, «¡Hombres a la vanguardia! ¡Mujeres en la retaguardia!», *Mujeres*, Bilbao ed., 17 de abril de 1937; trad. en Nash, *Defying Male Civilization*, p. 77.

⁴⁴ Victoria L. Enders, «Nationalism and Feminism: The Sección Femenina of the Falange», *History of European Ideas* 15, 4-6 (1992), p. 676. Véase también Enders, «Problematic Portraits: The Ambiguous Historical Role of the Sección Femenina of the Falange», en *Constructing Spanish Womanhood*, pp. 375-397; y María Teresa Gallego Méndez, *Mujer, Falange y franquismo*, Madrid, Taurus, 1983.

⁴⁵ Pilar Primo de Rivera, 1938; trad. en Enders, «Nationalism and Feminism», p. 674.

⁴⁶ Enders, «Nationalism and Feminism», p. 675.

decir imitadora de los hombres; ella se encontraba a gusto con todas las reformas, incluidas las radicales que realzaran la situación de las mujeres dentro de los papeles «tradicionales», «subordinados», es decir, como madres y como amas de casa que prepararían a sus hijos para el servicio de la nación católica. El empleo de las mujeres casadas y las madres se desaprobaba, no obstante, fuertemente; para ellas, el «ángel en el hogar» había de ser reinstalado como el modelo a seguir. Con todo, a las dirigentes de la Sección Femenina se les exigía que permanecieran sin casarse.

El servicio y la autoabnegación, y no el empoderamiento personal, era el camino dispuesto por la Sección Femenina para todas las mujeres españolas, incluidas las solteras. La Y de Isabel la Católica, que aludía a un yugo, se eligió como el símbolo preferido del servicio. Bajo este yugo, en el curso de dos generaciones, las mujeres de la Sección organizaron innumerables iniciativas educativas y de servicio social fuera del hogar, en nombre de las mujeres españolas, sentando involuntariamente las bases para el renacimiento del feminismo español de los años setenta y ochenta del siglo xx. ¿Podríamos interpretar su aparente sometimiento a los dictados de la Falange dominada por los hombres como una mera tapadera para hacer un trabajo importante, potencialmente feminista, más allá de los límites de la economía doméstica?

Desde luego, seguramente se necesitaba una tapadera si se iba a hacer trabajo feminista. El clima de la posguerra era muy poco propicio; las fisuras habían sido completamente bloqueadas. Muchas militantes feministas habían dejado España para marcharse al exilio; otras, aparentemente, habían cesado sus actividades. Bajo el régimen de Franco, el aborto (que había sido legalizado en Cataluña en 1936) fue redefinido en enero de 1941 como un «crimen contra el Estado» más que «contra la vida humana». Como en la Italia de Mussolini, Franco vinculó de forma deliberada la noción de crecimiento de la población con las aspiraciones de España de alcanzar el estatus de un gran poder; todos los esfuerzos para limitar la fertilidad se interpretaban como amenazas, no solo a la voluntad de Dios, sino al crecimiento y la prosperidad de la nación española. ¡Las madres han de hacer su deber!

Hacia 1945, el régimen de Franco había deshecho buena parte de la reforma legislativa laica lograda bajo la Segunda República. En el nuevo Fuero de los Españoles, la familia fue reorganizada como «una institución natural y fundamental de la sociedad con derechos y deberes anteriores y superiores a todas las leyes positivas humanas»: «El matrimonio será uno e indivisible»⁴⁷. En conformidad con la doctrina de la Iglesia, el divorcio fue hecho de nuevo ilegal. La coeducación de los sexos en las escuelas

⁴⁷ *Fuero de los Españoles*, julio de 1945; repr. en Aguado (ed.), *Textos para la historia*, p. 386; trad. KO.

cesó. Se restauró la autoridad masculina en el matrimonio. A los padres se les ordenó alimentar, educar e instruir a sus hijos, sometidos al control estatal. Comenzaron los subsidios familiares, que se pagaban a los cabezas de familia. Se iniciaron los préstamos matrimoniales, según el modelo nazi, y se dieron premios en metálico a la natalidad. No obstante, no se desarrolló ninguna discriminación racial en conjunción con estas políticas, como ocurrió en Alemania; de eso ya se habían ocupado la Reconquista de España de manos de los moros y los programas de «limpieza de sangre» iniciados a finales del siglo xv, que expulsaron tanto a los moros como a los judíos y castigaron a aquellos que trataron de convertirse al catolicismo solo para quedarse. A pesar de todas estas medidas y de otras, Mary Nash concluye que «el discurso en favor de la natalidad y las políticas legislativas de Franco no tuvieron éxito a la hora de reforzar la práctica pronatalista entre las mujeres españolas»⁴⁸. Los tiempos eran sencillamente demasiado difíciles. Sin embargo, en palabras de la historiadora Frances Lannon, «sería duro y erróneo evitar la conclusión de que uno de los puntos importantes en juego en la Guerra Civil Española era la futura posición —legal, económica y cultural— de las mujeres»⁴⁹.

SUECIA

Una trayectoria muy diferente para el feminismo se desarrolló en el norte de Europa, en especial en Suecia. A comienzos de los años treinta del siglo xx, con 6,2 millones de habitantes, era la nación escandinava más poblada; gobernada por una monarquía parlamentaria, era, aún en el periodo de posguerra, un país relativamente pobre y marcadamente agrícola, aunque con una población, en buena medida, alfabetizada y culturalmente cohesionada, y con una cultura religiosa cristiana protestante institucionalizada en una Iglesia estatal.

Durante el último medio siglo, muchos suecos habían emigrado al encontrar pocas oportunidades en casa, principalmente a Norteamérica; los que se quedaron, comenzaron a limitar el tamaño de sus familias, lo que derivó en una espectacular caída de la tasa de natalidad (hasta por debajo del nivel de reemplazo). A medida que se aceleraban la urbanización y la industrialización, muchas de las mujeres suecas que vivían en las ciudades, tanto casadas como solteras, encontraron nuevas formas de empleo en los sectores industrial y comercial. Cuando golpeó la Gran Depresión, no obstante, aumentando enormemente el desempleo en Suecia como en tantos otros países, aquellos que insistían en que eran los sostenes masculinos de las familias los que deberían tener prioridad a la hora de ser em-

pleados, trataron de forzar a las mujeres a que dejaran sus puestos de trabajo, aun cuando daban señales de alarma sobre la natalidad⁵⁰.

Suecia había permanecido neutral en la Gran Guerra pero, dada la proximidad geográfica del país con los nuevos regímenes en Alemania y Rusia, la opinión pública de Suecia siguió siendo profundamente sensible y, hasta cierto punto, temerosa del progreso de los acontecimientos revolucionarios, aun cuando sus líderes estaban cada vez más en armonía con los desarrollos que se daban en los Estados Unidos. Tal vez, en sus esfuerzos por prevenir la revolución en casa, se llevaron a cabo algunos avances importantes en nombre de las mujeres, en el periodo inmediato de la posguerra. En 1918, el gobierno abolió la prostitución regulada. En 1919, se acordó el sufragio universal en las elecciones locales para ambos sexos, y en 1921, todas las mujeres, al igual que todos los hombres, recibieron el sufragio parlamentario. En 1920, las mujeres casadas obtuvieron la capacidad legal plena; ya no requerirían la autorización marital para trabajar, para estudiar o para dedicarse a transacciones comerciales. En 1923, las mujeres consiguieron un acceso igualitario a ciertas posiciones de la administración pública y, en 1929, Suecia estableció su primer paquete de seguros a la maternidad, creando una serie de sociedades de seguros mutuos organizadas antes de la guerra para subsidiar parcialmente a las mujeres que habían perdido su trabajo o sus sueldos por culpa de la maternidad. En 1931, este esquema de seguros se extendió para proporcionar un permiso de maternidad subsidiada para todas las mujeres que trabajaban en la industria.

Aunque el término «feminismo» (como ya se ha mencionado) nunca había sido aceptado en Suecia, podía trazarse una tradición de erupciones feministas (*kvinnosakskvinne*, o «causa de la mujer», en sueco), que se remontaban a Charlotta Nordenflycht en los años sesenta del siglo xviii, a C. J. L. Almqvist en los años treinta del siglo xix y, en los años cincuenta de ese mismo siglo a la novelista y reformadora Fredrika Bremer, cuyo nombre ha utilizado la mayor organización feminista sueca. Hacia mediados de los años veinte del siglo xx, no obstante, puede que a causa de las numerosas reformas que ya habían tenido lugar en el estatus de las mujeres (que también incluía la igualdad educativa), la «causa de la mujer» fue percibida popularmente (quizá de forma errónea) como de interés princi-

⁵⁰ Ha sido recientemente cuando las especialistas suecas en historia de las mujeres han comenzado a abordar la historia del feminismo, prefiriendo antes centrarse en el trabajo, los sindicatos y los temas «sociales» de las mujeres; durante las décadas de gobierno socialdemócrata, los «temas de mujeres» fueron apropiados y encauzados por el partido en el poder y el «feminismo» independiente no fue visto de forma favorable. Véase Yvonne Hirdman, «The State of Women's History in Sweden», en *Writing Women's History: International Perspectives*, pp. 239-258. Esto está comenzando a cambiar con la publicación de artículos y libros por parte de Hirdman, Ulla Manns, Lina Eskilsson, Christina Carlsson Wetterberg, Margareta Lindholm y otras. Para este estudio de casos de los años treinta del siglo xx, me he apoyado enormemente en las publicaciones en inglés de Sondra Herman, muchas de las cuales aparecen enumeradas *infra*, y me siento en una profunda gratitud por su consejo y ayuda con el caso sueco.

⁴⁸ Nash, «Pronatalism and Motherhood», p. 175.

⁴⁹ Lannon, «Women and Images of Woman», p. 215.

palmente para mujeres solteras sin hijos (con la sospecha de que podrían ser lesbianas que odiaban a los hombres, al modo expuesto por Strindberg). Aun así, la escuela cívica de mujeres fundada en 1925 por las «mujeres de la causa de las mujeres» liberal radical floreció en Fogelstad, la casa-granja de Elizabeth Tamm, una diputada liberal al Parlamento sueco, al igual que lo hizo la publicación semanal del grupo, *Tidevarvet*. Su éxito perdurable (1925-1954) en la preparación de las mujeres para que contribuyeran a la vida política compensó su intento fallido de conseguir mujeres votantes para apoyar las «listas de mujeres» en las elecciones de 1927.⁵¹

En Suecia, el énfasis se situó (al igual que en Francia) en que mujeres y hombres trabajaran juntos; los intereses de la familia y la comunidad se invocaban insistentemente como prioritarios sobre los deseos de los individuos. Señalar los «temas de mujeres» o apuntar a los ejemplos de dominación masculina era visto por muchos suecos como provocativo e innecesario, un acto deliberado de separatismo que no podía ser tolerado en un país pequeño culturalmente cohesionado. Con todo, tal como señalaban las mujeres de Fogelstad en 1928: «No podemos aceptar la política en la forma presente. No reconocemos el dinero y la fuerza como la fundación irreducible del desarrollo social. Queremos cooperar con los hombres. [...] Pero ¿dónde están los hombres radicales en la tierra de Suecia?»⁵². Si había pocos en la izquierda política, ciertamente había aún menos en la derecha.

Los temas centrales para las feministas suecas en este período de posguerra y postsufragio, como en otros lugares, eran los del trabajo remunerado, la maternidad y la libertad reproductiva. Ahora bien, había serias diferencias de perspectiva respecto a cómo llegar a soluciones practicables. Tal como ha caracterizado la situación la historiadora Sonda Herman, «donde las mujeres socialistas buscaban formas en las que el Estado pudiera transformar el hogar, las radicales de Fogelstad buscaban formas en las que el hogar pudiera cambiar el Estado»⁵³. Herman insiste también en la perspectiva rural, incluso medioambiental, de las feministas de Fogelstad, centradas en la mujer, mientras que las mujeres socialdemócratas estaban interesadas de forma más particular en los problemas de las mujeres trabajadoras urbanas.

⁵¹ Véase Lena Eskilsson, *Drommen om kamratsamhället: Kvinnliga medborgarskolan på Fogelstad (Ciudadanía femenina: La escuela de ciudadanas de Fogelstad, 1925-1935)*, Estocolmo, Carlsson, 1991; Jarl Torbecke, «Kvinnolisten 1927-1928 – Ett kvinnopolitiskt fiasko» («La lista femenina: Un fiasco político femenino»), *Historisk Tidskrift*, 1969, n.º 2, pp. 145-184; Margareta Lindholm, *Talet om det kvinnliga: Studier i feministiskt tankande i Sverige under 1930-talet*, Gotemburgo, Dept. of Sociology Monograph n.º 44, 1990; y en especial Sonda Herman, «Feminists, Socialists, and the Genesis of the Swedish Welfare State», en Frances Richardson Keller (ed.), *Views of Women's Lives in Western Tradition*, Lewiston, Edwin Mellen Press, 1990, pp. 472-510.

⁵² Cita de *Tidevarvet* (1928); trad. en Herman, «Feminists, Socialists», p. 477. Para este período, véase Sarah Death, «Tidevarvet: A Radical Weekly Magazine of the Inter-War Years», *Swedish Book Review* 1 (1986), pp. 38-40.

⁵³ Herman, «Feminists, Socialists», p. 482.

Lo cierto es que las feministas suecas de Fogelstad contribuyeron a darle una nueva dimensión al feminismo europeo, cuando, en 1940, Elizabeth Tamm y Elin Wägner publicaron su trabajo conjunto *Fred med Jorden (Paz sobre la tierra)*, que ponía el énfasis en las conexiones de las mujeres con la tierra y con los tiempos prepatriarcales, con las habilidades de las mujeres campesinas y la importancia de las reuniones de mujeres para discutir temas de actualidad. Wägner trabajó estos temas en su largo ensayo *Väckerklocka (Reloj despertador, 1941)*, un trabajo antifascista y antimilitarista de lo que Herman llama «historia y teoría política matriarcal. [...] que pretende despertar a las mujeres a la solidaridad y a la acción a la vez que advertirlas sobre las implicaciones del progreso moderno»⁵⁴. Wägner sería posteriormente elegida para la Academia Sueca, su segunda escritora, tras la gran novelista Selma Lagerlöf. El hilo del ecofeminismo antimilitarista sueco representado por los escritos de Wägner, que es sinceramente relacional y se basa en cualidades consideradas particulares de las mujeres, ha experimentado un renacimiento en la Suecia actual.

En paralelo con la tradición pacifista-feminista de Fogelstad, se desarrolla otra hebra del pensamiento feminista sueco, más íntimamente asociada con la democracia social, aunque mucho menos ideológica y presentada de forma mucho más pragmática de lo que lo hacía para las soluciones socialdemócratas durante la Segunda Internacional. En los años treinta del siglo xx, unos cuantos progresistas suecos comenzaron a liderar una novedosa resolución del dilema en el que se encontraban muchas mujeres empleadas. En combinación con programas para industrializar y modernizar el país, el Partido Obrero Socialdemócrata Sueco, que era más nacionalista y más populista (y menos ideológicamente marxista) que algunos de sus homólogos, se replegó por detrás de la inusual combinación de sugerencias pronatalistas y socialistas de Gunnar y Alva Myrdal (descrita en su libro de 1934 *Crisis en la cuestión de la población*) para resolver los problemas de las mujeres de combinar empleo con maternidad⁵⁵.

⁵⁴ Herman, «Feminists, Socialists», p. 481. Sobre el *Väckerklocka* de Wägner, véase también Helena Forsås-Scott, «The Revolution That Never Was: The Example of Elin Wägner», *The European Legacy* 1, 3 (mayo de 1996), pp. 914-919.

⁵⁵ Para un análisis extensivo y menos cordial de los debates de 1933, véase Allan Carlson, *The Swedish Experiment in Family Politics: The Myrdals and the Interwar Population Crisis*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1988. Sobre la crisis de población sueca, véase Ann-Katrin Hatje, *Bevolkningsfrågan och välfärden: Debatten om familjepolitik och nativitetöknning under 1930- och 1940-talen*, Estocolmo, Allmänna Förlaget, 1974; Ann-Sofie Källemark (Ohlander), *More Children of Better Quality? Aspects on Swedish Population Policy in the 1930s*, Estocolmo, Almqvist y Wiksell, 1980; Ann-Sophie Ohlander, «The Invisible Child? The Struggle for a Social Democratic Family Policy in Sweden, 1900-1960s», en *Maternity and Gender Politics*, pp. 60-72; y Elisabeth Elgán, *Genus och politik: En jämförelse mellan svensk och fransk abort- och preventiv-medelspolitik från sekelskiftet till andra världskriget*, Acta Universitatis Upsaliensis, Studia Historica Upsaliensia 176, Uppsala, 1994.

Aunque los rasgos más explícitamente feministas del programa de los Myrdal no se promulgarían antes de los años sesenta del siglo xx, este lanzaba sin embargo una serie de reformas propulsadas por el Estado que, en último término, atenderían a las necesidades prácticas de muchas mujeres, así como a las necesidades de la nación, y aseguraría el éxito político del Partido Socialdemócrata durante los 50 años siguientes. Si las reformas suecas se desarrollaron con un ojo puesto en el experimento del vecino bolchevique o intentaron cortocircuitar los intentos de los pensadores de derecha por devolver a las mujeres a la esfera privada, tales referencias permanecieron escrupulosamente omitidas. Los especialistas no discuten si la omisión de estos desarrollos internacionales relacionados fue poco sincera o deliberada. El centro de atención socialdemócrata en Suecia como un *Folkhem* (*Hogar del pueblo*), aunque sí que implicó una solidaridad étnica y cultural y tuvo algún impacto sobre la política de inmigración, nunca desarrolló la exclusividad racial más siniestra de las propuestas contemporáneas nazis para la aparentemente idéntica noción de *Heimat* o *Volksheim*.

Alva Myrdal opuso de forma explícita el «nuevo feminismo» defendido por la parlamentaria británica Eleanor Rathbone, en el que se proponía que el Estado apoyara económicamente una maternidad de quedarse en casa; respondiendo a un debate en *Tidevarvet* (16 de septiembre de 1933), Myrdal afirmó que un sistema así estaba «anticuado»⁵⁶. En su lugar, los Myrdal, partiendo de un firme compromiso socialdemócrata con la independencia económica de las mujeres así como con la planificación familiar, tuvo éxito a la hora de usar la preocupación nacional por la despoblación como trampolín para liderar una solución emancipatoria a la «cuestión femenina». Tal como lo caracterizó Yvonne Hirdman: «La maternidad, o mejor, los niños, se usaron como chantaje para conseguir mejores condiciones para las mujeres. [...] Hurtar [la cuestión de la población] y llenarla de contenido “izquierdista” era [...] un movimiento brillante»⁵⁷. Valiéndose selectivamente del legado de la anterior reformadora sueca Ellen Key, que había subrayado las derivas maternas, así como las intelectuales y profesionales, de las mujeres, y de las discusiones de las preocupaciones en grupos de mujeres en el Partido Socialdemócrata (opiniones no compartidas entonces en toda su extensión dentro del partido), y oponiendo implícitamente la bien conocida solución nazi de enviar a las mujeres de vuelta al hogar, Alva Myrdal propuso con valentía (en contraste a Key) que la crianza de los hijos en un conjunto colectivo bien organizado, mientras se permite el empleo de las mujeres, ofrecería una solución superior al

cuidado centrado en la casa de las madres individuales con respecto a niños individuales, y sería mejor para ambos.

Mientras que Gunnar Myrdal trabajaba como secretario de la Real Comisión de Población, establecida en mayo de 1935, Alva Myrdal trabajó entre 1935 y 1938 como secretaria de la Comisión para el Empleo de las Mujeres, presidida por la diputada feminista Kerstin Hesselgren, que también había presidido un comité anterior sobre temas de maternidad y que representaba a Suecia en la Sociedad de Naciones. En el curso de este trabajo, Alva Myrdal trató de dar la vuelta a la opinión compartida por muchos socialistas suecos —de que a las mujeres casadas no debería permitírseles seguir trabajando— insistiendo en que, por interés nacional, las mujeres trabajadoras deberían ser ayudadas, no penalizadas, cuando se casasen y tuviesen hijos. Tal como ella resume su nuevo enfoque en 1938:

Por razones económicas, las mujeres casadas han de tener la oportunidad de contribuir al apoyo de la familia, y por razones ideológicas deben tener la libertad de trabajar con el fin de sentir satisfacción y seguridad. El cambio puede formularse de forma simbólica diciendo que mientras antes se discutía el derecho de las mujeres casadas a ganarse la vida, ahora se proclamaba el derecho al matrimonio y a la maternidad para las mujeres que realizan trabajos remunerados⁵⁸.

Con el fin de implementar esta política, ella defendía un sistema de apoyo a las mujeres auspiciado por el gobierno que incluyera no solo la educación sexual, la planificación familiar y el cuidado organizado de los niños, sino también la modificación del trabajo doméstico y hasta la arquitectura doméstica (casas colectivas). El Informe sobre el Empleo de las Mujeres Casadas realizado por el comité recomendaba⁵⁹:

- 1) rechazo de todos los proyectos de ley que restrinjan o nieguen el derecho de las mujeres casadas a trabajar en la empresa pública o privada; ningún despido de mujeres a causa de matrimonio, embarazo o maternidad;
- 2) prohibición de todos los sobornos diseñados para inducir a que las mujeres casadas o embarazadas dejen el trabajo;

⁵⁸ Alva Myrdal, «Swedish Women in Industry and at Home», en Bertil Ohlin (ed.), *Social Problems and Policies in Sweden*, Annals of the American Academy of Political and Social Science, vol. 197, Filadelfia, mayo de 1938, pp. 216-231; cita, pp. 230-231. Sobre las campañas de Alva Myrdal, véase Sissela Bok, *Alva Myrdal: A Daughter's Memoir*, Reading, Addison-Wesley, 1991.

⁵⁹ Del informe relacionado con el empleo remunerado de las mujeres casadas, Estocolmo, Isaac Marcus Boktryckeri, 1938, pp. 339-349; trad. en Sondra Herman, «Children, Feminism, and Power: Alva Myrdal and Swedish Reform, 1929-1956», *Journal of Women's History* 4, 2 (otoño, 1992), p. 96.

⁵⁶ *Tidevarvet*, 16 de septiembre de 1933; esta referencia es cortesía de Sondra Herman.

⁵⁷ Yvonne Hirdman, «Social Engineering and the Woman Question: Sweden in the Thirties», *Studies in Political Economy* (verano, 1994), pp. 82, 83. Véase también Hirdman, «Utopia in the Home», *International Journal of Political Economy* 22, 2 (verano, 1992), pp. 5-99.

- 3) aplicación estricta de la Ley de Elegibilidad de 1923, que daba a las mujeres la igualdad a la hora de ingresar en la mayoría de los puestos del funcionariado público; reexamen de la exclusión femenina de los cargos religiosos, judiciales y militares;
- 4) educación vocacional y profesional para las muchachas, poniendo el énfasis en la agricultura y la artesanía;
- 5) incremento de las posibilidades para trabajar a tiempo parcial;
- 6) consideración del derecho de la mujer casada a mantener sus apellidos de nacimiento;
- 7) cuidado comunitario a los niños menores de madres empleadas y amas de casa.

Durante el subsiguiente «Parlamento de madres y niños», tras las elecciones de 1936, el Parlamento sueco promulgó legislación para permitir que las mujeres embarazadas mantuvieran sus empleos. La contracepción fue legalizada (dando la vuelta a la ley restrictiva de 1910), aunque el aborto se hallaba aún sujeto a restricciones. En 1937, se hicieron pagaderos a las madres los beneficios de la maternidad. Ahora bien, la resistencia a las propuestas más radicales de los Myrdal siguió siendo fuerte, incluso en círculos del Partido Socialdemócrata, y las ideas del «ama de casa profesional» desplazaron con rapidez a aquellas de la mujer trabajadora/madre emancipada, en cuanto los Myrdal dejaron Suecia en 1938 para una segunda estancia en los Estados Unidos.

El enfoque defendido por los Myrdal triunfaría finalmente como política oficial en Suecia, aunque tan solo en el curso de varias décadas. Alva Myrdal contaba de nuevo en su libro *Nación y familia* (publicado en sueco en 1940) que las mujeres en el puesto de trabajo habían sido colocadas a la defensiva, en especial por los efectos de la Gran Depresión: «En este momento crucial, el argumento de la población fue arrancado de las manos de los antifeministas y, en su lugar, fue usado como un arma nueva y formidable para los ideales de emancipación. El viejo debate sobre el derecho al trabajo de las mujeres casadas se convirtió en una lucha por el derecho de la mujer trabajadora a casarse y tener hijos. El cambio en la opinión pública en lo concerniente a los problemas de las mujeres ocasionado por esta reformulación del tema fue enorme». Y apuntó: «Los beneficios fueron sencillamente un regalo para [las feministas]. [...] Lo que se protege es el derecho de las mujeres a tener precisamente esos niños que la sociedad también quiere»⁶⁰.

Donde la solución de Alva Myrdal fue más allá de la solución de la Rusia soviética para la independencia económica de las mujeres, ligada a servicios sociales, fue en insistir en que, junto con las instalaciones para

el cuidado de los niños y los apoyos sociales para la familia, la división del trabajo dentro de la familia debe también ser renegociada. Las mujeres no deben tener que servir a un «doble cambio». En particular, los muchachos han de ser formados en el trabajo doméstico, para que como hombres puedan ser útiles en la casa; ellos deberían participar en la crianza. De este modo, ha de abordarse el adoctrinamiento actual en los roles sexuales y los propios roles han de ser reorganizados radicalmente. Esto era verdaderamente revolucionario y se presentó en términos de ingeniería social; era pragmático, no doctrinal y enmarcado exclusivamente en términos del interés nacional de Suecia. Independencia económica de las mujeres, sí; pero las saludables colaboraciones heterosexuales y los niños sanos contaban también. Este programa se convertiría en un rasgo central de la vida sueca desde los años sesenta en adelante.

NACIONALISMOS, FEMINISMOS Y POLÍTICA SEXUAL, DE LOS AÑOS VEINTE A 1940

Debería estar claro, desde los casos que acabamos de estudiar, que los temas de política nacional y población condicionaron enormemente las circunstancias abiertas para los éxitos feministas de los años veinte y treinta del siglo xx. Debería estar claro también que no todos los europeos eran feministas. Tampoco podían todos los movimientos de las mujeres ser considerados como movimientos feministas; lo cierto es que podría considerarse que algunas organizaciones de mujeres —como las diversas asociaciones de amas de casa o las organizaciones femeninas afiliadas a la Iglesia, y las organizaciones patrióticas de mujeres como la Ligue Patriotique des Françaises y la Sección Femenina de la Falange, por nombrar solo algunas— formaban parte de un movimiento antifeminista de mujeres. Con todo, incluso estas organizaciones contribuirían, a la larga, a cambiar las vidas de muchas mujeres, solteras o casadas, jóvenes o viejas, incorporándolas a actividades fuera de sus hogares, en el trabajo caritativo, en el trabajo social y en los esfuerzos de reforma. Estas actividades podían llevar —y a veces lo hacían— a algunas participantes a una comprensión de la subordinación colectiva de las mujeres y al desarrollo de una conciencia a gran escala, y más allá del feminismo, al reconocimiento de otras formas relacionadas de injusticia social.

La Iglesia católica sopesó el efecto del desafío feminista. En las organizaciones de mujeres católicas, la conciencia feminista continuó brotando pero floreció a un ritmo menor a pesar de la importancia de estas organizaciones relativamente militantes, como la británica Sociedad Católica para el Sufragio Femenino, la Alianza Social y Política de Santa Juana y la Union Féminine Civique et Sociale en Francia. El Vaticano llegó a darse cuenta de que la emancipación de las mujeres —en particular en la

⁶⁰ Alva Myrdal, *Nation and Family: The Swedish Experiment in Democratic Family and Population Policy*, Londres, Kegan Paul, 1945; extractos en WFF, vol. 2, doc. 112, p. 394.

forma defendida por el liderazgo de la «atea» URSS, pero también el que se deducía del puro desarrollo de la alfabetización, de la educación de las mujeres y del crecimiento capitalista—amenazaba su autoridad y los papas católicos aumentaban tanto su reconocimiento de la importancia de las mujeres como sus intentos por guiar a las mujeres católicas y a sus organizaciones en la dirección adecuada.

Pío XI publicó importantes encíclicas a comienzos de los años treinta, suplementándolas con su *Divini redemptoris* (1937), que no solo condenaba el comunismo, sino que reafirmaba los argumentos católicos sobre la autoridad masculina en la familia. Ahora bien, su sucesor, Pío XII (1939-1958) pondría en circulación no menos de 72 mensajes a sus fieles sobre la cuestión femenina, cubriendo temas que iban desde los códigos de vestimenta a la sumisión de las mujeres en el matrimonio y los esfuerzos por reenfocar su atención sobre la casa y los niños. En un programa de radio emblemático desde el Vaticano, en octubre de 1945, Pío XII delinearía las obligaciones políticas y sociales que, a los ojos de la Iglesia, subyacían a la «dignidad de la mujer»... su papel único en la esfera doméstica y su control de la educación de los niños:

Todas las mujeres tienen [...] la obligación, la estricta obligación en conciencia de no ausentarse sino de entrar en acción de un modo adecuado a la condición de cada una de forma que contengan a esas corrientes que amenazan el hogar a fin de oponerse a esas doctrinas que socavan sus bases, y de preparar, organizar y conseguir su restauración⁶¹.

Estas obligaciones incluirían el uso del voto de forma apropiada, aprovechando plenamente los derechos civiles, incluso haciendo campaña por las medidas que apuntalarían y reforzarían la visión católica de la familia. En una cosa estarían de acuerdo tanto las feministas laicas como la jerarquía católica: «Ninguna mujer sensata», remarcaba Pío XII, «favorece una política de lucha de clases o de guerra. Su voto es un voto por la paz»⁶².

El Vaticano seguiría rotundamente opuesto a prácticas que limitasen el tamaño de las familias. Las feministas laicas, en contraste, adoptaban visiones mixtas sobre los temas relacionados con la población, incluido el derecho de las mujeres a controlar sus propios cuerpos y el «amor libre», a medida que se invocó la emancipación sexual en los años veinte y treinta del siglo xx. La reforma sexual, la disponibilidad del control de natalidad y de educación sexual y las campañas para la legalización del aborto se convirtieron en un área de acción cada vez más importante para

⁶¹ Pío XII, «Woman's Dignity: Political and Social Obligations» (*Questa grande vostra adunata*), emisión desde Ciudad del Vaticano, 21 de octubre de 1945; repr. en *Vital Speeches* 12 (1 de noviembre de 1945), pp. 42-45; y en *WFF*, vol. 2, doc. 118.

⁶² Pío XII, «Woman's Dignity», en *WFF*, vol. 2, p. 419.

algunas feministas laicas —aunque no para la mayoría de las más importantes asociaciones feministas— durante estos años. El interés en tales temas había recibido un empuje importante a partir de medidas adoptadas en la Rusia bolchevique desde la revolución, como se vio en el capítulo IX.

En el continente europeo, algunos gobiernos nacionales responderían de forma agresiva a las campañas destinadas a la realización de cambios espectaculares en el control sexual, y las feministas no identificadas con la izquierda radical procederían con precaución. Las disensiones potenciales de este tema se revelaron en un intercambio de 1917 en *Jus Suffragii*, el órgano de la Alianza Internacional para el Sufragio Femenino, sobre el tema de la limitación familiar, tras la denuncia de «egoístas» de las enseñanzas neomaltusianas de la sufragista y neonatalista francesa Marguerite de Witt-Schlumberger. Su alegación llevó a un chaparrón de cartas discrepantes al editor desde Inglaterra y Holanda. W. W. Rutgers-Hoitsema, desde Holanda, que unía su trabajo feminista con un papel activo en la Liga Neomaltusiana holandesa, afirmaba que, al menos mientras continuara la guerra y en el interés de la solidaridad a la hora de conseguir el sufragio femenino, «no deberían suscitarse ni discutirse en nuestro querido periódico Internacional por el Sufragio de la Mujer problemas difíciles, complicados y particularmente los más delicados, en parte nacionales, en parte internacionales —tales como patriotismo, chauvinismo, internacionalismo, neomaltusianismo, despoblación, repoblación, inmigración, emigración, colonización, imperialismo, etcétera»⁶³.

Después de la legalización y medicalización del aborto en la URSS, este tema —junto con la solución de la planificación familiar ahora aparentemente más moderada— atrajo una considerable atención entre las feministas laicas en los países anglófonos y escandinavos. A través de Escandinavia, Elisa Ottesen-Jensen, nacida en Noruega, hizo campaña con fuerza en pro de la educación sexual, de la disponibilidad de métodos contraceptivos y del apoyo social a las madres⁶⁴. En Inglaterra, la Dra. Marie Stopes presionó por una información sobre el control de natalidad que fuera accesible a las mujeres y, a comienzos de los años treinta del siglo xx, la Iglesia anglicana de Inglaterra llegó a una aprobación restringida de la planificación familiar. En Inglaterra, Stella Browne promulgó la liberación sexual y la legalización del aborto, afirmando con vehemencia frente a los argumentos poblacionistas que las mujeres te-

⁶³ W. W. Rutgers-Hoitsema, carta al editor, *Jus Suffragii* 12, 2 (1 de noviembre de 1917), p. 24.

⁶⁴ Véase Doris H. Linder, *Crusader for Sex Education: Elise Ottesen-Jensen (1886-1973) in Scandinavia and on the International Scene*, Lanham, University Press of America, 1996; e Ida Blom, *Barnebegrensning – Synd eller sunn fornuft* (¿Pecado o sentido común? Limitar el tamaño de la familia en Noruega, 1890s-1930s), Bergen, Universitets Forlaget, 1980.

nían el derecho de no tener niños. Pocas feministas británicas estaban abiertamente preparadas para respaldar los argumentos liberacionistas de Stella Browne⁶⁵.

En el continente, otras feministas eran bastante menos entusiastas sobre la legalización del aborto. En 1919, los socialistas en Basilea, Suiza, habían alcanzado una mayoría en el Gran Consejo y habían propuesto la descriminalización del aborto. Las sufragistas suizas convocaron un encuentro de organizaciones de mujeres para oponerse a la medida. Anna Löffler-Herzog argumentó que «si el aborto se autoriza, no solo [...] se deprecia a la mujer en su calidad de creadora [*créatrice*] y guardiana [*gardienne*] de la vida, sino que se la revalúa como un objeto de la avidia sexual de los hombres». Ella consideraba que esto era degradar a las mujeres... amenazar sus sentimientos maternos y volverlas «incapaces de consumir su función civilizadora»⁶⁶.

Las reservas de Löffler-Herzog sobre el sentido de la completa emancipación sexual para las mujeres eran compartidas por muchas feministas que seguían creyendo que los controles deberían situarse en su lugar en las expresiones de la sexualidad masculina. La defensora de las mujeres francesas Madeleine Vernet destacaba, en 1920, retractándose de su anterior adhesión al *amour libre*, que «lo que actualmente se denomina “amor libre”, lejos de ayudar a la emancipación de las mujeres es, con mucha frecuencia, una nueva fuente de servidumbre y sufrimiento para ellas»⁶⁷. El amor sexual, había concluido ella, era en último término un problema individual; los cambios sociopolíticos a través de la educación y la reorganización económica le parecían mucho más cruciales. En los años treinta del siglo xx ya, tampoco todas las feministas se ponían de acuerdo sobre el significado de la libertad sexual para las mujeres, aun cuando reconocieran la sexualidad de las mujeres como un aspecto de su ser que demandaba expresión. La mayoría habría apoyado la opinión de Nelly Roussel de que las mujeres debían tener el derecho a controlar sus propios cuerpos, pero podían estar muy en desacuerdo sobre el potencial de la práctica del «amor libre» sin tener en cuenta el embarazo. Aunque la educación sexual y las campañas de control de natalidad crecieron en importancia a largo plazo, a corto plazo, la protección de la maternidad y otros

⁶⁵ Véase Ruth Hall, *Marie Stopes: A Biography*, Londres, André Deutsch, 1977; y June Rose, *Marie Stopes and the Sexual Revolution*, Londres y Nueva York, Faber & Faber, 1992; Sheila Rowbotham, *A New World for Women: Stella Browne, Socialist Feminist*, Londres, Pluto Press, 1977; y Barbara Brookes, *Abortion in England, 1900-1967*, Londres, Croom Helm, 1988. Véase también Johanna Alberti, «The Turn of the Tide: Sexuality and Politics, 1928-1931», *Women's History Review* 3, 2 (1994); y Margaret Jackson, *The Real Facts of Life: Feminism and the Politics of Sexuality, c. 1850-1940*, Londres, Taylor & Francis, 1994.

⁶⁶ Anna Löffler-Herzog, citado en Susanna Woodtli, *Du Féminisme à l'égalité politique: Un Siècle de luttres en Suisse, 1868-1971*, Lausana, Payot, 1977, pp. 80-81.

⁶⁷ Madeleine Vernet, «Sur un brochure: L'amour libre», *La Mère éducatrice* 3, 9 (junio de 1920), p. 72.

cambios sociales que beneficiarían de inmediato a las mujeres, a menudo, tuvieron un carácter prioritario. Algunas feministas pensaron incluso que se ponía en conjunto demasiado énfasis en el sexo y, para las mujeres, en superar la virginidad. Winifred Holtby subrayaba irónicamente en 1935: «Hoy, hay un crimen mucho peor que la promiscuidad: la castidad. [...] Creo que un día deberemos pasar por encima de esta preocupación adolescente con el cuerpo humano y sus variadas experiencias»⁶⁸.

Las sanciones del gobierno contra las prácticas contraceptivas y el aborto crecieron entretanto de forma más pronunciada en algunas naciones. En 1920, el gobierno francés había prohibido toda circulación de información que tuviese que ver con la contracepción o el aborto, a la vez que criminalizaba la venta de instrumentos o materiales que pudieran usarse para fines abortistas. La feminista comunista Louise Bodin señalaba mordazmente sobre la medida de 1920: «A la prisión social de la mujer le han añadido un barrote más; así es la justicia de los hombres»⁶⁹.

En la Alemania de Weimar, como hemos visto en el capítulo X, frente a la oposición de los clérigos católicos y protestantes, las autoridades médicas y los defensores seculares de la legislación represiva, algunas feministas alemanas en 1931, se unieron a la campaña comunista para la revocación del artículo 218 del Código Penal alemán, que en 1871 había criminalizado el aborto. Sus esfuerzos se encontrarían con la oposición implacable de los nacionalsocialistas, que no solo cerraron las clínicas para el control de la natalidad, sino que, en 1943, incoarían una sentencia de muerte para los abortistas continuados. En los años cuarenta del siglo xx, bajo el régimen nazi, el gobierno de Vichy en Francia reclasificaría el aborto como un acto de alta traición y ejecutaría posteriormente a un profesional rebelde por crímenes contra el Estado⁷⁰.

«HE VISTO una revolución en los valores sociales y morales que ha transformado el mundo en el que vivo. Es un resultado directo de ese desafío a la opinión que denominamos el Movimiento de las mujeres.» Eso es lo que escribía la feminista británica Winifred Holtby en 1935. «Soy muy consciente», apuntaba ella, «de las imperfecciones del movimiento»:

⁶⁸ Winifred Holtby, «King George V Jubilee Celebrations», *Time and Tide*, 4 de mayo de 1935; repr. en Paul Berry y Alan Bishop (eds.), *Testament of a Generation: The Journalism of Vera Brittain and Winifred Holtby*, Londres, Virago, 1985, p. 92.

⁶⁹ Louise Bodin, en *L'Humanité*, 9 de agosto de 1920; citado en Colette Cosnier, *La Bolshevik aux bijoux: Louise Bodin*, París, P. Horay, 1988, p. 121. Sobre las complejidades de la política sexual-maternal en la Francia de los años veinte del siglo xx, véase Cova, *Maternité et droits des femmes en France*, y para los antecedentes, véase Jean Elisabeth Pedersen, «Regulating Abortion and Birth Control: Gender, Medicine, and Republican Politics in France, 1870-1920», *French Historical Studies* 19, 3 (primavera, 1996), pp. 673-698.

⁷⁰ Véase Francis Szpiner, *Une Affaire de femmes, Paris 1943: Exécution d'une avorteuse*, París, Baidand, 1986; y la película de Claude Chabrol basada en este caso tan extraordinario.

He visto lo que sucedió en Alemania, donde el péndulo de reacción ha oscilado de forma tan violenta que todo lo que se había ganado parece perdido de nuevo. Sé que Gran Bretaña tiene posesiones en África y en el Extremo Oriente que aún no han sido tocadas por ningún sentido de la humanidad de las mujeres. [...] Sé que aún tenemos mucho por hacer⁷¹.

La posición de las mujeres inglesas, en su opinión, había sido transformada más allá de toda medida. El feminismo de ningún modo había acabado, precisamente porque se había ganado el voto de las mujeres.

Otros en el continente y en Escandinavia midieron la distancia recorrida. Evaluando la situación de las mujeres europeas y los triunfos feministas en 1934, Bertie Albrecht las dividió en cinco categorías⁷²:

1. Las nórdicas, «que, lentamente formadas y emancipadas, conscientes de sus derechos y dignidad, se han merecido y han obtenido la emancipación». En esta categoría, Albrecht incluyó a las suecas, las inglesas y las holandesas.
2. Las mujeres de Rusia, «que pasaron bruscamente de la esclavitud a la igualdad absoluta —social, legal, civil y económica [*de traitement*]/—. Estas mujeres se han adaptado rápidamente a su nueva condición gracias a un intensivo programa organizado por el gobierno».
3. Las «mujeres» que han adquirido todas las libertades teóricas pero que, dada su carencia de educación, de ambición y de autorrespeto son incapaces de hacer uso de sus derechos y de hacer que se apliquen las leyes. Los gobiernos no hacen nada para su educación social. En esta categoría, Albrecht incluía Rumanía, España y Polonia.
4. El «curioso grupo de mujeres fascistas que (como las alemanas) han perdido todos sus derechos adquiridos y a las que se divierte y se adula con desfiles y ruido paramilitar, pero a las que se trata y se considera simplemente como recursos nacionales».
5. «El grupo más amorfo, el de las mujeres que no tienen derechos y que no reclaman ninguno. Habitadas a su estado de inferioridad, sus ambiciones no van más allá de la sombrerería. Ellas permanecen en la tradición del siglo XIX.» En este grupo (pese a las considerables evidencias en sentido contrario), Albrecht incluía a sus propias paisanas francesas y a las belgas.

Ella concluía apuntando que «en países donde las mujeres tienen iguales derechos, la práctica del control de natalidad es legal». Y, añadiendo un giro a la observación de Fourier de 1808, recalaba que «uno puede actual-

⁷¹ Holtby, «King George V Jubilee», pp. 90-92.

⁷² Bertie Albrecht, «La Femme dans le monde moderne», *Le Problème sexuel* 4 (1934); citado en Michèle Blin Sarde, *Regarde sur les françaises*, París, Stock, 1983, pp. 578-579.

mente juzgar el grado de dignidad que se les concede a las mujeres en un país a partir del estado de la cuestión del control de natalidad en ese país».

Ahora bien, en muchos otros frentes, se había hecho un progreso espectacular por toda Europa. La apertura de las oportunidades educativas para las mujeres europeas había sido confirmada; la alfabetización y escolarización continuó incrementándose. Las feministas habían exigido cambios profundos en las leyes sobre el matrimonio y la propiedad, y cambios en las leyes que tenían que ver con los niños nacidos fuera del matrimonio. Las reivindicaciones acerca de la emancipación económica de las mujeres —tal como se simboliza por la oportunidad de empleo igualitario y el mismo salario por el mismo trabajo— habían sido planteadas por todas partes y se estaba insistiendo en ellas incluso cuando los adversarios trataban de combatir la Gran Depresión eliminando a las mujeres casadas de la fuerza de trabajo. Se habían sugerido con gran fuerza propuestas de reestructuración de la división doméstica del trabajo, particularmente en Suecia. La igualdad para las mujeres en los programas estatales de bienestar en desarrollo generó gran discusión. Que las campañas por la emancipación sexual de las mujeres, con todo, de largo el tema más controvertido para las feministas en el periodo de posguerra, pudieran incluso abordarse; que los gobiernos nacionales estuvieran ahora contraatacando contra las propuestas para legalizar las medidas contraceptivas y para descriminalizar el aborto; que los cuerpos religiosos hubieran acelerado sus intentos para canalizar y controlar las actividades de las mujeres... todo esto señalaba el punto del éxito conseguido desde 1700, cuando un coro de voces feministas había comenzado a desafiar de forma impresa la subordinación de las mujeres. Allí donde uno mirase, la agitación feminista estaba en marcha en una gran variedad de frentes⁷³.

Lo cierto es que a las feministas les quedaban aún muchas tareas en aquellas naciones que habían promulgado disposiciones para los derechos igualitarios de las mujeres y el voto. Una respuesta que pudo reemplazar a muchas otras en este periodo fue elaborada por Karen Johnsen, de Dinamarca. En una colección de ensayos publicada en 1937 (y en traducción inglesa en 1939), Johnsen apuntaba que, aun después de la concesión de la igualdad constitucional en 1915, las tareas del movimiento de las mujeres danesas no estaban de ningún modo terminadas:

⁷³ En estos capítulos, no ha sido posible considerar los casos de un buen número de países: por ejemplo, las nuevas naciones de Checoslovaquia, Polonia, las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania y los nuevos Estados balcánicos; por no mencionar a otras naciones costeras más pequeñas, como Holanda, y las otras escandinavas, aparte de Suecia, que merecen un tratamiento más completo. Para algunos, ya se han desarrollado numerosos estudios especializados sobre la historia del feminismo, pero para otros —en particular, para aquellos Estados que estuvieron bajo la dominación comunista desde finales de los años cuarenta hasta 1989—, los estudios apenas están comenzando. En la bibliografía que se encuentra al final de este libro aparecen algunas obras más relacionadas con el feminismo en estas naciones.

El movimiento de las mujeres, además de tratar de conseguir acabar con los restos de inaceptables desigualdades, tiene ahora la tarea de ver que la posición de igualdad que la ley ha dado a las mujeres se ajusta a la vida real y que las provisiones legales se realizan también en esa vida real. Más aún, el movimiento de las mujeres ha de tratar de contrarrestar la tendencia provocando desde los países fascista y nazi —allá donde aparezca— el que se fuerce a la mujer (en especial a la mujer casada) a volver a su vieja posición de desigualdad. Habiendo llegado al estatus presente de protección legal, sería impensable que las mujeres danesas volvieran a las viejas condiciones⁷⁴.

Más aún, en la legislación social, tal como señaló la presidenta del Consejo Danés de Mujeres, Kirsten Gloerfelt-Tarp, «hay [...] una cierta idea de que los deseos y requisitos de las mujeres son menos que los de los hombres»: «De este modo, las pensiones de jubilación y las prestaciones de invalidez son un poco más bajas para las mujeres que para los hombres, por ejemplo; la Ley Nacional de la Seguridad Social fija la pensión básica para las mujeres solteras en más o menos el 93 por 100 de la que se les paga a los hombres solteros»⁷⁵. Las necesidades individuales de las mujeres no eran menores, decía ella, que las de los hombres. Un pensamiento como este generaría una nueva resistencia entre los pensadores centrados en el hombre, que darían forma a los Estados del bienestar nacional por toda Europa, culminando en las reformas y programas sociales de finales de los cuarenta y cincuenta del siglo xx. Ello influiría enormemente en el desarrollo y la expansión de los programas de planificación familiar y apuntalaría el esfuerzo sueco por reorganizar los roles sexuales en los años sesenta del siglo xx.

⁷⁴ Karen Johnsen, «The General Legal Status of Women», en Kirsten Gloerfelt-Tarp (ed.), *Women in the Community*, Londres y Oxford, Oxford University Press, ed. orig. en danés, 1937, p. 282.

⁷⁵ Kirsten Gloerfelt-Tarp, «Status of Women in Social Legislation», en Gloerfelt-Tarp (ed.), *Women in the Community*, p. 283.

GLOBALIZAR Y POLITIZAR LA ACTIVIDAD INTERNACIONAL FEMINISTA, 1919-1945¹

Los feminismos en Europa se habían entretreído profundamente con el crecimiento y el desarrollo de los Estados-nación, tanto en el frente político como en el económico. Lo cierto es que, como secuela de la Primera Guerra Mundial, las feministas consiguieron un nivel de compromiso con la vida política nacional con el que una década antes tan solo soñaban. No se trataba únicamente de que las mujeres votaran, formaran asociaciones, se unieran a partidos políticos o que representaran o fueran elegidas para los parlamentos, sino que algunas fueron designadas para servir como ministras de gabinete.

A partir del precedente sentado por Aleksandra Kollontai, denominada comisaria del Pueblo para el Bienestar Social a finales de 1917 por el gobierno revolucionario de Rusia, en primer lugar Constance Markievicz en Irlanda (para el contragobierno republicano irlandés rebelde) y luego Margaret Bondfield en el Reino Unido (con el Partido Laborista en 1929) encabezaron sus respectivos ministerios de trabajo. En Dinamarca, Nina Bang sirvió como ministra de Educación bajo un gabinete socialdemócrata (1924-1926). Ninguna de estas mujeres políticas se consideraba

¹ Quiero mostrar mi agradecimiento en particular a Sondra Herman, Doris H. Linder, Shulamit Magnus y el grupo de especialistas del Instituto para la Investigación sobre las Mujeres y el Género de la Stanford University por sus muchas y muy buenas sugerencias para mejorar este capítulo. Mi agradecimiento también a Leila J. Rupp, por permitirme consultar el manuscrito de sus *Worlds of Women* antes de ser publicado; confío en que encuentre mis fuentes y mi interpretación como complementarias a las suyas propias. Deseo también mostrar mi reconocimiento a los magníficos fondos documentales y de microfilms de las bibliotecas de la Stanford University y de la Hoover Institution, así como a los amables miembros de sus equipos, que me han facilitado enormemente el acceso a estos materiales. Lamento no haber podido consultar la obra de Carol Miller «Lobbying the League: Women's International Organizations and the League of Nations», tesis doctoral, St. Hilda's College, University of Oxford, 1992, o el libro que después salió de ella, antes de terminar este capítulo.

a sí misma como feminista antes que nada, pero todas ellas atendieron a los temas de mujeres dentro de sus respectivos partidos nacionalistas, socialistas y laboristas. Muchas más mujeres sirvieron en los consejos municipales e incluso, en unos pocos casos, como alcaldesas de ciudades grandes. En 1939, precisamente cuando la guerra amenazaba de nuevo con extenderse de nuevo a toda Europa, la senadora irlandesa y viuda de revolucionario, Kathleen Clarke, sería nombrada como alcaldesa de Dublín.

El compromiso creciente de las mujeres como ciudadanas de pleno derecho —incluso su elección a parlamentos y su afiliación con partidos políticos—, de ningún modo aseguraba que pudieran alcanzarse otros objetivos feministas para acabar con la subordinación femenina o siquiera que estos objetivos pudieran mantenerse en el primer plano de la vida política. Incluso el nombramiento en 1936 de tres mujeres francesas como subsecretarias ministeriales por Léon Blum, líder socialista y cabeza del gobierno del Frente Popular Francés, no incluiría más que una feminista totalmente entregada, la líder sufragista Cécile Brunschvicg. Con todo, este nombramiento tuvo una enorme importancia simbólica en la nación en la que las feministas habían realizado las reivindicaciones más tempranas de derechos políticos y representación política y en la que un Senado recalcitrante rechazaba la concesión del derecho al voto de la mayoría femenina de su población, temiendo que sus votos pudieran socavar la Tercera República laica.

Estos nombramientos ministeriales, combinados con la designación de algunas feministas para comisiones gubernamentales y su controvertida entrada en los servicios civiles nacionales, se vieron coronados simbólicamente cuando unas cuantas mujeres fueron nombradas para puestos de embajadoras. El efímero gobierno de Károlyi en Hungría nombró a la sufragista Rozsika Schwimmer como embajadora en Suiza (un nombramiento rechazado por el gobierno suizo) y la URSS enviaría a Aleksandra Kollontai a Noruega en calidad de ministra-consejera y luego la nombraría embajadora para Suecia (un destino que le permitiría a Kollontai sobrevivir a las purgas estalinistas de los años treinta del siglo xx). Estos nombramientos señalaron la llegada de las mujeres y, en un grado muy limitado, del pensamiento referente a e interesado por las mujeres (si no necesariamente feminista) en el campo de las relaciones internacionales, altamente masculino y muy celosamente guardado. Los pocos gobiernos comprensivos que apostaron por estos nombramientos forzaron a otros a reconsiderar su resistencia. No obstante, tales nombramientos vinieron poco a poco; tal como he sugerido en los capítulos anteriores, la reacción de posguerra contra las aspiraciones feministas de emancipación del control masculino fue extensa y prolongada, incluso en las sociedades europeas ostensiblemente liberales. Las «primeras» de las mujeres en la arena política nacional podían aún contarse con los dedos de una mano, y la

resistencia a su entrada en el servicio gubernamental, especialmente en los niveles superiores, no debe ser subestimada.

Hubo, no obstante, otro frente en el que las feministas podían plantear sus demandas. A lo largo de la primera mitad del siglo xx, las mujeres activistas de un buen número de países europeos expandieron sus actividades organizativas a nivel internacional, más allá y, hasta cierto punto, fuera del control de gobiernos o partidos políticos. Charlotte Perkins Gilman, una observadora americana en el Séptimo Encuentro Bienal de la International Woman Suffrage Alliance (IWSA, Alianza Internacional para el Sufragio Femenino), que tuvo lugar en Budapest en 1913, se sorprendía de que «las mujeres, por primera vez en la historia, se están moviendo en grandes masas y con el fin de lograr el beneficio social. [...] Se trata de un fenómeno de nuestra época; de una importancia inmensa»². Después de una procesión triunfal de delegados de Berlín a Budapest, pasando por Dresde, Praga y Viena, el Congreso de la IWSA celebró la aparición de saludos ceremoniales, encarnados en un estandarte de seda, procedente de las feministas chinas. El feminismo se estaba convirtiendo rápidamente en un asunto global.

En los años veinte y treinta del siglo xx, el sesgo propio de la costa atlántica del feminismo europeo sería cada vez más difuso por la formación de coaliciones más pequeñas dentro de Europa como la Petite Entente des Femmes (Pequeña Entente de Mujeres) creada por feministas de Grecia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía y Polonia, que organizaron sus encuentros en Bucarest (1923), Belgrado (1924) y Atenas (1925)³. El eurocentrismo feminista se iría diluyendo en razón de la muy celebrada aparición en las conferencias europeas de visitantes y delegadas de muchas áreas del mundo no occidental, incluidas China, Japón e India, y también en razón de la comunicación cada vez mayor, concerniente a los temas de mujeres y a las reuniones feministas en Argentina, en Cuba y el Yucatán, en Corea, y en algunos Estados-nación en desarrollo en Medio Oriente, particularmente Egipto y Turquía. En 1923, el Congreso de la IWSA, en Roma, eligió a la feminista egipcia Huda Shaarawi como vicepresidenta. En 1931, las feministas francesas organizaron unos terceros États-Généraux du Féminisme en torno al tema del colonialismo; a comien-

² Charlotte Perkins Gilman, «The Woman Suffrage Congress in Budapest», *The Forerunner* 4, 8 (agosto de 1913), p. 204. Véase *supra*, capítulo VII, para las fases tempranas de la organización feminista internacional y para el amplio lapso de tiempo, el trabajo ahora indispensable de Leila J. Rupp, *Worlds of Women: International Women's Organizations, 1888-1945*, Princeton, Princeton University Press, 1998.

³ La Petite Entente des Femmes celebró al final tres congresos en los años veinte del siglo xx. He localizado las actas publicadas para el encuentro de 1924 y un breve informe sobre el encuentro de 1925 realizado por Avra Theodoropoulos en *Jus Suffragii* 20, 5 (febrero de 1926), p. 69. Por cuanto sé, no ha habido ningún trabajo especializado sobre este grupo. Tampoco hay todavía demasiados estudios sobre la actividad feminista en los países miembros durante los años veinte y treinta del siglo xx.

zos de 1932, la sufragista francesa Germaine Malaterre-Sellier convocó una conferencia mediterránea de mujeres en Constantina, en Argelia⁴. En 1935, la International Alliance of Women (IAW, Alianza Internacional de Mujeres; antes IWSA) celebraría con orgullo su congreso trienal en el extremo más oriental de Europa, en la gran capital antigua de Estambul.

Esta expansión dinámica del movimiento feminista, que comenzó bastante antes de la Primera Guerra Mundial, no había parado ni siquiera en la época de la guerra. Las feministas europeas y norteamericanas (organizadas como el Women's Peace Party, Partido de Mujeres por la Paz) se reunieron en La Haya en 1915, y de nuevo en Zúrich en 1919, para protestar contra la guerra, celebrar la paz, combatir el militarismo y presionar para la inclusión completa de las mujeres en los asuntos del mundo. Además del sufragio y la plena ciudadanía, las feministas trabajaban en una amplia agenda de cosas a cambiar. Trataban de incrementar las oportunidades educativas de las mujeres (a veces, frente a los esfuerzos por restringirlas), de conseguir una reforma completa del derecho conyugal, de abordar una serie de temas relacionados con el empleo de las mujeres (especialmente el derecho de las mujeres al trabajo y al sueldo igualitario), de promover (o, en algunos casos, de oponerse) a la legislación laboral protectora y desafiar al comercio de alcohol y de drogas, a la prostitución regulada y a lo que sería conocido como el tráfico internacional de mujeres y muchachas. Las feministas pretendían también cambiar las leyes que gobernaban la nacionalidad y la ciudadanía de las mujeres que se habían casado con hombres de diferentes nacionalidades, modificar leyes discriminatorias que regulaban el estatus de los niños nacidos fuera del matrimonio, y promulgar leyes que realzarían la protección de los niños. La educación sexual, la planificación familiar y los temas más controvertidos que rodean el control reproductivo seguían figurando en la agenda feminista a nivel nacional (y, con menos frecuencia, a nivel internacional). Las feministas siguieron además trabajando duro por el desarme y la paz mundial.

En los años veinte y treinta del siglo XX, una erupción de activismo sin precedentes estalló en nombre de la emancipación de las mujeres a nivel internacional. Las mujeres europeas —cada vez más equipadas con licenciaturas universitarias en derecho, filosofía, medicina e historia— se alzaban al frente de estos esfuerzos expansivos. Sus actividades (tanto intelectuales como políticas) solo ahora están siendo documentadas de forma adecuada por los historiadores. Refiriéndose principalmente a las activis-

⁴ Véase Conseil National des Femmes Françaises, *États-généraux du féminisme*, 30-31 Mai 1931, París, CNFF, 1931; y sobre la posterior conferencia en Argelia, véase *Jus Suffragii* 26, 6 (marzo de 1932), pp. 55, 65; y recortes contemporáneos de la prensa argelina en el dossier de Malaterre Sellier. Ambos pueden consultarse en la Bibliothèque Marguerite Durand, París. Véase también Marie Bugéja, «Ce qui fut le Congrès des femmes méditerranéennes», *Bulletin de la Société de Géographie d'Alger et de L'Afrique du Nord* 37, 132 (1932), pp. 544-568.

tas británicas y americanas (que siguen dominando los informes de los especialistas anglohablantes), la historiadora Carol Miller insiste con mucha razón en que «el objetivo del trabajo internacional de las feministas era el de reforzar las campañas nacionales para avanzar en el estatus de las mujeres y como tal no estaba separado de los objetivos nacionales, como había sido sugerido previamente» por historiadores tales como Brian Harrison y Richard J. Evans⁵.

Esto resultaba aún más cierto en el caso de las feministas de los países europeos continentales cuyo activismo internacional suponía mucho más que un mero complemento al trabajo de sus homólogas británicas y americanas. El hecho de que ellas tuvieran cierto grado de éxito a la hora de desplegar sus argumentos durante las conversaciones de paz de París de 1919 y a la hora de participar en la primera Conferencia Internacional del Trabajo celebrada en Washington DC (octubre de 1919), dice mucho sobre el impacto de las perspectivas y el activismo feministas en los asuntos internacionales durante el periodo inmediato de posguerra. Hacia 1926, el informe de una activista americana sobre las iniciativas feministas europeas en la Sociedad de Naciones proclamaba con entusiasmo «el feminismo más eficaz en Europa que en América»⁶.

CONSTRUIR UNA COALICIÓN Y ENFOQUES DIVERGENTES

Si bien en el periodo de entreguerras fluyeron múltiples corrientes del magma feminista, no lo hicieron en la misma dirección ni a la misma velocidad; lo cierto es que, en su abundancia, habían amenazado incluso en ocasiones con chocar frontalmente y con competir por los caminos a tomar. A veces, las feministas dudaban y perdían terreno cuando la falta de poder político de las mujeres se hacía patente a la hora de ejecutar las decisiones tomadas sobre el papel, o cuando en una época de política de masas y disciplina de partido no podían movilizar a una masa de seguidores con independencia de criterio para respaldar un programa unificado de los intereses políticos de las mujeres. Se volvió muy obvio que no todas las mujeres eran feministas y que no todos los movimientos de mujeres tenían la voluntad de ser feministas. En naciones en las que se había conseguido el voto, incluso en aquellas que profesaban un compromiso feminista, se podía estar en desacuerdo sobre las prioridades, objetivos, estrategias y tácticas. La ruptura durante estos años entre las defensoras de una legislación laboral protectora para las mujeres y las defensoras de una

⁵ Carol Miller, «"Geneva-The Key to Equality": Inter-War Feminists and the League of Nations», *Women's History Review* 3, 2 (1994), pp. 219-245.

⁶ Constance Drexel, «Feminism More Effective in Europe than America», *Current History* 24, 2 (mayo de 1926), pp. 211-215.

igualdad absoluta de los derechos legales se demostró especialmente difícil de superar. En un plano más filosófico, la tensión subsiguiente entre feminismo y humanismo se volvió particularmente aguda, como se discutirá más adelante en este capítulo.

Las diferencias de enfoque respecto a lo que constituían los remedios «feministas» a los problemas específicos de las mujeres trabajadoras industriales, que se habían desarrollado en la rivalidad con las mujeres socialistas-marxistas en la Segunda Internacional desde finales del siglo XIX, se pusieron claramente de relieve con la Revolución bolchevique. Estas diferencias se intensificaron durante la Primera Conferencia Internacional del Trabajo en 1919 y se hicieron incluso más agudas durante los años veinte del siglo XX, tras la ruptura entre comunistas y socialdemócratas en Tours en 1920. En 1921, socialdemócratas europeas y mujeres trabajadoras fundaron la International Federation of Working Women (IFWW, Federación Internacional de Mujeres Trabajadoras), una extensión de los congresos internacionales convocados por una coalición de organizaciones sindicales de mujeres en 1919 y 1921. Los objetivos de la IFWW eran «examinar todos los proyectos de legislación propuestos por la Conferencia Internacional del Trabajo de la Sociedad de Naciones» y «promover el nombramiento de mujeres trabajadoras en organizaciones que estuviesen concernidas por el bienestar de los trabajadores»⁷. La andadura de la IFWW, no obstante, acabó resultando relativamente breve. Fue absorbida por la nueva Internacional Socialista, exactamente igual que las organizaciones del trabajo de mujeres fueron también reabsorbidas en los sindicatos dominados por hombres en el nombre de la solidaridad.

Otro grupo internacional de mujeres, más duradero, solidario con los esfuerzos que la URSS proclamaba estar haciendo en nombre de las mujeres trabajadoras (en especial, con aquellas que eran madres), era el International Cooperative Women's Guild (ICWG, Gremio Internacional Cooperativista de Mujeres), fundado en 1921 en Basilea, Suiza, por la cooperativista Margaret Llewelyn Davies y sus asociados. A comienzos de los años veinte del siglo XX, al ICWG se referían como a la «Internacional de las Madres», puesto que sus miembros eran, ante todo, amas de casa de clase trabajadora y sus defensores de clase media. Más profundamente arraigadas que su reacción a los desarrollos que estaban operándose en el nuevo Estado soviético, se hallaban las posiciones que habían desplegado las líderes del ICWG desde finales del siglo XIX durante las décadas anteriores a la internacionalización del Women's Co-operative Guild (WCG, Gremio Cooperativista de Mujeres). Estas mujeres no desafiaban la división sexual del trabajo, pero sí insistían en la importancia

para la sociedad del trabajo de las mujeres en la economía doméstica como esposas y madres y, en especial, como consumidoras, y sí defendían una voz pública que expresara las legítimas preocupaciones, en el ámbito doméstico, de estas mujeres⁸. En Inglaterra, el WCG había trabajado desde los años ochenta del siglo XIX por un número de medidas que mejoraran las vidas de las mujeres corrientes, incluido el pago de las prestaciones de maternidad directamente a las madres, y esta propuesta se convirtió en un asunto de interés internacional en el periodo de posguerra, cuando mujeres de la clase trabajadora acudieron en masa a unirse al WCG —y al Partido Laborista— tras la victoria del sufragio de las mujeres. El control reproductivo también figuraba en la agenda del WCG y, en 1934, este grupo señaló incluso su aprobación del aborto legal. El organismo matriz del ICWG tomó también un profundo interés en temas de paz y desarme, y en 1938 patrocinó un congreso internacional de mujeres en Ginebra para protestar por la amenaza acechante de la guerra.

Tres lugares extremadamente importantes de la actividad feminista internacional en Europa durante los años veinte y treinta del siglo XX fueron el International Council of Women (ICW, Consejo Internacional de Mujeres), la International Woman Suffrage Alliance (IWSA, Alianza Internacional por el Sufragio Femenino, que a mediados de los años veinte se reconstituyó como International Alliance of Women for Suffrage and Equal Citizenship [Alianza Internacional de Mujeres por el Sufragio y la Ciudadanía Igualitaria], conocida como IAWSEC, o simplemente como la IAW), y la recién formada Women's International League for Peace and Freedom (WILPF o WIL, Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad).

Cada organización convocó congresos regulares en ciudades europeas, por lo general, en años alternativos, solapándose en ocasiones el personal. París y Londres se convirtieron a menudo en escenarios para las sesiones ejecutivas en los años veinte y treinta del siglo XX, ahora bien, los congresos se extendieron por toda Europa (Oslo, Viena, Dubrovnik, Edimburgo, Ginebra, Roma, Berlín, Copenhague, Interlaken, Zúrich, Viena, Dublín, Praga, Grenoble, Luhacovice, Luxemburgo), ocasionalmente en Norteamérica (Washington DC y Filadelfia) y excepcionalmente (IAW, 1935) en Estambul.

Tal como ha subrayado la historiadora Leila J. Rupp, estas tres organizaciones internacionales de mujeres se hallaban todas estrechamente relacionadas entre sí; muchas de sus líderes no solo se conocían, sino que a

⁷ Citado en Carol Riegelman Lubin y Anne Winslow, *Social Justice for Women: The International Labor Organization and Women*, Durham, Duke University Press, 1990, p. 32.

⁸ Para profundizar en la IFWW y la ICWG desde una perspectiva británica, véase Pamela M. Graves, *Labour Women: Women in British Working-Class Politics, 1918-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; y los ensayos en Lucy Middleton (ed.), *Women in the Labour Movement: The British Experience*, Londres, Croom Helm, 1977. Véase también Naomi Black, «The Mothers' International: The Women's Co-Operative Guild and Feminist Pacifism», *Women's Studies International Forum* 7, 6 (1984), pp. 467-476.

menudo las unían relaciones de amistad⁹. Desde el ámbito operacional, estas tres organizaciones ejemplificaban tres enfoques distintivos. El International Council of Women (ICW, Consejo Internacional de Mujeres), el más antiguo, era una laxa federación de grupos de mujeres que dejaban los asuntos de la acción nacional estrictamente a la iniciativa de los consejos nacionales afiliados. Con respecto a los asuntos internacionales, durante los años veinte y treinta del siglo xx, el ICW se centró particularmente en el tráfico con mujeres y en la nacionalidad de las mujeres casadas, asuntos que traspasaban de forma decisiva las fronteras nacionales. La IWSA/IAWSEC/IAW, más específicamente «política», se había establecido, en 1904, como una organización «hija» derivada del ICW, centrándose de forma expresa en la consecución del sufragio femenino. Después de las victorias sufragistas de la posguerra, la IAW sufrió hasta cierto punto una escisión de su identidad, abarcando como lo hacía organismos nacionales cuyos representantes querían ir «más allá del sufragio» y otros que aún no lo habían obtenido. Tras un cambio de nombre y de orientación en 1926, la IAW organizó su Comité sobre la Paz y la Sociedad de Naciones, patrocinando una serie de conferencias en enero sobre la «Causa y Cura de la Guerra». La WILPF, que se había formado tras la Primera Guerra Mundial como una extensión del Women's Peace Party (Partido de Mujeres por la Paz), el grupo derivado de la IWSA que había organizado los Congresos de Mujeres por la Paz de 1915 y 1919 (del que se habló en el capítulo IX) podía verse como el «nieto». De los tres grupos, la WILPF era el único que estableció políticas en lo que la historiadora Jo Vellacott denomina el nivel «transnacional», y esperaba que sus «secciones» afiliadas por naciones siguieran su ejemplo en busca de diversas iniciativas en nombre de la paz y la libertad¹⁰. Aunque los presidentes de estos grupos eran predominantemente americanos o británicos, la mayoría de los miembros de los consejos internacionales y muchos de los trabajadores más activos eran feministas del continente europeo.

En 1925, estas tres asociaciones se unieron a algunas otras para establecer un Joint Standing Committee of Women's International Organizations (Comité Permanente Conjunto de Organizaciones Internacionales de Mujeres), con el objetivo de implicar a más mujeres en los asuntos de la Sociedad de Naciones y de la International Labour Organization (ILO, Organización Internacional del Trabajo [OIT]), así como la presión en ambos organismos en nombre de los asuntos de las mujeres. Madame Avril de

⁹ Véase Rupp, *Worlds of Women*; y Rupp, «Constructing Internationalism: The Case of Transnational Women's Organizations, 1888-1945», *American Historical Review* 99, 5 (diciembre de 1994), pp. 1571-1600.

¹⁰ Para la discusión de este término, véase Jo Vellacott, «"Transnationalism" in the Early Women's International League for Peace and Freedom», en *The Pacifist Impulse in Historical Perspective*, ed. Harvey L. Dyck, Toronto, University of Toronto Press, 1996, pp. 362-383. Francesca Miller habla también en términos de transnacionalismo en *Latin American Women and the Search for Social Justice*, Hanover y Londres, University Press of New England, 1991.

Sainte-Croix, de Francia, durante mucho tiempo activa en asuntos feministas internacionales, sirvió como la delegada oficial del Comité Conjunto para la Sociedad de Naciones. Hacia 1931, cuando se estableció el Liaison Committee of Women's International Organizations (Comité de Enlace de las Organizaciones Internacionales de Mujeres), incluía también un buen número de otros grupos que aspiraban a representar una membresía internacional que se extendía mucho más allá de Europa. Entre ellos se encontraba la International Federation of Business and Professional Women (Federación Internacional de Mujeres de Negocios y Profesionales); la International Federation of University Women (Federación Internacional de Mujeres de la Universidad), la International Federation of Women Magistrates and Barristers (Federación Internacional de Mujeres Magistradas y Abogadas), la St. Joan's Social and Political Alliance (Alianza Social y Política de Santa Juana), la World Union of Women for International Concord (Unión Mundial para la Concordia Internacional), la World's Women's Christian Temperance Union (Unión de las Mujeres del Mundo por la Moderación Cristiana), y la World's Young Women's Christian Association (Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes del Mundo). Otros, que entonces no estaban aún representados en el Liaison Committee, incluían el International Cooperative Women's Guild (Gremio Internacional de Mujeres Cooperativas, antes mencionado), algunos grupos internacionales de acción social de mujeres católicas, la Equal Rights International (Internacional para la Igualdad de Derechos), la Inter-American Commission of Women (Comisión Interamericana de Mujeres), y la All-Asian Conference of Women (Conferencia de Mujeres de Toda Asia). Hacia 1936, según la tesis doctoral de Magdeleine Boy, 20 grupos de estos aparecieron bajo la categoría de «Feminismo» en el listado de organizaciones internacionales más reciente de la Sociedad de Naciones¹¹. Este feminismo «inter-internacional», como lo denominó más tarde la feminista holandesa Willemijn Hendrika Posthumus-van der Goot, haría importantes contribuciones durante los años que vinieron a continuación¹².

ACTIVISMO FEMINISTA EN GINEBRA: LA SOCIEDAD DE NACIONES Y LA OIT

En los años veinte del siglo xx, los dos principales campos para la acción internacional por parte de los grupos feministas eran la recién establecida Sociedad de Naciones y la Organización Internacional del Tra-

¹¹ Véase Magdeleine Boy, *Les Associations internationales féminines*, tesis doctoral, Facultad de Derecho de la Universidad de Lyon, Lyon, Imprimerie Paquet, 1936.

¹² Willemijn Hendrika Posthumus-van der Goot, *Vrouwen vechten voor de vrede*, Arnhem, Van Loghum Slaterus, 1961, p. 209; trad. en Mineke Bosch con Annemarie Kloosterman (ed.), *Politics and Friendship: Letters from the International Woman Suffrage Alliance, 1902-1942*, Columbus, Ohio State University Press, 1990, p. 177.

bajo, cuyas sedes estaban en ambos casos en Ginebra. Ambas estaban abiertas a la participación activa de las mujeres, gracias a las medidas incorporadas con éxito en el Tratado de Versalles de 1919, a instancias de las feministas europeas y americanas. El artículo 7 del Acuerdo de la Sociedad de Naciones afirmaba que «todas las posiciones bajo la Sociedad de Naciones o en conexión con ella, incluido el secretariado, habrán de abrirse por igual a hombres y mujeres»¹³. La presidenta de la IWSA, Margery Corbett Ashby, proclamó esta breve afirmación como «la gran carta estatutaria de las mujeres en la Sociedad de Naciones»¹⁴.

El país que acogía a la Sociedad de Naciones, Suiza, era excepcional en Europa, no solo por su belleza pintoresca, sino también por su obstinado retraso en el voto de las mujeres y en la ciudadanía de pleno derecho, postpuestos a nivel federal hasta 1971. «¿Cómo puede ser», escribió Emilie Gour, editora de *Mouvement féministe* (Ginebra), en 1914, «que Suiza, que es ciertamente uno de los países más avanzados en todo lo que concierne a instituciones democráticas y reformas sociales, sea tan retrógrada en lo que tiene que ver con los derechos políticos de las mujeres?»¹⁵. En noviembre de 1918, los socialistas suizos respaldaron el sufragio femenino, y las sufragistas demandaron la total revisión de la Constitución federal suiza a ese efecto; esto fue rechazado en favor de las decisiones locales. En junio de 1920, la IWSA celebró un congreso mundial en Ginebra para suscitar entusiasmo por la concesión del derecho al voto, pero, entre 1919 y 1921, seis cantones suizos, incluida Ginebra, derrotaron las propuestas por el sufragio local de las mujeres¹⁶.

Las feministas suizas eran un grupo pequeño pero activo, tanto a nivel nacional como internacional. En 1920, Pauline Chaponnière-Chaix, presidenta del Consejo Suizo de Mujeres, fue elegida presidenta del ICW; su paisana, Clara Ragaz, de Zúrich, tomó una serie de posiciones importantes de liderazgo en la WILPF. Ahora bien, desde el comienzo, la carencia de la plena ciudadanía por parte de las mujeres en su propio país arrojó una cierta sombra sobre las actividades feministas en Ginebra... lugar de nacimiento de Rousseau y celebrado como tal. La resistencia esporádica de algunos de los delegados y burócratas masculinos en la Sociedad de

¹³ Tratado de Versalles, art. 7, según reed. en Fred L. Israel (ed.), *Major Peace Treaties of Modern History 1648-1967*, 2 vols., Nueva York, Chelsea House Publishers, 1967, vol. 2, p. 1277.

¹⁴ Margery Corbett Ashby, en D(orothea) M(ary) Northcroft (ed.), *Women at Work in the League of Nations*, Londres, Page & Pratt, 1923, p. 1. Véase también Ki-Tcheng, *La Femme et la Société des Nations*, tesis publicada, Facultad de Derecho de la Universidad de París, París, Presses Modernes, 1928. He obtenido además excelente informes sobre la actividad feminista internacional en los volúmenes anuales del *Jahrbuch für Schweizerfrauen/Annuaire des femmes suisses*.

¹⁵ Emilie Gour, «Switzerland», *Jus Suffragii* 8, 7 (1 de marzo de 1914), p. 78.

¹⁶ Para los detalles, véase Sibylle Hardmeier, *Frühe Frauenstimmrechtsbewegung in der Schweiz (1890-1930): Argumente, Strategien, Netzwerk und Gegenbewegung*, Zürich, Chronos, 1997.

Naciones y en la OIT desafió aún más el ingenio feminista a la hora de cumplir sus objetivos.

Las activistas feministas abrazaron con entusiasmo la fundación de la Sociedad de Naciones y la OIT. Cuando establecieron sus operaciones en Ginebra, espolearon e impulsaron cualquier posible oportunidad y todos los temas pertinentes. La última incluyó puntos bajo la jurisdicción del Comité Marítimo de la Liga (que tenía bajo su alcance los burdeles establecidos por el gobierno en ciudades portuarias) y el Comité de Expertos (que podía abordar cuestiones que tenían que ver con el estatus de las mujeres en territorios supervisados por candidatos designados por la Sociedad de Naciones). La WILPF estableció incluso unos cuarteles permanentes en Ginebra, con una oficina y un personal que supervisaba y buscaba influenciar en los cuarteles de la Sociedad de Naciones. La Maison Internationale de la WILPF se convirtió en un punto de encuentro familiar para las feministas activas internacionalmente.

La Sociedad de Naciones absorbió una serie de aventuras anteriores en cooperación internacional. Al principio, parecía resultar muy prometedora, no solo como vehículo para conseguir la paz mundial y promover relaciones más cordiales entre trabajo y capital, sino también para avanzar en los derechos de las mujeres. La mayoría de las naciones europeas, con la excepción de los poderes derrotados en la guerra, rápidamente se hicieron miembros y enviaron delegaciones a Ginebra. Alemania, Austria y Hungría entraron más tarde, lo mismo que la recién establecida URSS.

El Secretariado y la Asamblea de la Sociedad de Naciones ofrecieron posibilidades para la acción política que las activistas feministas aceptaron rápidamente, aun cuando se quejaron de la relativa escasez de mujeres en posiciones oficiales y como delegadas. Sus éxitos fueron publicitados en las sucesivas ediciones del folleto de D. M. Northcroft *Women at Work in the League of Nations* (1923, 1926, 1927) y en los periódicos internacionales feministas. Desde el comienzo, los tres países escandinavos enviaron mujeres a Ginebra, o bien como delegadas a la Asamblea General de la Sociedad de Naciones o como consejeras técnicas. Henni Forchhammer, durante largo tiempo presidenta del Consejo Danés de Mujeres (1913-1931), sirvió muchos años como consejera técnica de la delegación danesa, así como en el consejo ejecutivo del ICW. Ella trabajó en particular en la lucha contra el comercio con mujeres y niños. La Dra. Kristine Bonnevie, profesora de zoología y activista de los derechos de las mujeres, sirvió de forma repetida como delegada suplente para Noruega. Se la nombró para la Comisión sobre Cooperación Intelectual junto a la física francesa y premio Nobel Marie Curie. Kerstin Hesselgren, sucesora de la que fue largo tiempo delegada suplente de Suecia, Anna Bugge Wicksell, fue una de las pocas mujeres en servir como delegada independiente de la Asamblea General por un amplio periodo de tiempo. Ella desempeñaría un papel vital en los años treinta del siglo XX a la hora de

asegurar el apoyo de la Liga a un análisis del estatus de la mujer en todo el mundo.

En los años veinte del siglo XX, llegaron otras feministas como delegadas nacionales a la Asamblea de la Sociedad de Naciones. Helena Swanwick, largo tiempo activista por el sufragio y por la paz, y editora de *Foreign Affairs*, fue designada por dos veces (1924 y 1929) como delegada por los gobiernos laboristas de Gran Bretaña. Tras la admisión de Alemania, la Dra. Gertrud Bäumer sirvió como asesora técnica para la delegación alemana en los años veinte del pasado siglo. En 1931, Clara Campoamor, sufragista y miembro recién elegido del Parlamento de la República Española, sirvió como delegada. En 1933, Germaine Malaterre Sellier se convirtió en consejera técnica de la delegación francesa. En 1935, Aleksandra Kollontai, todavía embajadora de la URSS en Suecia, hizo su aparición como delegada suplente en la Asamblea de la Sociedad de Naciones, tras la admisión en 1934 del gobierno soviético. La condesa Albert Apponyi representó a Hungría. En 1938, Bodil Begtrup se convirtió en miembro de la delegación danesa. En Ginebra, las aristócratas se sentaban junto a las socialdemócratas, y mujeres de orígenes asombrosamente diferentes trabajaban juntas para conseguir sus objetivos comunes.

La princesa Gabriele Radzivil del nuevo Estado de Lituania estuvo atenta a los intereses feministas como empleada del Secretariado de la Sociedad de Naciones, mientras que dame Rachel Crowdy sirvió como Jefa de Sección. Un buen número de feministas francesas, como Marguerite de Witt-Schlumberger y madame Avril de Sainte-Croix, obtuvieron nombramientos gubernamentales para las comisiones de la Sociedad de Naciones, mientras que otras, tales como Gabrielle Duchêne y Andrée Jouve (que encabezó la sección francesa de la WILPF), participaron también activamente en su trabajo internacional. Tal como ha señalado la historiadora Siân Reynolds de estas mujeres llenas de iniciativas (pero aún sin derecho al voto), «la exclusión de la política nacional le dio una cierta energía desesperada a la participación de las mujeres en las iniciativas internacionales», y apuntó «hacia la conclusión de que la presencia de las mujeres en Ginebra podría ser una forma desplazada de participación en la política nacional»¹⁷.

En los años treinta del siglo XX, las series de publicaciones de la Sociedad de Naciones reflejaban algunos de los éxitos de la política de presión feminista. No solo es que los temas de mujeres se hubieran hecho visibles dentro de la Sociedad de Naciones, sino que las feministas también habían asegurado la colaboración de la Sociedad de Naciones y la publicidad efectiva en algunos de sus esfuerzos. Hacia el final de la década, las publicaciones de la Sociedad de Naciones incluían un amplio espectro de títulos

¹⁷ Siân Reynolds, *France Between the Wars: Gender and Politics*, Londres, Routledge, 1996, p. 188.

que tenían que ver con el trabajo de las mujeres por la paz, la nacionalidad de las mujeres casadas y el estatus de las mujeres en todo el mundo¹⁸.

La Organización Internacional del Trabajo, constituida como un componente integral de los tratados de posguerra y vinculada a la Sociedad de Naciones, estaba también abierta a miembros que no fueran de la misma. La OIT tenía una estructura única tripartita que constaba de gobierno, patronos y empleados; los empleados estaban dominados por las representaciones de los sindicatos. A efectos prácticos, los intereses sindicales dominados por los hombres controlaban la agenda de la OIT.

El mandato de la OIT (incluido en el artículo 395 del Tratado de Versalles) exigía específicamente la contratación de miembros de personal femenino así como masculino en sus cuarteles de Ginebra, conocidos como la Oficina Internacional de Trabajo (*Bureau International du Travail*). Estipulaba también (gracias a la insistencia feminista) que, con respecto a temas que contemplaban el empleo de las mujeres, las mujeres entendidas habrían de ser incluidas entre las asesoras técnicas que se nombraran, y que las mujeres deberían animarse a servir como inspectoras de trabajo a nivel nacional. A pesar de estas medidas en pro de la igualdad de oportunidades, muchos de los oficiales y delegados de la OIT persistieron en compartir la visión masculina aún dominante en el sindicato y en el patrono, que consideraba que los hombres deberían ser los que sustentasen a la familia y ocupasen las posiciones de autoridad; de este modo, pese a su «inclusión», a las mujeres del personal no les resultó nada fácil ascender en la OIT. Incluso Marguerite Thibert, la investigadora prodigiosamente aplicada de la OIT, con su doctorado francés en historia y su dedicación a temas de mujeres, nunca fue promovida a encabezar una división de la OIT.

De sumo interés para las feministas fue la provisión de los Estatutos de la OIT (artículo 427 del Tratado de Versalles) que afirmaba «el principio de que hombres y mujeres deberían recibir la misma remuneración por el mismo trabajo»¹⁹. Determinar el «valor igual» se demostraría como una tarea ciertamente difícil. Esta solemne proclamación de lo que ahora llamamos

¹⁸ Estas publicaciones incluían: (1) *Colaboración de las mujeres en la organización de la paz: Informe del secretario-general*, 25 de agosto de 1932; (2) *Colaboración de las mujeres en el trabajo de la Sociedad de Naciones: Informe por el Sexto Comité* [obra de Kerstin Hesselgren], 10 de octubre de 1932; (3) *Nacionalidad de las mujeres: Informe del secretario-general sobre la información obtenida en la ejecución de las resoluciones de la Asamblea y el Consejo* (1934); (4) *Nacionalidad y estatus de las mujeres: Declaraciones presentadas por las organizaciones internacionales de mujeres*, 30 de agosto de 1935; (5) *Estatus de las mujeres: Comunicaciones de los gobiernos y las organizaciones internacionales de mujeres desde el 27 de septiembre de 1935* (1936); (6) *Estatus de las mujeres: Informe presentado por el Primer Comité*, 25 de septiembre de 1937 [obra de Kerstin Hesselgren]; y (7) *Comité para el Estudio del Estatus Legal de las Mujeres: Informe sobre el progreso de la investigación* (adoptado el 10 de enero de 1939).

¹⁹ Tratado de Versalles, art. 427 (carta de la OIT) párrafo 7; repr. en Israel (ed.), *Major Peace Treaties*, 2, 1523.

el principio de valor comparable tuvo un papel secundario durante mucho tiempo respecto de otras cuestiones pendientes de la agenda de la OIT, en particular, la protección y regulación del trabajo. Sin embargo, los estudios e informes de la OIT pronto incluyeron el breve informe *International Protection of Women Workers* (Protección internacional de las mujeres trabajadoras, 1921). Hacia 1931, apareció un estudio de más aliento, *The Regulation of Women's Work* (La regulación del trabajo de las mujeres), y en 1939, el enorme estudio de 570 páginas *The Law and Women's Work: A Contribution to the Study of the Status of Women* (La ley y el trabajo de las mujeres: Una contribución al estudio del estatus de las mujeres) se produjo conjuntamente con la investigación de la Sociedad de Naciones en el estatus legal de las mujeres (sobre la que se dirán más cosas más adelante). Los investigadores de la OIT eran profundamente conscientes de los enfoques contrapuestos con respecto a los temas relativos al trabajo de las mujeres, y sus observaciones quedaron reflejadas en varias publicaciones de la OIT, incluidos artículos en la *International Labour Review*. Resaltando la introducción por la delegación noruega en 1919 del principio de igualdad absoluta en la legislación laboral, el informe de 1921 apuntaba:

[En 1913] fue la primera aparición de este principio esencialmente feminista en una conferencia internacional sobre el trabajo. Hasta ese momento, la deseabilidad de la protección especial de los miembros más débiles de la comunidad trabajadora nunca había sido cuestionada. Desde ese momento, ha habido siempre una sección de opinión que hace particular hincapié en la competencia igualitaria de hombres y mujeres y que no desea destruir esta igualdad poniendo a las mujeres en una posición económicamente inferior tan solo con el fin de asegurar ciertas ventajas materiales para ellas en la organización del trabajo²⁰.

Noruega abandonó por un tiempo la OIT; entre sus objeciones figuró el compromiso de la OIT con una legislación diferencial para las mujeres.

Desde la época de la reunión inaugural de la OIT (en 1919) y la posterior Convención de Washington —un documento que restablecía la prohibición del trabajo nocturno de las mujeres instituida por la Convención de Berna en 1906 y que respaldaba otras formas de legislación «protectora» que concernían a las mujeres trabajadoras—, la OIT y sus políticas fueron puestas bajo el estrecho y continuado escrutinio feminista²¹. Un estudio

²⁰ Oficina Internacional del Trabajo, *The International Protection of Women Workers, Studies and Reports*, ser. 1, n.º 1 (Ginebra, 1921), p. 4.

²¹ Véase Mary E. Daly, «"Fanaticism and Excess" or "the Defence of Just Causes": The International Labour Organisation and Women's Protective Legislation in the Inter-War Years», en Mary O'Dowd y Sabine Wichert (eds.), *Chattel, Servant or Citizen: Women's Status in Church, State, and Society. Historical Studies*, XIX, Belfast, The Institute of Irish Studies, The Queen's University of Belfast, 1995, pp. 215-227.

especializado de 1924 realizado por la joven abogada francesa y activista por los derechos de la mujeres Andrée Lehmann, *De la réglementation légale du travail féminin* (*Étude de législation comparée*), expuso los parámetros de la legislación comparativa existente así como las regulaciones internacionales entonces vigentes, y discutió los esfuerzos de las feministas para volver a dar forma a ambos. Dedicando su trabajo a la activista del ICW Maria Vérone, abogada y presidenta de la Liga Francesa por los Derechos de las Mujeres, Lehmann afirmó que la diferencia sexual no debía ser construida como inferioridad y que el derecho al trabajo era el más sagrado de los derechos, para las mujeres igual que para los hombres.

La Convención de Washington de 1919 fue vista como inaceptable por esas feministas, radicalmente individualistas, o de «iguales derechos», tanto en Francia como en Inglaterra. Ellas recordaron con indignación los despidos masivos de mujeres trabajadoras tras el fin de la guerra y se opusieron ruidosamente en los años veinte del siglo XX a los esfuerzos por excluir a las mujeres de ciertas posiciones. Ellas continuaron oponiéndose de forma vehemente a cualquier restricción al empleo de las mujeres, a la vez que desafiaban la idea dominante de que estas restricciones (no empleo nocturno, horas limitadas) eran necesarias, de forma que las «mujeres trabajadoras» (a las que los proteccionistas presumían casadas y con hijos) podían realizar adecuadamente su trabajo doméstico y sus responsabilidades en el cuidado de los niños. Estaban molestas con el corolario implícito de que los trabajadores masculinos fueran los sustentadores del hogar y no tuvieran tales responsabilidades. Afirmaban que las mujeres deberían ser libres para sostenerse a sí mismas, puesto que se veían capaces de hacer cualquier cosa que quisieran con sus vidas. La mayoría de estas fervientes partisanas de los derechos igualitarios y la igualdad de oportunidades en el empleo sin reservas eran mujeres solteras, de clase media y profesionales formadas que rechazaban las ideas dominantes de una división sexual del trabajo²².

Los defensores de la Convención de Washington incluían a las feministas más «relacionales», que tendían a ser solidarias con las dificultades de la vida diaria para aquellas mujeres trabajadoras que eran también esposas y madres, y que pensaban en términos de derechos específicos para las mujeres como un sexo distinto, con distintas responsabilidades sociales, capaces de hacer contribuciones diferentes. Muchas de estas feministas habían estado activas en el movimiento obrero o se identificaban con algunos aspectos del pensamiento solidario, socialista o comunitario. Ellas in-

²² Véase, para las defensoras británicas de los «derechos igualitarios», Barbara Caine, *English Feminism, 1780-1980*, Oxford, Oxford University Press, 1997, cap. 5, «Feminism and the Woman Citizen in the Interwar Years»; y para sus homólogas francesas Vérone y Lehmann, véase Laurence Klejman y Florence Rochefort, *L'Égalité en marche: Le Féminisme sous la Troisième République*, Paris, des femmes, 1989; y Christine Bard, *Les Filles de Marianne: Histoire des féminismes, 1914-1940*, Paris, Fayard, 1995.

sistían de forma incondicional en la continua necesidad de una legislación protectora. Aún más ruidosas en su insistencia en las renovadas provisiones para la protección de la maternidad fueron las líderes de la reorganizada Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, que se reunieron en Hamburgo en 1923. Aún más a la izquierda, simpatizantes comunistas como Madeleine Vernet en Francia exigieron que la propia maternidad se institucionalizara como una «función social» remunerada del Estado, comparable al servicio militar obligatorio de los hombres. Este argumento, que hacía tiempo había sido planteado por algunas feministas europeas (tal como se ha indicado en capítulos anteriores), había adquirido un nuevo contexto, altamente politizado, desde la Revolución rusa. Otras, tales como Dora Russell, en Inglaterra, partidaria de una dotación a la madre, insistía, en 1925, en que la maternidad fuera tratada como «trabajo»... «el más peligroso de todos los oficios y el más desatendido y despreciado»²³.

Estas diferencias de opinión entre las feministas, defendidas con tanta firmeza, sobre la igualdad legal y económica y, en especial, sobre las tendencias patentes dentro de la OIT, se desarrollaron pronto en hostilidades abiertas, particularmente en los congresos mundiales de la IWSA de 1923 (en Roma) y en 1926 (en París). Estas hostilidades eran signos de desacuerdo no solo sobre estrategias y tácticas en un solo punto, sino, en última instancia, sobre los objetivos centrales del feminismo y sobre la mejor manera de conseguirlos. A causa de un intento del Partido Nacional de las Mujeres radicado en América (cuyas líderes compartían la visión radicalmente igualitaria de la igualdad de las mujeres) de asociarse con la IWSA, un movimiento al que se oponía la Liga de las Mujeres Votantes, ya asociada (cuyas líderes apoyaban la legislación proteccionista), el *New York World* llevó la disidencia a los titulares: «Sufragistas rivales se enzarzan en París. El feminismo es un verdadero problema»²⁴. La igualdad radical en derechos civiles y políticos era una cosa, pero la total igualdad en el puesto de trabajo planteaba con claridad cuestiones mucho más complejas. ¿Qué querían las mujeres? ¿Qué necesitaban las mujeres? ¿Quién hablaba en nombre de qué mujeres? ¿A qué mujeres representaban las feministas al hablar? Estos no eran problemas a los que las feministas no hubieran tenido que enfrentarse en siglos anteriores. El estallido de desacuerdos sobre ellos era, irónicamente, un producto de los logros feministas que se habían dado hasta la fecha.

Lo cierto es que el cisma provocado sobre la legislación protectora en la conferencia de París de 1926 llevó a la fundación de dos nuevos grupos

²³ Dora Russell, *Hypatia, or Woman and Knowledge*, Nueva York, E. P. Dutton, 1925; ed. orig., Londres, Kegan Paul, 1925, p. 67.

²⁴ *New York World*, 26 de mayo de 1926; recorte citado en Rupp, *Worlds of Women*, ms. p. 263. Para la discusión de los desacuerdos americanos sobre estas tesis, véase Nancy F. Cott, *The Grounding of Modern Feminism*, New Haven, Yale University Press, 1987.

internacionales, la Open Door International (Internacional Puerta Abierta, 1929), que se oponía a la legislación protectora para las mujeres, y la Equal Rights International (Internacional para la Igualdad de Derechos, 1930), que defendía una igualdad legal sin reservas, incluyendo la igualdad en el puesto de trabajo. Este último grupo estaba compuesto por feministas individualistas británicas y americanas (afiliadas en sus países respectivos al Six Point Group y al Partido Nacional de las Mujeres). Ellas insistían en demandar «derechos iguales a los de los hombres» en la ley y no discriminación en el puesto de trabajo. Buscaban un Tratado de Derechos Iguales dentro del marco de la Sociedad de Naciones, mientras que sus oponentes —incluida la mayoría de aquellas a las que denominaríamos feministas relacionales, que defendían con fuerza la protección maternal e incrementaban los beneficios para las madres, en especial, para las madres empleadas— seguían poniendo el énfasis en la necesidad de reconocimiento de la posición única de las mujeres con respecto a la reproducción. Estas últimas insistían en mantener los estándares de legislación protectora establecidos por la Convención de Washington.

En los años treinta del siglo xx, no obstante, el terreno para el debate cambió cuando aumentaron los ataques al empleo de las mujeres a raíz de la masiva depresión mundial que había empezado en 1929. Cuando, a finales de 1931, distinguidos científicos, tales como el francés Charles Richet, premio Nobel de Medicina, exigieron el desalojo forzoso de todas las mujeres de la mano de obra como la solución tanto a la crisis de la tasa de natalidad francesa como al desempleo masculino, las activistas feministas se opusieron enérgicamente²⁵. Feministas con formación académica, como la abogada francesa Suzanne Grinberg, la economista Fernande Dauriac y Marguerite Thibert, de la OIT, replicaron a las afirmaciones de que las mujeres habían tomado los «trabajos de los hombres» publicando estudios bien documentados sobre el empleo de las mujeres, mostrando que el empleo de las mujeres no se había incrementado en gran medida desde comienzos del siglo xx, sino que, por el contrario, había sido redistribuido, con números cada vez mayores de mujeres empleadas en el sector terciario (servicios).

Con el fin de aliviar el espectro de la «competencia», Thibert afirmó, en un lenguaje extremadamente comedido en un influyente artículo publicado en la *International Labour Review* en 1933, que las mujeres y los hombres no estaban, en la mayor parte de los casos, compitiendo por los mismos trabajos; lo cierto es que, excepto por las posiciones en el servicio civil, apuntó ella explícitamente, la mayoría de las mujeres em-

²⁵ Véase Karen Offen, «Body Politics: Women, Work and the Politics of Motherhood in France, 1920-1950», en Gisela Bock y Pat Thane (eds.), *Maternity and Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States, 1880s-1950s*, Londres, Routledge, 1991, pp. 138-159.

pleadas tomaron empleos que ningún hombre querría²⁶. Con abundante documentación extraída de un buen número de países europeos, así como de los Estados Unidos, demostraba que las medidas para prohibir el empleo remunerado para las mujeres (en particular, para las mujeres casadas) eran, en último término, contraproducentes, y no crearían empleos para los hombres, y que el mismo pago y el mejor acceso de las mujeres trabajadoras a las prestaciones por desempleo remediaría en gran medida algunos de los problemas que ellas afrontaban. «Si una solución de este tipo [eliminar a las mujeres de la fuerza de trabajo] va a describirse como un remedio para el desempleo», insistía Thibert, «habrá de postularse antes que el derecho al trabajo, a ganarse la subsistencia mediante la actividad propia; es una prerrogativa exclusiva de la porción masculina de la humanidad, en lugar de reconocerse como un derecho fundamental de todos los seres humanos»²⁷. A Thibert ha de reconocérsele insistiendo firmemente en esta perspectiva en las propias salas de la OIT. A pesar de estos argumentos razonados y bien documentados, algunos gobiernos (tales como el de Bélgica, en el que los católicos conservadores ejercían un considerable poder político) persistieron en la promulgación (aunque, de hecho, sin ejecución) de regulaciones que daban preferencia a los hombres.

Además del empleo de las mujeres, un segundo aspecto de actividad para las feministas en Ginebra abordaba no solo el tema de la prostitución regulada, sino también el tráfico internacional con mujeres y niños. De acuerdo con su pacto fundacional (y de nuevo gracias a los esfuerzos en la presión de las feministas del bando aliado en 1919), la Sociedad de Naciones fue autorizada para abordar este tema, particularmente espinoso. Este desarrollo, en cierto sentido, institucionalizó y extendió la campaña para combatir la prostitución regulada por toda Europa, que antes de la guerra había sido liderada por la Federación Abolicionista Internacional, fundada por Josephine Butler a mediados de los años setenta del siglo XIX. Los líderes del ICW se habían preocupado cada vez más por este tema desde 1900, y ahora se apoyaban fuertemente en la nueva Sociedad de Naciones para hacer algo al respecto.

El alcance de este problema aparentemente endémico en los países europeos había sido subrayado, una vez más, en 1910, por la Convención Internacional para la Supresión de la Trata de Blancas, posteriormente firmada por dos naciones europeas, además de por Brasil. En el Quinto Congreso Internacional para la Supresión de la Trata de Blancas, celebrado en Londres a finales de junio y principios de julio de 1913, las feministas europeas y americanas unieron sus fuerzas para denunciar el vicio comercializado como un vicio inhumano y para exigir que sus go-

biernos respectivos establecieran comisiones para investigar la situación. En 1914, apareció un estudio grueso y razonado, *Prostitution in Europe*, llevado a cabo por Abraham Flexner en nombre de la New York Bureau for Social Hygiene. Flexner había recalcado que el bajo estatus de las mujeres, combinado con la tolerancia indiscutida de la promiscuidad masculina (la actitud que propone que «los hombres son así»), exacerbó el problema de la prostitución en Europa, pero la regulación gubernamental y los burdeles patrocinados por el Estado no ofrecían una respuesta satisfactoria²⁸.

En 1920, la Asamblea General de la Sociedad de Naciones autorizó las votaciones de todos los gobiernos miembros que tenían que ver con el comercio internacional en personas que alimentaba la prostitución. El estudio reveló que muchos países no habían cumplido con la Convención de 1910 y proponía, entre otras medidas, que la edad de consentimiento para las muchachas se elevara a los veinte años. El ICW también había tomado medidas sobre la trata de «blancas», señalando que las esclavas sexuales no eran exclusivamente blancas y suscitando otras cuestiones de redefinición. En consecuencia, en junio de 1921, la Sociedad de Naciones planteó el problema en una conferencia celebrada en Ginebra, a la que asistieron delegados de 34 naciones. Allí, las palabras «tráfico con mujeres y niños» sustituyeron oficialmente a «trata de blancas», redefiniendo de ese modo la cuestión. Este cambio en el vocabulario reconocía que el problema de la prostitución afectaba a la explotación de las mujeres de muchas razas y etnias distintas por todo el globo. No solo estaba en juego la regulación municipal sobre prostitutas, sino el fenómeno más reciente de los distritos extraterritoriales protegidos legalmente (por las llamadas capitulaciones) establecidos por el comercio sexual por y para los europeos en ciudades portuarias, tales como Alejandría y Port Said, en Egipto, y en India. Otros resultados de esta reunión incluían abordar de nuevo la cuestión del final de la prostitución regulada por el Estado, y una ulterior convención internacional a tal efecto que fue ratificada en último término por la mayoría de los participantes en 1925.

Ahora bien, el problema no desaparecería. La IAW (anteriormente IWSA) adoptó también una posición sobre el tema del comercio sexual. Las feministas egipcias, en particular, usaron la IAW como el foro mediante el que atacar a estos enclaves protegidos para la prostitución en su propio país. Según Saiza Nabarawi, en un discurso al congreso de la IAW de 1926, en París, «todas las medidas tomadas por nuestro gobierno [para combatir la prostitución] están condenadas al fracaso desde el comienzo» a causa de la inmunidad acordada en las capitulaciones²⁹.

²⁶ Marguerite Thibert, «The Economic Depression and the Employment of Women», *International Labour Review* 17, 4 (abril de 1933), pp. 443-470, y 17, 5 (mayo de 1933), pp. 620-630.

²⁷ Thibert, «Economic Depression» (parte 2), p. 621.

²⁸ Abraham Flexner, *Prostitution in Europe*, Nueva York, Century, 1914.

²⁹ Saiza Nabarawi, citado en Margot Badran, *Feminists, Islam, and Nation*, Princeton, Princeton University Press, 1995, p. 200.

Un comité consultivo de la Sociedad de Naciones, que incluía a un buen número de personas comprometidas con la resolución del problema del comercio internacional organizado con prostitutas (encabezado por la representante americana, Dra. Grace Abbott), reivindicó una ulterior investigación detallada. Esto tuvo como consecuencia la nueva designación de un cuerpo de expertos, que a comienzos de 1927 publicó un largo informe en dos partes titulado *Report of the Special Body of Experts on Traffic in Women and Children* (*Informe del cuerpo especial de expertos en tráfico de mujeres y niños*). Los investigadores habían intentado ir más allá de las fuentes del gobierno y conseguir información de primera mano de personas directamente vinculadas al negocio de la prostitución, tales como proxenetes, madamas, traficantes y prostitutas. La estrecha asociación de este negocio con el tráfico de drogas, alcohol y publicaciones obscenas se había vuelto muy clara para los investigadores, igual que su nexo íntimo con el problema de los salarios inadecuados con los que contaban las mujeres trabajadoras. El informe revelaba que el tráfico internacional englobaba el transporte de las mujeres desde Europa a América Central y del Sur, y desde Europa al Medio Oriente, en particular a Egipto:

Los hechos [...] muestran que el tráfico internacional en mujeres es aún una realidad desagradable y que continúa desafiando los esfuerzos por suprimirlo llevados a cabo tanto por los gobiernos como por iniciativas voluntarias. El mismo asume nuevas formas cuando se incrementan las restricciones. Se trata, por tanto, de una amenaza a la sociedad y un desafío para realizar esfuerzos mayores en el futuro³⁰.

Este tema tan difícil continuaría suscitando la indignación feminista, en último término hasta el presente.

INVESTIGACIÓN A ESCALA MUNDIAL DEL ESTATUS DE LAS MUJERES

Entre las numerosas iniciativas feministas de la Sociedad de Naciones, sin duda, la más impresionante fue el proyecto de persuadir a la Asamblea de la Sociedad, a mediados de los años treinta del siglo xx, para emprender una encuesta internacional sobre el estatus de las mujeres. La historiadora Carol Miller afirmará con razón: «Fue una consecución real para los grupos de mujeres haber convencido a los Estados miembros de la Sociedad de Naciones de que la posición de las mujeres en la sociedad podría construirse como un problema al que dedicar la atención internacional.

³⁰ Sociedad de Naciones, *Report of the Special Body of Experts on Traffic in Women and Children*, parte 1 (Ginebra, 1927), p. 45. Además, véase H(enry) Wilson Harris, *Human Merchandise: A Study of the International Traffic in Women*, Londres, Ernest Benn, 1928.

[...] Grupos de mujeres de entreguerras habían desafiado de forma irrevocable la idea de que el estatus de las mujeres era un tema puramente "nacional"³¹. Leila Rupp coincide: «Fue a través de la Sociedad de Naciones como las feministas internacionalistas lograron introducir sus temas en la agenda internacional. [...] El mero hecho de estar allí era ya importante»³². Estar allí significaba que las feministas podían en efecto ubicar la presión política en las delegaciones nacionales, muchas de las cuales incluían primeros ministros y otros altos funcionarios del gobierno; estar allí permitía a las feministas maniobrar –y por tanto influir– dentro de la burocracia internacional. Estar allí permitía a las feministas la oportunidad de expresarse en un foro que magnificaría enormemente su voz colectiva, gracias a la cobertura de las actividades de la Sociedad de Naciones por parte de la prensa internacional, los reportajes de radio y de los noticiarios documentales cinematográficos.

A pesar de las repetidas frustraciones y reveses, las feministas de ambos hemisferios lograrían de forma brillante, a mediados de los años treinta del siglo xx, llevar a sus espaldas la causa de la emancipación de las mujeres en el marco de la Sociedad de Naciones. Tras una derrota inicial en sus intentos por ganar aceptación para el principio de la nacionalidad independiente para las mujeres casadas durante los debates de las conferencias de la Sociedad de Naciones sobre la nacionalidad y la codificación del derecho internacional, a comienzos de los años treinta del siglo xx, las feministas de Europa juntaron sus manos con sus homólogas de Latinoamérica y de los Estados Unidos a la hora de presionar para una investigación sobre el estatus legal comparativo de las mujeres. Ellas estuvieron muy bien asistidas en estos esfuerzos por miembros de la Federación Panamericana para el Avance de las Mujeres (que había sido fundada en Baltimore en 1922, hermanada con la Unión Panamericana) y, por tanto, por activistas afiliados a la Inter-American Commission for Women (IACW, Comisión Interamericana de las mujeres) oficial. Esta última, fundada en 1928 durante la Sexta Conferencia Internacional de Estados Americanos en La Habana y presidida por la activista americana Doris Stevens, lanzó inmediatamente un sondeo sobre el estatus de las mujeres en Latinoamérica y presionó para la promulgación de un Tratado de los Derechos Humanos. En la Conferencia de Estados Americanos en 1933, la IACW logró persuadir a las naciones participantes para que respaldasen una propuesta de derechos humanos y nacionalidad independiente de las mujeres, conocida como la Convención de Montevideo sobre la nacionalidad de las mujeres. Esta medida, además del Tratado de Montevideo por la Igualdad de Derechos, proporcionaría la cuña necesaria –y el estándar– para una investigación como es debido sobre el estatus

³¹ Miller, «Geneva – The Key to Equality», p. 238.

³² Rupp, *Worlds of Women*, pp. 210, 215.

legal de las mujeres por parte de la Sociedad de Naciones. En último término, esta iniciativa chocaría de forma directa con la política feminista proteccionista implantada en la OIT desde 1919.

Durante la decimosexta sesión de la Asamblea General de la Sociedad de Naciones en septiembre de 1935, los temas relacionados con la nacionalidad y el estatus de las mujeres se discutieron extensamente en el prestigioso Primer Comité (Cuestiones Constitucionales y Legales). En medio de un vivo intercambio, el comité oyó elocuentes apoyos a la acción de la Sociedad de Naciones por parte de Henni Forchhammer (Dinamarca), Aleksandra Kollontai (URSS), Johanne Reutz (Noruega), Kerstin Hesselgren (Suecia), Madame C. A. Kluyver (Holanda), y otros. A pesar de las objeciones de las delegadas de Suiza y Hungría, que insistieron en que estas cuestiones eran estrictamente asuntos de interés nacional, el primer comité respaldó una investigación preliminar en el estatus político y civil de las mujeres. Esta iniciativa recibió la aprobación de la Asamblea General el 27 de septiembre. Los temas de empleo se excluyeron de forma deliberada de esta iniciativa.

Las reacciones se sucedieron durante 1936 y 1937 y fueron publicadas como corresponde por la Sociedad de Naciones. Además de los informes de 38 países de todo el mundo (de los que 24 eran europeos), de particular interés fue el hecho de que se solicitaran e incluyeran los informes de las organizaciones internacionales de mujeres en las publicaciones de la Sociedad de Naciones. Estos informes ofrecen un testimonio precioso sobre el estatus de las mujeres y las iniciativas organizativas del feminismo mundial a finales de los años treinta del siglo xx. Entre los informes de extraordinario interés están «Estatus de las mujeres nativas», emprendido por la Alianza Social y Política de Santa Juana, y el informe sobre el estatus de la mujer como «Esposa, madre y ama de casa», por parte de la Internacional de Derechos Humanos. Una coalición internacional de organizaciones de mujeres (incluidas el ICW, la WILPF, la Comisión Interamericana de Mujeres, La Internacional de Derechos Humanos y la Conferencia de Mujeres de Toda Asia) fue más allá, proponiendo que la Asamblea General revisase el Acuerdo de la Sociedad de Naciones en la dirección de los derechos humanos: «Deseamos, a la hora de presentar esta propuesta, afirmar nuestra fe en que la máxima expresión de un nuevo orden mundial solo será posible en una Sociedad de Naciones en la que las mujeres participen de forma igualitaria con los hombres»³³.

Durante la decimoctava sesión de la Sociedad de Naciones en septiembre de 1937, la Asamblea General consideró actualizado el informe de Kerstin Hesselgren sobre los resultados de la investigación y votó de

forma favorable en una resolución para establecer «un comité de expertos de ambos sexos» para preparar un estudio amplio sobre los temas del estatus político y civil de las mujeres. Las cuestiones que tenían que ver con el empleo de las mujeres se trataron de forma separada, pero en paralelo, en un voluminoso informe de 570 páginas de la OIT, publicado posteriormente como *The Law and Women's Work (La ley y el trabajo de las mujeres, 1939)*.

La Segunda Guerra Mundial retrasó muy seriamente los resultados informativos de las investigaciones promovidas por la Sociedad de Naciones a finales de los años treinta del siglo xx. El comité de expertos publicó su informe de situación inicial en enero de 1939, en una época en la que la amenaza de la guerra pendía fuertemente sobre Europa. Los registros de la Sociedad de Naciones muestran que un informe de 186 páginas, «Estatus legal de las mujeres: un estudio de derecho comparativo (cuarta edición provisional)», se expidió en texto mecanografiado en Roma en 1942 pero, como es evidente, ni se publicó ni se distribuyó. Tras el final de la guerra, la Sociedad de Naciones se disolvió y hubo que darse prisa para organizar a su sucesora.

No obstante, no desaparecerían ni la cuestión femenina ni las lobistas de la organización internacional de mujeres, como quedará patente al final de este capítulo. El continuo interés en los derechos de las mujeres —como parte del paquete de derechos humanos— será asumido por completo por la organización que suceda a la Sociedad de Naciones, las Naciones Unidas.

OPONERSE AL MILITARISMO Y LA GUERRA

En nuestra época, algunos teóricos contemporáneos han afirmado que las mujeres no son por naturaleza criaturas más apacibles que sus homólogos masculinos, y que la identificación del feminismo con el pacifismo y, en especial, con las reivindicaciones maternalistas puede ser un camino engañoso para las feministas del siglo xx³⁴. Aquellos que avanzan una línea argumental como esa, claramente no cuentan con una memoria histórica de la historia turbulenta y militarista de Europa en el siglo xix y en la primera parte del siglo xx, ni reconocen la postura de las feministas en esa época respecto de los temas de la guerra y la paz. Estos acontecimientos anteriores ofrecen percepciones virtualmente incuestionables de conexiones históricas (si no «naturales») entre las mujeres y la paz, y entre el feminismo y el pacifismo. Tales teóricos tampoco parecen ser conscientes de la relación entre las líneas argumentales que conectan a las mujeres y a la civilidad con los poderosos argumentos del siglo xviii sobre las mujeres

³³ Comunicación, fechada el 21 de septiembre de 1936, procedente del Comité de Representantes de las Organizaciones Internacionales de Mujeres. *League of Nations. Assembly. Records. 18th Session, 1937*, anexo 3, p. 46.

³⁴ Estas cuestiones son planteadas por Linda Rennie Forcey, «Women as Peacemakers: Contested Terrain for Feminist Peace Studies», *Peace & Change* 16, 4 (octubre de 1991), pp. 331-354.

como fuerza civilizadora, que serían uno de los cimientos del feminismo de los siglos XVIII y XIX. Tal como apunta Naomi Black, «una parte importante de las razones sociales feministas ha sido siempre la relación de las mujeres con la violencia y, en especial, con la guerra»³⁵. Nosotros podemos apreciar tal vez la relevancia contemporánea de tales razones cuando valoramos la política sexual en la Bosnia o el Afganistán de hoy, donde las mujeres han sido deliberadamente señaladas como víctimas de la violencia personal –violencia masculina– diseñadas para humillar sexualmente a los hombres enemigos en contiendas militares que se interpretan como retrocesos a la guerra brutal de los hombres en los siglos anteriores. En estas contiendas, las mujeres han sido de forma abrumadora las víctimas de la violencia masculina, no las perpetradoras de la violencia.

En el periodo posterior a la Primera Guerra Mundial y, en especial, en los años treinta del siglo XX, cuando en Europa alcanzaron su cúspide el militarismo renovado y el belicismo desencadenado por regímenes agresivamente masculinistas en Europa, cuando la política de población se convirtió en un tema de gran interés nacional y cuando el exclusionismo racial y étnico fue promulgado como una política nacional por los nacionalistas en Alemania, no puede sorprender que la actividad feminista internacional se centrara deliberadamente en temas de paz, resolución de conflictos y desarme, o que las feministas se solidarizaran con las coaliciones antifascistas y con la defensa de la paz, la democracia y la libertad. Mucho antes de 1914, estas iniciativas feministas en nombre de la paz habían alcanzado un alto grado de desarrollo con las espectaculares contribuciones de la novelista antibélica Bertha von Suttner y muchas otras. Las protestas de Lida Gustava Heymann en la Conferencia de La Haya en 1915, vinculando la guerra con la violación, fueron secundadas por aquellas sufragistas de la IWSA que fundaron en 1919 la Women's International League for Peace and Freedom (WILPF, Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad).

Tras la Primera Guerra Mundial, el activismo feminista antibélico encontró su expresión organizativa en la WILPF, a la que la historiadora Sandi E. Cooper caracterizará irónicamente como «la primera asociación femenina organizada que atraviesa las fronteras nacionales dedicada a acabar con la profesión más antigua del hombre»³⁶. Las preocupaciones de la WILPF eran compartidas por la mayoría de los grupos, incluido el ICW, la IWSA/IAW y el International Co-Operative Women's Guild.

La WILPF fue, sin duda, la organización internacional de mujeres más ambiciosa y de mayor alcance que operó durante el periodo de entregue-

tras. En el nombre de las causas relacionadas de paz y de libertad, la WILPF se ocupó de cuestiones que iban desde la defensa de los derechos de las minorías (en particular en áreas como Tirol del Sur, cedido a Italia por los tratados de 1918-1919), el combate del antisemitismo y la documentación de la situación de los prisioneros políticos hasta la finalización del comercio de opio y el aseguramiento del control internacional de las vías navegables y de la aviación. A diferencia del ICW y de la IWSA/IAW, la WILPF era lo bastante atrevida como para hacer política transnacional para su organización al completo en lo más alto, mejor que dejar las iniciativas políticas a las secciones nacionales (aunque este procedimiento sería contestado con vehemencia a comienzos de los años treinta del siglo XX). La WILPF envió investigadores a Indochina y a China y a los Estados sucesores de la Europa del este para documentar abusos y buscar remedios para prácticas que impactasen de forma adversa en las mujeres. La WILPF fue también el grupo con la presencia norteamericana más destacada, gracias al prolongado compromiso y a la alta visibilidad de sus fundadoras y organizadoras originales, las americanas Jane Addams y Emily Greene Balch. Posteriormente, ambas recibirían el Premio Nobel de la Paz (Addams en 1931 y Balch en 1946), el más prestigioso de los premios internacionales otorgados por contribuciones a la paz. Las ambiciones postsufragistas de estas distinguidas mujeres de los Estados Unidos, que casaban bien con un fuerte influjo de enérgicas feministas pacifistas británicas, como Mary Sheepshanks, y con las activistas francesas contra la guerra Gabrielle Duchêne y Camille Drevet, sin duda conformaron la agenda de la WILPF en la dirección de tales cuestiones políticas. Tal como subraya la historiadora Linda Gordon, «sigue siendo importante tener organizaciones lideradas por mujeres que se hagan cargo de los grandes temas de lo que, en otra época, fue el mundo del hombre»³⁷.

En consecuencia, no obstante, la WILPF se convirtió en la única en su enfoque entre las organizaciones internacionales de mujeres del periodo de entreguerras; aunque la WILPF hablaba de forma incesante en nombre de las mujeres, en realidad con bastante poca frecuencia mencionó cuestiones que afectasen directamente a las mujeres. Durante los primeros 10 años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, los objetivos feministas de la WILPF, al principio explícitos, en los que la «completa igualdad de las mujeres» había tenido una vez un papel destacado, fueron eclipsados por un compromiso aún más ambicioso de acabar con el uso de toda violencia y fuerza. En su Declaración de Intenciones revisada de 1926, se leía:

La WIL[PF] busca unir a las mujeres, de todos los países, que se oponen a cualquier clase de guerra, explotación u opresión y que trabajan por

³⁵ Black, «The Mothers' International», p. 468.

³⁶ Sandi E. Cooper, «Women's Participation in European Peace Movements: The Struggle to Prevent World War I», en Ruth Roach Pierson (ed.), *Women and Peace: Theoretical, Historical and Practical Perspectives*, Londres, Croom Helm, 1987, p. 51.

³⁷ Linda Gordon, «The Peaceful Sex? On Feminism and the Peace Movement», *NWSA Journal* 2, 4 (otoño, 1990), p. 634.

el desarme universal y por la solución de conflictos mediante el reconocimiento de la solidaridad humana, por la conciliación y el arbitraje, por la cooperación universal, y por el establecimiento de la justicia social, política y económica para todos sin distinción de sexo, raza o credo³⁸.

El trabajo de la WILPF por la paz y la transformación social adquiriría gran variedad de formas. En todos los casos, las mujeres de la WILPF actuaron como si pertenecieran completamente al escenario de los asuntos internacionales, como mujeres de Estado por derecho propio. Por ejemplo, tras la firma del Pacto Briand-Kellogg que proscribía la guerra como una herramienta de la política nacional a finales de 1928 (poco antes de la apertura en septiembre del período de sesiones de la Asamblea General de la Sociedad de Naciones), Mary Sheepshanks instruyó a los miembros de la WILPF sobre la importancia del pacto, apuntando con inteligencia que «la prueba de lo genuino del pacto será la disposición a desarmar a aquellos que lo firmaron»³⁹. A principios de septiembre, la WILPF envió una delegación de 14 mujeres, representando a 10 nacionalidades, a la Asamblea en apoyo de la convocatoria de una conferencia de desarme a la primera oportunidad que se presentara. En la memoria, instaron a la Sociedad de Naciones a convocar rápidamente la conferencia y pidieron a los gobiernos participantes que «enviaran a esa conferencia delegados instruidos para hacer cualquier sacrificio necesario para la transición de un estado de organización para la guerra a un estado de organización para la paz»⁴⁰.

Las representaciones formales de la WILPF fueron secundadas y recibieron un sesgo más declaradamente feminista por parte de activistas afiliados a otras organizaciones más abiertamente feministas. En Francia, un pequeño grupo de activistas de varias naciones por los derechos igualitarios, incluida Doris Stevens, la líder del Partido Americano Nacional de Mujeres, la vizcondesa Rhondda de Gran Bretaña y las activistas feministas francesas Maria Vérone (presidenta de la Ligue Française pour le Droit des Femmes) y Germaine Malaterre-Sellier, organizaron una manifestación en Rambouillet, donde el presidente francés tenía como invitados a los firmantes del Pacto Briand-Kellogg. Las mujeres exigían la ratificación simultánea de un tratado por los derechos igualitarios. Esto era un estadio temprano de la iniciativa (antes mencionada) que tendría como

³⁸ «Statement of Aims, 1926», en *Report of the Fifth Congress of the Women's International League for Peace and Freedom, Dublin, July 8 to 15, 1926*, ed. inglesa, Ginebra, WILPF, 1926, p. 184; repr. en *Women's International League for Peace and Freedom, 1915-1938: A Venture in Internationalism*, Ginebra, WILPF, 1938, p. 20.

³⁹ Mary Sheepshanks, «The Kellogg Peace Pact and After», *Pax International* 3, 9 (agosto de 1928). Esta publicación carece de paginación.

⁴⁰ «The W. I. L. Deputation on Disarmament to the League of Nations», *Pax International* 3, 11 (octubre de 1928).

resultado el Tratado de Montevideo en 1933 y que, en último término, inspiraría la investigación formal de la Liga en torno al estatus de las mujeres. Algunas de estas manifestantes fueron arrestadas y tratadas con dureza por la policía francesa antes de ser liberadas. Ahora bien, habían convencido a los hombres de la comunidad diplomática internacional y —de forma significativa— a la prensa internacional.

Hacia 1929, siete de las quince delegadas, delegadas suplentes y asesoras técnicas de la Sociedad de Naciones eran miembros de la WILPF. La importancia de esta representación no puede haberle pasado desapercibida a Aristide Briand, entonces el primer ministro francés. Con todo, en su discurso a la Asamblea General de la Sociedad de Naciones, en septiembre, él eligió reconocer la importancia creciente de las mujeres para la paz, no mediante el reconocimiento del crecimiento en la participación de las mujeres políticamente activas en la Sociedad de Naciones, sino más bien haciendo un llamamiento a las madres del mundo —como madres-educadoras— a vacunar a sus niños contra las semillas del odio que entonces estaban sembrando los belicistas. En Francia, Maria Vérone, que informaba cada año en el periódico de gran tirada *L'Oeuvre* sobre las consecuciones de las feministas en la Sociedad de Naciones, resaltaba ácidamente que en Francia, donde las mujeres carecían aún de empoderamiento legal tanto a nivel civil como político, a ellas casi no se les podía pedir que respondieran al desafío de Briand contra la opinión contraria de maridos o padres; ella volvió a valerse de la ocasión para hacer un llamamiento al gobierno de Briand a actuar en la concesión del voto de las mujeres⁴¹.

A principios de 1931, con el fracaso del banco de Austria, el Credit Anstalt, la depresión económica mundial se hizo más profunda y la paz comenzó a parecer más frágil cuando el régimen militarista japonés comenzó su invasión de China. Este conjunto de desarrollos, aunque al otro lado del mundo, provocó una impresión fortísima en los europeos cultos e influyó enormemente en el pensamiento de las feministas en Ginebra. En aquel año, a su vez, feministas y pacifistas se preocuparon en asegurar que las mujeres estarían representadas en la Conferencia Mundial de Desarme de 1932, cuya apertura estaba programada a comienzos de febrero.

Las feministas europeas, como Maria Vérone, quedaron entusiasmadas cuando, a finales de diciembre de 1931, el presidente americano, Herbert Hoover, nombró a una mujer delegada, Mary Emma Woolley, presidenta del Mount Holyoke College, para representar a los Estados Unidos. Para la época en la que se abrió la conferencia de desarme, a Woolley se le unirían otras cuatro mujeres, incluida Margery Corbett Ashby de Ingla-

⁴¹ Maria Vérone, «Les Femmes et la paix», *L'Oeuvre*, 11 de septiembre de 1929. Mi comprensión de la contribución de Vérone ha aumentado gracias a la tesis de Gisèle Garcia, «Maria Vérone and the Feminist Campaign in Inter-war France, 1926-1936», Vassar College, 1991.

terra, la Dra. Paulina Luisi de Uruguay, Anna Szelagowska de Polonia, y Winifred Kidd de Canadá. Las cinco, como proclamó el *Jus Suffragii* para que todos lo oyeran, eran feministas activas, y se las homenajeó como se debía en una cena especial brindada por el Women's Disarmament Committee (Comité de Mujeres por el Desarme). Esta participación de las mujeres estuvo iluminada por el brillo del Premio Nobel de la Paz recién otorgado a Jane Addams.

Este comité, organizado como un comité conjunto de las organizaciones internacionales de mujeres, había lanzado, anticipándose a la conferencia de desarme, una campaña mundial para recoger firmas en pro de una enorme petición de paz por parte de las mujeres. Las feministas holandesas Cor Ramondt Hirschmann y Rosa Manus coordinaron este gigantesco esfuerzo. El 6 de febrero, a bombo y platillo y con gran cobertura de prensa y cine, y con una ceremonia elaborada, el comité de mujeres lanzó camiones de peticiones de paz y desarme, firmadas por ocho millones de mujeres de todo el mundo, al suelo de la conferencia de desarme. Seis millones de estas firmas habían sido recogidas por las secciones nacionales de la WILPF. Fue un esfuerzo enorme. «Detrás de cada uno de estos nombres», declaró Mary A. Dingman, presidenta de la Asociación Mundial Cristiana de Mujeres Jóvenes, cuando presentó su petición a la conferencia, «hay una personalidad viva, un ser humano oprimido por un gran miedo, el miedo a la destrucción de nuestra civilización, pero también movido por un gran deseo de paz que no puede ser ignorado y que no puede ser negado»⁴². «¡Si las mujeres pudieran hacer política», insistía la feminista alemana y activista de la IAW, Adele Schreiber, describiendo los actos, «eliminaríamos la guerra; no habría ningún sentimiento más de amargura entre los países beligerantes!»⁴³. Debe de haberse debido al apacible estado de ánimo creado por esta masiva iniciativa de paz de las mujeres que la Sociedad de Naciones fue capaz de avanzar en la propuesta de 1931 de la delegación española, que pedía a su Consejo «que considerara la posibilidad de estudiar los medios de asociar la acción femenina y el sentimiento femenino con el trabajo de la Sociedad de Naciones mediante una colaboración efectiva y directa»⁴⁴.

Que las feministas no pudieran seguir esta iniciativa se debió más a la presión de los acontecimientos mundiales que a sus propios defectos. Para finales de enero de 1933, cuando Hitler se convirtió en canciller de Alemania, ya había quedado claro para todos que la conferencia de desarme no iba a ninguna parte. Había demasiados militares y representantes de la

industria entre los delegados, y faltaban hombres y mujeres pacíficos. En lugar de reducirse los armamentos, el Plan de la Convención de Desarme presentado a los delegados de la conferencia incrementó, en realidad, las cuotas asignadas permitidas para armamento y personal. Los fabricantes y tratantes de armas parecían haber triunfado sobre los pacifistas. El comité ejecutivo de la WILPF, reunido en Ginebra a mediados de abril de 1933, denunció fuertemente el plan de la convención y publicó varias declaraciones, incluida una «Declaración sobre el fascismo», llamando a las mujeres a «unirse o aceptar la guerra o el fascismo»⁴⁵. En el ínterin, dos de los pilares del activismo de la WILPF en Alemania, Lida Gustava Heymann y Anita Auspurg, habían buscado refugio en Ginebra huyendo del régimen nacionalsocialista, alertando a sus asociadas de los peligros inminentes que el nazismo planteaba a todas las feministas —al igual que a las socialistas y judías.

Mientras tanto, la URSS, que había vuelto a entrar en la política internacional, había tomado el liderazgo a la hora de promover un esfuerzo cooperativo internacional entre socialistas, comunistas y otros partidos de la izquierda para oponerse al fascismo, una política que se englobaba bajo la atractiva categoría de «Frente Popular». Alarmado por la perspectiva del avance del bolchevismo, a principios de julio de 1933, el gobierno suizo intentó (sin éxito) expulsar a la secretaria internacional de la WILPF de ese momento, la viuda de guerra francesa y pacifista feminista Camille Devret, una estrecha asociada de Gabrielle Duchêne, sobre la base de que era una simpatizante comunista.

En septiembre de 1933, el comité ejecutivo de la WILPF —encabezado por Duchêne y sus asociados en la sección francesa de la WILPF— decidió convocar a mediados de noviembre una reunión de representantes de las organizaciones internacionales de mujeres para comprometer a las mujeres en la campaña contra el fascismo. Para entonces, la WILPF había aceptado en efecto la definición de fascismo de la Tercera Internacional como «la forma moderna del capitalismo, de la gran industria, de las altas finanzas», una definición que se había encarnado en la conferencia de desarme. Los directivos de la WILPF siguieron insistiendo en que «cada pulgada ganada por el fascismo, bajo el disfraz que sea, es terreno perdido para las mujeres»⁴⁶. Las líderes de la WILPF vieron el año 1933 como un momento decisivo, tan decisivo como 1915, para que las mujeres se manifestaran contra el fascismo y la guerra, y su perspectiva se vio validada en octubre por el abrupto abandono de la Alemania nazi de la conferencia de desarme, por un lado, y de la propia Sociedad de Naciones, por otro. El trabajo emprendido por las mujeres francesas de la WILPF era en gran parte educativo, dirigido —en particular a raíz de la preocupación por que

⁴² Miss (Mary A.) Dingman, citado en Adele Schreiber, «Women at the Disarmament Conference», *Jus Suffragii* 26, 6 (marzo de 1932), p. 55.

⁴³ Schreiber, «Women at the Disarmament Conference», p. 55.

⁴⁴ Sociedad de Naciones, *Collaboration of Women in the Organisation of Peace. Report by the Secretary-General*, 25 de agosto de 1932, Ginebra, 1932. General Publications. 1932, n.º 4, p. 1.

⁴⁵ WILPF, «Statement on Fascism», *Pax International* 8, 6 (mayo de 1933).

⁴⁶ «Defence of Women Against Fascism», *Pax International* 8, 10 (diciembre de 1933).

las mujeres votaran a los partidos de derecha— a alertar a las mujeres trabajadoras y campesinas de toda Europa de los peligros del fascismo, pero también de que tenían que defender sus derechos. Duchêne y sus asociadas francesas pusieron por tanto todas sus energías en la organización del nuevo Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que celebró su congreso fundacional en agosto de 1934.

En septiembre de 1934, la WILPF se encontró de nuevo en un congreso en Zúrich. En el curso de un disputado debate sobre los objetivos de la organización y el futuro, una mayoría de delegados votaron por replantear los objetivos de la organización de un modo más amplio que en 1926, incluyendo «su determinación a estudiar, dar a conocer y abolir las causas políticas, sociales, económicas y psicológicas de la guerra y a trabajar por una paz constructiva». Más controvertido —aunque completamente comprensible en las estresantes circunstancias de ese año— fue el respaldo de la WILPF a la «transformación social»: «la inauguración de un nuevo sistema por debajo del cual tendría lugar la igualdad social, económica y política para todos sin distinción de sexo, raza u opinión. Ellas verán como el objetivo un orden económico sobre una base mundial y bajo una regulación universal basada en las necesidades de la comunidad y no en las ganancias»⁴⁷. A través de esta declaración revisada (escrita en la tercera persona del plural), la WILPF se había alineado con la izquierda anticapitalista..., aunque con algunas reservas, con la política de la Tercera Internacional. La identidad de género de los perpetradores de la violencia y la explotación seguía sin ser explícita, aunque el «sexo» seguía poniéndose en la lista visiblemente antes que la «raza» o la «opinión». De forma implícita, la insistencia feminista en acabar con la subordinación de las mujeres se había diluido, un tema, entre otros, en un patrón completo y censurable de dominación y explotación.

Durante los últimos años treinta del siglo xx, la exigencia feminista retrocedió aún más, a la vez que otras cuestiones más «generales» pasaron al primer plano para la WILPF. Parece elocuente que la WILPF no presentara una declaración separada en 1937 a la investigación de la Sociedad de Naciones sobre el estatus de las mujeres, aunque participase en una declaración conjunta realizada por el Comité Colaborador sobre la Nacionalidad de las Mujeres. De hecho, debido a la controversia sobre la cuestión de la legislación laboral protectora, las delegadas en el congreso de 1937 en Luhacovice (Checoslovaquia) no pudieron ponerse de acuerdo sobre una resolución que tenía que ver con el estatus igualitario de las mujeres, salvo para repetir «con fuerza (una) fe en la liber-

⁴⁷ «Statement of Aims of the Women's International League for Peace and Freedom, Decided at the Zurich Congress, 1934»; repr. en Gertrude Bussey y Margaret Tims. *Women's International League for Peace and Freedom, 1915-1965: A Record of Fifty Years' Work*. Londres, George Allen y Unwin, 1965, pp. 122-123.

tad de las mujeres en todos los matices de la vida» y para protestar «contra todos los intentos de reducir el derecho de las mujeres a decidir en sus propios asuntos»⁴⁸.

Entre 1936 y 1939, cuando las perspectivas de paz se hacían cada vez más sombrías, las activistas feministas de paz, como sus equivalentes no feministas, se encontraron cada vez más frustradas e indefensas ante los planes agresivos de la Italia de Mussolini en Etiopía, la intervención fascista y de comunistas extranjeros proporcionando armas a las partes en liza en la Guerra Civil Española y, en 1938-1940, las sucesivas incursiones de los ejércitos de Hitler en Austria, Checoslovaquia y, en unos pocos meses, Polonia, Bélgica, Noruega, Dinamarca y Francia, mientras que la URSS se movió hacia Finlandia y el este de Polonia. En medio de este viraje hacia la violencia, era poco lo que las mujeres feministas podían hacer para detener la marea de la guerra, excepto dar testimonio de ella. Ya en septiembre de 1935, el Subcomité de Desarme del Comité de Enlace de las Organizaciones Internacionales de Mujeres pidió a la Sociedad de Naciones que insistiera en que los países miembros cumplieran con sus obligaciones:

Nosotras [...] apelamos a los gobiernos representados en la Liga a que respeten lealmente dos principios fundamentales del Tratado, a saber, la resolución de toda disputa por medios pacíficos y la obligación de mantener la integridad territorial y la independencia política de todos los Estados miembros⁴⁹.

De igual modo, el subcomité telegrafió a Mussolini, apelando a su liderazgo para que encontrara una solución «civilizada» en Etiopía más que usar la fuerza. Mussolini, sin embargo, tenía otras intenciones, e invadió Etiopía en octubre de 1935, justo cuando se suspendía la Asamblea General de la Sociedad de Naciones. Las intervenciones feministas se incrementaron con un tono cada vez más angustiado: el discurso a la Asamblea General de la delegada sueca Kerstin Hesselgren en 1936 (cuando la crisis de Etiopía se hacía más profunda y la Sociedad de Naciones no actuaba) será ejemplar. Exigiendo hablar en nombre de «las mujeres en muchas partes del mundo», expresó su frustración con la aparente incapacidad de la Sociedad de Naciones para frenar la descarada agresión:

Cincuenta naciones se rinden ante un solo agresor. Cincuenta naciones dejan que un pequeño poder, que uno de los miembros de la Sociedad de Naciones, caiga al suelo. Sin embargo, ¿podemos, después de esto,

⁴⁸ *Report of the Ninth Congress of the W.I.L.P.F., July 27th to 31st, 1937, Luhacovice, Czechoslovakia*, Ginebra, The International Headquarters, 1937, p. 104.

⁴⁹ *Jus Suffragii* 30, 1 (octubre de 1935), p. 2.

esperar que cualquier pequeña nación pueda tener algún tipo de esperanza en el futuro?

Hace unos pocos años, la Sociedad de Naciones pedía la colaboración de las mujeres. Nosotras respondimos implorando, por millones a lo largo y ancho del mundo, por el desarme. ¿Cuál fue el resultado? No el desarme, sino el rearme por todo el mundo. [...]

En muchos países, las autoridades tienen miedo de la baja tasa de natalidad. ¿Cómo quieren que sea de otro modo? ¿Cómo podrían las mujeres desear traer niños a un mundo tan desesperanzado, tan inseguro? He oído a numerosas mujeres decir esto. Ustedes podrán decir que el conflicto y la guerra han existido siempre y que los niños han seguido naciendo de igual modo. Eso es cierto; pero la guerra nunca ha tenido una forma tan horrible como la que tiene hoy. [...]

No puedo dar ningún consejo. Tan solo puedo dar voz a la intensa angustia de las mujeres de todo el mundo e instarlas a usar toda la inteligencia y todo el poder que tengan en encontrar una solución⁵⁰.

Ahora bien, no se encontró ninguna solución. Y, a decir verdad, la guerra había sido constante en Europa, y no solo en Etiopía, desde que los fascistas de Italia y Alemania y los bolcheviques comenzaron a distribuir armas en España. Era poco lo que las feministas podían hacer (ciertamente, ninguna mujer podía hacer mucho entonces en la vida política) que no fuera actuar de conformidad con la preparación militar o invocar la estrategia de Lisístrata. La protesta de Eleanor Roosevelt, esposa del presidente americano, tras el bombardeo de Barcelona en la primavera de 1938, se hacía eco de la súplica de Hesselgren; fue ampliamente citada por la prensa europea: «Por qué las mujeres de todas las naciones no se levantan y se niegan a traer niños a un mundo como este, es algo que no acabo de entender»⁵¹. Su lamento, salido del corazón, muchas veces encontraría eco en mujeres dentro y fuera de Europa durante estos años oscuros. Ahora bien, las palabras no podían parar la fuerza de la guerra. Y es difícil saber si cualquier mujer dejaría en realidad de tener hijos como un acto político.

En la sombra de la tormenta que estaba a punto de desatar su fuerza por toda Europa por medio del vecino gobierno nacionalsocialista en Alemania, delegadas de la IAW se reunieron en Copenhague, Dinamarca, en julio de 1939, para reafirmar su compromiso con la democracia y reflexionar sobre el futuro. Tras la invasión de Polonia por parte de Hitler en septiembre de 1939, que traería consigo el estallido formal de la Se-

⁵⁰ Kerstin Hesselgren, en la Sociedad de Naciones, *Official Journal*, suplemento especial n.º 151. *Records of the Sixteenth Ordinary Session of the Assembly. Plenary Meetings (June 30th to July 4th, 1936). Text of the Debates. Part II*, p. 63. Sesión del 3 de julio de 1936.

⁵¹ Eleanor Roosevelt, «La Grève des ventres», *Le Droit des femmes* 78 (mayo de 1938); citado en Christine Bard, *Les Filles de Marianne*, p. 304; versión inglesa original en la columna de prensa «My Day» de Eleanor Roosevelt, abril de 1938.

gunda Guerra Mundial en Europa, las feministas se sintieron sin fuerzas para continuar su trabajo internacional. En octubre de 1939, la presidenta de la IAW, Margery Corbett Ashby, escribía en *Jus Suffragii/The International Women's News*:

La catástrofe que ha estado pendiendo sobre Europa durante tanto tiempo ha estallado sobre nosotros. [...] Como seres humanos, como naciones, incluso como individuos, hemos de reconocer la derrota y el fracaso, la ceguera y la negligencia. [...] Estamos siendo acusados ante el Dios al que la gran mayoría de los pueblos reconoce en sus corazones y ante el juicio del futuro, y no podemos hacer otra cosa que volver nuestras cabezas⁵².

Agotadas por las dificultades económicas y por el puro cansancio de llevar años haciendo campaña contra los obstáculos, las feministas en 1940 ni siquiera intentaron protestar contra esta guerra; sabían en qué parte estaban. En vísperas de la ocupación nazi de Dinamarca, Noruega, Países Bajos y Bélgica, en la primavera de 1940, la presidenta de la ICW, Marthe Boël, de Bélgica, rogó a las mujeres miembros que no «permitieran que se extinguiera la chispa de solidaridad internacional que habitaba en sus corazones ni que el nexo humano que vinculaba a los pueblos quedase destrozado por completo»⁵³. Hacia junio, con la capitulación de Francia, Gran Bretaña era la única democracia de importancia en guerra con los poderes autoritarios del Eje. «El problema», escribía Margery Corbett Ashby a finales de 1940, cuando recordaba la reunión de la IAW celebrada el año anterior en Copenhague, «ya no era cómo forzar a las democracias a incluir lógicamente a las mujeres, sino cómo proteger la democracia misma»: «Pedimos a las mujeres que, mientras luchaban en su batalla particular, luchasen por toda la humanidad y mantuviesen viva su creencia en la democracia. Era el último destello de luz antes de que el silencio y la oscuridad cayesen sobre nuestras compañeras»⁵⁴.

Con todo, pese a las muchas dificultades que acarreó la guerra y pese a la desaparición de la Sociedad de Naciones, comenzaron a emerger algunos planes de lo que habría de ocurrir después de la guerra, y el interés feminista en estos planes se desarrolló con celeridad. Aun en medio de las hostilidades, la realización de unos pocos objetivos e informes feministas de los avances de la mujeres mitigaban la melancolía: en enero de 1940, *Jus Suffragii* informaba de que, en Francia, se había abierto la profesión

⁵² Margery Corbett Ashby, «War», *Jus Suffragii* 34, 1 (octubre de 1939), p. 1.

⁵³ Marthe Boël, en *ICW Bulletin* 18, 7-8 (abril-mayo de 1940); citado en Rupp, «Worlds of Women», a partir de la versión manuscrita, capítulo II, p. 83. Esta cita no apareció en el libro publicado.

⁵⁴ Margery I. Corbett Ashby, «The History of the Alliance», *Jus Suffragii* 35, 1 (octubre-noviembre de 1940), p. 5.

jurídica a las mujeres en las colonias francesas y de que un decreto gubernamental francés había suprimido los matrimonios forzados en las colonias africanas de Francia. Rumanía había elegido a su primera mujer senadora y Turquía había elegido a catorce mujeres para su Asamblea Nacional. En la URSS, una mujer había sido nombrada cabeza de las aerolíneas internacionales.

Entretanto, los gobiernos combatientes movilizaron a las mujeres como participantes en el esfuerzo de guerra, tanto en temas civiles como militares. En la Alemania nazi, no obstante, Hitler rechazó recurrir a una movilización total de las mujeres, prefiriendo en su lugar importar por la fuerza mano de obra extranjera, en especial de la Francia ocupada; el trabajo de guerra de las mujeres alemanas fue alentado solamente en el ámbito del voluntariado. Las democracias aliadas sintieron que no podían permitirse tales reservas. A principios de diciembre de 1941, el primer ministro británico Winston S. Churchill exigió una resolución que extendería el servicio nacional obligatorio «para incluir los recursos de la mano de obra femenina y de la mano de obra masculina aún disponible». Las mujeres casadas no serían obligadas a prestar servicio, aunque se animaría a aquellas que no tenían hijos a que lo hicieran. Ahora bien, las mujeres adultas comprendidas entre las edades de veinte y treinta años serían enroladas en las fuerzas uniformadas en lucha y en la defensa civil. «Las mujeres están desempeñando ya un gran papel en esta guerra, pero deberán desempeñar uno aún más grande», afirmó Winston Churchill ante la Cámara de los Comunes. «El aparato técnico de la guerra moderna les da unas oportunidades extraordinarias a las mujeres. Estas oportunidades han de usarse completamente»⁵⁵. En la URSS, las mujeres entraron en combate prácticamente en los mismos términos que los hombres, en un intento por deshacer el camino andado por la invasión nazi⁵⁶.

La integración de las mujeres en los esfuerzos nacionales de guerra (un proceso ya iniciado durante la Primera Guerra Mundial) y su papel central a la hora de asegurar la supervivencia de aquellos que las rodeaban durante las posteriores luchas, ocupaciones militares y esfuerzos de resistencia, sugerían que muchas mujeres se identificaban estrechamente con sus culturas nacionales. Unas pocas feministas pacifistas entregadas, como Vera Brittain en Inglaterra, siguieron oponiéndose a la guerra, pero eran la excepción. Para combatir la agresión del Eje, las mujeres se unirían a la resistencia: ellas se organizarían en Francia como esposas de prisioneros de

guerra; fabricarían bombas, barcos y aeroplanos. Los gobiernos nacionales descubrieron que las mujeres eran indispensables; ciertamente, su valor como «mano de obra» sería cada vez más apreciado por los líderes de los Estados-nación que continuarían, sin embargo, con sus intentos por controlar y canalizar las actividades de las mujeres. Tal como lo resumirían Gertrude Bussey y Margaret Tims una generación más tarde en su historia de la WILPF, de 1965, las mujeres se «comprometerían directamente, no menos que los hombres, en toda la violencia y degradación de la guerra total: víctimas de ataques aéreos y de campos de concentración, partisanas en el movimiento de resistencia, reclutas para el servicio militar junto con sus hermanos, trabajadoras forzadas en fábricas de armas... ¡Qué trágica fue la culminación de la lucha por los derechos de las mujeres!». Pero añadían: «¡Y qué decisiva por tanto para seguir la lucha y rectificar los falsos valores por los que se habían ganado los nuevos derechos!»⁵⁷.

A pesar de los esfuerzos antifeministas por restaurar la «normalidad», el papel de las mujeres en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial nunca volvería a lo que había sido en otro tiempo. Las mujeres europeas se habían convertido en ciudadanas de pleno derecho; ciudadanas de un tipo que las feministas más tempranas jamás podrían haber anticipado. Tras el final de la guerra en 1945, los diversos grupos internacionales de mujeres se reconstituyeron, aunque con paso vacilante. Lloraron la pérdida —en campos de concentración o ejecutadas por los nazis— de algunas de sus militantes más incondicionales, como la leal defensora de la IAW Rosa Manus y las activistas de la WILPF, incluida la senadora checa Frantiska Plaminkova y las militantes húngaras Eugénie Miscołczy Meller y Melanie Vambéry. Una pocas (entre ellas, Virginia Woolf) se habían suicidado. Otras, incluidas activistas de larga duración como Maria Vérone, Cécile Brunschvicg, Lida Gustava Heymann y Anita Auspurg, habían sucumbido, o bien justo antes de la guerra, o durante la misma a la enfermedad, la privación o la vejez. Con todo, entre muchas de las feministas supervivientes en los Estados victoriosos, se dispararon las esperanzas de que podrían tener un papel en la construcción de un mundo mejor en paz, un mundo en el que se prestaría más atención a los derechos y las contribuciones de las mujeres.

¿«FEMINISMO» O «HUMANISMO»?

Las ciudadanías en el Estado-nación y en el puesto de trabajo se convirtieron en realidades para las mujeres en muchas sociedades europeas en el periodo de entreguerras. Durante estos años, se reformularon los objetivos y los propósitos del feminismo, y se elaboraron nuevos sentidos

⁵⁵ Winston S. Churchill, «Man-power and Woman-power», discurso a la Cámara de los Comunes, 2 de diciembre de 1941; repr. en Roben Rhodes James (ed.), *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963*, vol. 6, Nueva York y Londres, Chelsea House Publishers, 1974, p. 6520.

⁵⁶ Véase «Women in Combat and as Military Leaders: A Survey», preparado por el Staff Support Branch, Center of Military History, U.S. Army, 1 de marzo de 1978. Mi agradecimiento a Romana Danysh por compartir conmigo este informe.

⁵⁷ Bussey y Tims, *Women's International League*, p. 180.

en respuesta a los nuevos desafíos. La subordinación legal y material de las mujeres a los hombres dejó de ser el punto fuerte más obvio de la actividad feminista; ciertamente, después de 1918, en una Europa mayoritariamente postsufragista (siendo las excepciones más notorias Francia, Italia, Bélgica y Suiza), el término «feminismo» no parecía, en opinión de algunas activistas del movimiento de las mujeres, ni siquiera abarcar lo suficiente. Margery I. Corbett Ashby, la presidenta inglesa de la IAW, había resumido su nueva perspectiva en 1928, cuando afirmó: «Es un hecho que no puede ser ignorado que las mujeres no son solo feministas en perpetuo estado de protesta contra las restricciones y las desventajas, ellas son también, en un número creciente, ciudadanas entusiastas, trabajadoras por la paz, reformadoras y educadoras. La mayor libertad que ganaron las mujeres es, a buen seguro, precisamente este derecho igualitario con los hombres al verdadero interés en la vida entera»⁵⁸.

Una opinión como esta se había estado desarrollando durante un tiempo, principalmente entre las feministas anglohablantes y, a pesar de las reacciones que resurgían contra la emancipación de las mujeres, floreció en contextos postsufragistas. Ya en 1913, Helena Swanwick había sugerido, en su prefacio a *The Future of the Women's Movement*, que el término «humanista» era mejor que el de «feminista» para los objetivos emancipadores que ella y sus asociadas tenían en mente⁵⁹. A la inversa, el término «feminista» podría extenderse para abarcar todos los derechos humanos. Estos acordes se habían tocado repetidas veces durante las controversias inglesas sobre el feminismo en los años veinte del siglo XX (como vimos en el capítulo X) y, cuando a las mujeres se les fue empujando cada vez más a la vida política y económica de sus respectivas naciones, volvieron a tocarse de nuevo durante los debates de finales de los años veinte y treinta del siglo XX entre las partidarias de las organizaciones internacionales de mujeres en torno al controvertido tema de la legislación laboral protectora para las mujeres trabajadoras.

En Francia, al mismo tiempo, críticos como el académico Henri Joly afirmaban que el feminismo derivaba estrictamente del humanismo: «La idea del humanismo, entre otras ventajas, tenía la de que no postulaba separación alguna entre los intereses del hombre y los de las mujeres»⁶⁰. Este escritor francés (como muchos socialistas) veía el feminismo como exclusivamente centrado en los intereses «separados» de las mujeres, más que en los intereses conjuntos de hombres y mujeres (o de intereses de clase). Una afirmación como esta le habría sonado a cualquiera que se

hubiera opuesto a las opiniones socialistas sobre el tema desde la fundación de la Segunda Internacional en 1889, pero se enfrentó a una carga política aún más interesante en un contexto en el que las mujeres comprendían más de la mitad de la población y se las temía como una amenaza potencial a la mayoría política. La cuestionable opinión que ello encierra —que el feminismo es «separatista»— sigue gozando de buena salud en la Francia de hoy, donde se sigue impidiendo que se establezcan la historia de las mujeres y los estudios de mujeres en los centros universitarios franceses. El hecho de que «los intereses separados de los hombres» hubieran dominado las sociedades europeas durante tantos siglos pasó desapercibido para los Henri Jolys de Europa; ellos venían «dados», representando los intereses del «hombre». Los intereses de las mujeres podían, en este contexto, interpretarse como exclusivos, divisivos y peligrosos.

A finales de los años veinte del siglo XX, tras los desarrollos cismáticos de su congreso de 1926 en París y de las consiguientes jornadas de estudios en Ámsterdam, los partidarios de la recién rebautizada Alianza Internacional de Mujeres debatieron acaloradamente el sentido y alcance del concepto «feminismo». A partir de una serie de intercambios en *Jus Suffragii* que continuaron a lo largo de la mayor parte de 1928, una activista desencantada de la «igualdad de derechos», C. Nina Boyle, proclamó su alarma por la aceptación en la IAW de pacifistas y reformadores sociales, a los que ella veía como «los dos rivales y enemigos más peligrosos del feminismo»⁶¹. Más que tomar parte en el clamor por la paz y respaldar la legislación protectora para las mujeres trabajadoras, Boyle pensaba que la IAW debía permanecer centrada específicamente en las costumbres y leyes matrimoniales abusivas y en la violencia contra las mujeres... o en lo que ella posteriormente subrayó como «condiciones desesperadas bajo las que las mujeres sufren una espantosa coerción personal y sexual»⁶².

Fue en este contexto en el que Corbett Ashby defendió la posición de la Alianza de múltiples intereses en un mundo en el que algunas mujeres habían alcanzado la ciudadanía de pleno derecho. Ella siguió insistiendo en que «una feminista no es menos feminista porque haya llegado a un punto de vista en el que se atreva a desarrollar todos los extremos de su naturaleza humana y de sus intereses naturales. [...] Todo nuestro trabajo deberá hacerse desde un ángulo feminista y por mor de una inspiración feminista»⁶³. El mes siguiente, la envejecida activista Marie Stritt se unió al debate, sosteniendo la conexión íntima entre feminismo y pacifismo y una idea amplia de feminismo: «Feminismo [...] no quiere decir otra cosa

⁵⁸ Margery I. Corbett Ashby, «What Is the Alliance?», *Jus Suffragii* 22, 5 (febrero de 1928), p. 69.

⁵⁹ Helena Swanwick, «Preface» a *The Future of the Women's Movement*, Londres, G. Bell & Sons, 1913, p. vii.

⁶⁰ Henri Joly, *Le Droit féminin*, París, Flammarion, 1922, p. 7.

⁶¹ C. Nina Boyle, carta al editor, 15 de diciembre de 1927; publ. en *Jus Suffragii* 22, 4 (enero de 1928), pp. 59-60.

⁶² Boyle, carta al editor, 15 de marzo de 1928; publ. en *Jus Suffragii* 22, 7 (abril de 1928), p. 106.

⁶³ Corbett Ashby, en *Jus Suffragii* 22, 5 (febrero de 1928), p. 69.

que lucha contra la violencia en todas sus formas; quiere decir derecho y justicia en lugar de violencia e injusticia»⁶⁴. Se trataba de una agenda enormemente amplia, pero también amenazaba con neutralizar o difundir continuas campañas en nombre de los temas específicos de las mujeres.

En el curso de este debate de los años veinte del siglo XX, hubo un punto que quedó clarificado: que al menos para la IAW, que trabajaba a nivel internacional o transnacional, quedaban fuera los temas que tenían que ver con el amor libre, con el control de natalidad y con la «esclavitud matrimonial» sobre la base de que tenían implicaciones religiosas así como nacionales (o culturales), que las líderes de la IAW consideraban que se encontraban más allá de su mandato internacionalista de su asociación. «Hay que ir aconsejando y ayudando poco a poco, pero esperando a que sean las propias mujeres de cada nación las que se muevan de un modo más eficaz», advertía la anterior presidenta de la IAW, la sufragista americana Carrie Chapman Catt. Los «grandes problemas» del mundo quedaban, no obstante, dentro de su marco de acción: «La paz es el mejor trabajo para las feministas», afirmaba esta. Ahora bien, también clarificaba otro punto, la identificación exclusiva del feminismo con la causa del sufragio (históricamente errónea pero, no obstante, firmemente incrustada en la mente popular): «Siento que personalmente he avanzado y me he convertido en una humanista desde que pude votar. [...] No he dejado de ser una feminista ni de ser menos solidaria con las protestas contra los males de las mujeres»⁶⁵.

En el número de junio de 1928 de la *Jus Suffragii*, la feminista británica por la igualdad de derechos, Helen A. Archdale, que simpatizaba con las preocupaciones de Nina Boyle, criticó la «admisión» tanto de Corbett Ashby como de Catt porque se habían pasado al «humanismo»:

Una humanista es [...] alguien que se preocupa por las alegrías y las penas de toda la humanidad y trabaja directamente en su cura. Una feminista es alguien que trabaja por el avance en el estatus intelectual y social de las mujeres. [...] La paz que anhelan casi todos nuestros corazones es la empresa de la humanidad, de los hombres y las mujeres; la cooperación y no la separación debería ser su fuerza. La igualdad, definida como todas nosotras sabemos como feminismo, es la especial empresa de las mujeres; la carga de ganarla ha de ser principalmente suya. Yo comparto cordialmente el profundo lamento expresado por sus corresponsales de que la IWSA haya abandonado el feminismo por el humanismo, sabiendo que cada una de esas extraversiones al humanismo está rechazando el feminismo⁶⁶.

⁶⁴ Marie Stritt, en *Jus Suffragii* 22, 6 (marzo de 1928), p. 87.

⁶⁵ Carrie Chapman Catt, «What Is the Alliance?», *Jus Suffragii* 22, 8 (mayo de 1928), pp. 117-118.

⁶⁶ Helen A. Archdale, en *Jus Suffragii* 22, 9 (junio de 1928), p. 140.

Hacia diciembre, Archdale (que, junto con lady Rhondda, fundó el Open Door Council en 1926 y se convirtió en una fuerza en Equal Rights International) estaba afirmando que solo podría haber un tipo de feminista: «Las feministas creen en la igualdad [para las mujeres] y no aceptarán nada menos»⁶⁷.

Cuando la IAW se reunió en Berlín en 1929, sus miembros ratificaron una «Reafirmación de Política después de 25 Años», que consolidaba su compromiso con el trabajo por el sufragio y con el trabajo por la paz, y enfatizaba la igualdad en derechos económicos, morales y legales. De forma significativa, ni esta «Reafirmación» ni la *Historia* compilada y publicada por Regine Deutsch para la celebración del aniversario de la IAW incluyeron la palabra «feminismo»⁶⁸.

Para los años treinta, muchas de las que podríamos ver históricamente como feministas no estaban de acuerdo en lo que significaba «igualdad», y ni siquiera en si las «mujeres» deberían ser consideradas distintas de los «hombres», basándose en sus papeles fisiológicos y reproductivos, o si cualquier «diferencia» que se percibiese debería ser borrada o disimulada en busca de los «derechos [legales] iguales a los de los hombres». Particularmente en el mundo anglohablante, las ideas más antiguas de «igualdad-indiferencia» se desvanecieron ante la polarización que opondría cada vez más la absoluta «igualdad» legal para los individuos a las necesidades específicas de cada sexo que se perciben como emanadas de la «diferencia» distintiva de las mujeres.

Como consecuencia de estos desacuerdos, el término «feminista» fue reclamado y se identificó de forma más exclusiva en la opinión pública con los partidarios de los «derechos igualitarios» legalistas. (Esta facción fue conducida por las americanas Alice Paul y Doris Stevens y sus homólogas británicas del Six Point Group, en el nuevo grupo conocido como Equal Rights International.) Estas mujeres se opusieron por principios y fieramente a la legislación protectora para las mujeres, presionando en su lugar, a lo largo de los años veinte y treinta del siglo XX, en pro de la promulgación de un tratado internacional de derechos igualitarios. A pesar de los esfuerzos de Eleanor Rathbone y de otras por delinear un «nuevo feminismo» que tomara en cuenta las diferencias de las mujeres y sus contribuciones y funciones únicas como madres, el término «feminista» se desplazó y se quedó pegado a la facción más rotundamente igualitaria. No cabe duda de que este contexto explica el interés de Virginia Woolf en incinerar la palabra.

Los debates en la *Jus Suffragii* de la IAW y en publicaciones de otros grupos internacionales de mujeres continuaron delineando ideas distin-

⁶⁷ Archdale, carta al editor, 30 de octubre de 1928; publ. en *Jus Suffragii* 23, 3 (diciembre de 1928), pp. 41-42.

⁶⁸ Véase Regine Deutsch, *The International Woman Suffrage Alliance: Its History from 1904 to 1929*, Londres, Board of the Alliance, 1929.

tas y variadas de «feminismo», extendiendo ampliamente el significado de feminismo para aglutinar una verdadera y amplia lucha por los derechos humanos y la justicia social. Esta línea de pensamiento sería rearticulada de forma mucho más vigorosa en los años treinta del siglo XX, cuando la amenaza del fascismo a los derechos humanos se hizo cada vez más acusada. Con la reducción en oportunidades para las mujeres impuesta por los regímenes fascistas —y en particular por la Alemania nazi, donde los asaltos a las libertades civiles de los judíos y de otras minorías «indeseables», incluidos los gitanos y las personas con discapacidad, resultaban ya bien conocidas para la comunidad feminista internacional—, organizaciones tales como la WILPF ampliarían su misión para aglutinar «la inauguración de un nuevo sistema bajo el que se realizaría la igualdad social, económica y política para todos sin distinción de sexo, raza u opinión»⁶⁹.

Los desarrollos en la política mundial durante la etapa final de los años treinta del siglo XX provocaron la confusión y la polémica en torno al feminismo —y la rearticulación de las posiciones—. Estos pueden estudiarse en la retórica de la presidenta de la IAW, Margery Corbett Ashby. A finales de 1936, Corbett Ashby había insistido en que el feminismo no debería ser dejado de lado, como había ocurrido en 1914, frente a un «salvajismo peor que el medieval en Abisinia, Palestina y España». Ahora bien, ella ofrecía una definición amplia y difusa de feminismo que, según declaraba, «es la fe de las mujeres que creen en la libertad y la responsabilidad individuales»⁷⁰;

No es otra cosa que el apoyo de las mujeres a la gran doctrina de la libertad de pensamiento y discurso, de la autodisciplina que se exige, del autogobierno, de la libre lealtad a la comunidad, de la igualdad de oportunidades y de la asistencia mutua que en el último siglo llevó a cabo un amplio cambio desde las concepciones medievales, y produjo el más asombroso progreso en ciencia, salud, nivel de vida y servicios de ningún siglo que conozcamos. Dado que nuestro poder material ha crecido más que nuestras concepciones espirituales, estamos permitiendo que nuestros inventos traigan la tortura y la muerte, la pobreza y la tiranía, en lugar de la felicidad, la salud, las riquezas y la libertad. [...] Si insistimos en nuestros derechos como seres humanos, estamos luchando la batalla de todo hombre que sufre por su raza, su credo, su clase o sus opiniones.

En esta interpretación, que se convertiría cada vez más en el estándar en la retórica de la IAW, los derechos de las mujeres *eran* derechos huma-

⁶⁹ «Statement of Aims... 1934»; repr. en Bussey y Tims, *Women's International League*, p. 122.

⁷⁰ Corbett Ashby, en *Jus Suffragii* 31, 1 (octubre de 1936), p. 1.

nos; lo uno representaba lo otro. ¿Estaba el «humanismo» en camino de convertirse en «el feminismo que no se atreve a decir su nombre»?⁷¹.

La invasión de Hitler de la vecina Checoslovaquia en 1938 y la acechante amenaza a Polonia sellaron un cambio definitivo en la retórica de la IAW del feminismo al humanismo. Hacia junio de 1939, el humanismo se había colocado de nuevo en primer plano. Hablando de los cambios dramáticos que habían tenido lugar para las mujeres desde comienzos del siglo XX y las formas en las que las mujeres se habían implicado en el trabajo por la reforma social y la paz así como la búsqueda de igualdad, Margery Corbett Ashby subrayó que los objetivos del feminismo habían parecido relativamente francos cuando la democracia estaba en alza. Ahora bien, con los perversos desarrollos políticos de las épocas recientes y, en particular, la precaria situación económica creada por la Gran Depresión, la democracia fue asediada: «El estatus igualitario y la influencia igualitaria de las mujeres ha de ser vista como más necesaria que nunca, pero no podemos, no nos atrevemos a ser solo feministas, hemos de ser también humanistas con el fin de preservar en la sociedad los propios derechos que compartiríamos»⁷². La colega francesa de Corbett Ashby y vicepresidenta de la IAW, Germaine Malaterre-Sellier, secundaba este argumento: los derechos igualitarios para las mujeres ya no eran el objetivo principal. «El verdadero feminismo requiere de forma imperiosa, como una necesidad vital, que las mujeres, unidas fraternalmente más allá de todas las cuestiones de nacionalidad, partido político o creencias religiosas, vengán a rescatar la democracia allá donde esta se vea amenazada... y, por desgracia, esto ocurre cada vez en más países.» Preservar los derechos de las mujeres se equiparaba, en opinión de Malaterre-Sellier, con la salvación de la propia civilización: «El Congreso de Copenhague ha de organizar la acción de las mujeres por la defensa de los valores humanos con el fin de salvar la paz y la civilización»⁷³.

En su congreso de julio de 1939 en Copenhague, las delegadas de la IAW reafirmaron valientemente la idea del feminismo que tenía su organización en un lenguaje mesurado pero emocionante, remodelando el desafío en términos de «los principios fundamentales que concernían a las relaciones entre el individuo y el Estado, y entre los Estados», y «las responsabilidades que conlleva su convicción feminista». Su «Declaración de Principios», luego publicada en inglés y francés, terminaba con una afirmación sincera que ofrece una conclusión adecuada para nuestro capítulo:

⁷¹ Véase Pauline Johnson, *Feminism as Radical Humanism*, St. Leonards, Allen & Unwin; Boulder (Col.), Westview Press, 1994, p. vii.

⁷² Corbett Ashby, «The Woman Pilgrim's Progress», *Jus Suffragii* 33, 9 (junio de 1939), p. 68.

⁷³ Germaine Malaterre-Sellier, «Vers l'avenir», *Jus Suffragii* 33, 9 (junio de 1939), pp. 68-69.

La batalla de la mujer es la de toda la humanidad. No puede haber libertad para las mujeres cuando la libertad ya no es un derecho reconocido de cualquier individuo. No puede haber justicia ni libertad económica para las mujeres cuando toda justicia depende de la voluntad de una oligarquía.

Ahora vivimos tiempos difíciles en los que está en juego la vida basada en nuestros principios. Por ello, las mujeres, con los hombres, fieles a sus principios fundamentales, han de defender un sistema que llevará a una justicia mayor, a la libertad, a la paz real, a la prosperidad general y a una mayor felicidad para todos⁷⁴.

Para las activistas de la IAW, la subordinación final de las mujeres en particular se había enredado de forma inextricable —o en términos coincidentes— con la causa más amplia de la defensa de la libertad, individual y colectiva, para mujeres y hombres por igual y de trabajo por la democracia. Las mujeres se habían convertido en ciudadanas. Cuando los «temas de mujeres» se convirtieran en «temas humanos», ¿cuál sería el destino del feminismo?

EN BUSCA DEL FUTURO DEL FEMINISMO

Cuando acabó la guerra, en 1945, el dilema de feminismo o humanismo volvería a considerarse en un nuevo escenario: las Naciones Unidas (ONU). El impacto tremendo del Holocausto contra los judíos y otras atrocidades cometidas durante los años de la Segunda Guerra Mundial habían redirigido la atención de los líderes del mundo al tema de los derechos humanos. A pesar de la escasez de feministas —o ciertamente hasta de mujeres delegadas (14 mujeres y 521 hombres)— en su reunión fundacional de abril de 1945 en San Francisco (o, por esa cuestión, en la primera sesión de la Asamblea General a principios de 1946), el preámbulo de la carta de la ONU, de junio de 1945, afirmaba y especificaba la «fe en los derechos humanos fundamentales, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas»⁷⁵. Por detrás de esta elección de palabras se encuentra la propuesta de John Stuart Mill, de 1867, de cambiar la palabra

⁷⁴ IAW, «Declaration of Principles», *International Women's News (Jus Suffragii)* 33, 10-11 (agosto-septiembre de 1939), p. 82; en parte, repr. en Adele Schreiber y Margaret Mathieson, *Journey Towards Freedom: Written for the Golden Jubilee of the International Alliance of Women*, Copenhagen, IAW, 1955, p. 52; y en Arnold Whittick, *Woman into Citizen*, Londres, Atheneum; Santa Barbara, ABC-Clío, 1979, p. 139.

⁷⁵ *The United Nations and the Advancement of Women, 1945-1996*, Nueva York, United Nations, 1996, doc. I, p. 103. Mi comprensión de los asuntos de la ONU ha aumentado enormemente gracias a las sugerencias y a la obra de Doris H. Linder, en particular a su ponencia inédita «Scandinavian Women's Rights Leadership at the Early U.N., 1946-1952» (1995).

«hombre» por la de «persona» en la ley electoral parlamentaria británica, pero —de manera significativa— los derechos igualitarios de «hombres y mujeres» se mencionan de forma explícita en la carta de la ONU; el propósito de la carta no dejaba lugar a dudas.

En este nuevo contexto, el trabajo previo de las feministas de los «derechos igualitarios» sobre los temas de mujeres en la Sociedad de Naciones en los años treinta del siglo XX encontraron su recompensa. Sus sucesoras a finales de los años cuarenta del siglo XX siguieron insistiendo en la cuestión. Ahora bien, la corriente humanista más amplia tenía también sus representantes. Una declaración posterior de las mujeres representantes, suplentes y asesoras de la primera Asamblea General de las Naciones Unidas, presentada a los delegados por Eleanor Roosevelt a principios de 1946, ponía el énfasis en los «esfuerzos conjuntos» de hombres y mujeres, «ideas comunes de libertad humana», y apelaba a las mujeres a tomar parte en el «trabajo de la paz y la reconstrucción como hicieron en la guerra y la resistencia»⁷⁶.

En la primavera de 1946, la Comisión de Derechos Humanos, una división del Consejo Económico y Social de la ONU (ECOSOC), estableció una subcomisión, pero pronto se plegó a las presiones feministas para crear más tarde, ese mismo año, una comisión de pleno derecho sobre el Estatus de las Mujeres, con un mandato mucho más extenso para investigar «las mejoras en los campos político, civil, educativo, social y económico». Muy influyentes en este desarrollo fue la feminista y socialdemócrata danesa Bodil Begtrup, que se convirtió en la presidenta de la Comisión, y las feministas latinoamericanas. En diciembre de 1946, Begtrup y otras delegadas feministas escandinavas presionaron para la adopción por parte de la Asamblea General de una resolución que urgiera a que los Estados miembros que todavía no lo hubieran hecho «cumplieran los propósitos y objetivos de la carta [...] concediendo a las mujeres los mismos derechos políticos que los hombres»⁷⁷. Ellas trataron de reanimar el análisis del estatus de las mujeres en el mundo, iniciado por la ya difunta Sociedad de Naciones (gracias a las activistas feministas anteriores) y llevar a cabo las reformas propuestas durante los años treinta del siglo XX.

La Comisión de la ONU sobre el Estatus de las Mujeres inició su investigación en enero de 1947. Su trabajo ofrecería finalmente el modelo para muchas comisiones nacionales (e incluso comisiones regionales o locales) sobre el estatus de las mujeres por todo el mundo. Muchas medidas relevantes de la ONU —incluida la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de 1948, la Convención sobre los Derechos Políticos de las Mujeres de 1952, los acuerdos sobre derechos civiles y políticos y sobre

⁷⁶ *Yearbook of the United Nations, 1946-1947*, Lake Success, United Nations, Departamento de Información Pública, 1947, pp. 77-78.

⁷⁷ *Yearbook*, 1946-1947, p. 179.

derechos económicos, sociales y culturales— tienen sus orígenes en el trabajo de esta Comisión. Finalmente, en 1975, un movimiento renaciente por los derechos de las mujeres ayudaría a materializar lo que la Comisión sobre el Estatus de las Mujeres había estado recomendando desde 1946-1947; el Año Internacional de las Mujeres en 1975 y la Década Internacional de las Mujeres. Todos estos desarrollos posteriores a la Segunda Guerra Mundial tienen una gran deuda con las valientes iniciativas lanzadas en el periodo de entreguerras por las activistas y organizaciones feministas europeas y americanas que trabajaban en nombre de los temas de mujeres en la Sociedad de Naciones. El trabajo de la Comisión de la ONU sobre el Estatus de las Mujeres continúa hasta la actualidad.

Aunque la presidenta de la IAW, Margery Corbett Ashby, pensaba a principios de 1946 que «en esta etapa sería peligroso fundar un comité “solo de mujeres” para tratar la diferenciación sexual»⁷⁸, pronto quedaría claro a algunas (entre ellas a las mujeres socialdemócratas de los años treinta del siglo xx, que durante tanto tiempo habían puesto el énfasis en la clase más que en las diferencias de sexo) que incluso en la ONU, y a pesar de todos los pronunciamientos de principios, si las feministas no insistían en especificar y hacer visibles los derechos de las mujeres y la representación de las mujeres, nadie más lo haría. La nueva terminología adoptada era la del «estatus de las mujeres» y «derechos humanos». No obstante, los términos «derechos igualitarios» y «derechos de las mujeres», y los anteriores lenguajes del «feminismo» que se encuentran tras ellos, no se olvidaron por completo. Estos resurgirían al final a través de nuevas fisuras.

EPÍLOGO

¿REINVENTANDO LA RUEDA?

En julio de 1949, cuando delegadas de la Alianza Internacional de Mujeres se reunieron en Ámsterdam, el tema del congreso fue «Derechos Humanos y Necesidades Humanas». La publicación de la IAW, *The International Women's News* (antes *Jus Suffragii*), proclamó la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas de 1948 como «una magnífica victoria feminista»¹. El programa para el futuro parecía evidente: implementación de estos principios. Y con todo, claramente, esto no sería tan simple; de ello estaban profundamente convencidas las líderes de la IAW: «Por desgracia, nuestra experiencia muestra que estas declaraciones de principios se quedan en letra muerta, a no ser que la opinión pública en cada país insista en su implementación». «La democracia sin mujeres», en la frase más reciente de Christine Fauré, no funcionaría; menos aún, la democracia sin la vigilancia feminista².

Ahora bien, el problema era precisamente el de cómo implementar la victoria. Parecía como si las organizaciones internacionales de mujeres y las activistas femeninas tuvieran aún que insistir en que los gobiernos cumplieran con sus obligaciones respecto a la igualdad de mujeres y hombres bajo la Declaración de las Naciones Unidas. En las naciones del oeste, centro y este de Europa de la posguerra, el desfavorecido estatus legal de las mujeres en el matrimonio siguió estando en lo alto de la lista de los problemas que pedían solución, al igual que la relación de las mujeres casadas con el empleo remunerado y con los beneficios sociales que estaban siendo elaborados por la mayoría de los políticos masculinos en los

⁷⁸ Corbett Ashby, «United Nations' Assembly. Women Out-Numbered Fifty to One by Men», *International Women's News (Jus Suffragii)* 40, 5 (febrero de 1946), p. 51.

¹ «Programme for Amsterdam», *International Women's News* (anteriormente, *Jus Suffragii*) 43, 6 (abril de 1949), p. 1. Todas las citas en este párrafo proceden de esta fuente.

² Véase Christine Fauré, *Democracy Without Women: Feminism and the Rise of Liberal Individualism in France*. Bloomington, Indiana University Press, 1991.

recién estrenados Estados del bienestar. Los temas de larga duración de la prostitución regulada por el Estado y el tráfico internacional con mujeres y niños dieron un paso adelante con la abolición en 1946 del infame y largo tiempo impugnado «sistema francés» de burdeles respaldados por el gobierno en París (a agradecer en particular a las campañas de la concejala municipal de París Marthe Richard) y a la posterior Convención Internacional de 1949 «por la Supresión del Tráfico con Personas y de la Explotación de la Prostitución de Otras», bajo los auspicios de las Naciones Unidas, que empleaban de forma deliberada el lenguaje de moda, neutral en cuanto al género, de los derechos humanos.

LAS FEMINISTAS AFRONTAN LA GUERRA FRÍA Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS

En la carrera por volver a la normalidad que siguió al final de la Segunda Guerra Mundial, no obstante, y pese a todo lo que se había ganado (ya descrito), no sería tan sencillo movilizar a las mujeres europeas a insistir en sus derechos cuando había que abordar tantos otros problemas apremiantes. Entre las bombardeadas ruinas de media Europa y en especial en Alemania, Polonia y puntos al este donde tanta gente había sido asesinada en nombre de las políticas raciales nazis y otra tanta había sido masacrada en los devastadores ataques aéreos infligidos por los aliados con el fin de acabar con el Tercer Reich, muchas mujeres sencillamente se encontraron a sí mismas abrumadas por los proyectos gemelos de supervivencia y reconstrucción. Irónicamente, ellas vinieron también a personificar, en estas circunstancias, a sus propias naciones; «su papel en la supervivencia de la comunidad fue inusualmente visible»³. Tanto si se identificaban con los poderes vencedores o con los derrotados o con los esfuerzos de resistencia civil en los países ocupados por los nazis, muchas mujeres se encontraron, en buena medida, en la misma situación que sus predecesoras francesas que, durante la Revolución de 1789, habían marchado sobre Versalles para quejarse por el alto precio del pan y las dificultades para alimentar a sus familias. Enfrentadas al abrumador esfuerzo de reconstituir familias y vidas destrozadas, ¿qué enfoque podría movilizar a las mujeres europeas en nombre de nuevos pasos hacia su propia liberación? ¿Ocurría acaso, como Mary Wollstonecraft y otras feministas habían percibido antes, que las propias mujeres —mujeres que

³ Véase Elizabeth Heineman, «The Hour of the Woman: Memories of Germany's "Crisis Years" and the West German National Identity», *American Historical Review* 101, 2 (abril de 1996), pp. 354-395. Las mujeres alemanas se convirtieron también en objetos de la violencia masculina por parte de las tropas de ocupación: véase el número especial de octubre, n.º 72 (primavera, 1995) — «Berlin 1945: War and Rape, "Liberators Take Liberties"», y en especial el ensayo de Atina Grossmann, «A Question of Silence: The Rape of German Women by Occupation Soldiers», pp. 43-63.

no pensaban como las feministas, que eran frívolas, maleducadas y con poca visión de futuro— eran el problema? Más probablemente, la mayoría de las mujeres europeas estaban sencillamente exhaustas por los efectos de lo que les había hecho pasar la diplomacia y el belicismo masculinos. No sorprende mucho que la «paz y el pan» podrían tener más atractivo que cualquier campaña por la libertad, la igualdad, los derechos y la justicia ni que ellas pudieran optar por la solidaridad con las diezmasdas filas de sus hombres.

La necesidad de un tema fresco alrededor del cual hacer girar el activismo feminista se reflejó en una reorientación temática de la IAW por parte de su nueva presidenta, la Dra. Hanna Rydh, arqueóloga, miembro del Parlamento sueco y presidenta de la Frederik Bremer Association. En contraste con su predecesora, Margery Corbett Ashby, cuyo feminismo individualista se elidía en un humanismo más allá del sexo, Rydh propuso en Ámsterdam un enfoque más relacional basado en la especificidad de la función y el enfoque: «Las mujeres deben unirse en algo mayor que las lealtades nacionales o de raza, y eso es la maternidad del ancho mundo por completo»⁴. Ciertamente, eran palabras mayores.

Las activistas de la IAW, no obstante, no estaban solas a la hora de buscar nuevos caminos para conseguir el apoyo de las mujeres. En la Europa de posguerra, muchas organizaciones políticas partidistas competirían por la lealtad de las mujeres, buscando presentar un cuadro atractivo del futuro de las mujeres bajo sus auspicios y, en el proceso, adaptar sus proposiciones para atraer a mujeres más convencionales, especialmente a amas de casa. Lo cierto es que las feministas continuaron enfrentándose a serios rivales y, sin duda, el más serio de estos sería el Partido Comunista que resurgía. Revitalizados por la impresionante participación de los comunistas en los movimientos de resistencia antifascista de Francia, Italia, Yugoslavia y otros lugares y por la alianza militar de la Unión Soviética con los poderes occidentales contra la Alemania nazi (una alianza que, tras los acuerdos de Yalta entre Roosevelt, Churchill y Stalin, le había dado gran libertad a la URSS para posteriores ocupaciones militares, seguidas por absorciones políticas que se llevarían a cabo por todo el este de Europa), los comunistas relanzaron sus iniciativas organizativas para atraer a las mujeres. Hacía ya mucho que los comunistas soviéticos bajo Stalin habían renunciado a los aspectos sexualmente más radicales de los programas articulados por Aleksandra Kollontai y otras mujeres tras la Revolución de 1917, y habían vuelto a las

⁴ Hanna Rydh, «President's Message», *International Women's News* 43, 11 (septiembre de 1949), p. 158. Sobre la Carrera de Rydh, véase Elisabeth Arwill-Nordbladh, «Archaeology, Gender and Emancipation: The Paradox of Hanna Rydh», en Margarita Díaz-Andreu y Marie Louise Stig Sørensen (eds.), *Excavating Women: A History of Women in European Archaeology*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998, pp. 155-174.

ideas de apuntalar el matrimonio y las familias de estructura convencional, de educar a las muchachas y muchachos para los papeles apropiados a su sexo y recalcar los papeles de las mujeres como madres y como trabajadoras; en la URSS, el aborto había sido prohibido de nuevo en 1936, aun cuando la maternidad socializada y las soluciones colectivas para el cuidado de los niños y los servicios domésticos durante mucho tiempo proporcionados por mujeres se convirtieron en una prioridad estatal. Un partidario entusiasta del enfoque bolchevique, George N. Serebrennikov, se había jactado en 1937 de que «la URSS es el único país del mundo en el que la completa igualdad para las mujeres no solo se ha proclamado, sino que también se ha convertido en una realidad»⁵. Este mensaje se repetiría de forma insistente, aunque las consecuencias reales quedaron bastante por detrás.

La guerra infligió severas pérdidas de población y daños económicos a la URSS. La Ley Soviética de la Familia de 1944, además del fortalecimiento de los programas dedicados a aumentar los beneficios para las madres, estableció también una serie de honores; «el título de “madre heroína”», y la «institución de la orden de “Gloria de la Maternidad” y la “medalla a la maternidad”»⁶. Las iniciativas de la Tercera Internacional para ganar Europa para el comunismo, de estilo soviético, se lanzarían no solo mediante ocupaciones militares seguidas por invasiones en el este de Europa, sino también en el oeste a través de intentos coordinados de persuasión, en especial en Francia y en Italia, donde las mujeres habían ganado al fin los derechos completos de ciudadanía nacional.

Las mujeres francesas obtuvieron el voto en marzo de 1944, debido menos al general Charles de Gaulle (que es quien generalmente se ha llevado el mérito) que a la asamblea Consultiva del gobierno gaullista en el exilio, que se encontraba en Argel en marzo de 1944, incluso antes del día D y de la liberación de París por las fuerzas aliadas. Hubo presiones para la iniciativa por parte de unas pocas insistentes delegadas de la resistencia, en particular Lucie Aubrac, junto con figuras masculinas prosufragistas de la resistencia⁷. De nuevo, estar allí era importante para las feministas. Los comunistas franceses cuyo partido (PCF) había sido prohibido

⁵ George N. Serebrennikov, *The Position of Women in the U.S.S.R.*, Londres, V. Gollancz, 1937, p. 7. Proclamas comparables pueden encontrarse en (además) K. Krupskaya, *Soviet Woman: A Citizen with Equal Rights – A Collection of Articles and Speeches*, Moscú, Co-Operative Publishing Society of Foreign Workers in the USSR, 1937. Krupskaya era la viuda de Lenin.

⁶ «The Soviet Family Law of 8 July 1944, Decree of the Praesidium of the Supreme Soviet of the U.S.S.R.»; trad. en Rudolf Schlesinger (ed.), *The Family in the U.S.S.R.*, Londres, 1949, pp. 367-372; repr. en *WFF*, vol. 2, doc. 116 (cita, p. 407).

⁷ Para un informe detallado de las batallas por el sufragio de la mujer francesa y de las decisiones finales de 1944, véase Paul Smith, *Feminism and the Third Republic: Women's Political and Civil Rights in France 1918-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1996. Véase también Florence Rochefort, «La Citoyenneté interdite, ou les enjeux du suffragisme», *Vingtième siècle* 42 (abril-junio de 1994), pp. 41-51.

durante el periodo de Vichy, habían desempeñado sin duda un papel fundamental en la organización de la resistencia antifascista. Ellos defendieron con fuerza el sufragio femenino, afirmando públicamente que las mujeres se lo habían merecido por su activismo en la resistencia (y deseando en privado que apoyaran el programa del PCF para una Francia nueva y transformada). No obstante, pese a las preocupaciones continuas de que las mujeres eran más numerosas que los hombres (en un millón aproximadamente), constituyendo el 62 por 100 de los votantes elegibles, el miedo al comunismo pareció servir como un factor de motivación incluso más poderoso para la aquiescencia de otros delegados franceses a la hora de apoyar el sufragio femenino. Los políticos más a la derecha estaban convencidos de que la mayoría de las mujeres votarían conservador, como se había afirmado durante más de un siglo para no permitirles el voto. Estos hombres no se verían decepcionados en sus esperanzas, como iban a probar las elecciones que vendrían a continuación. Un estudio posterior de Mattei Dogan y Jacques Narbonne, publicado en 1955 como parte de una investigación de la UNESCO sobre los patrones de voto de las mujeres, indicaba que las mujeres casadas votaron en buena medida lo que sus esposos, pero que las mujeres solteras y las viudas mayores inclinarían la balanza en una dirección conservadora. Dogan y Narbonne añadirían que, en Francia, la idea de un partido político o una facción política de mujeres era «inconcebible»⁸.

A finales de 1946, se incorporó a la Constitución de la nueva Cuarta República una cláusula que daba a las mujeres la igualdad de derechos; sería reconfirmada en 1958 por la Quinta República de de Gaulle. Los derechos de las mujeres, incluido su derecho al trabajo, habían llegado... junto con su compromiso declarado (en la nueva república de trabajadores) de llevarlo a cabo. La misma remuneración por el mismo trabajo se convirtió en ley a mediados de 1946, seguida por la apertura del servicio civil francés a las mujeres. De nuevo, las fuertes presiones para estas reformas en el frente laboral procedieron del PCF, dirigido por Maurice Thorez y su compañera de armas Jeannette Vermeersch. Mientras que el PCF estuvo prohibido, se habían refugiado en la URSS, volviendo a Francia en 1944. Vermeersch desempeñaría un papel indiscutido en el activismo de las mujeres del Partido Comunista francés e internacional durante el siguiente cuarto de siglo⁹.

Vermeersch y sus asociadas habían emergido como líderes en el grupo de juventud de muchachas comunistas francesas organizado en los años

⁸ Mattei Dogan y Jacques Narbonne, *Les Françaises face à la politique: Comportement politique et condition sociale*, París, A. Colin, 1955, p. 189.

⁹ Véase Renée Rousseau, *Les Femmes rouges: Chronique des années Vermeersch*, París, Albin Michel, 1983; y Jeannette Thorez-Vermeersch, *La Vie en rouge: Mémoires*, París, Belfond, 1998.

treinta del siglo xx. En junio de 1945, delinearon su visión y su programa en el primer congreso de la recién establecida Union des Femmes Françaises (UFF). En el congreso, Claudine Michaut planteó los «deberes de la mujer francesa», entre los que estaban «dar niños a Francia, fundar un hogar, educar moralmente a los hijos, inculcar en ellos el gusto por el trabajo, el respeto filial, el amor al país y un sentido cívico; [sus deberes] son, de ese modo, por encima de todo, los de la mujer; madre de una familia, honesta, trabajadora cualificada, ciudadana informada sobre el interés familiar y consciente de él»¹⁰. Esta identidad tripartita no suena mucho como la imagen de la mujer bolchevique sexualmente emancipada pintada por Kollontai al comienzo de la Revolución de 1917, y aún menos como la imagen de los años veinte del siglo xx de la heroína-ciudadana militante conductora de tractores, sino que este programa centrado en la madre prometía servir en la UFF movilizándolo a mujeres que eran ante todo amas de casa, no trabajadoras, y ganar el apoyo para la visión del Partido Comunista del futuro de Francia¹¹.

Este conjunto de desarrollos de posguerra concernidos por las cuestiones relacionadas con la población, junto con la fundación por parte de la UFF de la Federación Democrática Internacional de Mujeres (de la que se habla más adelante), puso sobre aviso a otros partidos políticos franceses. Pronto, ellos comenzaron también a hacer llamamientos a las mujeres, ofreciéndoles tanto visiones como directrices, en una batalla no solo por sus votos, sino también por sus mentes y almas. El nuevo e importante Mouvement Républicain Populaire (MRP) demócrata-cristiano publicó su valoración del «problema femenino» en 1946, contestando a la antigua afirmación comunista de que la igualdad de los sexos llevaba consigo la identidad de función, lo que se veía con claridad en la mano de obra: «Otros piensan [...] que la igualdad no presupone identidad y que, dentro de esta igualdad, deberían respetarse las diferencias de función». La reconstrucción en Francia suponía tanto un aspecto económico como uno reproductivo, de acuerdo con el MRP; la cuestión era cómo

¹⁰ «Les Trois Devoirs de la femme française: Rapport de Madame Claudine Michaut – 9er Congrès de l'U.F.F.», *Femmes françaises* 41 (5 de julio de 1945), p. 3; trad. KO.

¹¹ Sobre las imágenes que mutaban con rapidez de «la mujer comunista» en Alemania, Francia e Italia, véase Eric D. Weitz, «The Heroic Man and the Ever-Changing Woman: Gender and Politics in European Communism, 1917-1950», en Laura L. Frader y Sonya O. Rose (eds.), *Gender and Class in Modern Europe*, Ithaca, Cornell University Press, 1996, pp. 311-352. El caso italiano debería compararse con el francés; véase, para la UDI, Giulietta Ascoli, «L'UDI tra emancipazione e liberazione (1943-1964)», en Giulietta Ascoli et al., *La Questione femminile in Italia*, Milán, Franco Angeli, 1977, pp. 109-159; y para el periodo posterior, Judith Adler Hellman, «The Italian Communists, the Women's Question, and the Challenge of Feminism», *Studies in Political Economy* 13 (primavera, 1984), pp. 57-82. Para el desafío feminista a los comunistas franceses en los años setenta del siglo xx, véase Jane Jensen, «The French Communist Party and Feminism», en Ralph Miliband y John Saville (eds.), *The Socialist Register 1980*, Londres, Merlin Press, 1980, pp. 121-147.

construir una economía «humana». «El derecho natural» ha de ser respetado, y eso significa que las mujeres casadas «deberían consagrarse antes de nada al trabajo doméstico y a las funciones maternas»¹². Con el modelo del hombre-sostén de la familia como su ideal (pues se consideraba que él aportaría el único salario), las portavoces del MRP creían que había aún mucho por hacer para mejorar la situación de las mujeres: demolición y eliminación de los suburbios, más y mejor formación en economía familiar, electrodomésticos producidos en masa, más ayuda doméstica, cuidado de los niños aumentado y mejorado, e instalaciones para jardines de infancia, cooperativas para el lavado, arreglo y limpieza de ropa y, en el campo, instalaciones mejoradas para el cuidado de niños durante las épocas de intensa labor agrícola, de forma que las mujeres granjeras pudieran trabajar en los campos o ayudar dando de comer a todos los que colaboran en la granja.

En junio de 1947, con el Partido Comunista Francés al que ya no se incluía en el ministerio de la Cuarta República, y solo unos meses antes de que el Kominform con sede en Moscú reafirmase su hostilidad hacia el «imperialismo» occidental y, en especial, hacia el de los Estados Unidos, se elaboró en el décimo primer congreso del PCF un programa familiar diferente pero reconocible. Condenando las exigencias de los «reaccionarios» de que las mujeres se quedasen en el hogar, el programa comunista elaborado por Jeannette Vermeersch volvía a poner el énfasis en la contribución económica de las mujeres a través del empleo, exigiendo una mayor tasa de participación de las mujeres en el partido y en posiciones de autoridad. Las mujeres han de comprometerse en la identificación del capitalismo como el enemigo y en su derrocamiento. Haciéndose eco de la línea ahora consagrada por el partido (firmemente establecida, como debería estar claro desde los capítulos anteriores, en las postrimerías del siglo xix por los escritos de August Bebel, Friedrich Engels y Clara Zetkin, y promulgada de forma incesante tanto por la Segunda como por la Tercera Internacional), el informe *Les Femmes dans la nation* (*Las mujeres en la nación*) reiteraba que la emancipación femenina tendría lugar solo a través de su trabajo remunerado y que solo el socialismo podría llevar a cabo su emancipación total, junto con la de los hombres. Por todas partes, el capitalismo explotaba a las mujeres, no solo en el puesto de trabajo, sino también en el ámbito doméstico: «Lejos de nosotros está el atraso del feminismo, de las sufragistas y las feministas que tuvieron un papel progresista en el pasado. Ahora bien, eso no quiere decir que uno deba ignorar la posición particularmente difícil de las mujeres y las formas especiales de organización que nos permiten agruparlas. [...] De este modo, hemos de ganar aún a más mujeres para

¹² Mouvement Républicain Populaire, *Femme face à vos responsabilités dans la vie familiale, la vie sociale, la vie économique*, París, MRP, 1946; citas, pp. 1, 34; trad. KO.

la causa del socialismo, del comunismo, para la causa de Lenin y Stalin»¹³. Ese sería el lenguaje del comunismo de posguerra en Europa.

En la Cuarta República Francesa, las mujeres no solo podían votar; podían ser candidatas a un cargo y, al principio, fueron elegidas, no solo en puestos del gobierno local. Ahora bien, en el nivel nacional, basado en un sistema electoral que presentaba listas de representación proporcional y de partidos políticos, las mujeres elegidas seguían siendo muy pocas. De las 33 mujeres elegidas para la Asamblea Nacional en 1946, 17 representaban al PCF; a continuación, el grupo más numeroso de mujeres diputadas —incluida Germaine Poinso-Chapuis, que llegó a ser ministra— representaba al MRP demócrata-cristiano. Había también unas pocas mujeres diputadas del Partido Socialista. Ahora bien, solo 9 mujeres electas sirvieron en ambas asambleas constitucionales y en las tres legislaturas de la Cuarta República, y llama la atención que ninguna de ellas procediese de las filas de las feministas de la Tercera República. Otro pequeño grupo de mujeres sería elegido para el Senado (Conseil de la République) durante este periodo, y unas cuantas sirvieron como gabinete de ministros. En todos los casos, a las mujeres se las asignó específicamente para que trataran «temas de mujeres», es decir, temas que afectasen a la salud, al bienestar o a los niños. La dirección del voto de las mujeres se convertiría en un peón en la política de partido; la idea predominante parecía ser la de mantener felices a las mujeres francesas, pero también mantenerlas fuera de las posiciones «serias» de la autoridad política como los asuntos exteriores, defensa, finanzas, agricultura o asuntos coloniales. El analista político Maurice Duverger apuntaba a la estratagema en 1955: «Las razones esencialmente competitivas para la eliminación de las mujeres están ciertamente enmascaradas por un mecanismo de justificación muy efectivo. El argumento es que la política es, por naturaleza, un campo esencialmente adaptado para los hombres, en el que las mujeres deberían ser admitidas solo en circunstancias especiales y, en tal caso, solo dentro de unos límites estrictamente definidos». Y añadió:

Esta es básicamente la misma actitud que la de una madre patria que admite a los nativos de las colonias para ciertos puestos administrativos y técnicos, sin permitirles tomar parte en el liderazgo político como tal, o como el de ciertos patronos que permiten a sus trabajadores tomar parte en el ámbito de la dirección del bienestar social del negocio, pero no en su dirección económica. A pesar de las apariencias, es fundamentalmente

¹³ *Les Femmes dans la nation: Rapport présenté par Jeannette Vermeersch, membre du Comité Central, Député de Paris, Vice-Présidente de la Fédération Démocratique Internationale des Femmes, XIe Congrès National du Parti Communiste Français, Strasbourg, 25, 26, 27, 28 Juin 1947*, París, Editions du PCF, 1947, p. 31.

antiigualitario porque asume tácitamente que las aptitudes del hombre son polivalentes, mientras que las de las mujeres son monovalentes¹⁴.

En tales circunstancias, la bandera de un feminismo independiente (es decir, no afiliado a ningún partido) sería impulsada en Francia por activistas como la infatigable abogada Andrée Lehmann, que (sucediendo a Maria Vérone, que había muerto en 1938) encabezaría la *Ligue Française pour le Droit des Femmes* desde mediados de los años cuarenta del siglo xx hasta 1971. Ella serviría también como vicepresidenta del *Open Door International* y de la *International Alliance of Women*, cuya organización representaría más tarde a la UNESCO. Ahora bien, una presencia política feminista fuera de la política de partido se haría cada vez más difícil de sostener, cuando los partidos redoblaron sus esfuerzos para movilizar el apoyo de las mujeres utilizando sus propias secciones. A principios de los años cincuenta del siglo xx, incluso el Partido Radical (que había bloqueado el sufragio femenino durante muchas décadas) había formado su propia sección de mujeres, y esta estaría encabezada por la abogada feminista Marcelle Kraemer-Bach¹⁵.

Como en otras partes de Europa, los asuntos más apremiantes (aparte de la descolonización) en la agenda de la nueva Cuarta República eran los temas de población y de reconstrucción económica, y no la liberación de las mujeres. Ulteriores reformas en el estatus legal de las mujeres casadas languidecieron hasta mediados de los años sesenta. Ahora bien, en 1946, se organizó un sistema de prestaciones por maternidad a gran escala, sostenido por el Estado y pagadero a las madres en efectivo. El beneficio verdaderamente importante del cuidado libre de la maternidad, prenatal, del parto y del posparto, se incluía en el paquete de beneficios médicos de la Seguridad Social. Se establecieron primas por nacimientos para todos los niños nacidos; además se añadían las prestaciones prenatales pagables a la mujer para cubrir los gastos durante el embarazo, con la intención explícita de disuadir del aborto. Se establecieron jardines de infancia y guarderías (*écoles maternelles*). Todas estas medidas, de hecho, abordaban las demandas combinadas de los pronatalistas y de muchas feministas, tal como había ocurrido durante los 30 años anteriores. Ahora bien, los oficiales del gobierno se resistieron fuertemente al lenguaje de la fórmula de la «maternidad como función social» sostenida durante tanto tiempo por las feministas-socialistas y luego por las comunistas. En 1948, de acuerdo con Andrée Lehmann, las mujeres francesas dieron a luz a 864.000 niños, el número más alto desde principios del siglo xx. El *baby-boom* de posguerra estaba en marcha. La historiadora Claire Duchén ha

¹⁴ Maurice Duverger, *The Political Role of Women*, París, UNESCO, 1955; citas, pp. 125-126.

¹⁵ Véase Claire Duchén, *Women's Rights and Women's Lives in France, 1944-1968*, Londres, Routledge, 1994.

subrayado desde entonces que, a corto plazo, «el voto y la admisión de mujeres en el mundo de la política [en Francia] paradójicamente las desmovilizaba más de lo que les ofrecía nuevos estímulos —y un nuevo foro— para la discusión de los derechos de las mujeres»¹⁶.

COMPETENCIA DESDE LA INTERNACIONAL DE LAS MUJERES COMUNISTAS

En el ínterin, las mujeres comunistas francesas habían lanzado una nueva y emprendedora iniciativa internacional. En diciembre de 1945, la Union des Femmes Françaises (UFF) albergó un Congreso Internacional de Mujeres en París. En el curso de este congreso nació, no obstante, otra organización internacional de mujeres: la Women's International Democratic Federation (WIDF, Fédération Démocratique Internationale des Femmes, o FDIF, en francés; Internationale Demokratische Frauenföderation, o IDFF, en alemán; Federación Democrática Internacional de Mujeres)¹⁷. La WIDF, con apoyo de Moscú, conseguiría posteriormente un estatus consultivo como organización no gubernamental (ONG) en las Naciones Unidas, e intentaría cooptar a las secciones nacionales de la WILPF en la lucha contra el fascismo resurgente y en pro de la paz. El congreso fundante de la WIDF en París fue descrito por la presidenta de la IAW, Margery Corbett Ashby, como «una serie de manifestaciones apasionadas de la solidaridad esencial de las mujeres en su odio al fascismo, su deseo de bienestar social, su inmenso orgullo por su nueva libertad nacional y por su recién adquirida ciudadanía»¹⁸. El programa, añadía ella, «era tan avanzado en materia de igualdad como podría demandar el feminismo más trasnochado». Con todo, a estas mujeres «que habían salido de seis años de aislamiento», este encuentro les parecía —para asombro de Corbett Ashby— como si fuera «la primera reunión internacional que jamás se hubiera convocado». Las delegadas antifascistas militantes de Rusia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia y España (incluidas heroínas tan célebres de la resistencia antifascista como Dolores Ibárruri de España, Anna Pauker de Rumanía o Nina Popova de la URSS) pusieron el tono a la conferencia, y, entre estas mujeres militantes, la memoria del feminismo europeo de entreguerras, tal como había existido antes de las conquistas nazis o en el nivel feminista internacional, era débil... si es que de veras se registraba en absoluto.

¹⁶ Duchon, *Women's Rights*, p. 44.

¹⁷ No he podido localizar hasta la fecha ninguna de las discusiones teóricas de la WIDF ni sus relaciones con las organizaciones de mujeres del frente comunista radicadas en cada nación... a no ser el informe bastante abreviado de los comienzos franceses en Rousseau, *Femmes rouges*. Un completo estudio de las actividades de esta organización paraguas y sus afiliados requeriría, probablemente, un equipo de investigación internacional.

¹⁸ M(argery) Corbett Ashby, «International Congress of Women, Paris 1945», *International Women's News (Jus Suffragii)* 40, 4 (enero de 1946), pp. 39-40; citas aquí e *infra*, p. 39.

Ahora bien, las organizaciones feministas internacionales habían cambiado también, silenciando temporalmente sus voces características, otrora vigorosas. En la IAW de la posguerra, lo mismo que en la WILPF, las reivindicaciones de los derechos humanos habían absorbido y eclipsado efectivamente el anterior vocabulario de los derechos de las mujeres. Allí como en las propias Naciones Unidas, había triunfado la condición de persona —la mujer como individuo— al menos en el plano retórico. Esto no significaba que las reivindicaciones de «derechos de las mujeres» quedaran mucho tiempo en total oscuridad; frente a los «derechos del hombre», se podían reafirmar enfáticamente los «derechos de la mujer», subrayando con ello de nuevo la falsa universalidad del término «hombre».

Esto no ocurrió de forma inmediata. Ahora bien, en los años cincuenta del siglo XX, en un giro irónico, las reivindicaciones de los derechos de las mujeres entrarían en erupción de nuevo durante una serie de congresos convocados por la WIDF procomunista recién establecida, que hacia 1953 proclamaba ser la mayor de las organizaciones internacionales de mujeres. ¡Después de mantener a distancia las reivindicaciones feministas durante tantas décadas, la internacional de las mujeres comunistas se anexionó en efecto —sin pestañear— el temprano programa feminista y el lenguaje de los «derechos de las mujeres»!

Durante los primeros años de la Guerra Fría, la presidenta de la WIDF fue Eugénie Cotton, una médica francesa y directora de la prestigiosa Escuela Normal Superior para Mujeres en Sèvres (que preparaba a todas las profesoras de Francia). Cotton no era una afiliada al Partido Comunista, pero sus credenciales izquierdistas eran tales que también presidía la UFF; la secretaria general de la WIDF era la figura de la resistencia francesa y diputada parlamentaria Marie-Claude Vaillant Couturier, una activista de alto rango del Partido Comunista Francés. En el Congreso Mundial de Mujeres auspiciado por la WIDF, en Copenhague, en junio de 1953, la WIDF alzó la bandera de los derechos de las mujeres, en un lenguaje que recordaba por completo a las grandes erupciones de protestas de las feministas francesas que se habían dado desde la Revolución francesa. La WIDF complementó su llamamiento a las «mujeres de todo el mundo» con una «Declaración de los Derechos de las Mujeres»... una declaración que omitía notablemente la palabra «feminismo» aun cuando abordaba una serie de asuntos de gran alcance discriminatorios para las mujeres «como madres, trabajadoras y ciudadanas»¹⁹. Promoviendo el Día Internacional de las Mujeres el 8 de marzo y organizando los correspondientes congresos mundiales de madres (desde 1955 en adelante), la WIDF y las organizaciones de base nacional que la flanqueaban se centra-

¹⁹ (WIDF) *World Congress of Women, Copenhagen, June 5th-10th, 1953: Documents* (folleto en la colección de la Hoover Institution).

ban de forma particular en las necesidades y aspiraciones de las mujeres trabajadoras y sindicalistas, y al igual que la WILPF y la IAW —que seguían estando activas en el mundo no comunista— hicieron campaña para promover la paz mundial y salvar el medio ambiente para los niños. El «feminismo» —incluso su memoria— fue obliterado, pero los «Derechos de las Mujeres» siguieron vivos y en orden en el mundo, ahora conjuntamente con un programa sociopolítico anticapitalista y antiimperialista liderado por la Unión Soviética.

CONSTRUYENDO LOS ESTADOS DEL BIENESTAR

Francia y la URSS no monopolizaron de ningún modo los programas que beneficiaban a mujeres y a niños, no obstante. Ya hemos visto en capítulos anteriores de qué modo el bienestar de las mujeres y los niños les había preocupado desde hacía mucho a los Estados-nación europeos, con feministas desarrollando posiciones notablemente diferentes e incluso en conflicto con respecto a la intervención estatal dirigida de forma unilateral a la protección de las mujeres trabajadoras. Alemania ya había llevado a cabo un sistema impresionante, comenzando a finales del siglo XIX. La URSS había aumentado la apuesta considerablemente, planteando un desafío que todos los Estados europeos de la posguerra se verían obligados a afrontar. Ya durante los años treinta del siglo XX, el Partido Socialdemócrata Sueco había desarrollado una serie de programas estatales amplios y progresistas dentro del marco de la política de población que mejoraría tanto el crecimiento de la población como la calidad de las vidas de las mujeres trabajadoras en la posguerra de Europa. Estos programas inspirarían otros esfuerzos basados en el Estado-nación para desarrollar programas de bienestar, con el fin de facilitar el crecimiento de la población nacional y redistribuir la riqueza.

En Inglaterra, el final de la guerra dio los frutos de la elaboración de un tipo particular de Estado del bienestar bajo el gobierno laborista, basado en medidas formuladas durante la guerra por sir William Beveridge. Tal como ha subrayado la analista política Jane Jenson, el plan estaba basado en el modelo del hombre como sostén de la familia favorecido por los sindicalistas; y que conllevaba, en palabras del Informe Beveridge (1942), el «reconocimiento de las amas de casa como una categoría diferente con relación al seguro de personas ocupadas a la hora del aseguramiento con beneficios ajustados a sus necesidades especiales». Considerando el matrimonio como una sociedad y favoreciendo «el matrimonio, en lugar de penalizarlo», afirmaba el informe, a la vez como una suposición y como una afirmación, que «en los siguientes treinta años, las amas de casa como madres tienen un trabajo vital que hacer a la hora de asegurar la adecuada continuación de la raza británica y de los ideales británi-

cos en el mundo». De este modo, «durante el matrimonio, la mayoría de las mujeres no tendrán un empleo remunerado»²⁰.

Aunque en Inglaterra se aprobó un sistema de prestaciones familiares mínimas, se hallaba muy lejos del programa defendido en la primera década del siglo XX por el Bund für Mutterschutz alemán o, desde mediados de la década de los años veinte del siglo XX por el «nuevo feminismo» de Eleanor Rathbone, que trataba de dotar de independencia económica (de los hombres) a las mujeres como madres. Tal como Rathbone había aclarado ya en 1934, «la dependencia económica de la mujer casada es el último bastión de aquellos que, consciente o inconscientemente, prefieren que la mujer esté sometida y tal vez sea la razón por la que el bastión está provisto de tanta fuerza»²¹. Ahora bien, el «nuevo feminismo» defendido por Rathbone nunca reunió el suficiente apoyo político como para sobreponerse a la dedicación casi abrumadora de los políticos y sindicalistas británicos al modelo del hombre como sostén de la familia, tal como la historiadora Susan Pederesen ha puesto en claro en un brillante estudio comparativo²². En contraste con Francia, el acceso de las mujeres casadas a los beneficios en Inglaterra vendría principal y explícitamente a través del empleo remunerado de sus maridos. Que esto no se percibía de inmediato como un problema, queda sugerido por el entusiasmo eufórico por el nuevo Estado del bienestar en 1953: «En él, las mujeres se habían convertido en fines en sí mismas y no meramente en medios para los fines del hombre»²³.

En la Alemania de posguerra, tras la derrota de los nazis, como ha mostrado el historiador Robert Moeller, la elaboración de las políticas que tenían que ver con la relación entre los sexos y, en particular, con la situación de las mujeres, se encuentra en la base de los esfuerzos por la reconstrucción. Además del acuciante problema de la supervivencia y la reconstrucción, las mujeres alemanas superaban en número a los hombres en unos cuatro millones, como secuela de la guerra. Bajo la ocupación aliada y la nueva República Federal Alemana, el Partido Comunista siguió prohibido como lo había estado bajo el Tercer Reich; ahora bien, el resurgido Partido Socialdemócrata (SPD), que fue permitido, defendía la total igualdad de los sexos —al menos, en la ley—, mientras que su principal adversario, el Partido Demócrata-Cristiano (CDU), apoyaba una idea conservadora cristiana de la unidad familiar, con una aguda jerarquía sexual y división del trabajo en el matrimonio.

²⁰ William Henry Beveridge, barón Beveridge, *Social Insurance and Allied Services: Report by Sir William Beveridge*, ed. norteamericana, Nueva York, Macmillan, 1942; citas, pp. 48-53.

²¹ Eleanor Rathbone, «Foreword», a Erna Reiss, *Rights and Duties of Englishwomen: A Study in Law and Public Opinion*, Manchester, Sherratt & Hughes, 1934, p. ix.

²² Véase Susan Pedersen, *Family, Dependence, and the Origins of the Welfare State: Britain and France, 1914-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

²³ Vera Brittain, *Lady into Woman: A History of Women from Victoria to Elizabeth II*, Londres, Andrew Dakers, 1953, p. 224.

Aunque la abogada del SPD Elisabeth Selbert, de Kassel, tuviera éxito a la hora de introducir una cláusula que garantizaba los derechos igualitarios para los sexos en la Ley Fundamental de 1949 (artículo 3, párrafo 2), la política de la familia era tal en la Alemania de posguerra que no pudo institucionalizarse ninguna emancipación individual para las mujeres —en especial, para las mujeres casadas—. Una joven socióloga feminista, Helge Pross, escribía en 1958 que «preguntar hoy por el estatus social de las mujeres en la República Federal es casi lo mismo que rebuscar ociosamente en una tienda de antigüedades en busca de problemas sociales». Con todo, según ella, se debe permitir que las mujeres se mantengan a sí mismas mediante el trabajo remunerado, hagan carreras, tengan una vida más allá y fuera de los confines de la familia dominada por el hombre²⁴. Ahora bien, esto no iba a ocurrir. Moeller concluirá su estudio con estas palabras: «En el proceso de autodefinición política que marcó la salida de los alemanes occidentales desde las ruinas del Tercer Reich, se reafirmó y se reificó el “lugar de la mujer”, pero no se redefinió»²⁵. Organizaciones de mujeres sí que había pero, tal como han apuntado la historiadora Annette Kuhn y sus colaboradoras, las «organizaciones» de mujeres habían reemplazado al «movimiento de las mujeres» (feministas)²⁶.

DEBATIENDO LA CUESTIÓN FEMENINA Y OBLITERANDO EL FEMINISMO

Estos desarrollos, tal como se han esbozado antes —y uno podría registrar desarrollos semejantes en muchos otros países—, marcarían los primeros años del periodo de la Guerra Fría, cuando tantos países europeos, aun cuando buscaban elaborar sus propios futuros políticos y culturales, pendían de la lucha global por el poder que se desarrollaba entre la URSS y los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN. Con todo, esta lucha ponía otro nivel de significado sobre las luchas políticas internas (polarizado generalmente entre los partidos políticos socialdemócrata y demócrata-cristiano) que afectaba a las posibilidades de realizar los fines feministas.

²⁴ Helge Pross, «Die gesellschaftliche Stellung der Frau in Westdeutschland», *Deutsche Rundschau* 81 (1958), pp. 26-33; trad. Robert Moeller, *Protecting Motherhood: Women and the Family in the Politics of Postwar West Germany*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1992, p. 226.

²⁵ Moeller, *Protecting Motherhood*, p. 228.

²⁶ Véase Annette Kuhn, «Power and Powerlessness: Women after 1945, or the Continuity of the Ideology of Femininity», *German History* 7, 1 (1989), pp. 35-46; véase también Annette Kuhn con Doris Schubert (eds.), *Frauen in der deutschen Nachkriegszeit*, 2 vols., Düsseldorf, Schwann, 1984-86. Para Austria, véase Irene Bandhauer-Schöffmann y Ela Hornung, «War and Gender Identity: The Experience of Austrian Women, 1945-1950», en David F. Good, Margaret Grandner y Mary Jo Maynes (eds.), *Austrian Women in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Providence (R.I.), Berghahn Books, 1996, pp. 213-233.

Así, a pesar del insistente énfasis de la Naciones Unidas en los derechos humanos y la igualdad de los sexos, sería cada vez más difícil durante estos duros años de posguerra promover los «derechos humanos» o centrarse exclusivamente en los «derechos de las mujeres». Debido a la hegemonía de los partidos políticos en alza en las naciones del occidente de Europa, las feministas tuvieron dificultades para encontrar espacio en el que trabajar efectivamente por los derechos de las mujeres. Con la excepción de Suiza, las mujeres europeas habían alcanzado la ciudadanía política, y teóricamente, por fin, las mujeres adultas solteras disfrutaban de igualdad formal ante la ley; sin embargo, el estatus de las mujeres casadas con respecto a las leyes que regulaban la propiedad y el empleo siguió en peligro, aun cuando los Estados pusieran en marcha sistemas de beneficios para las madres y niños, en el nombre de la familia. En los Estados de la Europa occidental, las promesas constitucionales de igualdad de los sexos ante la ley parecían insuficientes para desmontar los sistemas de desigualdad existentes, en tanto en cuanto gobiernos y partidos ponían por delante otras prioridades y en tanto en cuanto las mujeres votantes no presionaban a sus gobiernos para garantizar un fin a la continua subordinación de las mujeres casadas a los hombres o para asegurar una gama de ofertas de vida sin restricciones. Al este del denominado telón de acero, en las sociedades de posguerra dominadas por la URSS —que hacia 1950 englobaba a la nueva República Democrática Alemana (RDA), Checoslovaquia, Polonia, Hungría, las repúblicas bálticas de Lituania, Letonia y Estonia, Yugoslavia, Rumanía y Bulgaria—, el sistema de partido único y las severas restricciones de la «esfera pública» de asociación y expresión significaban que, en efecto, no había espacio para las organizaciones de mujeres que no fueran las patrocinadas por el Partido Comunista. El feminismo organizado, junto con el «espacio público» mismo, había sido deliberadamente extinguido y cooptado en estos países. Tan solo ha sido posible investigar sobre la historia y la represión de la actividad feminista anterior a 1945 después del colapso del sistema soviético en 1989²⁷.

El debate sobre la cuestión de la mujer no acabó en los años cincuenta del siglo xx, aunque sin embargo tampoco floreció. En las décadas que siguieron a la guerra, el magma del feminismo borbotearía bajo la misma

²⁷ Hay todavía pocos estudios publicados sobre el feminismo entre 1918 y la Segunda Guerra Mundial en los países que cayeron bajo la influencia de la Rusia soviética desde los años cuarenta del siglo xx a 1989. Los archivos de algunas organizaciones de mujeres húngaras (incluidas feministas) anteriores a 1945 han sido redescubiertos en los Archivos Nacionales Húngaros, donde durmieron durante décadas, tras la disolución de todas las organizaciones de mujeres que se encontraban en competencia y su fusión final, hacia 1949, en la organización oficial de mujeres del nuevo régimen comunista; véase Andrea Pető, «As the Storm Approached: The Last Years of the Hungarian Women's Societies Before the Stalinist Takeover», en Andrea Pető (ed.), *Central European University History Department Yearbook, 1994-95*, Budapest, Central European University, 1995, pp. 181-206.

superficie de los acuerdos institucionales de posguerra, a veces encontrando fisuras a través de las cuales lanzar recordatorios de que los arreglos sociales autoritarios y patriarcales nunca deben dejar de ser cuestionados. Lo cierto es que apareció una oleada constante de publicaciones importantes, que abordaban un aspecto u otro de la cuestión femenina.

En una mirada retrospectiva, entre las más conocidas de estas estuvo el tratado ahora clásico, en dos volúmenes, de Simone de Beauvoir *Le Deuxième Sexe* (*El segundo sexo*, 1949), que sería celebrado por sus rudimentos de filosofía existencialista (postulando un dualismo en el que la «mujer» servía como un «otro» del hombre) y por sus perspectivas sobre la construcción social de la feminidad. El trabajo de Beauvoir sería también categóricamente condenado por la visceral hostilidad de su autora hacia el matrimonio y la maternidad y por su insistencia (haciéndose eco de Aristóteles y de Otto Weininger) en que los hombres encarnaban el principio «activo» y las mujeres el principio «pasivo», y que la solución al dilema de las mujeres se encontraba tan solo en trascender la «inmanencia» de la «feminidad» y en el socialismo (Beauvoir no era entonces una feminista reconocida)²⁸. El trabajo encontró rápidamente un lugar en el *Index* de libros prohibidos del Vaticano, aun cuando ello fue explícitamente ignorado por las mujeres comunistas de la UFF. Su afirmación más celebrada, que introducía al segundo volumen y que estaba destinada a tener un futuro brillante —«No se nace mujer: se llega a serlo»—, revivía una idea que de hecho había caracterizado el debate francés sobre la cuestión femenina desde, por lo menos, el siglo XVIII, recordando a los lectores una vez más que «mujer» era una construcción cultural, un «género» tanto como un «sexo»²⁹.

El segundo sexo no fue de ningún modo la única contribución al debate europeo sobre la cuestión femenina durante los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, aunque fuera quizá la publicación más erudita, controvertida y ampliamente traducida del periodo. La joven socióloga británica Viola Klein ya había publicado su análisis de gran alcance *The Feminine Character: History of an Ideology* (1946), en el que criticaba las anteriores contribuciones de Havelock Ellis, Otto Weininger, Sigmund Freud y diversos psicólogos experimentales a la formulación de las ideas reductoras de «feminidad». El filósofo católico belga Jacques Leclercq protestó en unas 395 páginas en *El matrimonio y la familia: un estudio en Filosofía Social* (1940, en francés; 1945, en inglés). El libro *Bacheliers ou*

jeunes filles?, del distinguido educador francés Paul Crouzet, apareció el mismo año que *El segundo sexo* de Beauvoir y desarrolló las preocupaciones opuestas de que «equiparadas o no a los hombres, las mujeres son diferentes a ellos»: «La educación de las muchachas ha de ser considerada en relación a la *personalidad femenina*, con el objetivo de despertar, desarrollar y afirmar la *feminine vocation*. Esta vocación en el orden natural es la de esposa y madre»³⁰. Esto, del marido de Jeanne Crouzet Ben-Aben, que había hecho campaña por la igualdad de oportunidades para las muchachas francesas. Al igual que Beauvoir, Crouzet entendía que el género era una construcción social: con más razón, habrá de ser construido de forma apropiada. En el escenario inmediato de posguerra, la construcción de Crouzet puede haber parecido más atractiva a muchas mujeres jóvenes que la resistencia de Beauvoir al matrimonio y la maternidad.

En la Europa occidental, la corriente de publicaciones que abordaban la cuestión femenina continuó a lo largo de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Entre estas podemos apuntar a varias obras importantes, tanto en favor de la emancipación como contra ella. La abogada parisina y activista de los derechos de las mujeres Andrée Lehmann abordó «El papel de la mujer francesa a mediados del siglo XX» (1950). El filósofo holandés Frederik Jacobus Johannes Buytendijk, en parte respondiendo a Beauvoir, llevó a cabo una investigación fenomenológica y psicológica sobre *De Vrouw* (*La mujer*, 1951) que se publicó posteriormente en traducciones alemanas y francesas (en 1953 y 1954, respectivamente). Los politólogos se interesaron en cómo estaban votando las mujeres, gracias, en primer lugar, a la encuesta iniciada por la UNESCO en 1952; entre las obras publicadas en respuesta a esta investigación estuvieron el importante estudio comparativo de Maurice Duverger, *The Political Role of Women* (1955), y el de Mattei Dogan y Jacques Narbonne, *Les Françaises face à la politique* (1955). Estimulada inicialmente por una encuesta llevada a cabo por la International Federation of University Women (IFUW, Federación Internacional de Mujeres Universitarias), en 1956, la socialdemócrata sueca Alva Myrdal y su colaboradora Viola Klein publicaron su influyente análisis *Los dos roles de las mujeres: hogar y trabajo*, que —quizá de forma deliberada— no abordaba las causas del conflicto entre estos dos roles³¹. Aunque los regímenes comunistas del este habían cerrado en efecto el ac-

³⁰ Paul Crouzet, *Bacheliers ou jeunes filles?*, Toulouse, Privat, 1949, p. 101; trad. en Lisa Greenwald, «Not "Undifferentiated Magma": Refashioning a Female Identity in France, 1944-55», *Historical Reflections/Reflexions Historiques* 22, 2 (primavera, 1996), p. 422. Tesis doctoral inédita de Greenwald, «The Women's Liberation Movement in France and the Origins of Contemporary French Feminism, 1944-1981» (Emory University, 1996); ahora se encuentra en periodo de revisión para ser publicado, y analiza las contribuciones feministas francesas durante este periodo. Por desgracia, no tuve oportunidad de consultarlo antes de terminar este capítulo.

³¹ Véase Jane Lewis, «Myrdal, Klein, *Women's Two Roles* and Postwar Feminism 1945-1960», en Harold L. Smith (ed.), *British Feminism in the Twentieth Century*, Gloucester, Edward Elgar, 1990, pp. 167-188.

²⁸ Simone de Beauvoir, *The Second Sex*, ed. y trad. H. M. Parshley, Nueva York, Modern Library, 1968; ed. orig. francesa, 1949; trad. inglesa, 1952. Para una discusión del contexto y la recepción del libro, véanse (entre otras obras) Deirdre Bair, *Simone de Beauvoir: A Biography, and The Condition of Women in France - 1945 to the Present*, Claire Laubier (ed.), Londres y Nueva York, Routledge, 1990, cap. 2. Véase también Eva Lundgren-Gothlin, *Sex and Existence: Simone de Beauvoir's "The Second Sex"*, Londres, Athlone, 1996; ed. orig. sueca, 1991.

²⁹ Beauvoir, *Second Sex*, p. 267. Véase Karen Offen, «Before Beauvoir, Before Butler: Genre and Gender in France and the Anglo-American World», artículo inédito.

ceso a tales obras en los Estados satélites del este de Europa, por toda la Europa occidental el debate sobre las relaciones entre los sexos encontró fisuras a través de las cuales estallar y borbotear hasta que los niños nacidos con el *Baby Boom* aprendieron a leer y alcanzaron la madurez.

El relato del feminismo no estaba de ningún modo terminado. A finales de los sesenta, la resistencia feminista explotó de nuevo en las sociedades occidentales, conducida por jóvenes mujeres que habían disfrutado de más oportunidades educativas que ninguna generación anterior. Algunas, comprometidas con la política de izquierdas, encontraron inadecuada la posición del Partido Comunista sobre la cuestión femenina, mientras que otras se inspiraron en los desarrollos de los Estados Unidos, donde el feminismo había emergido de nuevo a comienzos de los años sesenta del siglo XX, al hilo del movimiento por los derechos sociales. La mayoría sabía muy poco o nada de las luchas históricas de sus predecesoras feministas, con la excepción singular del informe bastante poco halagador de Beauvoir; ellas comenzaron desde el «año cero» a reinventar el feminismo. Y el relato de su reinvención ha empezado ahora a engendrar toda una serie de informes retrospectivos.

¿REINVENTANDO LA RUEDA?, O CONSTRUYENDO UN TRAMPOLÍN HISTÓRICO

¿Por qué reinvención? ¿Por qué no memoria? ¿Por qué no historia? Investigando la gran variedad de la historia europea y la geografía de las erupciones feministas entre 1700 y 1950, parece claro que el impulso para reposicionar a las mujeres bajo el control masculino se ha presentado repetidas veces, y cada vez ha sido desafiado de un modo más vigoroso. Lo cierto es que pueden documentarse imponentes manifestaciones de resistencia feminista en cada generación del pasado europeo desde la Ilustración hasta la era atómica. En esencia, de lo que ha tratado el feminismo —históricamente hablando— es de *posibilitar* que las mujeres, dentro de un contexto de sociedad definida o dominada por los hombres, aun cuando las feministas hayan tratado de alterar la definición, eliminen la dominación y, por tanto, transformen la sociedad en la que viven. Se trata, tal y como reivindicaba yo al comienzo de este estudio, de igualar el balance de poder entre los sexos.

Aún tenemos mucho que aprender sobre la historia de los feminismos, no solo en los países europeos, sino por todo el mundo. Estamos viendo patrones recurrentes que apenas comenzamos a comprender. Estamos aprendiendo más sobre las complejidades de la construcción —y reconstrucción— de las instituciones patriarcales, sobre las particulares condiciones que fuerzan la apertura de fisuras y el que entre en erupción la lava fundida de la protesta feminista, y sobre los avances y retrocesos en la situación de la mujer que le permitan subir y bajar —o las resistencias que

la obligan a retroceder— con el tiempo. Ahora bien, una cosa podemos tener por segura: la historia de esta tradición pionera, polifacética y centenaria en las sociedades europeas, puede enseñarnos mucho a todos. El conocimiento y la memoria histórica pueden usarse para abordar los problemas cuando surgen y para evitar errores en el futuro. Pueden ser herramientas poderosas para asegurar que los esfuerzos por subordinar a las mujeres se encuentran con una resistencia sostenida. En resumen, pueden ofrecer un trampolín.

La amnesia, en particular la amnesia histórica, puede perfectamente ser la peor enemiga de aquellas mujeres, hablando en un sentido amplio, en las que se sigue pensando —o que con demasiada frecuencia piensan en sí mismas— como «el Otro» más que como la mitad de la humanidad. Si pudiera poner copias de los miles de textos históricos feministas que he consultado en las manos de cada una de las mujeres que supieran leer, no solo en Europa o en las Américas sino también en muchas otras partes del mundo donde el feminismo ha tenido una oportunidad mucho menor hasta épocas recientes para encontrar expresión impresa, la tierra misma podría retumbar cuando las fisuras crecieran hasta convertirse en vastas simas. Tal vez, la corteza de patriarcado podría licuarse y disolverse, en lugar de salir a la superficie solo de forma intermitente, generación tras generación, con un magma que baja con demasiada rapidez —casi respetuosamente— después de cada éxito parcial.

Estas antepasadas feministas no tienen que ser de mi propio pueblo, de mi propio país, de mi propio grupo, para que yo aprecie la magnitud de su contribución. Su legado es común a todas aquellas que siguen insistiendo en que las mujeres son «la mitad de la humanidad», la mitad de la especie humana, más que el «sexo auxiliar», como escribió Helena Swanwick, o el «segundo sexo», en palabras de Simone de Beauvoir. Los derechos de las mujeres son derechos humanos, como plasmó la Declaración de Beijing de modo tan amistoso en 1995. O, por citar a Hedwig Dohm, «los derechos humanos no tienen sexo».

La larga y rica historia de los feminismos europeos desde 1700 a 1950 es un patrimonio que nos pertenece a todos nosotros, mujeres y hombres por igual, vivamos donde vivamos, sea cual sea el color de nuestra piel o nuestra etnia, sea cual sea nuestra religión o nuestro origen nacional. Lo que hemos aprendido desde 1970 sobre la historia de los feminismos en Europa constituye un legado precioso para todos nosotros que insiste en desafiar a la dominación masculina o en restablecer las relaciones entre los sexos en formas que empoderan a las mujeres. Se trata menos de una cuestión de «invención de la tradición» que de recuperación y reivindicación de un aspecto bien enterrado, pero sorprendentemente bien documentado, del pasado. Más aún, tenemos la obligación no solo de contemplar esta historia recién redescubierta por nosotras mismas, sino de asegurar su transmisión, de la mejor forma, a nuestras hijas y a nuestros hijos, a

nuestras nietas y nietos y a su posteridad. Esto no solo significa transmitirla a nuestros colegas en otros campos de la historia, en estudios de mujeres y en teoría feminista: esto significa trabajar dentro las escuelas y sobre las escuelas y que los maestros que educan y los miembros de nuestras comunidades conozcan este material histórico.

Lo que aquí está en juego no es tan solo un conocimiento más sistemático de la compleja historia del pasado europeo, de acontecimientos que tuvieron lugar en configuraciones culturales particulares que nunca podrán repetirse. Lo que está en juego aquí es el acceso al conocimiento que puede ayudarnos, a mujeres y hombres, a europeos y no europeos, a asiáticos, a africanos, a indios del subcontinente, a gentes de toda extracción y creencia que hemos tenido contacto con la «cuestión femenina» en algún aspecto de nuestras vidas (como, ciertamente, a todos nos ha pasado), a aprender a vivir de un modo más amistoso unos con otros... para construir futuros en los que la colaboración y el respeto mutuo se conviertan en norma, y no la dominación institucionalizada y la subordinación, ni la violencia física, psicológica o simbólica. Las mujeres y los hombres necesitan colaborar codo con codo como compañeros, no frente a frente como antagonistas. Los hombres tienen que aprender que ya no se les va a tolerar que les digan a las mujeres quiénes son y qué les hace falta ser, usando la fuerza para asegurar su sumisión.

La construcción —y la transmisión— de una memoria feminista, un pasado feminista, por así decirlo, no es solamente un ejercicio académico; se trata de un tipo de guía. Este libro es por tanto una guía política, un acto político. En nuestra interpretación documental de 1983, *Women, the Family and Freedom*, que nos surgió del trampolín para este libro, Susan Groag Bell y yo escribimos: «No hace falta reinventar la rueda. Es más eficaz construir a partir de lo que ya está edificado»³². Ahora sabemos mucho más de lo que sabíamos en 1983 sobre la historia del feminismo; lo cierto es que parece haber muchas más evidencias disponibles de las que jamás soñásemos con encontrar. Es mucho aún lo que queda por aprender. El desafío, entonces, es informarnos sobre lo que ya «ha sido edificado», las victorias, los errores, los desafíos, y usar este conocimiento como un trampolín para el pensamiento y la acción feminista del futuro. Tenemos cosas mucho más importantes que hacer que estar reinventando la rueda una y otra vez.

BIBLIOGRAFÍA

Con esta bibliografía concisa se trata de ofrecer una guía a los lectores, principalmente a aquellos libros que tienen que ver con el pensamiento y la práctica feminista. Con algunas excepciones importantes (incluidas algunas obras que han aparecido después de que el manuscrito estuviese listo o que se han publicado en 1999-2000), se ciñe a obras publicadas entre 1986 y 1997. A su vez, se presenta en dos secciones, (1) publicaciones en lengua inglesa y (2) publicaciones en otros idiomas europeos.

Los lectores deberían tener en cuenta, no obstante, que este listado dista mucho de ser exhaustivo y que deberían también consultar las notas finales a las introducciones de cada parte y a los capítulos, que citan un buen número de artículos importantes, en particular, aquellos que se refieren a individuos y organizaciones, así como a otras colecciones publicadas de fuentes. Para otras publicaciones más antiguas pero aún válidas, véase el ensayo bibliográfico que acompaña a mi artículo «Liberty, Equality, and Justice for Women: The Theory and Practice of Feminism in Nineteenth-Century Europe», en Renate Bridenthal, Claudia Koonz y Susan Mosher Stuard (eds.), *Becoming Visible. Women in European History*, 2.ª ed., Boston, Houghton Mifflin, 1987; y las notas revisadas que aparecen en «Contextualizing the Theory and Practice of Feminism in Nineteenth-Century Europe (1789-1914)», en Renate Bridenthal, Merry E. Wiesner y Susan Mosher Stuard (eds.), *Becoming Visible: Women in European History*, 3.ª ed., Boston, Houghton-Mifflin, 1998. Los ensayos que se ofrecen en Karen Offen, Ruth Roach Pierson y Jane Rendall (eds.), *Writing Women's History: International Perspectives*, Londres, Macmillan y Bloomington, Indiana University Press, 1991, contienen referencias adicionales. Véanse también las revistas siguientes con artículos pertinentes: en inglés, *Feminist Studies*, *Journal of Women's History*, *Gender and History* y *Women's History Review*; en otros idiomas europeos, *Are-*

³² Susan Groag Bell y Karen Offen, «General Introduction», en *WFF*, vol. 1, p. 11.

nal: *Revista de historia de las mujeres*; *Clio: Histoire, Femmes et Sociétés*; *Ariadne: Almanach des Archivs der deutschen Frauenbewegung*; *Métis: Zeitschrift für historische Frauenforschung und feministische Praxis*; *Feministische Studien*; *L'Homme*; *Nuovadwf: Donnamanfemme*; *Mémoria* (ahora suspendida); *Agenda* (publicada por la Società Italiana delle Storiche); *Jaarboek voor Vrouwengeschiedenis* (holandesa); *Sextant* (franco-belga); *Nora* (obras escandinavas publicadas en inglés), y la reciente *European Journal of Women's Studies*.

Espero que, algún día, la imponente bibliografía completa de libros y artículos que sustenta este libro pueda ser publicada de forma independiente.

1. LIBROS, ARTÍCULOS, RECOPIACIONES DE ARTÍCULOS Y COLECCIONES DOCUMENTALES EN INGLÉS

- AKKERMAN, T. y STUURMAN S. (eds.), *Perspectives on Feminist Political Thought in European History, from the Middle Ages to the Present*, Londres, Routledge, 1998.
- ALBISETTI, J. C., *Schooling German Girls and Women: Secondary and Higher Education in the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1988.
- ALLEN, A. T., *Feminism and Motherhood in Germany, 1800-1914*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1991.
- ANDERSON, B. S., *Joyous Greetings! The First International Women's Movement, 1860-1860*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.
- y ZINSSER J. P., *A History of Their Own: Women in Europe from Prehistory to the Present*, vol. 2, Nueva York, Harper & Row, 1988 [ed. cast.: *Historia de las mujeres: una historia propia*, Barcelona, Crítica, 1992].
- ANDERSON, H., *Utopian Feminism: Women's Movements in Fin-de-Siècle Vienna*, New Haven, Yale University Press, 1992.
- ANDREASEN, T. et al., *Moving On: New Perspectives on the Women's Movement*, Acta Jutlandica 67, 1, Humanities Series 66, Aarhus, Aarhus University Press, 1991.
- BANKS, O., *Faces of Feminism: A Study of Feminism as a Social Movement*, Nueva York, St. Martin's Press, 1981.
- , *The Politics of British Feminism, 1918-1970*, Aldershot, Edward Elgar, 1993.
- BAUER, C. y RITT, L., *Free and Ennobled: Source Readings in the Development of Victorian Feminism*, Oxford, Pergamon Press, 1979.
- BELL, S. G. y OFFEN, K. M., *Women, the Family, and Freedom: The Debate in Documents, 1750-1950*, 2 vols., Stanford, Stanford University Press, 1983.

- BIDELMAN, P. K., *Pariahs Stand Up! The Founding of the Liberal Feminist Movement in France, 1858-1889*, Westport, Greenwood Press, 1982.
- BLACK, N., *Social Feminism*, Ithaca, Cornell University Press, 1989.
- BLAND, L., *Banishing the Beast: English Feminism and Sexual Morality, 1885-1914*, Nueva York, The New Press, 1995.
- BOCK, G. y THANE, P. (eds.), *Maternity and Gender Policies: Women and the Rise of the European Welfare States, 1880s-1950s*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991 [ed. cast.: *Maternidad y políticas de género: la mujer en los Estados de bienestar europeos, 1880-1950*, Madrid, Cátedra, 1996].
- BOETCHER, J., JO MAYNES, R.-E. y JO MAYNES, M. (eds.), *German Women in the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Bloomington, Indiana University Press, 1985.
- BOHACHEVSKY-CHOMIAK, M., *Feminists Despite Themselves: Women in Ukrainian Community Life, 1884-1939*, Edmonton, Canadian Institute of Ukrainian Studies, University of Alberta, 1988.
- BOLT, Ch., *The Women's Movements in the United States and Britain from the 1790s to the 1920s*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1993.
- BOSCH, M. y KLOOSTERMAN, A. (eds.), *Politics and Friendship: Letters from the International Woman Suffrage Alliance, 1902-1942*, Columbus, Ohio State University Press, 1990.
- BOXER, M. J. y QUATAERT J. H. (eds.), *Socialist Women: European Socialist Feminism in the Nineteenth and Early Twentieth Centuries*, Nueva York, Elsevier, 1978.
- CAINE, B., *Victorian Feminists*, Oxford, Oxford University Press, 1992.
- , *English Feminism, 1780-1980*, Oxford, Oxford University Press, 1997.
- COULTER, C., *The Hidden Tradition: Feminism, Women and Nationalism in Ireland*, Cork, Cork University Press, 1993.
- CROSS, M. y GRAY, T., *The Feminism of Flora Tristan*, Oxford, Berg, 1992.
- CULLEN, M., «How Radical Was Irish Feminism between 1860 and 1920?», *Historical Studies* 15 (1985), pp. 185-201.
- DALEY, C. y NOLAN, M. (eds.), *Suffrage and Beyond: International Feminist Perspectives*, Auckland, Auckland University Press; Nueva York, New York University Press; Londres, Pluto Press, 1994.
- DAVID, K., «Czech Feminists and Nationalism in the Late Habsburg Monarchy: "The First in Austria"», *Journal of Women's History* 3, 2 (otoño, 1991), pp. 26-45.
- DOOLEY, D., *Equality in Community: Sexual Equality in the Writings of William Thompson and Anna Doyle Wheeler*, Cork, Cork University Press, 1996.
- DREWITZ, I. (ed.), *The German Women's Movement: The Social Role of Women in the Nineteenth Century and the Emancipation Movement in Germany*, trad. Patricia Crampton, Bonn, Hohwacht, 1983.

- DYHOUSE, C., *Feminism and the Family in England, 1880-1939*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.
- EDMONDSON, L., *Feminism in Russia, 1900-1917*, Stanford, Stanford University Press, 1984.
- EVANS, R. J., *The Feminist Movement in Germany 1894-1933*, Londres y Beverly Hills, Sage Publications, 1976 [ed. cast.: *Las feministas: los movimientos de emancipación de la mujer en Europa, América y Australasia, 1840-1920*, Madrid, Siglo XXI de España, 1980].
- , *The Feminists: Women's Emancipation Movements in Europe, America, and Australasia, 1840-1920*, Londres, Croom Helm, 1977.
- , *Comrades and Sisters: Feminism, Socialism, and Pacifism in Europe, 1870-1945*, Nueva York, St. Martin's Press, 1987.
- FAURÉ, Ch., *Democracy Without Women: Feminism and the Rise of Liberal Individualism in France*, Bloomington, Indiana University Press, 1991.
- FORSÅS-SCOTT, H., *Textual Liberation: European Feminist Writing in the Twentieth Century*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991.
- FOUT, J. C. (ed.), *German Women in the Nineteenth Century: A Social History*, Nueva York, Holmes & Meier, 1984.
- FRAISSE, G., *Reason's Muse: Sexual Difference and the Birth of Democracy*, trad. Jane Marie Todd, Chicago, University of Chicago Press, 1994 [ed. cast.: *Musa de la razón: la democracia excluyente y la diferencia de los sexos*, Madrid, Cátedra, 1991].
- y PERROT, M. (eds.), *Emerging Feminism from Revolution to World War*, vol. 4 de G. Duby y M. Perrot (eds.), *A History of Women in the West*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1993 [ed. cast.: *Historia de las mujeres. Bajo la dirección de G. Duby y M. Perrot*, Madrid, Taurus, 1991].
- FREVERT, U., *Women in German History: From Bourgeois Emancipation to Sexual Liberation*, Oxford, Berg, 1989.
- FRIEDLANDER, J. et al., *Women in Culture and Politics: A Century of Change*, Bloomington, Indiana University Press, 1986.
- GIBSON, M. S., *Prostitution and the State in Italy, 1860-1915*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1986.
- GILLIS, J. R., TILLY, L. A. y LEVINE, D. (eds.), *The European Experience of Declining Fertility, 1850-1970: The Quiet Revolution*, Oxford, Blackwell, 1992.
- GOLDBERGER, A. H. (ed.) *Woman as Mediatrice: Essays on Nineteenth-Century European Women Writers*, Westport, Greenwood Press, 1987.
- GOOD, D., GRANDNER, M. y MAYNES, M. J. (eds.), *Austrian Women in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Providence, Berghahn Books, 1996.
- GORDON, F., *The Integral Feminist: Madeleine Pelletier, 1874-1939*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990.
- GORDON, F. y CROSS, M. (eds.), *Early French Feminisms, 1830-1940: A Passion for Liberty*, Cheltenham, Edward Elgar, 1996.
- HAAN, F. de, *Gender and the Politics of Office Work: The Netherlands, 1860-1940*, Amsterdam, University of Amsterdam Press, 1998.
- HARRISON, B., *Prudent Revolutionaries: Portraits of British Feminists between the Wars*, Oxford, Clarendon Press, 1987.
- HAUSE, S. C., *Hubertine Auclert: The French Suffragette*, New Haven, Yale University Press, 1987.
- y KENNEY, A. R., *Women's Suffrage and Social Politics in the French Third Republic*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- HELLERSTEIN, E. O., HUME, L. P. y OFFEN, K. M. (eds.), *Victorian Women: A Documentary Account of Women's Lives in Nineteenth-Century England, France, and the United States*, Stanford, Stanford University Press, 1981.
- HELSINGER, E. K., LAUTERBACH SHEETS, R. y VEEDER, W., *The Woman Question: Society and Literature in Britain and America, 1837-1883*, 3 vols., Nueva York, Garland Press, 1983; Chicago, University of Chicago Press, 1989.
- HOLLIS, P. (ed.), *Women in Public: The Women's Movement – Documents of the Victorian Women's Movement (1850-1900)*, Londres, C. Allen & Unwin, 1979.
- HOLTON, S. S., *Feminism and Democracy: Women's Suffrage and Reform Politics in Britain, 1900-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- , *Suffrage Days: Stories from the Women's Suffrage Movement*, Londres, Routledge, 1996.
- HUME, L. P., *The National Union of Women's Suffrage Societies, 1897-1914*, Nueva York, Garland Press, 1982.
- HUNT, K., *Equivocal Feminists: The Social Democratic Federation and the Woman Question 1884-1911*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1996.
- JACKSON, M., *The Real Facts of Life: Feminism and the Politics of Sexuality, c. 1850-1940*, Londres, Taylor & Francis, 1994.
- JEFFREYS, S., *The Spinster and Her Enemies: Feminism and Sexuality, 1880-1930*, Londres, Pandora Press, 1985; 2.ª ed., Melbourne, Spinfex Press, 1997.
- (ed.), *The Sexuality Debates*, Londres, Methuen, 1987.
- KAPLAN, M. A., *The Jewish Feminist Movement in Germany: The Campaigns of the Jüdischer Frauenbund, 1904-1938*, Westport, Greenwood Press, 1979.
- KÄPPELI, A.-M., «Feminist Scenes», en Fraisse y Perrot (eds.), *Emerging Feminism (q.v.)*, pp. 482-514.
- KELLER, F. R. (ed.), *Views of Women's Lives in Western Tradition*, Lewiston, Edwin Mellen Press, 1990.

KENT, S. K., *Sex and Suffrage in Britain, 1860-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1987.

—, *Making Peace: The Reconstruction of Gender in Interwar Britain*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

KOVEN, S. y MICHEL, S. (eds.), *Mothers of a New World: Maternalist Politics and the Origins of Welfare States*, Nueva York y Londres, Routledge, 1993.

LACEY, C. (ed.), *Barbara Leigh Smith Bodichon and the Langham Place Group*, Londres, Methuen, 1987.

LEGATES, M., *Making Waves: A History of Feminism in Western Society*, Toronto, Copp Clark/Addison Wesley, 1996.

LERNER, G., *The Creation of Feminist Consciousness: From the Middle Ages to 1870*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.

LEVINE, Ph., *Victorian Feminism*, Londres, Hutchinson, 1987.

MACKENZIE, M., *Shoulder to Shoulder: A Documentary*, Nueva York, Random House, 1975, nueva ed. 1988.

MARCUS, J. (ed.), *Suffrage and the Pankhursts*, Londres, Methuen, 1987.

McFADDEN, M. H., *Golden Cables of Sympathy: The Transatlantic Sources of Nineteenth-Century Feminism*, Lexington, University of Kentucky Press, 1999.

MENDUS, S. y RENDALL, J. (eds.), *Sexuality and Subordination*, Londres, Routledge, 1989.

MEYER, A. G., *The Feminism and Socialism of Lily Braun*, Bloomington, Indiana University Press, 1985.

MEYER, D., *Sex and Power: The Rise of Women in America, Russia, Sweden, and Italy*, Middletown, Wesleyan University Press, 1987.

MOSES, C. G., *French Feminism in the Nineteenth Century*, Albany, SUNY Press, 1984.

— y RABINE, L. W., *Feminism, Socialism, and French Romanticism*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.

MURPHY, C., *The Women's Suffrage Movement and Irish Society in the Early Twentieth Century*, Filadelfia, Temple University Press, 1989.

NASH, M., *Defying Male Civilization*, Denver, Arden Press, 1995.

NEUDORFL, M. L., «The Development and Activity of the Czech Women's Movement before 1914», artículo inédito, 1997.

OFFEN, K. (ed.), *Women in European Society and Culture*, número especial de *History of European Ideas* 8, 4-5 (1987).

—, PIERSON, R. R. y RENDALL, J. (eds.), *Writing Women's History: International Perspectives*, Londres, Macmillan; Bloomington, Indiana University Press, 1991.

OWENS, R. C., *Smashing Times: A History of the Irish Suffrage Movement*, Dublín, Attic Press, 1984.

PALETSCHEK, S. y PIETROW-ENNKER, B. (eds.), *Women's Emancipation Movements in the Nineteenth Century: A European Perspective*, Stanford, Stanford University Press, 2004.

PIETROW-ENNKER, B. y JAWORSKI, R. (eds.), *Women in Polish Society*, Boulder, East European Monographs (n.º 344), 1992.

PRELINGER, C. M., *Charity, Challenge, and Change: Religious Dimensions of the Mid-Nineteenth Century Women's Movement in Germany*, Westport, Greenwood Press, 1987.

PUGH, M., *Women and the Women's Movement in Britain, 1914-1959*, Houndsmill, Macmillan, 1992.

QUATAERT, J. H., *Reluctant Feminists in German Social Democracy, 1885-1917*, Princeton, Princeton University Press, 1979.

RENDALL, J., *The Origins of Modern Feminism: Women in Britain, France, and the United States, 1780-1860*, Nueva York, Schocken Books, 1984.

— (ed.), *Equal or Different: Women's Politics, 1800-1914*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.

REYNOLDS, S. (ed.), *Women, State, and Revolution: Essays on Power and Gender in Europe since 1789*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1986.

—, *France Between the Wars: Gender and Politics*, Londres, Routledge, 1996.

ROBERTS, M. M. y MIZUTA, T. (eds.), *Controversies in the History of British Feminism*, 6 vols., Londres, Routledge/Thoemmes Press, 1995.

ROSEN, A., *Rise Up, Women! The Militant Campaign of the Women's Social and Political Union, 1903-1914*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1974.

RUBENSTEIN, D., *Before the Suffragettes: Women's Emancipation in the 1890s*, Brighton, Wheatsheaf; Nueva York, St. Martin's Press, 1987.

RUPP, L. J., *Worlds of Women: International Women's Organizations, 1888-1945*, Princeton, Princeton University Press, 1998.

SARAH, E. (ed.), *Reassessments of «First Wave» Feminism*, Oxford y Nueva York, Pergamon Press, 1982. Publicado originalmente como un número especial de *Women's Studies International Forum* 5, 6 (1982).

SCOTT, J. W., *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1996.

SHANLEY, M. L., *Feminism, Marriage, and the Law in Victorian England, 1850-1895*, Princeton, Princeton University Press, 1989.

SLAUGHTER, J. y KERN, R. (eds.), *European Women on the Left: Socialism, Feminism, and the Problems Faced by Political Women, 1880 to the Present*, Westport, Greenwood Press, 1981.

SMART, C. (ed.), *Regulating Womanhood*, Londres, Routledge, 1992.

SMITH, H. L. (ed.), *British Feminism in the Twentieth Century*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1990.

SMITH, P., *Feminism and the Third Republic: Women's Political and Civil Rights in France, 1918-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1996.

- SPENDER, D., *Women of Ideas (and What Men Have Done to Them)*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1982.
- (ed.), *Feminist Theorists: Three Centuries of Key Women Thinkers*, Nueva York, Pantheon, 1983.
- (ed.), *Time and Tide Wait for No Man*, Londres, Pandora Press, 1984.
- (ed.), *The Education Papers: Women's Quest for Equality in Britain 1850-1912*, Londres, Methuen, 1987.
- STITES, R., *The Women's Liberation Movement in Russia: Nihilism, Feminism, and Bolshevism, 1860-1930*, Princeton, Princeton University Press, 1978; nueva edición con epílogo, 1991.
- STOWELL, Sh., *A Stage of Their Own: Feminist Playwrights of the Suffrage Era*, Mánchester, Manchester University Press, 1992.
- TAX, M., *The Rising of the Women: Feminist Solidarity and Class Conflict, 1880-1917*, Nueva York y Londres, Monthly Review Press, 1980.
- TAYLOR, B., *Eve and the New Jerusalem: Socialism and Feminism in the Nineteenth Century*, Nueva York, Pantheon, 1983 [rev. ed., Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1993].
- THÉBAUD, F. (ed.), *Toward a Cultural Identity in the Twentieth Century*, vol. 5 de G. Duby y M. Perrot, *A History of Women in the West*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press of Harvard University Press, 1994.
- VICINUS, M., *Independent Women: Work and Community for Single Women, 1850-1920*, Chicago, University of Chicago Press, 1985.
- WAELEI-WALTERS, J., *Feminist Novelists of the Belle Epoque*, Bloomington, Indiana University Press, 1990.
- y HAUSE S. C. (eds.), *Feminisms of the Belle Epoque*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1994.
- WALKOWITZ, J. R., *Prostitution and Victorian Society: Women, Class, and the State*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1980.
- WIKANDER, U.; KESSLER-HARRIS, A. y LEWIS, J. (eds.), *Protecting Women: Labor Legislation in Europe, the United States, and Australia, 1880-1920*, Urbana, University of Illinois Press, 1995.
- YEO, E. J. (ed.), *Mary Wollstonecraft and 200 Years of Feminisms*, Londres y Nueva York, Rivers Oram Press, 1997.
- ZUCKER, S., *Kathinka Zitz-Halein and Female Civil Activism in Mid-Nineteenth-Century Germany*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1991.

2. LIBROS, RECOPIACIONES DE ARTÍCULOS Y COLECCIONES DOCUMENTALES EN OTRAS LENGUAS EUROPEAS

- AGUADO, A. M., et al. (eds.), *Textos para la historia de las mujeres en España*, Madrid, Cátedra, 1994.

- ÅKERMAN, B. (ed.), *Vi Kan, Vi Behovs: Kvinnorna Går Sammen i egna förenkar [Podemos, se nos necesita: las mujeres ingresan en sus propias asociaciones]*, Estocolmo, Akademiklitteratur, 1983.
- ALBISTUR, M. y ARMOGATHE D. (eds.), *Le Grief des femmes: Anthologie de textes féministes*, 2 vols., París, Éditions Hier et Demain, 1978.
- AVDELA, E. y PSARRA, A. (eds.), *Ho Pheminismos sten Hellada tou meso-polemou: Mia anthologia [Feminismo en la Grecia de entreguerras: una antología]*, Atenas, Gnosi Publications, 1985.
- BARD, Ch., *Les Filles de Marianne: Histoire des féminismes, 1914-1940*, París, Fayard, 1995.
- BONACCHI, G. y GROPPA, A. (eds.), *Il Dilemma della cittadinanza: Diritti e doveri delle donne*, Roma y Bari, Laterza, 1993.
- BORKUS, M. et al., *Vrouwenstemmen: 100 jaar vrouwenbelangen, 75 jaar vrouwenkiesrecht*, Zutphen, Walburg Pers, 1994.
- BOSCH, M., *Het Geslacht van de Wetenschap: Vrouwen en hoter odern-wijs in Nederland 1878-1948*, Ámsterdam, SUA, 1994.
- BRAUN, M., *De prijs van de liefde: De eerste feministische golf*, Ámsterdam, Het Spinhuis, 1992.
- BRINKLER-GABLER, G. (ed.), *Frauenarbeit und Beruf*, Fráncfort, Fischer-Verlag, 1979.
- , *Frauen gegen den Krieg*, Fráncfort, Fischer Verlag, 1980.
- BUSSEMER, H.-U., *Frauenemanzipation und Bildungsbürgertum: Sozialgeschichte der Frauenbewegung in der Reichsgründungszeit*, Weinheim y Basilea, Beltz Verlag, 1985.
- BUTTAUFUOCO, A., *Cronache femminile: Temi e momenti della stampa emancipazionista in Italia dall'unità al fascismo*, Siena, Università degli studi di Siena, 1988.
- , *Questioni di cittadinanza: Donne e diritti sociali nell'Italia liberale*, Siena, Protagon Editori Toscani, 1997.
- , LONGIS, R. de y BIGARAN, M. P., *La Piccola Fronda politica e cultura nella stampa emancipazionista (1861-1924)*, número especial de *Nuovadwf: Donnawomanfemme* 21 (1982).
- CAPEL MARTÍNEZ, R., *El sufragio femenino en la Segunda República*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1992.
- CARLSSON, Ch., *Kvinnosyn och Kvinnopolitik: En studien av svensk socialdemokrati 1880-1910 [Percepciones de mujeres y política de mujeres: un estudio de la socialdemocracia sueca, 1880-1910]*, Lund, Lund University Press, 1986.
- CLEMENS, B., *Menschenrechte haben kein Geschlecht! Zum Politikverständnis der bürgerlichen Frauenbewegung*, Pfaffenweiler, Centarus, 1988.
- COHEN, Y. y THÉBAUD, F. (eds.), *Féminismes et identités nationales: Les Processus d'intégration des femmes au politique*, Lyon, Centre Jacques Cartier, 1998.

CORBIN, A., LALOUETTE, J. y RIOT-SARCEY, M. (eds.), *Les Femmes dans la cité*, Grâne, Créaphis, 1997.

COURTOIS, L., PIROTTE, J. y ROSSART, F. (eds.), *Femmes et pouvoirs: Flux et reflux de l'émancipation féminine depuis un siècle*, Lovaina la Nueva, Collège Érasme; Bruselas, Éditions Nauwelaerts, 1992.

COVA, A., *Maternité et droits des femmes en France (xixe-xxe siècles)*, París, Anthropos, 1997.

DE GIORGIO, M., *Le italiane dall'unità à oggi: modelli culturali e comportamenti sociali*, Roma, Laterza, 1992.

DE WEERDT, D., *En de vrouwen? Vrouw, Vrouwenbeweging en feminisme in België (1830-1960)*, Gante, Masereelfonds, 1980.

ESTEVEŠ, J. G., *A Liga Republicana das Mulheres Portuguesas: Uma organização política e feminista (1909-1919)*, Lisboa, Comissão para a Igualdade e para os Direitos das Mulheres (CIDM), 1991.

FAGOAGA DE BARTOLOMÉ, C., *La voz y el voto de las mujeres: El sufragismo en España, 1877-1931*, Barcelona, Icaria, 1985.

FAURÉ, Ch. (ed.), *Encyclopédie politique et historique des femmes*, París, Presses Universitaires de France, 1997.

FOLGUERA, P. (ed.), *El feminismo en España: Dos siglos de historia*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, 1988.

FRAISSE, G., *La Raison des femmes: Essai*, París, Plon, 1993.

— (ed.), *Opinions de femmes: De la veille au lendemain de la Révolution française*, París, côté-femmes, 1989.

FREDERIKSEN, E., *Die Frauenfrage in Deutschland, 1865-1915*, Stuttgart, Reclam, 1981.

FRITSCHY, W. (ed.), *Fragmenten vrouwengeschiedenis*, 2 vols., La Haya, M. Nijhoff, 1980.

GARRIDO GONZÁLEZ, E. (ed.), *Historia de las mujeres en España*, Madrid, Editorial Síntesis, 1997.

GEIGER, R.-E. y WEIGEL, S. (eds.), *Sind das noch Damen? Vom gelehrten Frauenzimmer-Journal zum feministischen Journalismus*, Múnich, Frauenbuchverlag, 1981.

GERHARD, U., *Verhältnisse und Verhinderungen: Frauenarbeit, Familie und Rechte der Frauen im 19. Jahrhundert*, Fráncfort, Suhrkamp, 1978.

— y WISCHERMANN, U., *Unerhört: Die Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1990.

— (ed.), *Frauen in der Geschichte des Rechts: Von der frühen Neuzeit bis zur Gegenwart*, Múnich, C. H. Beck, 1997.

GREVEN-ASCHOFF, B., *Die bürgerliche Frauenbewegung in Deutschland, 1894-1933*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1981.

GUBIN, E. (ed.), *Cent ans du féminisme [en Belgique]*, número especial de *Sextant: Revue du Groupe interdisciplinaire d'Études sur les femmes* [Bélgica] 1 (invierno, 1993).

HARDMEIER, S., *Frühe Frauenstimmrechtsbewegung in der Schweiz (1890-1930): Argumente, Strategien, Netzwerk und Gegenbewegung*, Zürich, Chronos, 1997.

HERVÉ, F. (ed.), *Geschichte der deutschen Frauenbewegung*, rev. ed. Colonia, PapyRossa Verlag, 1995.

HUMMEL-HAASIS, G. (ed.), *Schwwestern, zerreisst eure Ketten: Zeugnisse zur Geschichte der Frauen in der Revolution von 1848-49*, Múnich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1982.

JANSZ, U., *Denken over sekse in de eerste feministische golf*, Amsterdam, Van Gennup, 1990.

JORIS, E. y WITZIG, H., *Frauengeschichte(n)*, Zürich, Limmat, 1986; 3.^a ed., 1991.

KÄPPEL, A.-M., *Sublime Croisade: Éthique et politique du féminisme protestant, 1875-1928*, Carouge-Ginebra, Éditions Zoé, 1990.

KANDEL, L. (ed.), *Féminismes et nazisme: En hommage à Rita Thalmann*, París, CEDREF, Universidad de París VII, 1997.

KLEJMAN, L. y ROCHEFORT, F., *L'Égalité en marche: Le Féminisme sous la Troisième République*, París, des femmes & Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1989.

MANNS, U., *Kvinnofrågan 1880-1921: En artikelbibliografi* (con introducción del autor), Lund, Arkiv, 1991.

MENDES DA COSTA, Y. y MORELLI, A. (eds.), *Femmes, libertés, laïcité*, Bruselas, Éditions de l'Université de Bruxelles, 1989.

MESMER, B., *Ausgeklammert, eingeklammert: Frauen und Frauenorganisationen in der Schweiz des 19. Jahrhunderts*, Basilea y Fráncfort, Helbing & Lichtenhahn, 1988.

MÖHRMANN, R., *Frauenemanzipation im deutschen Vormärz: Texte und Dokumente*, Stuttgart, Reclam, 1978.

MOKSNES, A., *Likestilling eller Saerstilling? Norsk Kvinnesaksforening 1884-1913*, Oslo, Gyldendal Norsk Forlag, 1984.

NEUDORFLOVA, M. L., *České ženy v 19-století. Úsili a sny, úspěchy i zklamání na cestě k emancipaci* [Mujeres checas en el siglo XIX: emociones y sueños, victorias y desencantos en el camino a la emancipación], Praga, Janua, 1999.

OUTSHOORN, J., *Vrouwenemancipatie en socialisme, een onderzoek naar de houding der SDAP t.o.v. het «vrouwenvraagstuk», 1894-1919*, Nímega, SUN, 1973.

PALETSCHEK, S., *Frauen und Dissens: Frauen im Deutschkatholizismus und in den freien Gemeinden 1841-1852*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1990.

PIETROW-ENNKER, B., *Russlands «neue Menschen»: Die Entwicklung der Frauenbewegung von den anfangen bis zur Oktoberrevolution*, Fráncfort, Campus Verlag, 2000.

- REYS, L. et al. (eds.), *De eerste feministische golf (Zesde jaarboek voor vrouwengeschiedenis)*, Nimega, SUN, 1985.
- RIOT-SARCEY, M., *La Démocratie à l'épreuve des femmes: Trois figures critiques du pouvoir, 1830-1848*, París, Albin Michel, 1994.
- ROSSI-DORIA, A. (ed.), *Il primo femminismo (1791-1834)*, Milán, Edizioni Unicopli, 1993.
- SACHSSE, Ch., *Mütterlichkeit als Beruf: Sozialarbeit, Sozialreform und Frauenbewegung, 1871-1929*, Fráncfort, Suhrkamp, 1986.
- SCANLON, G. M., *La polémica feminista en la España contemporánea, 1868-1974*, 2.ª ed., Madrid, Akal, 1986.
- SCHRÖDER, H. (ed.), *Die Frau ist frei geboren: Texte zur Frauenemanzipation*, 2 vols., Múnich, C. H. Beck, 1979-1981.
- SEVENHUISJEN, S. L., *De orde van het vaderschap: Politieke debatten over ongehuwd moederschap, afstamming en huwelijk in Nederland, 1870-1900*, Ámsterdam, Stichting Beheer IISG, 1987.
- STUDER, B., WECKER, R. y ZIEGLER, B. (eds.), *Frauen und Staat/Les Femmes et l'État*, número especial de *Itinera* 20 (1998).
- TARICONE, F., *L'associazionismo femminile in Italia dall'unità al fascismo*, Milán, Edizioni Unicopli, 1996.
- VARIKAS, E., «La Révolte des dames: Génèse d'une conscience féministe dans la Grèce du XIXe siècle (1833-1908)», Doctorat du Troisième cycle, Universidad de París VII, 1986.
- VEAUVY, Ch. y PISANO, L., *Paroles oubliées: Les Femmes et la construction de l'État-nation en France et en Italie, 1789-1860*, París, Armand Colin, 1997.
- VIENNOT, É. (ed.), *La Démocratie à la française, ou les femmes indésirables, 1793-1993*, París, CEDREF, Universidad de París VII, 1996.
- VOLET-JEANNERET, *La Femme bourgeoise à Prague 1860-1895: De la philanthropie à l'émancipation*, Ginebra, Éditions Slatkine, 1988.
- WISCHERMANN, U., *Frauenfrage und Presse: Frauenarbeit und Frauenbewegung in der illustrierten Presse der 19. Jahrhunderts*, Múnich, Saur, 1983.
- ZIMMERMANN, S., «Wie die Feministinnen wurden: Wege in die Frauenbewegung im Zentraleuropa der Jahrhundertwende», *L'Homme* 8, 2 (1997), pp. 272-306.
- , «Frauenbestrebungen und Frauenbewegung in Ungarn: Zur Organisationsgeschichte der Jahre 1848 bis 1918». En B. Nagy et al., *Szerep és alkotás: Nok a magyar tarsadalomban és muveszetben*, Szeged, 1997.
- , *Die Bessere Hälfte? Frauenbewegung und Frauenbestrebungen im Ungarn der Habsburgermonarchie 1848 bis 1918*, Budapest, Napvilág Kiadó; Viena, Promedia, 1999.

ÍNDICE

Agradecimientos	5
Prefacio	9
Cronología. Un marco para el estudio de los feminismos europeos	17
Prólogo. Historia, memoria y empoderamiento	31

I. PENSAR EL FEMINISMO EN LA HISTORIA EUROPEA	53
---	----

¿Qué es el feminismo?, 54 – Feminismos en escenarios europeos, 58
– Movimientos y metáforas, 60

PARTE I: EL SIGLO XVIII

Introducción	65
II. REIVINDICAR LA ILUSTRACIÓN PARA EL FEMINISMO	73

La crítica que no tenía nombre, 73 – ¿Inferioridad o igualdad? El importante argumento de la razón, 77 – La crítica del matrimonio institucionalizado, 78 – La crítica de la educación de las mujeres, 81 – El potencial femenino: ¿qué deberían ser las mujeres?, ¿qué podrían hacer las mujeres?, 86 – Género y autoridad: controversia sobre las mujeres en los asuntos públicos, 90 – La misión civilizadora de las mujeres: el proyecto de formación de las futuras madres, 93 – Movimientos, momentos y otras posibilidades, 96

III. DESAFIAR A LA ARISTOCRACIA MASCULINA: EL FEMINISMO Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA 99

Articular las exigencias feministas, 100 – Género y ciudadanía, 102 – Interpretar la «utilidad pública» como domesticidad para las mujeres, 109 – Cerrar los clubs de mujeres: «¡Dejad que los hombres hagan la revolución!», 113 – Eludir la reacción contrarrevolucionaria, 119 – Más allá de Francia: las iniciativas emancipatorias y la reacción europea, 122

PARTE II: EL SIGLO XIX, 1815-1914

Introducción 135

IV. REARTICULAR LAS REIVINDICACIONES FEMINISTAS, 1820-1848 149

Caracterizar el feminismo en un contexto contrarrevolucionario, 151 – Temas políticos, culturales y económicos en la argumentación feminista, 155 – Visiones utópicas continentales, 161 – Expandir la «esfera» de las mujeres: el problema recurrente de la ambición mundana, 169

V. NACIMIENTO DE LA «CUESTIÓN FEMENINA», 1848-1870 175

Desafiar a la ciudadanía solo masculina en la República Francesa, 178 – El lenguaje de las reivindicaciones feministas en las revoluciones de 1848, 181 – Nuevas iniciativas, múltiples frentes, 1850-1865, 190 – Desencadenar las guerras del conocimiento, 198 – Volver a justificar el patriarcado, 203 – Reformular el debate: «El sometimiento de las mujeres» de Mill y sus detractores, 214

VI. INTERNACIONALIZAR EL FEMINISMO, 1870-1890 221

La guerra, la revolución y la cuestión de las mujeres en la vida política, 222 – Internacionalizar el movimiento de las mujeres, 229 – Internacionalizar las cuestiones: el trabajo femenino y el bienestar de los niños, 240 – Soluciones conflictivas a la cuestión femenina, 245 – Rediseñar las relaciones nacionales y extranjeras traspasando las fronteras nacionales, 252 – ¿Motivos para el optimismo?, 265

VII. DESAFÍOS FEMINISTAS Y RESPUESTAS ANTIFEMINISTAS, 1890-1914 267

Cristianizar y definir «feminismo», 1890-1910, 268 – «Nuevas mujeres» y otras respuestas antifeministas al feminismo: las guerras del conocimiento continúan, 274 – Rebatir el lugar de la mujer dentro del catolicismo, 285 – Rebatir las respuestas de la Segunda Internacional a la cuestión femenina, 290

VIII. NACIONALIZAR LOS FEMINISMOS Y FEMINIZAR LOS NACIONALISMOS, 1890-1914 305

Feminismo y nacionalismo: cuatro casos de estudio en Estados-nación en ciernes, 307 – Feminismo y nacionalismo en los Estados-nación establecidos, 316 – Reconciliar el trabajo de las mujeres y la maternidad con los intereses de la población: los contextos nacional e internacional, 323 – A degüello: desafiar las prácticas masculinas, 343

PARTE III: EL SIGLO XX

Introducción 357

IX. EL FEMINISMO BAJO EL FUEGO: LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA GRAN REACCIÓN (1914-AÑOS TREINTA DEL SIGLO XX) 371

Dilemas feministas: ¿lealtad a la nación u oposición a la guerra?, 371 – Influir en el acuerdo de paz, 378 – La revolución en Rusia y la transformación de la economía doméstica, la familia y el trabajo, 381 – La reacción: se reavivan las guerras del conocimiento, 390

X. DILEMAS FEMINISTAS EN LAS CULTURAS POLÍTICAS NACIONALES DE POSGUERRA: INGLATERRA, ITALIA, AUSTRIA, HUNGRÍA Y ALEMANIA 397

Culturas políticas nacionales en los años de posguerra, 398 – Inglaterra, 400 – El fascismo italiano y sus imitadores, 404 – Austria y Hungría, 411 – Alemania, de la República de Weimar al Tercer Reich, 420

XI. MÁS FEMINISMOS EN ESCENARIOS NACIONALES: PORTUGAL, IRLANDA, ESPAÑA Y SUECIA 439

Portugal, 440 – Irlanda, 441 – España, 451 – Suecia, 462 – Nacionalismos, feminismos y política sexual, de los años veinte a 1940, 469

XII. GLOBALIZAR Y POLITIZAR LA ACTIVIDAD INTERNACIONAL FEMINISTA, 1919-1945 477

Construir una coalición y enfoques divergentes, 481 – Activismo feminista en Ginebra: la Sociedad de Naciones y la OIT, 485 – Investigación a escala mundial del estatus de las mujeres, 496 – Oponerse al militarismo y la guerra, 499 – ¿«Feminismo» o «humanismo»? 511 – En busca del futuro del feminismo, 518

Epílogo. ¿Reinventando la rueda? 521

Bibliografía 541

ANCE-BIBRUMA
No. Inv. 110295
Sig. Top. 396(4)(091) OFF
Fecha de Alta 15.11.16